

MAEVE BINCHY

Círculo de
amigos



Lectulandia

Una novela conmovedora sobre la lealtad y el amor en tiempos de cambio. Benny Jogan y Eve Malone han sido mejores amigas desde la infancia. En el apacible pueblo de Knockglen, donde todo el mundo se conoce, su amistad ha sido un soplo de aire fresco dentro del ambiente tradicional y opresivo en el que han crecido. Con su acceso a la universidad, una nueva etapa de libertad e independencia les espera y también un nuevo círculo de amigos. El primer día de clase conocerán a dos personas que cambiarán sus vidas: el apuesto Jack Foley y la bella Nan Mahon, cuya desmesurada ambición será una fuente de problemas. Porque, en Dublín, estas amigas conocerán la pasión y encontrarán la libertad y la independencia ansiadas, pero también la cara más amarga de la aventura.

«*Círculo de amigos* tiene todos los ingredientes que necesita una novela de éxito... pero el mayor logro de Binchy es el retrato que realiza de Irlanda en los años cincuenta, apegada al viejo orden pero haciéndole un hueco a las nuevas costumbres», *Sunday Times*.

Lectulandia

Maeve Binchy

Círculo de amigos

ePub r1.1

Titivillus 03.06.16

Título original: *Circle of Friends*

Maeve Binchy, 1990

Traducción: Antonio Resines

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi querido Gordon con todo mi amor.

Capítulo 1

1949

Los aromas de la cocción del pan inundaban la cocina. Benny soltó la cartera del colegio e inició un recorrido de inspección.

—Aún no está decorada la tarta —explicó Patsy—. La señora se encargará de hacerlo.

—¿Qué pensará poner? —preguntó impaciente Benny.

—Supongo que «Feliz Cumpleaños, Benny». —Patsy pareció sorprendida por la pregunta.

—Tal vez ponga Benny Hogan, Diez Años.

—Jamás he visto una inscripción así en una tarta.

—Creo que se usa cuando se trata de una fecha importante, como cumplir diez años.

—Quizá sea así —dijo dubitativa Patsy.

—¿Están hechas las gelatinas?

—Están en la despensa. Y no se te ocurra tocarlas con el dedo, o dejarás la marca y nos matarán a todas.

—No puedo creer que vaya a cumplir diez años —dijo Benny, entusiasmada consigo misma.

—Desde luego es un gran día —replicó Patsy con expresión ausente mientras frotaba las bandejas de los pasteles con un trozo de papel engrasado con mantequilla.

—¿Qué hiciste tú cuando cumpliste los diez?

—Qué quieres que te diga, para mí todos los días eran iguales —le respondió jovialmente Patsy—. No había días diferentes en el orfanato hasta que salí de él y vine aquí.

A Benny le encantaba escuchar historias del orfanato. En su opinión eran mucho mejores que las que había leído en los libros: la habitación con doce camas de hierro, las niñas buenas, las niñas terribles, la vez que cogieron piojos y les afeitaron la cabeza...

—Celebraríais los cumpleaños —insistió Benny.

—Yo no lo recuerdo —suspiró Patsy—. Había una monja encantadora que me dijo que yo era la infortunada hija de un miércoles. —Eso fue muy desconsiderado.

—En fin, al menos sabía que había nacido en miércoles... Aquí llega tu madre, así que déjame seguir con mi trabajo.

Annabel Hogan entró cargando tres grandes bolsas. Se mostró sorprendida al ver a su hija sentada y balanceando las piernas en la cocina.

—¿Cómo es que has llegado tan temprano? Espera un momento que deje estas

cosas arriba.

Benny corrió hacia Patsy en cuanto los pasos de su madre resonaron en la escalera.

—¿Crees que lo tendrá ya?

—A mí no me lo preguntes, Benny, yo no sé nada.

—Eso lo dices porque sí lo sabes.

—No lo sé, de verdad.

—¿Fue a Dublín? ¿Subió en el autobús?

—No, no lo hizo.

—Pero tiene que haberlo hecho. —Benny parecía terriblemente decepcionada.

—No, ha estado fuera poco tiempo... Sólo fue al centro.

Benny lamió pensativamente la cuchara.

—Está mejor cruda.

—Siempre te ha gustado más así. —Patsy la miró con afecto.

—Cuando tenga dieciocho años y pueda hacer lo que quiera, me comeré las tartas sin hornear —sentenció Benny.

—Que te crees tú eso. Cuando tengas dieciocho años estarás tan preocupada por mantener la línea que no comerás ni pasteles.

—Siempre comeré pasteles.

—Eso es lo que dices ahora. Ya verás cuando quieras gustarle a algún hombre.

—¿Tú quieres gustarle a algún hombre?

—Por supuesto, ¿qué otra cosa hay en la vida?

—¿Y a quién querrías gustarle? Además, yo no quiero que te vayas.

—No será a un caballero, porque no procedo de ninguna parte. Un caballero no podría hablar de mí y de mis orígenes. No tengo historia, no tengo vida anterior, ¿comprendes?

—Pero has tenido una vida muy emocionante —protestó Benny—. Conseguirías que todos se interesaran por ti.

No hubo tiempo para llevar la discusión más lejos. La madre de Benny estaba de vuelta en la cocina. Se había quitado el abrigo y se había puesto a trabajar con la manga de pastelero.

—¿Has estado hoy en Dublín, madre?

—No, hija, ya tenía bastante con prepararlo todo para la fiesta.

—Es que me preguntaba...

—Las fiestas no se celebran solas, ¿sabes? —las palabras sonaban cortantes, pero su tono era amable. Benny conocía a su madre y estaba impaciente porque empezara todo.

—¿Vendrá padre para partir la tarta?

—Sí que lo hará. Hemos citado a la gente a las tres y media, así que a eso de las cuatro estarán ya todos aquí. No nos sentaremos a tomar el té hasta las cinco y media, y no llegaremos a la tarta antes de que tu padre haya cerrado el negocio y esté ya de

vuelta en casa.

El padre de Benny era el dueño de la sastrería Hogan, la gran tienda de ropa para caballeros que había en pleno centro de Knockglen. A menudo había un gran trasiego de clientes los sábados, cuando llegaban al pueblo los granjeros o cuando los hombres que disponían de medio día libre eran arrastrados hasta allí por sus esposas para que les atendiera el señor Hogan o Mike, el viejo sastre que ayudaba en el establecimiento desde tiempo inmemorial. De hecho, trabajaba allí desde la época en que el entonces joven señor Hogan comprara el negocio.

Benny se alegró de que su padre fuera a estar presente a la hora de la tarta, porque a lo mejor era entonces cuando le daban su regalo. Padre había dicho que se trataba de una sorpresa maravillosa. Benny estaba convencida de que le habían comprado el vestido de terciopelo con cuello de encaje y los zapatos a juego. Llevaba ansiándolo desde las últimas Navidades, desde que fueron a Dublín a ver una pantomima teatral y vio bailar a las niñas en el escenario ataviadas con vestidos idénticos de color rosa.

Se había enterado de que los vendían en Clery's, y de que el establecimiento se encontraba a pocos minutos de la parada del autobús en Dublín.

Benny era grande y cuadrada, pero no lo parecería con aquel vestido de terciopelo rosa. Sería igual que las hadas danzantes que había visto sobre el escenario, y sus pies no parecerían grandes y planos con aquellos zapatos de largas y preciosas punteras con pequeños pompones encima.

Las invitaciones a la fiesta habían sido enviadas diez días atrás. Asistirían siete chicas del colegio, hijas de granjeros, casi todas de fuera de Knockglen. Y Marie Carroll, cuyos padres eran los propietarios de la tienda de ultramarinos. Los Kennedy, los hijos del boticario, eran todos chicos, así que no estarían presentes, y los hijos del doctor Johnson eran demasiado pequeños, así que no podrían venir tampoco. Peggy Pine, que regentaba la tienda de ropa más elegante del pueblo, había dicho que para la fecha tal vez tuviera alojada con ella a su pequeña sobrina. Benny había respondido que no quería que asistiera nadie que no fuera conocido, de modo que la noticia de que la sobrina Clodagh tampoco quería saber nada de extraños fue recibida con cierto alivio.

Su madre había insistido en que invitara a Eve Malone, y eso era ya suficiente contrariedad. Eve era la niña que vivía en el convento y conocía todos los secretos de las monjas. Había gente en el colegio que decía «mira, la madre Francis nunca se mete con Eve, es su enchufada». Otros decían que las monjas habían tenido que quedarse con ella por motivos de caridad y que no la apreciaban tanto como a las otras niñas, cuyas familias contribuían algo al mantenimiento de St Mary's.

Eve era pequeña y oscura. A veces parecía un elfo, con sus ojos moviéndose nerviosos de acá para allá, siempre alerta. A Benny, Eve ni le gustaba ni le disgustaba. Envidiaba su rapidez y su agilidad, y su capacidad de escalar muros. Sabía que Eve disponía de una habitación propia en el convento, tras una cortina que ninguna otra niña podía cruzar. Sus compañeras decían que era la habitación de la

ventana redonda, que daba hacia el pueblo, y que Eve podía sentarse a la ventana y ver dónde iban todos y quién les acompañaba. Jamás iba de vacaciones a ningún sitio y pasaba todo el tiempo con las monjas. En ocasiones, la madre Francis y la señorita Pine, la de la tienda de ropa, la llevaban de excursión a Dublín, pero jamás había pasado una noche fuera del convento.

Una vez que había salido a dar un paseo para admirar la naturaleza, Eve había señalado una pequeña casita de campo y había dicho que era su casa. Se alzaba entre un grupo de casas pequeñas, cada una de ellas independiente y rodeada por un muro bajo de piedra. Miraron hacia el fondo de la enorme cantera abandonada. Cuando fuera mayor viviría sola en ella, y no permitiría que le dejaran leche en la puerta ni habría perchas para colgar la ropa. Pondría todas sus cosas en el suelo, porque eran suyas y podía hacer con ellas lo que quisiera.

Algunos tenían cierto miedo de Eve, por lo que no cuestionaban la historia, pero en realidad, tampoco la creía nadie. Eve era tan extraña que era capaz de inventarse todo tipo de cuentos y, una vez que había conseguido interesar a todo el mundo, decir: «Os he engañado».

En realidad, Benny no deseaba que asistiera a la fiesta, pero por una vez, su madre se había mostrado inflexible.

—Esa niña no tiene hogar. Debe venir a éste cuando haya una celebración.

—Sí que tiene un hogar, madre, tiene todo el convento a su disposición.

—No es lo mismo. Va a venir, Benny, es mi última palabra.

Eve había contestado enviando una carta muy educada y correcta en la que expresaba su placer en aceptar la invitación.

—Le han enseñado a escribir bien —había dicho el padre de Benny con un gesto de aprobación.

—Están dispuestas a convertirla en una dama —había respondido la madre. Ninguno de los dos parecía dispuesto a explicar por qué aquello era tan importante.

—El día de su cumpleaños sólo recibe estampas sagradas y pilas de agua bendita —les informó Benny—. Es todo lo que tienen las monjas, ¿comprendéis?

—Dios, más de una se revolvería en su tumba allá arriba, bajo los tejos, si escuchara eso —había comentado el padre de Benny, pero una vez más, nadie explicó el porqué.

—Pobre Eve, vaya forma de empezar la vida —dijo la madre de Benny con un suspiro.

—¿Nacería en miércoles, como Patsy? —a Benny le había venido una idea a la cabeza.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Llevaría una vida miserable. Hija del miércoles, hija del infortunio —repitió Benny como un eco.

—Eso es una bobada —dijo su padre en tono displicente.

—¿Qué día nací yo?

—Un lunes. El lunes 18 de septiembre de 1939 —le dijo su madre. A las seis de la tarde.

Sus padres intercambiaron una mirada que parecía rememorar la larga espera de un primer, y al parecer único, hijo.

—La hija del lunes tiene la tez clara —dijo Benny haciendo una mueca.

—¡Eso desde luego es cierto! —exclamó su madre.

—No existe tez más clara que la de una muchacha de esta parroquia, que tiene casi diez años de edad y se llama Mary Bernadette Hogan —le dijo su padre.

—En realidad no es así, quiero decir que no tengo el pelo claro. —Benny intentaba ajustarse lo más posible al viejo refrán.

—Tienes el pelo más bonito que he visto en mi vida —respondió su madre acariciando los largos rizos castaños de Benny.

—¿De verdad soy bonita? —preguntó.

Los dos la reconfortaron diciéndole que estaba preciosa y supo al instante que le habían comprado el vestido. Había pasado momentos de incertidumbre, pero ahora estaba segura.

Al día siguiente, en el colegio, hasta las niñas que no había invitado a su fiesta le desearon feliz cumpleaños.

—¿Qué te van a regalar?

—No lo sé. Es una sorpresa.

—¿Un vestido?

—Eso creo.

—Vamos, cuéntanos.

—En realidad aún no lo sé. No lo recibiré hasta la fiesta.

—¿Lo han traído de Dublín?

—Eso creo.

—Tal vez lo hayan comprado aquí, hay un montón de cosas en la tienda de la señorita Pine —exclamó Eve de repente.

—No lo creo. —Benny agitó la cabeza.

—De acuerdo —dijo Eve encogiéndose de hombros.

Las demás se habían marchado.

Benny se volvió hacia Eve hecha una fiera.

—¿Por qué has dicho que lo han comprado en la tienda de la señorita Pine? Tú no lo sabes, no puedes saberlo.

—Ya he dicho que de acuerdo.

—¿Tú tienes vestido?

—Sí, la madre Francis me compró uno en la tienda de la señorita Pine. No creo que sea nuevo, seguro que lo devolvió alguien porque tenía algún defecto.

Eve no intentaba excusarse. Sus ojos centelleaban: tenía la explicación lista antes de que nadie pudiera exponer la acusación.

—Eso no puedes saberlo.

—No, pero lo creo. La madre Francis no tiene dinero para comprarme un vestido nuevo.

Benny se quedó mirándola con admiración y dulcificó su ataque.

—Bueno, en realidad yo tampoco sé nada. Creo que me han comprado uno precioso de terciopelo rosa. Pero a lo mejor no.

—Pero te habrán comprado algo nuevo.

—Seguro, pero ése me sentaría bien de verdad —dijo Benny—. Le sentaría bien a cualquiera.

—No pienses demasiado en ello —le advirtió Eve.

—Puede que tengas razón.

—Has sido muy amable al invitarme. Creía que no te caía bien —dijo Eve.

—Claro que sí. —La pobre Benny estaba azorada.

—Estupendo. Mientras no te hayan obligado a hacerlo, o algo así...

—¡No! ¡Cielos, no! —saltó Benny con excesiva vehemencia.

Eve le dirigió una mirada pensativa.

—De acuerdo —dijo—. Te veré esta tarde.

Iban al colegio los sábados por la mañana, y a las 12.30, cuando sonó la campana, salieron todas en desbandada a través de la verja del colegio. Todas menos Eve, que se dirigió a la cocina del convento.

—Tendremos que prepararte una buena comida antes de que salgas —dijo la hermana Margaret.

—No queremos que piensen que una niña de St Mary es capaz de comerse todo lo que le pongan delante cuando la invitan a tomar el té —añadió la hermana Jerome. No querían decírselo a las claras a Eve, pero se trataba de un acontecimiento importante: la niña que ellas mismas habían criado había sido invitada a una fiesta. Toda la comunidad estaba encantada.

Mientras Benny caminaba por la ciudad, el señor Kennedy le hizo señas para que se acercara a su comercio.

—Me ha dicho un pajarito que hoy es tu cumpleaños —le había dicho.

—Tengo diez años —respondió Benny.

—Lo sé. Recuerdo cuándo naciste. Fue en urgencias. Tus padres estaban entusiasmados. No les importó nada que no fueras un niño.

—¿Cree usted que querían un niño?

—Todo el que tiene un negocio quiere un varón. Pero qué quieres que te diga, yo tengo tres y no creo que ninguno de ellos llegue a hacerse cargo del mío en mi lugar.

—Suspiró pesadamente.

—En fin, supongo que será mejor que...

—No, no, te he hecho venir para hacerte un regalo. Toma, un paquete de barritas de azúcar para ti sola.

—Oh, señor Kennedy... —Benny estaba abrumada.

—Nada, nada. Eres una chica estupenda. Siempre que te veo me digo: «Ahí viene

el taponcete de Benny Hogan».

Parte del atractivo de los dulces se desvaneció. Ensimismada, Benny le arrancó una esquina al paquete y empezó a comerse un caramelo.

Dessie Burns, cuya ferretería estaba puerta con puerta con la tienda de Kennedy, le gritó con tono de aprobación:

—Así me gusta, Benny, siempre con el hocico en el pienso. ¿Cómo te encuentras estos días?

—Hoy cumpla diez años, señor Burns.

—Caramba, ¿no es magnífico? Si tuvieras seis años más te llevaría al bar de Shea, te sentaría en mis rodillas y te invitaría a una ginebra con algo.

—Gracias, señor Burns —respondió Benny mirándole temerosa.

—¿Qué piensa hacer tu padre? No me digas que pretende contratar personal nuevo. La mitad del país emigra y Eddie Hogan decide ampliar el negocio.

Dessie Burns tenía ojos pequeños y porcinos. Miró hacia el otro lado de la calle, donde estaba la sastrería para caballeros Hogan, con intenso y mal disimulado interés. Su padre estaba estrechándole la mano a un hombre, o quizá a un joven, no era fácil apreciarlo. Parecía rondar los diecisiete, pensó Benny, y era delgado y pálido. Llevaba una maleta en la mano y estaba mirando el cartel que había sobre la puerta.

—Yo no sé nada, señor Burns —dijo.

—Buena chica, mantente alejada de los negocios, hazme caso, te rompen el corazón. Si yo fuera una mujer eso es lo que haría. Me buscaría un buen hombre que me mantuviera abastecida de barritas de azúcar todo el día.

Benny siguió caminando calle abajo y pasó frente a la tienda vacía que, según decían, iba a abrir un italiano de verdad, de Italia. Pasó delante de la zapatería, desde donde Paccy Moore y su hermana Bee la saludaron con la mano. Paccy tenía una pierna deforme. No asistía a misa, pero se decía que una vez a la semana le visitaba un sacerdote que le escuchaba en confesión y después le daba la sagrada comunión. Benny había oído decir que habían solicitado una dispensa para él en Dublín, e incluso en Roma, y que no se trataba de que fuera un pecador ni de que estuviera fuera de la Iglesia, ni nada de eso. Al fin llegó a Lisbeg, su casa, donde la esperaba su nuevo perro. Mitad perro pastor mitad collie, yacía adormilado en un escalón disfrutando del delicioso sol de septiembre.

A través de la ventana se veía la mesa dispuesta para la fiesta. Patsy había hecho una limpieza especial de los bronce y su madre había adecentado la parte delantera del jardín. Benny prefirió tragarse el dulce antes que ser acusada de comer golosinas en público, y entró en la casa por la puerta de atrás.

—Ese perro no ha dicho ni mu para hacerme saber que venías —dijo irritada su madre.

—A mí no debe ladrarme, soy de la familia —le defendió Benny.

—El día que ladre por algo que no sea por divertirse, los cuervos llevarán corbata. Cuéntame, ¿has pasado un buen día en el colegio? ¿Te han hecho los honores?

—Sí, madre.

—Eso está bien. Desde luego, no te reconocerán cuando te vean esta tarde.

El corazón de Benny voló como un pájaro.

—¿Voy a ponerme algo... algo nuevo para la fiesta?

—Así lo creo. Estarás hecha un brazo de mar para cuando lleguen.

—¿Me lo pongo ya?

—¿Y por qué no? —La madre de Benny parecía también impaciente por ver el vestido nuevo—. Te lo prepararé arriba. Sube conmigo, date un baño y te lo pondremos.

Benny permaneció en pie impaciente mientras le frotaban la nuca. Ya faltaba poco.

Luego la condujeron a su dormitorio.

—Cierra los ojos —dijo su madre.

Cuando Benny los abrió, vio sobre la cama una gruesa falda azul marino y un jersey azul marino y rojo. Un enorme par de zapatos azules yacían en su caja y junto a ellos había unos gruesos calcetines blancos primorosamente doblados. Asomando entre el papel de seda había un pequeño bolso rojo.

—Es un conjunto completo —dijo con entusiasmo su madre—. Irás vestida de pies a cabeza por Peggy Pine.

Luego dio un paso atrás para contemplar el efecto del regalo.

Benny no tenía palabras. Nada de vestido, nada de delicioso y suave terciopelo fruncido que uno podía acariciar, con sus deliciosos remates de encaje. Sólo cosas horribles, ásperas y burdas como pelo de caballo. Nada de color rosa desvaído, sólo los colores sencillos y sensatos de toda la vida. ¡Y los zapatos! ¿Dónde estaban las zapatillas de ballet?

Benny se mordió el labio y se tragó las lágrimas haciendo un esfuerzo.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —su madre sonreía ampliamente—. Tu padre insistió en que incluyéramos el bolso y los zapatos también, para que fuera un conjunto completo. Dijo que puestos a gastar dinero, había que hacerlo con estilo.

—Es muy bonito —murmuró Benny.

—¿No te parece que el jersey es precioso? Llevaba siglos pidiéndole a Peggy que me encontrara algo así. Le dije que no quería nada andrajoso... que quería algo de calidad.

—Es una preciosidad —dijo Benny.

—Tócalo —le urgió su madre.

No quería hacerlo. No mientras conservara el tacto del terciopelo en la mente.

—Me vestiré yo misma, madre. Luego me acercaré para que me veas —respondió.

Estaba consiguiendo contenerse por los pelos.

Afortunadamente, Annabel Hogan tenía que ir a supervisar las mil fruslerías del festejo. Se encaminaba hacia el piso de abajo cuando sonó el teléfono.

—Debe de ser tu padre. —Parecía satisfecha, y sus pasos en la escalera se aceleraron.

A través de los sollozos que ahogaba en la almohada, Benny escuchó fragmentos de la conversación.

—Le ha encantado, Eddie. ¿Sabes?, creo que ha sido un poco excesivo para ella, no parecía capaz de abarcarlo todo, tantas cosas, un bolso y unos zapatos, y además los calcetines. Una niña de su edad no está acostumbrada a recibir tanto de una vez. No, todavía no. Se la está poniendo. Estará guapísima.

Lentamente, Benny se bajó de la cama y se acercó al espejo que había en el armario para ver si tenía la cara tan roja y lacrimosa como temía. Vio la regordeta figura de una niña en camiseta y bragas, con el cuello enrojecido por el frotado del baño y los ojos por el llanto. No era el tipo de persona que la gente se imaginaba vestida de terciopelo rosa y con pequeñas zapatillas puntiagudas. Sin motivo aparente se acordó de Eve Malone. Recordó su franca advertencia de que no pensara demasiado en el vestido de Dublín.

Quizá Eve lo supiera desde el principio. Tal vez estuviera en la tienda cuando su madre estaba comprando todas aquellas... aquellas cosas horribles. Era espantoso que Eve se hubiera enterado antes que ella. Y con todo, a Eve jamás le habían regalado nada nuevo, sabía que cualquiera que fuera el vestido que le regalaran para la fiesta sería de segunda mano o tendría alguna tara. Recordaba el modo en que Eve había dicho «por lo menos te habrán comprado algo nuevo». Jamás permitiría que se enteraran de lo decepcionada que estaba. Jamás.

El resto de día resultó desdibujado para Benny debido a la gran nube de desilusión que pareció envolver toda la celebración, al menos para ella. Recordaba que había hecho los comentarios apropiados y se había movido como un títere al empezar la fiesta. Maire Carroll llegó vestida con un auténtico traje de gala. Llevaba unas enaguas que producían una especie de susurro. Habían llegado desde América en un paquete.

Hubo juegos y premios para todos. La madre de Benny había comprado cucuruchos de golosinas en la tienda de Birdie Mac, todas ellas envueltas en papeles de diferente color. La fiesta empezaba a volverse ruidosa, pero hubo que retrasar la tarta hasta que el señor Hogan regresó de la tienda.

Oyeron el toque del ángelus. El tañido profundo de las campanas resonaba en Knockglen dos veces al día, a mediodía y a las seis de la tarde, algo muy útil tanto para saber la hora como para recordar a la gente que debía rezar. Pero no había señal del padre de Benny.

—Espero que no se haya retrasado con algún cliente precisamente hoy —oyó Benny que le decía su madre a Patsy.

—Seguro que no, señora. Debe de venir ya de camino. Shep se ha levantado y se ha desperezado. Eso es señal de que el señor viene ya para casa.

Y así era. Medio minuto más tarde entró el padre de Benny lleno de ansiedad.

—¿No me lo habré perdido, verdad? No llego demasiado tarde.

Le tranquilizaron y le ofrecieron una taza de té y un rollito de salchicha para animarle mientras reunían a los niños y oscurecían la habitación.

Benny intentó no sentir la aspereza de la lana del jersey en el cuello. Intentó ofrecerle a su padre, que había recorrido la ciudad a la carrera para estar presente en el gran momento, una genuina sonrisa.

—¿Te gusta el conjunto... tu primer conjunto completo? —le preguntó él desde lejos.

—Es precioso, padre. Precioso. Como ves lo llevo todo puesto.

Al principio, los demás niños de Knockglen se reían de Benny por decir «padre». Ellos llamaban a sus padres papá o papi. Pero ya se habían acostumbrado a oírlo. Así eran las cosas. No conocían a más hija única que Benny, ya que la mayor parte de ellos tenían que compartir una mamá y un papá con otros cinco o seis hermanos. Una única hija era algo insólito. De hecho, no había otra que Benny. Y Eve Malone, por supuesto. Pero su caso era diferente. Ella no tenía familia en absoluto.

Eve estaba junto a Benny cuando llegó la tarta.

—Supongo que todo eso es para ti —susurró sobrecogida.

Eve llevaba puesto un vestido varias tallas demasiado grande para ella. La hermana Imelda, la única monja del convento que sabía coser bien, había estado enferma en la cama, por lo que el trabajo de subir el dobladillo estaba muy mal hecho. El resto del vestido le colgaba de los hombros como una cortina.

Lo único que podía decirse en su favor es que era rojo y evidentemente nuevo. No había manera humana de admirarlo o alabarlo, pero Eve parecía estar por encima de tales consideraciones. Había algo en el modo en que se erguía, envuelta en aquella prenda grande e incómoda, que dio ánimos a Benny. Al menos su horroroso conjunto era de su talla y, aunque distaba mucho de ser un vestido de fiesta, y aún más de ser el vestido de sus sueños, era ropa como Dios manda, al contrario que el vestido de Eve. Enderezó los hombros y sonrió de repente a la niña menor.

—Si sobra algo de tarta la guardaré para que te la lleves —le dijo.

—Gracias. A la madre Francis le encanta la tarta —respondió Eve. De repente ocurrió: la borrosa luz de las velas, los cánticos de «Cumpleaños feliz», el gran soplido... después los aplausos, y cuando se abrieron de nuevo las cortinas, Benny vio al joven delgado que había visto estrechando la mano de su padre. Era demasiado viejo para la fiesta. Debían haberle invitado a tomar el té con los mayores, que llegarían más tarde. Era muy delgado y pálido, y tenía una expresión fría y dura en los ojos.

—¿Quién era? —le preguntó Eve a Benny el lunes.

—El nuevo ayudante que ha venido a trabajar con mi padre en la tienda.

—Es horrible, ¿verdad?

Se habían hecho amigas, y estaban sentadas juntas en el muro del patio durante el recreo.

—Sí que lo es. Tiene algo en los ojos, creo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Eve.

—Sean. Sean Walsh. Vivirá en la tienda.

—¡Aj! —replicó Eve—. ¿Irás a tu casa para las comidas?

—No, eso es lo bueno. No vendrá. Mi madre le invitó a la comida del domingo y nos soltó un horrible discurso acerca de que no quería exagerar o algo así.

—Abusar.

—Sí, bueno, lo que sea. El caso es que no va a venir para las comidas. Dijo que se las arreglaría por sí mismo.

—Bien dicho —aprobó Eve.

—Mi madre ha dicho... —empezó Benny en tono titubeante.

—¿Sí?

—Que si te apetece venir a casa en cualquier momento... que estaría... que estaría muy bien.

Benny hablaba como enfurruñada, como si temiera que despreciaran su invitación.

—Me encantaría —replicó Eve.

—A tomar el té cualquier día de diario, o tal vez a cenar temprano un sábado o un domingo.

—Me gustaría ir en domingo. Aquí las cosas resultan un poco aburridas los domingos. Se reza mucho, ¿sabes?

—Estupendo. Se lo diré. —El ceño de Benny se había despejado.

—Por cierto, hay algo que quiero decirte...

—¿Qué es? —a Benny no le gustó la expresión de la cara de Eve.

—No podré corresponder. El sitio donde comemos ellas y yo está más allá de la cortina, ¿comprendes?

—Eso no tiene ninguna importancia. —Benny se sintió aliviada de que ése fuera el único obstáculo.

—Por supuesto, cuando sea mayor y tenga mi propia casa, ya sabes, mi casa de campo, podré invitarte a venir —dijo Eve con gran seriedad.

—¿De verdad es tuya?

—Ya se lo he dicho a todo el mundo —respondió Eve con tono belicoso.

—Pensé que a lo mejor era una casa imaginaria —se defendió Benny.

—¿Cómo iba a ser imaginaria? Es mía. Nací allí. Pertenece a mi padre y a mi madre. Los dos están muertos. Es mía.

—¿Y por qué no puedes ir allí?

—No lo sé. Creo que piensan que soy demasiado joven para vivir sola.

—Claro que eres demasiado joven para vivir sola —dijo Benny—. Lo que quiero decir es que podrías ir a visitarla.

—La madre Francis dice que se trata de un asunto bastante serio, que es mi propia casa, mi herencia, como ella dice. Dice que no debo verla como una casa de muñecas,

como un sitio para jugar mientras sea joven.

Ambas meditaron sobre el tema durante un rato.

—Tal vez tenga razón —admitió Benny a regañadientes.

—Tal vez.

—¿Has mirado por las ventanas?

—Sí.

—¿No ha entrado nadie? ¿No está estropeada?

—No, nadie va nunca por allí.

—¿Y eso por qué? Tiene una vista preciosa de la cantera.

—Tienen miedo. Allí ha muerto gente.

—La gente muere en todas partes —dijo Benny encogiéndose de hombros.

Esto agradó a Eve.

—Eso es verdad. No se me había ocurrido verlo así.

—¿Quién murió en la casa?

—Mi madre. Y poco después mi padre.

—Oh.

Benny no sabía qué decir. Era la primera vez que Eve hablaba de su vida. Normalmente respondía bruscamente con un «métese en tus cosas» si alguien le hacía alguna pregunta al respecto.

—Pero ya no están en la casa. Ahora están en el cielo —dijo Benny al cabo de un rato.

—Sí, por supuesto.

Se produjo otro silencio.

—Me encantaría ir contigo alguna vez a mirar por las ventanas —se ofreció Benny.

Eve estaba a punto de responder cuando apareció Maire Carroll.

—Una fiesta muy bonita, Benny —dijo.

—Gracias.

—Eso sí, no sabía que era una fiesta de disfraces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Benny.

—Bueno, Eve iba disfrazada, ¿no es así, Eve? Quiero decir que esa cosa roja y enorme que llevabas no pretendería ser ropa normal, ¿verdad?

El rostro de Eve se endureció, recuperando la expresión que solía tener antes. A Benny le dio mucha rabia volver a ver aquella expresión.

—Personalmente me pareció muy gracioso —dijo Maire con una risita—. Todas lo comentamos de vuelta a casa.

Benny recorrió el patio con la mirada. La madre Francis estaba mirando hacia otro lado.

Benny Hogan saltó con todas sus fuerzas sobre Maire Carroll desde el muro. La niña cayó al suelo sin respiración.

—¿Te encuentras bien, Maire? —le preguntó Benny con falsa conmiseración.

La madre Francis se acercó corriendo, con el hábito ondeando al viento.

—¿Qué ha pasado, criatura? —Intentaba que Maire recuperara la respiración y se pusiera en pie.

—Benny me ha empujado... —Jadeó Maire.

—Madre, lo siento, soy una torpe. Sólo quería bajarme del muro.

—Está bien, no pasa nada, no hay ningún hueso roto. Busca una banqueta. —La madre Francis se hizo cargo de la jadeante Maire.

—Lo ha hecho adrede.

—Vamos, vamos, Maire. Aquí hay una banqueta para ti. Siéntate.

—Madre, saltó sobre mí desde el muro como una tonelada de ladrillos... Yo sólo estaba diciendo... —Maire estaba llorando.

—Maire me estaba diciendo que le había gustado mucho mi fiesta, madre. No sabe cómo lo siento —dijo Benny.

—Ya. Verás, Benny, debes ser más cuidadosa. No seas tan exuberante. En cuanto a ti, Maire, basta ya de gimotear. No me gusta nada. Benny ya te ha dicho que lo siente. Fue sólo un accidente. Demuestra que eres una chica grande.

—Espero que no tan grande como Benny Hogan. Nadie querría serlo tanto.

La madre Francis reaccionó con enfado.

—Ya es suficiente, Maire Carroll. Más que suficiente. Coge la banqueta, vete al guardarropa y siéntate allí hasta que yo te llame.

La madre Francis se dio la vuelta y se marchó. Como todos sabían que ocurriría, hizo sonar la campana para anunciar el final del recreo.

Eve miró a Benny. Al principio no dijo nada, se limitó a tragar saliva como si tuviera un nudo en la garganta.

Benny tampoco sabía qué hacer, se limitó a encogerse de hombros y a extender las manos en un gesto de impotencia.

De repente, Eve le cogió una mano.

—Algún día, cuando sea grande y fuerte, le pegaré a alguien en tu nombre —dijo—. Hablo en serio, lo haré, de veras que lo haré.

—Habládmelo de los padres de Eve —pidió Benny aquella noche.

—Por Dios, eso ocurrió hace ya mucho tiempo —respondió su padre.

—Pero yo no sé lo que ocurrió. No estaba allí.

—No tiene sentido remover todo eso de nuevo.

—Es mi amiga. Quiero saber cosas de ella.

—Antes no era tu amiga. Tuve que pedirte por favor que la dejaras venir a tu fiesta —apuntó su madre.

—No, no ocurrió así. —A Benny le resultaba ahora inconcebible que lo que decía su madre fuera verdad.

—Me alegra que esa niña venga a cenar el domingo —dijo Eddie Hogan—. Ojalá pudiéramos convencer al joven zanquilargo de la tienda para que viniera también, pero está empeñado en no invadir nuestra intimidad, como él dice.

A Benny le alegró oír aquello.

—¿Qué tal funciona, Eddie?

—De maravilla, querida. Será una bendición para nosotros, ya lo verás. Está tan ansioso por aprender que casi tiembla como *Shep*; lo repite todo una y otra vez, como si estuviera aprendiéndoselo de memoria.

—¿Qué tal le cae a Mike? —quiso saber la madre de Benny.

—Bueno, ya conoces a Mike, no le gusta nadie.

—¿Cuáles son sus quejas?

—Se queja del modo en que lleva los libros Sean. Dios, es tan fácil que hasta un niño podría llevarlos, pero el viejo Mike siempre tiene que oponerse a todo. Dice que se sabe de memoria las medidas de todo el mundo, lo que ha pagado y lo que debe. Parece creer que es una especie de insulto a sus capacidades poner las cosas por escrito.

—¿No podrías llevar los libros tú, madre? —sugirió Benny de repente.

—No, no sabría hacerlo.

—Pero si es tan sencillo como dice padre...

—Tu madre sería perfectamente capaz de hacerlo, pero tiene que estar aquí, éste es nuestro hogar, y ella se encarga de llevarlo en tu nombre y en el mío, Benny.

—Podría hacerse cargo Patsy. Así no tendrías que pagar a Sean.

—Tonterías, Benny —contestó su padre.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—¿Por qué no? A Mike le gustaría que madre fuera por allí. Mike adora a madre, y madre podría pasar el día ocupada.

Los dos se echaron a reír.

—¿No es maravilloso ser un niño? —dijo su padre.

—Cree que aún no tengo el día suficientemente ocupado —asintió su madre.

Benny sabía perfectamente que los días de su madre distaban mucho de estar plenamente ocupados. Pensaba que podía ser bonito que participara en el trabajo de la tienda, pero era evidente que no le iban a hacer el menor caso.

—¿Cómo murieron los padres de Eve? —preguntó.

—No es un tema de conversación agradable.

—¿Por qué? ¿Fueron asesinados?

—Desde luego que no. —Su madre parecía impaciente.

—¿Entonces por qué...?

—¡Señor! ¿Por qué, por qué, por qué? —suspiró su padre.

—En el colegio no hacen más que decirnos que preguntemos el porqué de las cosas. La madre Francis dice que si uno tiene una mente inquisitiva acaba conociendo todas las respuestas —dijo Benny con tono triunfal.

—Su madre murió mientras daba a luz, cuando nació Eve. Luego, poco más tarde, su pobre padre, que Dios tenga misericordia de él, cayó desde el risco a la cantera una noche que estaba fuera de sí.

—¡Debía estar desesperado! —dijo Benny con los ojos como platos por el horror.

—Como ves, es una triste historia que ocurrió hace mucho tiempo, casi diez años. Y no nos dedicamos a rememorarla una y otra vez.

—Pero hay más, ¿verdad?... Hay algún secreto.

—En realidad no. —Los ojos de su padre reflejaban que hablaba honradamente—. Su madre era una mujer muy rica y su padre era una especie de hombre para todo que hacía chapuzas en el convento y trabajaba de vez en cuando en Westlands. En su día, dio bastante que hablar.

—Pero no se trata de un secreto ni de un escándalo ni de nada parecido. —El rostro de Annabel Hogan transmitía una advertencia—. Se casaron por la iglesia católica y todo.

Benny comprendió que no iba a sacar nada más en claro. Sabía cuándo dejar correr las cosas.

Más tarde interrogó a Patsy.

—No te dediques a preguntarme cosas a espaldas de tus padres.

—No lo hago. Les pregunté a ellos y eso es lo que me dijeron. Sólo quería saber si tú sabías algo más. Eso es todo.

—Ocurrió antes de mi llegada aquí, pero Bee Moore me contó algo... Es la hermana de Paccy, trabaja arriba, en Westlands, ¿sabes?

—¿Qué te contó?

—Que el padre de Eve cometió algún acto terrible en el funeral, que estuvo maldiciendo y gritando...

—¡En la iglesia! ¡Maldiciendo y gritando...!

—No en nuestra iglesia, no en la de verdad, en la protestante, pero ya es bastante grave. Verás, la madre de Eve era de Westlands, de la casa grande que hay más allá. Era de la familia y el pobre Jack, o sea el padre, pensaba que todos la habían tratado mal...

—Sigue.

—Eso es todo lo que sé —dijo Patsy—. Y no se te ocurra preguntarle a esa pobre niña nada. A la gente que no tiene padres no le gusta que le hagan preguntas.

Benny aceptó esto como un buen consejo, no sólo respecto a Eve, sino también respecto a la propia Patsy.

La madre Francis estaba encantada por la amistad que iba desarrollándose entre las dos niñas, pero tenía demasiada experiencia en el trato con niños como para decirlo en voz alta.

—Vas otra vez a casa de los Hogan, ¿eh? —dijo como si estuviera ligeramente decepcionada.

—¿Le importa? —le preguntó Eve.

—No, no me importa. No puedo decir que me importe —la monja intentaba a duras penas ocultar su entusiasmo.

—No es que quiera irme de aquí —dijo Eve con toda sinceridad.

La madre Francis sintió el impulso de coger a la niña en brazos, como había hecho cuando Eve era un bebé que había quedado a su cargo por el accidente de su nacimiento.

—Por supuesto que no, criatura. Por extraño que sea este lugar, es tu casa.

—Siempre ha sido un hogar maravilloso.

Los ojos de la monja se llenaron de lágrimas.

—En todos los conventos debería haber un niño. No sé cómo vamos a organizarlo —dijo en tono liviano.

—¿No fui un problema cuando llegué aquí?

—Fuiste una bendición, y lo sabes. Han sido los diez mejores años que hemos disfrutado en St Mary... gracias a que estabas tú aquí.

La madre Francis se quedó en la ventana observando cómo la pequeña Eve recorría la larga avenida del convento para asistir como invitada a la comida del domingo de los Hogan. Rezó por que fueran bondadosos con ella, y por que Benny no cambiara y se buscara una nueva amiga.

Recordaba las batallas que había tenido que librar para conservar a Eve, en un momento en que existían otras muchas soluciones. Había un primo de los Westward en Inglaterra que estaba dispuesto a hacerse cargo de la niña, alguien que podía ofrecerle instrucción católica romana una vez por semana. Los Healey, que habían venido a poner en marcha un hotel, tenían, al parecer, problemas para crear una familia. Habrían estado encantados de acoger a Eve en su hogar, incluso aunque tuvieran hijos propios, si llegaban a tenerlos. Pero la madre Francis había luchado como una tigresa por aquel pequeño bulto que había rescatado de la casa de campo el día en que había nacido. Habían criado a la niña pendientes de que se encontrara alguna solución. Nadie había previsto que la solución de Jack Malone pudiera implicar el tirarse cantera abajo una noche oscura. Tras la tragedia, nadie tenía más derecho a la custodia de Eve que las monjas que la habían criado.

Fue la primera de muchas comidas de domingo a las que Eve asistió en Lisbeg. Le encantaba ir a aquella casa. Todas las semanas llevaba consigo algún ramo que luego disponía en un jarrón. La madre Francis le había enseñado a recorrer el largo y ventoso camino que había tras el convento para recoger hojas y flores salvajes. Al principio practicaba Los arreglos florales con la religiosa para poder hacerlo bien cuando fuera a casa de los Hogan, pero con el paso de las semanas su confianza fue en aumento. Llevaba brazadas de hojas de otoño y hacía un bellissimo arreglo en la mesa del recibidor. Se convirtió en un ritual. Patsy tenía listos los jarrones para ver qué era lo que llevaba Eve aquel día.

—¡Tiene una casa preciosa! —decía en tono añorante, y Annabel Hogan sonreía satisfecha y se felicitaba a sí misma por haber unido a las dos niñas.

—¿Cómo conoció a la señora Hogan? —le preguntaba al padre de Benny—. ¿Siempre quiso usted tener un negocio? —Era el tipo de preguntas que a Benny nunca se le ocurría hacer pero cuyas respuestas siempre le interesaban.

No tenía ni idea de que sus padres se hubieran conocido en una fiesta de tenis en un país muy lejano. No sabía que su padre había trabajado como aprendiz en otro negocio en la ciudad de Ballylee. Ni que su madre había pasado un año en Bélgica tras acabar la escuela dando clases de inglés en un convento.

—Consigues que mis padres digan cosas muy interesantes —le dijo a Eve una tarde mientras estaban sentadas en el dormitorio de Benny. Eve estaba maravillada de que les dejaran emplear una estufa eléctrica para ellas solas.

—Bueno, tienen buenas historias que contar.

—Sí, ya... —Benny tenía sus dudas.

—Verás, las monjas no las tienen.

—No puede ser. No pueden haberse olvidado —dijo Benny.

—Se supone que no deben pensar en el pasado, ¿comprendes? Ni sobre la vida antes de su consagración. Ellas parten del momento en que tomaron a Cristo por esposo. No tienen historias de los viejos tiempos, como tu padre y tu madre.

—¿Les gustaría a ellas que tú también te hicieras monja? —preguntó Benny.

—No, la madre Francis dice que no me aceptarían, aunque quisiera serlo, hasta cumplir los veintiún años.

—¿Y eso por qué?

—Dice que es la única vida que conozco, y que podría dejarme llevar por eso y pedir el ingreso. Dice que cuando acabe el colegio tendré que trabajar durante al menos tres años antes de pensar siquiera en hacerme monja.

—Qué suerte tuviste con ellas, ¿verdad? —dijo Benny.

—Sí. Ya lo creo que sí.

—No quiero decir que fuera una suerte que murieran tus padres, pero si tenían que morir tuviste suerte de no acabar en algún lugar horrible, ¿no?

—Como los de los cuentos de madrastras malvadas —asintió Eve.

—Me pregunto por qué te acogerían. Las monjas no suelen aceptar niños si no es en un orfanato.

—Mi padre trabajaba para ellas. Le enviaban a Westlands a ganarse algo de dinero porque no podían pagarle gran cosa. Allí conoció a mi madre. Supongo que se sienten responsables.

Benny se moría por saber más, pero recordó el consejo que le había dado Patsy.

—En fin, todo salió bien al final. En el convento están locas contigo.

—Tus padres también están locos contigo. —A veces resulta un poco duro, me apetece perderme.

—A mí me pasa lo mismo —replicó Eve—. No hay muchas posibilidades de perderse en el convento.

—Todo será diferente cuando seamos mayores.

—Puede que no —replicó Eve meditabunda.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendremos que demostrarles que somos enormemente sensatas o algo así,

demostrarles que si nos dejan perdernos de vez en cuando, regresaremos a nuestra hora.

—¿Y cómo vamos a demostrárselo? —Benny esperaba impaciente la respuesta.

—No lo sé. Haciendo algo sencillo al principio. Por ejemplo, ¿podrías invitarme a pasar aquí la noche? —Por supuesto que sí.

—Entonces podría demostrarle a la madre Francis que soy capaz de estar de vuelta en el convento a la hora en que se celebra la misa en la capilla, y así sabría que soy digna de confianza.

—¿Misa en día laborable? —Todos los días, a las siete.

—¡No!

—Me gusta. Las monjas cantan maravillosamente, resulta agradable y tranquilo. De verdad que no me importa. El padre Ross oficia especialmente para ellas y le sirven un magnífico desayuno en el refectorio. Dice que los demás sacerdotes le envidian.

—Eso no lo sabía. Todos los días...

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No, ¿es un secreto?

—En absoluto, es que yo no cuento nunca nada, ¿comprendes? Y a la comunidad le gusta, así sienten que soy parte de ellas. Antes no tenía ninguna amiga. No tenía a quien contárselo.

Benny sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué noche quieres venir? ¿La del miércoles?

—No sé, Eve. No tienes pijamas decentes ni nada para ir a pasar la noche con otra gente. No tienes un neceser en condiciones, cosas que la gente que va invitada necesita.

—Mis pijamas están perfectamente, madre.

—Podrías plancharlos, desde luego, y tienes una bata. —Parecía estar a punto de ceder—. ¿Pero tienes bolsa de aseo?

—¿No podría hacerme una la hermana Imelda? Haré trabajos extra para ella.

—¿Ya qué hora volverías?

—Estaré aquí a tiempo para asistir a misa, madre.

—No querrás levantarte tan temprano estando de visita. —El rostro de la madre Francis se había enternecido.

—Claro que querría, madre.

Fue una gran noche. Jugaron a las cartas con Patsy en la cocina durante mucho rato porque los padres habían ido a cenar a la casa del doctor Johnson y su esposa, que vivían al otro lado de la calle, para celebrar el bautizo del nuevo hijo.

Eve le hizo a Patsy muchas preguntas acerca del orfanato, y ésta le dio más detalles de los que había dado nunca a Benny. Les contó que solían robar comida, y lo difícil que le había resultado acostumbrarse, cuando llegó a casa de los Hogan, su primer trabajo, a la idea de que no tenía necesidad de apoderarse de galletas sueltas ni

de coger puñados de azúcar y metérselos en el delantal.

—No sé por qué nos ha contado todo eso Patsy. Precisamente el otro día me dijo que a la gente que no tiene padres no le gusta que le hagan preguntas —dijo Benny con voz de asombro aquella noche cuando estaban acostadas.

—En mi caso es diferente —contestó Eve—. Yo estoy en el mismo barco.

—¡De eso nada! —dijo indignada Benny—. Patsy no tenía nada. Tuvo que trabajar en ese lugar horrible y coger piojos y robar y sufrir palizas por mojar la cama. Tuvo que salir de allí cuando tenía quince años y venir aquí. No se parece en nada a ti.

—Te equivocas. Somos iguales, ella no tiene familia, yo tampoco. Ella no tuvo un hogar como el que tienes tú.

—¿Y es por eso por lo que le has contado a ella más cosas de las que me habías contado a mí? —Benny se había quedado aún más asombrada ante las preguntas que Patsy se había atrevido a formular. ¿Odiaba Eve a los Westward, que eran tan ricos, por no haberla acogido en la gran casa? Eve no los odiaba. No podrían haberlo hecho porque eran protestantes, explicó. Y muchas cosas más, cosas que Benny jamás se habría atrevido a preguntar.

—Tú no preguntas cosas así —dijo Eve con sencillez.

—No quería molestarte —respondió Benny.

—A una amiga no se la molesta —concluyó Eve.

Benny y Eve, que habían vivido toda la vida en el mismo pueblo, estaban asombradas por la cantidad de cosas que la otra no sabía acerca de Knockglen.

Benny no sabía que a los tres sacerdotes que vivían en la rectoría les habían regalado un juego de Scrabble, con el que jugaban todas las noches, y que a veces llamaban al convento para preguntarle a la madre Francis cosas como cómo se deletreaba «quijotesco», porque el padre O'Brien estaba a punto de obtener un triple.

Eve no sabía que el señor Burns, el dueño de la ferretería, tendía a darse a la bebida, ni que el doctor Johnson tenía muy mal genio y se le había oído gritar al escuchar la expresión de que Dios nunca traía al mundo bocas que no pudiera alimentar. El doctor Johnson era de la opinión de que había muchas bocas, especialmente en las familias con trece hijos, que Dios había olvidado alimentar.

Benny no sabía que Peggy Pine era una vieja amiga de la madre Francis, que habían sido compañeras cuando niñas, hacía años, y que cuando iba a visitar a la madre Francis al convento la llamaba Buntty.

Eve no sabía que Birdie Mac, que regentaba la confitería, tenía un pretendiente de Ballylee que llevaba rondándola quince años, pero ni ella estaba dispuesta a abandonar a su vieja madre ni él a irse a vivir a Knockglen.

Sus recién adquiridos conocimientos hicieron de la ciudad un lugar mucho más interesantes para las dos niñas. En especial porque sabían que se trataba de secretos oscuros que no debían compartir con nadie. Hicieron fondo común de sus conocimientos acerca de cómo nacían los niños, y no tuvieron grandes aportaciones

que hacer. Las dos sabían que salían al mundo igual que los gatos, pero no cómo entraban dentro antes.

—Es algo que tiene que ver con acostarse juntos cuando una está casada —dijo Eve.

—Tiene que ser necesario estar casada. Imagínate que te caes al suelo junto a alguien como Dessie Burns. —Benny estaba alarmada.

—Sí, hay que estar casada —afirmó Eve.

—¿Y cómo entra? —Era un misterio.

—Tal vez sea por el timbre —dijo Benny meditabunda.

—¿Qué es eso?

—El ombligo, lo que está en medio de la tripa.

—La madre Francis lo llama el botón de la barriga.

—Debe de ser por ahí —proclamó triunfante Benny—. Si todos le dan un nombre distinto, ése debe de ser el secreto.

Pusieron gran empeño en ser dignas de confianza. Si cualquiera de las dos se comprometía a estar en casa a las seis en punto, cinco minutos antes de que sonara la hora y el ángelus estaba de vuelta. Como había previsto Eve, esto les permitió mucha mayor libertad de movimientos. Nunca permitían que sus ataques de risa histérica se produjeran en público.

Pegaban la nariz al ventanal del Hotel Healy. No les gustaba la señora Healy. Era muy estirada. Caminaba como si fuera una reina. Siempre parecía mirar a las niñas por encima del hombro.

Patsy le había contado a Benny que los Healy habían viajado a Dublín en busca de un niño en adopción, pero que no les habían autorizado a adoptar a ninguno porque el señor Healy tenía mal los pulmones.

—Mejor así —había comentado Eve sin ninguna simpatía—. Serían unos padres terribles para cualquiera. —Hablaban con la inocencia de no saber que en Knockglen habían llegado a pensar en tiempos que Eve podía ser la hija ideal para ellos.

El señor Healy era mucho mayor que su mujer. Se rumoreaba, según Patsy, que ya no podía cumplir con el débito. Eve y Benny pasaron largas horas intentando desentrañar el significado de aquello. Si débito significaba deuda, ¿cómo hacía uno para cumplir una deuda? ¿Por qué había que cumplirla? ¿Para qué?

La señora Healy parecía tener cien años, pero al parecer tenía veintisiete. Se había casado a los diecisiete años de edad y, ya que no tenía hijos, dedicaba todos sus esfuerzos al hotel.

Juntas exploraron lugares a los que nunca habían ido solas. Fueron a la carnicería de Flood con la esperanza de ver cómo mataban a los animales.

—En realidad no queremos ver cómo les matan, ¿verdad? —preguntó temerosa Benny.

—No, pero sí estar allí desde el principio. Así, si queremos, podemos salir corriendo en cualquier momento —le explicó Eve. El señor Flood se negó a dejarlas

pasar al matadero, así que el problema no llegó a plantearse.

Observaron atentamente cómo el italiano de Italia ponía en marcha su tienda de pescado con patatas fritas.

—¿Vendrán estas dos criaturas tan bonitas todos los días a comprarme pescado? —les preguntó esperanzado a las dos niñas, la una grande y la otra pequeña, que escudriñaban todos sus movimientos.

—No creo que nos dejen hacerlo —dijo Eve con tristeza.

—¿Y eso por qué?

—Dirían que no es más que tirar dinero —replicó Benny.

—Y que no debemos hablar con extranjeros —explicó Eve para rematar la cuestión.

—Mi hermana está casada con un hombre de Dublín —le dijo Mario.

—Se lo diremos a la gente —dijo solemnemente Eve.

A veces iban a la guarnicionería. Un día fue un hombre muy guapo a caballo a preguntar por unas bridas, que deberían haber estado ya listas pero no lo estaban.

Dekko Moore era primo de Paccy Moore, el de la zapatería. Se deshizo en excusas, y actuó como si pudieran ahorcarle por el retraso.

El hombre dio la vuelta a su caballo rápidamente.

—Está bien, ¿le importaría llevármelas a casa mañana? —gritó.

—Por supuesto, señor, gracias señor. Lo siento mucho señor. Desde luego señor. —Dekko Moore parecía el villano desenmascarado de una pantomima.

—Caray, ¿quién sería ése? —Benny estaba asombrada. Dekko estaba casi enfermo de alivio por lo bien librado que había salido.

—Era el señor Simon Westward —le dijo Dekko, enjugándose el sudor de la frente.

—Ya me parecía a mí —dijo Eve con voz sombría.

A veces iban a la sastrería Hogan. Padre siempre organizaba grandes alharacas cuando lo hacían. Lo mismo que el viejo Mike y quienquiera que estuviera en la tienda por cualquier motivo.

—¿Trabajarás aquí cuando seas mayor? —había susurrado Eve.

—No creo. Tendría que ser un chico, ¿no?

—No veo por qué —había dicho Eve.

—Bueno, ya sabes, hay que tomar medidas a los hombres, rodearles la cintura con el metro, y todo eso.

Las dos se habían echado a reír.

—Pero tú eres la hija del jefe, no tendrías que hacer eso. Sólo tendrías que gritarle a la gente, como hace la señora Healy en el hotel.

—Hum... —Benny no parecía muy convencida—. Tendría que saber qué hay que gritar.

—Eso se aprende. Si no, se quedará con todo Pantalones Caídos.

Era el mote que le habían puesto a Sean Walsh, que parecía cada vez más pálido y

delgado. La dureza de su mirada había aumentado desde su llegada.

—Nada de eso, ¿no lo dirás en serio?

—Podrías casarte con él.

—¡Aj, aj, aj!

—Y tener muchos hijos poniendo tu ombligo junto al suyo.

—Eve, no quiero tener que hacer eso. Creo que me haré monja.

—Creo que yo también. Sería mucho más fácil. Tú tienes suerte, puedes hacerlo en cuanto quieras. Yo tengo que esperar a cumplir los veintiuno. —Eve estaba desconsolada.

—Tal vez te dejaran entrar conmigo si supieran que se trata de una vocación verdadera. —Benny se mostraba esperanzada.

Su padre había salido corriendo de la tienda y regresaba con dos piruletas de caramelo. Les tendió una a cada una, todo orgulloso.

—Nos sentimos honrados por su presencia, jóvenes señoritas, en nuestro humilde establecimiento —dijo para que todo el mundo le oyera.

Al poco tiempo, todos los habitantes de Knockglen las consideraban una pareja inseparable. La voluminosa y corpulenta figura de Benny Hogan con sus zapatones y su ortodoxo abrigo, siempre abotonado hasta arriba, y la élfica Eve, con sus vestidos siempre demasiado largos y de mala caída. Juntas presenciaron la creación de la primera tienda de pescado y patatas fritas del pueblo, fueron testigos del declinar del señor Healy en el hotel y permanecieron la una al lado de la otra el día en que fue conducido al sanatorio. Juntas eran invencibles. Jamás hubo un mal comentario acerca de ninguna de las dos.

Cuando Birdie Mac, la mujer de la confitería, cometió la imprudencia de decirle a Benny que comer tantos caramelos no podía hacerle ningún bien, la carita de Eve se encendió de furia.

—Señorita Mac, si tanto le preocupan estas cosas, ¿por qué las vende? —le preguntó en un tono que no admitía respuesta alguna.

Un día la madre de Maire Carroll le dijo pensativamente a Eve:

—Siempre me pregunto por qué una mujer sensata como la madre Francis te deja salir a la calle con esa pinta de Pequeña Huerfanita Annie. —La expresión de Benny se tornó sombría.

—Le comentaré a la madre Francis que está interesada en saberlo —replicó al instante—. La madre Francis siempre dice que debemos tener mentes inquisitivas, que todo el mundo debería preguntar lo que quiere saber.

Antes de que la señora Carroll pudiera detenerla, Benny había salido al galope de la tienda y emprendido camino hacia el convento.

—Mamá, ahora sí que la has hecho buena —gimió Maire Carroll—. La madre Francis nos va a comer crudas.

Y así fue. La señora Carroll no había contado con sufrir el enfurecido e iracundo embate de la religiosa y, desde luego, no quería que se repitiera jamás.

Nada de esto alteró en lo más mínimo ni a Eve ni a Benny. Era fácil enfrentarse a Knockglen cuando una tenía una amiga.

Capítulo 2

1957

Nunca había habido *teddy boys* en Knockglen. De hecho nadie recordaba haber visto uno excepto durante visitas a Dublín, donde había grupos de ellos holgazaneando en las esquinas. Benny y Eve estaban en el mirador del Hotel Healy tomando café a modo de práctica, para que el día que fueran a una cafetería de Dublín parecieran acostumbradas a hacerlo.

Le vieron pasar, desenvuelto y confiado con sus pantalones pitillo y su larga chaqueta con puños y cuello de terciopelo. Sus piernas recordaban a las patas de una araña y sus zapatos eran enormes. Parecía inmune a las miradas de todo el pueblo. Sólo cuando vio a las dos muchachas levantarse de sus sillas para mirarle entre las cortinas mostró alguna reacción. Las obsequió con una amplia sonrisa y les envió un gran beso.

Confundidas y enojadas, se sentaron rápidamente. Una cosa era mirar y otra llamar la atención. Dar el espectáculo era uno de los principales pecados de la lista en vigor en Knockglen. Benny lo sabía perfectamente. Era posible que las hubiesen visto asomadas a la ventana actuando como unas cualquiera con el *teddy boy*. Tal vez su mismo padre, con el metro alrededor del cuello, o quizá el retorcido de Sean Walsh, que jamás decía una palabra sin pensarse primero cuidadosamente el efecto que pudiera causar. O el viejo Mike, que llevaba años llamando señor Eddie a su padre y no veía razón alguna para cambiar.

En Knockglen todo el mundo conocía también a Eve. Las monjas hacía tiempo que acariciaban la ambición de que Eve Malone fuera considerada una señorita. Incluso ella misma se había unido al juego. Eve no quería que al convento llegaran rumores de que era una arrabalera que andaba por el Hotel Healy y miraba a los *teddy boys* por la ventana. Otras chicas, que tenían madres de verdad, se resistían a los intentos de éstas de convertirlas en auténticas damas. En cambio, Eve y la madre Francis estudiaban manuales de etiqueta y revistas para ver cómo vestía la gente elegante y obtener pistas sobre el comportamiento a observar en diferentes circunstancias.

—No quiero que finjas ningún acento —le había advertido la madre Francis—, ni que pongas tieso el dedo meñique al beber el té.

—¿A quién estamos intentando impresionar? —preguntó una vez Eve.

—Míralo al revés. Es a ti a quien no queremos dejar abandonada. Nos dijeron que estábamos locas y que no conseguiríamos darte una educación. Se trata del deseo, muy humano, de poder decirle a la cara a los desconfiados de entonces: «Ya os lo habíamos dicho».

Eve había comprendido inmediatamente aquel razonamiento. Y siempre existía la esperanza de que la familia Westward la viera algún día transformada en una elegante dama y lamentara no haberse mantenido en contacto con la niña que, al fin y al cabo, era carne de su carne y sangre de su sangre.

La señora Healy se les aproximó. Se había quedado viuda y su presencia, siempre imponente, conseguía transmitir desaprobación desde cincuenta metros de distancia. No se le ocurría ninguna razón por la que Benny Hogan, la chica de la tienda de enfrente, y Eve Malone, la del convento, no pudieran tomar café sentadas junto a su mirador, pero le hubiera gustado reservar aquel espacio para parroquianas más ricas e influyentes de Knockglen. Caminó hasta la ventana.

—Ajustaré las cortinas, parece que se han arrugado todas —dijo.

Eve y Benny intercambiaron una mirada. A los pesados visillos del Hotel Healy no les pasaba nada. Eran, como siempre habían sido, lo suficientemente opacos como para ocultar el interior ofreciendo, no obstante, una excelente visión del exterior.

—¡Cielos, qué ejemplar más lamentable! —exclamó la señora Healy, tras identificar fácilmente lo que había llamado la atención de las muchachas.

—Supongo que no es más que su ropa —dijo Eve con tono inocente—. La madre Francis siempre dice que es un error juzgar a la gente por la ropa que lleva.

—Muy admirable por su parte —respondió secamente la señora Healy—, pero por supuesto, ella se asegura muy mucho de que las prendas de sus discípulas estén en condiciones. La madre Francis es la primera en juzgar a sus discípulas por el uniforme que visten.

—Ya no, señora Healy —dijo alegremente Benny—. Yo he teñido de rojo oscuro mi falda gris.

—Y yo he teñido la mía de negro, y mi jersey gris de color púrpura —apuntilló Eve.

—Muy pintoresco —dijo la señora Healy alejándose como un barco a toda vela.

—No soporta que seamos mayores —siseó Eve—. Está deseando decirnos que nos sentemos derechas y que no llenemos de dedazos sus preciosos muebles.

—Sabe que no nos sentimos mayores —dijo Benny abatida—. Y si la horrible señora Healy se da cuenta, todo Dublín se dará cuenta también.

Era un problema. El señor Flood, el carnicero, las había mirado de forma muy extraña mientras caminaban calle arriba. Sus ojos parecían atravesarlas con ardiente desaprobación. Si una persona así era capaz de percibir su azoramiento, realmente tenían problemas.

—Deberíamos hacer un ensayo, ya sabes, ir un par de días antes que los demás para no parecer una perfectas palurdas. —Eve se mostraba esperanzada.

—Ya es bastante difícil que nos dejen ir cuando tenemos que hacerlo. No conseguiremos que nos dejen ir a bailar. ¿Te imaginas a mis padres dándome permiso para hacerlo?

—No diríamos que vamos a bailar —replicó Eve—. Daríamos otra excusa.

—¿Por ejemplo?

Eve se concentró.

—En tu caso, ir a buscar libros y horarios... hay un montón de cosas que puedes decir. —De repente su voz sonó hueca y triste.

Por vez primera Benny se dio cuenta de que iban a vivir vidas distintas, por mucho que fuera en la misma ciudad. Habían sido íntimas amigas desde los diez años, y ahora emprenderían caminos diferentes.

Benny iba a asistir al University College de Dublín para obtener una licenciatura en letras porque sus padres habían ahorrado para pagarle los estudios. En el convento de St Mary no había dinero suficiente para enviar a Eve Malone a la universidad. La madre Francis ya había esquilado suficientemente los fondos del convento para que la hija de Jack Malone y Sarah Westward pudiese acceder a la educación secundaria. Iban a enviarla a un convento donde haría un curso de secretariado. Compensaría sus gastos de enseñanza con algún trabajo doméstico ligero.

—Daría cualquier cosa porque vinieras conmigo a la universidad —dijo Benny de repente.

—Lo sé. Pero no hables en ese tono, no empieces a lloriquear o me enfadaré. — Eve habló con sequedad, pero sin dureza.

—La gente no hace más que repetir que es estupendo, que nos tendremos la una a la otra, pero te vería más si siguieras en Knockglen —se quejó Benny—. El sitio al que vas está al otro lado de la ciudad, y yo tengo que volver a casa en autobús todas las noches, así que no podremos vernos por la noche.

—No creo que hayan planeado una gran vida nocturna para mí tampoco —contestó Eve con tono de duda—. Unos cuantos kilómetros de suelos de convento que encerar, unos cuantos millones de sábanas a las que hacer dobladillos, un par de toneladas de patatas para pelar.

—¡No te obligarán a hacer eso! —Benny estaba horrorizada.

—¿Quién sabe qué significa «trabajo doméstico ligero»? El trabajo ligero para una monja puede ser equivalente a trabajos forzados para otra.

—Tendrás que enterarte de antemano, ¿no? —Benny estaba preocupada por su amiga.

—No estoy precisamente en posición de negociar —le respondió Eve.

—Pero nunca tuviste que hacer nada así aquí —dijo Benny señalando con la cabeza hacia el convento, que se encontraba al final del pueblo.

—Eso es diferente. Es mi hogar —replicó Eve con sencillez—. Quiero decir que aquí es donde vivo, donde viviré siempre.

—Podrás tener una casa y todo eso cuando consigas trabajo. —Benny hablaba con voz soñadora. Estaba convencida de que ella no alcanzaría la libertad.

—Sí, claro. Por supuesto que conseguiré una casa, pero volveré a St Mary como otra gente vuelve al hogar después de unas vacaciones —dijo Eve.

Eve lo tenía siempre todo tan claro, pensó Benny con admiración. Tan pequeña y

tan decidida con su pelo corto y oscuro y su blanca cara de elfo. Nadie se había atrevido nunca a decir que hubiera nada de extraño en que Eve viviera en el convento, compartiendo su vida con la comunidad. Nunca le preguntaban cómo era la vida más allá de la cortina que atravesaban las religiosas, y ella no lo contó nunca. Las jóvenes sabían también que no habría rumores sobre sus propias acciones. Eve Malone no era la espía de nadie.

Benny no sabía cómo iba a apañárselas sin ella. Eve siempre había estado allí para ayudarla a librar sus batallas. Para hacer frente a las pullas de quienes la llamaban Big Ben. Eve acababa sin esfuerzo con todo aquel que se aprovechaba de la bondad de Benny. Habían sido un equipo durante años: la delgada y enjuta Eve con sus ojos inquietos que nunca se posaban durante mucho tiempo en nada ni en nadie y la robusta y hermosa Benny, con sus ojos verdes y su pelo castaño siempre recogido con un lazo en la nuca, un lazo grande, suave y de buena calidad, hasta cierto punto como la propia Benny.

Si hubiera existido algún mecanismo para que hubieran podido atravesar juntas las puertas del University College y volver juntas en el autobús por la noche, o mejor aún, alquilar un piso para las dos, todo habría sido perfecto. Pero Benny no había crecido esperando que la vida fuera absolutamente perfecta. Sin duda, con haber obtenido tanto como ella ya era suficiente.

Annabel Hogan se preguntaba si pasar la comida principal del día a las tardes. Había multitud de argumentos tanto a favor como en contra.

Eddie estaba acostumbrado a comer fuerte a mediodía. Volvía de la tienda y le ponían delante un plato de carne con patatas con una regularidad que habría dado satisfacción a un oficial del ejército. En cuanto Shep iniciaba su lánguido paseo para ir al encuentro de su amo en la esquina de la calle. Patsy empezaba a calentar los platos. El señor Hogan siempre se lavaba las manos en el cuartito de abajo y manifestaba su satisfacción ante las chuletas de cordero, el beicon con repollo o el plato de bacalao con salsa de perejil de los viernes. Sería una vergüenza que el pobre hombre tuviera que cerrar la tienda y volver a casa para comer una especie de aperitivo. Quizá incluso afectase a su trabajo y no pudiera concentrarse en él por la tarde.

Pero por otra parte estaba Benny, que regresaría de Dublín tras pasar el día en la universidad. ¿No sería mejor que dejaran la comida principal para cuando estuviera de vuelta?

Ni el marido ni la hija habían sido de la menor ayuda. Los dos decían que no tenía importancia. Como de costumbre, el peso de las responsabilidades domésticas recaía en ella y en Patsy.

Probablemente la mejor respuesta sería un té fuerte, con carne. Una buena loncha de jamón, o de beicon a la parrilla, o unas pocas salchichas. Siempre podían poner unas pocas más en el plato de Benny por si le apetecían. A Annabel le resultaba casi increíble tener una hija que estaba a punto de ingresar en la universidad. No porque

no fuera lo suficientemente mayor, ya que era lo bastante vieja como para haber mandado a toda una familia a la universidad. Se había casado tarde, incluso casi había perdido la esperanza de encontrar un marido. Había dado a luz en un momento en el que pensaba que sólo lograría tener embarazos interrumpidos.

Annabel Hogan caminó por su casa en la que siempre había algo que hacer. Patsy estaba en la cálida y espaciosa cocina con la mesa cubierta de harina y cacharros, pero todo estaría limpio y reluciente para la hora de la comida.

Lisbeg no era una casa grande, pero había mucho que hacer en ella. Arriba tenía tres dormitorios y un cuarto de baño. El dormitorio principal daba a un lado de la puerta de la casa y el de Benny estaba en el lado opuesto. En la parte trasera estaban la oscura habitación libre y un cuarto de baño grande y anticuado con sus ruidosas cañerías y su enorme bañera forrada en madera.

En el piso de abajo, según se entraba por la puerta delantera (lo que la gente raramente hacía), había una habitación grande a cada lado. No se usaban casi nunca. Los Hogan vivían en la parte de atrás de la casa, en el grande y destartado comedor que había junto a la cocina. Casi nunca era necesario encender el fuego en él porque el calor que desprendían los fogones lo hacía innecesario. Había una gran puerta doble, que permanecía siempre abierta, entre las dos habitaciones, y resultaba un lugar de lo más acogedor.

Rara vez tenían visitantes, y las pocas veces que esperaban a alguien, se aireaba y limpiaba el salón de delante, con sus pálidos tonos verdes y rosas y sus manchas de humedad en la pared. Pero por norma general, su hogar era la habitación donde desayunaban.

Había tres grandes sillones de un tejido afelpado rojo, y la mesa que había contra la pared tenía tres sillas de comedor con el asiento tapizado en la misma tela. En el gran aparador había una enorme radio, y en la pared, fijados un tanto precariamente, estantes llenos de buena porcelana y libros.

Ahora que la joven Eve se había convertido en visitante habitual de la casa, se había buscado una cuarta silla, una silla de bejuco rescatada de uno de los cobertizos. Patsy le había atado un bonito cojín rojo.

Por su parte, Patsy dormía en una pequeña habitación que había más allá de la cocina. Era oscura y tenía una ventana diminuta. Patsy siempre le decía a la señora Hogan que tener una habitación propia era como morir e ir al cielo. Se había visto obligada a compartir el espacio con al menos otras dos personas hasta que llegó a Lisbeg.

Cuando Patsy había recorrido la corta avenida y había visto aquella casa cuadrada con su hiedra y su descuidado jardín le había parecido salida de un calendario. Su pequeña habitación daba al patio trasero, y tenía macetas en la ventana. Las plantas no crecían demasiado bien en ella porque estaba en sombra y Patsy no era una gran jardinera, pero era suya, y nadie la tocaba jamás, del mismo modo que nadie entraba nunca en su habitación.

Patsy estaba excitada como el que más por el ingreso de Benny en la universidad. Todos los años, en sus vacaciones anuales, Patsy rendía una visita de medio día al orfanato en el que se había criado y seguidamente se instalaba en casa de una amiga que se había casado y vivía en Dublín. Le había pedido que la llevara a ver el lugar donde iba a estudiar Benny. Había estado frente a los gigantescos pilares del University College de Dublín, y lo había mirado todo muy satisfecha. Ahora conocía el lugar en el que iba a estudiar Benny y sabía cuál era su aspecto.

Y en efecto, se trataba de un gran paso para Benny, como comprendía Annabel Hogan. Se había acabado el trotar despreocupadamente desde y hasta el convento. Iba a vivir la vida de una gran ciudad junto con varios miles de estudiantes venidos de los lugares más dispares, con costumbres diferentes, y sin nadie que la obligara a estudiar como lo hacía la madre Francis. No era sorprendente que Benny se hubiera pasado el verano más inquieta que una gallina caminando sobre carbones calientes, incapaz de estarse quieta, descubriendo continuamente nuevos motivos de excitación.

Era un alivio saber que pasaría la mañana con Eve Malone, aquellas dos eran capaces de estar hablando hasta que recogieran a las vacas. Annabel hubiera deseado encontrar el modo de enviar también a la universidad a Eve. Habría resultado todo, en cierto sentido, más justo. Pero la vida rara vez era justa. Annabel se lo había comentado al padre Ross la última vez que había ido a tomar el té, y él la había mirado con expresión severa por encima de las gafas y le había dicho que si comprendiéramos el funcionamiento del universo qué iba a explicarnos Dios el Día del Juicio.

Por su parte, Annabel pensaba que conseguir el dinero suficiente para pagarle los estudios y el alojamiento a Eve, la niña que no tenía más hogar que el enorme y desolado convento con su pesado portón de hierro, no interferiría en el funcionamiento del universo.

La madre Francis le había pedido muchas veces a Dios que le permitiera encontrar el modo de enviar a Eve Malone a la universidad, pero hasta el momento, Dios no había tenido a bien darse por enterado. La madre Francis sabía que debía formar parte del plan divino, pero en ocasiones se preguntaba si habría rezado con la suficiente devoción, si había examinado hasta la última posibilidad. Por lo que a la Orden se refería, había tocado todas las teclas posibles. Había escrito a la superiora, exponiendo el caso de Eve tan persuasivamente como había sido capaz. El padre de Eve, Jack Malone, había trabajado toda su vida para el convento como jardinero y hombre para todo.

Jack se había casado con la hija de la familia Westward, uno de los emparejamientos más insólitos jamás conocido en el país, aunque necesario, ya que había un hijo en camino. No había habido ningún problema en educar a Eve en la religión católica ya que los Westward jamás habían mostrado el menor interés en saber nada de ella y no les importaba en qué fe se la educara mientras no tuvieran que volver a oír su nombre.

Desde el punto de vista de la madre superiora ya se había hecho suficiente por la niña. Ofrecerle una formación universitaria podría marcarla como alumna favorecida. ¿Acaso no tendrían derecho otros necesitados a esperar lo mismo?

Aquello no había terminado allí. La madre Francis había cogido el autobús para Dublín y se había dirigido a la casa madre para hablar con quien tenía el poder en aquel convento, la difícil madre Clare. ¿No sería posible que, entre tantas monjas jóvenes que iban a iniciar sus estudios universitarios en otoño, y a alojarse en el convento de Dublín, hubiera sitio para Eve? La joven estaría encantada en colaborar con las tareas domésticas para pagarse su estancia.

La madre Clare se negó en redondo. Consideró una idea descabellada presentar a una joven —una hija de la caridad, que ni siquiera era una hermana, una novicia, una postulante ni nadie con la más remota intención de hacerse monja— y anteponer su caso al de muchas hermanas de la comunidad que rezaban por la oportunidad de acceder a la educación superior. ¿Qué pensarían si una niña que, por lo visto, ya había sido mimada en exceso en el convento de Knockglen, pasara sobre sus cabezas a la hora de ir a la universidad? Sería un escándalo.

La madre Francis pensaba a veces que tal vez fuera escandaloso por su parte, pero simplemente amaba a Eve tanto como cualquier madre pueda amar a una hija. La madre Francis, la monja célibe que jamás pensó que tendría la ocasión de experimentar el gozo de ver crecer a un niño bajo sus cuidados, había amado a Eve de un modo que bien podría haberla cegado frente a los sentimientos y sensibilidades de otra gente. La superiora y la madre Clare tenían toda la razón: habría constituido una discriminación dar un trato de preferencia a Eve financiándole los estudios universitarios con fondos del convento.

Al fin y a la postre, la madre Francis hubiera querido estar segura de que tratarían bien a Eve en el convento de la madre Clare. St Mary's siempre había sido un hogar para Eve y temía que el convento de Dublín le resultara sólo una institución. Y, peor aún, que su papel allí no fuera el de una hija respetada, sino más bien el de una sirvienta.

Cuando Benny y Eve salieron del Hotel Healy, vieron a Sean Walsh, que las miraba desde la puerta de la sastrería Hogan, al otro lado de la calle.

—Si me sigues hablando a lo mejor piensa que no le hemos visto —siseó Benny por la comisura de la boca.

—Que te crees tú eso. Mírale ahí, con los pulgares metidos en los tirantes, copiando lo que hace tu padre.

Eve era perfectamente consciente de las expectativas de Sean Walsh. Tenía planificada su carrera a largo plazo, y entre sus planes incluía casarse con la hija de la casa, la heredera de la sastrería para caballeros Hogan, y quedarse con todo.

Ya desde el primer día, cuando apareció en la fiesta del décimo cumpleaños de Benny, no les había gustado Sean Walsh. Nunca sonreía. Ni una sola vez en todos esos años le habían visto sonreír de verdad. Hacía muchas muecas, y a veces profería

una especie de ladrido seco, pero nunca una carcajada.

No echaba la cabeza para atrás al reír, como hacia Peggy Pine, ni soltaba risitas tapándose la boca con la mano, como Paccy Moore. No hacía grandes ademanes, como Mario en su tienda de pescado y patatas fritas, ni siquiera le daban ataques de tos y ahogos como a menudo le ocurría a Dessie Burns. Sean Walsh parecía cauteloso todo el tiempo. Sólo cuando veía a otros sonreír o reír emitía sus pequeños ladridos.

Jamás consiguieron saber nada de su vida antes de venir a Knockglen. No contaba largas historias como Patsy, ni cuentos llenos de añoranza como Dekko Moore, acerca de cuando fabricaba arneses para los terratenientes en algún lugar de Meath. Sean Walsh se negaba a soltar prenda.

—Por Dios, si son historias muy aburridas —decía cuando Benny y Eve intentaban sonsacarle información.

No había mejorado con los años. Seguía con su hermetismo y su hipocresía, mostrándose ansioso por caer bien. A Benny le irritaba hasta su apariencia, aunque sabía que era algo irracional. Llevaba un traje que había visto muchos planchados y que, obviamente, estaba muy bien cuidado. Benny y Eve solían decir, entre ataques de risa, que se pasaba horas en la pequeña habitación que tenía encima de la tienda incorporando sus ambiciones al traje por medio de la plancha y un trapo húmedo.

Benny no creía que Eve tuviera razón en lo de que Sean tenía ambiciones de casarse con ella para quedarse con la tienda, pero desde luego había algo profundamente extraño en el modo en que la miraba. Siempre había deseado tanto gustarle a la gente que sería un golpe muy cruel pensar que si alguna vez lo lograba sería con alguien tan detestable como Sean Walsh.

—Buenos días, señoritas —dijo haciendo una exagerada reverencia. En su voz había un deje insultante, un desprecio que no había pretendido que percibieran. Había habido otra gente que les había llamado «señoritas» aquella misma mañana, y lo habían hecho sin ofenderlas. Era un modo de reconocer que habían acabado la escuela y pronto emprenderían una vida más de adultas. Cuando habían entrado a comprar champú en la droguería, el señor Kennedy había preguntado que qué podía hacer por aquellas dos jóvenes señoritas y se habían sentido halagadas. Paccy Moore había dicho que eran dos preciosas señoritas cuando habían ido a que le pusiera tacones a los zapatos buenos de Benny. Pero en el caso de Sean Walsh, era diferente.

—Hola Sean —dijo Benny con voz neutra.

—Recorriendo la metrópolis, según veo —observó con tono distante. Siempre hablaba de forma ligeramente despreciativa de Knockglen, a pesar de que el lugar del que él procedía era aún más pequeño y aún menos parecido a una ciudad. Benny tuvo un súbito acceso de irritación.

—Bueno, es libre de marcharse —dijo bruscamente—. Si no le gusta Knockglen puede irse a cualquier otro sitio.

—¿He dicho yo que no me guste? —Sus ojos, que se habían estrechado más que nunca, eran casi ranuras. Había juzgado mal la situación. No podía permitir que la

chica difundiera que había insultado al pueblo—. Tan sólo pretendía hacer un comentario agradable comparando a este lugar con la gran ciudad. Intentaba decir que en breve no tendrán ustedes tiempo para nosotros.

Aquel también había sido un comentario equivocado.

—No creo que tenga ocasión de olvidarme de Knockglen, teniendo en cuenta que volveré a casa todas las noches —replicó Benny sombríamente.

—En cualquier caso, tampoco queremos hacerlo —dijo Eve sacando la barbilla. Sean Walsh jamás sabría cuántas veces se habían quejado de su suerte por vivir en un lugar tan pequeño como aquel, que tenía la peor característica que cualquier pueblo podía tener: estar a un tiro de piedra de Dublín.

Sean casi nunca posaba los ojos en Eve, dado que carecía de todo interés en ella. Todos sus comentarios iban dirigidos a Benny.

—Su padre está tan orgulloso de usted que no hay cliente que no se entere de su gran triunfo.

Benny detestaba su sonrisa y sus aires de sabelotodo. Tenía que saber cómo odiaba que le dijeran eso, que le recordaran que era la niña de sus ojos y el centro de conversaciones en las que alardeaba de ella. Y si lo sabía, ¿por qué se lo decía y la irritaba aún más? Si sus designios estaban puestos en ella y aspiraba a casarse con la hija del señor Eddie Hogan, y por consiguiente con el negocio, ¿por qué se dedicaba a decir cosas que la irritaban y la molestaban?

Quizá pensara que los deseos de ella no contaban en absoluto. Que la hija en edad de merecer de la familia cedería en esto como lo había hecho en todo lo demás.

Benny comprendió que tenía que darle cumplida respuesta a Sean Walsh.

—¿Le cuenta a todo el mundo que voy a ir a la universidad? —le preguntó con una sonrisa de satisfacción.

—No tiene otro tema de conversación. —Sean parecía satisfecho por ser el origen de la información, pero se sentía un tanto desconcertado al ver que Benny no se mostraba azarada, como había pensado que ocurriría.

—¿Has visto la suerte que tengo? —dijo Benny dirigiéndose a Eve.

Eve comprendió.

—Te miman hasta la exageración —asintió.

No rompieron a reír hasta haberse alejado. Tuvieron que recorrer la larga calle recta más allá del pub de Shea, con el agrio olor a bebida que salía por sus ventanas oscuras, y pasar la confitería de Birdie Mac, en la que tanto tiempo habían pasado eligiendo caramelos en sus días escolares. Luego cruzaron la calle hacia la carnicería, donde utilizaron el reflejo en el escaparate para mirar hacia la sastrería Hogan y asegurarse de que Sean Walsh había vuelto a entrar en el que algún día sería su imperio.

Sólo entonces pudieron reírse en condiciones.

Al señor Flood, de la «Carnicería de Calidad Flood, Matadero Propio», no le agradaron sus risas.

—¿Qué tiene de gracioso un costillar de chuletas? —preguntó a las dos jóvenes que se reían junto a su escaparate. Sólo consiguió que se rieran aún más.

—Largo de aquí, id a reiros a otra parte —gruñó amenazadoramente—. Dejad de burlaros de los negocios ajenos.

Parecía muy afectado y salió a la calle para mirar hacia el árbol que daba sombra a su casa.

Últimamente el señor Flood había estado mirando mucho aquel árbol y, aún peor, mantenía conversaciones con alguien a quien veía entre sus ramas. La opinión más generalizada era que el señor Flood había tenido algún tipo de visión, pero no estaba aún listo para revelársela al mundo. Las palabras que le dirigía al árbol parecían ser respetuosas y meditabundas, y se dirigía a lo que fuera que viese llamándolo «hermana».

Benny y Eve estaban fascinadas. Él agitó la cabeza apenadamente y pareció estar de acuerdo con algo que le habían dicho.

—Ocurre igual en todo el mundo, hermana —dijo—, pero es triste que tenga que llegar a Irlanda también.

Escuchó respetuosamente la respuesta del árbol, y se marchó. Visiones o no, en la tienda había trabajo.

Las chicas sólo dejaron de reírse al llegar a las puertas del convento. Como de costumbre, Benny dio media vuelta para volver a casa. Jamás abusaba de su amistad con Eve intentando penetrar en aquel santuario. En vacaciones, el convento era terreno prohibido.

—No, entra, ven a ver mi habitación —le rogó Eve.

—¿Y la madre Francis? ¿No pensarán que...?

—Es mi hogar, siempre me lo han dicho. De todos modos, ya no eres una alumna.

Entraron por una puerta lateral. Olía a guiso y un cálido aroma a cocina se extendía por los pasillos. En la gran escalera olía a cera para la madera, y en el gran salón oscuro había retratos de la madre fundadora y de Nuestra Señora la Virgen, iluminados tan sólo por la lámpara del Sagrado Corazón.

—¿No resulta muy silencioso durante las vacaciones?

—Deberías venir por la noche. A veces cuando vengo del cine está todo tan silencioso que dan ganas de hablar con las estatuas para tener compañía.

Subieron a la pequeña habitación donde Eve había vivido siempre. Benny miró a su alrededor con interés.

—¡Vaya, una radio, y al lado de la cama! —La radio de baquelita marrón con la que, como todas las demás muchachas del país, Eve escuchaba Radio Luxemburgo por la noche, estaba en la mesilla. En casa de Benny, donde se la consideraba una hija única muy mimada, tenía que pedir prestada la radio de la cocina y ponerla sobre una silla, ya que no había ningún enchufe cerca de la cama.

La cama estaba cubierta con una pulcra colcha y sobre ella había una graciosa funda para camisón con forma de conejo.

—La madre Francis me la regaló cuando tenía diez años. ¿No te parece horrorosa?

—Es mejor que las estampas sagradas —replicó Benny.

Eve abrió un cajón en el que había montones de estampas sagradas, cada uno sujeto con una goma elástica.

Benny se quedó mirándolas fascinada.

—¡No las has tirado!

—Aquí no. No podría.

Desde la pequeña ventana redonda se divisaba todo Knockglen, desde el paseo flanqueado por árboles del convento y el enorme portalón hasta la ancha calle principal de la ciudad.

Vieron al señor Flood hurgando en su escaparate como si intentase averiguar qué era lo que les había parecido tan divertido. Vieron a niños con la nariz pegada a la cristalería de Birdie Mac y a hombres con la gorra bien calada saliendo del pub de Shea. Vieron un Morris Cowley negro detenerse frente a la tienda de Hogan y supieron que era el doctor Johnson. Vieron a dos hombres entrar en el Hotel Healy frotándose las manos. Probablemente eran viajantes de comercio que deseaban poner al día sus libros de pedidos en paz. Vieron a un hombre subido a una escalera apoyada en la marquesina del cine poniendo el cartel nuevo, y a la pequeña y redondeada figura de Peggy Pine saliendo de su tienda de ropa para examinar admirativamente su escaparate. La idea que Peggy tenía de una decoración artística consistía en llenarlo con el mayor número de cosas posibles.

—¡Puedes verlo todo! —Benny estaba asombrada—. Es como ser Dios.

—En realidad no. Dios es capaz de ver al otro lado de las esquinas. Yo no alcanzo a ver tu casa. No puedo ver quién está tomando patatas fritas en la tienda de Mario. No puedo ver Westlands a través de la colina. No es que quiera hacerlo, pero aunque quisiera no podría.

Cuando hablaba de la familia de su madre en la casa grande su voz se estrangulaba. Benny sabía hacía ya mucho tiempo que se trataba de un tema espinoso.

—Supongo que ellos no...

—No. —Eve habló con firmeza.

Las dos sabían lo que iba a decir Benny: si no habría la menor posibilidad de que los acaudalados Westward pagaran la formación universitaria de Eve.

—¿Crees que la madre Francis les habrá abordado?

—Seguro que sí, muchas veces a lo largo de los años, y siempre le dieron con la puerta en las narices.

—Eso no puedes saberlo —le dijo Benny intentando tranquilizarla.

Eve miró hacia el pueblo a través de la ventana, de pie ante ella como debía haber estado muchas veces a lo largo de los años.

—Lo ha hecho todo por ayudarme, todo lo que le ha sido humanamente posible. Tiene que habérselo pedido, y ellos tienen que haberle dicho que no. No me lo ha

dicho porque no quería que me sintiera aún peor. Como si eso fuera posible...

—En un cuento de hadas uno de ellos cabalgaría hasta aquí en un caballo blanco y te diría que llevan años deseando que formes parte de sus vidas —dijo Benny.

—Y en un cuento de hadas le diría que se fuera al diablo —respondió Eve riéndose.

—De eso nada, yo no te dejaría. Dirías muchas gracias, las tasas son tanto dinero, y querría disponer de un buen piso para mí sola con alfombras hasta las paredes y nada de controlar la electricidad que consumimos con la estufa. —Benny estaba regocijada ante la idea.

—Sí, claro, y también una asignación para ropa, tanto al mes, en forma de cuenta abierta en Switzer's y Brown Thomas.

—¡Y vacaciones en el extranjero todos los años para compensar el no haberte visto durante tanto tiempo!

—Y una donación enorme al fondo del convento para la construcción de una nueva capilla como agradecimiento hacia las monjas por hacer lo que era necesario.

Benny suspiró.

—Supongo que cosas así pueden pasar.

—Como tú misma has dicho, tal vez en un cuento de hadas —le respondió Eve—. ¿Qué es lo mejor que podría pasarte a ti?

—Que dos hombres se bajasen de una furgoneta allá abajo ahora mismo y le dijeran a mi padre que Sean Walsh era un criminal buscado por seis asesinatos en Dublín y que iban a esposarle y a llevárselo inmediatamente.

—Aún queda pendiente la cuestión de tener que volver a casa en autobús desde Dublín todas las noches —dijo Eve.

—Mira, no empieces otra vez. Por mucho que hayas estado en casa un millón de veces sigues sin saber cómo son.

—Ya lo creo que lo sé. Te idolatran.

—Lo que quiere decir que me toca coger el autobús de las seis y diez todos los días para volver a Knockglen. Ya ves, esas son las ventajas de ser idolatrada.

—Alguna noche pasarás en Dublín. No esperarán que vuelvas a casa noche tras noche.

—¿Y dónde iba a quedarme? Seamos prácticas, no habrá noches locas en Dublín. Seré una maldita Cenicienta.

—Harás amigos, tendrás amigos con casa, familia y todo eso, ya sabes, cosas normales.

—¿Desde cuándo llevamos tú y yo una vida normal, Eve Malone? —Benny se echó a reír para levantarles a las dos el ánimo.

—Pronto llegará el momento de que tomemos el control, en serio. —Eve se negaba a reírse.

Benny era capaz de ponerse igual de seria.

—Por supuesto. ¿Pero eso qué significa? Tú no querrás herir a la madre Francis

negándote a ir al sitio al que te envía. Yo no voy a provocar el fin del mundo diciéndoles a mi padre y a mi madre que me siento como un borrego de tanto ir y venir de casa a la universidad como si fuera subnormal. Sea como sea, tú habrás salido de aquí, conseguirás un estupendo trabajo y podrás hacer lo que quieras.

Eve sonrió a su amiga.

—Y algún día volveremos a esta habitación y nos reiremos de los días en los que pensábamos que todo iba a ser terrible.

—Lo haremos, lo haremos, y Sean Walsh estará cumpliendo condena en la cárcel.

—Y la señora Healy habrá tirado sus corsés a la basura y llevará una falda corta.

—Y Paccy Moore será el propietario de una cadena de zapaterías por todo el país.

—Y el doctor Johnson habrá aprendido a sonreír.

—Y la madre Francis será la reverenda madre superiora de la Orden y podrá hacer lo que quiera, ir a ver al Papa y todo eso.

Se echaron a reír con deleite pensando en tantas maravillas.

Capítulo 3

Emily Mahon se acercó a la cocina de gas y preparó las diez lonchas de beicon que servía todas las mañanas excepto los viernes. Su blusa blanca estaba primorosamente colgada en una esquina de la habitación. Se ponía una bata de nailon para que no se le salpicara la ropa de grasa antes de salir para el trabajo.

Sabía que Brian estaba de mal humor esa mañana. No decía ni la hora. Emily suspiró en medio de la destartalada cocina. Su casa debía de ser la menos reformada de todo Maple Gardens. Era lo habitual: en casa de herrero cuchillo de palo. Era lógico que la esposa del constructor fuera la única de la calle que no tenía una cocina en condiciones. Había visto las obras que se habían hecho en casa de otra gente. Cocinas alicatadas, que sólo necesitaban un paño y una fregona para limpiarlas, y muebles que encajaban entre sí como una barra continua en vez de los armarios y mesas de diferentes tamaños con los que había convivido Emily durante veinticinco años. Era inútil intentar cambiarle. «Si no la vemos más que nosotros», respondía él siempre.

El número 23 de Maple Gardens recibía pocos visitantes. El almacén de materiales de Brian era el centro de sus actividades sociales, por escasas que éstas fueran. Los chicos, Paul y Nasey, jamás habían llevado a sus amigos a casa, y ahora trabajaban con su padre. Allí era donde iban a recogerles sus amistades para dar una vuelta o acercarse hasta el pub a beberse una pinta de cerveza.

Y Nan, la más joven de la familia, con sus dieciocho años y a punto de entrar en la universidad, tampoco había sido muy partidaria de llevar a casa a sus amigos.

Emily sabía que su preciosa hija tenía una docena de amigas en el colegio, la había visto caminar por la calle al acabar las clases rodeada de otras muchachas. Iba a casa de sus compañeras, pero ninguna de ellas cruzó jamás el umbral de la puerta de Maple Gardens.

Nan era preciosa no sólo a los ojos de Emily. Todo el mundo estaba de acuerdo. Cuando era pequeña, la gente se paraba en la calle preguntándose por qué aquella chiquilla de los rizos rubios, casi blancos, no había sido elegida nunca para el anuncio de jabón Pears... el que decía: «Creciendo para convertirse en una señorita». Emily soñaba con que algún día, en la calle o en un parque algún cazatalentos se detuviera, viera los rasgos perfectos y la piel inmaculada de aquella niña y apareciera en su casa rogándole de rodillas que le permitiera transformar su vida.

Porque si había algo en el mundo que Emily Mahon deseaba para su hija era que su vida se transformara.

Emily quería que Nan tuviera todo lo que ella no había tenido. No quería que su hija se casara con un borracho agresivo como había hecho su madre. No quería para ella una vida de aislamiento, encerrada en una casa de la que sólo pudiera salir para ir

a trabajar, como si de un favor especial se tratara. Emily había leído muchas revistas y sabía que era perfectamente posible que una muchacha de la belleza de Nan pudiera llegar a lo más alto. En esas revistas salían atractivas esposas de ricos empresarios y mujeres hermosísimas, que acudían a las carreras del brazo de hombres muy conocidos y pertenecientes a las familias más importantes. Estaba claro que toda aquella gente no procedía de las clases altas. Sus mujeres eran a menudo vulgares y bastas. Nan participaba en la competición en pos de esa clase de vida, y Emily estaba dispuesta a hacer lo imposible por ayudarla a alcanzarla.

No había sido difícil convencer a Brian de que desembolsara la matrícula de la universidad. Cuando estaba sobrio se sentía profundamente orgulloso de su preciosa hija. Nada era demasiado bueno para ella. Claro que esto sólo ocurría si no estaba borracho.

El pasado verano, Nan le había dicho a su madre:

—¿Sabes una cosa? Algún día te romperá la mandíbula y entonces ya será demasiado tarde.

—No sé qué quieres decir.

—Te pegó anoche, cuando yo y los chicos estábamos fuera. Sé que lo hizo.

—Tú no sabes nada.

—¿Y tu cara? ¿Qué piensas decirle esta vez?

—La verdad, que me levanté por la noche y me di un golpe con la planchadora que estaba abierta.

—¿Y así siempre? ¿Seguirá saliéndose con la suya toda la vida?

—Ya sabes cómo lo siente, Nan. Si pudiera nos daría la luna cuando no está... trastornado.

—La luna sale demasiado cara —le había respondido Nan.

Por fin, hoy iba a empezar sus días como universitaria aquella niña a la que Emily seguía mirando con admiración y asombro. Brian había sido guapo antes de que el alcohol engrosara sus facciones, y ella misma tenía buenos rasgos, pómulos altos y ojos profundos. Su hija parecía haber tomado lo mejor de los dos y dejado a un lado lo malo. Nan no mostraba el menor rastro de la aspereza de la cara de su padre. Ni tampoco tenía el carácter débil y ligeramente culpabilizado de la madre.

De pie en la cocina, Emily Mahon esperó que Nan se mostrara afectuosa y considerada con su padre esa mañana. Brian había llegado borracho la noche anterior, pero no se había comportado tan mal.

Emily le dio hábilmente la vuelta a las lonchas de beicon. Había tres para Paul, tres para Nasey y cuatro para Brian. Ni ella ni Nan desayunaban nada cocinado. Tan sólo una taza de té y una tostada cada una. Emily llenó el balde para lavar los cacharros con agua jabonosa caliente. Ponía los platos a remojo cuando habían terminado. Normalmente todos se marchaban más o menos a la misma hora. Le gustaba dejar la mesa recogida antes de cerrar la puerta a sus espaldas para ir al trabajo con el fin de que la casa estuviera decente cuando volvieran al anochecer. Así

nadie pondría demasiados problemas a que siguiera trabajando. Había sido una batalla duramente ganada.

Nan le había prestado su apoyo durante la larga lucha librada contra Brian. Había oído a su padre decir: «No pienso permitir que mi esposa trabaje. Quiero la comida en la mesa. Quiero una camisa limpia...» sin decir palabra. La madre había respondido que podía hacer todo aquello, pero que los días se le hacían largos y solitarios y le gustaría conocer gente y ganar su propio dinero, por poco que fuera.

Los muchachos, Paul y Nasey, no habían mostrado el menor interés, pero habían apostado al caballo ganador y se habían aliado con su padre respecto a la necesidad de tener una casa agradable y cálida y la comida en la mesa.

Por aquel entonces Nan tenía doce años, y había sido ella quien había desequilibrado la balanza.

—No sé a qué viene todo esto —había dicho de repente—. Ninguno de vosotros llega nunca antes de las seis, ya sea verano o invierno, así que la comida estará en la mesa. Y si Em quiere ganar algo de dinero extra y está dispuesta además a lavar y cocinar para vosotros, no alcanzo a ver cuál es el problema.

Ninguno de los otros alcanzaba a verlo tampoco.

Así pues, Emily había trabajado en la tienda de un hotel desde entonces. Era su propio pequeño mundo en el que vivía rodeada de cosas bonitas: cristalerías y sábanas y recuerdos de muchas clases para los turistas. Al principio en el hotel se habían mostrado remisos a contratar a alguien que tenía una hija pequeña. Necesitaría tiempo libre constantemente, decían. Emily les había mirado directamente a los ojos y les había dicho con total sinceridad que Nan no causaría problema alguno. Y había estado en lo cierto. Sólo Brian había interrumpido en alguna ocasión su jornada laboral llamándola al trabajo o presentándose para hacerle preguntas descabelladas acerca de cosas que habían acordado ya, pero que había olvidado por culpa de la bebida.

Les llamó, como todas las mañanas, gritando: «El desayuno está en la mesa».

Por las escaleras bajaron sus dos enormes hijos, de tez oscura como la de su padre. Parecían versiones más juveniles del padre salidas de una fábrica de juguetes. A continuación bajó Brian, que se había cortado al afeitarse e intentaba restañar la sangre que tenía en la barbilla. Miró a su mujer sin el menor aprecio.

—¿Tienes que llevar puesta esta maldita bata en casa? ¿Acaso no es suficientemente malo ir a trabajar de criada en la tienda de otros sin tener que vestirse como una en casa?

—Es para mantener limpia la blusa —explicó Emily con voz tímida.

—Tienes toda tu ropa colgada por ahí. Este sitio parece una tienda de segunda mano —farfulló.

En ese preciso instante entró Nan. Sus rubios rizos parecían recién salidos de la peluquería en vez del lavabo de su propio dormitorio, que era donde se había lavado el pelo esa mañana. Brian Mahon había ahorrado en comodidades para el resto de la

casa, pero para el dormitorio de su hija sólo valía lo mejor de lo mejor. Un lavamanos cuidadosamente encastrado, un gran armario hecho a la medida que incluso tenía un espacio destinado a los zapatos. No había reparado en gastos en la habitación de Nan. Cada uno de los objetos que contenía era una compensación por alguna borrachera. Llevaba una elegante falda azul, su nuevo abrigo tres cuartos azul marino echado sobre los hombros y una blusa de encaje blanca con ribetes también azules. Parecía la portada de una revista.

—Estupendo, métete con Em por dejar ahí su blusa, pero si sumas siete tuyas y siete de cada uno de los chicos salen veintiuna, y nadie habla de tiendas de segunda mano, ¿verdad?

Su padre se quedó observándola con franca admiración.

—Te van a mirar dos veces cuando entres por la puerta del University College —dijo.

Nan no mostró satisfacción alguna por el halago. De hecho, a Emily le dio la impresión de que le molestaba.

—Todo eso está muy bien, pero aún no hemos discutido la cuestión de la asignación para mis gastos.

Emily se preguntó por qué sacaba el tema en aquel momento. Si se lo pedía a su padre a solas, podría sacarle cualquier cosa que quisiera.

—En esta casa nunca ha faltado dinero para gastos. —Tenía ya el rostro enrojecido e irritado.

—Bueno, hasta ahora no ha venido a cuento. Paul y Nasey se fueron a trabajar contigo, así que obtuvieron un salario ya desde el principio.

—Una especie de salario —terció Paul.

—Más de lo que cualquier ser humano le pagaría a un bruto como tú —le replicó su padre.

—Querría que quedara claro desde el principio en vez de tener que pedirlo todas las semanas —continuó Nan.

—¿Qué tiene de malo pedirlo todas las semanas? —le preguntó él.

—Resulta poco digno —le respondió ella con sequedad.

Eso era exactamente lo que Emily había sentido todas las semanas al pedir dinero para la casa. Ahora podía elaborar un presupuesto con arreglo a sus deseos.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo el padre enfadado.

—No lo sé. En realidad no tengo derecho a pedir nada. Voy a depender de vosotros durante tres o cuatro años. ¿Qué sugieres tú?

Su padre no supo qué decir.

—Ya veremos.

—Preferiría que lo decidiésemos hoy. Así empezaríamos con buen pie. Sabría qué puedo comprar, cuánto tardaría en ahorrar una determinada cantidad para comprarme... un vestido nuevo o algo así.

—¡El abrigo que llevas te lo compré yo! Me costó un ojo de la cara. Para mí no es

más que un abrigo azul marino, y costó como si fuera de piel.

—Tiene muy buen corte, por eso es caro. Durará años.

—Eso espero —farfulló él.

—En fin, precisamente para ahorrarnos continuas discusiones como ésta, ¿qué te parece...? Emily contuvo la respiración.

—Una libra a la semana para...

—Comida y transportes, sí, me parece justo... —Se quedó mirándole con gesto expectante.

—¿Y qué más hay...?

—Pues supongo que el cine, los periódicos, los libros, el café, asistir a algún baile.

—¿Otras dos libras a la semana para todo eso? —dijo mirándola lleno de ansiedad.

—¡Eres muy generoso, gracias! Sería maravilloso.

—¿Entonces qué pasa con lo de la ropa...? —preguntó mirando hacia el abrigo que le había costado un ojo de la cara.

—Podría comprarme las medias con lo que me has asignado ya. —Quiero que vayas tan bien vestida como la que más. Nan no dijo nada.

—¿Cuánto me costaría? —Era como un niño.

Nan se quedó mirándole pensativamente, como si supiera que le tenía ya en su poder.

—Los padres de algunas alumnas les dan una asignación mensual para ropa. Unas... no sé... veinte o así... no sé decirte.

—Tendrás treinta libras al mes, en esta casa no reparamos en gastos. —Fue casi un rugido.

Emily Mahon vio cómo Nan empezaba a sonreír.

—Muchas gracias, papá. Eres más que generoso —dijo.

—Bueno —dijo ásperamente—, no pienso permitir que vayas por ahí diciendo que no soy generoso.

—Nunca he dicho tal cosa, ni una sola vez —le respondió ella.

—La verdad es que todo esto me está cabreando. Mira que sugerir que te iba a dejar colgada por el dinero...

—Cuando estás normal, papá, nunca harías una cosa así, pero no quiero depender de que estés siempre en tu ser natural.

Emily contuvo la respiración.

—¿Qué quieres decir? —Reaccionó como un pavo encrespado.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Eres dos personas, papá.

—No estás en posición de dirigirme sermones.

—Ni pretendo hacerlo. Te estoy explicando por qué quería un acuerdo concreto para no tener que molestarte cuando estás... bueno, cuando has tomado unas copas.

Hubo un momento de silencio. Hasta los muchachos se preguntaban qué pasaría a

continuación. El modo habitual de hacer frente a las borracheras de su padre había sido siempre no mencionar siquiera que nada malo hubiera pasado, por miedo a desatar su ira sobre ellos de nuevo. Pero Nan había elegido bien el momento y el lugar.

Fue Emily quien rompió el silencio.

—No cabe duda de que se trata de una asignación muy generosa, no habrá muchas chicas que reciban tanto nada más empezar.

—Desde luego que no. —Nan estaba impertérrita ante la tensión que la rodeaba—. Lo digo en serio, papá. Y creo honradamente que si piensas darme tanto, probablemente te resulte más fácil hacerlo una vez al mes.

—Eso está ya acordado —dijo él.

—Así que ahora tú me das cuarenta y dos libras y yo no vuelvo a pedirte nada hasta dentro de un mes.

Paul y Nasey se miraron con los ojos como platos.

—¿Cuarenta y dos libras? —Su padre parecía anonadado.

—Has dicho que tres libras por semana, y treinta libras para ropa. —Parecía sentirse algo culpable—. Es mucho dinero, lo sé.

—No pienso retractarme de mi palabra. —Metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó un fajo de billetes gastados. Separó un montón.

Emily rogó por que su hija mostrara un especial reconocimiento, por que no diera por sentado que aquello era un regalo del cielo.

Pero, como de costumbre, Nan parecía saber mejor que nadie lo que había que hacer.

—No voy a arrodillarme ante ti para darte las gracias, papá, porque eso no serían más que palabras. Intentaré que te sientas orgulloso de mí. Que te alegres de haber gastado tanto en enviar a tu hija a la universidad.

Los ojos de Brian Malone se nublaron ligeramente. Tragó saliva, pero fue incapaz de decir nada.

—Ya está. Ahora, ¿creéis que será posible tomar una taza de té en esta casa?

En Dunlaoghaire, en una gran casa con galería, otra familia hacía los preparativos para el comienzo del curso universitario. Dunlaoghaire, casi una ciudad por derecho propio, quedaba a pocos kilómetros del centro de Dublín. Estaba situada en una gran bahía a la que llegaba todos los días el buque correo que seguía hasta Holyhea lleno de visitantes en vacaciones. A su vuelta, el barco iba también lleno, esta vez de emigrantes que iban a probar fortuna en Londres.

Desde los días en que se llamaba Kingstown, había sido siempre un sitio delicioso para vivir. Las palmeras tropicales que seguían la línea de la costa hacían que pareciera mucho más exótico de lo que realmente era. Las sólidas casas victorianas hablaban de unos tiempos en los que el lugar había sido elegante y con clase. Además, resultaba sano. Los dos grandes brazos de los malecones penetraban mar adentro y constituían un paseo habitual para todo el que necesitaba tomar el aire o

hacer un poco de ejercicio.

Existía una curiosa mezcla de discreta respetabilidad y diversión propia de un enclave de vacaciones. Todos los años se celebraba una animada feria, con sus túneles del miedo y sus atracciones. Respetables matronas llegaban de excursión con sus cestas para hacer compras, tras lo cual solían reunirse con un café en Marine Road donde intercambiaban chismes acerca del lamentable estado del pueblo.

Kit Hegarty se movía rápidamente en su enorme casa situada en una tranquila carretera que llevaba al mar. Tenía mucho que hacer. El primer día era siempre importante porque sentaba el precedente para el resto del curso. Les prepararía un buen desayuno a todos y dejaría bien claro que esperaba que estuviesen sentados a la mesa a la hora precisa.

Llevaba siete años alojando estudiantes, y era una de las caseras favoritas de los universitarios. Normalmente no se decidían por un alojamiento tan apartado de la ciudad y el campus, pero la señora Hegarty les había convencido de lo cerca que estaba su casa de la estación de ferrocarril, lo corto que era el viaje en tren hasta la ciudad y lo sano y estimulante que resultaba el aire marino.

No tuvo que insistir mucho. Los responsables de la universidad no tardaron en darse cuenta de que aquella mujer tan decidida sería capaz de cuidar de los estudiantes mejor que nadie. Había convertido su gran comedor en un estudio. Allí, cada joven tenía su lugar asignado en la gran mesa cubierta de fieltro donde podía dejar sus libros sin que nadie los tocara. En casa de Kit, se esperaba que tras la cena hubiera un período de estudio, al menos la mayoría de las noches. Su único hijo, Frank, también estudiaba con ellos. Sentarse a la misma mesa que los universitarios de verdad le hacía sentirse mayor. Alumnos de Ingeniería o Ciencias Agrícolas, de Derecho o de Medicina, se habían sentado a estudiar en torno a la mesa de comedor de los Hegarty mientras Frank preparaba su grado medio y su examen de ingreso.

Hoy se uniría a ellos como estudiante universitario por derecho propio.

Kit se rodeó el pecho con los brazos llena de placer ante la idea de haber criado un hijo que llegaría a ser ingeniero. Y le había criado ella sola. Joseph Hegarty se había marchado hacía ya mucho tiempo. Su vida en Inglaterra ya no era asunto de ella. Durante un tiempo había escrito para enviar dinero y anunciar las fechas en las que pensaba volver. Después, junto con las excusas, empezó a llegar menos dinero. Finalmente, no hubo nada.

Había intentado no inducir en Frank la menor amargura hacia su padre. Incluso había dejado una fotografía de Joseph Hegarty en la habitación del muchacho para que no pensara que debía olvidarse de su padre. El día en que había notado que la foto no se encontraba ya en el lugar de honor sobre la cómoda, sino que había sido desplazada a un estante en el que prácticamente no se la veía, había sido un momento de triunfo para ella. Más tarde, el marco apareció boca abajo y, finalmente, terminó en el fondo de un cajón.

El larguirucho y desgarrado Frank Hegarty no necesitaba ya una mítica imagen

paterna.

Kit se preguntó si Joseph, de haberse quedado, habría tenido algo que decir acerca de la motocicleta de Frank. Era una BSA negra de 250 cc, que constituía su orgullo y pasión.

Probablemente no habría dicho nada. Jamás había sido capaz de hacer frente a algo desagradable, y la moto de Frank lo era, además de peligrosa. Era la única nube de tormenta que había en su vida aquella mañana que su hijo iba a empezar sus estudios universitarios.

En vano le había rogado una y otra vez que empleara el tren. Estaban a pocos minutos de la estación y el servicio era frecuente. Ella misma pagaría su abono semanal. Podría hacer todos los viajes que quisiera. Era la única cosa por la que se habían enfrentado.

Él había trabajado largas horas en una fábrica de enlatado en Peterborough sólo para poder comprarse su propia motocicleta. ¿Por qué deseaba ella quitarle su única posesión realmente valiosa? El que la madre no supiera montar en moto ni estuviera dispuesta a aprender no le daba derecho a impedir que él lo hiciera.

Tenía dieciocho años y seis meses. Kit miró hacia la estatua del Niño de Praga que tenía en casa para impresionar a las madres de los estudiantes que se alojaban allí. Le habría gustado creer que la imagen tenía alguna utilidad práctica de cara a preservar la seguridad de su hijo cuando se montaba en aquella máquina espantosa. Habría sido agradable contar con algo o alguien sobre quien descargar sus preocupaciones.

Patsy le preguntó a la señora Hogan si quería que escaldara otra tetera.

—Vamos, señora, necesitará té en un día como éste —le había dicho Patsy, alentándola.

—Es una buena idea, Patsy. —Se hundió de nuevo en el sillón, aliviada.

A primera hora, cuando Benny había salido para la universidad con su jersey azul marino, su blusa blanca y su falda de cuadros azul marino y gris, no había habido tanta humedad.

—Serás la atracción del baile —le había dicho Eddie, desbordante de orgullo.

—No padre, no lo seré. Soy demasiado grande y tengo un aspecto demasiado vulgar —había respondido Benny repentinamente—. Parezco un coche funerario. Me he visto en el espejo.

Los ojos de Eddie se habían llenado de lágrimas.

—Criatura, eres preciosa —había contraatacado—. No hables así de ti misma, por favor. No nos preocupes a tu madre y a mí.

Annabel había querido abrazarla y decirle que era hermosa. Era grande, desde luego, pero con esa adorable piel resplandeciente y todo aquel pelo castaño recogido con una cinta azul marino y blanco, parecía lo que era: una muchacha de buena familia, procedente del campo, cuyo padre regentaba un negocio ya establecido.

Pero no era una mañana para abrazos. En su lugar, le había tendido la mano.

—Eres una chica hermosa y adorable, y todos podrán comprobarlo —dijo con voz queda.

—Gracias, madre —le había respondido respetuosamente Benny.

—Y lo que es más, serás muy, muy feliz allí. No tendrás que ir a dormir a siniestras pensiones como tienen que hacer muchas otras chicas, ni pasar hambre como ocurre en algunos alojamientos... —Annabel suspiró con placer—. Tú podrás volver a casa, a tu propio y acogedor hogar, todas las noches.

Benny le había sonreído, pero una vez más, parecía estar haciendo solamente lo que se esperaba de ella.

La muchacha estaba nerviosa, como lo estaría cualquiera que estuviera a punto de empezar en un lugar nuevo, lleno de desconocidos.

—A partir de ahora ésta será una casa muy tranquila, señora —dijo Patsy mientras ponía la tetera sobre la mesa. Le puso encima el cubreteteras acolchado y le dio una palmadita de aprobación.

—Seguro que hará muchas amigas. —Annabel parecía dudarlo. Siempre había estado Eve y sólo Eve. Iba a ser una separación muy dolorosa para ambas.

—¿Cree usted que las traerá de visita alguna vez? —los ojos de Patsy brillaban de excitación. Le encantaba especular.

—No lo había pensado, pero seguro que lo hará. Después de todo, es imposible que se quede en Dublín en casa de gente a la que no conocemos o de la que jamás hayamos oído hablar. Ella lo sabe.

La madre Francis pensaba en Eve mientras veía caer la lluvia sobre los terrenos del convento. Iba a echarla de menos. Era evidente que debía ir a Dublín y quedarse a vivir en el convento de allí. No había otro modo de que pudiera preparar una carrera. La madre Francis esperaba que la comunidad de Dublín comprendiera la necesidad de hacer que Eve se sintiera importante e integrada, como siempre habían hecho aquí, en Knockglen. Eve jamás se había sentido ni remotamente como una hija de la caridad, ni nadie la había presionado para que se incorporara a la Orden.

En tiempos, su padre había trabajado largas horas para el convento y había pagado de corrido y por adelantado los gastos para que su hija dispusiera de un hogar y una educación, aunque no lo supiera. La madre Francis suspiró y rezó en silencio por el eterno descanso del alma de Jack Malone.

Habían surgido otras opciones. La madre Francis y su antigua compañera de colegio, Peggy Pine, las habían discutido largo y tendido.

—Yo la dejaría que trabajara en mi tienda, y la prepararía para que pudiese colocarse en cualquier tienda de Irlanda, pero no es eso lo que queremos para ella, ¿me equivoco?

—Pero no porque no sea un trabajo perfectamente digno, Peggy —había respondido diplomáticamente la madre Francis.

—Aun así, te encantaría que pudiera poner unas cuantas letras detrás de su nombre, ¿verdad, Bunty? —Había poca gente en el mundo que pudiera llamar Bunty

impunemente a la madre Francis.

Y lo que Peggy decía era verdad. La madre Francis quería cualquier cosa que permitiera a Eve ascender algún peldaño. Había sido una víctima tan inocente ya desde el principio que parecía de justicia ayudarla en todo lo posible.

Nunca había habido dinero suficiente para vestir a la niña apropiadamente, y aunque lo hubiera habido, no tenían el estilo ni la experiencia necesaria para hacerlo. Peggy les había ofrecido sus consejos entre bastidores, pero Eve no quería caridades del exterior. Consideraba todo lo que venía del convento como suyo por derecho. St Mary era su hogar.

Desde luego era el único lugar que consideraba un hogar. La casita de tres habitaciones en la que había nacido había perdido todo el interés para Eve al ir creciendo su resentimiento hacia los Westward. Cuando era una cría, no hacía más que recorrer el largo camino que atravesaba los jardines de la cocina del convento, abriéndose camino entre zarzas y espinos para ir a mirar a través de las ventanas.

Cuando tenía unos diez años, había empezado a colocar flores en el exterior. La madre Francis se había ocupado de cuidarlas a escondidas, al igual que había tomado esquejes de los arbustos y plantas que crecían en el jardín del convento y los había plantado en aquella tierra yerma y rocosa, al borde del precipicio donde Jack Malone había puesto fin a su vida.

Era difícil discernir el momento en que Eve había empezado a odiar a su familia materna, pero la madre Francis suponía que era lo menos que cabía esperar. No se podía pretender que una niña criada en un convento, con todo el pueblo al corriente de sus circunstancias, sintiera el menor afecto hacia la gente que vivía en medio del esplendor allá en Westland. El hombre que solía cabalgar por Knockglen como si formara parte de sus propiedades era el abuelo de Eve, el mayor Charles Westward. No había mostrado el menor deseo de conocer a la hija de su hija. En los últimos años no se le había visto mucho. Peggy Pine, que era la vía de comunicación con el *mundo* exterior de la madre Francis, le había dicho que estaba en una silla de ruedas a causa de un ataque. Y aquel hombre pequeño, joven y de tez oscura que aparecía de cuando en cuando por Knockglen, Simon Westward, era primo de Eve. Se parecía mucho a ella, pensaba la madre Francis, o tal vez sólo fuera producto de su imaginación. Había otro hijo más, una niña, pero asistía a algún elegante colegio protestante y casi nunca se la veía por allí.

Al ir aumentando el resentimiento de Eve para con su familia, había ido desvaneciéndose su interés por la casita. Ésta permanecía vacía. La madre Francis jamás había perdido la esperanza de que algún día Eve pudiera vivir feliz en ella, quizá con una familia, y aportar algo de alegría a aquella casa que sólo había conocido la tragedia y el caos.

Era un lugar pequeño y acogedor. La madre Francis a menudo se sentaba dentro un rato cuando iba a limpiar la casa. En St Mary siempre había sido costumbre que las monjas fueran a donde desearan para leer su oficio diario. Estaban tan cerca de

Dios en los jardines, bajo la gran haya o en la zona amurallada con su olor a romero y hierbabuena, como en la capilla.

A nadie le parecía raro que la madre Francis recorriera a menudo el sendero que pasaba junto a las zarzas para leer los oficios junto a la casa. Se mantenía vigilante en busca de posibles goteras y si había algo que no podía resolver por sí misma, le pedía ayuda a Mossy Rooney, un hombre tan taciturno y discreto que le costaba trabajo dar su nombre, como si tuviera miedo de incriminar a alguien.

A los que preguntaban si la casa estaba en alquiler o en venta, la madre Francis les respondía siempre con un pequeño encogimiento impotente de hombros. A continuación les explicaba que los derechos de propiedad, que aún no habían sido totalmente resueltos, estaban a nombre de Eve y no sería posible hacer nada hasta que cumpliera los veintiún años. Nadie le planteó jamás el tema a Eve. Por lo que se refiere a Mossy Rooney, que había cambiado algunos de los marcos de las ventanas y parte del canalón, habría sido inútil pedirle información. En el pueblo todo el mundo sabía que era silencioso como una tumba, un hombre de profundos pensamientos nunca expresados o tal vez carente por completo de ellos.

A la madre Francis le habría encantado que la vieja casita fuera el hogar de Eve. Podía imaginarse perfectamente un tipo de vida en el que Eve traería a pasar el fin de semana a sus amigos estudiantes de la universidad, y todos visitarían el convento y tomarían el té en el salón.

Era una pena desperdiciar aquella pequeña casa de piedra con su porche de madera y sus vistas del condado. También era hermoso el panorama desde las rocas que daban a la cantera.

La casa no tenía nombre, y tal y como iban las cosas probablemente jamás llegaría a tener nombre ni vida propios.

Quizá debería haber abordado directamente a los Westward pero la respuesta a su carta había sido extremadamente fría. La madre Francis había escrito a propósito en papel corriente, no en el que llevaba el membrete del convento. Había pasado largas noches sin dormir, buscando las palabras adecuadas, palabras que no fueran ni rastreras ni codiciosas. Era evidente que no había dado con ellas. La carta de Simon Westward había sido cortés, pero firme en su rechazo. La familia de su tía no había planteado ningún problema a que su hija fuera criada en el convento católico, y hasta ahí llegaba su implicación en el asunto.

La madre Francis no le había hablado a Eve de la carta. La pobre criatura había endurecido ya hasta tal punto su corazón que no había motivos para darle mayores motivos.

La monja suspiró profundamente mientras volvía la vista hacia sus alumnas de sexto curso, cuyas cabezas estaban inclinadas sobre sus cuadernos de ejercicios mientras escribían una redacción sobre el tema «Los males de la emigración». Deseaba ser capaz de creer que la madre Clare daría la bienvenida a Eve en Dublín y que le diría que el convento de la ciudad iba a ser su hogar durante el siguiente año.

No era el estilo habitual de la madre Clare, pero Dios era bondadoso y quizá por una vez ella se hubiera mostrado abierta y generosa.

Puede que se hubiera mostrado receptiva, pero por otra parte tenía motivos para pensar que probablemente no hubiera sido así. No había noticias de Eve desde hacía una semana, lo que no era una buena señal.

La habitación de Eve en el convento de Dublín no tenía una mesilla de noche con una radio sobre ella. Tampoco tenía una colcha de lino. La pequeña y pulcra cama de hierro cubierta con un cobertor gastado por los muchos lavados tenía una almohada llena de bultos y sábanas ásperas al tacto. Había un estrecho y desvencijado armario y un aguamanil que aunque era una antigüedad posiblemente siguiera siendo necesario, ya que el cuarto de baño estaba muy lejos.

No era como la celda de una cárcel sino como la habitación de una sirvienta, se dijo a sí misma Eve con firmeza. Y en cierto sentido, probablemente fuera así como la veían, como una sirvienta difícil y picajosa recién llegada del campo. O lo que era peor aún, como una sirvienta que se daba aires.

Eve se sentó en la cama y miró a su alrededor. Podía oír la amable voz de la madre Francis lamentando que la vida no fuera fácil para ella y diciéndole que lo mejor que podía hacer era trabajar mucho y salir de aquel lugar cuanto antes. Si estudiaba bien los signos taquigráficos, prestaba interés en las clases de contabilidad, entrenaba sus dedos para la mecanografía practicando una y otra vez, si atendía y tomaba notas sobre el funcionamiento de las empresas, en un año o menos obtendría un buen trabajo y podría buscarse un lugar donde vivir.

Nunca más volverían a ofrecerle una cama de hierro en una pequeña y destantalada habitación oscura.

La Mujer Sabia apretaría los dientes y pondría manos a la obra, se dijo Eve a sí misma. Era una frase que ella y Benny utilizaban continuamente. «¿Qué haría la Mujer Sabia respecto a Sean Walsh?». Fingiría que no existía. La Mujer Sabia no compraría otro cuarto de kilo de caramelos en la confitería de Birdie Mac porque le saldrían granos. La Mujer Sabia haría sus deberes porque la madre Francis estaba en pie de guerra.

Al cabo de una semana, Eve se dio cuenta de que la Mujer Sabia tendría que ser también una santa canonizada para adaptarse a su nuevo entorno.

La madre Clare había sugerido una pequeña cantidad de trabajo doméstico, «para cubrir todas tus obligaciones, querida».

Y Eve admitía que tenía obligaciones. Estaba haciendo un curso en régimen de internado por el que otras alumnas habían pagado sumas respetables. Nunca había estado asociada con este convento como lo había estado con el de St Mary en Knockglen. Habría estado más que dispuesta a ayudar por puro sentido de la justicia, y también por dejar bien a la madre Francis, pero esto era diferente.

La idea que la madre Clare tenía de cómo saldar sus obligaciones se centraba en la cocina. Quizá pensara que a Eve le gustaría servir el desayuno en el refectorio y

recoger después, y también que debía abandonar las clases diez minutos antes de la comida para estar de vuelta en el comedor a tiempo de servir la sopa a las demás estudiantes según fueran llegando.

En todos los años que había pasado en St Mary, ninguna de las otras niñas habían visto jamás a Eve Malone realizar una tarea doméstica. Se le había pedido que ayudara entre bastidores, como cualquier otra niña haría en su propia casa. Pero la madre Francis había convertido en norma inviolable que Eve jamás debía hacer nada ante las demás alumnas que pudiera otorgarle un estatus diferente.

La madre Clare no tenía tales escrúpulos.

—Pero querida muchacha, no conoces a esas otras estudiantes —había dicho cuando Eve le había pedido educadamente que no la pusiera en una posición que evidenciara su condición de alumna de caridad.

—Difícilmente podré llegar a conocerlas si piensan que estoy aquí en condiciones distintas a las de ellas —había replicado Eve. La madre Clare había entrecerrado los ojos. Intuía que aquella chica, que se había apropiado los corazones de toda la comunidad de Knockglen, iba a traer problemas.

—¿Y acaso no es así, Eve? Estás aquí en condiciones diferentes —le había respondido mientras sonreía dulcemente.

Eve sabía que debía librar la batalla y ganarla allí en aquel mismo momento, antes de que llegaran las otras estudiantes.

—Estaré encantada de cumplir mis obligaciones como a usted le parezca pertinente, madre, pero no a la vista de mis compañeras de estudio. ¿Puedo pedirle que reconsidere los planes que tiene para mí?

En las mejillas de la madre Clare aparecieron dos manchas rojas. Aquello era pura insolencia. La madre Clare se había enfrentado a muchos problemas desde que había hecho los votos y siempre era consciente de cuándo estaba en mala posición; ahora, por ejemplo. La comunidad de Knockglen defendería a Eve con uñas y dientes. Incluso algunas de las hermanas en Dublín podían considerar que a la muchacha no le faltaba razón.

—Ya hablaremos mañana —le había dicho. Se había vuelto, barriendo el suelo con su largo hábito negro, y había echado a andar corredor adelante.

Eve se había pasado el día vagando por la ciudad con el corazón apesadumbrado. Sabía que con su actitud se había ganado que le impusieran tareas domésticas más pesadas.

Miró los escaparates y se obligó a pensar en los días en los que podría permitirse ropa como la que veía en ellos.

Imaginó que podía entrar a comprar tres o cuatro de las estrechas faldas en diferentes colores. Sólo costaban doce chelines y once peniques cada una. No importaba que no fueran de gran calidad porque había un montón de colores. También vendían tela de algodón a dos chelines el metro. Una podía hacerse una blusa preciosa por seis chelines, tal vez cuatro, a juego con cada una de las faldas.

Eve desechó la idea de los abrigos de capa. Ella era baja y tenían demasiado vuelo, así que parecería que la envolvían. Sin embargo, le encantaría comprar seis pares de medias transparentes a menos de cinco chelines el par y los pantalones pitillo en color burdeos o azul marino que vio por todas partes. Su precio variaba, pero normalmente rondaba la libra.

Si hubiera tenido una cartera con dinero habría entrado a por ellos en ese mismo instante.

Lo que deseaba realmente no era dinero para comprarse ropa. Eve lo sabía perfectamente. Quería un tipo de vida totalmente diferente. Quería estudiar, pasar tres, incluso cinco años en la universidad. Estaba dispuesta a hacer los sacrificios que fuera preciso para lograrlo, pero no parecía tener modo de empezar siquiera.

Conocía historias sobre gente que se había pagado los estudios trabajando durante el día y estudiando durante la noche, pero aun así tendría que pasar un año con la terrible madre Clare para obtener la cualificación necesaria para cualquier tipo de trabajo. Eve se dio cuenta de que inadvertidamente su paseo la había llevado a través de St Stephen's Green hacia los grandes y grises edificios del University College. La universidad estaba vacía y paseó libremente por su vestíbulo principal donde sólo vio a los encargados de la administración.

El trimestre empezaría la semana entrante. La afortunada Benny llegaría junto a cientos de estudiantes de primer año de toda Irlanda.

Eve comprendía que había miles como ella que jamás conseguirían entrar, pero nadie había despertado sus expectativas. No les habían alentado, ni les habían llevado a creer que tenían un cerebro e inteligencia como había ocurrido con ella. Era aquello lo que hacía que resultara tan duro.

Eve sabía que la semana siguiente atravesarían aquellas puertas chicas que sólo pretendían utilizar la universidad como promoción en su vida social. Habría estudiantes forzados que no querían serlo en absoluto, que tenían otros planes y sueños, pero asistían a las clases para satisfacer los deseos de sus padres. Habría muchos que vagarían por el recinto y emplearían el tiempo en decidir su futuro. Sentía una ira ardiente contra los Westward, la familia que había abandonado a la que era carne de su carne, que había permitido que fuera criada por la caridad de las monjas y que jamás se había molestado en pensar que tenía ya edad para ir a la universidad.

No había justicia en la tierra si alguien capaz de apreciar el estudio y trabajar duro quedaba excluido por culpa de una avarienta y desalmada familia que había preferido olvidar a la hija de una unión desaprobada en lugar de tener un gesto de generosidad.

Examinó los tablones de anuncios cubiertos de cristal y leyó acerca de las sociedades que se reconstituirían cuando comenzara el trimestre, y sobre los nuevos comités y las organizaciones deportivas y los horarios de entrenamiento, y las invitaciones a unirse a un determinado club o grupo.

Vio también las grandes escaleras que llevaban a las bibliotecas y las aulas.

Observó los pupitres tapizados en rojo que la siguiente semana estarían ocupados por los estudiantes y deseó dolorosamente estar entre ellos. Quería pasar los días leyendo, escribiendo, averiguando más cosas y hablando con la gente, en lugar de tener que dedicar el tiempo a actuar con mayor astucia que personas detestables como la madre Clare.

La Mujer Sabia seguiría adelante y dejaría de soñar. Entonces pensó lo cansado que iba a resultar intentar ser la Mujer Sabia durante toda su vida. Sería estupendo ser una mujer muy poco sabia en ocasiones.

Benny cogió el autobús para Dublín el día del comienzo de curso con mayor excitación de la que hubiera esperado. En casa se habían comportado como si fuera una cría que asistiera a su primera fiesta con un vestido especial en vez de una estudiante grande y desgarbada de dieciocho años que se encaminaba a la universidad vestida de oscuro de la cabeza a los pies.

Aún veía el cuadro de aquella mañana. Podía ver a su padre con los ojos llenos de lágrimas de orgullo. Sabía que se dirigiría a la tienda y mataría de aburrimiento a todo el mundo contándoles historias sobre su maravillosa hija que iba ya a la universidad. Benny veía a su madre allí sentada, haciendo lo mismo que llevaba haciendo los últimos meses: explicarle las inmensas ventajas de poder regresar a casa todas las noches en el autobús. Y a Patsy, que parecía la fiel esclava negra de las películas, salvo que era blanca y sólo tenía veinticinco años. A Benny le habían entrado ganas de gritar y gritar.

También tenía otras preocupaciones mientras permanecía sentada en el autobús, dispuesta a dar principio a su carrera universitaria. La madre Francis le había dicho que la audaz Eve no había escrito ni telefoneado y que todas las hermanas se morían de ganas de tener noticias suyas. Pero Eve había telefoneado a Benny dos veces en la última semana para decirle que la vida en el convento de Dublín era intolerable y que tendría que ir a visitarla allí porque si no iba a volverse loca.

—¿Cómo vamos a reunimos? ¿Acaso no tienes que quedarte a comer en ese sitio? —había preguntado Benny.

—Les he dicho que tengo que ir a hacerme unas pruebas al hospital.

Desde que la conocía, Eve prácticamente nunca había dicho una mentira. Benny había tenido que decir muchas pequeñas mentiras para que la dejaran salir hasta tarde, e incluso para que le permitieran salir, pero Eve tenía la firme determinación de no mentir nunca a las monjas. Si había llegado tan lejos, las cosas debían estar muy mal en Dublín.

Luego estaba Sean Walsh. Por supuesto, se había negado repetidamente a salir con él, pero tanto su madre como su padre no hacían más que insistir en lo amable que había sido por interesarse tanto en el hecho de que fuera a asistir a la universidad y en invitarla a salir al cine a modo de celebración. Había decidido optar por lo que parecía ser el camino más sencillo y aceptar. Después de todo, si la ocasión iba a marcar el comienzo de una nueva etapa de su vida, podría dejarle bien claro que esa

nueva vida no le incluía en absoluto.

La noche anterior habían ido a ver la película *Genevieve*. Al parecer a todo el mundo le había encantado, pensó Benny sombríamente. En todas partes la gente salía de los cines tarareando la melodía y deseando parecerse a Kay Kendall o a Kenneth More, según los casos. No fue ése el caso de Benny. Había salido indignada.

Durante toda la película, Sean Walsh había mantenido su delgado y huesudo brazo en torno al hombro de ella o sobre su rodilla. Incluso, en un momento particularmente desagradable, había conseguido meter su mano por detrás de la espalda de ella, bajo su y en torno a su pecho. Benny había conseguido librarse de todas esas atenciones.

Cuando salían del cine, él había tenido la cara dura de decir:

—De verdad que te respeto por decir que no, Benny. Te hace aún más especial. No sé si sabes lo que quiero decir.

¡Respetarla! ¿Por decirle que no a él? Era lo más fácil que había hecho en su vida, pero Sean era de los que pensarían que a ella le había gustado.

—Me voy a casa, Sean —le había respondido.

—No, le dije a tu padre que tomaríamos una taza de café en la tienda de Mario. No te esperan tan pronto.

De nuevo estaba atrapada. Si volvía a casa le preguntarían por qué no había ido a tomar café.

Junto al cine, la tienda de Peggy Pine exhibía algunos modelos nuevos para el otoño. Benny había examinado las blusas de color crema y los suaves jerséis de angora rosa. Con el fin de decir algo que no tuviera que ver con las aproximaciones y caricias de él, se puso a hablar de las prendas.

—Son bonitas, ¿verdad? —había comentado, casi sin pensar en ello. En realidad, estaba fantaseando con la idea de que una vez que estuviera en la universidad no tendría que volver a verle nunca.

—Sí que lo son, pero a ti no te van. Es mucho más inteligente por tu parte no atraer la atención y llevar colores oscuros, nada llamativo.

Ella tenía lágrimas en los ojos cuando cruzó la calle en dirección a la tienda de Mario. Él llevó dos tazas de café y dos pastas de chocolate hasta la mesa en la que ella le esperaba.

—Es un mal viento —había dicho él.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Me refiero al que se llevó a Eve a Dublín y la arrancó de tu vida.

—No la arrancó de mi vida. Yo también voy a ir a Dublín.

—Pero no estarás en su mundo. Sea como sea, ya eres mayor, no está bien que sigas siendo uña y carne con una chica así.

—Me gusta ser uña y carne con ella. Es mi amiga. —¿Por qué tengo que explicarle estas cosas?, había pensado Benny.

—No es decoroso. Ya no.

—No me gusta hablar de Eve a sus espaldas.

—Lo único que digo es que es un mal viento. Ahora que se ha ido no estarás siempre diciendo que te marchas con ella al cine. Podré llevarte yo.

—No voy a tener tiempo para ir al cine. Tendré que estudiar.

—No tendrás que estudiar todas las noches. —Le había sonreído con complacencia—. Y no lo olvides, siempre están los fines de semana.

Ella se había sentido terriblemente cansada.

—Siempre están los fines de semana —había repetido. De algún modo parecía la salida más fácil.

Pero Sean estaba de humor para hacer declaraciones.

—No creas que el hecho de que tengas una educación universitaria va a interponerse entre nosotros —había dicho.

—¿Interponerse entre nosotros?

—Exacto. ¿Por qué iba a hacerlo? Algunos hombres lo permitirían, pero yo no soy uno de ellos. Te diré algo, Benny. No sé si lo sabes, pero siempre he intentado imitar a tu padre.

—Sé que trabajas para él, así que estoy segura de que aprenderás de él.

—Es mucho más que eso. Podría aprender de cualquier sastre del país. Podría aprender confección sentándome en un banco. No, estudio el modo en que el señor Hogan ha hecho frente al mundo e intento sacar conclusiones.

—¿Y qué has aprendido en particular?

—Para empezar, a no ser orgulloso. Tu padre se casó con una mujer mayor que él, una mujer con dinero. No le dio vergüenza invertir ese dinero en su negocio. Es lo que ella y él querían. Habría sido un cabezota y un estúpido de no haberlo aceptado. A caballo regalado no se le mira el diente... Me gusta pensar que, a mi modo, voy siguiendo sus pasos.

Benny se había quedado mirándole como si jamás le hubiera visto.

—¿Qué es exactamente lo que pretendes decir, Sean? —le había preguntado.

—Intento decir que eso no significa nada para mí. Estoy por encima de esa clase de cosas —había dicho pomposamente. Hubo un momento de silencio.

—Sólo quería dejar clara mi postura —había concluido. Aquello había ocurrido la noche anterior.

Su madre y su padre parecieron satisfechos de que hubiera pasado el tiempo tomando un café con Sean.

Si eso es lo que desean para mí, se preguntó Benny, ¿por qué demonios me permiten que vaya a la universidad? Si quieren arrebatármelo todo al final y emparejarme con ese subnormal baboso, ¿por qué me llevan a lo alto de la montaña y me dejan ver el mundo? La pregunta era difícil de responder, como difícil era resolver el problema de Eve. Ésta había dicho que no sólo iba a estar libre a la hora de la comida, que iría a recoger a Benny al autobús y la acompañaría al University College. De perdidos, al río... había dicho Eve por teléfono.

Jack Foley despertó sobresaltado. Había estado soñando que su amigo Aidan Lynch y él estaban en la galería de los condenados a muerte en una cárcel americana y que estaban a punto de morir en la silla eléctrica. Al parecer su crimen había sido cantar la canción *Hernando's Hideaway* con demasiado entusiasmo.

Fue un gran alivio encontrarse de vuelta en el gran dormitorio con sus pesados muebles de caoba. Jack solía afirmar que era posible ocultar un pequeño ejército en los armarios que había por toda la casa. Su madre contestaba que era muy fácil burlarse, pero que había pasado largas horas en muchas subastas por toda la ciudad en busca de las piezas adecuadas.

Los Foley vivían en una casa victoriana grande con jardín en Donnybrook, a unos tres kilómetros del centro de Dublín. Era un lugar frondoso en el que vivían desde hacía mucho tiempo profesionales, comerciantes y funcionarios.

Las casas no tenían números. Todas tenían un nombre y el cartero sabía dónde vivía todo el mundo.

La gente no solía mudarse una vez que llegaban a una calle como aquélla. Jack era el mayor de la familia y había nacido en una casa más pequeña, pero no la recordaba. Cuando aún gateaba, sus padres se habían mudado a ésta.

Había comentado que en las fotografías de su infancia las habitaciones parecían tener muchos menos muebles.

—Aún estábamos construyendo nuestro hogar —le había respondido su madre—. No tenía sentido ir con prisas y equivocarse al comprarlos.

No es que Jack ni ninguno de sus hermanos repararan gran cosa en la casa. Estaba allí como siempre lo había estado para ellos. Igual que Doreen, que siempre les había servido la comida en la mesa, igual que el viejo perro *Oswald*, que nadie recordaba desde cuándo andaba por allí.

Jack se sacudió el sueño sobre la galería de la muerte y recordó que hoy en todo Dublín habría gente preparándose para su primer día en la universidad.

El comienzo de curso en casa de los Foley significaba que Jack se pondría la bufanda de la universidad y se encaminaría hacia ella por vez primera. En el comedor de la gran casa de Donnybrook se respiraba un ambiente de excitación. El doctor John Foley estaba sentado a la cabecera de la mesa y observaba a sus cinco hijos. Había dado por supuesto que todos ellos estudiarían medicina como él, por lo que le había conmovido que Jack decidiera estudiar Derecho. Tal vez ocurriera lo mismo con los otros. El doctor Foley miró a Kevin y a Gerry. Siempre les había imaginado desenvolviéndose tan naturalmente en el campo de la medicina como en un campo de rugby. Su mirada se posó en Ronan. Parecía tener ya el talante reconfortante que uno asocia con los médicos. Ronan sería capaz de convencer hasta a su propia madre de que las heridas sufridas en un parque eran superficiales o de que la suciedad de su ropa saldría fácilmente. Tenía la personalidad que necesitaba un buen médico de cabecera. Por último estaba Aengus, el menor. Sus gruesas gafas le hacían parecer aplicado y era el único de los Foley que no había sido escogido para algún equipo del

colegio. El doctor Foley siempre había imaginado que su hijo Aengus se dedicaría a la investigación médica cuando llegara el momento. Era un poco delicado para la dura lucha que representaba la práctica cotidiana de la medicina.

Se había equivocado con su hijo mayor. Jack había dejado claro que no tenía el menor deseo de estudiar Física y Química. El trimestre que había pasado en la universidad intentando comprender los principios elementales de la física había sido un desperdicio. Tampoco quería estudiar Botánica ni Zoología, porque no sería capaz de dominarlas.

El doctor Foley había aducido en vano que el primer año era un purgatorio necesario antes de abordar realmente la carrera de Medicina.

Jack se había mostrado inflexible. Prefería estudiar Derecho. Tampoco quería pertenecer a la magistratura. Pretendía entrar a trabajar como pasante con un abogado. Lo que realmente deseaba hacer era matricularse para obtener el nuevo título de graduado en Derecho Civil. Era como hacer una licenciatura pero estudiando exclusivamente temas legales. Lo había discutido seriamente con su padre con toda la información a mano. Sin duda podría entrar como pasante del hermano de su madre. El tío Kevin trabajaba en un gran despacho de abogados, así que ya le buscarían un hueco. Había calculado bien el momento para hacer su solicitud. Jack sabía que los pensamientos de su padre estaban tan centrados en el mundo del rugby como en el de la medicina. Jack era un jugador destacado en la escuela. Participó en la final de la Senior Cup con el equipo de su colegio. Logró dos ensayos y transformó uno de ellos. Su padre no estaba en condiciones de luchar contra él. En cualquier caso habría sido insensato obligarle a aceptar una vida tan exigente. El doctor Foley se encogió de hombros. Había muchos otros jóvenes que podrían seguir sus pasos por el camino del buen médico hasta Fitzwilliam Square.

Lilly, la madre de Jack, estaba sentada en el extremo opuesto de la mesa, frente a su marido. Jack era incapaz de recordar ni un solo desayuno que no hubiera estado presidido por ella entre tazas de té, platos de cereales, lonchas de beicon a la plancha y tomates partidos a la mitad, que era el modo en que se empezaba el día, excepto los viernes y en Semana Santa.

Su madre siempre parecía haberse vestido para la ocasión, cosa que efectivamente hacía. Llevaba elegantes faldas Gor-Ray, siempre con una chaqueta a juego o una blusa de punto. Iba perfectamente peinada y con un ligero toque de lápiz de labios y polvos en la cara. Cuando Jack había pasado la noche en las casas de amigos tras jugar un partido, había descubierto que sus madres no eran así. A menudo le servían la comida en la cocina mujeres en bata con un cigarrillo en la boca. El desayuno formal a las ocho en un comedor de techo alto con pesados paneles de caoba y ventanas del suelo al techo, no formaba parte del modo de vida habitual.

Pero los hijos de los Foley no eran unos niños mimados. Su madre había tenido buen cuidado de ello. Cada uno tenía una tarea que hacer por la mañana antes de salir hacia el colegio. Jack tenía que llenar los cubos de carbón. Kevin debía meter la leña

en la casa. Aengus se ocupaba de enrollar los periódicos del día anterior, dándoles forma de salchicha, para usarlos para encender el fuego. Jerry, que había sido nombrado «el amante de los animales», era el encargado de sacar a *Oswald* para que diese unas carreras por el parque y asegurarse de que hubiera algo en el comedero para pájaros del jardín. Ronan tenía que abrir las grandes y pesadas cortinas de las habitaciones de la parte de delante, recoger la leche de la puerta de entrada y meterla en el gran frigorífico, y barrer lo que hubiera que barrer de los grandes escalones de granito que llevaban hasta la casa. Lo mismo podían ser pétalos de flores de cerezo que hojas otoñales o nieve y barro.

Una vez finalizado el desayuno, los chicos Foley ponían sus platos y cubiertos cuidadosamente en el ventanuco que daba a la cocina antes de pasar a la habitación grande en la que dejaban sus abrigo, botas, zapatos, carteras del colegio y, a menudo, sus uniformes de rugby.

La gente se asombraba por el modo en que Lilly Foley llevaba una casa tan elegante teniendo cinco hijos jugadores de rugby a los que hacer frente. Se maravillaban aún más de que hubiera sido capaz de mantener al apuesto John Foley a su lado. El doctor Foley era un hombre con fama de no ser fácil de manejar, y que había tendido a ser un tanto mujeriego cuando era joven. Lilly no era más hermosa de lo que habían sido las otras mujeres que le habían pretendido, tan sólo más inteligente. Había comprendido que él querría llevar una vida fácil y sin complicaciones, en la que todo funcionara sin sobresaltos y él no se viera afectado por las complicaciones domésticas.

Al comienzo de su matrimonio, Lilly había encontrado a Doreen y le había pagado más de lo normal para que mantuviera la casa en funcionamiento. Lilly Foley jamás dejaba de asistir al peluquero y a la manicura una vez a la semana.

Parecía considerar su vida con el atractivo médico como un juego con sus reglas. Ella tenía que mantener en marcha una casa elegante y acogedora. No había engordado ni un gramo y siempre aparecía de punta en blanco, ya fuera en el club de golf o en un restaurante, y ni que decir tiene que también en su casa. Si actuaba así, él no se descarriaba. Aquel día, después de que los cuatro hijos más jóvenes se marcharon al colegio, Jack se sirvió otra taza de té.

—Ahora sabré de qué habláis vosotros dos cuando estáis solos —dijo sonriendo. Estaba muy guapo cuando sonreía, pensó su madre afectuosamente. A pesar de su pelo rojizo, que se negaba a dejarse domar, y de aquellas pecas que adornaban su nariz, realmente tenía facciones clásicas y cuando Jack Foley sonreía era capaz de ganarse el corazón de cualquiera. Lilly Foley se preguntaba si se enamoraría fácilmente o si el rugby le ocuparía tanto tiempo que se conformaría con la adulación distante de las chicas que asistían a los partidos y le vitoreaban.

Se preguntaba si sería tan difícil de cazar como lo había sido su padre. ¿Qué vería en él alguna astuta joven capaz de encandilarle? Ella había atrapado al padre ofreciéndole un estilo de vida distinguido y sin agobios, totalmente distinto al del

hogar infeliz y abandonado del que procedía. Pero éste no sería el modo de atraer a su Jack. Él era feliz y estaba bien atendido en su casa. Tardaría aún mucho tiempo en decidirse a abandonar el nido.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acerque? —El doctor John Foley se hubiera sentido orgulloso de llevar a su hijo mayor en coche hasta Earlsfort Terrace y ser testigo de su entrada en la universidad.

—No, papá, le he dicho a algunos de los muchachos... Su madre pareció comprender.

—No es como el colegio, ¿verdad? Creo que tenéis un ritmo más flexible. No hay ninguna campana para convocaros a todos a la misma hora.

—Lo sé, lo sé. He pasado por allí, ¿recuerdas? —dijo el doctor Foley con tono malhumorado.

—Sólo he dicho que...

—No, tu madre tiene razón. Te apetece estar con tus amigos en un día como hoy. Te deseo la mejor suerte del mundo, hijo. Que todo te salga tan bien como esperas, aunque no vayas a estudiar medicina.

—Vamos, papá, si te hace sentir más aliviado piensa en todas las querellas a las que tienen que enfrentarse los médicos por negligencia.

—Te puedes encontrar con ellas igual en el terreno legal. En cualquier caso, no hay razón para que no escojan a un estudiante de Derecho para el equipo de rugby.

—Dame un poco de tiempo, papá.

—¿Después de cómo jugaste en la Schools Cup? Ahí dentro no están ciegos. Estarás jugando el Colours Match en diciembre.

—Nunca escogen a estudiantes recién llegados para eso. —En tu caso lo harán, Jack. Jack se puso en pie.

—Estaré dentro el año que viene. ¿Te vale con eso?

—Está bien, me conformaré con que juegues con el UCD en 1958. Soy un hombre muy razonable y nada exigente —dijo el doctor Foley.

Cuando Benny se bajó del autobús, vio a Eve esperándola, con el cuello de su gabardina levantado para protegerse de la lluvia. Parecía helada y estaba pálida.

—Dios, acabarás en el hospital si sigues así —le dijo Benny. Estaba alarmada por la mirada que había en los ojos de Eve y lo incierto del futuro.

—Oh, cállate, ¿quieres? ¿No tienes paraguas?

—¿Que si tengo paraguas? Tenemos suerte de que no esté envuelta en una gran burbuja de plástico, juraría que se han pasado toda la noche pendientes del tiempo. Tengo un impermeable que hace que parezca un montón de heno bajo la lluvia y un paraguas que podría cubrir la mayor parte de Dublín.

—Pues ábrelo entonces —dijo Eve estremeciéndose. Cruzaron juntas el puente O'Connell.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Benny.

—Lo que sea. No puedo seguir allí. Lo he intentado.

—No lo has intentado mucho. Llevas menos de una semana.

—¡Si vieras aquello! ¡Si vieras a la madre Clare!

—Eres tú la que siempre me está diciendo que las cosas pasan, y que hay que sacarles todo el partido posible. Tú eres la que asegura que se puede soportar cualquier cosa si una sabe adónde se dirige.

—Eso fue antes de conocer a la madre Clare, y en todo caso, no sé adónde me dirijo.

—Esto es Trinity. No tenemos más que seguir las verjas y subir una de las calles hasta Green... —explicó Benny.

—No, no quiero decir aquí. Quiero decir adonde me dirijo de verdad.

—Vas a conseguir un trabajo y a librarte de ellas tan pronto como sea posible. ¿No era ése el plan?

Eve no respondió. Benny nunca había visto tan abatida a su amiga.

—¿No hay nadie agradable en ese lugar? Estaba segura de que ya habrías hecho muchas amigas.

—Hay una novicia en la cocina que es muy agradable, la hermana Joan. Tiene las manos cuarteadas y un catarro terrible, pero es un encanto. Me prepara cacao en una jarra mientras me lavo. Tiene que ser en una jarra por si aparece la madre Clare, no vaya a pensar que se me trata como a una persona normal. Lo bebo directamente de la jarra, ¿comprendes? Sin taza.

—Me refería a las otras. A las otras chicas.

—No, ninguna amiga.

—No te estás esforzando, Eve.

—¡Tienes toda la razón, no me estoy esforzando! Tampoco pienso quedarme, eso es seguro y definitivo.

—¿Pero qué piensas hacer? No puedes hacerle esto a la madre Francis y las demás.

—En unos pocos días tendré un plan. Me niego a vivir en ese lugar. Me niego. — Su voz tenía un ligero timbre histérico.

—Está bien, está bien. —Benny parecía una persona diferente—. ¿Quieres venir conmigo esta noche en autobús a Knockglen, de vuelta al convento?

—No puedo hacer eso, sería como traicionarlas.

—¿Y qué crees que pensarían si supieran que andas temblando por las calles, contando mentiras y diciendo que estás en el hospital? ¿Qué crees que dirían? ¿Quieres que atravesemos el Green? Es bonito, aunque está húmedo —Benny estaba cariacontecida.

Eve se sintió culpable.

—Lo siento, te estoy haciendo polvo tu primer día de universidad. No tienes necesidad de aguantar esto.

Habían llegado a la esquina de St Stephen's Green. El semáforo estaba en verde y empezaron a cruzar la calle.

—Mira qué ambiente —dijo Benny con voz añorante. Se veían ya estudiantes con abrigos de paño, riendo y charlando. Había chicas con cola de caballo y bufandas de la universidad caminando desenvueltas junto a los chicos por los húmedos y resbaladizos senderos que ascendían hacia Ealsfort Terrace. Algunos iban solos, pero se mostraban seguros de sí mismos. Justamente a su lado, Benny vio a una chica rubia con un elegante abrigo azul marino. A pesar de la lluvia seguía resultando elegante.

Estaban cruzando todos juntos cuando presenciaron el derrape. El chico de la moto había perdido el control y se abalanzaba sobre el Morris Minor negro que avanzaba tranquilamente. Todo pareció suceder a cámara lenta: el modo en que caía el muchacho, en que coceaba y patinaba la motocicleta, el coche intentando evitar la colisión y finalmente tanto la motocicleta como el coche precipitándose de costado sobre el grupo de peatones que cruzaba la calle mojada.

Eve oyó gritar a Benny, y en ese momento vio las caras petrificadas mientras el coche se dirigía hacia ella. No escuchó los gritos porque había un rugido en sus oídos y perdió el conocimiento, atrapada por el coche contra una farola. Junto a ella yacía el cuerpo de Francis Joseph Hegarty. Estaba muerto.

Capítulo 4

Todo el mundo decía que era un milagro que no hubiera habido más muertos y heridos. Otro milagro era que hubiera ocurrido todo tan cerca del hospital, y que el conductor del coche, que había podido salir por la ventanilla de su automóvil sin ayuda alguna, hubiera sido nada menos que un médico de Fitzwilliam Square, que sabía exactamente lo que había que hacer. Apretándose un pañuelo contra la cara, sentía correr la sangre sobre su ojo pero les había asegurado a todos que se trataba de una herida superficial y había dado instrucciones, que habían sido cumplidas al pie de la letra. Alguien debía detener el tráfico, otro debía ir en busca de los guardias, pero antes de nada alguien debía ir a toda prisa al departamento de urgencias del Hospital de St Vincent a pedir ayuda. El doctor Foley se arrodilló junto al cuerpo del muchacho que había perdido el control de su motocicleta y cerró los ojos en una silenciosa oración de agradecimiento porque su hijo jamás hubiera tenido el capricho de conducir una máquina como aquella.

Seguidamente cerró los ojos del muchacho, que tenía el cuello roto, y le echó un abrigo por encima para ocultarle a las miradas de los estudiantes que jamás llegaría a conocer. La muchacha menuda de la herida en la sien tenía el pulso un poco lento y bien podría haber sufrido una conmoción cerebral, pero su estado no le pareció crítico. Otras dos jóvenes habían sufrido rasguños y contusiones, y evidentemente estaban en estado de *shock*. Él mismo se había mordido la lengua y, por lo que podía notar, probablemente tuviera dos dientes sueltos. Además, tenía una herida superficial encima del ojo. Su deber en ese momento era poner el asunto en manos de profesionales. Ya pediría luego que alguien le tomara la tensión.

Una de las jóvenes heridas, una muchacha grande de facciones suaves y pelo castaño, que iba vestida con ropa oscura y tradicional, parecía muy agitada por el estado de la que yacía inconsciente en el pavimento.

—¿No estará muerta, verdad? —le preguntó con ojos espantados.

—No, no. Le he tomado el pulso. Se pondrá bien —la tranquilizó.

—Es que aún no ha vivido la vida. —Los ojos de la joven estaban llenos de lágrimas.

—Ninguno de vosotros lo ha hecho todavía, criatura. —Apartó la vista del joven muerto.

—No, pero lo de Eve es especial. Sería terrible que no se pusiera bien —dijo ella mordiéndose el labio.

—Ya te he dicho que todo irá bien. Debes creerme. Mira, aquí vienen... —Habían traído camillas del hospital, que estaba a unos doscientos metros de distancia. Ni siquiera había sido necesario emplear una ambulancia.

Entonces aparecieron los guardias, empezó a organizarse el tráfico y la pequeña

procesión emprendió camino hacia el hospital. Benny cojeaba ligeramente y se detuvo para apoyarse en la chica del pelo rubio y rizado que le había llamado la atención antes del accidente.

—Lo siento —dijo Benny—. No sabía si podría caminar o no.

—No pasa nada. ¿Te has hecho daño en la pierna? La probó apoyándose en ella.

—No, no es nada. ¿Qué tal tú?

—No lo sé. En realidad me siento normal. Quizá demasiado normal. A lo mejor nos caemos muertas en cualquier momento.

Delante de ellas, sobre una camilla, iba Eve. Tenía la cara mortalmente pálida. Benny había recogido el bolso de Eve, un bolso pequeño de plástico barato que le había comprado la madre Francis en la tienda de Peggy Pine como regalo de despedida hacía unas semanas.

—Creo que se pondrá bien —explicó Benny con voz temblorosa—. Ese hombre que va lleno de sangre, el que conducía el coche, dice que respira y que su pulso es normal.

Benny parecía tan preocupada que daban ganas de cogerla en brazos y acariciarla, a pesar de que era más grande que la mayoría de la gente que la rodeaba.

La joven de la cara preciosa, ahora arañada y llena de barro, la del abrigo azul marino bien cortado, ahora cubierto de sangre y barro húmedo, miró afectuosamente a Benny.

—Ese hombre es médico. Sabe de estas cosas. Me llamo Nan Mahon, ¿y tú?

Fue el día más largo de sus vidas.

La maquinaria del hospital se había puesto en marcha, si bien lentamente. La policía se haría cargo del joven muerto y de transmitir la noticia a la familia. Habían examinado sus pertenencias, en muchas de las cuales constaba su dirección. Dos jóvenes agentes se desplazarían hasta Dunlaoghaire.

—¿Pueden decirle que fue instantáneo? —dijo John Foley.

—No lo sé —replicó el joven agente—. ¿Podemos hacerlo?

—Es la verdad, y quizá les reconforte saberlo —explicó mansamente John Foley.

El viejo sargento de la Garda no opinaba lo mismo.

—Nunca se sabe, doctor. Muchas madres preferirían saber que su hijo había dispuesto de unos instantes para realizar un acto de contrición.

John Foley había apartado la cara para ocultar su irritación.

—Y no fue culpa suya, no dejen de decírselo —insistió.

—Me temo que mis hombres no pueden... —empezó a decir el sargento.

—Ya lo sé, ya lo sé. —El doctor tenía voz de agotamiento.

La enfermera les dijo que por supuesto que podían usar el teléfono, pero que primero debían dejar que las examinaran. Así podrían decirles a sus padres lo que les había pasado. Parecía muy sensato.

Las noticias eran buenas: cortes poco profundos, vacuna antitetánica por si acaso, un sedante suave para el *shock*.

El caso de Eve era distinto. Tenía rotas las costillas y sufría una ligera conmoción cerebral. Habían tenido que darle varios puntos en el borde del ojo y tenía también rota una muñeca. Tendría que permanecer varios días en el hospital, posiblemente una semana. Querían saber con quién debían ponerse en contacto.

—Espere un minuto —dijo Benny.

—Tienes que saberlo, eres su amiga. —La asistente social parecía desconcertada.

—Sí, pero no es tan sencillo.

—¿Qué hay de su monedero?

—No hay nada, ni familiares ni nada. Por favor, déjeme pensar. Tan sólo quiero decidir qué es lo mejor.

Benny estaba retrasando también el comunicarle a sus padres lo del accidente, pero tenía que decidir con cuál de las dos religiosas hablar en nombre de Eve. ¿Se enfurecería Eve si la madre Francis se enteraba de la historia de sus mentiras, su infelicidad y las circunstancias que la habían llevado al otro extremo de la ciudad y, en última instancia, a la cama de un hospital?

¿Sería la madre Clare tan mala como había dicho Eve? Después de todo aquella mujer era una religiosa, debía de tener alguna virtud si pretendía mantener sus votos toda la vida.

A Benny empezó a dolerle la cabeza mientras intentaba tomar una decisión.

—¿Te serviría de alguna ayuda hablar conmigo? —Le preguntó Nan Mahon. Se sentaron a una mesa con sendas tazas de té azucarado con mucha leche.

—Es como un cuento de hadas de los hermanos Grimm —dijo Benny.

—Cuéntamelo —respondió Han.

Y Benny le contó todo, sintiéndose en cierto modo desleal. Nan la escuchaba y le hacía preguntas.

—Llama a la madre Francis —le dijo al final—. Dile que Eve estaba a punto de llamarla por teléfono hoy mismo. —Pero no iba a hacerlo.

—Hará que la monja se sienta mejor, ¿y qué importa el día en que pensara llamar? Tenía sentido, mucho sentido.

—¿Y qué hay de la madre Clare?

—¿La mala de la película?

—Sí, debe de ser realmente horrible, y se enfadará con la madre Francis, la buena. Es terrible meterla en todo esto.

—Es mucho mejor que llamar a la mala y meterse en un infierno a cambio de nada.

—Creo que tienes razón.

—Estupendo. ¿Quieres ir a decírselo a aquella hermana? Seguro que empieza a pensar que tienes una conmoción de efectos retardados o algo parecido. Y de paso, haz que se ponga algún médico que pueda explicarle a la madre las lesiones de Eve. Tú sólo le darías un susto de muerte.

—¿Por qué no quieres avisar a tus padres?

—Porque mi madre trabaja en la tienda de un hotel en la que, para empezar, no son especialmente partidarios de tener como dependientas a mujeres casadas, así que no quiero que nadie se soliviente. Y mi padre... —Nan hizo una pausa.

Benny se quedó esperando.

—El caso de mi padre es distinto.

—¿Quieres decir que no le importaría?

—No, quiero decir exactamente lo contrario. Le importaría demasiado. Aparecería aquí desbarrando y blasfemando y daría el espectáculo. Diría que su pobre niña está herida, marcada de por vida, y exigiría saber de quién es la culpa.

Benny sonrió.

—Lo digo en serio. Siempre ha sido así. Tiene su lado bueno y su lado malo. El bueno es que consigo sacarle cualquier cosa que quiera.

—¿Y el malo?

—Oh, no sé. También hay un lado malo. —Nan se encogió de hombros. Se habían acabado las confidencias—. Vete a llamar a la monja buena antes de que la del mandil almidonado vuelva a caer sobre nosotras.

Kit Hegarty estaba en el dormitorio delantero, el que le había alquilado a los dos hermanos procedentes de Galway. Unos muchachos formales y agradables, pensó, bien educados por su madre, que cuelgan su ropa como es debido, no como otros. No causarían grandes problemas. Uno estudiaba Agricultura y el otro estaba preparando su licenciatura en Comercio. Dijeran lo que dijeran, quienes tenían dinero eran los agricultores. Había un buen número de hijos de granjeros entre los estudiantes que atravesaban las puertas del University College aquel día por primera vez.

Pensó en su propio hijo, que estaría en medio de la multitud. Ella sabía que subiría la escalinata aparentando confianza. Había visto muchos estudiantes salir por la puerta de su casa, nerviosos y llenos de ansiedad, y al cabo de unas pocas semanas era como si llevaran toda la vida estudiando.

A Frank le resultaría todo más fácil porque ya conocía Dublín. No tendría que empezar por familiarizarse con una gran ciudad como los chicos que venían del campo.

Oyó abrirse la puerta del jardín, y en cuanto vio a los dos jóvenes agentes de la policía recorrer lentamente el camino hacia su casa, Kit Hegarty supo de repente y sin la menor sombra de duda qué habían venido a decirle.

Jack Foley conocía a varios compañeros del colegio. No eran exactamente amigos íntimos, pero era asombroso hasta qué punto eran bienvenidos en medio de aquel mar de caras desconocidas. También ellos parecían contentos de verle a él.

Había una conferencia de introducción a las doce, pero hasta entonces no había gran cosa que hacer excepto familiarizarse con el lugar.

—Es como el colegio pero sin profesores —dijo Aidan Lynch, que no había prestado la más mínima atención a ningún profesor en sus días de colegio con Jack Foley.

—Se supone que es eso lo que ha de formar nuestro carácter, ¿recuerdas? —respondió Jack—. Es como responsabilizarse de uno mismo.

—Lo que significa que no tendremos que trabajar en absoluto —concluyó Aidan alegremente—. ¿Y si damos la vuelta a la esquina y vamos a Lesson Street? He visto legiones de chicas preciosas dirigirse hacia allí.

Aidan era la autoridad sobre mujeres entre los presentes, así que le siguieron de buen grado.

En la esquina vieron que acababa de producirse un accidente. Todavía había gente por allí hablando de ello. Se trataba de un estudiante, decían, gravemente malherido, posiblemente muerto. La manta le cubría la cara cuando se lo llevaron.

Iba a bordo de la motocicleta que estaba hecha pedazos junto al muro. Alguien había dicho que iba a estudiar Ingeniería.

Aidan se quedó mirando el retorcido amasijo de acero y metal.

—Caray, espero que no haya sido aquel tipo que estuvo enlatando guisantes en Peterborough conmigo durante el verano. Pensaba comprarse una motocicleta como ésa. Se llamaba Frank Hegarty y pensaba estudiar Ingeniería.

—Podrían haber sido cientos de personas... —empezó a decir Jack Foley, pero entonces vio el coche que retiraban de la esquina donde se había producido el accidente. Había cristales y sangre por toda la carretera. El coche había sido apartado para normalizar el tráfico.

Era el coche de su padre.

—¿Ha habido más heridos?

—Una chica, una chica joven. Tenía muy mal aspecto —respondió el hombre. Era el tipo de personaje que siempre está presente en la escena de un accidente, repleto de información y de malas noticias.

—¿Y el hombre que conducía el coche?

—No le pasó nada. Llevaba un abrigo enorme y muy elegante, con piel en el cuello y las solapas, ya sabe. Salió del coche dando órdenes a izquierda y derecha como si fuera un general.

—Es médico. Se supone que eso es lo que debe hacer —dijo Jack en tono defensivo.

—¿Cómo lo sabes? —Aidan Lynch estaba estupefacto.

—Es nuestro coche. Id vosotros a tomar café. Voy al hospital a ver si está bien.

Atravesó la húmeda calle a la carrera en dirección al hospital antes de que ninguno de ellos tuviera tiempo de reaccionar.

—Vamos allá —dijo Aidan—. Lo más importante con las mujeres es ser el primero al que conocen. Les encanta eso y para nosotros representa una gran ventaja.

Hablar con la madre Francis resultó mucho más fácil de lo que Benny había temido. Había reaccionado con calma y no parecía sentirse molesta porque Eve hubiera abandonado todos los planes que tan cuidadosamente se habían trazado para ella. También había sido muy práctica.

—Dímelo tan concisa y rápidamente como puedas, Bernadette. ¿Dónde piensa la madre Clare que está hoy Eve?

—Verá, madre... —Benny se sintió como si volviera a tener ocho años, en vez de casi dieciocho—. Resulta un poco embarazoso... —En parte tenía que ver con el hecho de que la madre Francis la hubiera llamado Bernadette. La había devuelto al aula del colegio, con su ropa de gimnasia.

—Estoy segura de ello, pero lo mejor será que me lo cuentes todo. Así podré decidir cuánto debo decirle a la madre Clare. —La voz de la religiosa no revelaba sentimiento alguno. Sin duda no pretendería dar por buenas las mentiras.

Benny se arriesgó.

—Creo que, en cierto modo, piensa que Eve está en el hospital. Creo que Eve se lo habría contado si hubiera podido llamarla...

—Por supuesto que lo habría hecho. Deja ya de darle vueltas, Bernadette. Me preocupa mucho más que Eve se ponga bien y se dé cuenta de que entre todos le hemos puesto las cosas más fáciles. ¿Puedes darme más detalles...?

Mordiéndose el interior del labio, Bernadette le contó la historia de los falsos análisis de sangre. La madre tomó nota.

—Gracias, Bernadette. Ahora, ¿puedes ponerme con alguien del hospital que pueda informarme sobre las lesiones de Eve?

—Sí, madre.

—¿Bernadette?

—¿Sí, madre?

—Llama a tu padre al trabajo antes de nada. Dile que no has podido comunicar con tu madre. Es más fácil hablar de estas cosas con los hombres. Son menos dados a ponerse nerviosos.

—¿Y usted, madre? Usted no se ha puesto nada nerviosa.

—Hija mía, yo soy diferente. Yo soy una monja —le respondió.

Benny entregó el teléfono a la hermana y se sentó con la cabeza entre las manos.

—¿Ha sido tan terrible? —Nan se mostraba comprensiva.

—No, como tú dijiste, fue fácil.

—Siempre lo es, si lo haces bien.

—Ahora tengo que llamar a mis padres. ¿Cómo lo hago?

—Depende, ¿qué les ocultas? —Nan parecía divertida.

—Nada. Es sólo que organizarán un follón. Siguen viéndome con pañales.

—Todo depende de cómo empieces. No digas «Ha pasado algo terrible».

—¿Y cómo quieres que empiece?

Nan reaccionó con impaciencia.

—Quizá deberías llevar pañales —dijo con tono cortante. A Benny se le cayó el alma a los pies. Probablemente tuviera razón. Era una niña grande y sin cerebro.

—Hola, padre —dijo por teléfono—. Soy Benny. Estoy perfectamente, padre, estaba intentando llamar a madre pero debe de haber algún problema en la línea. ¿No

sería estupendo tener una centralita automática? —Miró a Nan, que le mostraba el pulgar hacia arriba.

—No, no estoy exactamente en la facultad, pero estoy justo al lado. Esta gente es excesivamente cautelosa, ¿sabes? Les gusta prever cualquier posible eventualidad, así que nos han pedido a todos que llamemos a la familia, aunque en realidad no pasa nada...

Sean Walsh atravesó Knockglen a la carrera para llevarle la noticia a Annabel Hogan. La señora Healy le vio correr desde su mirador y supo inmediatamente que algo iba mal. Aquel joven siempre se movía con mucha corrección. No se detuvo cuando Dessie Burns le llamó desde la ferretería, pasó sin ver al señor Kennedy, que miraba por encima de las gafas las botellas y recipientes que había en el escaparate de la botica. Pasó a la carrera frente a la tienda de pescado con patatas fritas donde había tomado café con Benny la noche anterior, por delante del despacho de prensa, la confitería, el pub y la zapatería de Paccy Moore. Subió por la corta avenida, cuyo suelo estaba mojado y cubierto de hojas, hasta la casa de los Hogan. Si la casa fuera suya, se dijo a sí mismo, le daría una buena mano de pintura y le pondría una cancela en condiciones. Algo con mejor apariencia que lo que habían escogido los Hogan.

Le abrió la puerta Patsy.

—Sean —dijo sin gran entusiasmo.

Sean sintió cómo enrojecían sus mejillas. Si él fuera el amo en esa casa, ninguna sirvienta se dirigiría a un empleado de categoría llamándole por su nombre de pila. Tendría que decir señor Walsh, y muchas gracias, señor. Y llevaría algo que mostrara que era una sirvienta, un uniforme, o al menos una gorguera blanca y un delantal.

—¿Está en casa la señora Hogan? —preguntó altivo.

—Pasa, está al teléfono —dijo Patsy distraídamente.

—¿Al teléfono? ¿Ya funciona otra vez?

—Jamás ha dejado de hacerlo. —Patsy se encogió de hombros.

La condujo hasta la sala de estar. Podía oír a la señora Hogan a lo lejos hablando con alguien. El teléfono estaba en la habitación de los desayunos, que había junto a la cocina. Él no lo tendría allí. El teléfono debería estar en una mesa en forma de media luna en el recibidor. Una mesa muy pulida puesta bajo un espejo, tal vez con un florero lleno de flores a un lado, reflejándose en la mesa. Sean siempre estaba pendiente de estos detalles cuando iba a casa de la gente. Quería saber cómo había que hacer las cosas para cuando llegara el momento.

El cuarto de estar tenía muebles en mal estado y cortinas descoloridas en el hueco de la ventana. Podría haber sido una habitación muy elegante, pensó Sean, anotando mentalmente los cambios que él introduciría. Casi pasó por alto la presencia de Patsy, que había vuelto a entrar.

—Dice que vayas.

—¿La señora Hogan no va a venir aquí? —No quería darle la noticia en un territorio en el que la sirvienta pudiera estar presente, pero la siguió obedientemente

hasta el destartado cuarto.

—Hola, Sean. —La señora Hogan se mostraba cortés con él, aunque su sirvienta no hiciera lo mismo.

—Lamento ser el portador de malas noticias, pero ha habido un accidente —le dijo con el tono sepulcral de un empresario de pompas fúnebres.

—Lo sé, pobre Eve. La madre Francis acaba de llamarme para contármelo.

—Pero señora Hogan... Benny estuvo involucrada...

—Sí, pero no ha sufrido daño alguno. Ya ha hablado con la madre Francis y con su padre. Había algún problema con la línea, o tal vez estuviera yo al teléfono hablando con el padre Rooney sobre la estación.

—Tiene arañazos y se ha torcido un tobillo. —Sean no podía dar crédito a una aceptación tan calmada de los hechos. Había esperado ser el portador de la noticia y, a continuación, el encargado de ofrecer consuelo, pero la señora Hogan se lo había tomado todo muy a la ligera. Era incomprensible.

—Sí, pero está perfectamente. Va a quedarse en el hospital, y allí la tendrán bajo observación. Luego volverá en el autobús de la noche, como estaba previsto. Es sólo la impresión, según dice la madre Francis. Es mejor que esté allí tranquila con gente que sabe lo que se hace.

Sean sintió que le habían robado su gran momento.

—Había pensado ir a Dublín a recogerla —dijo.

—Vamos, Sean. No podemos pedirte que hagas eso.

—Tal vez no le guste estar en el hospital, ¿sabe? Está lleno de enfermos, huele a desinfectante... Cerraremos temprano e iba a pedirle al señor Hogan que me prestara su coche.

Annabel Hogan miró la cara preocupada de Sean Walsh y, de un plumazo, el trabajo tranquilizador de la madre Francis quedó destruido.

—Eres muy amable, Sean, pero si la cosa fuera tan grave, mi marido querría ir en persona.

—Pero señora Hogan, si me permite, es muy difícil encontrar un lugar donde aparcar en el centro de Dublín. El señor Hogan lleva años sin conducir por la ciudad, y de todos modos, yo tenía planeado ir a Dublín a recoger unas muestras de material. Puede pedirles que la lleven al autobús hasta aburrirse, pero no lo harán...

—¿Crees que debo ir contigo?

El cerebro de Sean Walsh efectuó sus cálculos lenta y cautelosamente antes de llegar a una conclusión.

—Iré solo, señora Hogan, si le parece bien. Así podrá usted encargarse de todos los preparativos aquí.

Había sido la respuesta correcta. Annabel se vio a sí misma disponiendo la casa para dar la bienvenida a la inválida.

Sean sonrió al salir de la casa. Esta vez no echó a correr por la calle principal de Knockglen. Caminó por el lado opuesto de la calle. Saludó al doctor Johnson, que

salía de su consulta. Echó un vistazo al escaparate de la tienda de ropa para señora de Peggy Pine e hizo un gesto de disgusto ante los colores pastel que Benny había admirado la noche anterior. Benny era una chica tan grande que difícilmente podía haberlos imaginado para ella. Con todo, estaba bien que le hubiera pedido consejo.

Vio que ese fin de semana iban a poner *Las vacaciones de Monsieur Hulot* en el cine. Eso estaba bien. Benny no estaría suficientemente recuperada, y a Sean no le gustaban las películas en lengua extranjera. Le ponían en desventaja.

Enderezó los hombros. No había razón para que se sintiera en desventaja. Las cosas estaban saliendo pero que muy bien.

Lo único que le quedaba por hacer era comunicarle al señor Hogan lo preocupada que estaba su esposa y cómo él había puesto remedio a la situación.

El doctor Foley dijo que entraría un momento a ver cómo estaba la muchacha accidentada antes de marcharse.

—Han cancelado mis visitas de esta mañana. ¿Quieres acompañarme a coger un taxi al Shelbourne? —le preguntó a Jack.

—Puedo traerte uno aquí, y acompañarte a casa.

—No, no. Sabes que no quiero que hagas eso. Quédate aquí en la sala de espera, ¿quieres, Jack?

Jack entró en una habitación excesivamente iluminada de paredes amarillas. Había dos chicas sentadas a una mesa. Una de ellas era una rubia espectacularmente guapa; la otra, una muchacha grande con pelo largo de color castaño recogido con un lazo, llevaba un vendaje en el tobillo. Debían haber estado en el accidente.

—¿Fue muy terrible? —preguntó, mirando interrogativamente hacia la silla vacía, como pidiéndoles permiso para sentarse. Acercaron la silla y le hablaron del accidente. Le dijeron que, por lo que les habían contado, el doctor había conseguido esquivarles a todos chocando contra el poste de la farola. Sólo Eve, que había sido golpeada por el coche, había sufrido heridas de consideración, e incluso ella saldría del hospital en el plazo de una semana.

Hablaron con facilidad. Benny se trabucaba de vez en cuando, y se le trababa la lengua cuando miraba a aquel chico tan guapo que tenían sentado al lado. Nunca jamás había mantenido una conversación con alguien así. Empezaba una frase y no sabía cómo terminarla.

Los ojos de Jack Foley rara vez abandonaban la cara de Nan, pero ella no parecía ser consciente de ello y hablaba como si los tres fueran iguales dentro de la conversación. Jack les explicó que el conductor del coche era su padre. Nan le dijo que tanto ella como Benny estaban intentando minimizar sus contusiones y arañazos para evitar la conmoción que se produciría en sus respectivos hogares.

—No estoy de humor para ir a la facultad ahora, ¿y vosotros? —Miró del uno a la otra. Esperaba que alguien propusiera una solución.

—¿Os apetece que os lleve a tomar unas patatas fritas? —preguntó Jack.

Benny aplaudió como una niña.

—No sabía que era eso por lo que clamaba mi espíritu, bueno, posiblemente mi espíritu no, pero algo clamaba, desde luego —exclamó. Los otros dos le sonrieron.

—Acompañaré a mi padre a coger un taxi y volveré a recogeros. —Miraba a Nan directamente a los ojos.

—¿Dónde íbamos a ir? Es la mejor oferta que nos han hecho en lo que va de día —le dijo Nan.

—Es muy agradable —comentó Benny cuando Jack se hubo marchado.

—El héroe de la facultad incluso antes de llegar a ella —dijo Nan.

—¿Cómo lo sabes?

—Le vi jugar en la Schools Cup.

—¿Jugar a qué?

—Jugaba de alero. —Nan percibió el estupor de Benny y le explicó de qué hablaba—. Juega al rugby. Es realmente muy bueno.

—¿Cómo es que asististe a un partido de rugby?

—Todo el mundo lo hace. Es un acontecimiento social.

Benny comprendió que iba a haber gran cantidad de terrenos en los que iba a encontrarse totalmente perdida. Los partidos de rugby sólo representaban una pequeña muestra, y ninguna de esas lagunas en sus conocimientos se rellenarían jamás si seguía viviendo en Knockglen toda su vida.

De repente deseó ser alguien totalmente diferente, ser mucho más pequeña y tener la cara menuda y los pies diminutos como Nan. Poder levantar la vista hacia los hombres en vez de tener que mirar hacia abajo. Deseó que sus padres vivieran en las islas Aran para que no hubiera posibilidad de regresar a casa todas las noches. Sintió el súbito impulso de teñirse el pelo de rubio y seguir haciéndolo día tras día para que nunca se notaran las raíces. No podía hacer nada acerca de su tamaño. Aunque fuera más delgada, seguiría teniendo unos hombros y unos pies enormes. No había operación capaz de reducir el tamaño de los pies.

Se los miró con disgusto, embutidos en sus prácticos zapatos y con un grueso vendaje en uno de ellos. Su madre tenía los pies normales, como su padre, ¿por qué tenía ella los pies que tenía? En el colegio había oído una vez que había un animal que se había extinguido por culpa de que tenía los pies planos y enormes. Benny no había sabido si sentir lástima o envidia de él.

—¿Te duele mucho? —Nan había visto cómo Benny se miraba el pie y había pensado que debía dolerle.

En ese momento llegó Jack.

—¿Bien? —le dijo a Nan.

Ella se levantó.

—Creo que a Benny le duele el pie.

—Cómo lo siento. —Miró en su dirección con una sonrisa de simpatía.

—No, en absoluto —dijo ella.

—¿Estás segura? —insistió él educadamente. Quizá quisiera marcharse solo con

Nan, ella no lo sabía, pero su vida sería siempre así, de modo que no valía la pena molestarse por ello.

—Estabas mirándotelo con el ceño fruncido —dijo Nan.

—No, sólo estaba pensando en esas oraciones que dedicamos a la conversión de China. ¿Se añaden tres Avemarías al rosario?

—Creo que en el nuestro es para la conversión de Rusia —respondió Jack—. Pero no podría jurarlo. Eso demuestra la habilidad con la que consigo librarme de rezarlo.

—Pues no sé por qué tenemos que rezar por ellos —dijo Benny con fingida indignación—. Tienen costumbres encantadoras en esos lugares. Le vendan los pies a todo el mundo.

—¿Cómo?

—Verás, lo hacen nada más nacer, así no hay problema de que la gente tenga los pies grandes. Todo el mundo tiene los pies diminutos y los huesos aplastados. Resulta muy elegante.

Jack pareció darse cuenta de su presencia por primera vez.

—Y ahora, las patatas fritas —dijo mirándola—. Cuatro raciones, una para cada uno y otra para picar. Y cantidades de *ketchup*.

En ese momento se oyó a alguien decir que la señorita Hogan estaba en la sala de espera y apareció Sean Walsh, que inmediatamente se dirigió hacia ellos. A Benny se le puso una cara terrible.

—He venido a llevarte a casa, Benny —dijo.

—Le dije a mi padre que volvería en el autobús —le respondió ella con frialdad.

—Pero me ha dejado el coche...

Jack miró educadamente primero al joven de cara enjuta y después a la enorme joven del pelo marrón rojizo. No hubo presentaciones.

—Pues espero que tuvieras algo más que hacer en Dublín, Sean. Espero que no hayas venido especialmente a por mí, porque tengo que marcharme. Volveré a casa en el autobús, como estaba acordado.

—¿Qué piensas hacer? Tienes que volver a casa ahora, conmigo. —Sean había adoptado un tono petulante.

—Tiene que recibir más tratamiento —dijo Jack Foley—. Voy a acercarla. No querrás que se quede sin recibirlo.

Capítulo 5

Benny sabía que saldrían a recibirla al autobús. Pero no había esperado que estuvieran los tres, desde luego no había esperado a Patsy. Y además habían traído el coche. Sean debía haber vuelto a su casa contando historias terroríficas, a juzgar por la aglomeración que se había producido en la parada. Antes de que Mikey le hubiera dado la vuelta al autobús, había visto sus pálidos rostros en la húmeda noche, protegidos bajo dos paraguas. Sintió el habitual acceso de irritación mezclada con culpabilidad. No había nadie en el mundo con una familia tan amorosa. Nadie en el mundo se sentía tan atrapada y agobiada como ella.

Caminó con el corazón dolorido hasta la parte delantera del autobús.

—Buenas noches, Mikey.

—Buena chica, Benny. ¿Te ha pasado algo en el pie?

—Me he hecho daño —respondió, consciente de que la esposa de él seguro que estaba ya al corriente de todo.

—Es que los estudiantes lleváis una vida muy disipada. Eso es lo que pasa —dijo con grandes risotadas ante su propio ingenio.

—Eso es lo que pasa —repitió ella con voz inexpresiva.

—¡Ahí está! —gritó su padre, como si hubiera habido alguna duda acerca de su llegada.

—Oh, Benny, ¿estás bien? —su madre tenía los ojos muy abiertos y llenos de ansiedad.

—Madre, ya hablé con padre por teléfono. Estoy perfectamente.

—¿Entonces por qué tuviste que quedarte a recibir más tratamiento? —Annabel Hogan tenía la expresión de quien sabe que se le están ocultando muy malas noticias—. Nos asustamos mucho cuando Sean nos dijo que tenían que examinarte de nuevo, y no volviste a llamar... así que estábamos preocupados...

La cara de su padre estaba surcada de arrugas de preocupación.

—Sean no tenía derecho a aparecer allí, ni a meterse por medio dando órdenes y molestando a todo el mundo. —La voz de Benny era tranquila, pero un poco más fuerte de lo normal.

Vio cómo la señora Kennedy, la de la botica, se volvía a mirarla. Ya tendrían tema de conversación para esa noche. Nada menos que una escena en la parada del autobús. Y a cargo de la familia Hogan, imagínate. Vaya, vaya, vaya. ¿No habría sido un error que Benny fuera sola a Dublín después de todo?

—Fue para poder tranquilizarnos —dijo el padre de Benny—. Estábamos muy preocupados.

—No, padre, no lo estabais. Te parecía bien que volviera a casa en autobús. Hablamos por teléfono y reaccionaste estupendamente. Dijiste que madre

reaccionaría igual y, de repente, aparece Sean y consigue estropearlo todo.

—El muchacho conduce hasta Dublín en su medio día libre para traerte de vuelta a casa y regresa directamente para decirnos que tienes que ver a otro médico. ¿Nos culpas por sentirnos preocupados? —La cara de Eddie Hogan era la viva imagen de la angustia. Junto a él, Annabel esperó más información. Ni siquiera Patsy parecía creer que todo fuera bien.

—No quería que viniera a por mí. No me dijisteis que fuera a hacerlo. A mí no me pasaba nada, por amor de Dios. Yo estaba perfectamente, pero murió un chico. Murió delante de mí. Un momento antes estaba vivo y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba muerto con el cuello partido. Eve está en el hospital con las costillas rotas y una conmoción cerebral. Y lo único que se le ocurre hacer a Sean Walsh es plantarse como un maniquí disecado en el hospital y dedicarse a hablar de mí.

Horrorizada, Benny notó que teñía los ojos anegados en lágrimas, y que un pequeño grupo de personas la observaban preocupadas. Dos colegialas del convento que habían ido a Dublín a comprar libros con una de las monjas jóvenes se dieron la vuelta para ver qué estaba pasando. Antes de que llegara la hora de acostarse se habría enterado todo el convento.

El padre de Benny decidió actuar.

—La llevaré al coche —dijo—. Patsy, haz el favor de ir corriendo a casa del doctor Johnson para decirle que venga lo antes que pueda. Vamos, Benny, no pasa nada. Tranquila, es natural, es el *shock*.

Benny se preguntó si existía algún estado que pudiera ser llamado estado de ira. Porque así era exactamente como se sentía en ese momento: iracunda e impotente.

En Knockglen todo el mundo se enteró de la noticia en un tiempo récord, pero la información transmitida tenía poco que ver con la realidad. La señora Healy decía que había oído que las chicas estaban corriendo y riéndose cuando fueron arrolladas por un automóvil. Como precaución, ambas habían sido ingresadas en un hospital, pero Sean Walsh había ido a buscar a Benny en coche y la había sacado de allí. Era toda una lección acerca de cómo había que conducirse en el intenso y amenazador tráfico de Dublín si procedía uno de un lugar pequeño como Knockglen.

El señor Flood guardó silencio y se hizo cruces cuando oyó la noticia. Dijo que se trataba, evidentemente, de algún tipo de advertencia. No hubiera sabido decir exactamente qué clase de advertencia, pero su familia comprobó con preocupación que había vuelto a salir a consultar con el árbol. Habían acariciado la esperanza de que se le hubiera pasado aquella pequeña manía.

La señora Carroll decía que era un desperdicio de dinero enviar a chicas jóvenes a la universidad. Ni aunque su tienda fuera tres veces más grande que Findlater's, la de Dublín, se les ocurriría enviar a Maire y sus hermanas allí. Sería lo mismo que coger el dinero y tirarlo al retrete. ¿Al fin y al cabo, qué habían hecho el primer día aparte de meterse debajo del primer coche que vieron? Maire Cartoll, que trabajaba como dependienta en la tienda y lo odiaba, sentía una profunda y mezquina satisfacción por

la suerte que habían corrido Eve y Benny aunque, por supuesto, fingía gran preocupación e interés por ellas.

Bee Moore, que trabajaba en Westlands y era hermana de Paccy Moore, el zapatero, había oído que Eve había muerto tras sufrir terribles heridas y que Benny estaba en tal estado de *shock* que no podían decírselo. En cualquier momento las monjas irían en bloque a Dublín a recoger el cadáver.

Birdie Mac, la de la confitería, le decía a la gente que hacía falta tener mucha fe en estos días para apreciar la justicia divina. ¿Acaso era justo que aquella pobre muchacha que no había conocido a sus padres, que había sido rechazada por sus familiares de Westlands, que se había criado como una huérfana vistiendo ropa de segunda mano en un convento y había sido enviada a hacer un cursillo de secretariado cuando su sueño habría sido ingresar en la universidad fuera arrollada por un coche la primera semana? En ocasiones, Birdie se cuestionaba que la vida fuese justa también para ella, ya que había pasado mucho tiempo cuidando a su madre enferma y había perdido un pretendiente muy apropiado de Ballylee. Él se había casado con otra que no estaba atada a un pariente enfermo.

Dessie Burns sostenía que había mucho de cierto en la teoría de que si uno se caía al suelo en plena borrachera no se hacía daño, teoría que él mismo había puesto a prueba en multitud de ocasiones. Quien acababa en el hospital era la gente como Eve Malone, una mocosa que seguro que no llevaba ni una copa encima.

El padre Ross aseguraba que la madre Francis se llevaría un gran disgusto. Aquella criatura era casi como carne de su carne. Ninguna madre podría haber hecho más por la niña. Esperaba que la impresión no fuera excesiva para la madre Francis.

La madre Francis había actuado con rapidez en cuanto había tenido noticias de Eve. Había acudido sin tardanza a la tienda de Peggy Pine y había esperado discretamente hasta que estuvo vacía de clientes.

—Hazme un gran favor, Peg.

—Lo que quieras.

—¿Te importaría cerrar la tienda y llevarme a Dublín?

—¿Cuándo?

—Lo antes que puedas, por favor, Peg.

Como hacía siempre, tanto en verano, cuando brillaba el sol, como en invierno, cuando era totalmente innecesario, Peggy bajó las láminas de plástico naranja que protegían de la luz los productos expuestos en el escaparate.

—Nos vamos —dijo.

—¿Y la tienda?

—Hay que decir algo de ti, Bunty. Tienes el buen sentido de pedir los favores en el momento adecuado. Si decidieras saltar la tapia del convento y huir a Inglaterra en busca de una nueva vida, tendrías el buen sentido de hacerlo el primer día de un puente. —Recogió su bolso, hurgó en él en busca de sus llaves, se puso un abrigo de *tweed* y cerró la puerta a sus espaldas. Estar soltera tenía sus ventajas: no había que

explicarle a nadie lo que una hacía, ni por qué.

Ni siquiera era necesario preguntarse el porqué.

—¡Madre Francis! —La voz de Eve era débil.

—Te pondrás bien.

—¿Qué me ha pasado? Por favor, madre. Los otros no me dicen más que «tranquila» y «descansa».

—Realmente no vale la pena perder el tiempo diciéndote eso a ti. —La monja había cogido la delgada mano de Eve entre las suyas—. Tienes unas costillas rotas, pero soldarán bien. Te dolerá la muñeca durante un tiempo, pero se curará. Te han dado unos puntos. Jamás te he mentado en mi vida. Te pondrás bien.

—Oh, madre, estoy tan avergonzada.

—Criatura, no podrías haber hecho nada para evitar esto.

—No, lo digo por usted, porque haya tenido que descubrirme así.

—Sé que ibas a telefonarme. Benny me lo dijo. Dijo que estabas a punto de hacerlo.

—Yo tampoco le he mentado nunca, madre. No pensaba llamarla.

—Quizá no de inmediato, pero lo habrías hecho más pronto o más tarde.

—¿Sigue creyendo que se debe dar respuesta a todas las preguntas?

—Desde luego.

—¿Qué voy a hacer, madre? ¿Qué voy a hacer cuando salga de aquí?

—Vendrás a casa hasta que estés bien y después pensaremos en otra cosa para ti.

—¿Y la madre Clare?

—Déjamela a mí.

Jack entró por la puerta lateral y se encontró a Aengus sentado en el vestidor estudiando sus gafas.

—Caramba, otra vez no.

—No es culpa mía, Jack, yo no he hecho nada, te lo juro. Sólo pasé por delante de unos tipos y uno de ellos gritó: «Eh, tú, cuatro ojos». Yo hice como que no me enteraba, tal como me habías dicho, y entonces se acercaron, me quitaron las gafas y las pisotearon.

—Así pues, es culpa mía. —Jack examinó las gafas. No tenían arreglo. En alguna otra ocasión había conseguido reconstruir la armadura y encajar de nuevo las lentes, pero esta vez iba a ser imposible.

—Escucha Aengus, no te lo tomes a pecho. Hoy ya han tenido suficiente en casa.

—¿Y qué quieres que diga? —Aengus parecía desnudo e indefenso sin sus gafas—. Comprenderás que no voy a decir que las he pisoteado yo mismo.

—No, claro. Escucha, iré por allí mañana y les daré una buena paliza a los que te han hecho esto.

—No, no, Jack. Sólo empeorarías las cosas.

—Depende de la paliza que les pegue. No volverán a intentarlo. Tendrían que enfrentarse a mí de nuevo.

—Pero saben que tú no puedes estar presente todo el tiempo.

—Puedo aparecer de cuando en cuando. Ya sabes, pasar por allí accidentalmente cuando salgan del colegio.

—¿No pensarán todos que soy un acusica?

—No —dijo Jack distraídamente—. Eres más pequeño y tienes que llevar gafas para poder ver. Si no respetan eso, tendrás que buscar refuerzos. Así funcionan las cosas.

En la familia no había necesidad de emplear un gong. Lilly Foley decía que la Santa Madre Iglesia ya se había encargado de eso en su nombre. En cuanto sonaba el ángelus todos los miembros de la gran casa se reunían en torno a la mesa del comedor. El padre de Jack le había pedido que no mencionara el accidente frente a sus hermanos menores. No quería verse obligado a entrar en detalles y decir que había muerto alguien. Su padre estaba pálido, pensó Jack. Tenía un ojo ligeramente hinchado pero probablemente no lo habría notado si no hubiera estado involucrado en el asunto. Desde luego ninguno de sus hermanos había notado nada anormal. Ronan estaba haciendo lo posible por entretenerles. Era un buen imitador y en esta ocasión estaba imitando a uno de los curas más puntillosos del colegio intentando poner orden en el salón principal antes de una conferencia. A continuación, hizo una interpretación despiadada de un agente de la Garda, que había acudido al colegio para dar la charla anual sobre seguridad vial.

Ronan había elegido un mal día para contar su historia.

En otro momento, su padre podría haberse reído o le habría regañado medio en broma por la crueldad de la imitación. Pero ese día la cara del doctor Foley permaneció gris e inexpresiva.

—Cualesquiera que fuesen su acento o sus defectos, supongo que ninguno de esos cabezotas que tanto se burlaban de él se tomaron la molestia de escuchar ni una palabra de lo que estaba diciendo. —Su voz era áspera y dura.

—Pero papá... —Ronan estaba estupefacto.

—Puedes repetir «pero papá» todas las veces que quieras. Eso no te devolverá la vida cuando tú, o cualquiera de esos desalmados que se burlaban del pobre guardia os metáis debajo de las ruedas de un camión de diez toneladas.

Hubo un silencio. Jack vio cómo sus hermanos se miraban entre sí alarmados, y cómo su madre fruncía ligeramente el ceño al mirar a su padre desde el otro extremo de la mesa.

Sin razón aparente, Jack recordó algo que había dicho aquella chica, Benny, ese mismo día. Algo que tenía que ver con el deseo de poder controlar las conversaciones. Si uno era capaz de hacerlo, podría gobernar el mundo, había dicho riéndose.

—¿Quieres decir como Hitler? —le había preguntado para provocarla.

—Quiero decir lo contrario de Hitler. Quiero decir calmar las cosas en vez de agitarlas.

En ese momento la fabulosa Nan Mahon había hecho destellar sus ojos. Cualquiera puede calmar las cosas, había dicho echándose el pelo para atrás con un movimiento de la cabeza. Se trataba más bien de animarlas. Había mirado directamente a Jack mientras lo decía. Nan Mahon dio la vuelta a la llave del número 23 de Maple Gardens. No tenía ni idea de si habría ya alguien en casa. Eran las seis y cuarto. El primero en llegar se encargaba de encender la estufa eléctrica del recibidor para caldear un poco la casa y luego encendía el gas en la cocina. Todos comían en una gran mesa en la cocina; nunca había invitados, así que no importaba.

El recibidor estaba ya ligeramente caldeado, así que había alguien en casa.

—¡Hola! —gritó Nan.

Su padre salió de la cocina.

—Gracias por las noticias. Nos has dado a todos un susto de muerte.

—¿Cómo dices?

—¿Que cómo digo? ¿Que cómo digo? ¡Mansa como un corderito! Dios bendito, Nan, llevo dos horas aquí sin tener noticias tuyas.

—Dejé un mensaje en el que decía que había habido un accidente. Yo habría preferido no llamar, pero en el hospital nos dijeron que teníamos que hacerlo. Dejé un mensaje en el almacén. Le dije a Paul que te dijera que estaba bien. ¿No has hablado con él?

—Quién va a creer a ese estúpido que sólo sabe leer revistas con una mano mientras se llena la boca con la otra.

—Tú habías salido. —Nan se había quitado el abrigo y examinaba las manchas. Lo colgó cuidadosamente en una gran percha de madera y empezó a cepillar vigorosamente el barro seco.

—Alguien murió, Nan. Un muchacho.

—Lo sé. —Hablaban lentamente—. Lo vimos.

—¿Y por qué no volviste directamente a casa?

—¿A una casa vacía?

—No habría estado vacía. Yo habría vuelto. Habríamos recogido a tu madre de ese sitio.

—No quería molestarla ni que abandonara la tienda. No había nada que ella pudiera hacer.

—Ella también está enferma de preocupación. Mejor será que la llames. Dijo que se quedaría por si aparecías por el hotel.

—No, será mejor que la llames tú. No he sido yo la que le ha puesto los perros en danza.

—No acabo de comprender por qué te muestras tan insensible. —Se quedó mirándola desconcertado.

Los ojos de Nan echaban rayos y centellas.

—Ni siquiera has hecho el esfuerzo de intentar comprender nada... no tienes ni idea de cómo fue, todos aquellos coches, y la sangre, y el chico, y una chica que tiene

las costillas rotas, y esperar, y esperar... ha sido... ha sido... sencillamente terrible. —Él se acercó a ella con los brazos abiertos, pero ella le eludió.

—Nan, mi pobre pequeña —decía.

—Precisamente por eso es por lo que no quería que vinieras al hospital. No soy la pobre pequeña de nadie. Sólo sufría arañazos. No quería que diceses el espectáculo. Ni que me pusieras en ridículo.

Su padre se encogió como si le hubieran abofeteado.

Nan continuó.

—Y no llamé a Em porque ya es bastante difícil lograr un trabajo como para que te lo eche a perder una hija histérica que llama llorando en busca de su mamaíta. Em lleva seis años trabajando en esa tienda, desde que yo tenía doce años. Y había días que me hubiera gustado tenerla en casa cuando tenía dolor de cabeza o una de las monjas me había gritado en el colegio. Pero pensaba en ella. Tú nunca piensas en nadie que no seas tú. Serías capaz de llamarla por teléfono si no encontraras los calcetines donde crees que deberían estar.

La mano de Brian Mahon se había apretado en un puño. Se acercó a su hija que había empezado otra vez a cepillar el barro del abrigo que colgaba del costado del armario de la cocina.

—A mí no me hables así. Puede que estés alterada, pero a mí no me tratas como si fuera una mierda. Soy tu padre y me paso el día y la noche trabajando para pagarte una educación universitaria. Por Dios que o retiras lo que has dicho o te largas de esta casa.

Nan no movió ni un músculo de la cara, sus movimientos no se alteraron en lo más mínimo. Siguió cepillando el abrigo y viendo cómo los copos de barro caían sobre los periódicos que había extendido debajo. No dijo ni una palabra.

—Entonces no seguirás bajo este techo.

—Ya lo creo que sí —respondió Nan—. Al menos por el momento.

La madre Francis había ido posponiendo su visita a la madre Clare mientras le había sido posible. Había hecho una llamada telefónica deliberadamente vaga pero cada vez estaba más claro que pronto tendría que salir bajo la lluvia y coger el autobús para ir al convento hermano. Había enviado a Peggy a casa. No era una visita que le apeteciera hacer.

Con todo, pensó mientras enderezaba los hombros, si hubiera sido una verdadera madre habría tenido que soportar muchos problemas similares de haber tenido una hija adolescente. Como profesora conocía a la perfección los manejos que se traían con sus padres. Naturalmente, las madres tenían que soportar muchas cosas. Éstos eran sus pensamientos cuando al doblar la esquina del corredor, de vuelta a la sala de espera, vio la figura llorosa de una mujer doblada sobre sí misma y abrazándose el torso de dolor.

Junto a ella estaba una mujer de pelo gris que no parecía saber muy bien qué hacer, si consolar a la patética figura o dejarla llorar.

—Frank —sollozaba—. Frank, dime que no es verdad. Dime que ha sido otro, que ha sido otro que se parecía a ti.

—Han ido a buscar otra vez a la enfermera —aclaró la acompañante—. Estaba bien hace un momento. Hemos pedido un taxi. Iba a llevarla a mi casa...

—¿Era su hijo? —preguntó la madre Francis.

—Su único hijo. —Los ojos de la mujer reflejaban interés pero también ansiedad—. Soy su vecina. Va a pasar la noche conmigo. He mandado a mi hermana a hacerse cargo de los otros chicos.

—¿Chicos?

—Da alojamiento a estudiantes, ¿comprende? Hoy era el primer día que su hijo iba a la universidad.

El rostro de la religiosa reflejaba tristeza. Junto a ellas, la angustiada figura de Kit Hegarty se bamboleaba atrás y adelante.

—Verá usted, hermana. Yo no soy la persona más adecuada para acompañarla. Lo tengo todo, marido, familia, y ahora Kit no tiene nada. No quiere estar con gente como nosotros. No quiere saber nada de cosas sencillas, normales y seguras. Sólo sirve para recordarle todo lo que no tiene.

La madre Francis miró con aprobación a la mujer.

—Evidentemente es usted una buena amiga, señora...

—Hayes, Ann Hayes.

La madre Francis se había arrodillado junto a la madre de Frank Hagerty. Extendió la mano y cogió la de la mujer. Sobresaltada, Kit levantó la vista.

—Dentro de unos días, cuando se haya celebrado el funeral, quiero que venga a pasar un tiempo conmigo —dijo con suavidad.

El rostro anegado en lágrimas se volvió hacia ella.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién es usted?

—Soy alguien como usted. En cierto sentido, he perdido a mi hija. Podría contárselo, y tal vez usted pueda aconsejarme. Verá, yo no soy una madre de verdad, usted sí lo es.

—Lo era. —Kit exhibió una horrible parodia de una sonrisa.

—No, lo es. Aún lo es, y siempre será la madre de él. Nadie puede arrebatarse eso. Ni todo lo que le dio, todo lo que hizo por él.

—No le di gran cosa, ni hice mucho por él. Le dejé que se comprara esa moto —dijo clavándole las uñas en la mano a la madre Francis.

—Pero tenía que hacerlo. Tenía que darle libertad. Ése fue su mayor regalo, lo que más había deseado. Le dio lo máximo que hubiera podido desear.

Nadie le había dicho a Kit nada parecido en todo el día. Sin saber cómo, consiguió respirar profundamente y dejó de jadear como había estado haciendo.

La madre Francis volvió a hablar.

—Vivo en el convento de Knockglen. Es un lugar sencillo y pacífico. Podría usted pasar unos días allí. Es diferente, ¿comprende? Eso es lo fundamental. No

tendría recuerdos para usted.

—No puedo hacerlo. No puedo abandonar la casa.

—No de inmediato, por supuesto, cuando a usted le apetezca. Ann se hará cargo de todo durante unos días. Ann Hayes y su hermana.

Por algún motivo, su voz parecía tener un efecto hipnótico. La mujer se mostraba menos agitada.

—¿Por qué me ofrece esto?

—Porque mi corazón está con usted. Y porque mi niña sufrió heridas en el mismo accidente. Se curará, pero ha sido una conmoción verla tan pálida en una cama de hospital...

—Pero ella se pondrá bien... —La voz de Kit era inexpresiva.

—Sí, lo comprendo. Sé que sería capaz de aceptar cualquier herida que pudiera haber sufrido su hijo si creyera que se iba a poner bien.

—¿Qué quiere decir con eso de su niña?

—Se crió en el convento. La quiero como si fuera mi hija, pero soy una inútil como madre. No pertenezco al mundo.

A través de sus lágrimas, Kit consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa de verdad.

—Iré, madre. El convento de Knockglen... ¿Cómo debo identificarla? ¿Por quién debo preguntar?

—Me temo que no tendrá dificultad alguna para recordar mi nombre. Como a su hijo, me pusieron el nombre de San Francisco.

Mario miró desaprobadoramente la corbata amarilla de Fonsie.

—Vas a espantarlos.

—No seas plasta, Mario. Así es como se viste la gente hoy día.

—No me llames plasta. Sé lo que significa.

—Debe de ser la única palabra en inglés cuyo significado conoces.

—No hables así a tu tío.

—Escucha, pásame esas latas de galletas. Si ponemos el tocadiscos sobre algo que sea de lata sonará un poco más como música auténtica.

—*Suona spaventoso*, Fonsie. ¿Quién querría oír algo si *forte*, tan, tan fuerte? — Mario se tapó los oídos con las manos.

—Los chavales.

—Ésos no tienen dinero.

—De todos modos los mayores no entrarían aquí ni borrachos.

Se abrió la puerta y entró Sean Walsh.

—¿Lo ves ahora, listo? —gritó Fonsie.

En ese mismo instante Mario dijo:

—¡Qué te había dicho yo!

Sean miró del uno al otro con desagrado. Era un lugar al que rara vez iba, y de repente había estado en él dos veces en veinticuatro horas. El día anterior había

acudido con Benny y esta noche porque era muy tarde y estaba muy molesto con el resultado de su inútil viaje a Dublín. No había podido comprar provisiones y las dos tiendas de alimentación estaban cerradas. Normalmente, Sean Walsh repartía sus favores. Una noche visitaba el bar de Hickey, junto al señor Flood y al día siguiente iba al bar de Carroll, que estaba puerta con puerta con la sastrería de Hogan. Era como si estuviera preparándose para el día en que fuera un gran hombre en el pueblo y quisiera poner a todo el mundo de su parte, que todos ellos le consideraran un cliente. Si hubiera sido bebedor habría tomado media pinta en cada establecimiento. Opinaba que era el modo de progresar. Aquella noche no había tenido ocasión de comerse el sándwich de queso, sardinas, o jamón frío que normalmente constituía su cena. A Sean no le gustaba cocinar en el cuarto que tenía encima de la tienda de Hogan por si permanecía el olor a comida y resultaba ofensivo. Había decidido acercarse a tomar algo rápido antes de retirarse a su habitación a rumiar sobre la situación que tan mal había manejado.

Ahora, al parecer, Mario y el subnormal de su sobrino se burlaban de él.

—*Sei* mayor y ya ha venido *due* veces —decía Mario.

—No es viejo y se dice dos, tarugo —le respondió su poco atractivo sobrino.

Sean deseó haber ido a la tienda de Birdie Mac y haber llamado a la puerta para comprar un paquete de Kit-Kat, cualquier cosa menos hacer frente a aquellos dos.

—¿Pueden servirme algo de comer o acaso interrumpo algún concurso?

—¿Qué edad tienes Sean? —le preguntó Fonsie. Sean le miró con incredulidad: las enormes y esponjosas suelas de sus zapatos le hacían ocho o diez centímetros más alto de lo que realmente era, llevaba el pelo embadurnado con algún tipo de aceite asqueroso y lucía una corbata estrecha y una chaqueta enorme de color malva.

—¿Estás loco?

—Tu *decire* cuan viejo *sei*. —Mario parecía inusualmente feroz.

Sean sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. Primero Benny le había rechazado en público y le había dicho que volviera a casa sin ella después de haber conducido hasta Dublín expresamente para recogerla. Y ahora estos dos... Fue una de las raras ocasiones en las que Sean Walsh habló sin pensárselo dos veces.

—Tengo veinticinco años —dijo—. Los cumplí en septiembre.

—¡Ahí lo tienes! —dijo triunfalmente Fonsie.

—¡No! —Mario se mostraba igual de convencido de que tenía la razón.

—¿Se puede saber qué pasa? —Sean miró irritado del uno al otro.

—Mario cree que éste es un lugar para viejos. Yo digo que es un lugar para gente joven, como tú y yo —respondió Fonsie.

—Sean no es gente, es hombre de negocio.

—Caray, ¿acaso importa? No necesita dos bastones, como la mayor parte de los habitantes de este pueblo. ¿Qué te apetece, Sean? ¿Salmón de roca o bacalao?

Patsy había salido a pasear con Mossy Rooney.

Él había esperado sin decir palabra en la cocina hasta que habían tranquilizado y

acostado a la hija de la casa. Mossy, que hasta cierto punto se parecía a Sean Walsh, hubiera querido que la cocina y los aposentos de la familia Hogan hubieran sido más independientes. Así podría haberse sentado a la mesa, aflojándose el cuello de la camisa y los cordones de los zapatos, para leer el periódico de la tarde hasta que Patsy hubiera estado lista. Pero cuando iba de visita a su casa, tenía a los Hogan encima todo el tiempo. Estaba el cabeza de familia, un hombre importante en la ciudad que, en buena lógica, debería haber aspirado a vivir en una casa bien llevada. Y estaba también la señora, que por su aspecto debía de ser mucho mayor que su marido, que mimaba demasiado a aquella hija grandullona.

Había habido mucha alharaca aquella noche. El doctor le había dado dos pastillas a la chica y había dicho que no le pasaba nada que no fuese de esperar en una joven que había presenciado un accidente fatal. Estaba conmocionada y alterada, y lo que más necesitaba era descansar. A solas.

Mossy Rooney, un hombre que, aunque hablaba poco se fijaba mucho, vio la mirada de alivio que atravesó el rostro de Benny Hogan cuando la mandaron a la cama con una bolsa de agua caliente y un vaso de leche. También vio el modo en que los Hogan la miraban cuando se había marchado de la cocina. Era la expresión que había visto en las madres pata cuando llevaban su pequeña bandada al río por primera vez.

Si hubiera estado saliendo con cualquier otra chica del servicio del pueblo, podrían haberse quedado bajo techo los días húmedos, charlando junto al fogón, pero con los Hogan brujuleando por toda la casa no tuvo más remedio que sacar a Patsy a pasear bajo la lluvia.

—¿No preferís quedaros en casa en una noche como ésta? —había preguntado amablemente la señora Hogan.

—No, muchas gracias, señora, un buen paseo nos sentará estupendamente —había dicho Patsy con escaso entusiasmo.

Durante largo rato Annabel y Eddie Hogan permanecieron sentados en silencio.

—Maurice ha dicho que no hay por qué preocuparse —dijo finalmente Eddie.

Evidentemente, Maurice se había dado cuenta de quiénes eran los verdaderos pacientes de la casa. Les había ofrecido más consejos a ellos que a la muchacha a la que se suponía que estaba atendiendo.

—Para Maurice es muy cómodo decir eso. Nosotros no nos preocupamos por sus hijos —dijo Annabel.

—Cierto, pero si hemos de ser justos, tampoco Grainne y él se preocupan demasiado por ellos.

Kit Hegarty estaba acostada en su estrecha cama escuchando la sirena para la niebla, el reloj del ayuntamiento y el sonido ocasional de algún automóvil. Las pastillas para dormir no le habían servido de nada. Tenía los ojos abiertos de par en par.

Todo el mundo había sido muy amable. Nadie había ahorrado tiempo ni

molestias. Sus jóvenes huéspedes, pálidos por la impresión, le habían ofrecido marcharse, y los padres habían telefoneado desde su casa en el campo. La pequeña señora Hayes, su vecina, a la que casi no conocía, había sido un baluarte de fuerza en aquellos momentos. Se había ocupado de enviar a su hermana para que cocinase y mantuviese la casa de Kit en marcha. Y los sacerdotes de Dunlaoghaire se habían portado magníficamente. Eran tres, o tal vez cuatro, y habían estado entrando y saliendo toda la noche, diciendo cosas tranquilizadoras y atendiendo a la gente, haciendo que, de algún modo, todo pareciera más normal mientras bebían tazas de té. Pero habría querido que la dejaran sola un rato.

Lo único destacable de un día que parecía haber estado compuesto por cien horas de confusión había sido aquella monja. La tía, posiblemente, de una joven que había resultado herida en el accidente. Ella había comprendido que Frank debía tener su motocicleta. Nadie más lo había hecho. Era gracioso que hubiera sido precisamente una monja la única capaz de percibirlo. Y había insistido en su invitación. Kit decidió que más adelante, cuando fuera capaz de pensar otra vez, iría a visitarla al convento.

A juzgar por la cháchara, todo el mundo debe haber hecho amistades muy deprisa, pensó Benny mientras subía las escaleras de la universidad la mañana siguiente. El vestíbulo principal estaba repleto de alumnos reunidos en grupos. Se escuchaban carcajadas y saludos. Todos parecían disponer de algún amigo.

Cualquier otro día, esto podría haber preocupado a Benny, pero no aquel día.

Bajó por una escalera de piedra hasta un sótano en el que se podía colgar el abrigo. Oía vagamente a ácido carbónico, como en el colegio. Luego subió de nuevo a la planta baja y entró en la sala de lectura para señoritas. Aquello no era ni remotamente parecido a su escuela. Para empezar, nadie parecía pensar que un salón de lectura fuera un sitio dedicado a la lectura. Había chicas arreglándose el maquillaje frente al espejo que había sobre la chimenea y ojeando los avisos del tablón de anuncios, que incluían objetos en venta, ofertas de clases extra, habitaciones para compartir o asociaciones a las que unirse.

Unas chicas muy seguras de sí mismas reían e intercambiaban anécdotas sobre los veranos que habían pasado en el extranjero. Habían estado en España, o en Italia, o en Francia. Lo único que sus experiencias tenían en común era el poco idioma que habían aprendido, lo monstruosos que habían sido los niños que habían tenido que cuidar y lo tarde que se cenaba.

Estaban encantadas de estar de vuelta.

Benny lo absorbió todo pensando en Eve. Iría a visitarla de nuevo a la hora de comer. Esa mañana la había encontrado aún pálida, pero contenta como unas pascuas. La madre Francis iba a arreglarlo todo. No habría recriminaciones.

—Voy a intentar ingresar en la facultad, Benny —le había dicho, con el rostro resplandeciente de entusiasmo—. Sólo llegaré unas semanas tarde. Conseguiré un trabajo, te lo aseguro. Así que quiero que estés pendiente y que tomes buena nota de todo. Así podré ponerme al día.

—¿Vas a pedirle ayuda a los Westward?

—No lo descarto.

Siempre había muchos estudiantes que escogían Lengua Inglesa como asignatura optativa en primero de Letras. Las clases tenían lugar en una enorme habitación, inexplicablemente llamada el Salón de Física. Benny entró en tromba junto con los demás alumnos. Era muy diferente a las aulas del colegio. Se parecía más a un anfiteatro, con filas de asientos formando un semicírculo hasta muy arriba en la parte de atrás. Había algunas monjas jóvenes sentadas ya en las primeras filas, impacientes y ansiosas de no perderse nada. Benny subió lentamente hacia los asientos de más atrás donde, suponía, pasaría más inadvertida.

Desde su atalaya, vio entrar a los demás: chicos de gesto serio con abrigos de paño, muchachas de expresión adusta con gafas y jerséis hechos a mano, estudiantes procedentes de los seminarios religiosos con sus trajes negros y un aspecto mucho más pulcro y aseado que los otros varones no orientados a la vida religiosa, y las chicas, las confiadas y risueñas chicas. ¿Cómo era posible que estuvieran en primer curso aquellas mujeres que parecían actrices de una compañía teatral, que vestían faldas de brillantes colores y hacían ondear su cabello conscientes de la impresión que producían? Quizá hubieran pasado un año en el extranjero tras salir del colegio, pensó añorante Benny. O incluso era posible que hubieran trabajado durante las vacaciones de verano. Fuera lo que fuese lo que hubiesen experimentado era algo que no llevaba la impronta de la vida en Knockglen.

De repente vio a Nan Mahon. Nan llevaba el elegante abrigo azul marino del día anterior, pero en esta ocasión sobre un vestido de punto amarillo. Atada a la correa de su bolso de hombro llevaba una bufanda azul marino y amarilla. Llevaba el pelo rizado más retirado de la cara que ayer, y se había puesto pendientes amarillos. Cuando entró flanqueada por dos muchachos, ambos compitiendo por obtener su atención, Nan se convirtió en el centro de todas las miradas. Sus ojos recorrieron las filas de bancos, decidiendo dónde sentarse. De repente vio a Benny.

—¡Hola! ¡Así que estabas ahí! —gritó.

Todo el mundo se dio la vuelta para ver a quién estaba saludando. Benny se sonrojó al verse sometida a tanta atención, pero Nan había dejado atrás a sus dos admiradores y subía corriendo hacia la última fila. Benny se sintió un tanto abrumada. Estaba segura de que Nan conocería a todo el mundo en el University College en cuestión de días. Era sorprendente que la hubiera escogido a ella, y que lo exteriorizara tan efusivamente.

—¿Cómo fue todo? —preguntó como una compañera de toda la vida.

—¿El qué?

—¿No recuerdas? Mandaste al diablo a aquel tipo y él vino a decir que te acordarías. No he visto nada tan teatral en mucho tiempo. Benny hizo un gesto despectivo.

—Es imposible que entienda nada. Afortunadamente no apareció por casa. Temí

que estuviera allí, poniéndome ojos de cordero degollado.

—Probablemente ahora esté más enamorado de ti que nunca. —Nan dijo esto con tono alegre como si fuera una buena noticia.

—No creo que tenga la menor idea de lo que es el amor. Es como un pez, un pez con mucha vista para las oportunidades, un pez buscador de oro.

Las dos se rieron ante la imagen.

—Eve ya está bien —dijo Benny—. Voy a ir a verla a la hora de comer.

—¿Puedo ir yo también?

Benny permaneció callada. Eve a menudo se mostraba quisquillosa incluso cuando se encontraba bien. ¿Qué pensaría al ver a aquella reina de la belleza universitaria a la cabecera de su cama?

—No sé qué decir —dijo finalmente.

—Estamos en esto juntas. Lo sé todo sobre ella, y el conflicto entre la madre Clare y la madre Francis.

Por un momento, Benny deseó no haberle contado la historia con tanto detalle. Desde luego a Eve no le iba a gustar que hubiese comentado sus asuntos mientras ella estaba inconsciente.

—Eso ya se resolvió —dijo Benny.

—Estaba segura de que así sería.

—¿Te importaría venir mejor mañana?

Capítulo 6

El cuerpo de Frank Hegarty fue conducido hasta la iglesia de Dunlaoghaire.

El doctor Foley asistió a las plegarias y al funeral acompañado de su hijo mayor.

En la iglesia estaba también la madre Francis, que se había visto en la necesidad de permanecer en Dublín más tiempo del previsto para aclarar las cosas con la madre Clare. Peggy se había ofrecido a recogerla más tarde. Sabía que existía algún tipo de problema, pero no le había preguntado de qué se trataba. A su modo, había ofrecido aliento a la madre Francis.

—Te diga lo que te diga recuerda, Bunty, que los suyos no eran nadie.

—No digas eso.

—Bueno, pues eran tenderos. Eso te dará ventaja cuando tengas que hacerle frente.

Por supuesto, no había sido así, ni debiera haberlo sido. La madre Francis tenía una expresión adusta mientras esperaba la llegada del cortejo funerario a la iglesia. No sabía por qué estaba allí; era como si se hubiera sentido impelida a asistir en representación de Eve.

Nan Mahon fue a Dunlaoghaire en autobús y se quedó entre la gente que había al fondo de la iglesia. Jack Foley la vio inmediatamente y fue a reunirse con ella.

—Ha sido un detalle por tu parte venir hasta aquí —dijo.

—Tú también lo has hecho.

—He venido con mi padre, pero ¿ves a ese grupo de ahí? Son gente que trabajó con él durante el verano. Ese chico es Aidan Lynch. Fuimos junto al colegio, y hay un montón más. Estuvieron enlatando guisantes todos juntos.

—¿Cómo se han enterado?

—Su foto apareció en el periódico, y hoy ha sido anunciado durante las clases de ingeniería —replicó él—. ¿Dónde anda Benny? ¿La has visto hoy?

—Sí, pero no podía venir esta tarde. Verás, tiene que volver a casa todas las noches en el autobús.

—Vaya faena para ella —dijo Jack.

—Es una estupidez por su parte —dijo Nan.

—¿Y qué iba a hacer? —Plantar cara desde el principio.

Jack miró a la atractiva joven que tenía a su lado. Ella habría plantado cara a cualquiera, estaba seguro de ello. Recordó a la grandona Benny con sus suaves rasgos.

—Bien que le plantó cara a aquel tipo repugnante de la cara pálida que intentó llevársela ayer.

—Cualquiera que no fuera capaz de plantarle cara a este tipo no debería salir de casa —replicó Nan.

—Ésta es Eve Malone —dijo Benny, mientras Nan se sentaba a los pies de la cama del hospital.

Quería que a Eve le gustase Nan, que comprendiera que Nan podría haber estado en cualquier otra parte, pero había venido a ver a la amiga de Benny. Benny había oído a Aidan Lynch poco menos que rogarle que le permitiera invitarla a comer.

Nan no había llevado flores ni uvas ni una revista; en lugar de ello había llevado consigo precisamente algo que Eve deseaba con todas sus fuerzas, un manual de la facultad. Todos los detalles sobre matriculación, incorporaciones tardías, cursos y diplomas. Ni siquiera había saludado a la joven postrada. En vez de nacerlo, habló del tema que, ocupaba el primer lugar en la mente de Eve.

—Tengo entendido que quieres ingresar en la facultad, tal vez esto te resulte de alguna utilidad —dijo.

Eve cogió el cuadernillo y pasó el pulgar por el borde de las páginas.

—Esto es lo que necesito, muchísimas gracias —contestó Eve. Entonces su ceño se frunció ligeramente.

—¿Cómo es que se te ha ocurrido traerme esto? —preguntó con voz cargada de sospecha.

Nan se encogió de hombros.

—Ahí viene todo —dijo.

—No, ¿qué te ha hecho pensar que lo necesitaría?

Benny hubiera deseado que Eve no fuera tan picajosa. ¿Qué importaba que Nan Malone estuviera al tanto de sus aspiraciones? No había necesidad alguna de guardarlo todo tan en secreto.

—Me limité a preguntar, esto es todo. Pregunté a qué te dedicabas y Benny me dijo que aún no te habías matriculado.

Eve asintió con la cabeza. La tensión se disipó. Manoseó de nuevo el cuaderno con gratitud y Benny sintió una punzada de culpa por no habersele ocurrido pensar en algo tan práctico.

Poco a poco, Eve iba perdiendo su expresión cautelosa. Y cuando Benny vio a las dos muchachas conversando fluidamente, comprendió que eran almas gemelas.

—¿Crees que podrás arreglarlo en poco tiempo? —preguntó Nan.

—Tengo que ir a pedirle dinero a un señor. No será fácil, pero retrasarlo no hará que lo sea más —dijo Eve.

Benny se quedó anonadada. Eve jamás hablaba de sus cosas con nadie y el tema de abordar a los Westward para pedirles dinero era algo que prácticamente no había mencionado ni a la propia Benny. Nan no era consciente de ello.

—¿Piensas montártelo de pobre niña lesionada? —preguntó. Eve estaba en la misma longitud de onda.

—Tal vez. He estado pensándolo, pero él es el tipo de individuo que podría considerarlo una debilidad y una forma de lloriqueo. Tendré que decidir el modo de abordarle.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Nan con interés.

Y cuando Eve empezó a contarle toda la historia de los Westward, la historia que jamás había contado a nadie abiertamente, Benny comprendió bruscamente que Nan estaba fingiendo ante Eve que no la había oído antes. Le había pedido a Nan que fuera discreta y, desde luego, había seguido sus instrucciones al pie de la letra. Y a juzgar por el modo en que Eve la había tomado bajo su confianza sus precauciones habían sido innecesarias.

La madre Francis jamás habría imaginado que resolver el problema con la madre Clare pudiera resultar tan difícil. En ocasiones, la madre Francis hablaba de ello directamente con Nuestra Señora y le pedía consejo ante cada situación concreta.

—Ya le he dicho que lo sentía, y le he garantizado que nosotras cuidaremos de Eve de ahora en adelante, pero ella sigue insistiendo en que es su deber estar al corriente de los planes que se hagan respecto a la niña. ¿Por qué no nos deja en paz? ¿Por qué, Madre Santa?

Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, la madre Francis recibió una respuesta que supuso procedía de la Madre de Dios, aunque fuera por boca de Peggy Pine.

—Lo que esa vieja cabra desea es poder pavonearse como un gallo diciendo: «Te lo había dicho. Ya te lo había advertido». Quiere que te humilles. Cuando lo haya conseguido, se aburrirá y empezará a torturar a otro.

La madre Francis aceptó la táctica de humillarse. «Siempre tuvo usted toda la razón, madre Clare», escribió en la carta más hipócrita que hubiera escrito jamás. «Fue un error por nuestra parte pedirle que se hiciera cargo de alguien como Eve, a la que en nuestra pequeña comunidad habíamos infundido unas expectativas totalmente exageradas. Sólo puedo decir que me inclino ante su superior sabiduría en ésta como en tantas otras cuestiones, y que espero que las hermanas no sufrieran excesivas molestias por un experimento que, como usted ya sabía, estaba lleno de trampas y peligros».

Había sido el modo adecuado de abordar el problema. Los frecuentes interrogatorios a los que la había sometido una madre Clare perpleja y ofendida tocaron a su fin.

Y justo a tiempo. Eve fue dada de alta en el hospital exactamente una semana después de su ingreso en él.

—Volveré con Benny en el autobús —había dicho Eve por teléfono.

—De eso nada, hay media docena de personas dispuestas a ir a buscarte. No quería pedírselo a Peggy otra vez, pero, la señora Healy piensa ir para allá.

—Por favor, madre.

—Está bien. ¿Qué te parece si va Sean Walsh? ¡No, no hace falta que me contestes siquiera!

—Ya le he causado bastantes molestias. Iré con quien usted diga, pero preferiría el autobús.

—¿Mario?

—Maravilloso, adoro a Mario.

—Está bien, nos veremos mañana. Estoy tan contenta de que vuelvas a casa, Eve. Te he echado de menos.

—Y yo a usted, madre. Tenemos que hablar. —Lo haremos. Abrígate bien, ¿quieres?

Cuando Eve colgó el teléfono, la madre Francis se quedó sentada un momento. Era verdad que tenían que hablar. Y muy en serio. El teléfono volvió a sonar.

—¿La madre Francis, por favor? —Al aparato. Hubo una pausa.

—Madre, en un arranque de generosidad me dijo que... Quiero decir que usted me preguntó si yo querría... Bueno, por extraño que parezca, no he hecho más que recordar su oferta. Me pregunto si le parecería extraño que fuera a verla.

La voz de la mujer se apagó de nuevo, dubitativamente.

El rostro de la madre Francis se iluminó con una gran sonrisa.

—Señora Hegarty, qué alegría oírla. Este fin de semana sería estupendo. Hágame saber en qué autobús viene y bajaré a recogerla. Son sólo un par de minutos andando desde el convento. Me alegra mucho que venga a visitarnos.

Se preguntó dónde acomodar a su huésped para dormir. Había pensado ponerla en la habitación de Eve pero había un salón extra que siempre habían pensado emplear como habitación de invitados. Todo lo que necesitaba eran unas cortinas. Le pediría tela a Peggy y le diría a la hermana Imelda que le pidiera a las alumnas mayores de la clase de Economía Doméstica que las prepararan. Compraría una luz para la mesilla de noche a Dessie Burns y una buena pastilla de jabón en la botica de Kennedy.

—Eve vuelve hoy a casa —informó Benny cuando se reunió con Nan a tomar un café como hacía todas las mañanas.

—Lo sé, me lo dijo anoche.

—¿Qué?

—Bueno, es precisamente por la noche cuando le apetece ver gente, y tú te habías ido ya, así que llevé a un par de amigos a verla para darle ánimos.

Benny se sintió atravesada por una corriente eléctrica. Sabía que Nan y Eve se llevaban bien, pero ¡llevar chicos a visitarla en el hospital!

—¿Qué chicos? —preguntó con voz suave.

—Aidan Lynch y algunos de esa banda. Bill Dunne... ¿le conoces?

—No.

—Es muy agradable. Estudia Comercio. Seguro que le conoces de vista, siempre está en la puerta de la biblioteca de Historia con un grupo de amigos.

—¿Le agradó a Eve que fueran a visitarla?

—Sí, le encantó. ¿Pensabas que no sería así?

—Es que a veces está un poco irascible... ya sabes, un poco a la defensiva.

—No me había dado cuenta.

Era verdad. Eve se había mostrado mucho menos irritable desde que había hecho

su aparición Nan. Ésta tenía el don de hacer que todo pareciera sencillo, y los demás se dejaban arrastrar por su actitud. En ese momento se acercaron a la mesa cuatro chicos. Todos ellos miraban a Nan.

—¿Qué, chicas, os apetece venir a Grafton Street a tomar café de verdad? Un café decente, por variar —dijo el que llevaba la voz cantante, un joven delgado con un jersey Aran.

Nan sonrió cálidamente.

—Muchas gracias, pero no, tenemos una clase a las doce. Gracias de todos modos.

—Vamos, habrá mucha gente, nadie os echará de menos. —Su sonrisa había inducido al joven a creer que se trataba tan sólo de insistir lo bastante.

—No, de verdad. —Nan dejó de hablar de pronto, como si pensase que actuaba desconsideradamente—. Bueno, hablo por mí misma. Benny, ¿te apetece ir a ti?

Benny se sonrojó. Sabía que los muchachos no querían nada con ella. Había sido Nan la que les había atraído. Sus caras eran agradables y parecían un poco perdidos, como todo el mundo.

—¿Por qué no os sentáis con nosotras? —sugirió con una gran sonrisa.

Era exactamente lo que querían hacer. Acercaron sillas y bancos, intercambiaron nombres, hablaron de los colegios a los que habían asistido. ¿Conoces a fulanita o menganito? ¿Qué estudias? Formar parte de un grupo como aquel era mucho más fácil de lo que Benny había pensado. Había olvidado por completo su aspecto y que ellos eran chicos. Preguntó con gran interés por las asociaciones universitarias, cuáles eran buenas, y dónde estaban las mejores salas de baile.

Nan no hizo tanto esfuerzo, pero se mostró muy satisfecha de recibir toda aquella información. Su sonrisa era tan deslumbrante que Benny podía imaginarse a los chicos aflojándose el cuello de la camisa cuando la dirigía hacia ellos.

Los muchachos aseguraron que el Círculo de Debate de los sábados por la noche era estupendo. Y cuando acababa la sesión uno podía acercarse hasta el Solicitor's Apprentice o hasta el Four Courts. Miraron de una chica a otra.

Benny les dijo que desafortunadamente tenía que pasar en el campo los fines de semana. Al decirlo, se dio cuenta de hasta qué punto sonaba como un toque de difuntos, así que hizo lo que pudo por animarse y dijo que sólo sería el primer trimestre. Tal vez cambiaran las cosas. Miró a su alrededor con mayor confianza y los muchachos parecieron simpatizar con Benny. Sabía que todos estaban locos porque Nan les acompañara el sábado, pero ella no se mostraba nada inclinada al coqueteo.

Si podía acudiría. No había querido ir antes porque no conocía a nadie, había dicho.

—Nos conoces a nosotros —dijo el chico del jersey Aran.

—Por supuesto. —La sonrisa de Nan estuvo a punto de producirle un ataque cardíaco.

Benny sabía que sería una gran noche. Estaba segura. Por supuesto, ella estaría en

Knockglen, pero a pesar de todo mantuvo una sonrisa radiante. Una de las cosas que había temido era no ser capaz de hablar con los chicos de la facultad. En el pueblo no había tenido demasiada ocasión de practicar, pero al parecer era bastante fácil, como hablar con gente normal. Así era como tenía que enfocarlo. Debía mirar el lado bueno. No había que estar siempre pendiente del lado malo de las cosas, como tener que volver a casa cuando iba a empezar la diversión.

Cuando Mario llegó a recoger a Eve en su camioneta de helados, fue Fonsie el que subió las escaleras del hospital para escoltar a la paciente hasta el vehículo.

—Debes tomártelo con calma, recuérdalo. —La hermana miró dubitativamente a Fonsie en el papel de acompañante.

—Despacito que no tengo prisa. —Fonsie se inclinó hacia atrás y chasqueó los dedos lentamente. A la hermana no le hizo gracia.

—¿Y dices que vas a quedarte en un convento?

—Vamos, vamos, nada de prejuicios —advirtió Fonsie—. Que yo no responda a la idea que usted tiene de una monja no significa...

—Calla ya, Fonsie, a Mario le va a dar un ataque en la camioneta.

Era la primera vez que salía al mundo exterior desde hacía una semana. Eve se estremeció al ver la esquina donde había ocurrido el accidente. La metieron en la camioneta con cuidado y condujeron de vuelta a Knockglen discutiendo todo el camino.

Eve pudo participar en algunas de las discusiones, que trataban de cuestiones tales como si instalar o no luces más fuertes y música en la tienda de pescado con patatas fritas, si llamar o no «café» a la tienda, o si poner *Island in the Sun* de forma que se oyera desde la calle para atraer a los clientes.

—Probablemente más que atraer clientes, hará que llamen a la policía —dijo Mario.

Hubo otros asuntos en los que Eve se abstuvo. Si el hermano de Mario había cometido una locura al casarse con una irlandesa, la madre de Fonsie, o si la madre de Fonsie había cometido una locura al casarse con un italiano, el hermano de Mario. Se fue quedando dormida en medio de la disputa familiar que en su opinión, no se resolvería jamás.

Eve se incorporó en la cama y bebió su caldo de carne.

—Lo ha hecho la hermana Imelda. ¿Quieres un poco?

Benny dio un sorbito de la taza.

—Patsy me ha contado que la vio en la carnicería de Flood pidiendo carne de canilla, y que se señalaba el tobillo por si no estaba suficientemente claro. Al parecer el señor Flood le había dicho: «Sé dónde está la canilla hermana. Que Dios me perdone por todo lo que no sé, pero sé dónde está la canilla».

—¿Sigue saliendo Patsy con el plasta de Mossy?

—Sí. Mi madre está aterrorizada de que se case con él.

—¿Tan malo es?

—No, es que no queremos que Patsy se case con nadie, porque se iría.

—Un poco fuerte para Patsy —dijo Eve—. Me siento como el hijo pródigo de los Evangelios. Jamás dediqué mucho tiempo a estudiar las Escrituras, pero es una sensación agradable. El accidente me ha salvado, todo el mundo siente tanta lástima de mí que han quedado olvidadas mis mentiras y mi grosería para con la madre Clare. Por cierto, quería contártelo, ha ocurrido algo extraordinario. El chico que se mató, Frank Hegarty... La madre Francis conoció a su madre ese mismo día. No recuerdo con claridad cómo fue, pero se pusieron a hablar y el caso es que va a venir a pasar unos días. Aquí a Knockglen.

—¿Se alojará en el Hotel Healy?

—No, se quedará en el convento, ¿te lo puedes creer? Han transformado uno de los salones en dormitorio.

—¡Sigue!

—Llega hoy en el autobús. Va a resultar muy difícil encontrar algo que decirle.

—Ya lo creo —asintió Benny—. Quiero decir que cualquier cosa que digas puede resultar una metedura de pata. A lo mejor prefiere que ni se mencione el accidente, pero en ese caso sería impropio ponerse a hablar de otras cosas.

—Nan sabría qué decir —dijo Eve de repente.

Benny sintió como si una mano helada le apretase el corazón. Era un pensamiento indigno, considerando lo amable que Nan era con ella y cómo la incluía en sus planes. Pero Benny empezaba a sentir que Nan obtenía demasiado crédito por todo. ¿Sería verdad que sabría qué hacer en cualquier circunstancia?

Se sintió abrumada por una oleada de celos. No dijo ni una palabra. Temía que se le notara en la voz.

Eve no se había dado cuenta de nada. Seguía preguntándose qué diría o haría Nan.

—Creo que es porque no vacila, como nosotras. Siempre parece saber lo que está haciendo, sea o no así. Ése es el secreto.

—Supongo que sí —respondió Benny esperando que su voz no trasluciera su ánimo sombrío y mezquino.

—Nan es capaz de conseguir cualquier cosa de cualquiera —dijo Eve—. ¡Consiguió que nos dejaran fumar en el hospital!

—¡Pero si tú no fumas! —Benny estaba perpleja.

Eve soltó una risita.

—Bueno, lo hice por divertirme, todos los demás lo hacían. Era una cuestión de principios.

—¿Y qué hará durante el día? Me refiero a la señora Hegarty —preguntó Benny.

—No lo sé. Pasear tal vez. Se va a sentir sola y extraña aquí.

—Igual que en su casa, supongo —le respondió Benny.

—¿Has vuelto a hablar con Sean?

—En realidad no. Estaba subido en la cabra el fin de semana pasado. Ya sabes,

mirando hacia otro lado cuando me vio en misa. Cogió una verdadera pataleta. Por desgracia no le duró mucho y vino anoche para hablarme del cine. Me temo que te utilicé con la mayor desvergüenza. Le dije que no podía hacer ningún plan hasta que supiera qué ibas a hacer tú.

—Y no le gustó.

—Pues no, me dijo que por lo que había oído, probablemente estarías en la tienda de Mario con Fonsie chasqueando los dedos al ritmo de la música... Dejó muy clara su desaprobación.

Eve se echó a reír.

—Me pregunto qué diría Fonsie. Es muy gracioso, de verdad. Está convencido de que va a ser el futuro gran hombre de Knockglen.

—La verdad es que no le resultaría difícil.

—Desde luego, ya se lo dije. Pero me respondió que no comprendía lo que quería decir con eso. Me dijo que al convertirse en un gran hombre, haría también grande a Knockglen, que lo arrastraría con él a las alturas.

—A ver si es verdad —dijo Benny con tono sombrío.

—Dios, pareces un cruce entre el padre Rooney y la señora Healy con la voz que pones —le advirtió Eve.

—Quizá lo sea. Tal vez a mis padres les dieran el bebé equivocado.

—Y tanto que habría sido el bebé equivocado —dijo Eve. Y volvieron a empezar de nuevo.

Kit Hegarty dijo que no había visto nunca una habitación tan encantadora. Era exactamente lo que deseaba. Era pequeña, tenía el techo bajo y no había sombras ni esquinas en ella que pudieran mantenerla en vela por las noches. Sabía que allí dormiría como no había conseguido hacerlo desde el accidente. Le encantaría hacer algo para ayudar, dijo. No tenía grandes habilidades, pero al menos estaba acostumbrada a llevar una casa.

La madre Francis habló con voz tranquilizadora. Ahora no, tal vez más adelante, le dijo, ahora debía descansar. Le enseñó la capilla. Era un lugar tranquilo y en penumbra. Había dos monjas arrodilladas frente al altar donde, según le explicó la madre Francis, se exponía el Sagrado Sacramento. Más tarde se celebrarían las completas, por si le apetecía acercarse a escuchar a las monjas cantar la última parte del oficio.

—No estoy segura.

—Tampoco yo —respondió con firmeza la madre Francis—. Podría hacer que se sintiera triste, y por otra parte quizá sea exactamente lo que necesite, sentarse en una iglesia con gente a la que no conoce y llorar por su hijo. También tenemos unos invernaderos. Se los mostraré. No están en muy buen estado. No tenemos dinero ni personal para hacerse cargo de ellos. Si los hubiera visto cuando el padre de Eve aún estaba vivo...

Le contó a aquella mujer la historia que tan rara vez se contaba, la historia del

trabajador y la inquieta hija de la casa grande, la relación desaprobada, el embarazo, el matrimonio, el nacimiento de Eve y las dos muertes.

Los ojos de Kit Hegarty estaban anegados en lágrimas.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —dijo.

—Supongo que es un torpe intento de mostrarle que en el mundo ocurren también otras cosas horribles —le respondió la madre Francis.

—¿No vas a salir esta noche? —preguntó Annabel Hogan cuando Benny acercó una silla a la mesa después de la cena. «Salir» quería decir ir con Walsh. Benny fingió que no era consciente de ello.

—No, Eve tiene que tomárselo con calma. Ya está levantada y esta noche cenará con las monjas y la señora Hegarty. —Su rostro permaneció imperturbable.

—Quiero decir que si no ponen nada en el cine —preguntó su madre con la misma inocencia.

—Por supuesto que ponen algo, madre. Por lo visto se trata de una película muy emocionante, algo sobre la barrera del sonido.

—¿Y no te gustaría verla? —preguntó su padre.

—No me gusta demasiado ir al cine sola, padre. Claro que si fuésemos todos... —Los Hogan prácticamente nunca iban al cine.

Sabía que les gustaba verla salir con Sean de vez en cuando. En algún lugar de sus confusas mentes debía anidar la idea de que era una buena compañía para ella, un entretenimiento, incluso un novio en potencia. Y desde el punto de vista de Sean, sabían que consideraba un honor poder pasear con la hija de la casa ante los ojos de todo el pueblo. De algún modo hacía que todo pareciera agradable, ordenado y seguro.

Sean no les abandonaría para irse a alguna tienda mejor de una ciudad más grande si era feliz y eso era lo que les parecía importante, por miope y estúpida que fuera su actitud.

—Ya sabes que no nos gusta ir al cine —le dijo su madre—. Nos preguntábamos si ibas a salir con Sean.

—¿Sean! ¿Sean Walsh? —preguntó Benny como si la ciudad estuviera llena de muchachos llamados Sean compitiendo por el honor de llevarla al cine.

—Sabes que me refiero a Sean Walsh —dijo Annabel con voz cortante.

—No, no creo que sea buena idea salir con él muy seguido. —No salís a menudo.

—No, pero al no estar Eve aquí hay peligro de que me acostumbre.

—¿Y qué mal habría en eso? —Ninguno, madre, pero ya sabes...

—¿Acaso no te lo pidió? Me dijo que iba a invitarte. —Eddie Hogan parecía perplejo. No le gustaban nada las cosas que no estaban claras.

—Le dije a Sean que no porque no quería que él, ni nadie en Knockglen, pensara que somos pareja.

Era la primera vez que una idea semejante se planteaba en aquella casa.

Los padres de Benny se miraron entre sí, totalmente desconcertados.

—No creo que ir ocasionalmente al cine vaya a convertirnos en una pareja —dijo Annabel Hogan. A Benny se le iluminó el rostro.

—Eso es exactamente lo que yo digo. Me parece muy bien ir al cine con Sean ocasionalmente, pero no todas las semanas. Si no recuerdo mal lo había comentado ya antes.

De hecho lo que había dicho eran cosas tales como «en alguna ocasión» o «tal vez, pero no en un futuro inmediato». Él la había mirado con sus ojos fríos y pequeños y ella se había estremecido. No valía la pena intentar explicarle eso a sus padres. Ya les había dicho más que suficiente.

Jack Foley y Aidan Lynch decidieron asistir al debate. Se celebró en el gran anfiteatro de Física y resultó bastante agitado, a pesar de que los miembros del comité y los conferenciantes invitados acudieron vestidos de etiqueta.

Mientras permanecían junto a la puerta observando desde la distancia, Aidan vio la cabeza rubia de Nan Mahon en medio de un mar de abrigos masculinos de paño. Estaba riéndose con la cabeza echada hacia atrás y los ojos resplandecientes. Llevaba una blusa blanca de puntilla con una rosa prendida en el último botón y una falda negra. Era la chica más atractiva del lugar.

—Fíjate qué guapa está Nan —dijo Aidan con un silbido envidioso—. Le pedí que viniera aquí conmigo y me dijo que prefería ser libre.

—Así que prefiere ser libre... —dijo Jack mirándola atentamente.

—Pensé que le gustaba. —Aidan sonaba falsamente desolado.

—No es verdad. Pensabas que le gustaba Bill Dunne. De hecho quien creía que le gustaba era yo —dijo Jack.

—Ya le gustas a demasiadas chicas —gruñó Aidan—. No, pensé que con Nan había algo especial. Me llevó a ver a su amiga al hospital.

—Eres por naturaleza una visita ideal para ir a los hospitales —se rió Jack—, Fíjate en Nan. Le gusta a todo el mundo.

Con una punzada de decepción miró hacia la joven rodeada de pretendientes.

—¿Cómo era la amiga del hospital? —le preguntó a Aidan para olvidarse de las oportunidades perdidas con Nan.

—Estaba bien —dijo Aidan sin entusiasmo alguno—. Un poco delgaducha y lista para arrancarte la cabeza de un mordisco en cualquier momento, pero por lo demás muy bien supongo. —Incluso mientras lo decía, Aidan comprendió que podía sonar poco galante—. No es que yo sea precisamente un Adonis —añadió.

—¡Claro que lo eres! —dijo Jack Foley—. Escucha, ya estoy harto de mirar a nuestra chica ahí en medio de esa multitud. ¿Nos vamos a tomar una pinta?

—Bien pensado —dijo Aidan.

Jack dirigió una larga e intensa mirada a Nan mientras abandonaban el salón. Si les había visto entrar y salir, sus ojos no mostraron ni el menor signo de haberles reconocido. Jack habría jurado que estaba mirando directamente hacia ellos, pero tal vez entre tanta gente como había en la puerta no les había visto.

Eve estaba desilusionada con la invitación de la madre Francis a la madre de Frank Hegarty. Por una parte significaba que tendrían que posponer la conversación pendiente. Además, se sentía inquieta e impaciente por saber cómo creía la monja que debía abordar a los Westward. Sólo pensaba pedirles el coste de la matrícula en la universidad. Encontraría para vivir una casa en la que pudiera encargarse de los niños. Tenía que ser posible hacerlo. No todos los estudiantes que atravesaban las puertas de la universidad tenían familias ricas capaces de correr con todos los gastos. Algunos de ellos debían trabajar para pagarse los estudios. Eve se había negado a considerar siquiera la idea de trabajar durante el día y estudiar por las noches. Había oído hablar de gente que lo había hecho, claro, pero aquello era diferente. Los estudiantes eran mayores y más grises. Entraban a la carrera en las clases y salían de ellas a la carrera. Lo que Eve buscaba no era únicamente el derecho a poner un título detrás de su nombre. Lo que quería era llevar la vida de una estudiante, la vida que podría haber llevado si las cosas hubieran sido diferentes.

Eve deseó que la señora Hegarty no se quedara mucho tiempo en Knockglen, ya que necesitaba actuar cuanto antes.

No debía permanecer en el convento para demostrar que la madre Clare tenía razón al decir que era un problema. Además, si quería matricularse en la UCD en aquel curso tendría que hacerlo en el transcurso de los próximos días. Y si era necesario que tuviera una desagradable entrevista con Simon Westward, cuanto antes mejor. Deseó disponer para ella sola de la atención de la madre Francis.

Después de la cena Eve se sentó en la cálida cocina. La hermana Imelda había cacareado como una gallina clueca mientras le traía un poco de leche caliente con un poco de pimienta esparcida por encima, un remedio probado para cualquier mal. Los trapos de cocina estaban recién lavados y extendidos sobre el fogón. El olor le resultaba familiar, olía a hogar, pero Eve no sentía la habitual sensación de comodidad y seguridad.

Moviéndose en silencio, como siempre hacía, la madre Francis entró y se sentó frente a ella.

—No te bebas eso si te parece muy desagradable. Lo tiraremos y enjuagaremos el vaso.

Eve sonrió. Siempre había sido igual: las dos unidas frente al mundo.

—No está tan malo... Aunque no es algo que uno escogería si tuviera otra opción.

—Tienes otra opción, Eve. De hecho, varias opciones.

—Supone ir a Westlands, ¿verdad?

—Si estás decidida a hacerlo... entonces sí.

—¿Y qué debo decir?

—No podemos escribir un guión, Eve.

—Lo sé, pero podríamos pensar el mejor modo de enfrentarme a ellos. —Hubo un momento de silencio—. Supongo que usted ya les ha abordado en mi nombre. —Era la primera vez que Eve mencionaba el tema.

—De eso hace ya mucho tiempo. No he vuelto a hacerlo desde que tenías doce años. Entonces pensé que debíamos consultarles por si tenían interés en enviarte a un internado elegante de Dublín.

—¿Y no hubo respuesta?

—Aquello fue diferente. Ocurrió hace seis años. Allí estaba yo, una monja vestida de negro cubierta de cuentas y crucifijos. Supongo que fue así como me vieron ellos.

—¿Fue la última vez? ¿No les preguntó por los gastos de la universidad?

La madre Francis bajó la vista.

—No, en persona no.

—Pero les escribió.

La religiosa le entregó la carta que había enviado Simon Westward. Eve la leyó y su rostro se endureció.

—Parece definitivo, ¿no cree?

—Se podría decir que sí, pero también puedes verlo de otro modo. Ayer fue ayer y hoy es hoy. Se trata de ti, así que puedes preguntárselo tú misma.

—Quizá digan que jamás me he acercado a ellos más que para pedirles dinero.

—Y tendrían razón.

Eve la miró perpleja.

—Eso no es justo, madre. Sabe cómo me he sentido todos estos años. No quería humillarme acudiendo sumisamente después de todo lo que ha hecho usted por mí, cuando ellos no han hecho nada. Habría sido como traicionar al convento. —Estaba enfurecida ante la injusticia del comentario de la monja.

La madre Francis respondió en tono suave:

—Yo lo sé. Es evidente. Sólo intento verlo desde su punto de vista. Si no, nada de esto tiene sentido.

—No pienso decir que lo siento. No pienso fingir.

—Me parece bien, pero ¿qué sentido tiene que vayas si adoptas esa actitud?

—¿Qué otra actitud iba a adoptar?

—Hay muchas, Eve, pero ninguna de ellas servirá de nada a menos que...

—¿A menos qué?

—A menos que la adoptes de corazón. No tienes por qué rebajarte ni fingir un amor que no sientes, pero tampoco deberías presentarte allí con el corazón lleno de odio.

—¿De qué llevaría usted lleno el corazón en mi lugar?

—Ya te lo he dicho, es tu visita.

—Ayúdeme, madre.

—Hasta ahora no te he sido de gran ayuda. Tendrás que arreglártelas sola.

—¿Es que ha perdido el interés en mí? ¿Y qué pasa conmigo? —Eve proyectó la mandíbula hacia delante como hacía siempre que intentaba rehuir el dolor.

—Si eres capaz de creer eso... —comenzó a decir la madre Francis.

—No lo creo, pero todos parecen callejones sin salida. Aunque consiga el dinero

para la universidad tendré que encontrar un lugar donde vivir, un trabajo.

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a él —respondió la madre Francis.

Eve se quedó mirándola. El rostro de la monja tenía la expresión que solía mostrar años atrás cuando se guardaba alguna sorpresa en la manga.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó Eve con impaciencia.

—Mi última idea no tuvo mucho éxito, ¿verdad? Vete a la cama, Eve. Necesitarás todas tus fuerzas para enfrentarte a los Westward. Vete a verles a última hora de la mañana. Irán a la iglesia a las once.

La avenida de acceso a la casa estaba llena de hoyos y las malas hierbas crecían en lo que antaño debió ser un camino bien cuidado. Eve se preguntó si habría trabajado su padre en aquella carretera. La madre Francis siempre había adoptado una actitud muy vaga sobre Jack Malone cuando la había presionado en busca de información. Había sido un hombre bueno, amable, que quería muchísimo a su hijita. En realidad, aquellas palabras resumían todo lo que sabía de él. Era lo que uno le diría a un niño, comprendió Eve.

Acerca de su madre tenía menos información aún. De joven había sido muy hermosa. Siempre había sido encantadora, según la madre Francis. ¿Qué otra cosa iban a decir acerca de un jardinero y la hija pródiga de la casa grande? Eve estaba decidida a no perder la perspectiva. Hacía ya mucho tiempo que había comprendido que no traía cuenta teñir su historia de romanticismo. Enderezó los hombros y se acercó a la casa. Estaba más destartada vista de cerca de lo que parecía desde la carretera. La pintura del invernadero estaba cayéndose a trozos y todo el lugar parecía desaseado y poco cuidado. Había un montón de aros y mazos de croquet abandonados, como si alguien hubiera jugado un partido muchos meses atrás y no se hubiese molestado en recogerlos ni hubiera vuelto a jugar desde entonces. En la entrada había botas de agua y viejos palos de golf agrietados y con los mangos medio sueltos. En un gran recipiente de bronce se veían raquetas de tenis ligeramente deformadas.

A través de las puertas de cristal Eve alcanzaba a ver una mesa de recibidor repleta de catálogos, revistas y sobres marrones. Todo era muy diferente al pulcro convento en el que ella vivía. En la entrada del convento jamás quedaría olvidado un trozo de papel sobre la mesa colocada bajo la imagen de Nuestra Señora Reina de la Paz. Al momento sería rescatado y llevado al lugar apropiado. Resultaba extraordinario vivir en una casa en la que prácticamente era imposible ver la mesa del recibidor por la cantidad de cosas que la cubrían.

Llamó al timbre sabiendo que podían salir a abrir tres personas. La primera era Bee, la hermana de Paccy Moore, que trabajaba como doncella en Westlands. También podía acudir la cocinera si era el día libre de Bee. La señora Walsh llevaba con la familia más tiempo del que nadie alcanzaba a recordar. No procedía de Knockglen y no confraternizaba con la gente del pueblo, aunque era católica y se la podía ver en la primera misa. Era una mujer grande y tenía un aspecto un tanto

ominoso cuando iba sobre su bicicleta. Por último, podía ser que abriera la puerta el propio Simon Westward. El viejo estaba en una silla de ruedas y al parecer cada vez más débil, de modo que no sería él quien apareciera.

Hasta donde llegaba su memoria, Eve había jugado siempre el mismo juego. Era algo parecido a lo de no pisar las rayas del pavimento. Probablemente, la madre Francis lo habría llamado superstición. «Si el próximo pájaro en posarse en el quicio de la ventana es un petirrojo, aprobaré el examen. Si es un mirlo, suspenderé». «Si me da tiempo a contar hasta veinticinco en la puerta del convento de Dublín, es que voy a detestarlo». Por algún motivo, siempre le entraban ganas de hacerlo cuando estaba ante una puerta.

Mientras esperaba en el exterior de la casa desconocida que había sido el hogar de su madre, Eve Malone se dijo a sí misma con firmeza que si quien acudía a abrir la puerta era Bee Moore sería un buen presagio, obtendría el dinero. Si acudía Simon Westward en persona sería mala señal. Si se trataba de la señora Walsh, estaba todo en el aire. Sus ojos brillaban mientras aguardaba y escuchaba el sonido de alguien que se acercaba corriendo.

Vio la imagen de una colegiala de unos diez u once años que corría hacia la puerta. Se estiró para abrirla y se quedó mirando a Eve con interés. Vestía el uniforme corto que lucían las alumnas de los colegios protestantes. En el convento todo tenía que ser un poco más largo y recatado. Llevaba el pelo recogido en dos coletas, una sobre cada oreja, como si fueran asas, como si alguien fuera a emplearlas para transportarla. No estaba gorda, pero era de constitución fuerte y robusta. Tenía pecas en la nariz y sus ojos tenían el mismo azul profundo que el uniforme.

—Hola —le dijo—. ¿Quién eres?

—¿Y tú quién eres? —preguntó Eve.

No le tenía miedo a nadie de la casa grande que tuviera su tamaño.

—Soy Heather —replicó la niña.

—Yo soy Eve.

Hubo una pausa mientras Heather intentaba pensar algo.

—¿A quién has venido a ver? —dijo tras meditar unos instantes.

Eve la miró con admiración. La criatura estaba intentando averiguar si Eve quería visitar al amo de la casa o a algún sirviente. Había planteado la pregunta a la perfección.

—He venido a ver a Simon Westward.

—Claro, entra.

Eve siguió los pasos de la pequeña a través del salón lleno de cuadros oscuros, que quizá representaban escenas de caza. Era imposible distinguirlo.

¿Heather? ¿Heather? No sabía que hubiese ninguna Heather en la familia, pero también era cierto que no le seguía la pista muy de cerca. Si la gente de Knockglen hablaba de ellos, Eve no se unía a la conversación. En ocasiones, las monjas la mencionaban, pero Eve hacía un gesto de desdén con la cabeza y se daba media

vuelta. Una vez encontró un artículo sobre la familia en la revista *Social and Personal*. Había pasado las hojas con irritación en un intento de no averiguar más cosas acerca de sus parientes y sus actividades.

Benny siempre había dicho que si los Westward hubieran sido familia suya habría deseado saber todo acerca de ellos, e incluso era probable que hubiese hecho un álbum de recortes. Pero Benny era así.

A estas alturas, Benny posiblemente habría estado haciéndoles los recados y dándoles las gracias por todo en lugar de mantener la fría indiferencia que Eve había alimentado durante tanto tiempo.

—¿Eres una de las novias de Simon? —preguntó la niña para mantener la conversación.

—Por supuesto que no —respondió Eve con voz carente de emoción.

Se encontraban ya en el cuarto de estar. Los periódicos del domingo aparecían desplegados sobre una mesa de café baja. En una bandeja de plata había una botella de jerez y unas copas. Junto a la ventana, en su silla de ruedas, estaba el mayor Charles Westward, con los hombros hundidos. Era evidente, incluso desde lejos, que no era consciente de lo que le rodeaba. La manta que le cubría las rodillas estaba medio caída en el suelo.

Aquel hombre era el abuelo de Eve. La mayor parte de la gente abrazaba a su abuelo, le llamaba abuelito y se sentaba en sus rodillas. Los abuelos le daban a una monedas de dos chelines y le sacaban fotos cuando hacía la primera comunión y celebraba la confirmación. Se mostraban orgullosos y presumían de sus nietos con la gente. Él jamás había querido ver a Eve, y si hubiera estado en su ser natural probablemente habría ordenado que la echaran de su casa, como había hecho con su madre.

En tiempos, había fantaseado con que la viera desde su caballo o su coche y preguntara quién era aquella niña tan encantadora. Eve se daba un aire a la familia. Pero hacía muchos años de aquello. No tenía sensación de pérdida al mirarle, ningún deseo de que las cosas hubieran sido diferentes. No se sentía impresionada por su enfermedad, ni le alteraba mirarle con atención tras tantos años de rechazo.

Heather la observó con curiosidad.

—Iré a avisar a Simon. ¿Te importa esperar aquí? —dijo.

La expresión de la niña era abierta. A Eve le resultó difícil mostrarse desagradable con ella.

—Gracias, muchas gracias —dijo con aspereza. Heather le sonrió.

—No te pareces a sus novias habituales.

—¿No?

—No, pareces más normal.

—Estupendo. —En contra de su voluntad, Eve sonrió. La niña seguía mostrando curiosidad.

—¿Vienes por lo de la yegua?

—No. No sabría distinguir una yegua de una puerta de hierro.

Heather se rió con buen humor y se dirigió a la puerta. Eve se sorprendió a sí misma al ofrecerle la información que había estado buscando.

—No soy una de sus novias —dijo en voz alta—. Soy una de sus primas.

Heather pareció contenta.

—Entonces eres también prima mía. Soy la hermana de Simon.

Eve no dijo nada porque se le había hecho un pequeño nudo en la garganta. Lo último que hubiera esperado al ir a Westlands era esto. Jamás hubiera creído que ningún Westward se mostrara contento de verla.

La madre Francis le dijo a Kit Hegarty que no había necesidad de que se diera prisa en volver a Dublín. Podía quedarse todo el tiempo que quisiera, tal vez una semana.

—No se vaya demasiado pronto. La paz de este lugar podría perder su efecto si regresa a la ciudad demasiado pronto.

—Cómo es la gente del campo. Cree usted que Dublín es todo como la calle O'Connell. Nosotros vivimos en una zona del condado que está junto al mar. Es un lugar maravilloso, lleno de aire fresco.

La madre Francis sabía que la paz de Knockglen no tenía nada que ver con estar en el campo o la ciudad. La ventaja era que el lugar estaba lejos del hogar al que Frank Hegarty no regresaría más.

—Aun así, quédese un tiempo y disfrute de nuestro aire. —Estorbo aquí.

Kit había percibido la ansiedad de Eve por tener a la madre Francis para ella sola.

—Por el contrario. Es usted de gran ayuda ya que Eve necesita tiempo para hablar con otras personas antes de comprometerse con ningún plan. No tiene sentido que las dos nos dediquemos a correr en círculos. Aunque odio hacerlo, tengo que admitir que es ella quien tiene que decidir por sí misma.

—Hubiera sido usted una madre maravillosa —dijo Kit.

—No sabría decirle. Resulta más fácil cuando se guardan las distancias.

—Usted no está distanciada, tan sólo consigue hacer lo que las demás deseáramos. No está siempre regañándola.

—No creo que usted regañase mucho —dijo la madre Francis sonriendo.

—¿No pensó nunca en casarse y tener hijos? —preguntó Kit.

—Quería a un rudo hijo de un granjero al que no pude hacer mío.

—¿Por qué no?

—Porque no teníamos una granja ni tierras que me acompañaran. O eso pensé yo. Si realmente me hubiera querido, me habría tomado con o sin granja.

—¿Qué fue de él?

—Se casó con una chica que tenía una piernas mucho más bonitas que las de Bunty Brown y además una granja. Tuvieron cuatro hijos en cinco años y después él se buscó otra, como suele decirse.

—¿Qué hizo su mujer?

—Se puso en ridículo a todo lo largo y ancho del condado. Bunty Brown no hubiera hecho eso. Ella le habría echado a él. Habría puesto una casa de huéspedes y habría mantenido la cabeza bien alta.

Kit Hegarty se echó a reír.

—¿Quiere decir que usted es Bunty Brown?

—Ya no, desde hace mucho tiempo.

—Fue un estúpido por no elegirla a usted.

—Eso mismo me decía yo. Me pasé tres años diciéndolo. Al principio no querían admitirme en el convento. Pensaban que solamente quería huir, ocultarme del mundo.

—¿Y lamenta no haber esperado por otro hijo de granjero?

—No, en absoluto.

Sus ojos tenían la mirada perdida en el infinito.

—Hasta cierto punto lo ha tenido todo —dijo Kit—. Ha podido disfrutar de los niños en el colegio.

—Muy cierto —replicó la madre Francis—. He tenido niñas nuevas cada curso, todos los años hay caras jóvenes que llegan por primera vez. —Seguía pareciendo triste.

—Todo saldrá bien con Eve.

—Por supuesto que sí. Probablemente esté hablando con él ahora.

—¿Hablando con quién?

—Con su primo, Simon Westward, pidiéndole dinero para ir a la universidad. Espero que no pierda los estribos, que no lo eche todo a perder.

Heather había salido de la habitación en cuanto entró su hermano. Simon se acercó primero a la figura de la silla de ruedas, recogió la manta y se arrodilló para envolver con ella las piernas del anciano. Se levantó y caminó de vuelta a la chimenea. Era menudo y de tez oscura, con una cara delgada y hermosa, ojos oscuros y pelo marrón que le caía hasta los ojos. Tenía que echarlo atrás con un movimiento de la cabeza. Realizaba este gesto tan a menudo que se había convertido ya en algo inconsciente. Llevaba pantalones de montar y una chaqueta de tweed con coderas y puños de cuero.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Su voz era fría y educada.

—¿Sabe usted quién soy? —La voz de Eve era igualmente fría.

Él dudó.

—En realidad no —dijo.

Los ojos de ella relampaguearon.

—O lo sabe o no lo sabe —dijo.

—Creo saberlo. Se lo pregunté a la señora Walsh. Me ha dicho que eres la hija de mi tía Sarah. ¿Es así?

—Pero habrá oído hablar de mí.

—Desde luego. No te reconocí cuando subías por el camino y por eso pregunté.

—¿Qué más dijo la señora Walsh?

—No creo que eso sea relevante. ¿Puedo preguntarte ahora qué es lo que haces aquí? —Controlaba la situación hasta tal punto que a Eve le entraron ganas de llorar. Si al menos hubiera parecido incómodo, culpable por el trato que había infligido su familia a Eve, confuso o titubeante, todo habría sido distinto. Pero Simon Westward siempre sabría cómo hacer frente a situaciones como aquélla.

Permaneció en silencio mirándole. Inconscientemente, imitó su postura: las manos a la espalda, la mirada firme, los labios apretados en una línea delgada y dura. Ella se había vestido cuidadosamente, tras decidir no ponerse su mejor ropa. No quería que él pensara que se había acicalado para la ocasión, o que venía de misa. En su lugar, había elegido una falda de cuadros y una chaqueta de punto gris. Llevaba un pañuelo azul al cuello que, en su opinión, le daba un aire muy desenvuelto.

No apartó la vista ante su mirada.

—¿Te apetece una copa de jerez? —preguntó él, y Eve supo que había ganado el primer asalto.

—Gracias.

—¿Dulce o seco?

—Desconozco la diferencia. Nunca he probado ninguno de los dos. —Eve hablaba orgullosamente. Nada de imitar el modo de comportarse de sus superiores. Creyó ver cómo él levantaba las cejas con una sorpresa que casi bordeaba la admiración.

—Entonces prueba el dulce. Yo lo tomaré también.

Sirvió dos copas.

—¿Quieres sentarte? —Preferiría no hacerlo. Seré breve.

—Estupendo.

—No dijo más, se quedó a la expectativa.

—Me gustaría ir a la universidad este trimestre —comenzó.

—¿A Dublín?

—Sí. Y existen una serie de obstáculos.

—¿Ah, sí?

—Por ejemplo que no puedo pagarla.

—¿Cuánto cuestan ahora los estudios en Trinity College?

—No se trata del Trinity y lo sabe perfectamente. Es el University College.

—Lo siento, de verdad que no lo sabía.

—Hasta hace bien poco, el Trinity se negaba a admitir católicos, y ahora que lo hace, el arzobispo ha dicho que es pecado asistir, de modo que tiene que saber que hablaba del University College de Dublín.

Él extendió las manos en actitud defensiva.

—Haya paz, haya paz —dijo.

Eve continuó.

—Y ya que me lo pregunta, cuesta sesenta y cinco libras al año y una licenciatura dura tres años. Después querría obtener un título de Biblioteconomía, que serían otras

sesenta y cinco libras. Tendría que comprar libros. Estoy hablando de alrededor de cien libras al año.

—¿Y?

—Esperaba que me las dieran —dijo.

—¿Dar? ¿No prestar?

—Dar. No podría devolverlo. Pedir un préstamo sería mentir.

—¿Y de qué piensas vivir? Tendrás que pagar tu alojamiento y habrá gastos.

—Ya se lo he dicho. No es el Trinity. No hay alojamiento. Buscaré trabajo con alguna familia y ganaré lo suficiente para vivir. No me resultará difícil. Lo que no tengo es dinero para pagarme la universidad.

—Y piensas que deberíamos pagártela nosotros.

—Me sentiría muy contenta si lo hicieran. —No agradecida, se dijo a sí misma Eve con firmeza. Había jurado que no emplearía tal palabra. A pesar de que la madre Francis se lo había advertido, lo más que pudo hacer fue reconocer que la haría feliz.

Simon estaba pensando.

—Cien libras al año —repetía.

—Durante cuatro años —dijo Eve—. No podría ni empezar a menos que supiera que no tendré que venir a rogarle año tras año.

—No me parece que estés rogando —dijo Simon.

—Es cierto, no estoy rogando —respondió Eve. Sentía que le estallaba la cabeza. No había imaginado ni remotamente que la entrevista pudiera ser así.

Él le sonrió, una verdadera sonrisa.

—Yo tampoco ruego jamás, debe de ser cosa de familia.

Eve sintió que se sonrojaba de ira. No sólo iba a rechazarla, también iba a burlarse de ella.

En todo momento había sabido que era muy probable que fuera rechazada. Pensaba que con excusas frías y distantes le cerrarían las puertas, esta vez para siempre. Se había preparado para ello. No habría lágrimas, nada de ruegos, ni tampoco recriminaciones. Ya había oído suficientes chismes en el pueblo para saber que su padre había maldecido y jurado contra esta familia hacía muchos años. No permitiría que la historia se repitiera.

—Me parece perfectamente razonable —dijo Simon.

—¿Cómo dice?

—Lo que pides. No veo razón para no dártelo. —Su sonrisa era encantadora.

Ella sintió que devolverle la sonrisa la pondría de algún modo en peligro.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. ¿Por qué no antes?

—Nunca me lo pediste —se limitó a decir él.

—No personalmente —asintió ella.

—En efecto. Es muy diferente que le pida a uno las cosas indirectamente una orden religiosa que jamás me había abordado antes.

—¿Cómo iban a haberlo hecho?

—No lo sé, es difícil decirlo. No puedo decir que me habría gustado que me invitaran a tomar el té o fingir una amistad que no sentía. Pero fue un poco descarnado limitarse a pedir dinero en nombre tuyo como si tú no tuvieras un cerebro o voz propia.

Eve se quedó pensando. Era verdad. Por supuesto también era cierto que jamás debería haberse visto en la necesidad de pedirle a él o a cualquiera de los Westward lo que era suyo por derecho. Y a la madre Francis le habían dado dos veces con la puerta en las narices.

Pero en ese momento no se trataba de eso. Era necesario mantener la calma, no regodearse en el pasado.

—Comprendo —dijo.

Simon casi había perdido el interés en el tema. Estaba listo para hablar de otras cosas.

—¿Cuándo comienza el curso? ¿O ha empezado ya?

—La semana pasada, pero aún estoy a tiempo de matricularme.

—¿Por qué no te matriculaste con tiempo?

—Intenté llevar otro tipo de vida. No pude soportarla.

Él debía estar habituado a las respuestas breves. Pareció quedar satisfecho.

—En fin, estoy seguro de que no te habrás perdido mucho en este tiempo. Todos los estudiantes que veo en Dublín cuando paso por allí parecen dedicar el día a beber café y a hablar de cambiar el mundo.

—Tal vez lo hagan algún día.

—Por supuesto —dijo él cortésmente.

Eve permaneció en silencio. No podía pedirle que le diera el dinero inmediatamente. No quería expresar su agradecimiento. Tal vez se le escapara la odiada palabra. Pensativa, dio un sorbito a su jerez.

Sus miradas se encontraron.

—Iré a por un talonario —dijo él, y salió al recibidor. Eve le vio revolviendo entre los papeles y documentos apilados sobre la mesa.

Junto a la ventana, el anciano permanecía en silencio, mirando sin ver el descuidado jardín. Afuera, en el prado, la niña, que debía ser casi veinte años más joven que su hermano mayor, jugaba con una pareja de perros de gran tamaño, tirándoles palos. Para Eve el lugar era como un país extranjero.

Permaneció en pie como la visita que era hasta que Simon volvió a entrar en la habitación.

—Tendrás que perdonarme. No digo esto con deseo de ofenderte, pero no sé si tu apellido es Maloney o O'Malone o qué.

—Eve Malone. —Eve habló sin expresión.

—Gracias, no quería ir a preguntárselo a la señora Walsh. Tenía que preguntárselo a una de las dos, a ti o a ella. —Sonrió.

Eve no le devolvió la sonrisa. Asintió ligeramente con la cabeza. Él escribió el

cheque lenta y meticulosamente, después lo dobló en dos y se lo tendió.

El más elemental sentido de la educación le habría hecho mostrarse agradecida, pero las palabras se le atragantaban. ¿Qué había dicho antes, cuál había sido la palabra que le había gustado? «Contenta».

Volvió a utilizarla.

—Estoy muy contenta de que haya podido hacer esto —dijo.

—Yo también estoy contento —replicó él.

Ninguno de los dos empleó el nombre del otro y ambos sabían que no quedaba nada más que decir. Eve se metió el cheque en el bolsillo de la chaqueta y extendió la mano.

—Adiós —dijo.

Simon Westward dijo exactamente lo mismo que ella y al mismo tiempo.

Eve agitó alegremente la mano en dirección a la niña, que parecía decepcionada al verla marchar, y caminó avenida abajo alejándose de la casa que había sido el hogar de su madre con la espalda muy recta, porque sabía que estaba siendo observada desde la casa: desde la cocina, desde el jardín donde jugaban los perros, desde el cuarto de estar y desde una silla de ruedas.

No se permitió que su paso se alterara hasta que hubo salido.

En el convento la madre Francis y Kit Hegarty estaban comiendo junto a la ventana del refectorio de la comunidad. Había un cubierto dispuesto para Eve.

—No te hemos esperado —dijo la madre Francis mirando con ansiedad el rostro de Eve en busca de una respuesta.

Eve hizo un gesto afirmativo con la cabeza dos veces. La cara de la religiosa se iluminó.

—Me marchó. Tengo muchas cosas que hacer. Eve, tu comida está en la cocina. Ve a buscarla y siéntate aquí con la señora Hegarty, sé buena chica.

—Tal vez... —Kit parecía dubitativa—. ¿Quieren que me vaya para que puedan hablar?

—No, no, aún no ha terminado, y yo sí. Éste es el hogar de Eve y el mío. Tenemos años para hablar. Usted se marchará pronto.

Eve sacó su plato lleno de beicon y patatas harinosas con una salsa blanca. Lo puso sobre la mesa y observó la cara triste y cansada de aquella mujer mayor que la observaba.

—La hermana Imelda intenta conseguir que engorde, pero no sirve de nada. Cuando se tiene un cuerpo como el mío la comida se quema muy deprisa.

La señora Hegarty asintió con la cabeza.

—Supongo que a usted le ocurre lo mismo —dijo Eve. Se sentía como en una nube por su triunfo. Sólo estaba charlando para pasar el tiempo hasta que acabara la comida, hasta el momento en que pudiera correr calle arriba para darle la noticia a Benny, hasta que pudiera hablar con la madre Francis a solas cuando se marchara aquella mujer.

—Sí, a mí me pasa igual —dijo Kit Hegarty—. Nunca descanso, no duermo casi nada. Pienso demasiado en todo.

—Ha tenido mucho en qué pensar —le dijo Eve con tono de simpatía.

—No siempre. Frank solía decirme que era incapaz de sentarme, que mis ojos nunca descansaban.

—Lo mismo me han dicho a mí —asintió Eve sorprendida. Las dos mujeres que habían competido por el tiempo y la atención de la madre Francis se miraron con renovado interés. No les pareció extraño que ella no hubiera vuelto. No se dieron cuenta de que la hermana Imelda no había venido a recoger sus platos. Continuaron charlando mientras las nubes grises que atravesaban el cielo tras las grandes copas de los árboles del convento se volvían negras y el corto atardecer de invierno se transformaba en noche.

Sus historias encajaron como piezas de un rompecabezas. Eve Malone buscaba un lugar donde vivir, un sitio donde pudiera ganarse la vida. Kit Hegarty necesitaba alguien que la ayudara en su casa de huéspedes. No tenía ánimos para quedarse en ella todo el día ahora que Frank, la razón de tanto trabajo, había desaparecido. Las dos veían la solución, pero temían expresarla abiertamente.

Eve fue la primera en hablar. En aquel convento que había sido su hogar, Eve suavizó su voz para realizar una solicitud. Eve, la que nunca podía pedir un favor, la que había sido incapaz de articular palabras de agradecimiento por las cuatrocientas libras que llevaba en el bolsillo de su chaqueta, consiguió preguntar a Kit Hegarty si podía irse a vivir con ella.

—Puede funcionar estupendamente —le aseguró Eve.

A continuación fueron a decírselo a la madre Francis, que se mostró muy sorprendida y decidió que debía tratarse de una intervención directa de Dios.

Capítulo 7

Brian Mahon llevaba varios días sin dejar de beber. No eran grandes borracheras, nada que implicara violencia o disputas, como a veces ocurría, pero había estado bebiendo regularmente. Emily sabía que se estaba gestando una pelea, y en esta ocasión iba a ser por el dormitorio de Nan.

Nan había decidido que a partir de ahora estudiaría allí por las noches. Había dicho que no era posible estudiar abajo con la radio puesta y la familia entrando y saliendo continuamente. Nasey le había preparado una mesa sencilla y Paul había arreglado el enchufe de una estufa eléctrica. Trabajaría arriba a partir de ese momento. Emily suspiró. Sabía que Brian pondría problemas en cuanto tuviera noticias de ello. ¿Por qué no le había consultado nadie? ¿Quién iba a pagar la electricidad? ¿Quién se creía Nan que era?

La respuesta a la última pregunta era que Nan creía que era demasiado buena para Brian Mahon y Maple Gardens. Su madre se había asegurado de que así fuera a lo largo de los años. Mientras cepillaba el dorado pelo de su hija, Emily siempre había hecho creer a la niña que disfrutaría de una vida mejor y diferente. Nan jamás lo había dudado. No sentía la menor inclinación a aceptar el estilo de vida de un hogar gobernado por un padre a menudo borracho.

Nan Mahon no le tenía miedo a su padre porque sabía, con una certidumbre que su madre había contribuido a instaurar, que su futuro no se hallaba en el tipo de mundo en el que él habitaba. Sabía, sin ser arrogante, que su belleza sería su vía de escape.

Emily deseaba que hubiera algún modo de llevar a Brian a un lado y hablarle de forma que pudiera entender. Entender y comprender de verdad. Podría decirle que la vida es corta y que no tenía sentido ponerle obstáculos a Nan, que la dejara trabajar en su habitación si eso era lo que deseaba, que si se mostraba amable y comprensivo sobre el tema, ella bajaría a pasar un rato con ellos después de estudiar.

Pero Brian no prestaba oídos a Emily aquellos días, si es que alguna vez lo había hecho. Suspiró para sus adentros mientras abría el nuevo envío de porcelana de Belleek y colocaba el paquete en un gran contenedor que había bajo el mostrador. Dispuso las pequeñas jarras y platos sobre un estante para que llamaran bien la atención y empezó a escribir las etiquetas de los precios con su meticulosa caligrafía. Emily Mahon volvió a suspirar. Con lo fácil que era llevar la tienda de un hotel, había que ver lo difícil que era llevar una familia. Nadie era consciente de que con frecuencia hubiera querido colocar su cama en una esquina de aquel pequeño mundo, entre las bonitas alfombrillas para coche y los cojines con diseños celtas. Sería mucho más sencillo que regresar a Maple Gardens cada día.

Había tenido razón, por supuesto. La pelotera estaba ya montada cuando Emily

Mahon abrió la puerta de la casa familiar.

—¿Sabes tú algo de esto? —aulló Brian.

Emily había decidido tomárselo a la ligera.

—Vaya, debo reconocer que es una magnífica bienvenida para una mujer trabajadora —dijo, mirando primero el rostro acalorado de su marido y después la expresión fría e impertérrita de Nan.

—Déjate de mierdas, ¿quieres? Todos sabemos que no hay razón alguna para que salgas a trabajar. Lo haces porque se te ha metido en la cabeza. Si te hubieras quedado en casa y te hubieras ocupado de tus asuntos ahora no tendríamos estos problemas.

—¿Qué problemas? —dijo Emily con voz cansada.

—Bien puedes preguntarlo. Desde luego no sabes lo que ocurre en tu propia casa.

—¿Por qué te metes con Em? —preguntó Nan—. Acaba de entrar por la puerta, ni siquiera se ha quitado el abrigo, ni ha soltado la compra.

La cara de su padre mostraba una expresión horrible.

—No te atrevas a llamar a tu madre por su nombre de pila, mocosa.

—No lo hago. —Nan parecía aburrida por aquella discusión—. La llamo M, una abreviatura de madre, mamá, mater.

—Vas a desmontar ese tinglado que tienes arriba y a volver aquí, que es donde tenemos la casa caldeada. Estudiarás en esta habitación como cualquier ser humano normal.

—Te ruego que me excuses —dijo Nan—. Perdona que lo mencione, pero ¿cómo puedes creer que es posible estudiar en una habitación como ésta con la gente gritando y aullando?

—Escúchame bien, jovencita impertinente... Sentirás el peso de mi mano si sigues así.

—Vamos, papá, no le pegues. —Nasey se había puesto en pie.

—Quita de en medio.

Nan no se movió ni un centímetro de donde estaba, orgullosa, joven, segura de sí misma con su blusa verde y blanca y su falda de color verde oscuro. Llevaba sus libros bajo el brazo y podría haber sido una modelo presentando la moda para estudiantes.

—¿Acaso me estoy matando a trabajar para que me hables así delante de toda la familia? ¿Crees que trabajo para que te conviertas en una holgazana maleducada?

—No he dicho nada maleducado, papá. Sólo que voy a subir a mi cuarto a trabajar para tener un poco de paz. Así podré obtener el título y tú podrás sentirte más orgulloso de mí que nunca.

Sus palabras no eran ofensivas, pero para Brian Mahon el tono con que las había pronunciado su hija fue más de lo que podía aguantar.

—¡Fuera de mi vista! No quiero volver a verte el pelo esta noche. —Nan sonrió.

—Si quieres que te eche una mano, Em, llámame —dijo, y oyeron sus pasos

ligeros escalera arriba.

Los tres estudiantes alojados en casa de la señora Hegarty se mostraron entusiasmados al enterarse de la inminente llegada de Eve. Se habían sentido incómodos e inseguros en un lugar en el que el hijo de la casa había muerto de un modo tan trágico. Al menos, ahora se intentaba recuperar la normalidad.

Además cuando apareció Eve, les gustó. Era una chica menuda, atractiva, aunque un tanto angulosa, y parecía dispuesta a no andarse con pamplinas desde el primer momento.

—A partir de ahora yo me encargaré de vuestro desayuno. Sé que la señora Hegarty os alimenta como si fuerais gallos de pelea, así que habrá beicon, huevos y salchichas a diario, excepto los viernes que se servirán huevos revueltos. Pero yo tengo una clase a las nueve tres días a la semana, así que me preguntaba si podríais ayudarme a recoger y fregar esos días. A cambio, los demás días os serviré como una esclava. Os pondré el té y le untaré mantequilla a las tostadas.

Aceptaron sus condiciones con buen humor, e incluso hicieron más de lo que les había pedido. Unos muchachos ya crecidos que no habrían sabido dónde estaba la aspiradora en su propia casa, se mostraban perfectamente capaces de sacársela a Eve los martes antes de salir corriendo a coger el tren para la facultad. Y se limpiaban cuidadosamente los pies en la esterilla de la entrada. Decían que no querían arriesgarse a experimentar de nuevo la recepción que les había hecho Eve cuando habían introducido accidentalmente barro hasta una alfombra que había tenido que limpiar ella. Mantenían el cuarto de baño mucho más recogido de lo que lo habían tenido antes de la aparición en escena de Eve. Kit Hegarty le dijo en confianza que si hubiera sabido hasta qué punto iba a afectar positivamente a los muchachos la presencia de una chica, probablemente habría aceptado a alguna estudiante años atrás.

—¿Por qué no lo hizo? Habrían sido más fáciles de manejar.

—No sé, están siempre lavándose el pelo, pidiendo que les bajen la tapa del inodoro, dejando a secar las medias colgadas en las sillas y enamorándose de casos perdidos. —Kit se había echado a reír.

—¿No le preocupa que a mí me pasen esas cosas? —preguntó Eve. Se llevaban tan bien ya que podían hablar con facilidad sobre cualquier tema.

—En absoluto, tú jamás te enamorarías de alguien sin futuro. Tienes el corazón endurecido.

—¿No había dicho que yo era como usted? —Eve estaba haciendo pan mientras hablaba. Le había enseñado a hacerlo la hermana Imelda cuando tenía seis años. Lo preparaba automáticamente y no tenía ni idea de cuál era la receta.

—Claro que eres como yo, y yo no me enamoré de un hombre sin esperanzas. Había grandes esperanzas depositadas en Joseph Hegarty, sólo que con el paso del tiempo parecieron dejar de incluirme —su voz sonaba amarga y triste.

—¿Ha intentado encontrarle? Ya sabe, para decirle lo de Frank.

—No quiso saber nada de Frank cuando había algo que contar de él, como que

había aprendido a nadar, que se le había caído el primer diente, o que había aprobado un examen. ¿Para qué decirle nada ahora?

A Eve se le ocurrían un montón de razones, pero no le parecía que fuera el lugar ni el momento adecuado para planteárselas.

—Suponga que vuelve —dijo Eve—. Que Joe entrara por esa puerta un día...

—Es gracioso. Nunca le llamé Joe, siempre Joseph. Sin duda eso debe de revelar algo acerca de él o de mí. ¿Que suponga que vuelve? Sería como si llegara el hombre que lee el contador del gas. Dejé de estar pendiente de la puerta del jardín hace años.

—A pesar de todo, ¿le amaba? ¿O al menos creía amarle?

—Desde luego que le amaba. No sirve de nada negarlo sólo porque él no me correspondiera y porque no duró.

—Lo toma usted con mucha calma.

—Tú no me conociste hace unos años. ¡Si me hubieras conocido cuando tenías uno o dos años no habrías dicho que me lo tomaba con calma!

—Yo nunca he amado a nadie —dijo Eve de repente.

—Eso es porque tienes miedo de hacerlo.

—No, las monjas son mucho más liberales de lo que cree la gente. No me han imbuido el miedo a los hombres.

—Quería decir que tienes miedo a dejarte llevar.

—Creo que tiene razón. Siento las cosas con mucha intensidad. Por ejemplo, el resentimiento. Estoy resentida con los malditos Westward. Detesto tener que pedirles dinero. No podría explicarle lo que supuso para mí ir hasta su casa aquel domingo. Y también me siento muy protectora; si alguien dijera algo en contra de la madre Francis o la hermana Imelda, le mataría.

—Tienes una pinta horrible con ese cuchillo en la mano. Suéltalo, por amor de Dios.

—¡Oh! —Eve se echó a reír al darse cuenta de que estaba gesticulando con el cuchillo de cortar carne en la mano, que había empleado para hacer una cruz en la masa del pan—. No me había dado cuenta. De todos modos no podría hacerle daño a nadie con él. No corta nada. No serviría ni para partir mantequilla. Deberíamos dárselo a uno de esos ingenieros que tenemos en casa para que nos lo afile en el laboratorio.

—Algún día te enamorarás de alguien —dijo Kit Hegarty.

—No sé de quién. —Eve estaba pensativa—. Por una parte tendría que ser un santo para soportar mis cambios de humor. Por otra, no veo demasiados ejemplos en los que el amor parezca haber funcionado bien.

—¿Tienes algún plan para el domingo? —le preguntó el doctor Foley a su hijo.

—Y si no lo tengo ¿qué es lo que me espera? —se rió Jack.

—Una sencilla respuesta. Si estás ocupado no te molestaré más.

—Pero entonces podría perderme algo estupendo.

—La vida es así, hay que correr riesgos.

—¿De qué se trata, papá?

—Así que estás libre.

—Vamos, cuéntamelo.

—Conoces a Joe Kennedy, el boticario. Quiere verme. Creo que se encuentra mal. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Quería saber si estaba dispuesto a acercarme por su casa a verle.

—¿Dónde vive?

—En Knockglen.

—Eso está muy lejos. ¿Es que no hay médicos allí?

—Claro que sí, pero busca más un amigo que un médico.

—Y quieres que te acompañe, ¿no es eso?

—Quiero que me lleves, Jack. Le he cogido un poco de miedo a conducir.

—No es posible.

—Nada excesivo, pero me pone nervioso hacer un recorrido largo por carreteras mojadas y resbaladizas. Te lo agradecería mucho.

—Está bien —dijo Jack—. ¿Y qué voy a hacer mientras estés hablando con él?

—Ahí está el problema. Yo diría que no hay mucho que hacer en ese lugar, pero tal vez puedas darte una vuelta o quedarte en el coche leyendo los periódicos del domingo.

La cara de Jack se iluminó.

—Ya sé. Hay una chica que vive allí. Me acercaré a verla.

—Ése es mi hijo. Sólo lleva un par de meses en la universidad y ya tiene una novia en cada pueblo.

—No es mi novia. No es más que una chica agradable —explicó Jack—. ¿Tienes por ahí la guía de teléfonos? No puede haber muchos Hogan en Knockglen.

Nan se mostró muy excitada cuando Benny le dijo que le había llamado Jack Foley.

—Para que te enteres, la mitad de las chicas de la universidad darían cualquier cosa porque las visitara ese chico. ¿Qué piensas ponerte?

—No creo que venga exactamente a visitarme. Al menos no en el sentido que tú dices. Quiero decir que no se trata de algo para lo que haya que vestirse. No pienso ponerme nada en absoluto —respondió Benny turbada.

—Eso sí que será una agradable sorpresa para él cuando abras la puerta —bromeó Nan.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Aun así pienso que deberías ponerte algo, esa blusa rosa tan bonita, y la falda negra. Cuando un tipo como Jack Foley viene de visita, es una fiesta. Si pensara venir a Maple Gardens yo me pondría algo especial. Te buscaré una cinta rosa y otra negra para que te sujetes el pelo. Estarás estupenda. Tienes un pelo precioso.

—Nan, no podría estar estupenda un domingo lluvioso en Knockglen. Nada parece estupendo allí. Sólo resultará patética.

Nan se quedó mirándola pensativamente.

—¿Conoces esas bolsas de papel duro que se emplean para vender el azúcar? ¿Por qué no te pones una en la cabeza y le haces un par de agujeros para los ojos? A lo mejor te queda bien.

Annabel Hogan y Patsy tenían pensado hacer bollos y tarta de manzana. Primero sacarían rollitos con huevo picado en una fuente y sardinas en otra.

—Quizá no debemos exagerar —sugirió Benny.

—No hay nada de exagerado en ofrecer un té perfectamente normal a tu amigo. —A la madre de Benny le parecía una afrenta la sugerencia de que aquel no era el té que tomaban habitualmente los domingos.

Pensaban encender el fuego cada día en el cuarto de estar para ir caldeándolo para la ocasión, y después de tomar el té los padres de Benny se retirarían al cuarto donde desayunaban para dejar tranquila a la pareja en la mejor habitación.

—No se trata de que se sienta como en su casa —había rogado Benny inútilmente—. Sólo viene porque tiene que matar el rato —continuó. No querían oír hablar más del tema. Un joven encantador había llamado cortésmente por teléfono con varios días de adelanto para preguntar si podía visitarles. No se trataba de matar el rato. Había cientos de cosas que podría haber hecho en Knockglen.

Personalmente, a Benny se le ocurrían muy pocas. Mirar escaparates estaba descartado. El cine no abría por las tardes. El Hotel Healy daría como mucho para media hora, y no le parecía probable que Jack Foley pasase la tarde en la tienda de Mario, por entretenido que fuera Fonsie. Los Hogan eran la única opción posible en todo el pueblo. Aun así, era agradable que se hubiera acordado de ella. Benny hizo pruebas con las cintas de color rosa y negro. Le sentaban bien. Empezó a ponérselas el viernes por la noche para que nadie pensara que se las había puesto especialmente el domingo.

Cuando Sean la invitó al cine le dijo que no, que dado que iba a recibir a una visita de Dublín, debía quedarse en casa el sábado para prepararlo todo.

—¡Una visita de Dublín! —Sean había adoptado un tono desdeñoso—. ¿Y cómo se llama ella, si puede saberse?

—No es ella, sino él —dijo Benny obstinadamente—. Por eso no puedo acompañarte, ¿comprendes? —añadió débilmente.

—Naturalmente. —Sean se mostraba distante y desconfiado.

—No es más que un amigo, sólo eso —se encontró diciendo Benny por alguna razón que no hubiera sabido explicar.

La sonrisa de Sean fue cautelosa y fría.

—Estoy convencido de que es así, Benny. No habría esperado otra cosa de ti. Pero es un detalle por tu parte decirlo claramente.

Asintió como una grulla satisfecha consigo misma. Como si estuviera comportándose amablemente al permitirle a ella tener sus propios amigos hasta que llegara el momento. Como si le diese una palmadita en la cabeza por aclarar que se

trataba sólo de un amigo.

—Espero que resulte una visita agradable para todos vosotros —dijo Sean Walsh, con una reverencia que debía creer era elegante. Sin duda era algo que había visto hacer a Errol Flynn o Montgomery Clift en el cine y había archivado en su mente para una ocasión apropiada.

Jack Foley fue el huésped más fácil de complacer que jamás había pisado la casa de los Hogan. Probó y alabó todo lo que le pusieron delante. Tomó tres tazas de té. Admiró la tetera y preguntó si era plata de Birmingham de los años treinta. En efecto, era asombroso, le respondieron. No, contestó él, era como la plata que tenían sus padres. Sólo se había preguntado si sería la misma. Le dio puñetazos juguetones a Benny, como un hermano, cuando hablaron de la universidad. Comentó que era maravilloso que hubiera chicos y chicas en las mismas clases. Se había sentido muy vergonzoso y torpe al llegar procedente de un colegio sólo para varones. Benny vio cómo su padre y su madre asentían con expresión sabia. Estaban de acuerdo con él. Habló de sus padres y sus hermanos, y del joven Aengus y sus gafas, que no hacían más que romperse en el colegio.

Comentó que los debates del sábado por la noche eran estupendos, que, además de ser divertidos, se aprendía mucho en ellos. ¿Había asistido Benny a alguno? No, Benny no lo había hecho. Verás, está el problema de regresar a Knockglen, le había explicado Benny con voz apagada. A él le pareció una pena, en realidad formaban parte de la vida académica. Quizá Benny pudiera quedarse con su amiga Nan, a la que había visto allí algunas veces. Todos asintieron. Tal vez, algún sábado.

Se mostró muy discreto acerca de las razones de la visita de su padre al señor Kennedy. Podía ser por cualquier cosa, dijo, asuntos del club de rugby, o nuevos medicamentos recién salidos al mercado, o una reunión de viejos compañeros. Con su padre era imposible saberlo, tocaba tantos palos.

Benny le miró admirada. Jack Foley no parecía estar actuando.

La única persona que conocía capaz de hacer una cosa así era Nan. En muchos aspectos serían la pareja ideal.

—Hace un día muy agradable. ¿Te apetece enseñarme el pueblo? —le preguntó a Benny.

—Pensábamos dejaros a los dos solos para que pudieseis charlar —comenzó a decir la madre de Benny.

—He comido mucho... Creo que me vendrá bien un paseo.

—Iré a por unos zapatos en condiciones. —Benny se había puesto unas zapatillas planas, como zapatos de fiesta.

—Que sean unas botas, Benny —le dijo él mientras se alejaba—. Vamos a darnos una buena caminata después de este fabuloso té.

Caminaron juntos amigablemente. Benny llevaba su abrigo de invierno con el cuello rosa de su blusa a la vista. Se había puesto sus botas de agua y sentía que el viento frío le estaba poniendo las mejillas coloradas, pero no tenía importancia. Jack

llevaba su bufanda púrpura y verde de la facultad de Derecho en torno al cuello.

Había varias personas paseando bajo la luz invernal, que no tardaría en convertirse en una puesta de sol.

—¿Dónde vamos? —preguntó él ante la puerta del jardín de los Hogan.

—Atravesaremos el pueblo, saldremos por el otro lado, y subiremos hasta Westlands. Eso me permitirá reparar los daños producidos por la tarta de manzana.

—El pobre señor Kennedy se está muriendo. Quería hablar de ello con mi padre. Al parecer no acaba de gustarle el médico local.

—Eso es muy triste. No es viejo —dijo Benny—. Ahí es donde vive el médico local, como tú dices. —Saludó con la mano en dirección a la casa del doctor Johnson, donde los niños lanzaban palos a un perro.

—No se lo mencioné a tus padres porque... —empezó a decir Jack.

—Tampoco yo lo haré, no te preocupes —respondió Benny.

Sabían que la noticia habría corrido como reguero de pólvora por aquel pueblo de una sola calle.

Benny le señaló algunos lugares e hizo algunos comentarios acerca de ellos. Bee Moore la llamó desde la puerta de la zapatería de Paccy Moore y le dijo que Peggy Pine acababa de recibir unas faldas preciosas.

—Son perfectas para ti, Benny —dijo Bee—. Le servirían hasta a un elefante, y dan mucho de sí —añadió sin la menor conciencia de que resultaba ofensiva.

—¡Maravilloso! —comentó Jack con una sonrisa.

—No lo dice por molestar —dijo Benny.

En la tienda de Mario, tanto Fonsie como su tío lanzaron extravagantes besos a Benny. Y en la ferretería de Burns, se preguntaron quién podría haber escrito «regalo muy útil» refiriéndose a una sierra. Pasaron frente a la botica de Kennedy a toda prisa sin mencionar siquiera al hombre que había dentro hablando con el padre de Jack. Benny le llevó a ver en el escaparate algunos de los mejores artículos de la sastrería para caballeros Hogan.

Jack admiró cortésmente la tienda y dijo que era muy elegante. Desde fuera resultaba imposible imaginarse cómo era por dentro. Benny se preguntó si eso sería bueno y llegó a la conclusión de que probablemente lo fuera. La gente del campo era diferente. No le gustaba que nadie estuviera al tanto de sus negocios.

Le dijo a Jack que siguiera mirando el escaparate y que se fijara en el reflejo de la señora Healy, que les observaba fijamente desde el hotel, al otro lado de la calle. Jack se enteró de hasta qué punto los corsés de la señora Healy eran un prodigio de ingeniería estructural. Corría el rumor de que la señora Healy era una persona regordeta y blandita, pero nadie, salvo el difunto señor Healy, tenía pruebas de ello. Cada vez que ella viajaba a Dublín, traía de vuelta artilugios más y más constrictores. Se decía que una vez había ido hasta Londres a comprarse corsés, pero quizá fuera sólo un rumor.

Cuando volvió a entrar en el hotel, Benny sintió que ya era seguro seguir

adelante. Mostró a Jack los limpios mármoles de la carnicería del señor Flood. Le dijo que Teddy Flood, el hijo, en realidad no quería trabajar en ella, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Era una faena nacer en una familia con un negocio si uno era chico. El señor Flood empezaba a comportarse de un modo muy extraño últimamente.

Jack respondió que no hacía falta que se lo dijera. Era muy cuestionable tener tantas vacas y cerdos y ovejas en pleno juego pintados en la pared. Debía hacer que la gente que compraba carne se sintiera mal al hacerlo y al comerla. Benny dijo que aquello no era nada, que el señor Flood siempre había tenido animales de mirada conmovedora en las paredes. El verdadero problema era que ahora se le aparecía una visión en lo alto de un árbol. Posiblemente fuera una santa, aunque definitivamente era una monja. La familia estaba muy preocupada y a los clientes les daba la risa cuando de repente dejaba de atenderlos y salía a la calle para efectuar una breve consulta con las alturas.

Pasaron por delante de la iglesia y se detuvieron para examinar los preparativos para la feria de las Misiones, que no tardaría en inaugurarse. Benny dijo que durante las dos semanas que duraba, los tenderetes de madera de la misión, en los que se vendían libros de oraciones, rosarios, objetos sacros y panfletos de la Catholic Truth Society, hacían un gran negocio. ¿Pasaba lo mismo en Dublín? Jack se excusó. En realidad no lo sabía. Había ido a ese tipo de actos, por supuesto pero, como todo el mundo, Aidan y él siempre habían querido averiguar dónde se celebraba el discurso sobre el sexo. Solía ser el más concurrido, aunque los misioneros se estaban volviendo cada vez más astutos. Sugerían vagamente todas las noches que el gran sermón sobre el sexo sería al día siguiente, y así conseguían la asistencia de grandes multitudes, que no querían perderselo, todas las noches.

Benny dijo que los hombres eran mucho más honrados que las mujeres, en realidad. Las chicas sentían exactamente lo mismo, pero se negaban a admitirlo.

Le mostró la plaza a la que llegaba el autobús. Mikey acababa de llegar.

—¿Cómo estás, Benny? —le gritó.

—Benny está estupendamente —le respondió ella con su gran sonrisa.

Se detuvieron ante la verja del convento de St Mary y ella le indicó los lugares más interesantes. Las grandes y largas extensiones de césped, el huerto, el invernadero, el sendero ventoso a través del jardín de la cocina que subía colina arriba hasta el camino de la cantera, donde estaba la casa de Eve.

Él le dijo que lo conocía todo y a todo el mundo, y que cada cosa que veían tenía una historia aparejada.

Esto le agradó. Al menos no estaba aburrido. Ninguno de los dos vio a Sean Walsh mirándoles desde el interior de la confitería de Birdie Mac. Birdie hacía a menudo té y tostadas los domingos, y Sean Walsh había cogido la costumbre de presentarse allí. Sus ojos tenían una mirada fría mientras observaba a Benny Hogan y el arrogante cachorro con el que se había escapado ya el primer día, actuando desvergonzadamente y dando el espectáculo justo delante de la verja del convento, a

la vista de todo el pueblo. No le agradaba en absoluto.

Estaban ante la cancela de cinco barrotes desde la que había una buena vista de las tierras de los Westward. Benny le indicó los lugares de interés. El cementerio en que estaban enterrados todos los Westward, el pequeño monumento en recuerdo de la guerra, que en noviembre tenía guirnaldas de amapolas, porque muchos miembros de la familia habían muerto en distintas guerras.

—Se me hace raro pensar en todos ellos combatiendo en guerras lejanas, cuando vivían aquí.

—Sería su cultura, su tradición y todas esas cosas —replicó Jack.

—Lo sé, pero cuando los otros hablaran de la madre patria y la tierra de los antepasados, y del rey o la reina y la nación, ellos no hablarían más que de Knockglen.

—No te metas con Knockglen —dijo él riéndose.

—No dejes que Fonsie, el de la tienda de pescado con patatas, te oiga decir eso, o intentará convertirlo en una canción de éxito. Hazme sitio, Bill Haley... Así es Fonsie...

—¿De dónde ha sacado ese nombre?

—De Alphonsus.

—Dios.

—Lo sé. Tú has salido bien librado, Jack Foley, con tu nombre agradable y normal.

—¿Y qué hay de ti? Te llamas Benedicta, ¿no?

—Nada tan exótico. Mary Bernadette, me temo.

—Benny me gusta. Te sienta bien.

Estaba ya oscuro cuando emprendieron el camino de vuelta. Las luces del convento estaban encendidas. Benny le habló a Jack de la vida que llevaba Eve en él, y sobre el acogedor dormitorio en el que podías sentarte a mirar la pequeña ciudad.

—Estarás de vuelta en casa a una hora apropiada —dijo ella, dejándole a la puerta de la botica.

—¿No quieres entrar?

—No, quizá no le guste que lo haga.

—Gracias, Benny, ha sido una visita deliciosa.

—Me ha encantado tenerte aquí. ¿Crees que no ha sido deliciosa para mí también?

—¿Querrías salir conmigo alguna noche en Dublín? —Él habló de repente, casi sorprendiéndose a sí mismo.

—Por la noche no puedo. Soy la Cenicienta, ¿recuerdas? Pero ya nos veremos.

—¿Quizá para comer?

—Sería estupendo —dijo ella, y echó a andar por la calle oscura abajo.

—Pobre Joe —había dicho su padre tras un largo silencio en el coche.

—¿Tiene cáncer?

—Está comido. Le quedan sólo un par de meses, diría yo, por lo que he podido ver.

—¿Qué le has dicho?

—Quería que le escuchara.

—¿No hay nadie aquí dispuesto a hacerlo?

—No. Según él, sólo hay un médico general arrogante y con muy mal carácter, y una esposa que cree que todo está seguro en manos del Santo Niño de Praga y se niega a aceptar discusión alguna sobre el tema. En fin, ya es suficiente. ¿Qué tal te ha ido con tu amiga? Joe me ha dicho que es una chica agradable y grande como un caballo.

—¿No te parece lamentable que no sea capaz de encontrar mejor manera de describir a la gente?

—Repítemelo a ver si me entero —dijo Nan con los ojos muy abiertos por la incredulidad—. Te invitó a salir. ¿Dijo las palabras «me gustaría que saliéramos juntos alguna noche», y le dijiste que no?

—No, no le dije que no, y no me invitó a salir así.

Nan miró hacia Eve en busca de alguna pista. Estaban las tres juntas esperando la llegada del conferenciante de turno. Se habían sentado lejos del grupo principal de estudiantes para aclarar el asunto.

—Está bien, ¿lo hizo o no lo hizo? —preguntó Eve.

—Lo hizo como uno invitaría a un amigo, no como una cita.

—Desde luego, si le dijiste que no —dijo secamente Eve.

—Dejadlo ya. —Benny miró de la una a la otra—. Lo juro, si me pide que salga con él lo haré. ¿Estáis satisfechas?

—¿Y dónde pasarías la noche en Dublín? —preguntó Eve.

—Podría quedarme contigo, ¿verdad, Nan?

—Sí, claro. Por supuesto. —La respuesta llegó un poco tarde.

Benny miró a Eve.

—O si es un problema para ti, podría quedarme contigo en Dunlaoghaire, Eve.

—Sin ningún problema. —Eve había respondido rápidamente, pero por supuesto su madre y su padre jamás le permitirían quedarse en una casa de huéspedes llena de chicos con una mujer a la que no conocían, aunque en ella viviera Eve trabajando a ratos libres. Benny adoptó una actitud filosófica. ¿A qué tantos planes?

En el salón de lectura para señoritas, adherido al tablón de anuncios, había un trozo de papel doblado. «Benny Hogan, primero de Letras». Lo abrió distraídamente. Debía de ser del estudiante pálido del seminario que se había perdido la clase de Historia. Benny le había ofrecido sus apuntes. Se había acordado de llevar consigo papel carbón, así él podría quedarse con la copia. No sabía cómo se llamaba. Era un joven de expresión preocupada, de aspecto débil y con una cara blanca que parecía aún más pálida por el contraste con sus ropas negras. Sintió una sensación extraña cuando vio que la carta era de Jack Foley. Fue como el sobresalto que uno siente al

coger algo demasiado caliente o demasiado frío.

Querida Benny,

Recuerdo que me dijiste que por el momento salir por la noche sería difícil, así que ¿qué me dices de comer juntos en el Dolphin? No he ido nunca, pero no hago más que oír hablar de él. ¿Te vendría bien un jueves? Recuerdo que dijiste que los jueves no tenías casi nada que hacer. Probablemente te vea antes de entonces, pero si no puedes o no quieres que quedemos, ¿te importaría dejar una nota en portería? Espero no tener noticias tuyas porque eso significará que te veré en el Dolphin a la una y cuarto el jueves.

Y gracias por una tarde encantadora en Knockglen.

Te quiere,

Jack

Te quiere, Jack. Te quiere, Jack. Lo repitió para sus adentros una y otra vez. Cerró los ojos y lo dijo de nuevo. ¿Era real? ¿Existía la posibilidad de que le gustara? No tenía por qué haberla invitado a salir, ni recordar que tenía la tarde del jueves libre, ni tener la amabilidad de pensar en invitarla a la hora de la comida. Podía haberle mandado una postal si se sentía obligado a mostrar tal cortesía, como diría su padre. Jack Foley no tenía por qué haberla invitado a comer en un hotel grande y elegante al que iba la flor y nata del país. Tenía que haberlo hecho porque le agradaba estar con ella, porque ella le gustaba. No se atrevía a creerlo.

Benny oyó la risa contagiosa de Nan en el pasillo. Metió la nota a toda prisa en el bolso. Parecía un poco mezquino por su parte a la vista de lo dispuestas que se mostraban siempre Eve y Nan a echarle una mano, pero no le apetecía nada que le dieran consejos sobre qué ropa debía ponerse y qué debía decir. Y, aún peor, no soportaba la idea de que pensaran que a lo mejor le gustaba a Jack Foley de verdad, porque eso era lo que ella deseaba desesperadamente.

Capítulo 8

Benny decidió que la semana del jueves estaría delgada. Tendría las mejillas demacradas y un cuello largo y delgado. Por supuesto, eso supondría no comer nada en absoluto. No sería sencillo conseguirlo en casa, donde Patsy le ponía delante un cuenco de *porridge*, una jarra de nata y el azucarero de plata nada más comenzar la jornada. Luego venían el pan marrón y la mermelada. Y a cada lado se sentaba un progenitor empeñado en que empezara bien el día.

Benny comprendió que requeriría un gran ingenio perder un gramo como residente en Lisbeg, Knockglen. Así pues, empezó por fingir que ya no le gustaba el *porridge*. De hecho le encantaba, cubierto de nata y espolvoreado con azúcar moreno. A continuación, empezó a retrasar su partida todo lo posible y, en el último momento, decía: «Dios mío, qué tarde es. Me llevaré el pan con mantequilla para el camino». Cuando no la miraba nadie, lo echaba al gallinero del doctor Johnson o lo tiraba al cubo de la basura de Carroll, o al de Shea.

Luego estaba la hora de la comida. Era superior a sus fuerzas entrar en los cafés, donde el olor a salchichas con patatas en unos, y en otros el olor a bollos de almendra haría que se volviera loca.

Le dijo a Nan y a Eve que tenía que trabajar y se pasaba las horas en la biblioteca.

La atmósfera cargada de la biblioteca y la falta de comida la hicieron sentir dolor de cabeza y debilidad toda la tarde. Otra prueba para su voluntad era pasar por delante de las confiterías sabiendo que un paquete de Rollos le daría la energía necesaria para recorrer el camino hasta Quays y coger el autobús. Después, de vuelta ya en Knockglen, tenía que enfrentarse también al té, que se había convertido en una merienda-cena.

—He comido un montón hoy en la ciudad —decía a modo de excusa.

—¿Y por qué lo has hecho, sabiendo que tienes una comida estupenda esperándote aquí? —respondía perpleja su madre.

A veces probaba suerte con el argumento de que no tenía hambre porque estaba muy cansada. Eso tampoco les hacía ninguna gracia. ¿Sería buena idea llamar al doctor Johnson? ¿Cómo podía estar cansada una chica sana y normal como ella? Benny sabía que era inútil decirles la verdad, que estaba intentando perder peso. Le dirían que estaba estupendamente, se preocuparían y discutirían inacabablemente. El tema de su alimentación podía convertirse en un campo de batalla. Ya era bastante difícil resistirse a la tarta con arropo de Patsy, y jugar con un trozo de pastel de patata cuando lo que le apetecía era comerse media docena. Benny sabía que el camino a la belleza estaba sembrado de espinos, pero se preguntaba sombríamente si sería igual de espinoso para todo el mundo.

Dudaba si ponerse un corsé, como hacía la señora Healy. Bueno, no exactamente

como los corsés de ballenas de la señora Healy. Resultaban demasiado obvios. Había visto uno anunciado: «Corsé Nu Back... cederá cuando usted se agache, se incline o se gire. Vuelve fácilmente a su posición y no se sube al sentarse». Costaba 19 chelines y once peniques, casi una libra, y parecía ofrecer todo aquello que una mujer podía soñar. Aunque, por supuesto, no ofrecía solución alguna para el cuello y las mejillas.

Benny suspiraba mucho. ¿No habría sido estupendo ir a comer a un elegante sitio de Dublín si fuera pequeña y pulcra como Eve? O mejor aún, si se pareciera a Nan. Si fuera tan asombrosamente atractiva, todo el mundo volvería la cabeza para mirarla y Jack se sentiría orgulloso y satisfecho de haberla invitado.

Debido a que Benny no estaba ya nunca disponible a la hora de la comida, Nan y Eve empezaron a ir juntas a uno de los cafés que había cerca de la universidad. Eve observaba, divertida y burlona, cómo los chicos se unían a ellas fueran donde fueran.

Nan realizaba unas actuaciones asombrosas, pensaba Eve para sus adentros. Tenía un atractivo meticulosamente calculado, sin estridencias. Eve nunca había visto a nadie desempeñar un papel así. Por otra parte, se preguntaba si Nan actuaba realmente. Parecía hacerlo todo con la mayor naturalidad y se mostraba invariablemente cordial y agradable con quienes la abordaban. Casi majestuosa, como una reina, pensaba Eve. Era como si supiera que siempre estaría rodeada de admiración y estuviera perfectamente acostumbrada a hacerle frente.

Eve siempre quedaba incluida en las conversaciones. Como le contó a Kit Hegarty, con la que había establecido una agradable camaradería en Dunlaoghaire, era la mejor tarjeta de presentación posible para conocer hasta al último varón del University College de Dublín.

—Por supuesto para ellos no soy más que una pálida sombra a su lado —dijo perspicazmente Eva—. Como la luna que, carente de luz propia, refleja la del sol.

—Bobadas —le respondió Kit en un gesto de lealtad—. No es propio de ti ser tan humilde.

—Soy práctica —respondió Eve—. No me importa en absoluto. Sólo existe una Nan en cada generación.

—Al parecer es la belleza oficial.

—Supongo que sí, aunque no se comporta como tal. No como esa Rosemary, que se cree que todos los días asiste a una fiesta. Rosemary lleva siempre puesto un kilo de maquillaje, y sus pestañas miden unos veinticinco centímetros, lo creas o no. Se pasa las horas parpadeando como loca para que todo el mundo se fije en ellas. Me asombra que no se maree ni se quede ciega. —La voz de Eve había adquirido una asombrosa ferocidad.

—Pero Nan no es así, ¿verdad? —Kit Hegarty no conocía aún a aquel ejemplar.

—No, y es igual de agradable con los tipos insufribles como con otros que están para comérselos. Se pasa siglos hablando con chicos cubiertos de espinillas que sólo a duras penas consiguen hilar una frase. Los chicos macizos se vuelven locos.

—¿Y no hay nadie que le guste especialmente? —preguntó Kit. En su opinión, Eve estaba viendo demasiado a la deslumbrante Nan y había dejado de lado a su vieja amiga Benny Hogan.

—Al parecer no. —También Eve estaba sorprendida—. Porque podría elegir al que quisiese, incluso a Jack Foley, pero no parece estar interesada. Es como si estuviese esperando algo distinto de lo que los demás no sabemos nada.

—¿Marcianos? —sugirió Kit.

—No me sorprendería nada.

—Por cierto, ¿cómo está Benny? —La voz de Kit era deliberadamente casual.

—Es curioso que me lo preguntes. No la he visto en toda la semana, excepto en clase, y sólo nos hemos saludado con la mano.

Kit Hegarty sabía que no era prudente entrometerse o criticar, pero sintió que su corazón se abría hacia aquella muchacha grande y desgarrada de la sonrisa brillante, la chica que había sido amiga de Eve contra viento y marea y que ahora parecía haber quedado relegada. Para las polillas y los insectos corrientes era duro que apareciera en escena una mariposa deslumbrante como Nan.

—¿Vas a ir a la cafetería, Eve? —preguntó Aidan Lynch, que parecía estar en todas partes. Llevaba un abrigo de paño marrón que había conocido mejores días, cabello largo y ondulado que se le metía en los ojos y gafas oscuras de concha, que siempre decía que eran de cristal sin graduar, pero le hacían parecer muy intelectual.

—No pensaba hacerlo, no.

—¿No cambiarías de opinión ante la perspectiva de que te acompañe a la ida y a la vuelta y la clara posibilidad de que te invite a un café y a un cementerio de moscas?

—Me encantaría un cementerio de moscas —dijo Eve refiriéndose a unos hojaldres con relleno negro y cremoso—. Tengo que preparar el desayuno para una serie de hombres enormes y glotones y esta mañana se me ha olvidado desayunar.

—¿Hombres enormes y glotones? —Aidan estaba interesado—. ¿Vives en un harén masculino?

—No, es una casa de huéspedes particular. Ayudo en la casa para ganarme la vida. —Hablaba sin autocompasión ni desafío. Por una vez, Aidan se quedó sin nada que decir. Pero no por mucho tiempo.

—En tal caso, alimentarte no sólo será un placer, es un deber —dijo.

—Nan no podrá venir. Tiene una clase. En la cara de él apareció un atisbo de irritación.

—No quiero que venga Nan. Quiero que vengas tú.

—Buenos reflejos, señor Lynch. —Le sonrió.

—¿Hay algo peor en el mundo que ser juzgado equivocadamente y que se malinterpreten los motivos de uno? —preguntó.

—No lo sé, ¿Lo hay? —A Eve le gustaba aquel larguirucho estudiante de Derecho. Siempre le había considerado parte del grupo de Jack Foley. Claro está que

a veces resultaba un poco bobo con tanto parloteo grandilocuente, pero fundamentalmente era un buen chico.

Caminaron amigablemente pasillo adelante hacia las escaleras de piedra que conducían a la cafetería de la facultad. De camino pasaron por delante de la sala de lectura para chicas. A través de la puerta, Eve vio a Benny sentada sola.

—Aidan, espera un minuto. Le voy a decir a Benny que si se apunta.

—¡No! Te lo he pedido a ti —dijo él con petulancia.

—Por el amor de Dios, el bar está abierto a todo el mundo. No es como si me hubieras invitado a una cena para dos a la luz de las velas —le respondió Eve hecha una furia.

—Lo habría hecho encantado, pero no sé dónde las sirven a estas horas de la mañana —replicó él.

—No seas payaso. Espera aquí un segundo.

Benny parecía tener la mente en otra parte. Eve le tocó el hombro.

—Ah, hola —dijo levantando la mirada.

—Menos mal, admites que me reconoces. Permíteme que me presente. Me llamo Eve Malone. Nos conocimos hace ya algunos años en... ¿dónde fue? En Knockglen... sí, eso es.

—Déjalo ya, Eve.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres jugar ya conmigo? —No puedo decírtelo.

—Puedes decirme cualquier cosa —dijo Eve arrodillándose junto a la silla.

Fuera, en el corredor, Aidan Lynch carraspeó.

—No, márchate, hay un chico esperándote. —Dímelo.

—Estoy a dieta —susurró Benny.

Eve echó hacia atrás la cabeza y empezó a reírse a carcajadas. Toda la gente que había en el salón se volvió a mirarla. A Benny se le puso la cara como un tomate.

—Mira lo que has hecho —siseó enfurecida.

Eve miró a su amiga a los ojos.

—Sólo me río de alivio, tonta del bote. ¿Es eso todo? Creía que te había hecho algo horrible.

—Por supuesto que no.

—Pues ven a tomarte un café con Aidan y conmigo.

—No, no puedo soportar el olor a comida —dijo Benny con voz quejumbrosa.

—¿Quieres que demos un paseo por el parque a la hora del almuerzo? Allí no hay comida —sugirió Eve.

—Seguro que nos encontramos a alguien echándole de comer a los patos, y soy capaz de arrebatarse el pan y salir huyendo mientras lo engullo —respondió Benny con la sombra de una sonrisa.

—Eso está mejor. Te recogeré en el vestíbulo principal a la una. —No se lo cuentes a nadie.

—¡Vamos, Benny, por favor!

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Aidan satisfecho de ver que Eve volvía sola.

—Le explicaba a Benny dónde voy a estar, y que si no he vuelto a una hora determinada debe llamar a la policía —respondió Eve.

—Muy graciosa.

—Tampoco se puede decir que tú te tomes la vida muy en serio —le dijo Eve tajantemente.

—Sabía que éramos almas gemelas, lo supe desde el momento en que te vi. Recuerdo que fue en la cama.

Eve se limitó a levantar los ojos, para no animarle, pero Aidan empezaba a cogerle el gusto al tema.

—Será algo bonito para contárselo a nuestros nietos en los años venideros.

—¿Cómo?

Aidan imitó la voz de un niño. «Dime abuelito, ¿cómo os conocisteis la abuelita y tú?». Y entonces yo diré: «Jua, jua, jua, pequeño, cuando nos conocimos ella estaba en la cama. Me la presentaron en la cama. Así eran las cosas en los cincuenta. Eran tiempos muy desinhibidos, juo, juo, juo».

—Eres un idiota —dijo Eve riéndose.

—Lo sé. Ya he dicho que estamos hechos el uno para el otro —replicó él ofreciéndole el brazo. Se unieron a la multitud que bajaba por las escaleras a tomar café.

Benny sacó un pequeño espejo que llevaba en el bolso. Lo introdujo en una copia de la obra *La Inglaterra de los Tudor* y se examinó cuidadosamente la cara. Llevaba cinco días sin comer prácticamente nada y seguía teniéndola redonda, su mandíbula seguía siendo maciza y no había indicio alguno de que fuera a ponérsele el cuello como el de un cisne. Era casi como para dejar de creer en Dios.

—¿No te persiguen las mujeres en la facultad? —preguntó Aengus a Jack Foley.

—No me he fijado nunca. —Jack no se estaba concentrando.

—Lo habrías notado. Jadean —le explicó Aengus. Jack levantó la vista de sus apuntes.

—¿Ah, sí?

—Eso tengo entendido.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Fundamentalmente de Ronan. Estaba haciendo una imitación muy graciosa de gente en un coche, jadeando y resoplando. Dice que las chicas se ponen así cuando están llenas de pasión.

—¿Y dónde ha visto él eso para hacer una imitación? —preguntó Jack, no sin cierta ansiedad.

Aengus puso cara de inocente.

—Ni idea. Ya conoces a Ronan.

Jack conocía, en efecto, a su hermano Ronan, y tenía la incómoda sensación de que había habido alguien en las inmediaciones cuando se despedía de Shirley la otra

noche. Shirley era completamente distinta a las demás chicas de la universidad. Había pasado un año en América, por lo que tenía mucha experiencia. El sábado anterior, cuando estaban en el Four Courts, le había ofrecido a Jack llevarle a casa en coche cuando terminara el baile del Solicitor's Apprentice. Tenía su propio coche y sus propias reglas. Había aparcado delante mismo de su casa debajo de una farola.

Cuando él había murmurado que podían buscar un lugar más discreto, Shirley le había replicado que le gustaba ver lo que besaba.

Al parecer, su hermano también había tenido ocasión de verlo.

Jack Foley tomó nota mentalmente de que debía mantenerse alejado de Shirley. La próxima vez saldría con Rosemary, o incluso con Nan Mahon, que era fría como el hielo. Se habían acabado las señoritas chifladas, faltaría más.

Benny se comió una manzana mientras caminaba por St. Stephen's Green a la hora de la comida y se sintió algo mejor. Eve no volvió a hablar de la dieta. Benny sabía que ni siquiera tendría que advertirle que no se lo dijera a Nan. No se trataba de que Nan no fuera a mostrarse colaboradora, desde luego que lo haría. Se trataba de que Nan no necesitaba intentarlo siquiera. Ya era perfecta, lo que la situaba en un mundo diferente.

En su lugar, hablaron sobre Aidan Lynch, que pensaba ir a Dunloghaire esa noche para invitar a Eve al cine. Ya sabía que ella tendría que fregar los platos después de la cena. Viajaría en tren.

—Te he echado mucho de menos, Eve —dijo Benny de repente.

—Yo también a ti. ¿Por qué no puedes quedarte en la ciudad alguna noche?

—Ya lo sabes.

Eve lo sabía. Las discusiones sobre las tardes que se acortaban, la oscuridad cuando se hacía de noche... Sería un trabajo tan enorme que habían decidido que Benny esperara hasta que tuviera una cita en firme, una razón de verdad para quedarse en la ciudad. Emplear una noche de libertad para pasarla juntas como en los viejos tiempos parecía un modo de desperdiciarla.

—Me encantaría que volvieras a casa en Knockglen —dijo Benny—. Y que conste que no quiero forzarte, pero sabes que a la madre Francis también le encantaría.

—Lo haré —prometió Eve—. Pero yo también tengo mis obligaciones. Es precisamente los fines de semana cuando mayor servicio le hago a Kit. Sirvo el té del sábado a una velocidad que te dejaría atónita. No hago más que repetirle a los chicos que tienen que coger el tren de las seis y media a la ciudad para meterse en danza. No saben lo que quiero decir, pero les hace darse prisa. Si no, se pasarían la noche remoloneando por la casa.

—Eres una tirana sin entrañas —dijo Benny soltando una risita.

—No digas tonterías. Sólo me crié con un general del ejército en St. Mary's. Eso es todo. La madre Francis se salía siempre con la suya. Los domingos tengo una norma: se toma una comida abundante y para por la noche se les deja un plato de

ensalada cubierto con un paño a cada uno de ellos. Nada de servir la cena.

—Seguro que está encantada contigo —dijo Benny.

—Le hago compañía, eso es todo.

—¿Habla mucho de su hijo?

—No mucho, pero llora por él durante la noche. Lo sé.

—¿No es asombroso que la gente llegue a querer tanto a sus hijos que prácticamente vive por ellos?

—Es lo que les ocurre a tus padres. Forma parte del problema. Aun así, es agradable saber que te quieren —dijo Eve.

—Tus padres también lo habrían hecho, si hubieran estado vivos.

—Y si hubieran estado cuerdos —añadió secamente Eve.

Benny se sentó junto a Rosemary en la clase de Historia. Nunca había hablado de verdad con ella. Quería echarle un vistazo al maquillaje de Rosemary y se preguntaba si podría aprender algo de ella.

Charlaron ociosamente mientras aguardaban la llegada del profesor.

—¿Knockglen? —dijo Rosemary—. Es la segunda vez que lo oigo mencionar hoy. ¿Dónde está?

Benny se lo dijo, señalando sombríamente que estaba demasiado lejos para ser accesible y demasiado cerca para vivir en Dublín.

—¿Quién te ha hablado de él?

Rosemary contrajo los labios intentando pensar. A menudo se daba un poco de vaselina en las pestañas en medio del aula. Se suponía que así las hacía crecer. Lo hizo ahora abiertamente en presencia de Benny, que no era una rival ante la que mantener ocultos los secretos de su belleza.

Benny la observó con interés. Entonces Rosemary lo recordó.

—Ya sé. Fue Jack. Jack Foley. Me dijo que a un amigo suyo le gusta alguien que vive en Knockglen. ¿No serás tú por casualidad?

—No, no lo creo. —El corazón de Benny parecía haberse vuelto de plomo. Rosemary parecía haber intimado mucho con Jack, y Jack se dedicaba a bromear sobre Knockglen—. Se trata de su amigo Aidan. Ya sabes, el patoso de Aidan Lynch. En realidad es bastante ingenioso, lo que en cierto modo compensa lo demás.

Benny sintió que le ardían las mejillas. ¿Era así como hablaba la gente? La gente como Jack y Rosemary, y tal vez incluso Nan. No había forma de saberlo. ¿Acaso la gente guapa seguía reglas distintas?

—¿Y qué opinaba Jack de la chica de Knockglen que le gusta a Aidan? —Quería mantener el nombre de Jack en la conversación, por doloroso que le resultara.

—Me dijo que era un lugar estupendo. Ha estado allí.

—¿De verdad? —Benny recordaba cada momento del día que habían pasado juntos. Probablemente sería capaz de hacer una transcripción, como las de los juicios, de todo lo que habían dicho.

—Él no es de este mundo —le confió Rosemary—. ¿Sabes una cosa? Además de

ser una estrella del rugby es inteligente. Sacó seis matrículas en el último curso, y encima es encantador.

Así que Rosemary le había sonsacado a Jack lo bien que le habían salido los exámenes finales del colegio, igual que había hecho ella.

—¿Sales con él? —preguntó Benny.

—Todavía no, pero lo haré. Ése es mi proyecto —dijo Rosemary.

Benny se pasó toda la clase, dedicada a la historia de Irlanda bajo los Tudor, mirando a hurtadillas a su vecina. Era monstruosamente injusto que una chica como Rosemary llevara una barra de Kit-Kat en el bolso y no tuviera granos ni atisbo de papada.

¿Y cuándo había tenido todas esas conversaciones con Jack Foley? Probablemente al anochecer. O incluso al atardecer, mientras la pobre Benny Hogan estaba sentada como una bala de mercancía en el autobús que la llevaba de vuelta a Knockglen.

Benny deseó no haberse comido la manzana. Tal vez lo que su organismo necesitaba era una verdadera conmoción. Nada de comida tras tantos años de exceso de comida. Tal vez la manzana hubiera retrasado el proceso.

Miró a Rosemary y se preguntó si habría alguna esperanza de que su proyecto fracasara.

—¿Cómo va el trabajo, Nan? —Bill Dunne se preciaba de llevarse bien con las mujeres. Pensaba que la reputación de Aidan Lynch era totalmente injustificada. Los chascarrillos y todo eso estaban muy bien en el colegio, donde todo el mundo andaba siempre de broma, pero en la universidad las mujeres eran serias y estudiosas. O habían ingresado en ella porque querían que la gente pensara que lo eran. Uno no podía dedicarse a ligar y a hacer chistes como un colegial con las universitarias. Había que fingir que se tomaba en serio sus estudios.

—Supongo que como a todos —dijo Nan Mahon dirigiéndole una de sus gloriosas sonrisas—. Si te gustan las clases, si te interesa el tema, las cosas van bien. Si no, es un infierno, y al final nos tocará pagar.

Las palabras en sí carecían de significado, pero a Bill le gustó su tono. Era cálido y casi afectuoso.

—¿Querrías salir a cenar conmigo una noche de éstas? —preguntó.

Lo había pensado cuidadosamente. Una chica como Nan debía recibir invitaciones para ir a bares, pubs, fiestas o al cine. Él había decidido ir un peldaño más arriba.

—Gracias, Bill. —Su sonrisa seguía siendo cálida—. No salgo gran cosa. Soy una persona realmente aburrida. Estudio durante toda la semana, ya sabes, para mantenerme a la altura.

Se sintió sorprendido y desilusionado. Había creído que la invitación a cenar funcionaría.

—Podríamos cenar algún fin de semana, cuando no estés tan liada.

—Los sábados suelo asistir a los debates y conferencias, y luego bajo al Four Courts. Se ha convertido en una especie de ritual. —Le sonrió con gesto de disculpa.

Bill Dunne no estaba dispuesto a rogar. Sabía que no serviría de nada.

—Entonces ya nos veremos en alguna de esas reuniones —dijo con voz distante, negándose a permitir que trasluciera su disgusto.

La habitación de Nan se había convertido en su vivienda. Tenía una tetera eléctrica y dos jarras de barro. Tomaba el té con limón, así que no necesitaba leche ni azúcar.

A veces entraba su madre a pasar un rato con ella.

—Qué tranquilo es esto —decía Emily.

—Por eso quería trabajar aquí.

—Sigue enfadado. —La madre de Nan parecía a punto de rogarle algo.

—No hay razón para que lo esté, Em. Siempre me comporto educadamente con él. Es él quien usa ese lenguaje y pierde el control de sí mismo.

—Ah, si pudieras entenderle.

—Le entiendo. Comprendo que puede ser dos personas. No tengo por qué depender de sus cambios de humor. Así que no pienso hacerlo. No pienso sentarme abajo preguntándome cuándo volverá a casa y en qué estado lo hará.

Hubo un silencio.

—Tampoco deberías hacerlo tú, Em —dijo al fin Nan.

—Para ti resulta muy fácil. Eres joven y preciosa. Tienes todo el mundo por delante.

—Em, sólo tienes cuarenta y dos años. Tienes buena parte del mundo por delante.

—No como esposa fugada, no podría.

—En cualquier caso, no quieres huir —dijo Nan.

—Quiero que tú te apartes de esto.

—Así lo haré, Em.

—No sales con nadie. Nunca tienes citas.

—Estoy esperando.

—¿A quién?

—Al príncipe azul, el caballero blanco, el gran señor o quienquiera que dijeras que vendría a por mí.

Emily se quedó mirando, alarmada, a su hija.

—Sabes perfectamente a lo que me refería con eso. Quería decir que espero algo mucho mejor que lo que hay aquí, muy por encima de Maple Gardens. Puedes conocer a gente así entre tus amigos, los estudiantes de leyes, los jóvenes ingenieros, chicos con padres en posiciones muy elevadas.

—Eso es lo mismo que Maple Gardens pero con más jardín y un vestidor en el piso de abajo.

—¿Qué quieres decir?

—No me he aferrado a un sueño para acabar otra vez en Maple Gardens, Em, con

otro tipo agradable que acabaría siendo un bebedor como papá.

—Cállate, no digas eso.

—Tú me has preguntado. Yo te he contestado.

—Sí, lo sé. ¿Pero qué es lo que esperas obtener?

—Lo que me dijiste que obtendría, todo lo que desee.

Tenía un aspecto orgulloso y confiado allí sentada a la mesa, con el tazón de té en la mano, su rubio cabello retirado de la frente y el rostro impertérrito ante la conversación que estaban manteniendo.

—Y podrías hacerlo. —Emily sintió que la fe que siempre había anidado en su corazón despertaba de nuevo.

—Así que no vale la pena que salga con gente entre la cual no quiero vivir. Sería tan sólo una pérdida de tiempo.

Emily se estremeció.

—Podría haber personas encantadoras entre tanta gente.

—Es posible, pero no serían lo que tú y yo queremos.

La mirada de Emily se posó en la mesa, y entre los libros y ficheros de Nan vio varias revistas: *The Social and Personal*, *The Tatler*, *Harpers and Queen*... Incluso había libros sobre etiqueta que había cogido prestados en la biblioteca. Nan Mahon estaba estudiando mucho más que primero de Letras.

La señora Healy miró a través de los gruesos visillos y vio a Simon Westward bajarse de su coche. Le acompañaba su pequeña y regordeta hermana. Quizá la trajera al hotel a tomar una limonada. La señora Healy admiraba hacía mucho al joven caballero, como le llamaba ella. De hecho, incluso había albergado ciertas pretensiones acerca de él. Era un hombre de unos treinta años, poco menos que ella.

Ella era una impecable y relevante viuda en el pueblo, una persona de reputación intachable. No pertenecía exactamente a la clase social de él ni a la religión apropiada, pero la señora Healy era una mujer práctica. Sabía que cuando la gente estaba tan arruinada, como al parecer lo estaban los Westward, buena parte de las reglas de antaño dejaban de ser inflexibles.

Sabía que Simon Westward le debía dinero a Shea desde las Navidades pasadas por la bebida que había comprado para la fiesta de la caza y para la celebración del Boxing Day. Muchos viajeros habían entrado a tomar una copa en el Hotel Healy y habían hablado indiscretamente, porque ni se les había pasado por la cabeza que la engreída y distante dueña pudiera tener el más mínimo interés en los chismorreos del vecindario.

En la mayoría de los casos habrían estado en lo cierto, pero siempre había sentido un gran interés por la familia Westward. Había crecido en Inglaterra, donde la casa señorial siempre había estado mucho más relacionada con el pueblo. Jamás había dejado de asombrarla, tras su regreso a su tierra natal, que nadie pareciera interesado en saber qué pasaba en Westlands.

Observó decepcionada cómo los Westward entraban en la sastrería de Hogan, al

otro lado de la calle.

¿Qué habrían ido a buscar allí? Sin duda podían comprar en Callaghan's o en Elvery's en Dublín. Quizá se les hubiera acabado el crédito en esos establecimientos. Tal vez hubieran decidido probar suerte localmente, donde un hombre tan bondadoso como Eddie Hogan jamás les preguntaría si tenían dinero antes de sacar el rollo de tela y tomarles medidas para apuntarlas en su libro.

Desde el interior de su sombría tienda, mirando a través del oscuro escaparate con sus balas de tela y sus persianas que no se abrían nunca del todo, Eddie Hogan vio encantado que Simon Westward y su hermana menor se dirigían hacia su establecimiento. Deseó haber dispuesto del tiempo necesario para adecentarlo un poco.

—Ni te imaginas... —empezó a susurrarle a Sean.

—Lo sé —siseó Sean a modo de respuesta.

—Está muy oscuro —se quejó Heather, y entrecerró los ojos intentando habituarse al cambio de luz. Afuera brillaba un brillante sol invernal.

—Shh. —Su hermano no quería que la niña pareciera maleducada.

—Es un honor —empezó a decir Eddie Hogan.

—Ah, buenos días, señor... Hogan, ¿me equivoco?

—Por supuesto que no —dijo Heather—. Está escrito ahí fuera. Simon pareció irritado y Heather se mostró inmediatamente arrepentida.

—Lo siento —murmuró mirando hacia el suelo.

—Efectivamente, soy Edward Hogan, a su servicio, y éste es mi ayudante Sean Walsh.

—¿Cómo está usted, señor Walsh?

—Señor Westward. —Sean hizo una ligera inclinación.

—Me temo que nuestra visita obedece a una nadería. Heather quiere comprarle un regalo al abuelo por su cumpleaños. Nada más que un detalle.

—Ah, ya. Puedo sugerirle unos pañuelos de lino. —Eddie Hogan empezó a sacar caja tras caja de pañuelos, y abrió un cajón donde los tenía guardados individualmente.

—Tiene tantos pañuelos que no sabe qué hacer con ellos —explicó Heather—. Y además no se le da nada bien sonarse la nariz.

—¿Una bufanda quizá? —Eddie Hogan estaba desesperadamente ansioso por agradar.

—No sale de casa, ¿comprende? Es muy, muy mayor.

—Sí que es un problema. —Eddie se rascó la cabeza.

—Pensé que a lo mejor tenía algún tipo de fruslería —dijo Simon sonriendo primero a un hombre y luego al otro—. No importa lo que sea. El abuelo no está realmente en situación de apreciar nada, pero... ya saben. —Con un gesto de la cabeza indicó a Heather, que recorría la tienda con gran interés.

Eddie Hogan se había aventurado a estas alturas a buscar una solución al

problema.

—Me atrevería a sugerirle, señor Westward, que si de lo que se trata es de darle un gusto a su abuelo y mostrarle que se han acordado de su cumpleaños, pensara en términos de dulces, más que de ropa.

—Sí. —Heather estaba dudosa.

—Sé que puede dar la impresión de que rechazo a un cliente, pero me gusta pensar en lo que es mejor para todos. Probablemente una caja de caramelos blandos estaría bien. Birdie Mac la envolvería para regalo y podrían ponerle una tarjeta.

Simon le miró con interés.

—Sí, probablemente eso sea mucho más sensato. Ha sido una tontería por nuestra parte no haberlo pensado. Gracias.

Debió de ver la mirada de decepción desnuda en el rostro de Eddie Hogan.

—Lamento haberle molestado, señor Hogan, haberle hecho perder el tiempo y todo eso.

Eddie devolvió ansiosamente la mirada a aquel hombre joven y lleno de confianza.

—Ha sido un honor para mí, como ya he dicho, señor Westward —respondió un tanto estúpidamente—. Tal vez ahora que ya conoce nuestro establecimiento tengamos el honor de que vuelva alguna vez.

—Oh, desde luego. —Simon mantuvo la puerta abierta para que pasara su hermana y salió.

—Ha sido muy inteligente por su parte, señor Hogan —dijo Sean Walsh aprobadoramente—. Ahora nos debe un favor.

—Sólo intentaba pensar en un regalo que la niña pudiera hacerle a su abuelo —replicó Eddie Hogan.

Llegó el jueves. Benny se miró en el espejo del cuarto de baño durante un rato largo y sin falsas complacencias. Cabía la posibilidad de que hubiera perdido algo de peso en la zona de los hombros. Sólo era una posibilidad, y aun así, vaya sitio más inútil para perder peso.

Se había lavado la cabeza la noche anterior y tenía el pelo hermoso y brillante. La falda que Peggy Pine le había advertido que tal vez le estuviera ajustada le apretaba y, además, le sentaba espantosamente. Pero tenía un color azul precioso, nada parecido al clásico azul marino y marrón que había llevado como uniforme del colegio. El tipo de colores que no atraían la atención. La blusa no recordaba, con su aspecto un poco de baratillo, a las que normalmente llevaba. Pero era mucho más femenina. Cuando estuviera sentada a la mesa con un hombre tan guapo como Jack Foley, él no tendría otra cosa que mirar que su parte superior. Tenía que ponerse algo llamativo, no parecer una gobernanta o un prefecto escolar.

Su corazón alzó el vuelo y cayó en picado una docena de veces mientras se vestía. Él había actuado con enorme soltura y naturalidad el día que había venido a Knockglen. Pero en la universidad era diferente. Siempre se oía a la gente hablar de

él como si fuera una especie de dios griego. Hasta unas auténticas reencarnaciones de la Virgen María que había en su clase hablaban de él. Llevaban el pelo liso, gafas y chaquetas de lana deslucidas. Trabajaban más que las monjas y parecían no disponer de tiempo para los chicos o la vida social. Hasta esa clase de chicas sabía de Jack Foley.

Y él la había invitado a salir hoy. Le gustaría decírselo a Rosemary. De verdad que le encantaría ver la cara que ponían ella y otras muchas. Le encantaría ir a su tienda y contarle a la detestable Maire Carroll, que solía insultarla cuando iban al colegio, lo bien que le iban las cosas. Maire no había sido admitida, como esperaba, para estudiar Magisterio. Estaría rumiando su resentimiento en la tienda de ultramarinos de sus padres mientras Benny comía en el Dolphin con Jack Foley.

Benny dobló cuidadosamente la delgada blusa y la guardó en su enorme bolso. Metió en él también un pequeño tubo de pasta de dientes, un cepillo y los polvos de talco de su madre. Si la descubrían diría que los había cogido por error. Eran las siete treinta y cinco. Dentro de seis horas estaría sentada frente a él. Por favor, Dios mío, que no se comportara como una idiota y no dijera cosas que luego lamentaría. Y si las decía, que se acordara de no proferir grandes carcajadas inmediatamente después.

Sintió un cosquilleo de culpabilidad por no haberle contado a Eve lo de su cita. Era la primera vez que le había ocultado algo a su amiga. Pero no había tenido tiempo para hacerlo, y además había tenido miedo de que Eve se lo contara todo a Nan. Nan se habría comportado maravillosamente y le habría prestado un bonito bolso o unos pendientes a juego con la falda. Pero no quería que todo estuviera planificado y decidido. Quería hacerlo sola y ser ella misma. O algo parecido. Benny sonrió burlonamente a su reflejo. No iba a ser exactamente su ser natural el que entraría en el Dolphin en el plazo de seis horas. Sería una Benny desnutrida y excesivamente acicalada que no había prestado ni un minuto de atención a sus libros en los últimos diez días.

—Me gustaría que me explicaras qué es lo que le pasa al *porridge*, Benny. — Patsy estaba sola en la cocina cuando bajó Benny.

—Nada, Patsy, te lo juro.

—Es que si alguna vez me caso, me gustaría ser capaz de poner en la lumbre una perola decente de *porridge* para mi marido y su madre.

—¿Su madre?

—Bueno tendría que irme a vivir con él, ¿no? Yo no tengo casa propia.

—¿Te gusta alguien, Patsy?

—No tiene sentido que tú o yo nos encaprichemos de alguien. Yo no tengo donde caerme muerta y tú tendrías que buscarte un hombre grande como un buey para que estuviera a tu altura —dijo Patsy alegremente.

De un modo u otro, pasó la mañana. Benny se saltó la clase de las doce. No quería verse obligada a correr a través del Green, calle Grafton abajo y en torno al Banco de Irlanda para llegar al Dolphin a la una y cuarto. Podría hacerlo, pero no

quería llegar jadeante y sofocada. Iría caminando tranquilamente y se lo tomaría con calma. Luego, en el último momento, se cambiaría de ropa en algún lugar cercano, en el tocador de señoras o en algún pub o cafetería, se pondría más polvos de talco y se lavarían los dientes. Parecería enormemente relajada y tranquila.

Se compadeció de la gente que veía mientras recorría lentamente las calles de Dublín. Tenían un aspecto gris y acosado. Llevaban la cabeza gacha para protegerse del viento en vez de caminar erguidos haciéndole frente, como Benny. Todos ellos iban a comer ese día cosas aburridas y vulgares. Se irían en autobús a casa, donde la radio estaría puesta a todo volumen y los niños estarían aullando, o harían cola para comer en un restaurante de la ciudad que estaría de bote en bote y en el que el olor de la comida de los demás resultaría poco atractivo.

Se echó un último vistazo y decidió que no podía hacer más. Por supuesto, debería haber empezado la dieta mucho antes. Por ejemplo, hacía tres años. Pero no tenía sentido lamentarse por eso ahora.

Ella era grande y gorda cuando él la había visitado en Knockglen un par de semanas atrás. Eso no le había impedido invitarla a comer a un sitio como éste. Miró incrédula en dirección al Dolphin. Él no le había dicho en qué parte del restaurante la esperaba. Se sabía su carta de memoria. Aunque supuso que él debía referirse a la entrada.

Había tres hombres en la puerta, pero ninguno de ellos era Jack. Eran mucho mayores. Parecían gente adinerada, del tipo que va a las carreras.

Vio, con el impacto que causa el reconocimiento, que uno de ellos era Simon Westward.

—Oh, hola —dijo Benny, olvidando que no le conocía en realidad, sólo a través de Eve.

—Hola —dijo él educadamente pero con extrañeza.

—Soy Benny Hogan, de la tienda de Knockglen. Habló con naturalidad, sin el menor resentimiento por no haber sido reconocida. La sonrisa de Simon se volvió cálida.

—Estuve en la tienda de tu padre ayer.

—Ya me lo ha dicho. Con su hermana menor.

—En efecto. Tu padre es un hombre muy cortés. ¿Y su ayudante...?

—Oh, sí. —Benny no mostró ningún entusiasmo.

—¿No es exactamente el mismo tipo de persona?

—En absoluto, pero no se le puede decir tal cosa a mi padre. Él cree que es estupendo.

—¿No hay varones en la familia para ayudarle a llevar la tienda?

—No, sólo yo.

—¿Y vives en Dublín?

—Ojalá fuera así. No, voy y vengo todos los días.

—Debe ser agotador. ¿Conduces?

Simon vivía en un mundo diferente, decidió Benny.

—Viajo en el autobús —respondió.

—En fin, siempre es un consuelo poder comer en un lugar como éste. —Miró a su alrededor con aprobación.

—Es la primera vez que vengo. He quedado con alguien. ¿Cree que debo esperar en la puerta?

—Será mejor que lo hagas en el bar —dijo, indicándole el camino.

Benny le dio las gracias y entró en el bar. Estaba lleno, pero le vio inmediatamente sentado en un rincón. Le hacía señas con la mano.

—¡Ahí está! —gritó Jack—. Ya estamos todos.

Estaba en pie y le sonreía en medio de un grupo de siete personas. No era una cita. Era una fiesta. Habría ocho personas. Y una de ella era Rosemary Ryan.

En realidad Benny no recordaba casi nada de lo que había ocurrido antes de que entraran en el comedor. Se sentía mareada, en parte por la conmoción y en parte por no haber comido durante los últimos días. Miró a su alrededor desesperadamente para ver qué estaban bebiendo los demás. Algunos tenían vasos de naranjada, pero podría tratarse de ginebra con naranja. Los chicos tenían vasos de cerveza.

—Me gustaría uno de éstos —dijo débilmente señalando un vaso de cerveza.

—La buena de Benny, siempre con los chicos —dijo Bill Dunne, un muchacho que, hasta aquel momento, siempre le había caído bien. Ahora le hubiera gustado coger el pesado cenicero de cristal y golpearle con él la cabeza hasta estar bien segura de que le había matado.

Todos conversaban desenvuelta y alegremente. Los ojos de Benny examinaron a las otras chicas. Como de costumbre, Rosemary parecía recién salida del secador y de una sesión de horas en el centro de belleza más elegante de Dublín. Su maquillaje era perfecto. Sonreía con admiración a todo el mundo. Carmel era pequeña y bonita. Llevaba saliendo con su novio Sean desde los dieciséis o incluso los quince años. En la universidad les llamaban la pareja perfecta. Sean miraba a Carmel con adoración y escuchaba hasta la más inane de sus palabras como si fuera el colmo de la sabiduría. Carmel no constituía una amenaza. Jamás tendría ojos para otro, ni siquiera para Jack Foley.

Aidan Lynch, el muchacho alto y desgarbado que había llevado a Eve al cine, estaba también presente. Benny suspiró aliviada por no haberle hablado a nadie de lo que pensaba era su primera cita. Se habría sentido muy estúpida cuando se hubiera corrido la voz. Pero por supuesto, Aidan le contaría a Eve que Benny había asistido a la fiesta, y Eve se preguntaría, muy razonablemente, por qué ella ni siquiera se la había mencionado. Benny se sentía enfadada, dolida y confusa.

La otra chica se llamaba Sheila. Estudiaba Derecho. Era una muchacha pálida, pensó Benny, mirándola con ferocidad; pálida y de rasgos bastante vulgares. Pero era pequeña. ¡Dios, vaya si era pequeña! Tenía que levantar la vista para mirar a Jack Foley, no como Benny, que le miraba desde su misma altura. Recordó lo que Patsy

había dicho acerca de que necesitaba un hombre grande como un buey. Contuvo las lágrimas con esfuerzo.

Ninguno de ellos había estado allí antes. Era el gran plan de Jack, comentaron, un plan que les convertiría en personajes conocidos y altamente respetados para cuando se graduaran. Allí se reunía mucha gente que acudía a las carreras y también abogados. Se trataba de convertirse en clientes habituales del lugar.

Las letras del menú parecían bailar ante los ojos de Benny. Iba a comer de verdad por primera vez en diez días. Sabía que la comida se le atragantaría.

Cuando acabó la distribución de los asientos, se encontró sentada entre Aidan Lynch y el lacónico Sean. Jack Foley estaba sentado entre Rosemary y Sheila al otro lado de la mesa. Tenía un aspecto muy juvenil y estaba contento, satisfecho con su idea de que los cuatro chicos pagaran una elegante comida como aquella.

Los otros también parecían satisfechos.

—Tengo que reconocer que has sabido escoger lo mejorcito del rebaño para que nos acompañara —dijo Aidan Lynch.

Cerdo traidor, dijo Benny para sus adentros, recordando que le había jurado devoción eterna a Eve Malone aquella misma semana.

—Sólo lo mejor es suficiente. —La sonrisa de Jack era cálida e incluía a todos.

Benny tendió la mano hacia la mantequilla, pero la retiró. Enfurecida, se dio cuenta de que Bill Dunne la había visto.

—Vamos, Benny, de algo hay que morir —dijo acercándole la fuente.

—Tendríais que ver los téis tan maravillosos que sirven en casa de Benny —dijo Jack intentando alabarla—. Estuve allí hace poco y no os podéis hacer idea. Bollos y dulces y tartas y bizcochos, y no era más que un día normal.

—Así es la vida en el campo. Les gusta atiborrarse. No como nos pasa a nosotros, que somos sólo hambrientos ratones de ciudad —dijo Aidan.

Benny les miró uno por uno. La delgada blusa con puntillas no había servido para nada. Ni tampoco la falda azul. Podía oler el aroma de los polvos de talco que se había puesto en las axilas y entre los pechos. No era el tipo de chica que la gente admiraba y deseaba proteger, como ocurría con Rosemary Ryan y la pequeña y enamorada Carmel, y la pálida pero interesante Sheila de la facultad de Derecho. A Benny sólo la habían invitado para reírse, era alguien con quien todos podían bromear sobre grandes comilonas y sobre la importancia de comer mantequilla.

Sonrió valientemente.

—Así es, Aidan. Pásate por Knockglen y te cebaremos como Dios manda. Serás como uno de esos gansos a los que dan comida por un tubo para que tengan el hígado delicioso.

—Benny, por favor. —Rosemary agitó las pestañas. Parecía a punto de desmayarse.

Pero Bill Dunne estaba interesado.

—Sí, en los menús ofrecerían hígado de Lynch.

Jack empezaba a entrar también en el juego.

—Una especialidad de Knockglen. Engordado a setenta y cinco kilómetros de Dublín —dijo.

—Tendría que huir y ocultarme. No me querían vivo, sino muerto. Dios, Benny, ¿qué tienes planeado para mí?

—Piensa que serías toda una exquisitez —comentó Benny. Sus mejillas brillaban. Engordado a setenta y cinco kilómetros de Dublín. ¿Había dicho realmente aquello Jack? Lo más importante era no parecer herida.

—Es un precio demasiado elevado —Aidan parecía pensativo, como si estuviera estudiando la propuesta seriamente.

—Me parece horrible bromear sobre criar pobres e inocentes animales para comérselos —dijo Rosemary con aspecto frágil.

Benny deseó haber prestado atención a lo que había pedido Rosemary. Pero no hizo falta. Jack lo recordaba.

—Vamos, no seas hipócrita —dijo—. Has pedido chuletas de ternera. No pensarás que las crías disfrutaron con los preparativos para convertirse en ellas, ¿verdad?

El caballero que había acudido a su rescate le sonrió desde el otro lado de la mesa.

Rosemary hizo algunos pucheros y pareció enfadarse, pero al ver que nadie le hacía caso, se recobró enseguida.

Rosemary y Sheila compitieron durante toda la comida por atraer la atención de Jack. A Carmel sólo le preocupaba lo que pudiera pensar Sean de éste o aquel plato del menú. Picaban el uno del plato del otro. Benny se dedicó a amenizarles la comida a Bill Dunne y Aidan Lynch como si fuera una atracción contratada. Se dedicó a ello con tal intensidad que sintió cómo la frente se le perlaba de sudor. Como recompensa obtuvo su atención y sus risas. Pudo ver que Jack intentaba unirse a ellos en más de una ocasión, pero parecía inmovilizado por las mujeres en pie de guerra que tenía a ambos lados.

Cuanto menos intentaba llamar su atención, más intentaba él pegar la hebra con ella. Era evidente que le gustaba su compañía, pero sólo porque la consideraba muy divertida. Con una sonrisa que estuvo a punto de cuartearle la cara, Benny supo en el fondo de su corazón que a Jack Foley le gustaba estar donde había risas y buen ambiente. Ni en un millón de años se le habría ocurrido invitar a alguien como Benny a salir a solas.

Simon Westward pasó junto a la mesa.

—Te veré en Knockglen algún día de éstos —le dijo a Benny.

—¿Quién es? Qué hombre tan espléndido —preguntó Rosemary. Parecía estar perdiendo puntos ante Sheila, que tenía la ventaja de poder comparar notas sobre diferentes profesores con Jack. Rosemary debía haber decidido emplear la rutina de ponerle celoso.

—Es uno de los que no pudimos cebar adecuadamente en Knockglen —dijo.

Los demás se rieron ante sus palabras, pero Jack no lo hizo.

—No te metas con Knockglen —dijo con voz suave.

Ya le había dicho eso antes. En esta ocasión parecía querer decirle algo diferente.

Mossy Rooney estaba trabajando en el tejado de la casa de la cantera. Había soplado un viento muy fuerte y habían volado once tejas. Probablemente estuvieran hechas añicos en el fondo de la cantera.

La madre Francis le había pedido que acudiera lo antes posible a reparar los daños.

La religiosa se había acercado a la casa y le miraba ansiosamente mientras examinaba las reparaciones que serían necesarias.

—No saldrá muy caro, ¿verdad, Mossy?

—A usted no, madre Francis. —Su rostro estaba tan inexpresivo como siempre.

—Pero su trabajo debe ser remunerado. —Parecía preocupada.

—No se arruinarán ni usted ni la orden —dijo él.

Ni una sola vez había sugerido que fuera extraño que el convento se hiciera cargo del mantenimiento de una pequeña casa desocupada allá arriba. Nada en su tono indicaba ni la más mínima sorpresa porque una casa en la que se habían producido dos muertes casi dos décadas atrás aún fuera conservada como una especie de santuario para una joven mocosa que estaba en Dublín, estudiando nada menos que en la universidad, y que jamás se acercaba siquiera a ella.

Mossy no era una persona dada a especular sobre tales temas. Y aunque lo hubiera sido, tenía la cabeza demasiado ocupada con otros pensamientos.

Tal vez le dijera a Patsy que quería presentarle a su madre. Antes quería recoger más información acerca de ella. No quería meterse en nada de lo que luego pudiera costarle salir.

—Simon, ¿vendrás a verme al colegio?

—¿Cómo? —Estaba estudiando un libro de cuentas.

—Ya me has oído, sólo dices «¿Cómo?» para tener tiempo para pensar —dijo Heather.

—No puedo, Heather. Tengo demasiado que hacer aquí.

—No es verdad —respondió ella enfurruñada—. Siempre estás yendo a Dublín. Incluso a Inglaterra. ¿Por qué no puedes reservar un día e ir a visitarme? Es horrible. Ni te lo imaginas. Es como una cárcel.

—No, no lo es, es un lugar magnífico. Todos los colegios son aburridos. Van mejorando a medida que vas creciendo.

—¿En el tuyo ocurrió así?

—¿Cómo? —Se echó a reír—. Desde luego. Mira, las vacaciones llegarán en un abrir y cerrar de ojos. Estás en plenas vacaciones de fin de trimestre, y estarás de vuelta para las vacaciones de Navidad antes de que puedas darte cuenta. —Su sonrisa era muy amplia.

—¿No tenemos ningún otro pariente? Sólo permiten visitas de parientes.

—Aquí no, ya lo sabes.

Tenían primos en Inglaterra y en Irlanda del Norte, pero Simon, Heather y su viejo abuelo eran los últimos supervivientes de la familia Westward que vivían en la gran propiedad de Westlands.

Nadie lo mencionaba jamás, pero los enloquecidos gritos de Jack Malone pidiendo que ningún miembro de la familia muriera en la cama parecían haber sido escuchados. Quedaban ya muy pocos Westward.

—Ayer vi a tu amiga Benny, supongo que ya te lo habrá contado —le dijo Aidan Lynch a Eve mientras permanecía pacientemente sentado en la cocina de Kit Hegarty esperando que acabara de fregar los cacharros para poder salir.

—Coge un trapo, Einstein, y acabaremos antes —contestó Eve.

—¿Así que no te lo ha dicho?

—Es asombroso, pero no. Quizá te resulte difícil creerlo, pero en el bosque ha pasado todo un día sin que los tamtams dieran noticia de tus movimientos.

—Pensé que te lo habría comentado. Después de todo, uno no va todos los días al Dolphin.

—¿Benny ha estado en el Dolphin?

—Y yo, yo también estuve allí, no te olvides de mí.

—No es fácil hacerlo —reconoció Eve.

—Quizás intentaba protegerme.

Eve había perdido interés en las divagaciones de Aidan. Sentía mucha más curiosidad acerca de lo que podía haber estado haciendo Benny en el Dolphin.

—¿Comió algo? —inquirió.

—Como un caballo. Todo lo que le pusieron delante —dijo él.

—No sabía que conocieras a Jack Foley —le dijo Rosemary a Benny al día siguiente.

—No muy bien.

—Lo suficiente como para invitarle a tomar el té en Knockglen.

—Sólo iba de paso. Su padre tenía que visitar a alguien.

Rosemary no se quedó satisfecha.

—¿Es que son amigos de la familia?

—No. Estuvo bien la comida, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí. Aidan Lynch es un pelmazo horrible, ¿no crees?

—A mí me parece muy agradable. Va con una amiga mía al cine de vez en cuando. Ella dice que es muy divertido.

Rosemary Ryan no parecía muy convencida.

—¿No te parecen un poco empalagosos Sean y Carmel? Siempre tan amartelados.

—Están muy unidos, desde luego. —Los ojos de Benny mostraban un brillo travieso. Sabía que el siguiente ataque iría dirigido contra Sheila.

—¿Conocías de antes a Sheila, la que estudia Derecho?

—No. —El rostro de Benny traslucía inocencia—. Parecía estar muy al día con sus estudios. Me dio la impresión de que todos le tenían mucho aprecio.

Rosemary volvió a sus apuntes exasperada. Benny vio que tenía una barra de chocolate con almendras y fruta que mordisqueaba de vez en cuando. Eso era comer por ansiedad, sí señor. Benny lo entendía perfectamente.

Brian Mahon estaba muy borracho el viernes por la noche. Nan sólo oyó parte de la trifulca. Echó el cerrojo a la puerta y encendió la radio para no oír las voces. Sabía que su madre no era una prostituta, como lo sabían Paul y Nasey. Su padre también lo sabía cuando estaba sobrio. Pero cuando estaba borracho, parecía sentirse impelido a gritar a voz en cuello que no sólo era una prostituta, sino que además era frígida, y que cuanto antes se diera cuenta la gente tanto mejor. Nan sabía también que su madre jamás abandonaría la casa en la que era sometida a tales humillaciones cada vez con mayor frecuencia.

—Es para ti, Eve. —Uno de los estudiantes de Kit había contestado el teléfono el sábado por la mañana.

—Oh, muchas gracias. —Eve esperaba que fuera Benny. Quizá se acercara a Knockglen en el autobús que había a la hora de comer. Kit le había dicho que podía salir cuando quisiera. Pero no era Benny, era Nan.

—¿Crees que podría tentarte con un paseo hoy?

—Sí, me encantaría. ¿Quieres que pase a buscarte y así conozco tu casa?

—No —respondió Nan con voz cortante. Luego su voz se dulcificó—. El lugar donde tú vives es mucho más bonito. Podríamos ir al malecón. Yo te recogeré.

—De acuerdo.

Eve experimentó un vago sentimiento de decepción. Habría preferido que fuese Benny la que la llamaba para decirle que se reuniría con ella en la parada del autobús. Cinco minutos después llamó Benny, pero ya era demasiado tarde.

—¿No puedes llamar a Nan para decirle que vuelves a casa?

—No puedo. No tengo su número de teléfono. ¿Lo tienes tú?

—No —Benny también había tenido la esperanza de que Eve volviera.

—No me habías dicho que fuiste al Dolphin —le dijo Eve en tono desafiante.

—Pensaba contártelo todo.

—Y encima te dedicaste a proferir amenazas contra el hígado de Aidan.

—Algo tenía que decir.

—¿Por qué?

—Esperaban que lo hiciera.

—Puedes tener la maldita seguridad de que no esperaban que dijeras eso —dijo Eve—. Pero pareció gustarles. ¿Es verdad que has vuelto a comer?

—Oh, sí. Patsy está preparando un pan de pasas. No te imaginas cómo huele.

Nan llevaba una falda tableada blanca y una chaqueta verde oscuro. Los chicos que estaban alojados en la casa levantaron la vista muy interesados cuando entró.

Kit Hegarty también la miró con interés. Desde luego era una joven llamativa,

especialmente por el control que parecía ejercer sobre sí misma. Hablaba con una voz grave y clara, como si esperara que todo el mundo la escuchara sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. La acompañó al dormitorio de Eve y Kit pudo escuchar sus exclamaciones de admiración.

—Y además con vistas al mar. Qué suene tienes, Eve.

Con una sensación de pérdida ya familiar, Kit escuchó las explicaciones de Eve.

—Era la habitación de Frank Hegarty. Quería conservar algunas de sus cosas pero Kit dijo que no.

—¿Qué piensas ponerte? —preguntó Nan.

—¿Por qué? Sólo vamos a dar un paseo por el malecón —protestó Eve.

—En la vida todo son paseos hacia alguna parte. Es para que estés guapa. Por eso.

Kit Hegarty oyó suspirar a Eve y la puerta se cerró mientras se ponía la chaqueta roja y la falda a cuadros del mismo color que tan bien le sentaban, y que además realizaban su tez oscura. Pero en el fondo de su corazón, Kit estaba de acuerdo con Eve. Sólo iban a dar un paseo por el malecón. Nan estaba haciendo que pareciera una aparición pública. Probablemente hiciera lo mismo en todas partes.

Caminaron amigablemente entre la multitud de Dublín, rodeadas de gente que había salido de la ciudad para bajar la comida o para intentar mantener entretenidos a los niños y las suegras.

—Mira esas niñas —dijo Nan de repente, señalando un grupo de colegialas que caminaban en formación con dos profesoras abrigadas hasta las cejas.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Eve.

—Fíjate, una de ellas te hace señas.

Eve echó un vistazo. Era verdad. Una de las pequeñas figuras de azul intentaba llamar su atención.

—Eve, hola Eve —dijo cubriéndose la boca con una mano para no alertar a las profesoras.

—¿Quién es? —preguntó Nan.

—No tengo ni idea —Eve parecía perpleja. La niña llevaba la boina del colegio y tenía la cara redonda, la nariz respingona y pecas. Entonces, Eve se fijó en las dos coletas, una a cada lado de la pequeña cabeza, como si fueran asas.

Era Heather Westward, la hermana menor de Simon.

—Hola —dijo Eve con voz débil y sin gran entusiasmo.

—¿Vives cerca de aquí? —le siseó la niña.

—¿Por qué? —respondió Eve cautelosamente.

—Me preguntaba si querrías venir a sacarme de vez en cuando, aunque sólo sea un rato.

Eve se quedó anonadada.

—¿Sacarte? ¿Adónde? ¿Para qué?

—A cualquier sitio. No te causaría problemas.

—¿Por qué yo?

—Sólo nos dejan salir con parientes. Tú eres mi prima. ¿Lo harás?

—No puedo, no es posible.

—Sí que lo es si telefoneas al colegio y dices que eres mi prima.

—¿Y tu hermano?

—No viene nunca. Está demasiado ocupado intentando organizar las cosas.

—¿Y tus otros parientes? —No tengo.

El grupo, que había hecho una pausa para mirar el gran buque correo amarrado en el muelle, seguía su camino. Las profesoras conducían al rebaño.

—Por favor —gritó Heather Westward.

Eve permaneció callada mirando hacia ellas.

—¿Y bien? —le preguntó Nan.

—Supongo que tendré que hacerlo —dijo Eve.

—Claro que sí.

—Es sólo una niña. No se debe desilusionar a los niños —dijo Eve contrariada.

—Además sería estúpido. Imagínate la cantidad de puntos que puedes anotarte.

—¿Puntos?

—Si eres amiga de Heather tendrán que invitarte a la casa grande. Y estarán en deuda contigo. No lo olvides. Nunca tendrás que volver a presentarte con la gorra en la mano.

—No pienso ir allí, ni con gorra ni sin ella.

—Claro que lo harás —dijo Nan Mahon con firmeza—. Y lo que es más, vas a llevarme contigo.

Capítulo 9

Para Peggy Pine, la llegada de su sobrina Clodagh había sido una bendición a medias. La muchacha era llamativa, incluso despampanante, y llevaba faldas extremadamente cortas. Había trabajado dos años en tiendas de Dublín y había pasado un verano en Londres. Según su tía, se consideraba una autoridad mundial en temas de moda, así como en lo referente a los hábitos de compra de la población femenina. Había muchas cosas en la tienda de su tía que había decidido cambiar.

—Podría ser una buena amiga —le dijo Annabel Hogan a Benny sopesando los pros y los contras—. Pero lo mejor será esperar y ver. A juzgar por lo que dice Peggy y de hecho por las primeras impresiones, puede que sea demasiado descocada para Knockglen.

—Desde luego Sean la mira con desaprobación —observó Eddie Hogan.

—Entonces seguro que me cae bien —dijo Benny.

—Necesitas una amiga ahora que ya no ves a Eve —sugirió Annabel.

Los ojos de Benny relampaguearon.

—¿Qué quieres decir, madre? ¿Acaso no veo a Eve tres o cuatro veces a la semana en la universidad?

—Pero no es lo mismo —dijo su madre—. Ya no vuelve nunca a casa. Tiene sus propios amigos en Dunlaoghaire, ese lugar donde vive. Y está la tal Nan. Ya nunca dices Eve solamente, siempre Eve y Nan.

Benny permaneció en silencio.

—Era de esperar —la consoló su madre—. Harás montones de nuevos contactos donde lo necesitas, en esta zona.

—¿A quién has invitado al baile? —le preguntó Bill Dunne a Jack mientras salían juntos de clase. En pocas semanas iba a celebrarse uno de los grandes bailes de la universidad.

—Ya sabía yo que tu cabeza no estaba en el derecho constitucional —dijo Jack.

—Aquí tenemos una constitución escrita. No hay razón para molestarse en estudiarlo —respondió Bill.

—Razón de más, diría yo. Aún no he hecho nada. ¿Y tú?

—Estaba esperando a saber a quién ibas a invitar tú para recoger las migajas de la mesa de los ricos.

—Eres un idiota. Empiezas a hablar tan incomprensiblemente como Aidan.

—Es un buen tipo. Va a pedirle a Eve Malone que le acompañe, o eso creo, si consigue reunir el valor suficiente. Ella parece inclinada a arrancarle la cabeza de un mordisco. Estoy más interesado en saber lo que piensas hacer tú.

—Ojalá lo supiera.

—Bueno, pues invita a alguien —le rogó Bill—, y déjanos el campo libre a los

demás.

Era un problema. ¿A quién invitar? Jack se había mostrado deliberadamente vago ante las llamadas de Shirley. Había estado muy ocupado librándose de ella y de Sheila, que se sentaba al lado suyo en las clases y le había hecho insinuaciones bastante transparentes. La devastadora Rosemary Ryan le había llamado la semana anterior diciéndole que tenía dos entradas gratis para un espectáculo, lo que por supuesto significaba que había salido a comprarlas pero no quería que él lo supiera.

Y Nan Mahon le había dirigido muchas sonrisas en el bar, en el vestíbulo y en los lugares donde habían coincidido. Por muchos motivos le gustaría invitarla a ella. Era muy hermosa, pero a la vez inalcanzable.

De repente le vino la inspiración.

—Ya sé lo que haremos —le dijo a Bill Dunne dándole un puñetazo en el hombro con entusiasmo—. Las invitaremos a todas. A todas las que nos gusten. Les diremos que paguen su propia entrada, y así podremos elegir a la que queramos.

—¡No podemos hacer eso! —Bill se quedó boquiabierto ante la audacia del plan—. Sería una mezquindad. Ellas no aceptarían. Irán con tipos que estén dispuestos a pagar.

—Podríamos celebrar una pequeña fiesta antes —Jack estaba improvisando sobre la marcha.

—¿Dónde? No conseguirás que unas chicas vestidas de noche vayan a Dwyer's ni a Hartigan's.

—No, en una casa.

—¿En casa de quién? —En la mía, supongo.

—¿Por qué no puedes limitarte a llevar a una chica a bailar como cualquier otro ser humano normal? —gruñó el padre de Jack.

—No sé a quién invitar —dijo Jack, lisa y llanamente.

—No se trata de un compromiso de por vida. Nadie te acusará de incumplir tu palabra si al concluir tu primer trimestre en la universidad llevas a bailar a la chica equivocada.

—Pensé que a lo mejor os apetecía aprovechar la oportunidad. —Jack dirigió una mirada esperanzada de su padre a su madre.

—¿Aprovechar la oportunidad? ¿Para qué, si puede saberse? —preguntó Lilly Foley.

—Ya sabes, siempre estáis diciendo que queréis invitar a gente a tomar una copa.

—¿Y?

—Y siempre andáis protestando porque no conocéis a ninguno de mis amigos. —
¿Y?

—Pensé que podíais invitar a todos a un jerez la noche del baile y matar así dos pájaros de un tiro.

La sonrisa de Jack era extremadamente poderosa. En cuestión de minutos llegaron a un acuerdo.

Rosemary Ryan ofreció un caramelo de menta a Benny. Debía de estar a punto de divulgar alguna información o de emprender algún interrogatorio. Benny se preguntó de cuál de las dos cosas se trataría. Al final, resultaron ser ambas.

—Jack Foley me ha invitado al baile —dijo.

—Qué estupendo. —El corazón de Benny parecía de plomo.

—Sí, bueno, como te había dicho al comienzo del trimestre era mi proyecto.

—Sí, me lo dijiste.

—Creo que se trata de una gran fiesta.

—Por lo que tengo entendido suelen serlo —dijo Benny.

Prácticamente no se oía otra cosa en las conversaciones de la sala de lectura para chicas, al igual que en los vestuarios y los cafés. La gente iba a aquellos bailes en grupos de diez o doce personas. Los chicos decidían los emparejamientos y las chicas eran sus invitadas. Las entradas costaban alrededor de 21 chelines, e incluían la cena. En teoría, todo el mundo bailaba con todo el mundo, pero al final lo hacían casi exclusivamente con su pareja oficial.

Tenía la vana esperanza de que Aidan Lynch organizara un grupo para asistir y la incluyera. Pero por otra parte no podía hacerlo a menos que ella hubiera sido invitada por algún otro chico. Ésas eran las reglas.

Rosemary masticaba su lápiz junto con la pastilla de menta.

—De todas maneras es un poco raro. Es como un gran grupo. Vamos a reunirnos todos en casa de Jack. Me preguntaba si ibas a asistir tú.

—Que yo sepa, no —dijo Benny con voz alegre.

—¿No te han invitado?

—No, todavía no. ¿Cuándo te han invitado a ti?

—Hace como una hora —admitió Rosemary de mala gana.

—Entonces aún hay esperanzas. —Benny se preguntó si se le resquebrajaría la cara de tanto sonreír en falso.

Después de la clase se encontró accidentalmente con Jack Foley en el vestíbulo principal.

—Precisamente la chica que andaba buscando. ¿Quieres unirme a nuestro grupo? Estamos organizando una especie de fiesta a escote para el gran baile.

—Qué bien... —dijo Benny—. ¿Debo ir muy escotada?

—No, quería decir que cada uno se paga su propia entrada, como aquel que dice. —Jack parecía azorado.

—Me parece muy buena idea. Así todos podremos ser libres como pájaros —dijo ella.

Él la miró sorprendido.

—¿Cómo pájaros?

—Pájaros de diferentes especies, gorriones o emús, pero libres —dijo ella preguntándose si se estaba volviendo loca de verdad para mantener una conversación tan estúpida.

—¿Vendrás entonces?

—Lo haré encantada.

—Tomaremos una copa en mi casa. Te anotaré la dirección. Mis padres van a invitar a gente de su edad. ¿Crees que les apetecería venir a tus padres?

—No. —Su voz salió disparada como una ametralladora—. No, lo que quiero decir es que muchas gracias, pero casi nunca vienen a Dublín.

—Tal vez sea ésta la excusa que andaban buscando. —Su actitud era muy educada. No tenía ni idea de lo mucho que ella detestaría que estuvieran presentes.

—Eres muy amable, pero creo que no. No obstante, a mí me encantaría.

—Estupendo —dijo satisfecho—. Necesitamos a alguien capaz de animarnos en estos días grises y desolados.

—Yo soy la persona adecuada para hacerlo —dijo Benny—. Nunca me faltan palabras. Así soy yo.

El viento revolvió el pelo de Jack, que llevaba el cuello de la camisa levantado por encima de su chaqueta azul marino. Estaba tan guapo que sintió el impulso de extender la mano para acariciarle.

Daba la impresión de que nunca antes le había sonreído a nadie en el mundo.

—De verdad que me alegra que vayas a venir —dijo.

—Cambia de cara, parece como si fueras a asistir a tu propia ejecución —le dijo Kit a Eve—. No es más que una niña.

—Que va a un distinguido colegio protestante —gruñó Eve.

—En absoluto, está más destartado que el nuestro, te lo digo yo.

—Bueno, pues lleno de aires y pretensiones.

—Esa niña no debe tener tantos aires y pretensiones, o no te habría rogado que fueras a visitarla.

—Eso es verdad. El problema es que no tendremos nada que decirnos la una a la otra —dijo Eve sonriendo.

—¿Por qué no invitas a alguien? Te resultaría más sencillo.

—Por Dios, Kit. ¿A quién voy a invitar a una salida semejante?

—¿A Aidan Lynch?

—No, la aterrorizaría.

—¿A Nan?

—No, a Nan no —dijo Eve.

Kit levantó la mirada con sorpresa.

Había algo en el tono de Eve que indicaba que el asunto estaba cerrado. La madre Francis le había advertido a Kit sobre esto. Según ella, había lugares en la personalidad de Eve a los que ella no permitía que le acompañara nadie.

Eve se encontraba ahora a kilómetros de la conversación. Estaba pensando en lo que le había dicho Nan, lo de usar a la niña para ser aceptada en Westlands.

Y no se trataba de una broma, lo había dicho en serio. Había dicho que estaba dispuesta a ir a Knockglen a vivir con Benny si existía alguna posibilidad de conocer

a la familia Westward.

—Si no son más que un anciano senil, una niña y Simon, un tipo estirado con un acento increíble, que siempre lleva pantalones de montar —había exclamado Eve.

—Por algo hay que empezar —había respondido Nan con seriedad.

Eve se había estremecido de pensar que alguien pudiera ser tan calculador y tan decidido.

Pero Nan también era elegante en la derrota. Cuando Eve le había dicho que jamás visitaría Westlands a costa suya, Nan se había encogido de hombros.

—Entonces tendrá que ser otra persona y otro lugar —había respondido con su sonrisa desenvuelta.

Heather tenía puestos el abrigo y la boina cuando Eve llegó al colegio. Fue recibida por la directora, una mujer con el pelo tan corto que probablemente lo llevara afeitado en la nuca. ¿Cómo era posible que pensara que resultaba atractiva?, se preguntó Eve. Era un estilo antiguo, muy parecido al de las imágenes de las historias escolares sobre el aspecto que supuestamente tenían las directoras de colegio en los años veinte y treinta.

—Señorita Malone, le agradezco mucho que haya sido tan puntual. Por lo que tengo entendido, Heather está lista desde que se ha levantado.

—Muy bien. En fin, dijimos que a las dos. —Eve echó un vistazo al salón. Resultaba muy extraño estar en un colegio en el que no había imágenes de santos por las paredes, ni estatuas, ni lamparillas del Sagrado Corazón. No parecía un colegio en absoluto.

—Heather debe estar de vuelta para la cena, a las seis. Normalmente pedimos que las niñas estén de regreso a las cinco cuarenta y cinco.

—Por supuesto. —A Eve se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a mantener entretenida a la niña durante casi cuatro horas?

—Como usted sugirió telefoneamos al señor Simon Westward, pero no estaba en casa. Hablamos con la señora Walsh, el ama de llaves, que confirmó que usted es efectivamente su prima.

—Sólo quería asegurarme de que estaban de acuerdo. Casi no he tenido contacto con la familia desde hace tiempo.

—Comprendo —dijo la directora, que en efecto, lo entendía perfectamente. Una joven de aspecto ligeramente desastrado, al parecer con el apellido Malone, y que efectivamente pertenecía a la familia aunque no tenía contacto con ella. Aun así, el ama de llaves había dicho que todo estaba en orden—. Pásatelo bien, Heather, y no le causes problemas a la señorita Malone.

—Sí, señorita Martin. No, señorita Martin —respondió Heather.

Caminaron juntas avenida abajo.

Ninguna de las dos dijo nada, pero a pesar de ello el silencio no resultaba tenso.

—No sé qué te apetecería hacer. ¿Qué sueles hacer cuando sales? —dijo Eve.

—Nunca he salido —dijo Heather sencillamente.

—¿Qué crees que te gustaría hacer?

—No me importa, de verdad, cualquier cosa. Me basta con estar fuera. Estar lejos de ese sitio ya es una maravilla.

Miró hacia el colegio como podría haberlo hecho un prisionero evadido.

—¿Tan terrible es?

—Es un lugar muy solitario.

—¿En qué sitio preferirías estar?

—En casa, en mi casa de Knockglen.

—¿No te parece también un lugar solitario?

—No, es estupendo. Tengo a mi poney *Malcolm* y a *Clara*, la perra. Y están la señora Walsh y Bee y, por supuesto, el abuelo.

Parecía entusiasmada cuando hablaba de todos ellos. Aquella casa enorme y vacía era su hogar. El colegio lleno de niñas alborotadoras de su propia edad y condición le parecía una cárcel.

—¿Te gustaría un helado en una gran copa? —dijo Eve.

—Me encantaría, pero cuando acabe la tarde. Así podemos esperar con impaciencia el momento de tomarlo. Será el momento culminante del día.

Eve le dirigió una amplia sonrisa.

—De acuerdo, será el momento culminante del día. Mientras tanto daremos un buen paseo hasta el mar para abrir el apetito.

—¿Podemos acercarnos hasta que nos salpique el agua?

—Sí, ésa es la mejor parte.

Tenían las piernas cansadas cuando llegaron al Roman Cafe.

—Nunca nos dejan acercarnos hasta donde salpica cuando salimos de paseo con el colegio —dijo Heather.

—Tendré que adecentarte un poco para que no nos descubran.

—¿Vas a tomar un Knickerbocker Glory? —preguntó Heather estudiando la carta.

—No, creo que tomaré un café.

—¿Es demasiado caro el Knickerbocker Glory? —preguntó Heather.

Eve cogió la carta.

—Es más bien caro, pero es la culminación del día, así que está bien.

—No irás a tomar un café por culpa de lo que cuesta, ¿verdad? —dijo Heather con voz preocupada.

—No, en serio. Me apetece un cigarrillo. Va mejor con el café que con el helado.

Se quedaron sentadas muy satisfechas. Heather parloteaba acerca de los juegos a los que jugaban en el colegio, el *lacrosse* y el hockey.

—¿A cuál jugabas tú? —le preguntó a Eve.

—A ninguno de los dos. Nosotras jugábamos al *camogie*.

—¿Y eso qué es?

—¡Buena pregunta! Una especie de versión gaélica del hockey, o una versión femenina del *hurley*.

Heather digirió la información con cierto interés.

—¿Por qué no te hemos conocido antes Simon y yo? —preguntó.

—Seguro que le preguntaste lo mismo a Simon el día que fui a vuestra casa.

—Así es —replicó Heather con franqueza—, pero me dijo que era una historia muy larga.

—Está en lo cierto.

—No se trata de un misterio o de un crimen, «¿verdad?

—No —dijo pensativa Eve—. No, ninguna de las dos cosas. Mi madre se llamaba Sarah Westward. Supongo que debía estar un poco loca o algo parecido, pero fuera por lo que fuese se enamoró de un hombre llamado Jack Malone. Él trabajaba de jardinero en el convento y estaban locamente enamorados el uno del otro.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Ella era una Westward y él un jardinero. Se casaron y nació yo. Mi madre murió cuando vine al mundo y mi padre me llevó al convento. Las monjas fueron a toda prisa a la casa pero era demasiado tarde. Hicieron llamar al doctor Johnson y hubo una gran conmoción.

—¿Y qué pasó después?

—Al parecer hubo algún tipo de trifulca y muchos gritos en el funeral de mi madre.

—¿Quién gritaba? —Al parecer mi padre.

—¿Y qué decía?

—Oh, tonterías... Cosas como que algunos de los Westward no merecían morir en su cama por no haberse portado mejor con Sarah.

—¿Y dónde fue el funeral?

—En la iglesia protestante, en tu iglesia. Está enterrada en la tumba de tu familia con el nombre de Westward, no el de Malone.

—¿Qué pasó con la casa?

—Sigue en su sitio. Supongo que debe ser mía, pero nunca la uso.

—Claro, yo tampoco lo haría. ¿Y Sarah era mi tía? —preguntó Heather.

—Sí. Tu padre era su hermano mayor. Eran cinco en la familia, según tengo entendido.

—Y ahora todos están muertos —dijo Heather impertérrita—. Fuera lo que fuese lo que gritaba tu padre en el funeral, al parecer funcionó.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron en la India en un accidente de automóvil. Yo no les recuerdo. Simon sí, por supuesto, porque él es muy viejo.

—¿Qué edad tiene?

—Casi treinta años. Me pregunto si se enteró de lo de los gritos y el escándalo en el funeral de tu madre. Supongo que debía estar allí. —Es posible. Debía tener unos once años.

—Seguro que estuvo. —Heather rebañaba el fondo del vaso.

—Yo no le diría... —empezó a decir Eve.

Heather levantó la vista y clavó sus ojos en los de Eve.

—Ni se me ocurriría hablarle de nuestra conversación —dijo. Y saltando a un tema que le interesaba mucho más se inclinó sobre la mesa con impaciencia—. Dime, ¿es verdad que las monjas se ponen mortajas y duermen en sus ataúdes como los vampiros?

Eddie y Annabel Hogan se pusieron muy contentos al enterarse de que su hija había sido invitada a un baile.

—Resulta muy simpático que no sea más que un grupo de amigos que van juntos a bailar, ¿no crees? —Annabel quería que la reconfortaran—. No es como si hubiera algún chico que la atrajera en especial ni nada parecido.

—En mis tiempos, los hombres llevaban a las mujeres a bailar, pagaban ellos e iban a recogerlas a sus casas —se quejó Eddie.

—Sí, sí, pero ¿quién crees que va a venir nada menos que hasta Knockglen a recoger a Benny y después a traerla de vuelta? No empieces a decir tonterías ni a buscar problemas donde no los hay.

—¿A ti no te importa que se quede a dormir en esa casa de huéspedes de Dunlaoghaire? —Eddie dirigió a su esposa una mirada llena de ansiedad.

—No es una casa de huéspedes. No te enteras de nada. ¿No recuerdas a aquella mujer que vino a pasar unos días con la madre Francis en el convento, aquella cuyo hijo murió? Benny va a quedarse en su casa. Pondrán otra cama en la habitación de Eve.

—En fin, si a ti no te importa... —dijo él dándole unas palmaditas en la mano.

Shep estaba sentado entre los dos ante el fuego y les miró a ambos como si aquel contacto le alegrase.

Benny había salido al cine con Sean Walsh.

—No me importa que vaya al baile y se quede a dormir con Eve, por supuesto que no. Quiero que pase una noche maravillosa, una noche que recuerde toda su vida.

—Entonces, ¿qué es lo que te importa?

—No sé lo que será de ella después.

—¿No decías que iría a dormir a esa casa de huéspedes que no es una casa de huéspedes? —Eddie estaba perplejo.

—No digo después del baile. Después de... Más adelante.

—Ninguno sabemos lo que nos depara el futuro.

—Quizá hayamos cometido un error enviándola a la universidad. Quizá hubiera sido mejor que hubiera hecho un curso de contabilidad y se hubiera puesto a trabajar contigo en la tienda. Que olvidara todas esas ideas acerca de obtener un título.

—Llevamos hablando del tema desde el día en que nació.

—Lo sé.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato. El viento silbaba alrededor de Lisbeg y hasta *Shep* se acercó más al fuego. Se dijeron el uno al otro que se

alegraban de estar bajo techo en una noche como aquella, confortablemente sentados, en lugar de estar fuera, en Knockglen, donde la gente aún intentaba poner en orden sus vidas. Sean y Benny no tardarían en salir del cine e irían a tomar una taza de café al local de Mario. Patsy estaba con la señora Rooney, que tenía que darle su aprobación como pretendiente de Mossy. La sobrina de Peggy Pine, Clodagh, estaba repasando los libros de pedidos con su tía. Eso de decir que la juventud de hoy en día no trabajaba era una falacia. De hecho, había jóvenes que no eran capaces de dejar de hacerlo. No había más que ver a Clodagh, y a Fonsie, y a Sean Walsh. Entre los tres cambiarían la faz de Knockglen en los próximos diez años.

—Espero que lo conviertan en un lugar en el que nos guste vivir —dijo Eddie con tono dubitativo.

—Sí, pero tampoco tendremos que vivir en él mucho tiempo. Es en Benny en quien debemos pensar.

Los dos asintieron. De todas formas casi siempre estaban pensando en Benny y en lo que le depararía el futuro. Habían vivido la totalidad de su vida adulta en un radio de cuarenta y cinco kilómetros de Knockglen. Tener una ciudad enorme como Dublín prácticamente a la vuelta de la esquina jamás les había afectado.

Eran sencillamente incapaces de imaginar para su hija una vida que no estuviera centrada en Knockglen y el negocio de la calle principal, la sastrería para caballeros Hogan. Y, aunque prácticamente no se atrevían a hablar del tema el uno con el otro, pensaban también que sería bueno que esa vida incluyera a Sean Walsh.

En el local de Mario, Benny miró a Sean Walsh por encima de la mesa. Bajo aquella luz tan intensa su cara parecía tan demacrada y pálida como de costumbre, pero sus ojeras llamaban la atención.

—¿Es muy duro el trabajo de la tienda? —le preguntó.

—No exactamente duro, no en términos de trabajo físico o de horario. Es difícil saber qué es mejor.

—¿Qué quieres decir?

Por primera vez en su vida, a Benny le resultaba fácil hablar con Sean. Y todo se lo debía a Nan Mahon. A Nan, que siempre sabía qué hacer en cualquier situación.

Nan decía que Benny debía mostrarse siempre amable con Sean. No servía de nada intentar apuntarse tantos en su contra. Debía hacerle saber de diversas formas que bajo ningún concepto compartiría ninguna clase de vida o planes con él, pero que era tenido en alta estima como empleado de su padre. De ese modo, él no podría culparla de nada y ella mantendría a sus padres contentos.

—Estoy segura de que lo haré todo mal —había dicho Benny—. Ya me conoces. Creeré que estoy comportándome amable y distanciadamente, y cuando quiera darme cuenta estaré ante el padre Ross hablando de las capitulaciones.

Pero Nan le había dicho que era fácil.

—Pregúntale cosas sobre su vida, finge estar interesada, pero no te involucres. Dile cosas sobre ti misma que quieras que sepa y jamás respondas directamente a

ninguna pregunta. Ahí está el secreto.

Por el momento parecía estar funcionando muy bien. Sean estaba sentado frente a ella en Mario's y, levantando la voz para competir con la de Guy Mitchell que sonaba en el nuevo tocadiscos, le contaba una historia sobre cómo estaba cambiando la industria de la confección, que los hombres empezaban a ir a Dublín para comprarse trajes ya confeccionados y que dado que el autobús de Knockglen paraba tan cerca de McBimey's, en Quays, era casi como si hubiera abierto una sucursal puerta con puerta con la tienda del señor Flood.

Sean decía que a veces resultaba difícil convencer al señor Hogan de la necesidad de cambiar. Tal vez no le correspondiera a él hacerlo.

Benny fingía escucharle con simpatía empleando la expresión de su cara y alrededor de la cuarta parte de su cerebro. El resto se centraba en el baile y en la ropa que debía ponerse. Otra vez estaba a dieta y bebía café negro y amargo en vez de las espumosas y azucaradas tazas que todo el mundo estaba tomando en el local. Jugeteaba con la galleta de chocolate que había en el plato, haciendo dibujos poniendo las amarillas debajo y las verdes arriba. Tuvo que hacer esfuerzos para no desgarrar la envoltura de una de ellas y llevársela a la boca.

En ninguna de las tiendas de Dublín había trajes suficientemente grandes para ella. Bueno, haberlos los había, pero no en el tipo de tiendas que le gustaban. Sólo los tenían en tiendas que abastecían a mujeres ricas y mayores. Vestidos con abalorios negro azabache o gris plomo con escote cruzado. Era ropa adecuada para gente de sesenta años en un banquete oficial, pero no para Benny en su primer baile.

Con todo, había tiempo de sobra. Había modistas y había amigas dispuestas a ayudar. Seguro que Nan era capaz de encontrar una solución para aquel problema, igual que la encontraba para todo lo demás. Benny le había preguntado a Nan si podía pasar la noche en su casa después del baile.

Nan no había dicho ni que sí ni que no. Le había preguntado porqué no iba a pasar la noche con Eve.

—No sé. Al fin y al cabo es la casa donde trabaja.

—No digas bobadas. Es su hogar y vosotras dos sois viejas amigas. Te lo pasarías bien allí.

Quizá fuera eso a lo que se refería Nan cuando decía que nunca había que contestar directamente a una pregunta. Desde luego, Benny no se había sentido en absoluto ofendida. Sería maravilloso saber tratar a la gente como Nan.

Sean seguía parloteando acerca de la necesidad de implantar una temporada de rebajas. El señor Hogan opinaba que si un lugar como su sastrería recurría a los saldos, a sus clientes podía parecerles que sólo pretendía librarse de mercancías de mala calidad. Además, ¿qué pensaría la gente que pocas semanas antes hubiera pagado el precio completo por artículos similares si luego los veía rebajados?

Sean consideraba que no le faltaba razón, pero también se preguntaba cómo atraer a la clientela local para que comprara sus calcetines y zapatos en la tienda de Hogan

en vez de viajar hasta O'Connell Street en Dublín. Tras un viaje de ida y vuelta regresaban a Knockglen intentando ocultar el nombre de Clery's del paquete al pasar por delante de la sastrería.

Benny se quedó mirándole y se preguntó quién sería capaz de casarse con él y escucharle durante el resto de su vida. Esperó que la nueva política de mostrarse educada pero distante funcionara.

—¿Venimos la semana que viene? —dijo Sean mientras la acompañaba calle abajo a lo largo de la curva que llevaba a Lisbeg.

—¿Adónde, Sean? —le preguntó cortésmente.

—A *La posada de Jamaica* —dijo triunfalmente, ya que había visto los carteles que anunciaban el programa.

La antigua Benny habría respondido diciendo que Jamaica estaba un poco lejos para ir de paseo. La nueva Benny le sonrió.

—Ah, la de Charles Laughton y Maureen O'Hara, ¿no?

—Sí —dijo Sean con cierta impaciencia—. Tú no la has visto. No recuerdo que la hayan puesto aquí antes.

No responder jamás directamente a una pregunta.

—Me gustó mucho el libro, pero creo que me gustó más *Rebecca*. ¿Has leído *Rebecca*?

—No, no leo gran cosa. La luz no es demasiado buena en el cuarto de arriba.

—Deberías tener una lámpara —dijo Benny con fingido interés—. Juraría que hay una en la habitación de casa que no usamos nunca. Se lo mencionaré a mi padre.

Sonrió entusiasmada por su idea y extendió la mano para estrechar la de él con tanta firmeza que no pudo presionarla para que le diera una respuesta sobre la invitación para la semana entrante. Ni tampoco pudo apretar sus labios fríos y delgados contra los de ella, so pena de perder hasta el último atisbo de dignidad.

La madre Francis se movió de un lado para otro en la pequeña casa. El informe de Kit Hegarty sobre el encuentro entre Eve y Heather resultaba muy alentador. Tal vez estuviera abriéndose una vía para la reconciliación. El acuerdo de hacerse cargo de los gastos de la universidad no había contribuido a ablandar el corazón de Eve respecto a aquella familia fría y distante que tan mal había tratado a su madre, a su padre y a ella misma.

En ciertos aspectos, parecía incluso haber fortalecido su determinación a no ceder ante ellos en modo alguno.

Si pudiera hacer que pasara una noche en aquella casa, que durmiera allí, que sintiera que era suya. Si Eve Malone se despertara en aquella casita y mirara el panorama desde lo alto de la cantera, tal vez sintiera que pertenecía a algún lugar, en vez de ir saltando de un sitio a otro, que era lo que estaba haciendo ahora. La madre Francis tenía muchas esperanzas de instalar a Eve antes de las Navidades, pero se trataba de una tarea extremadamente delicada.

No serviría de nada fingir que necesitaba la habitación de Eve en el convento. No

podría hacer nada peor. La joven se sentiría expulsada del único hogar que conocía. Tal vez pudiera comentarle que las monjas de la comunidad querían hacer una pequeña excursión y que, dado que no podían abandonar los terrenos del convento, quizá Eve pudiera organizar un té para ellas en la casa. Pero sabía que a Eve no podría engañarla tan fácilmente.

Cuando la madre Francis y Peggy Pine eran jóvenes y amigas, Peggy solía decir: «Todo se aclarará al final».

En gran medida, así había sido. Había llevado mucho tiempo que las cosas se aclarasen respecto a aquella casa.

Siempre ponía especial atención en cerrar la puerta con la gran llave y guardar ésta bajo la tercera piedra del pequeño muro que había cerca de la cancela de hierro. Había también un enorme candado que Mossy había sugerido que pusiera en la puerta del jardín, pero tenía un aspecto feo y amenazador. La madre Francis decidió arriesgarse a prescindir de él.

No había mucha gente que recorriera aquel sendero a menos que tuviera algo que hacer allí. Sólo había acceso a través de los caminos cubiertos de matorros de brezo y zarzas del convento. Si alguien quería ver las grandes escarpas de roca, normalmente elegía un camino mejor y más ancho, con una pendiente más gradual, que salía de la plaza donde daba la vuelta el autobús todos los días.

Al girarse se sorprendió al ver que había alguien a poca distancia de ella.

Era Simon Westward. Estaba de espaldas y miraba el oscuro y brumoso panorama. Hizo ruido con la cancela para que le oyera y no sobresaltarle.

—Hum... buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes, señor Westward.

En la vida religiosa, había una parte de la jornada que recibía el nombre de gran silencio. Significaba que las monjas no se sentían incómodas cuando no había conversación. La madre Francis esperó cómodamente a que el hombre pequeño y de tez oscura hablara de nuevo.

—Hace un tiempo horrible —dijo.

—No suele hacer buen tiempo en noviembre. —Por su actitud, podría haber estado en una fiesta en un jardín en vez de en lo alto de una cantera rodeada de bruma y lluvia con un hombre con el que había cruzado su espada en varias ocasiones.

—La señora Walsh dice que viene usted por aquí muy a menudo —dijo él—. Le dije que probablemente me sentiría fuera de lugar en el convento. Me preguntaba dónde podría encontrarme con usted accidentalmente, como quien dice.

—Sería usted bienvenido en el convento, señor Westward.

—Lo sé, sí. Lo sé.

—Sea como sea, ya me ha encontrado.

Habría sido más sensato que ambos hubieran vuelto a entrar en la casa, pero no estaba dispuesta bajo ningún concepto a que él atravesara el umbral. Para Eve habría sido la traición final. Él miró hacia la casa con gesto expectante. Ella permaneció en

silencio.

—Es acerca de Eve —dijo él al fin.

—¿Ah, sí?

—Tuvo la amabilidad de recoger a mi hermana en el colegio para sacarla a pasear. Me temo que lo más probable es que Heather se lo pidiera. De hecho, sé que lo hizo. Pero sea como fuere, Eve la llevó a dar una vuelta. Fue un día agradable y piensa hacerlo de nuevo.

—Sí. —Los ojos de la madre Francis eran fríos y tenía el corazón en un puño. ¿Acaso iba a pedirle que Eve se mantuviera alejada de la familia? De ser así, su corazón sería tan duro como el de Eve.

—Me preguntaba si podría decirle...

La religiosa siguió mirándole sin pestañear.

—Si podría decirle que le estoy muy agradecido. Hablo en serio.

—¿Por qué no se lo dice usted mismo? —La madre Francis sintió que las palabras salían de su boca como un suspiro de alivio.

—Lo haría, por supuesto, pero no sé dónde vive.

—Espere que se lo apunte. —Empezó a buscar en los profundos bolsillos de su largo hábito negro.

—Permítame. Los granjeros siempre llevamos encima sobres para garabatear cosas en el dorso.

Ella le sonrió.

—No, permítame a mí. Las monjas siempre llevamos cuadernitos y lápices con capuchón de plata.

Sacó ambas cosas de las profundidades de sus bolsillos y escribió con manos temblorosas lo que en su opinión podrían ser los planes preliminares para la entrega de una rama de olivo.

Clodagh Pine entró en la tienda de Hogan.

—¿Qué tal está, señor Hogan? ¿Podría prestarme un par de soportes para sombreros?

—Por supuesto, por supuesto. —Eddie Hogan se fue a hurgar en la parte trasera de la tienda.

—Así que vamos a abrir una sección de sombreros para señora, ¿eh? —comentó Sean Walsh con tono prepotente.

—Ten cuidado con cómo te diriges a mí, Sean. No sabes con quién estás hablando —respondió ella con una risotada.

Sean la miró disgustado. Desde luego era guapa, aunque un tanto llamativa. Su falda, ridículamente corta, dejaba sus largas piernas a la vista de todos. Llevaba un vestido verde limón con una chaqueta negra encima, un pañuelo de cuello rosa y unos pendientes, largos y colgantes, del mismo verde que su traje. Tenía el pelo rubio, obviamente teñido, sujeto con dos peinetas negras.

—Probablemente tengas razón.

—Ya te irás enterando —dijo ella.

Estaban los dos solos en la tienda. El viejo Mike estaba cosiendo y el señor Hogan no podía oírles.

—Desde luego no te echaré en falta.

—Más te vale. —Ella le malinterpretó deliberadamente—. Podemos ser rivales o amigos. Quizá sea más sensato ser amigos.

—Yo diría que todo el mundo es tu amigo, Clodagh —dijo él con una risita burlona.

—Pues te equivocarías. Hay mucha gente que no es para nada amiga mía, pero afortunadamente mi tía sí lo es. Voy a reorganizar por completo su negocio. He quemado hasta el último letrero de «El corte de moda». Espera a ver el nuevo escaparate.

—¿Estará el lunes? —Él seguía manteniendo una actitud de superioridad.

—No, genio. Me ocuparé de él esta misma tarde que cerramos antes. Es el único día que la gente mira escaparates. Y mañana ya veremos qué pasa.

—Supongo que debería felicitarte.

—Así es. A mí me resulta más difícil que a ti meterme en el negocio. No tengo el proyecto de casarme con mi tía.

Sean miró nerviosamente hacia el almacén trasero. Eddie Hogan había encontrado un par de soportes para sombreros y regresaba triunfante con ellos en la mano.

—Estoy convencido de que tus nuevos escaparates serán un gran éxito —dijo a toda prisa.

—Sí, serán fabulosos —respondió ella. Besó en la frente al sorprendido Eddie Hogan y desapareció en medio de un torbellino de colores, como un ave del paraíso.

—No pienso gastar el dinero que tanto me ha costado ganar en un vestido —dijo Eve con una mueca feroz cuando Nan empezó a hablar de qué iban a ponerse.

Esperaba que Nan le dijera que uno es lo que parece, y que la gente te aceptaba o te rechazaba basándose en cómo te presentabas ante ella. Era una de las teorías de Nan.

—Tienes razón —dijo Nan, inesperadamente—. Te compres lo que te compres no debe ser un traje de noche.

—¿Cómo? —Eve esperaba una discusión y aquello la había cogido desprevenida.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Nan.

—Kit me ha dicho que puedo echarle un vistazo a sus cosas por si me vale algo. Es más alta que yo, pero eso me pasa con todo el mundo. Podría arreglarlo, subirle el dobladillo, si es que encuentro alguna cosa.

—O puedes ponerte mi falda de lana roja —dijo Nan.

—No sé... —dijo Eve, empezando a sacar las uñas.

—¿Qué pasa? En la universidad nadie la ha visto. El rojo te sienta estupendamente. Podrías comprarte una blusa bonita, o a lo mejor Kit Hegarty tiene alguna. ¿Por qué no?

—No quiero parecer desagradecida, pero supongo que es porque no quiero ponerme la ropa que tú desechas —dijo Eve sin ambages.

—Pero no te importaría ponerte la de Kit Hegarty, ¿es eso? —respondió Nan rápida como un relámpago.

—Ella me la ofrece porque... porque sabe que no me importaría aceptarla.

—¿Y yo? ¿Crees que no lo hago por el mismo motivo?

—Si quieres que te sea sincera, no lo sé. —Eve jugueteaba con la cucharilla del café. Nan no le rogó, ni se encogió de hombros.

—Está ahí, es bonita y te sentaría bien —dijo con total sencillez.

—¿Por qué me la prestas? ¿Qué te traes entre manos? —Eve sabía que parecía una niña de cinco años, pero en verdad quería saberlo.

—Porque a esa fiesta vamos a asistir un grupo de amigos y quiero que vayamos guapísimas. Quiero que la gente como esa estúpida de Rosemary y la pelmaza de Sheila muerdan el polvo. ¡Por eso!

—Me encantaría —dijo Eve sonriendo.

—Madre, ¿te parecería muy mal si te pidiera dinero para comprar tela para hacerme un vestido nuevo?

—Te compraremos un vestido, Benny. Es tu primer gran baile. Todas las jóvenes deberían tener un traje nuevo comprado en una tienda.

—En las tiendas no hay trajes de mi talla.

—No te pongas triste. Estoy segura de que te equivocas. Ni siquiera lo has buscado.

—No estoy ni remotamente triste. La gente no alcanza mi tamaño hasta que se hace mayor. No me importa. Solía pensar que todo el mundo nacía con huesos grandes y hombros anchos, pero al parecer sólo aparecen cuando anda uno por los sesenta y ocho años. Ya puedes tener cuidado, madre, podría pasarte a ti.

—¿De dónde has sacado una teoría tan insensata, si puede saberse?

—De recorrer todas las tiendas de Dublín durante la hora de la comida, madre. No me he saltado ni una clase.

No parecía en absoluto afectada por la experiencia, según pudo ver Annabel con alivio. O quizá sí lo estuviera, por dentro. En el caso de Benny resultaba difícil saberlo.

No valía la pena seguir sonsacándola. La madre de Benny decidió adoptar una actitud práctica.

—¿Qué tipo de tela tenías pensado?

—No sé, una tela que resulte suntuosa... A lo mejor te parece ridículo, pero la vi en una revista. La llevaba una mujer más bien grande, y parecía un tapiz.

La sonrisa de Benny era amplia, pero no totalmente convencida.

—¿Un tapiz? —Su madre parecía desconcertada.

—Quizá no sea buena idea. Parecería un sofá o un sillón.

Annabel sintió el impulso de abrazar a su hija, pero sabía que no debía hacer nada

parecido.

—¿Quieres decir brocado? —preguntó.

—Exacto, eso es.

—Tengo una preciosa falda de brocado.

—No me estaría bien, madre.

—Podríamos meterle tiras de terciopelo negro, como una especie de bandas, y hacer la parte de arriba en terciopelo negro. Emplearíamos parte del brocado para los remates. ¿Qué te parece?

—No podemos destrozar tu falda.

—¿Cuándo piensas que voy a usarla? Me encantaría que fueras la más guapa del baile.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. Y es mucho mejor que cualquier cosa que pudieras comprarte en una tienda.

Lo era. Benny lo sabía. Aun así, se le cayó el alma a los pies al pensar en el diseño que debía tener en mente su madre.

Como un relámpago, ante sus ojos apareció una imagen de su décimo cumpleaños, del día en que creía que le iban a regalar un vestido de fiesta y le habían entregado un conjunto azul marino muy clásico. El dolor que sintió fue tan real entonces como lo era ahora, pero no parecía haber muchas alternativas.

—¿Quién crees que podría hacerlo?

—Al parecer, la sobrina de Peggy es un prodigio con la aguja.

Benny se animó. Clodagh Pine podía ser cualquier cosa menos clásica. Aún había esperanzas de que sus planes no estuvieran condenados al fracaso.

Querida Eve:

Tan sólo una breve nota para agradecerte con toda sinceridad que visitaras a mi hermana en el internado. Heather nos ha escrito maravillas sobre tu amabilidad. Quería expresarte mi aprecio, pero también decirte que no debes sentirte obligada en modo alguno a hacerlo por la ayuda que esta familia pueda haberte prestado para pagar la universidad. No creo necesario añadir que serás bienvenida en Westlands durante las vacaciones de Navidad, caso de que decidas venir a visitarnos.

Muy agradecido,

Simon Westward

Querido Simon:

Visito a Heather porque me agrada hacerlo y ella desea que lo haga. No tiene nada que ver con obligación alguna como usted sugiere. Durante las vacaciones de Navidad estaré en el convento de St Mary en Knockglen. Será bienvenido en él, caso de que decida venir a visitarnos. Quedo a su

disposición, por si necesita alguna otra aclaración,

Eve Malone

Queridos señor y señora Hogan:

Como probablemente les habrá dicho Benny, un grupo de amigos vamos a asistir juntos al baile de final de trimestre el próximo viernes. Mis padres van a celebrar una pequeña fiesta y tomaremos un jerez en nuestra casa de Donnybrook, donde nos reuniremos todos, antes de salir para el baile. Me pidieron que preguntara a algunos de los padres si les apetecería acercarse a tomar una copa si les viene bien. Soy consciente de que estamos bastante alejados, pero decidí mencionarlo por si existe alguna posibilidad de que vengan. Gracias de nuevo por la maravillosa tarde que pasé en su casa durante mi visita a Knockglen hace unas semanas.

Afectuosamente,

Jack Foley

Querido Fonsie:

No tengo más remedio que pedirte con toda firmeza que dejes de escribirme notas. Mi tía cree que sólo existe una señorita Pine en el mundo, y por supuesto es ella. Me ha leído en voz alta tus cartas en las que me cuentas que «te enrolla» y que «me invitas a donde está la acción». Ha empezado a preguntarme qué significa «me pones a cien» y por qué la gente dice «qué auténtico».

Tengo un saludable respeto por mi tía. He venido a ayudarla a modernizar su tienda y mejorar el negocio. No tengo la menor intención de pasarme las mañanas oyéndola leer la letra de «Hasta luego cocodrilo».

No tengo ningún inconveniente en que nos veamos y hablemos, pero la correspondencia debe terminar.

Cordialmente,

Clodagh

Querida madre Francis:

Tengo intención de pasar las Navidades en el convento de St Mary en Knockglen por una serie de razones. Espero que esto no represente excesivas molestias para la comunidad. Más adelante me pondré en contacto con usted para ultimar los detalles.

Su hermana en Cristo,

Madre Clare

Lilly Foley estaba contenta con la perspectiva de la fiesta. John se lo pasaría bien. Le apetecía ver su gran casa llena de luces y flores y escuchar el frufrú de los trajes de noche de las hermosas jovencitas. A su marido le gustaría desempeñar el papel de anfitrión en un salón lleno de chicos apuestos. Le haría sentir joven.

Estaba decidida a que todo saliera perfectamente, y a tener el mejor

aspecto posible. No pensaba permitir que él pudiera encontrarla gris y vulgar en medio de las lentejuelas que la rodearían.

Ya pensaría en lo que iba a ponerse más adelante. Por el momento, debía planear la ocasión cuidadosamente. No permitiría que Jack se enterara de hasta qué punto era bienvenida la excusa. Haría que él y su padre se dieran cuenta de la esposa y madre tan maravillosa que tenían, capaz de satisfacer todas sus exigencias.

—¿Les parecerían bien salchichas y aperitivos? —preguntó Lilly.

—Se comerán cualquier cosa que les pongas delante. —Jack no tenía el menor interés en los detalles.

—¿Quién servirá? Doreen necesitará ayuda.

Jack miró alrededor de la mesa.

—Aengus —dijo.

—¿Podré llevar una servilleta en el brazo? —preguntó Aengus.

—Sería mejor que llevaras también una en el trasero —dijo Ronan.

Su madre frunció el ceño.

—Es para tus amigos, Jack. Podías prestar algo de atención.

—Y para los tuyos y los de papá. No me irás a decir que no estáis los dos encantados. Habéis comprado las cortinas nuevas de las que tanto tiempo llevabais hablando y habéis hecho pintar la verja.

—Sería muy propio de ti contárselo a todo el mundo.

—Por supuesto que no lo haré. No hago más que repetirte que me parece estupendo que vengan vuestros amigos.

—¡Y los tuyos!

—Los míos sólo estarán aquí una o dos horas. Los tuyos se quedarán toda la noche y se pondrán en evidencia. Me alegro de no tener que ser testigo.

—¿Y qué pasa con los viejos?, como dices tú. Me refiero a los padres de tus amigos.

—He invitado a los padres de Aidan Lynch. Ya los conocéis.

—Ya lo creo. —La señora Foley levantó los ojos al cielo.

—Y a los padres de Benny Hogan, la familia de Knockglen, pero no pueden venir. Te escribieron, ¿recuerdas? Sólo vendrá gente como el tío Kevin, los vecinos, y toda vuestra panda. Seguro que ni os enteráis de que estamos.

—Quisiera saber por qué nos has metido en este berenjenal —dijo su madre.

—Porque no acababa de saber a qué chica invitar, así que las he invitado a todas —confesó Jack con toda honradez mientras sonreía.

La semana anterior al baile, Eve volvió a Knockglen.

—Lo he retrasado demasiado —le confesó a Benny en el autobús el viernes por la noche—. La verdad es que no podía abandonar a Kit. ¿Crees

que lo comprenderá la madre Francis?

—Explícaselo —dijo Benny.

—Lo haré. Dijo que tenía que pedirme un favor. ¿Qué crees que será?

—Intentemos adivinarlo. ¿Qué le ayudes a montar una destilería clandestina en el patio de la cocina?

—No se me daría mal eso. O tal vez, debido a mi gran experiencia en rechazar las pretensiones de Aidan Lynch, quiera que dé un cursillo de educación sexual a las chicas de sexto.

—O que lleves a las monjas de excursión a Belfast para ver una película prohibida.

—O que lleve a Sean Walsh a la clase de Arte y le ponga un trapo sobre sus partes pudendas para que pose como modelo.

Les dio tal ataque de risa que Mikey, el conductor, les dijo que le hacían perder la concentración.

—Me recordáis esas historietas de el Gordo y el Flaco. ¿Sabéis a quiénes me refiero? —les gritó Mikey.

Lo sabían. El Gordo era el grande y el Flaco era el pequeño. Mikey siempre había sido un hombre muy sutil.

—No puedo rechazarla —le dijo la madre a Eve con tono de súplica.

—Claro que puede, madre, por supuesto que puede.

—¡Eve! ¡Por favor!

—No, en serio. Usted puede hacer cualquier cosa. Siempre ha podido hacer todo lo que quería, siempre.

—No sé de dónde puedes haber sacado semejante idea.

—De vivir con usted, de observarla. Puede decirle a la madre Clare que a la comunidad sí le incomoda que venga simplemente porque las de Dublín quieren librarse de ella durante las Navidades.

—Eso es muy poco caritativo.

—¿Desde cuándo ha tenido nada que ver la caridad con esto?

—Por lo que veo, ha habido algún error en tu educación. En realidad, se supone que la caridad desempeña un papel bastante importante en la vida religiosa. Las dos se echaron a reír.

—Madre, no sería capaz de compartir el mismo techo con ella.

—No tienes que hacerlo, Eve. Las demás sí.

—¿Qué quiere decir?

—Tienes tu propia casa, si quieres usarla.

—¡Otra de sus estratagemas!

—Te doy mi palabra de honor de que no es así. Si crees que me he tomado la molestia de organizar la venida de la madre Clare para obligarte a entrar en la casa, es que no comprendes nada de nada.

—Reconozco que sería ir un poco lejos —asintió Eve.

—¿Y bien?

—No.

—¿Por qué? Dame sólo una buena razón.

—No pienso aceptar su caridad. No pienso vivir en su maldita casa de prestado. No soy un viejo caballero que se ha roto la espalda cuidando los caballos de sus amos y se pasa el resto de la vida lloriqueando de gratitud por la compensación obtenida.

—No se trata de eso.

—Claro que sí, claro que sí. La echaron de casa, no era digna de cruzar su puerta, jamás permitieron que volviese a entrar. Pero no querían que muriera en la cuneta, así que le regalaron esa casita que nadie quería porque estaba a kilómetros de todas partes y encima, horror añadido, junto al convento católico.

—A ellos les gustaba, Eve. Era donde querían vivir.

—Pero no donde quiero vivir yo.

—¿Ni siquiera quieres ir a verla? Me tomo tantas molestias cuidándola para ti, siempre con la esperanza de que... Pensé que te encantaría.

La madre Francis parecía cansada, casi agotada.

—Lo siento.

—Estaba convencida de que te sentirías aliviada por tener un lugar al que escapar. Supongo que estaba equivocada.

—No me importaría ir a verla, madre, pero por darle gusto a usted, no por ellos.

—Entonces iremos mañana por la mañana. Iremos las dos.

—Mi habitación de aquí...

—Será tu habitación mientras vivas.

—¿Qué te parece? —Benny miró a Clodagh llena de ansiedad.

—Es una prenda extraordinaria. Da pena cortarla.

—Tú has visto a la gente que va a esos sitios. ¿Crees que quedará bien?

—Cuando haya acabado con esto y contigo, causarás sensación.

Benny miró con gesto de duda la vestimenta de Clodagh, compuesta por un pichi blanco sobre un polo malva y lo que parecían unas mallas del mismo color. Iba muy por delante de su tiempo para cualquier sitio, no digamos ya para Knockglen.

—Cortaremos el corpiño muy... muy bajo. Así.

Benny sólo llevaba puesta la enagua. Eve estaba encaramada en un radiador fumando y ofreciendo sus comentarios de vez en cuando.

Clodagh hizo un gesto con la parte superior del vestido que implicaba un escote de proporciones descomunales.

—¿Cortar por dónde? —gritó Benny. Clodagh repitió el gesto.

—Eso me había parecido. Se me caerían encima del plato, por amor de

Dios.

—Presumiblemente llevarás algún tipo de prenda interior para impedir que ocurra tal cosa.

—Tendré que llevar un sostén de acero.

—Sí, y debemos levantarte el pecho hacia arriba y hacia adentro. Así...

Clodagh tendió amenazadoramente sus manos hacia Benny, que lanzó un grito de sorpresa.

—No me había divertido tanto desde hacía años —dijo Eve.

—Explícaselo, Eve. Dile que es mi madre la que va a pagar el vestido. No me dejará salir si parezco la puta de Babilonia.

—Vas a un baile, ¿no? —preguntó Clodagh—. No van a presentar los documentos para tu canonización ni nada por el estilo.

—Clodagh, has perdido la cabeza. Aunque tuviera valor, no puedo hacerlo.

—De acuerdo, te pondremos el llamado velo de la modestia.

—¿El qué?

—Cortaremos esto como debe ser y te meteremos dentro con calzador. Después prepararé un trozo de tela, gasa o algo así, y un par de corchetes. Le diremos a tu madre que ése es el vestido que vas a llevar, pero podrás quitártelo en cuanto hayas cruzado los límites de Knockglen.

Clodagh hurgaba, manoseaba y ponía alfileres.

—Echa los hombros para atrás, Benny —ordenó—. Sacar pecho.

—Jesús, María y José, parezco el mascarón de proa de un buque —dijo Benny alarmada.

—Y tanto. ¿No es estupendo?

—A los hombres les encantan las proas —dijo Eve—. No hacen más que repetirlo.

—Cállate la boca, Eve Malone, o te clavaré las tijeras.

—No harás tal cosa. Esas tijeras son mías y son muy caras. Ya está. ¿A qué queda fantástico? —Clodagh parecía satisfecha. Aunque estaba aún en su fase inicial, todas pudieron ver lo que tenía en mente para Benny. Y en verdad tenía un aspecto magnífico.

—La Mujer Sabia no permitiría jamás que su madre estuviera presente en las pruebas para este vestido —dijo Eve agudamente.

—Vas a tener que quitártelos de encima a palos —dijo alegremente Clodagh mientras empezaba a sacar los alfileres.

—¿No sería genial? —dijo Benny sonriendo encantada ante su imagen en el espejo.

Capítulo 10

—Es estupendo que tengas que trabajar hasta tarde esta noche —le dijo Nan a su madre. Se sirvieron otra taza de café sentadas a la mesa del desayuno. El baile se celebraba en el mismo hotel en el que estaba la tienda de Emily. Nan tenía pensado llevar a sus amigos para presentárselos y para que pudiera ver cómo iban vestidos.

—No tienes por qué hacerlo, ya lo sabes. Siempre puedo echar un vistazo cuando vayáis a entrar en el salón de baile.

—Sabes que me encantaría hacerlo, Em. Quiero que les conozcas y que te conozcan.

Entre las dos, muda, yacía la certidumbre de que Nan jamás llevaría a sus amigos a Maple Gardens.

—Sólo si te parece el momento oportuno. Decídelo sobre la marcha. Puede haber gente que no quieras traer a la tienda... tú ya me entiendes.

Nan puso su mano sobre la de su madre.

—No, por raro que te parezca, no te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, teníamos tantas esperanzas puestas en ti... tú y yo, de que pudieras alejarte de todo esto. —Emily miró a su alrededor, a la pequeña e incómoda casa—. A lo mejor prefieres no llevar gente estupenda para que me vea en la tienda. —Sonrió como excusándose.

—Es una tienda preciosa. Y la llevas de maravilla. Me sentiría orgullosa de que te conocieran en ella —respondió Nan.

No le dijo que no confiaba en que los Aidan Lynch, los Bill Dunne o los Jack Foyle la sacaran de Maple Gardens. Sus miras eran mucho más elevadas.

—Me gustaría que vinieras esta noche a tomar una copa —le dijo Eve a Kit.

—No, no me siento cómoda en ese tipo de reuniones, se me atragantan las palabras. Jamás se me dieron bien los acontecimientos sociales.

—Van a ir los padres de Aidan Lynch. ¡Podrías hablar sobre él!

—Por Dios, Eve, déjame en paz. Preferiría un millón de veces quedarme aquí. Ann Hayes y yo vamos a ir al cine. Es mucho más de nuestro estilo que tomar cócteles con ilustres médicos en Ailesbury Road.

—No es en Ailesbury Road —dijo Eve a la defensiva.

—No está muy lejos. —Su expresión se suavizó—. Es suficiente con ser invitada. ¿Le has preparado la cama a Benny?

—Sí. No haremos ruido para no despertarte.

—Es fácil despertarme. Tengo el sueño muy ligero. A lo mejor os apetece hablarme de ello. Esa ropa te sienta maravillosamente. Nunca había visto nada parecido.

Habían celebrado un ensayo con vestuario la noche anterior, con un bolso de

noche que les había prestado la señora Hayes, la vecina de la casa de al lado, y la mejor blusa de Kit, blanca y con encajes, que habían almidonado y planchado hasta dejarla como nueva. Kit sacó su regalo sorpresa. Unos pendientes de color escarlata, exactamente igual al color de la falda.

—No, no, no debes dedicarte a comprarme cosas —tartamudeó Eve.

Algo en el rostro de Kit le recordó a Eve que esa misma noche podría haber sido Frank Hegarty el que hubiera estado vistiéndose para ir al baile si las cosas hubieran sido diferentes.

—Gracias, muchas gracias —dijo.

—Estás realmente guapísima. Muy llamativa.

—Creo que parezco alguna clase de pájaro —dijo Eve con toda seriedad—. Una especie de mirlo enloquecido con la cabeza ladeada antes de salir a picotear cosas.

Kit se deshizo en carcajadas.

—Lo digo en serio. De verdad —dijo—. Eres muy atractiva. Estás más loca que un cencerro, desde luego, pero con un poco de suerte, puede que no lo note nadie.

El conjunto de Benny estaba empaquetado en una caja y envuelto en papel de seda. Había sido muy admirado en casa. Hubo un momento de peligro cuando Patsy había dicho con una risita que esperaba que nadie le arrancara el «velo de la modestia». Los Hogan se habían mirado alarmados.

—¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así?

Benny le había dirigido una mirada enfurecida a Patsy, que se había retirado a los fogones sumida en un mar de confusión.

—Me habría gustado veros a todos vestidos para la gran ocasión —dijo la madre de Benny—. A ti, a Eve, y a todos tus amigos.

—Podríais haber venido a casa del doctor Foley. Os han invitado.

Benny se sintió como una hipócrita. No le habría gustado nada que asistieran.

—Sí, desde luego fue muy cortés por su parte —comentó Eddie Hogan—. Una forma de corresponder a la hospitalidad que le ofrecimos al muchacho.

Benny sintió un profundo sentimiento de embarazo. Qué provincianos y anticuados eran en comparación con la gente de Dublín. Luego la inundó una oleada de culpabilidad y se sintió protectora. ¿Por qué iban a tener el mismo estilo y forma de actuar que la gente que asistía a cócteles?

—¿Y volverás a casa en el autobús de la mañana? —le preguntó esperanzada su madre.

—Puede que en el siguiente. Me gustaría sacarle todo el partido posible a la visita y reunirme a tomar café con las chicas... o a comer.

—¿Pero nos llamarás? —le preguntó su padre.

—Por supuesto que sí. —Se moría por marcharse—. Mañana por la mañana.

—¿Estarás bien en Dublín? —preguntó su padre, con tanta preocupación como si fuera a viajar a la cara oculta de la luna.

—Voy allí todos los días, padre.

—Pero no todas las noches.

—Aun así, estaré a salvo con la señora Hegarty. Lo sabes perfectamente. —Por favor, Dios mío, que la dejaran marchar de una vez.

—Que disfrutes hasta el último minuto —dijo su madre.

—Mejor será que salga a coger el autobús, madre. No quiero andar con prisas, no con este paquete debajo del brazo.

Estaban en la puerta de Lisbeg, la madre, el padre, Patsy y *Shep*. Si *Shep* hubiera sabido cómo hacerlo, habría levantado la pata para despedirla. En verdad lo habría hecho.

—Que te lo pases bien en el baile, Benny —le gritó el doctor Johnson.

Clodagh, que estaba ya recomponiendo sus muy comentados escaparates en la tienda de Peggy Pine, empezó a hacer fascinantes ademanes, representando el momento en que Benny se arrancaría el velo de la modestia dejando al descubierto una asombrosa extensión de su busto.

Fonsie lo observaba todo desde el otro lado de la calle con gran interés.

—Es una tía fabulosa, ¿no crees? —dijo.

—Hay mucho talento aquí, en Knockglen —mintió Benny.

—No pares de bailar —la animó Fonsie.

A la puerta de la sastrería Hogan estaba Sean Walsh, puliendo los bronce.

—Hoy es la gran noche —dijo con una sonrisa lenta y amplia. Recuerda los consejos de Nan. Ser amable no hace daño a nadie. A menudo es de gran ayuda. Benny le devolvió la sonrisa.

—Así es, Sean —dijo.

—Intenté convencer a tu padre para que me permitiese llevarles a los dos a esa recepción a la que les habían invitado.

—No se trata de una recepción. Sólo tomaremos unas copas en casa del doctor Foley.

—Eso mismo. Me enseñó la carta en la que les invitaban. Le dije que no me importaba nada acercarlos.

—Pero no aceptaron. —Sabía que su voz había adquirido un tono agudo.

—¿Y qué importa? No tienen más que coger el teléfono y decir que podrán asistir después de todo. Le dije que deberían salir de vez en cuando.

—¿Lo hiciste?

—Sí, y también añadí que no había mejor ocasión que la noche del gran baile de Benny.

—Lástima que no aceptaran.

—El día aún es joven —dijo Sean Walsh, y entró de nuevo en la tienda.

Sólo lo decía para molestarla. Debía saber cuánto le irritaría que sus padres estuvieran presentes en un momento así. Se sintió mareada y se apoyó contra la pared de la confitería de Birdie Mac.

Birdie golpeó el cristal de la ventana, haciéndole gestos.

«Dios, lo que necesitaba —pensó Benny—. Ahora me dará media chocolatina o algo así para que reponga fuerzas».

—Hola, señorita Mac. —Intentó que no le temblara la voz. Debía comportarse cuerdamente. Sus padres acababan de despedirse de ella. No tenían la menor intención de ir a Dublín. Se habrían pasado toda la semana haciendo preparativos.

Birdie se había acercado a la puerta.

—Benny, acaba de llamar tu madre. Quiere que le haga la permanente a domicilio esta mañana y se me olvidó preguntárselo. ¿Tiene secador en casa?

Birdie Mac miró a Benny con gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Una permanente a domicilio, dice.

—Sí, no me supone ningún problema. Puedo acercarme ahora y hacer los preparativos y volver más tarde para añadir el neutralizador. Lo que me preocupa es el secador.

—Tiene secador. —Benny hablaba como un robot.

Llegó a la plaza sin darse cuenta. La sobresaltó el claxon del autobús.

—¿Qué pasa, Benny, vas a subir o no? ¿Necesitas una invitación especial?

—Lo siento Mikey. ¿Sales ya? No me había dado cuenta.

—En absoluto, tenemos todo el día y toda la noche. El relajo es la nota distintiva de nuestro servicio de autobuses, nuestro lema es no meter nunca prisa a un pasajero.

Benny se sentó y miró sin ver hacia el exterior.

No podían haber decidido ir a Dublín. Esa noche no.

Rosemary no estaba en la clase de Historia.

—Ha ido a la peluquería —dijo Deirdre, una chica activa y metomentodo que parecía estar al corriente—. Va a asistir al gran baile de esta noche con un grupo. Van a tomar unas copas antes en casa de Jack Foley. Imagínatelo... en casa de Jack Foley.

—Lo sé —dijo Benny con voz ausente—. Yo también voy.

—¿Cómo dices?

—Sí. —Benny levantó la vista ante la insultante sorpresa de la chica.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Deirdre.

—Nadie va con nadie. Cada uno se paga lo suyo. —Estaba empeñada en bajarle los humos a Rosemary, al menos en lo que pudiera.

—Sí, pero haber sido invitada... —Deirdre miró a Benny de hito en hito.

—Estoy impaciente. —Benny sabía que su expresión era adusta y desesperada.

Además de todas sus ansiedades habituales, ahora temía que sus padres aparecieran también, cometiendo torpezas y pidiendo excusas y, especialmente, que descubrieran horrorizados la parcela de busto que pensaba exhibir su hija. Entraba dentro de lo posible que llegaran a ordenarle que saliera de la habitación y se cubriera. La idea hizo que Benny se sintiera sofocada y helada a la vez.

—Supongo que debe de ser porque eres amiga de Nan Mahon —dijo finalmente Deirdre.

—¿De qué hablas?

—De lo que hace que a una la inviten a ir a los sitios. Es estupendo tener una amiga así.

Los ojos de Deirdre tenían una expresión astuta y porcina.

Benny se quedó mirándola unos instantes con disgusto.

—Sí, normalmente escojo a mis amistades por ese motivo —dijo.

Recordó demasiado tarde la advertencia de la madre Mary acerca del sarcasmo.

—Desde luego no es mal criterio —replicó Deirdre asintiendo pensativamente.

El día se le hizo muy largo. Se reunió con Eve y viajaron hasta Dunlaoghaire en el tren de las cinco. Había un montón de oficinistas que regresaban a casa y en algunas estaciones se subieron al tren colegiales uniformados. Eve y Benny se dieron codazos dejándose llevar por el placer de pertenecer a un mundo diferente, de formar parte de un gran círculo resplandeciente.

Kit les había preparado sándwiches.

—Estoy demasiado nerviosa —protestó Eve.

—Yo he estado a dieta. Será mejor que no tropiece en el último obstáculo —explicó Benny.

Kit fue inflexible. No pensaba permitir que se desmayaran de hambre en el baile y, de todos modos, había que digerir la comida antes de que pudiera convertirse en grasa, y no habría tiempo para que tal cosa ocurriera. No había peligro de que Benny reventara su vestido. Kit había declarado el cuarto de baño zona restringida para sus huéspedes, aunque decía que no era realmente necesario. La mayoría de ellos no tenía necesidad de pasarse las horas muertas dentro.

El café y los sándwiches estaban en una bandeja en su habitación. Kit parecía comprender su necesidad de reír y reconfortarse mutuamente.

La cena de esa noche era responsabilidad suya, dijo. Eve no tenía ni que pensar en prepararla o servirla.

Se subieron las cremalleras y se ajustaron los vestidos la una a la otra. Sostuvieron la luz en un ángulo más apropiado para hacerse la línea del párpado y aplicarse la sombra de ojos. Se aconsejaron mutuamente la cantidad de barra de labios que debían darse y esparcieron gran cantidad de polvos de talco en el busto de Benny, que estaba más blanco que su cuello y sus brazos.

—Probablemente le ocurra igual a todo el mundo. Lo que pasa es que no tenemos ocasión de verlo.

Las manos de Benny volaron a cubrir su escote.

—No hagas eso. Recuérdalo, Clodagh dice que es como si quisieras atraer la atención.

—Es fácil decirlo cuando se lleva un pichi como el de ella.

—Vamos, Benny, ¿acaso no ha conseguido que estés guapísima?

—¿Lo ha hecho, Eve? ¿O entre las dos hemos logrado que parezca una idiota?

Benny parecía tan alterada y nerviosa que Eve se sobresaltó.

—Estamos un poco nerviosas, eso es todo. Yo estoy convencida de que parezco una temible ave de presa, pero si intento mirarlo con objetividad me doy cuenta de que probablemente no sea así.

—Claro que no lo es. Estás estupenda y tienes que saberlo. Mírate en el espejo, por amor de Dios. Eres tan menuda, estás tan llena de color. —A Benny se le trabucaban las palabras en su deseo de convencer a su pequeña y preocupada amiga.

—Por el mismo razonamiento, tú tienes que saber también que estás preciosa. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que no te gusta?

—Mi pecho.

—¡Otra vez no!

—Me da miedo lo que pueda pensar la gente.

—Pensará que es precioso.

—No, no digo los chicos. La gente normal.

—¿Qué clase de gente normal?

—La primera que venga a la reunión para tomar unas copas. Quizá piensen que soy ligera de cascos.

—No seas estúpida.

Kit gritó por el hueco de las escaleras.

—¿Puedo subir a veros? El señor Hayes llegará para llevaros en coche dentro de unos diez minutos.

—Sube a ver si consigues que mi amiga recobre el sentido común. Kit entró y se sentó en la cama. Fue todo alabanzas.

—A Benny le preocupa su escote —explicó Eve.

—No debería hacerlo. Que se preocupen las otras chicas, y que lo envidien —dijo Kit como quien sabe que no hay discusión posible.

—Pero...

—Esto no es Knockglen, tus padres no van a estar presentes. —Eve se interrumpió bruscamente—. ¿Qué ocurre?

—Nada. —Los ojos de Benny brillaban demasiado. Eve y Kit intercambiaron miradas.

—Señora Hegarty, ¿podría usar su teléfono?

—Desde luego —respondió Kit—. Funciona con monedas, me temo.

Benny cogió rápidamente su bolso y corrió escaleras abajo. Las dos se miraron desconcertadas.

—¿A qué viene todo esto?

—No tengo ni idea —respondió Eve—. Es algo relacionado con Knockglen. Va a llamar a su casa, me apuesto lo que quieras.

—Hola Patsy, soy Benny.

—¡Hola! ¿Estás ya en el baile?

—A punto de salir. ¿Están por ahí mi madre o mi padre? —No, Benny, han salido.

—¿Cómo dices?

—Que han salido. Se marcharon a eso de las seis.

—¿Adónde han ido?

—No me lo han dicho —dijo Patsy.

—Patsy, tienen que habértelo dicho. Siempre dicen adonde van.

—Pues no lo han hecho. ¿Querías algo para ellos?

—Escucha, ¿se habían vestido de fiesta?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo iban vestidos, Patsy? ¡Por favor!

—Por Dios, Benny, nunca me fijo en lo que lleva la gente puesto. Llevaban ropa de calle. —Patsy hacía lo que podía.

—¿Crees que estarán en Dublín?

—Seguro que no. Lo habrían dicho.

—¿Les ha recogido Sean Walsh?

—No lo sé, estaba en el fregadero.

—Algo habrás notado. —La voz de Benny iba tiñéndose de impaciencia. Patsy se enfadó.

—Habría notado un montón de cosas si hubiera sabido que me iban a hacer un interrogatorio policial por teléfono —dijo ofendida.

—Lo siento.

—Está bien —contestó Patsy, pero no era cierto.

—Te veré mañana y te lo explicaré todo.

—Estupendo.

—Y en caso de que vuelvan...

—Virgen santa, Benny, claro que volverán.

—En caso de que vuelvan límitate a decirles que llamé para darles las gracias por todo, por el vestido y todo lo demás.

—Claro, Benny, les diré que eras toda dulzura y agradecimiento.

Benny se quedó unos momentos abajo para recuperar el aliento. No podía cargar a Eve con el peso de todo aquello. Enderezaría los hombros y sacaría pecho. Iría a la fiesta. Si aparecían sus padres, les diría que había perdido el velo de la modestia. Que se le había volado al sacarlo del paquete. Se mostraría divertida y alegre y haría chistes.

Aunque sus padres dijeran cosas mortificantes a la gente como Rosemary, aunque hicieran comentarios groseros sobre cómo los padres de Jack habían correspondido a su hospitalidad, mantendría la cabeza erguida.

Nadie sabría que debajo de los aros de acero de su sostén había un corazón acongojado y abrumado por una trémula sensación de nerviosismo.

Sonó el timbre y fue a abrir la puerta. Ante ella había un hombre con sombrero y abrigo.

—Soy Johnny Hayes, he venido a llevar a dos señoritas a Donnybrook —dijo, mirando la extensión de busto expuesta ante él. Y añadió—: Aunque no me

importaría nada meter a una maravilla como usted en el coche y salir huyendo hacia las montañas.

Ahora que todo estaba en marcha, Lilly Foley empezaba a disfrutar. Jack había tenido razón. Efectivamente ya era hora de que dieran una fiesta, y la ocasión era ideal. Los vecinos podrían admirar a los jóvenes que iban a asistir al baile. Sin que pudiera parecer pretencioso por su parte, la casa estaría llena de chicos vestidos de etiqueta y muchachas con trajes largos de vuelo. Para eso estaban pensadas estas casas grandes, se dijo a sí misma Lilly Foley. Pero no se lo dijo a su marido ni a sus hijos. Tenían la mala costumbre de meterse con ella por lo que llamaban sus fantasías. A Lilly le agradaba ver llegar coches hasta la avenida flanqueada de árboles de la casa, y oír el frufrú de los largos vestidos al subir las escaleras, pero se guardaba aquel pequeño placer para sí misma.

Una de las primeras en llegar fue Sheila, una de las compañeras de universidad de Jack. Para Lilly Foley había sido hasta entonces una voz que había escuchado frecuentemente en el teléfono, diciendo que quería repasar algunas notas con Jack. Cuando la vio en la casa, resultó ser una chica atractiva, con un vestido amarillo y negro. Lilly pensó que parecía excesivamente ansiosa por impresionar cuando empezó a explicar que tenía un tío juez y un primo asesor legal, por lo que prácticamente había nacido para ser abogada. Poco después llegó una joven pareja, Sean y Carmel, que hablaban animadamente entre sí sin incluir a nadie más en su conversación. A Lilly le alegró ver a Bill Dunne, un joven tranquilo y de lo más presentable. Resultaba un antídoto contra el tal Aidan Lynch, cuyas payasadas jamás le habían hecho gracia y cuyos padres tenían voces como sirenas para la niebla.

Miró con orgullo a Jack, que estaba guapísimo con su traje de etiqueta alquilado. Se ocupaba de recibir a la gente y reía franca y abiertamente. Primero rodeaba con el brazo a una chica y luego a otra. Habría que ser mejor detective que Lilly Foley para averiguar cuál de ellas le gustaba más. Rosemary, una chica que era muy bonita pero iba demasiado maquillada, sólo había mirado un momento a Lilly antes de orientar todo el poder de su atractivo hacia el doctor Foley.

Aengus había asumido su papel de camarero con gran solemnidad. Permanecía al pie de las escaleras con las gafas empañadas y su nueva y resplandeciente pajarita de topos. Se sentía el centro de atención, la figura de la que todos serían conscientes al entrar para dejar los abrigos en el comedor.

Hasta el momento, todos los invitados le eran desconocidos. Se sintió aliviado al reconocer a Aidan Lynch, el compañero de colegio de Jack.

—Buenas noches —le dijo Aidan formalmente—. ¿Pertenece usted a alguna empresa de *catering*? No recuerdo haberle visto a menudo en los círculos sociales de Dublín.

—Soy Aengus —dijo Aengus encantado de que no le hubiera reconocido.

—Es muy amable al permitirme que emplee su nombre de pila. Soy Aidan Lynch. Mis padres han entrado por delante y, por lo que puedo ver, el doctor Foley se ha

hecho cargo de satisfacer sus requerimientos en lo referente a la bebida. ¿Debo encargarle a usted... esto, Aengus, lo que desee tomar?

—Aidan, soy Aengus, el hermano de Jack. —Una sonrisa de triunfo iluminaba su cara.

—Aengus. Vaya, es verdad. ¡No te había reconocido! —dijo Aidan golpeándose la frente con la palma de la mano.

—Puedo ponerte un jerez seco o dulce, cerveza y naranjada —ofreció Aengus.

—Santo cielo. —Aidan se quedó paralizado por la indecisión.

—Pero no todo junto.

—Qué desilusión. Estaba a punto de pedirte que me lo trajeras todo en un vaso con un buen pegote de nata montada encima. —Parecía entristecido.

—Ya que eres amigo de Jack, preguntaré si puedo... —Aengus estaba a punto de echar a andar hacia la cocina, donde estaban las bebidas.

—Vuelve aquí, chalado. Escucha. ¿Ha llegado una chica preciosa y pequeña con la tez oscura?

—Sí, está ahí dentro. Va con un tipo. No hace más que lamerle la oreja y beber de su vaso.

Aidan le apartó a un lado y se abrió camino hasta el salón. ¿Cómo podía comportarse así Eve? Quizás hubiera mezclado todas las bebidas. Pero no se la veía por ninguna parte. Sus ojos recorrieron la gran habitación, con sus cálidas luces y su enorme árbol de Navidad en la ventana. Vio muchos rostros familiares, pero no el de Eve.

Volvió adonde estaba Aengus.

—¿Dónde está? Vamos, de prisa.

—¿Quién? —Aengus estaba alarmado.

—La chica guapa de tez oscura.

—¿La que le lamía la oreja a aquel tipo?

—Sí, ésa. —Aidan estaba muy irritado.

Aengus se había acercado a la puerta.

—¡Allí! —Señaló hacia Carmel y Sean que, como de costumbre, estaban de pie muy juntos. El alivio inundó a Aidan.

Carmel y Sean le vieron y le saludaron con la mano.

—¿A qué venía tanto señalar con el dedo? —preguntó Carmel.

—Estás absolutamente arrebatadora, Carmel —dijo Aidan—. Abandona a ese hombre al instante. Yo te ofrezco una vida mejor. Has trastornado mis sueños hasta tal punto... ¡Ven y trastorna también mis horas de vigilia!

Carmel le dirigió una sonrisa inteligente, madura, de mujer de mundo, y le dio unas palmaditas en la mano.

En ese mismo instante, Aidan oyó la voz de Eve a sus espaldas.

—Vaya, hola, Aidan. Veo que te has quedado sin palabras, como de costumbre.

Se volvió para mirarla. Estaba tan guapa que se le hizo un nudo en la garganta, y

durante unos segundos no pudo literalmente articular palabra.

—Estás increíble —dijo al fin con absoluta honradez y sin afectación alguna.

Nan le había advertido a Eve que no debía revelar que la falda era prestada. Si alguien la alababa, debía dar las gracias por el cumplido. ¿Por qué echarle a nadie en cara sus halagos?

Eve jamás había hablado con Aidan más que en plan bromista, pero ahora su admiración parecía no tener límites.

—Muchas gracias —dijo con sencillez.

Fue como si se hubiera levantado la niebla. Al instante volvieron a su forma de relación habitual.

—Me alegro de que hayas llegado en este preciso momento, porque Carmel me estaba haciendo proposiciones deshonestas. Ha sido muy embarazoso, estaba Sean delante, pero ¿qué podía hacer yo? —Aidan la miró con gesto de indefensión.

—Es algo a lo que tendrás que enfrentarte toda tu vida. Yo diría que es algo físico, ya sabes, como los animales que desprenden olores. No puede ser una cosa intelectual ni nada por el estilo.

Eve se rió alegremente y giró sobre sí misma ante los admirados ojos de Bill Dunne.

—Estás increíble —le dijo Bill Dunne—. ¿Por qué no te vistes siempre así?

—Yo iba a preguntarte exactamente lo mismo —respondió ella sin dejar de reír.

Bill se ajustó la corbata y sonrió estúpidamente. Aidan pareció abatido. Habló apresuradamente con Jack, que estaba a su lado.

—No sé yo si esto habrá sido una buena idea.

—¿Qué? —Jack miró el vaso de cerveza que Aidan tenía en la mano—. ¿No tiene gas?

—No. Hablo de lo de invitar a todas las chicas. Creíamos que las tendríamos bajo control, pero puede que acabemos perdiéndolas a todas.

—¿Jack? —Aengus acababa de llegar con cara de preocupación.

—Aquí está el señor Arreglalotodo —dijo Aidan mirando malévolamente al pequeño, al que no perdonaba el susto que le había dado nada más empezar la noche.

—Jack, ¿saco ya las salchichas? Mamá quiere saber si han llegado todos.

—Nan no ha llegado todavía. Espera unos minutos más.

—Todos los demás están ya aquí, ¿no? —Aidan miró alrededor de la habitación. No le gustaba el modo en que Bill Dunne hacía reír a Eve. No le gustaba el modo en el que los demás miembros de aquel club de viejos estaban haciendo reír demasiado fuerte a sus padres.

—Eso creo. Mira, allí llega Nan.

De pie ante la puerta, con la misma naturalidad que si hubiera entrado en salones llenos de gente como aquel todos los días de su vida, estaba Nan Mahon. Llevaba un precioso conjunto de color limón, la falda de seda suelta, la parte superior un corpiño sin hombros adornado con miles de perlititas sobre una base de tafetán del mismo

color que la falda. Sus hombros, que parecían brotar de la parte superior del vestido, eran delicados. Su cabello, una masa de rizos dorados, iba recogido en alto con un broche y estaba decorado con pequeños ornamentos de perlas. Su piel no parecía haber tenido jamás una mancha ni una imperfección.

Jack se acercó para darle la bienvenida y presentársela a sus padres.

—¿Será ésa la amante de Jack? —le preguntó Aengus a Aidan Lynch esperanzadamente. Aidan era el tipo de gente que a veces decía cosas inesperadas.

En esta ocasión no ocurrió así.

—Eres un jovencito sorprendentemente estúpido e imprudente al llamar amantes a jóvenes que han recibido una educación católica y saben que esas cosas deben quedar confinadas al sagrado sacramento del matrimonio.

—Quería decir como en las películas... —dijo plañideramente Aengus.

—No sabes lo que dices, tu mente es un serpentario de confusión. Vete a buscar las salchichas mientras te quede aún alguna célula cerebral viva —le ordenó Aidan.

—Aún no han llegado todos —se rebeló Aengus.

—Claro que sí.

—No, hay alguien en el vestidor. Lleva ahí desde que llegó.

—Probablemente haya escapado por la ventana —dijo Aidan—. Ve a por las salchichas antes de que te descalabre.

Ya sabía Aengus que todo había estado yendo demasiado bien. La pajarita, la atención que le prestaba la gente, las muestras de agradecimiento. Ahora Aidan Lynch le hablaba como lo había hecho en el colegio.

Se dirigió hacia la cocina en busca de la comida con expresión sombría.

En el recibidor, una chica se miraba sin complacencia en el espejo.

—Hola —dijo él.

—Hola —respondió ella—, ¿Soy la última?

—Eso creo. ¿Eres Nan?

—No. Acaba de entrar, la he oído.

—Me han dicho que no podía servir las salchichas hasta que llegara Nan. Era la única que faltaba.

—Supongo que se habrán olvidado de mí —dijo ella.

—Seguro que sí —dijo él, consolador.

—¿Eres hermano de Jack?

—Sí, soy Aengus Foley.

—¿Qué tal estás? Soy Benny Hogan.

—¿Te gustan las salchichas?

—Sí, ¿por qué?

—Voy a buscarlas ahora. Pensé que a lo mejor te apetecía comer algunas antes de entrar para ganar fuerzas, como quien dice.

—Gracias, pero mejor no. Me da miedo reventar el vestido.

—Ya has reventado una buena parte —dijo Aengus señalándole el busto.

—Oh, Dios mío —dijo Benny.

—Así que da igual que te comas unas pocas salchichas —concluyó él alegremente.

—Será mejor que entre —dijo ella.

Enderezó los hombros y trató de no mirar al pequeño que había creído que su vestido estaba desgarrado. Echó los hombros hacia atrás, como le había prometido a Clodagh Pine que haría, y entró en el cuarto de estar sintiéndose como un transatlántico.

Bill Dunne y John O'Brien fueron los primeros en verla.

—Dios, ¿es ésa la Gran Benny? Está fantástica —dijo Bill tapándose la boca con la mano.

—A eso le llamo yo un buen par de domingos —explotó John O'Brien.

—¿Por qué domingos? —A Bill siempre le había interesado el porqué de las cosas.

—No es más que una expresión. —John O'Brien seguía mirando a Benny—. No está nada mal, ¿no crees?

Benny no se fijó en ninguno de ellos. Sus ojos recorrían la habitación para ver si en medio de toda aquella gente feliz estaban sus padres, incómodos y avergonzados. Sería terrible descubrirles hablando de cosas que sólo tenían interés en Knockglen. Pero lo peor de todo era el temor a que le hicieran una escena cuando la vieran así vestida.

Al parecer no había ni rastro de ellos. Siguió observando y haciendo contorsiones, mientras miraba la nuca de los presentes e intentaba averiguar si sus padres estaban ocultos en medio de aquel grupo de gente mayor en el que el centro de atención era un señor que se reía muy sonoramente.

No, definitivamente no estaban allí.

Había visto un Morris Cowley alejarse del camino en el momento en que llegaba. Lo conducía una sola persona. Estaba oscuro y no había logrado distinguir la cara del conductor ni la matrícula del coche. Podía haber sido el de su padre. Era eso lo que la había descompuesto. Había entrado a la carrera en el vestidor mientras le susurraba a Eve que entrara sin ella.

—Te esperaré —había dicho Eve pensando que simplemente iba al lavabo.

—Si lo haces te mataré. Aquí, delante de todo el mundo. Habrá tanta sangre que tu blusa acabará del color de tu falda.

—Comprendido. Entraré sin ti —le había respondido Eve.

Benny había pasado quince minutos sentada en el tocador de los Foley.

Había notado cómo se movía el picaporte en varias ocasiones, cuando las otras chicas habían intentado entrar para comprobar su aspecto. Habían tenido que recurrir al espejo que había en el comedor.

Finalmente se dio cuenta de que ya no se oía llegar a más gente, y salió del cuartito.

Se sentía estúpida. Un apagado destello de ira contra Sean Walsh por haberla hecho creer que le iban a estropear la noche se extendió por su cara. Ardía de rabia contra la pobre Patsy por no haberse enterado de dónde iban los señores de la casa en una de sus infrecuentes salidas. Pero, por encima de todo, la dominaba un abrumador sentimiento de enfado consigo misma.

Ahora que ya estaba segura de que no estaban en la habitación, podía preguntarse a sí misma qué habría tenido de terrible que hubieran aparecido.

Poco a poco, retornó la normalidad y se dio cuenta de que se había convertido en el centro de atención.

—Vaya traje más elegante. —Rosemary no se molestó siquiera en ocultar su sorpresa.

—Gracias, Rosemary.

—¿De dónde lo has sacado?

—De Knockglen. —La respuesta de Benny fue lacónica. Quería llamar la atención de Eve y decirle que ya estaba bien otra vez, pero Eve estaba vuelta de espaldas.

Antes de llegar a donde estaba su amiga fue objeto de varios cumplidos más. Hasta donde se sentía capaz de juzgarlo, parecían genuinos y resultaban especialmente halagadores por lo que traslucían de sorpresa.

De todos modos, era algo que se subía a la cabeza. Le dio a Eve un golpecito en el hombro.

—Ya estoy de vuelta —dijo con una sonrisa. Eve se apartó del grupo.

—¿Se me permite hablar contigo o sigues empeñada en cortarme en pedacitos?

—Eso se ha acabado.

Eve bajó la voz.

—Muy bien.

—¿Qué pasa?

—No hay nadie en la habitación que no nos esté mirando a las dos. Somos como el cuento de la Cenicienta hecho realidad.

Benny no se atrevió a mirar.

—Hablo en serio —insistió Eve—. Todo el mundo espera que las gatitas como Rosemary y Sheila, e incluso Nan, estén preciosas cuando van a un baile. Tú y yo somos el elemento sorpresa. Vamos a bailar hasta que caigamos rendidas, toma nota.

—Eve, ¿qué haría ahora la Mujer Sabia?

—En tu caso, buscaría algo de beber, y lo sostendría en una mano con el bolso en la otra. De ese modo te será materialmente imposible cubrirte el busto.

—No lo llates así —le suplicó Benny.

—La hermana Imelda solía llamarlo pechuga. Ya sabes, como la de los pájaros. «No olvides cubrirte la pechuga, Eve», decía, como si tuviese algo que cubrir.

—O como si alguna de nosotras le hiciéramos caso.

Nan se acercó y las cogió del brazo a las dos. Para Nan no era nada especial

sentirse admirada, y no parecía ver nada especialmente llamativo en que sus dos amigas hubieran salido de la crisálida. Se comportaba como si hubiera esperado que las dos estuvieran magníficas.

Hablaba casi como ronronea un gato.

—Qué, ¿hemos hecho morder el polvo a esas pelmazas de Rosemary y Sheila o no?

Las tres se rieron alegremente. Sin embargo, Benny se habría sentido más feliz si hubiera existido el menor indicio, aunque sólo hubiera sido un guiño, de que Jack Foley, el apuesto anfitrión que estaba pasando fuentes con su hermano menor, se había percatado de su presencia en la habitación. Debía tener un aspecto muy atractivo con buena parte del torso al descubierto, a juzgar por las miradas que le dirigían los otros.

Se cerró la puerta del último coche y los jóvenes se marcharon. John y Lilly Foley se quedaron en el último escalón de la entrada y les dijeron adiós con la mano. Dentro, les esperaba aún una animada fiesta a la que habían asistido sus propios amigos y los padres de Aidan Lynch. Lilly sabía que estaba muy guapa. Le había llevado mucho tiempo, pero había encontrado exactamente el vestido de cóctel apropiado. Resultaba rutilante, pero sin exagerar; era de fiesta, pero sin que pareciera que pensaba ir al baile con los jóvenes. Estaba confeccionado en un tejido de seda color lila con mucho cuerpo y lucía unos pendientes a juego. Los zapatos nuevos le apretaban, pero eso no lo sabría nadie, y menos aún el hombre alto y apuesto que estaba junto a ella.

—Ha sido muy agradable, ¿no crees? Te has comportado como un magnífico anfitrión. —Sonrió a su marido sin dejar de halagarle, como si hubiera sido él y no ella el que lo había organizado todo.

—Eres maravillosa, Lilly —respondió él dándole un beso en la frente y rodeándola con el brazo mientras cerraban la puerta y volvían a reunirse con sus huéspedes.

Aunque sólo hubiera sido por aquello, habría valido la pena tanto trabajo.

El vestidor de señoras estaba lleno de chicas excitadas peinándose, echándose laca en el pelo y haciendo gestos grotescos con los labios para aplicarse carmín. Dos mujeres que había tras un mostrador recogieron sus abrigos y les dieron a cambio unas fichas para recogerlos, que guardaron en el bolso.

Olía a perfume y polvos faciales, y también, ligeramente, a sudor fruto de los nervios.

Nan estuvo lista antes que ninguna otra, inconsciente de las miradas celosas que le dirigían otras chicas. De repente, sus vestidos sin tirantes parecían producto de la industria metalúrgica. Eran conscientes de cómo se les clavaban los aros en la piel. ¿Cómo podía Nan llevar tan perfecto el peinado sin estar continuamente rehaciéndoselo con ayuda de aerosoles de laca? ¿Por qué no necesitaba retocarse la barbilla y ocultar manchas con tubos enteros de maquillaje?

—Iré a dar una vuelta mientras acabáis —le dijo a Benny y a Eve—. Luego os llevaré a la tienda para que conozcáis a mi madre.

Realizó una elegante salida en medio de un mar de chicas que saltaban, se ponían de puntillas o corrían arriba y abajo por las escaleras alfombradas. Era la imagen misma de la serenidad.

Nan caminó junto al bar del hotel sonriendo cortésmente a su alrededor como si esperara reunirse con alguien.

Era un lugar con paneles de roble oscuro y asientos tapizados en rojo. Había muchos hombres hablando junto a la barra. Allí las bebidas eran mucho más caras que en un pub normal de Dublín. Era un bar donde se reunía la gente rica.

Había hombres de todo el condado que habían acudido a la ciudad a alguna feria de ganado, o a cerrar negocios relacionados con la venta de tierras. Habría, probablemente, corredores de bolsa, banqueros, visitantes venidos de Inglaterra, gente con títulos nobiliarios. No era el tipo de bar al que pudiera ir una mujer sola.

Pero en una noche de baile, que una muchacha solitaria buscara a su pareja resultaba perfectamente aceptable. Nan se puso en un lugar en el que estuviera bien iluminada y miró a su alrededor. En poco tiempo todos los presentes se habían fijado en ella. Era consciente, sin necesidad de mirar a los diferentes grupos, de que todos la habían visto y de que estaban admirando a la distinguida joven del vestido exquisito que permanecía, llena de seguridad en sí misma, junto a la puerta.

Justo cuando habían tenido tiempo suficiente para admirarla, dio media vuelta y, saludando alegremente con el brazo, salió al vestíbulo, donde la esperaban Benny y Eve.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Eve.

—Una prospección de candidatos en el bar —replicó Nan.

—¿No habrá suficientes en el baile? Por Dios, Nan Mahon, eres insaciable.

—Sí, pero nada de comentarios como ese con mi madre.

Nan las condujo hasta la tienda del hotel, donde una mujer atractiva con aspecto algo cansado aguardaba tras el mostrador. Tenía el pelo rubio también, como el de su hija, pero descolorido. Su sonrisa era agradable, pero reservada. Nan debía haber sacado su asombrosa belleza de su padre, decidió Eve. De aquel padre que no mencionaba prácticamente nunca en sus conversaciones.

Nan hizo las presentaciones y las tres exhibieron sus vestidos ante ella. Emily Mahon no dio ni un solo patinazo. Le dijo a Eve que la falda escarlata le sentaba mucho mejor a alguien de piel oscura. En el caso de Nan, la hacía parecer pálida. Le dijo a Benny que se veía a diez kilómetros de distancia que el brocado era precioso y muy caro, y que la chica que había diseñado el vestido debía de ser un genio. No mencionó siquiera el enorme escote, lo que animó mucho a Benny. Si alguien más se refería a él, estaba dispuesta a sacar el velo de la modestia y reinstaurarlo.

—Decidme, ¿vais con algún amigo en particular esta noche? —preguntó Emily llena de curiosidad.

—Hay un chico llamado Aidan Lynch al que le gusta mucho Eve —dijo Benny con orgullo—. Y Nan le gusta a todo el mundo —añadió seguidamente, con el fin de definir correctamente las cosas ante la señora Mahon.

—Pues tú vas a tener que enfrentarte a Johnny O'Brien —le dijo Nan a Benny—. Va siguiéndote por todas partes como si llevaras un imán en alguna parte.

Benny sabía perfectamente qué parte de su persona andaba siguiendo John O'Brien.

A Emily le agradó que su hija tuviera unas amigas tan encantadoras. Rara vez había conocido a los compañeros de Nan. Nunca habían sido invitados a las representaciones o conciertos del colegio como los demás padres. Nan no había querido que su padre estuviera al corriente de las actividades escolares. Siempre había tenido pavor cuando niña a que se presentara en la escuela del convento en uno de sus momentos malos. Conocer a Eve y a Benny constituía un acontecimiento muy especial para Emily Mahon.

—Os ofrecería un poco de perfume del probador, pero oléis muy bien ya —dijo.

Le respondieron que no tan bien como quisieran, que les encantaría probar.

Se inclinaron hacia Emily, que las regó con una abundante dosis de *Joy*.

—El único problema es que ahora llevaréis las tres el mismo olor —rió—. Los hombres no serán capaces de distinguiros.

—Eso estaría muy bien —dijo Nan con tono aprobador—. Como grupo ya habremos producido nuestro impacto. Jamás nos olvidarán.

De repente se dieron cuenta de que acababa de entrar un cliente en la tienda que tal vez esperara ser atendido.

—Mejor será que nos vayamos, Em. No queremos que te despidan —dijo Nan.

—Ha sido un verdadero regalo veros. Que paséis una noche maravillosa. —Sus ojos reflejaban que odiaba verlas marchar.

—No se apresuren por mí —dijo el hombre—. Sólo estoy curioseando.

Al oír la voz, Eve se dio la vuelta bruscamente. Era Simon Westward. No la había visto. Sólo tenía ojos para Nan.

Como de costumbre, Nan no parecía darse cuenta de que la estuvieran mirando. Probablemente había crecido bajo miradas de admiración semejantes, pensó Eve, del mismo modo que ella había crecido con el sonido de la campana del colegio. Formaba parte del decorado. Una no era consciente de ello.

En efecto, Simon empezó a curiosear entre las estanterías de adornos y recuerdos, tomando algunos y examinándolos, comprobando los precios marcados.

Emily le sonrió.

—Llámeme si necesita ayuda. Sólo estábamos charlando.

Observó una leve expresión de desagrado en el rostro de Nan.

—No se moleste. —Esta vez él miró directamente a Nan—. Hola —dijo en tono cordial—, ¿no nos hemos visto en el bar hace un momento?

—Sí, estaba buscando a mis amigas. —La sonrisa de ella era radiante—. Ya las

he encontrado. —Hizo un gesto con la mano para señalar a Benny y a Eve.

Por educación, él apartó la mirada de Nan y las descubrió.

—Hola —dijo Benny gesticulando. Simon la miró sorprendido. La conocía de algo, pero ¿de qué? Aquella chica grandona y despampanante le resultaba muy familiar.

Miró a la más menuda, la de tez oscura. Era su prima Eve.

—Vaya, buenas noches, Simon —dijo ella con tono ligeramente burlón. Era como si jugara con ventaja. Le había reconocido y observado mientras él no quitaba los ojos de encima a su amiga.

—¡Eve! —Su sonrisa era cálida y sincera.

Recordó quién era Benny. Era la hija de los Hogan.

—Desde luego, el mundo es un pañuelo —dijo Eve.

—¿Vais las tres a un baile?

—No, por Dios, no es más que una salida más de los viernes. En el University College nos encanta vestimos de tiros largos. No como los zarrapastrosos del Trinity, que andan por ahí arrastrando los pies con sus abrigos de paño. —Los ojos de ella bailaban, neutralizando el veneno de sus respuestas.

—Iba a felicitaros y a deciros que estáis espléndidas. Si os vestís así todos los viernes, me he estado perdiendo algo en la vida social dublinesa.

—Por supuesto que vamos a un baile, Simon —dijo Benny.

—Gracias por la aclaración, señorita Hogan. —No recordaba su nombre. Esperó con impaciencia a que le presentaran a Nan, pero nadie lo hizo.

—¿Irás a ver a Heather este fin de semana? —preguntó Eve.

—Desgraciadamente, no. Debo ir a Inglaterra. Te has portado realmente bien con ella.

—Me gusta. Tiene mucho carácter —replicó Eve—. Debe de hacerle falta en ese mausoleo.

—Se supone que es el mejor centro.

—Desde luego es el único sitio al que podían enviarla —le reconfortó Eve, sin implicar que si Simon y los suyos estuvieran menos ciegos, habrían encontrado otros muchos lugares a los que mandar a la niña.

Simon dejó que se produjera otra pausa, el tiempo suficiente para que la joven rubia le fuera presentada, si es que alguien iba a hacerlo. Nadie hizo el menor movimiento. Ella no le tendió la mano para presentarse a sí misma, y él no estaba dispuesto a pedir a las otras que lo hicieran.

—Seguiré con mis compras y os dejaré tranquilas para que disfrutéis de vuestro baile —dijo.

—¿Buscaba algo en especial? —Emily adoptó una actitud profesional.

—Quería un regalo, un pequeño obsequio para una dama de Hampshire. —Sus ojos descansaban en Nan mientras hablaba.

—¿Quiere algo típicamente irlandés? —preguntó Emily.

—Sí, pero nada de tréboles, por favor.

Nan había estado jugueteando con un pequeño pisapapeles de mármol de Connemara. Volvió a dejarlo con un gesto cargado de intención sobre el estante. Simon lo recogió.

—Creo que tienes razón. —La miró directamente a los ojos—. Creo que es una idea excelente. Muchísimas gracias. —Acabó la frase con tono vagamente interrogante, para que sí alguien pensaba decirle cuál era su nombre lo hiciera de una vez.

—Es muy bonito —dijo Emily—. Si lo desea puedo ponérselo en una cajita. — Los ojos de él seguían clavados en Nan.

—Me parece muy bien —dijo.

Aidan Lynch apareció en la puerta.

—Sé que soy siempre el espectro de la fiesta, pero ¿han pensado unirse a nosotros, señoritas? No es que me importe, pero los que esperan en la puerta quieren saber qué anda haciendo el resto de nuestro grupo y la pregunta resulta cada vez más difícil de responder.

—Las observó de una en una.

Nan tomó la decisión.

—Nos hemos entretenido —explicó—. Vamos, Aidan, condúcenos al baile. — Atrajo hacia sí a las otras dos como una gallina clueca. Benny y Eve se despidieron y Nan sonrió desde la puerta.

—Adiós Em, ya nos veremos.

No dijo si la vería esa noche o en casa. Simon las observó mientras salían en compañía de Aidan Lynch hacia el salón de baile.

—¡Qué criatura tan hermosa! —dijo Simon.

Emily miró en dirección a las tres muchachas y el chico que se abrían camino a través del atestado hotel.

—¿Verdad que sí? —dijo Emily Mahon.

Tenían una mesa para dieciséis en la galería. El baile estaba ya en marcha cuando entraron en tropel. Las chicas de las otras mesas levantaron la vista al ver a Jack Foley, y todos volvieron la cabeza para ver quién le acompañaba. Ninguno de ellos había acertado en sus previsiones. Entró charlando con Sean y Carmel.

Los chicos que estaban sentados a las otras mesas vieron con envidia que en la mesa de Jack Foley estaban Rosemary y Nan Mahon. Parecía demasiado para una sola fiesta: las bellezas de la universidad debían estar algo más repartidas. Algunos se preguntaban cómo hacía el patoso de Aidan Lynch para estar siempre en el meollo de todo, y uno o dos se interesaron por la chica alta del maravilloso escote.

En la mesa, los planes de campaña estaban ya en marcha. Todos bebían vasos de agua de la gran jarra que había encima. En cuanto estuviera vacía, los ocho chicos verterían dentro los cuartillos de ginebra que llevaban en el bolsillo. Durante el resto de la noche sólo pedirían bebidas sin alcohol. Tomarían naranjadas y más naranjadas

y les añadirían ginebra de la jarra.

Nadie podía permitirse pagar el precio que tenían los licores en el hotel. Era una solución inteligente, pero el truco consistía en no permitir que se llevaran la jarra, supuestamente de agua o, peor aún, que la rellenaran, agitando la ginebra. La mesa no debía quedar nunca vacía y a merced de los camareros.

El director de la orquesta anunció que iban a interpretar una selección de calipsos.

Bill Dunne fue el primero en ponerse en pie, tendiendo la mano a Rosemary. Ésta se había situado junto a Jack, pero había elegido mal el sitio. Demasiado tarde, había comprendido que debía haberse sentado frente a él. Así podría haber atraído su mirada. Con una sonrisa dura y forzada se puso en pie y bajó para unirse a los bailarines.

Johnny O'Brien sacó a bailar a Benny. Ella se levantó rápidamente. Bailar era algo que se le daba muy bien. La madre Francis había contratado a una profesora de baile que iba al colegio una vez a la semana, y habían aprendido a bailar el vals y el foxtrot, pero también les había enseñado bailes latinoamericanos. Benny sonrió al pensar que las chicas de Knockglen posiblemente podrían dejar a la altura del betún a cualquier chica de Dublín a la hora de bailar la samba, el mambo o el chachachá.

Estaban tocando *This Is My Island in the Sun*. Johnny miró a Benny con franca admiración.

—No sabía que tenías tan buen... —Se detuvo.

—¿Tan buen qué? —le preguntó directamente Benny.

Johnny O'Brien optó por escurrir el bulto.

—Buen perfume —dijo. Y en verdad era un perfume agradable. Se subía a la cabeza y formaba una especie de nube alrededor de ella. Por supuesto, no se había referido al perfume en absoluto, pero tenía razón. El perfume también era bueno.

Aidan bailaba con Eve.

—Es la primera vez que he podido tenerte entre mis brazos sin que me golpearas con tus pequeños y huesudos puños.

—Pues aprovecha —le respondió Eve—. Los puños pequeños y huesudos volverán a entrar en acción si intentas bailar conmigo en el coche de tu padre.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Aidan.

—Ya sabes que sí. Me lo has presentado en tres ocasiones.

—No está mal. Y lo mismo mi madre. Es un poco escandalosa, pero no está mal tampoco.

—No son más escandalosos que tú —le replicó Eve.

—Sí que lo son. No paran de chillar. Yo me limito a hablar con energía.

—Normalmente, ellos son más directos. Construyen frases y todo —dijo Eve.

—Eres muy hermosa.

—Gracias, Aidan. Tú también estás muy guapo vestido de fiesta.

—¿Cuándo dejarás de combatir la desesperada pasión física que sientes por mí y sucumbirás a mi encanto? Puedes hacer de mí lo que quieras.

—¿No te morirías del susto si te dijera que de acuerdo?

—Te aseguro que me recuperaría con notable rapidez.

—Bueno, probablemente no ocurra durante cierto tiempo. Me refiero a lo de sucumbir. Bastante tiempo...

—Ése es el problema de haber sido educada por las monjas. Quizá tenga que esperar eternamente.

—No fue ni mucho menos tan malo como dice todo el mundo.

—¿Cuándo piensas llevarme a conocerlas?

—No seas ridículo.

—¿Por qué no? Yo te he presentado a mi familia. Debiste alquilar unas cuantas motocicletas para que las monjas aparecieran en la fiesta en medio de un gran rugido de motores. Me pareció incorrecto por tu parte que no las invitaras —dijo Aidan.

—No podían venir —explicó Eve—. El viernes es cuando montan la timba de póquer y no se la perderían por nada ni por nadie.

Sean y Carmel bailaban entrelazados. La música era *Brown Skin Girl Stay Home and Mind Bay-bee*.

—Imagínatelo, ya falta poco —decía Carmel.

—Otros cuatro años —respondió alegremente Sean.

—Llevamos juntos cuatro años, si contamos el año antes de la reválida.

—Claro que lo cuento. No fui capaz de pensar más que en ti durante todo el año.

—Somos muy afortunados, ¿verdad? —dijo Carmel abrazándole con más fuerza.

—Muy afortunados. No hay nadie en la habitación que no nos envidie —dijo Sean.

—¿No te parecen un poco vomitivos Sean y Carmel? —le dijo Eve a Benny cuando subían por las escaleras de vuelta de la pista de baile.

—Desde luego no vale la pena invitarles a ningún sitio —asintió Benny.

—Me recuerdan a esos animales del zoológico que no hacen más que sobarse el uno al otro en busca de pulgas —dijo Eve.

—Calla, Eve —se rió Benny—. Te va a oír alguien.

—Ya sabes, son como monos obsesionados el uno con el otro. Creo que lo llaman «atusamiento social».

En la mesa, estaban sentados Jack Foley y Sheila. Jack había optado por hacer la primera guardia de la jarra de ginebra. Sheila estaba contenta de haber sido elegida para permanecer con él, pero hubiera preferido estar en la pista de baile.

Nan regresó a la mesa con Patrick Shea, un estudiante de Arquitectura amigo de colegio de Jack y Aidan. Patrick Shea estaba acalorado y sudoroso. Nan parecía haber estado bailando en una pista de hielo acariciada por una fresca brisa. No había el menor signo de cansancio en su rostro. Benny la miró con admiración desde el otro extremo de la mesa. Tenía un enorme control sobre cualquier tipo de situación. Sin embargo, su madre era una mujer tímida y carente de confianza en sí misma. Quizá Nan hubiera salido a su padre, al que nunca mencionaba. Benny se preguntó por qué

Eve no le había presentado a Simon. Había sido bastante grosero no hacerlo. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, Benny se habría encargado de hacer las presentaciones, pero Eve era muy susceptible respecto a los Westward.

Nan no había dicho nada, y conociendo a Nan, si hubiera querido ser presentada lo habría sido.

Johnny O'Brien le ofrecía un vaso de naranjada. Agradecida, Benny bebió un gran trago. Únicamente recordó que se trataba de ginebra una vez que hubo vaciado el vaso.

Tragó saliva y vio cómo Johnny O'Brien la miraba admirado.

—Desde luego eres una mujer que sabe beber —le dijo. No era la característica que más le gustaba que alabaran en ella, pero al menos era mejor que si le hubieran dado arcadas o se hubiese puesto enferma.

Rosemary se había quedado mirándola.

—Te envidio por ser capaz de hacer eso —dijo—. Yo me mareo en cuanto bebo un poco.

Miró a su alrededor sabiendo que sería objeto de admiración y mudas alabanzas por lo que ella consideraba un rasgo muy femenino.

—No me cabe duda —dijo Benny sombríamente.

—Debe de ser por venir del campo —dijo Rosemary manteniendo aún su falso gesto de admiración—. Supongo que allí se bebe mucho, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí —contestó Benny—, pero allí es diferente. Verás, cuando bebo ginebra allá en el pueblo, normalmente lo hago directamente de la botella. Es todo un lujo bebería en un vaso mezclada con naranjada.

Todos rieron, como había sabido que ocurriría.

No resultaba difícil hacerles reír. Lo difícil era conseguir que te miraran con otros ojos.

Benny observó a Jack. Repantigado en su silla, relajado y feliz, examinaba el panorama alrededor suyo y junto a la pista de baile. Sería el anfitrión perfecto e invitaría a bailar a todas las chicas de la mesa.

Sintió el extraño impulso de estirar la mano y acariciarle la cara, de tocarle suavemente la mejilla. Se preguntó si estaría volviéndose loca. Jamás había sentido un impulso así antes.

No tardaría en invitarla a bailar. Quizás ahora, o tal vez en el próximo baile, se inclinaría sobre la mesa y le sonreiría. Le tendería la mano con un gesto ligeramente interrogante. Lo imaginaba con tanta claridad que estuvo a punto de creer que ya había ocurrido.

—¿Benny? —diría probablemente. Nada más que eso. Y ella se levantaría, bajaría con él las escaleras, y sus manos se rozarían ligeramente. Y después, simplemente, se rodearían con los brazos.

El director de orquesta había anunciado que su vocalista era capaz de dejar por los suelos a Tab Hunter en cualquier concurso de canciones y que estaba dispuesto a

cantar *Young Love* para demostrarlo.

Benny deseó que Jack la llamara para bailar tres temas lentos y suaves con ella. Y que el primero fuese *Young Love*.

Pero Rosemary consiguió atraer su atención primero. Benny no sabía cómo lo había hecho. Quizá tuviera algo que ver con el desagradable aleteo de sus pestañas, pero había logrado atraer su mirada.

—¿Rosemary? —dijo con una voz que debía haber empleado para llamarla a ella. El corazón de Benny parecía un bloque de plomo.

—¿Quieres arriesgarte, Benny? —Aidan Lynch estaba al lado suyo.

—Encantada, Aidan, gracias.

Se levantó y bajó a la pista de baile, en la que estaban ya Jack Foley y Rosemary. Ella había puesto los dos brazos en torno al cuello de Jack y estaba ligeramente inclinada hacia atrás como para estudiarle mejor.

El baile era un éxito todos los cursos. Aquel año, los organizadores parecían pensar que había sido el mejor. Medían este tipo de cosas con arreglo al entusiasmo suscitado. También el juego de los premios había funcionado magníficamente.

—El primer caballero que suba con un agujero en el calcetín conseguirá...

Aidan había ganado ese premio con facilidad. Se había limitado a señalar que la parte por la que se mete el pie era un agujero. Se habían visto obligados a entregarle el premio y había recibido una gran ovación.

—¿Cómo sabías eso? —Benny estaba impresionada.

—Un amigo mío fue camarero aquí. Me contó todos los trucos.

—¿Cuáles son las otras pruebas? —quiso saber Benny.

—Hay una que dice: «La primera señorita que suba con una imagen de un conejo». Ése también es fácil.

—¿Ah, sí? ¿Quién va a llevar encima una imagen de un conejo?

—Cualquiera que tenga una moneda de tres peniques. En esa moneda hay un conejo dibujado.

—Es verdad. ¿Sabes que eres un genio, Aidan?

—Lo sé, lo sé, Benny, pero no todo el mundo, aparte de ti y de mí, lo reconoce.

Fueron recibidos como héroes en la mesa y abrieron el vino que habían ganado.

—¡Más bebida! Eres increíble, Benny —dijo Rosemary. De algún modo había conseguido anidar su cuerpo en el de Jack apoyándose contra él. A Benny le habían dado ganas de levantarse y abofetearla con todas sus fuerzas. Por suerte, Jack se había desplazado y la necesidad que sentía de separarles se había desvanecido.

Se anunciaron una serie de valsos. Benny no tenía interés en bailar un vals con Jack. Era un baile muy movido, muy activo. No tendría tiempo de apoyarse contra él, de rozarle la cara aunque fuera accidentalmente.

Los demás empezaban ya a bajar las escaleras mientras comenzaba a sonar la música. *Che sera, sera, whatever will he, will he...*

Un chico alto y atractivo se acercó hasta la mesa.

—¿Podría bailar un tema con Nan, por favor? —preguntó educadamente—. Vosotros la habéis tenido toda la noche. ¿Te parece bien, Nan?

Nan le miró. Todos los demás parecían estar ocupados.

—Claro —dijo y descendió sonriendo hasta la pista de baile.

Benny recordaba de su etapa escolar la horrible sensación de que te escogieran la última para algún equipo. Todavía era peor cuando faltaba alguien y la madre Francis la llamaba como último recurso: «Está bien, Benny, tú irás con este equipo». Recordaba el juego de las sillas, y como era la que siempre se quedaba fuera. Tenía la desagradable sensación de que iba a ocurrir de nuevo.

¡Jack estaba otra vez con Rosemary! Vio a Bill Dunne hablando con otro chico, Nick Hayes, al final de la mesa, a kilómetros de donde se encontraba. Si se hubieran percatado de su presencia y se hubieran acercado para sentarse con ella, o si le hubieran pedido que se uniera a ellos no habría pasado nada.

Benny permaneció sentada con una sonrisa petrificada en el rostro, manoseando el menú, según el cual iban a servir melón, sopa, pollo y bizcocho borracho. Se preguntó, ausente, si habrían olvidado que era viernes. Llenó su vaso de naranjada espumosa y bebió un sorbo. Por el rabillo del ojo vio llegar a un camarero con una gran jarra de metal, que se acercaba dispuesto a rellenar las jarras que había sobre las mesas.

Benny se puso en pie.

—No —dijo—. No queremos más agua.

El camarero, un hombre de edad, parecía cansado. Había estado presente en demasiados bailes de estudiantes y no había participado en ninguno de ellos.

—Perdone, señorita, déjeme que la llene.

—No. —Benny se mostró inflexible.

—Aunque usted no quiera, a los que han bajado a bailar puede apetecerles cuando vuelvan —dijo.

Algo en la mezcla de compasión y burla que había en su voz hizo que los ojos de Benny se anegaran de lágrimas.

—De verdad, me dijeron que no querían más agua antes de bajar a bailar.

Tampoco debía hacer que el camarero sospechara, no fuera a ser que diera parte de que pasaba algo extraño en su mesa. Benny sintió que la inundaba un enorme cansancio.

—Escuche —le dijo—. Me importa un bledo. Me dijeron que no querían más agua, pero no puede importarme menos. Llénela si tanta ilusión le hace.

Él la miró incómodo. Era evidente que pensaba que estaba un poco loca, y que alguien había sido muy generoso al invitarla a salir.

—Iré a llenar la de la otra mesa —dijo apresuradamente.

—Estupendo —dijo Benny.

Se sentía incómoda por estar sentada sola. Iría al tocador de señoras. No había nadie a quien pedir excusas. Nick y Bill mantenían una animada discusión en el otro

extremo de la mesa. Ni siquiera la vieron marcharse.

Una vez en el retrete, se sentó y planeó sus siguientes movimientos. Seguramente el siguiente baile sería un rock and roll. No era el tipo de música que prefería para bailar con Jack. No intentaría llamar su atención todavía. Esperaría hasta que tocaran algo bonito y lento otra vez. Quizá interpretaran *Unchained Melody*. Le encantaba. O *Stranger in Paradise*, un tema que también estaba bien. *Softly, Softly* era demasiado sentimental, pero serviría.

Muy para su sorpresa oyó la voz de Rosemary en los lavabos de fuera.

No podían haber terminado ya los valsos. Normalmente tocaban tres seguidos.

—Está como un tren, ¿verdad? —le decía Rosemary a alguien—. Y además es agradable, no es un tipo pagado de sí mismo como otros muchos deportistas en cuanto son medianamente atractivos.

Benny no reconoció la voz de la otra chica. Fuera quien fuese creía que Jack y Rosemary estaban juntos.

—¿Hace mucho que salís? —preguntó con voz soñadora.

—No, no salgo con él. Todavía, claro —añadió con voz amenazadora.

—Parecía muy entusiasmado ahí fuera.

—Además es un buen bailarín. El vals no es precisamente mi fuerte. Fingí que me había torcido el tobillo. Sólo quería venir a descansar un poco.

—Muy inteligente por tu parte.

—No hay que andarse con chiquitas. Le dije que me debía un baile más tarde porque no habíamos acabado éste.

—No tienes competencia.

—No me fío de Nan Mahon. ¿Has visto el vestido que lleva?

—Es divino. Pero tú estás igual de guapa. ¿Dónde está él ahora?

—Me dijo que acabaría los valsos con Benny.

Benny sintió que le ardían las mejillas. Él pensaba que ella no era más que parte de la decoración. ¡Maldita sea! Ni siquiera se había dignado sacarla para un baile completo, pero cuando la arrebatadora Rosemary le había dejado plantado, había decidido ir a buscar a la vieja Benny para que ocupara su sitio.

—¿Quién es Benny?

—Es esa chica enorme que viene de no sé qué sitio del campo. La conoció a través de su familia o algo así. Siempre anda apareciendo en estas ocasiones.

—¿Crees que es competencia para ti? Rosemary se echó a reír.

—No, no lo creo. Sea quien sea, su familia debe de tener dinero. Conocen de algo a los Foley y ella lleva un vestido muy caro. No sé de dónde lo ha sacado pero es fabuloso. Es de brocado y tiene un corte precioso. Le quita un montón de kilos de encima. Dice que lo consiguió en Knockflash, o como se llame el sitio donde vive.

—¿Knockflash?

—O algo así. Un verdadero poblacho de palurdos. Si lo compró allí yo soy la reina de Saba.

Sus voces se desvanecieron. Se habían refrescado, se habían echado laca en el pelo, se habían puesto más perfume. Estaban ya listas para salir de nuevo, llenas de confianza para enfrentarse a todo.

Fría como el hielo, Benny se quedó sentada en el retrete. Era un monstruo, no era competencia para nadie. Era la clase de persona con la que la gente terminaba un baile, pero a la que nunca sacarían a bailar por gusto.

Miró el pequeño reloj de pulsera que le habían regalado sus padres por su diecisiete cumpleaños. Eras las diez menos cinco.

Hubiera querido estar sentada junto al fuego en Lisbeg, con su madre en un sillón, su padre en otro y *Sbep* mirando el movimiento de las llamas y preguntándose de qué iba todo.

Le habría gustado escuchar el sonido del cierre de la puerta de la cocina, y ver a Patsy volviendo de su paseo con Mossy y preparándoles una taza de chocolate. No quería permanecer en un lugar en el que la gente decía que era enorme y que no era competencia, y que debía de tener mucho dinero y ser amiga de la familia Foley para que la invitaran a los sitios. No quería luchar por salvar jarras de ginebra de las mesas de gente que no quería bailar con ella.

Pero los deseos no le servirían para volver a casa y huir de aquel lugar humillante. Benny decidió pensar en las cosas buenas de la conversación que había escuchado.

Estaba bien que su vestido pareciera caro y bien cortado. Estaba bien, aunque resultaba triste, escuchar que le quitaba kilos de encima. Estaba bien que Rosemary no estuviera segura acerca de Jack. Y estaba bien que no la hubiera encontrado sentada a la mesa, sola y abandonada. Ahora no podría pensar que había cumplido con su obligación de sacarla a bailar. Había un montón de cosas positivas, se dijo Benny Hogan a sí misma mientras sacaba el pequeño algodón que la madre de Nan había empapado en perfume Joy para ellas y se frotaba con él detrás de las orejas.

Volvería, y Rosemary no sabría nunca que sus crueles y despectivos comentarios sólo habían servido para hacer que Benny se sintiera más segura y confiada que nunca.

Desde el escenario estaban anunciando que pronto se serviría la cena. Gracias a una dispensa especial del arzobispado no sería necesario observar la abstinencia de los viernes. Hubo una gran ovación.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó Eve.

—El arzobispo piensa que hemos sido todos tan buenos que quiere recompensarnos —sugirió Jack.

—No, simplemente se trata de que el pollo es lo más fácil de servir. Como sabéis, a todo el mundo le ponen un ala. Crían pollos especiales para estas ocasiones. Tienen diez alas —dijo Aidan.

—No, en serio, ¿por qué iba a querer el arzobispo que comamos pollo? —preguntó Benny.

—Es un acuerdo —explicó Aidan—. Los organizadores del baile prometen no

celebrar bailes la noche del sábado, que podrían alargarse hasta el domingo, un día sagrado, y a cambio la Iglesia les permite servir pollo los viernes.

—Me has dejado plantado. —Jack se inclinó hacia Benny cuando servían la sopa.

—¿Que he hecho qué?

—Que me has dejado plantado. Te estaba buscando para que bailaras el vals conmigo.

—No he hecho tal cosa —dijo Benny sonriendo—. Quien te ha dejado plantado ha sido Rosemary cuando se torció el tobillo. Supongo que es que nos confundes a todas, que todas te parecemos iguales.

La gente que había a su alrededor se rió. Rosemary no lo hizo. Miró a Benny con expresión de sospecha. ¿Cómo se había enterado de lo de su tobillo?

Jack aprovechó la ocasión para dirigirles un florido halago.

—No me parecéis todas iguales, pero todas estáis igual de maravillosas. Lo digo en serio. —Mientras hablaba, miró directamente a Benny. Ella le devolvió la sonrisa e intentó no convertir en una broma lo que había sido un comentario inteligente.

Hubo una rifa durante la cena, y los organizadores se acercaron para invitar a Rosemary y a Nan a que vendieran boletos.

—¿Por qué nosotras? —preguntó Rosemary. No quería abandonar su puesto. El comité no quería verse obligado a explicar que era más fácil obligar a la gente a comprar boletos si se los vendían mujeres hermosas. Nan ya se había puesto en pie.

—Es para obras de caridad —dijo—. Desde luego a mí no me importa.

Rosemary Ryan pareció muy enojada. Aquella noche nada le estaba saliendo bien. Nan había conseguido todos los honores en aquel pequeño incidente, y aquella chica enorme, Benny, que estaba sentada al otro lado de la mesa, parecía sonreírle de un modo críptico y complacido.

—Por supuesto, yo iré también —dijo poniéndose en pie de un salto.

—Cuidado con el tobillo —dijo Jack. Ella le dirigió una mirada penetrante. Quizá sólo estuviera expresando su interés por ella, pero había algo en los ojos de Benny que no le gustaba nada.

El hombre que creía que estaba muy por encima de Tab Hunter, y que nadie le había ofrecido una oportunidad, pensaba también que era tan bueno como Tennessee Ernie Ford, y entró en mayores profundidades en su versión de *Sixteen Tons*. Benny detestaba aquella canción desde que se había hecho popular cuando estaban acabando el colegio. Maire Carroll siempre se ponía a cantarla cuando estaba cerca de Benny.

Benny estaba bailando con Nick Hayes.

—Eres muy ligera bailando. Es como tener una pluma entre los brazos —dijo con cierta sorpresa.

—Es fácil bailar si el que lleva lo hace bien. —Quería mostrarse educada.

Nick Hayes estaba bien, pero sólo eso.

Jack estaba bailando con Nan.

De algún modo, resultaba más preocupante que verle bailar con Rosemary.

Nan no empleaba ninguno de los trucos habituales y obvios. En realidad, no empleaba ningún truco en absoluto, lo que debía resultarle enloquecedor a alguien como Jack Foley, que estaba habituado a que todo el mundo le adorara. De hecho, los dos se parecían mucho. No se había dado cuenta antes.

Ambos tenían gran seguridad en sí mismos porque no tenían que luchar para atraer la atención de nadie, como al parecer tenía que hacer el resto del mundo. Precisamente porque poseían esa confianza, podían permitirse el lujo de ser agradables y asequibles. Su clase de belleza les permitía ser la clase de persona que quisiesen.

—No suelo verte por aquí en las tardes —le estaba diciendo Nick.

—Nadie suele hacerlo —respondió Benny—. ¿A qué clase de sitios sueles ir?

En realidad, no le importaba donde pudiera ir él. Sólo quería hacerle hablar para olvidarse de la horrorosa melodía que estaban bailando y pensar más en Jack.

—Tengo coche —le dijo él interrumpiendo sus felices pensamientos acerca del siguiente baile, en el que sin duda Jack tendría que escogerla.

—Podría acercarme a Knockglen a hacerte una visita en alguna ocasión. Jack dice que pasó un día estupendo cuando fue a tu casa.

—¿Ah, sí? Me alegro de que se lo pasara bien. —Aquello era esperanzador, pero que muy esperanzador—. Quizá podáis acercaros los dos juntos algún día.

—Oh, no, ésa no es la idea. Lo que yo quiero es tenerte para mí solo —dijo Nick con una sonrisa lasciva—. ¿Crees que quiero que Jack Foley se aproveche de mis descubrimientos?

Deliberadamente, estaba simulando un acento con el que intentaba parecer distinguido. Por algún motivo resultaba estúpido, y no funcionaba. Era incapaz de hacer reír a la gente como Aidan Lynch, o como ella misma.

Intentó aplacar el dolor que sentía al ver bailar juntos a Nan y Jack.

Nick Hayes se había quedado mirándola mientras esperaba una respuesta.

—Siempre he odiado esta canción —le dijo ella repentinamente.

—¿Por qué? A mí me parece bastante bonita.

—Por la letra.

—«Le debo el alma al almacén de la compañía» —cantó él siguiendo al vocalista—. ¿Qué demonio tienen de malo esas palabras? —le preguntó perplejo.

Se quedó mirándole. Estaba claro que no recordaba el primer verso: «Carga uno dieciséis toneladas, ¿qué obtiene a cambio?». No lo había relacionado con ella.

Sólo estaba en su mente. Nadie más en la habitación había vuelto la mirada hacia Benny Hogan al oír el título de la canción. Debía tenerlo presente. Y también debía recordar que tanto Johnny O'Brien como Nick Hayes le habían pedido una cita.

Éstas eran las cosas que recordaría de aquella noche, al igual que el baile con Jack cuando la sacara a bailar.

Ocurrió a las doce menos veinticinco. Habían amortiguado las luces y el vocalista había dicho que dado que Frankie Laine no había podido asistir, cantarían una canción

suya, *Your Eyes Are the Eyes of a Woman in Love*.

—¿Benny? —había dicho Jack, inclinándose sobre la mesa. Bailaron juntos con desenvoltura, como si hubieran sido pareja durante mucho tiempo. Se obligó a sí misma a no parlotear ni a hacer chistes.

Él parecía satisfecho de bailar sin conversación.

En ocasiones, cuando miraba por encima del hombro de él, veía a la gente observándoles. Ella era, tan alta como Jack, así que no habría podido levantar la mirada para hablarle aunque hubiera querido hacerlo.

Él la estrechó con un poco más de fuerza. Aquello habría estado muy bien, de no ser porque temía que el lugar donde había puesto la mano fuera precisamente el mismo donde terminaba su pesado sostén y nacía un michelín.

¿Y si la cogía por ahí? ¡Dios mío! Sería como si agarrara un salvavidas. ¿Cómo podía hacer que pusiera la mano más arriba? ¿Cómo? Ésas eran las cosas que había que saber en la vida en vez de lo que figuraba en los planes de estudio.

Afortunadamente, la canción terminó. Se quedaron el uno junto al otro esperando juntos a que comenzara la siguiente. Él se inclinó y rozó con el dedo un bucle de su pelo.

—¿Se está viniendo todo abajo? —le preguntó Benny alarmada.

—No, está precioso. Sólo he fingido que no era así para poder tocarte la cara.

¡Qué extraordinario que él hubiera querido tocarle la cara como llevaba deseando hacer ella toda la noche!

—Me temo que... —empezó a decir.

Iba a decir «Me temo que se trata de una cara muy sudorosa. Se te puede quedar pegado el dedo».

Pero consiguió morderse la lengua.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó él.

—De que los viernes empiecen a resultar muy aburridos después de esta noche.

—No te metas con Knockglen. —Siempre decía eso. Era como una frase privada entre los dos.

—Tienes razón. No tenemos ni idea de los planes de Mario y Fonsie para modernizar el lugar.

El cantante lamentaba que Dino no hubiera podido presentarse, por lo que iba a ofrecerles su versión personal de la canción de Dean Martin, *Memories Are Made of This*.

Benny y Jack se acercaron el uno al otro y esta vez la mano de él se apoyó en la parte alta de la espalda de ella. El infernal michelín que parecía un flotador quedaba lejos.

—Eres maravillosa, se puede llevarte a cualquier fiesta —dijo él.

—¿Por qué dices eso? —Su cara no reflejaba en absoluto sus sentimientos. No reflejaba la desesperación que sentía porque él la considerara una especie de atracción.

—Porque lo eres —dijo—. No soy más que un rudo e ignorante jugador de rugby, ¿qué sé yo de las palabras?

—No eres ningún jugador de rugby ignorante. Eres un magnífico anfitrión. Todos estamos pasando una noche maravillosa porque tú nos reuniste y nos invitaste a tu casa. —Le sonrió y él le dio un pequeño achuchón. Y una vez que la tuvo bien apretada, no volvió a soltarla.

—Hueles maravillosamente —le susurró al oído.

Ella no dijo nada. No cerró los ojos. Le pareció un exceso de confianza. Tampoco miró a su alrededor para ver las miradas de envidia que le dirigían mientras el hombre más perseguido del salón la estrechaba entre sus brazos. Clavó la vista en el suelo. Alcanzaba a ver el faldón trasero de la chaqueta de Jack y el modo en que el pelo se le rizaba en la nuca. Apretada a él sentía el latido de su corazón, o tal vez fuera el suyo. Esperaba que fuera el de él, porque si era el de ella parecía demasiado fuerte.

Cuando hubo terminado la tercera canción, *The Man from Laramie*, Jack no le propuso que volvieran a la mesa. Quería seguir bailando.

Benny bendijo a la profesora de baile. Solía conducir un destartalado y viejo automóvil y había enseñado a bailar a las niñas de Irlanda. La bendijo de todo corazón mientras ella y Jack ejecutaban apasionantes versiones de *Mambo italiano* y de *Hernando's Hideaway*. Sofocados y aún riendo, regresaron a la mesa. Sheila ni siquiera fingía escuchar a Johnny O'Brien y Rosemary parecía muy deprimida. Nan atrajo la mirada de Benny y le hizo discretamente una señal con el pulgar hacia arriba. Eve, que estaba sentada al otro lado de la mesa con el brazo de Aidan Lynch rodeándole distraídamente los hombros, le dirigió una gran sonrisa de solidaridad. Estaban de su parte.

—Creíamos que os habíais perdido —dijo venenosamente Nick Hayes.

Ni Benny ni Jack le hicieron el menor caso. Aidan Lynch había ganado otro premio más. En esta ocasión se trataba de una enorme caja de bombones que fue abierta de inmediato. Carmel estaba ocupada cebando a Sean con los bombones rellenos de café que le gustaban.

Rosemary cometió la estupidez de coger la caja para ofrecérsela a Jack.

—Debes comer alguno antes de que desaparezcan todos —dijo. Pero había hecho un movimiento demasiado brusco y los tiró todos al suelo.

Benny se quedó mirándola. Era el tipo de cosa que normalmente habría hecho ella. Era perfecto que hubiera sido Rosemary la autora del desaguisado de esa noche.

—Me debes un baile por el que no acabamos.

—Así es. No pensaba permitir que lo olvidaras —le respondió Jack galantemente.

Sus dedos seguían tocando ligeramente los de Benny. Estaba segura de que hubiera preferido bailar con ella de nuevo.

Entonces, de repente, se anunció el último baile. Querían ver a todo el mundo en la pista para bailar *California Here I Come*.

A Benny le entraron ganas de llorar.

De algún modo había vuelto a perder la iniciativa frente a Rosemary Ryan. Iba a bailar el último tema con Jack. Nick le había tendido la mano, al igual que había hecho Johnny O'Brien. Creyó ver una mirada de decepción en la cara de Jack, pero debió imaginarlo, porque cuando ella y Johnny O'Brien bajaron a la pista Jack y Rosemary estaban dando vueltas y riéndose. Aunque no podía estar segura, creyó haberle visto retirarle el pelo de la cara a Rosemary como había hecho con ella.

En honor de Johnny O'Brien mantuvo una alegre sonrisa en el rostro mientras examinaba mentalmente la posibilidad de que Jack Foley fuera simplemente una persona a la que le gustaba todo el mundo, y que decía cosas agradables a todas las mujeres que conocía.

No lo hacía por astucia o por cálculo, sino porque de verdad todas las mujeres le resultaban atractivas.

Tenía que ser así, pensó Benny, porque el modo en que la había estrechado cuando estaban bailando juntos era sospechosamente similar a como sostenía a Rosemary mientras bailaban todos juntos al son de *Goodnight Sweetheart, See You in the Morning*.

Había un gran alboroto en la puerta, donde los fotógrafos se reunían para hacer instantáneas. Estaban repartiendo pequeñas tarjetas de color rosa con la dirección de los establecimientos en donde podrían ir a ver los positivos al día siguiente.

Benny se marchaba cuando Jack la llamó.

—Aquí —gritó—. Benny, ven aquí y posemos para la posteridad. Casi incapaz de creer que la hubiera llamado a ella, se puso a su lado de un salto.

En ese momento, apareció Nan en las escaleras.

—Nan también —dijo él.

—No, no. —Nan se alejó.

—Vamos, cuantos más seamos más divertido será —dijo él.

Los tres le sonrieron al flash. Después, tras las interminables despedidas a grandes voces, los «ya nos veremos» y los «ha sido estupendo», se encontraron todos ante los automóviles, de cuya distribución se había encargado Jack. Nick Hayes iba a llevar a Benny, Eve y Sheila a casa porque todos iban hacia la zona sur. Los demás vivían a un par de kilómetros del centro de la ciudad. Nan iba a ir con Sean y Carmel.

Rosemary, enfurecida, se fue a casa con Johnny O'Brien, que vivía en la misma calle que ella.

Kit les había dejado sándwiches y una nota en la que les explicaba que había estado fuera hasta tarde jugando a las cartas y que no la despertaran.

Subieron de puntillas hasta la cama.

—Aidan Lynch es un chico verdaderamente agradable —dijo Benny mientras se desvestía—. Lo digo de verdad. No sólo por sus bromas y bufonadas.

—Sí, pero habla como un cómico de la radio el noventa por ciento del tiempo. Intentar entenderle es como aprender un idioma diferente —se quejó Eve.

—Parece haberte cogido mucho afecto.

—Entonces, sólo puedo preguntarme si es que ha perdido un tornillo. Puede que sea demencia hereditaria. Sus padres hablan como pregoneros. ¿Les has oído alguna vez?

Benny soltó una risita.

—¿Y qué pasa contigo y con Jack? Estabas haciéndolo muy bien esta noche.

—Eso creía yo. —Su voz era pesada y triste—. Pero en realidad no era así. No es más que un Adonis amable con todo el mundo. Le encanta verse rodeado de gente y que todo el mundo esté de buen humor.

—No está mal como actitud —dijo Eve. Estaba tumbada en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Parecía mucho más animada y alegre que unos pocos meses atrás.

—No, no está mal como actitud, pero no creo que sea buena idea unir el destino de una a alguien así —replicó Benny.

A la mañana siguiente Kit entró a despertarlas.

—Te llaman al teléfono, Benny.

—¡Oh, Dios, mis padres! —Saltó de la cama en camisón.

—No, te equivocas. Es la voz de un hombre joven —dijo Kit enarcando las cejas con gesto de aprobación.

—Hola Benny, soy Jack. Me dijiste que ibas a pasar la noche con Eve. Le he pedido a Aidan el número de teléfono.

A Benny el corazón le latía de un modo tan extraño que creyó que iba a caerse redonda al suelo.

—Hola Jack —respondió.

—Me preguntaba si te apetecería comer conmigo —dijo él.

A Dios gracias, ella ya sabía lo que significaba comer con él. Habría un montón de gente reunida en torno a una mesa y Benny haría de atracción.

Era un chico al que le gustaba tener amigos a su alrededor todo el tiempo. Benny se alegró de haberse dado cuenta y de habérselo comentado la noche anterior a Eve. Se alegró también de no haberse creado falsas expectativas.

Tardó uno o dos segundos en aceptar, sólo porque estaba pensándoselo.

—Quería decir los dos solos —aclaró él—. Esta vez saldremos los dos nada más.

Capítulo 11

Eddie y Annabel Hogan habían enarcado las cejas, mirándose sorprendidos, al ver cómo Patsy remoloneaba en la cocina mientras preparaba el desayuno y hablaba consigo misma. No tenían la menor idea de qué era lo que ocurría.

Era posible descifrar algunos de sus farfulleos. En todos los años que llevaba en esa casa nunca le habían hablado así, nunca le habían gritado ni tratado como a un perro. Murmullo, murmullo, crash, crash.

—Seguramente habrá tenido unas palabras con Mossy —susurró Annabel cuando Patsy salió a echar unos restos a las cuatro gallinas en su pequeño gallinero protegido con tela metálica.

—De ser así debe de ser la primera persona que lo haya hecho. Nunca había visto a un hombre tan callado.

Habían conseguido sonsacarle la información de que Benny había llamado desde Dublín poco antes de salir para el baile, mientras ellos estaban dando un paseo.

—¿Sólo era para darnos otra vez las gracias por el vestido, Patsy? —preguntó una vez más Annabel.

—Eso fue lo que dijo —dijo Patsy con voz sombría. Los padres de Benny estaban desconcertados.

—Probablemente estuviera emocionada —dijo Eddie tras pensarlo mucho.

—Desde luego que sí —asintió Patsy.

Clodagh Pine le dijo a su tía que deberían mantener abierta la tienda a mediodía.

—Criatura, vas a hacer que acabemos en el hospital del condado de tanto trabajar.

A Peggy le resultaba increíble que hubiera podido temer que su sobrina se convirtiera en una holgazana. Había logrado incrementar ya significativamente los beneficios de la tienda y, a pesar de su aspecto, que como mínimo cabría calificar de excéntrico, había conseguido no alejar a ninguna de las antiguas clientas.

—Piénsalo, tía Peg. ¿A qué otra hora puede venir gente como Birdie Mac a mirar las chaquetas de punto? ¿Cuándo va a venir la señora Kennedy a echar un vistazo a las blusas nuevas? La señora Carroll cierra la tienda de ultramarinos a la hora de comer. A juzgar por su aspecto más bien macilento no debe emplear la hora entera comiendo, da pena verla. ¿No crees que podría acercarse a ver cómo son las nuevas faldas?

—Podría parecer un poco injusto de cara a los otros comercios. —Peggy era consciente de que sus ideas eran ligeramente confusas.

—Dime, tía Peg, ¿se me ha pasado algo por alto en mis paseos por Knockglen? ¿Es que hay otras tiendas de ropa para señora que compitan con nosotras? ¿Acaso existe un círculo de mujeres con establecimientos como el nuestro murmurando que somos unas aprovechadas por abrir a mediodía?

—No seas impertinente —dijo Peggy.

—En serio, ¿quién iba a oponerse?

—Podrían pensar que estamos ansiosas por ganar dinero, eso es todo. —Peggy estaba a la defensiva.

—¡Oh, cielos, eso sería horrible! Después de tantos años de lucha por no ganar ni un penique, de hecho intentando perderlo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —Clodagh puso cara de payaso.

—Acabaremos reventadas.

—No, contrataremos a otra chica.

—No creo que podamos permitirnoslo.

—Repasemos los libros juntas y ya verás.

La señora Kennedy miró sin placer alguno a Fonsie, que había entrado en su tienda.

—¿Cómo va el negocio de la droga, señora K? —preguntó. Siempre le hacía un pequeño guiño, como si ella tuviera algún oscuro secreto.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con voz cortante.

—Estoy buscando una buena pastilla de jabón.

—Ya... bueno. —Consiguió transmitir en su respuesta la sugerencia de que ya era hora.

—Para chicas, ya sabe —dijo Fonsie.

—¿Es un regalo? —Pareció sorprendida.

—No, es para el nuevo tocador de señoras —dijo Fonsie con orgullo.

Había empleado mucho tiempo en convencer a Mario de que debían recuperar los dos chamizos que había fuera para emplearlos como servicios y hacer que el de señoras resultara atractivo. A las chicas les gustaba dedicar tiempo a pintarse y retocarse el peinado. Fonsie había cogido el coche para ir a una subasta y había comprado un espejo enorme. Habían puesto debajo un estante. Lo único que les faltaba ya para ponerse en marcha eran un par de toallas fijas y una pastilla de jabón del bueno.

—¿Será demasiado bueno el *Apple Blossom* para lo que tienes en mente? —La señora Kennedy sacó lo que llamaba un paquete de jabón para regalo.

Fonsie anotó mentalmente que debía decirle a Clodagh que hiciera acopio de jabones de tocador y polvos de talco. Que los trajera a hurtadillas antes de que Peggy pudiera protestar diciendo que le estaban robando clientes a la botica. Además, la señora Kennedy era una vieja chiflada que no merecía tener el monopolio del jabón en el pueblo.

Y no lo conservaría durante mucho tiempo. Pero mientras tanto...

—Es exactamente lo que necesitamos, señora Kennedy, muchas gracias —dijo con una gran sonrisa, tendiéndole el dinero sin hacer la menor mención al precio.

Desde la ventana de la tienda, Sean Walsh miraba hacia el otro lado de la calle, donde la señora Healy estaba puliendo el letrero de bronce del hotel. Estaba

mirándolo con actitud crítica. Se preguntó si alguien lo habría estropeado, a la vista de los gestos de disgusto que hacía ella. No había nadie en la sastrería, así que cruzó la calle para ver qué estaba pasando.

—Es muy difícil limpiar las letras por dentro —le dijo la señora Healy—. Quedan partículas y las taponan.

—No debería estar haciendo esto, señora Healy, no es apropiado —dijo—. Este trabajo debería hacerlo algún miembro del personal.

—Tú te encargas de limpiar los de la tienda. Te he visto —contraatacó ella.

—Pero eso es diferente, no es mi tienda.

—Todavía no —dijo la señora Healy.

Sean ignoró el comentario.

—Debe usted tener a alguien, señora Healy, una de las chicas de la cocina.

—No son nada de fiar. Sólo saben charlar con la gente en lugar de hacer su trabajo. —La señora Healy no parecía ser consciente de que eso era exactamente lo que estaba haciendo ella.

—Si lo desea, cuando limpie las nuestras, limpiaré las suyas —se ofreció Sean—. Pero tendrá que ser a primera hora de la mañana, antes de que se levante la gente y pueda verme hacerlo.

—Eres muy amable. —La señora Healy le miró como preguntándose por qué se ofrecería a hacer tal cosa. Se vanagloriaba de conocer la naturaleza humana. Cuando una lleva un hotel conoce a todo tipo de personas, y debe ser capaz de juzgarlas acertadamente. Sean Walsh era una persona difícil de clasificar. Era evidente que tenía puestos los ojos en la hija de la casa, una joven enorme y voluntariosa con mucho carácter. La señora Healy opinaba que más le valía a Sean Walsh hacer planes de contingencia. Precisamente porque era una chica grandota que probablemente no recibiera muchas ofertas, una vez obtenido el título en Dublín, Benny Hogan bien podía abrirse hacia otros horizontes, dejando en nada los planes de Sean Walsh.

A la madre Francis le alegró que la mañana del sábado el tiempo fuera soleado y no lluvioso, como lo habían sido casi todos los días anteriores.

Subiría a la casita cuando acabaran las clases y dedicaría una hora a comprobar qué quedaba por hacer. A veces pensaba que parecía una niña con su casa de muñecas.

Tal vez estuviera saliendo a la superficie toda la añoranza que puede llegar a sentir una mujer fuera, en el mundo, por tener su propio hogar. Esperaba que tal cosa no amenazara los cimientos de su vocación religiosa. Debía dejar atrás el hogar y la familia y pensar solamente en su vocación. Pero no había ninguna regla escrita que dijera que una no podía ayudar a una huérfana, que había quedado a su cargo por intervención divina, a crearse un hogar.

La madre Francis se preguntó cómo le habría ido a su huérfana en el baile de anoche. Kit Hegarty le había telefoneado para decirle que Eve estaba espléndida. La madre Francis hubiera preferido que no hubiera tenido que llevar una falda prestada,

por elegante y roja que fuera.

Deseó que hubiera acabado la clase y poder dar la salida a las niñas que, en cualquier caso, estaban ansiosas por escapar para ir al café de Mario y a mirar los escaparates, muy cambiados, de la tienda de Peggy. ¿No sería maravilloso si pudiera hacer sonar la campana ya, a las once y media de la mañana, y gritar: «quedáis libres»?

Las niñas lo recordarían toda su vida, pero con seguridad llegaría a oídos de la madre Clare. Se le cayó el alma a los pies, como ocurría siempre que pensaba en su hermana en el Señor. Si la madre Clare no hubiera decidido venir, podrían haber invitado a Kit Hegarty a pasar las Navidades. Ahora era imposible. La madre Clare habría dicho que estaban convirtiendo un establecimiento religioso en una especie de hospedería.

Dentro de dos horas y media cogería la llave de su escondrijo en el muro y entraría en la casita, abrillantaría el piano y tataría la mancha de humedad que había en la pared con un precioso adorno dorado.

Una de las hermanas misioneras lo había traído de vuelta de África. Todas lo habían admirado, pero no se trataba de una imagen sagrada. No le había parecido realmente apropiado colgarlo en el convento. La madre Francis lo había conservado cuidadosamente. Sabía exactamente dónde podía resultar útil. Y tal vez pudiera conseguir tela dorada en algún sitio para que la hermana Imelda hiciera un par de fundas para cojín.

Eve se puso casi a saltar sobre la cama cuando oyó lo de la invitación a comer.

—Te lo dije, te lo dije —repetía una y otra vez.

—No, no lo hiciste. Dijiste que parecía que le gustaba bailar conmigo. Nada más.

—Bueno, tú creías que él parecía estar en el purgatorio y que no hacía más que mirar por encima de tu hombro como pidiendo rescate.

—No pensaba eso exactamente —dijo Benny, aunque en realidad, había pensado algo muy parecido.

Cuando había rememorado el episodio una y otra vez, aquellos seis maravillosos bailes seguidos, no había sabido decidir si él había disfrutado tanto como ella o si simplemente había estado cumpliendo un deber de cortesía. Ahora parecía que la respuesta había sido lo primero. El único problema era saber qué ponerse para la comida.

Sólo tenía a mano las ropas descartadas del día anterior. No podía ponerse un vestido de baile muy escotado y exponer el busto a la vista de todos un sábado de noviembre por la mañana.

—Tengo diecisiete libras. Puedo prestártelas si quieres comprarte algo —se ofreció Eve.

Ir de compras no era la solución. No para Benny. Simplemente no había ropa de su talla.

Si se hubiera tratado de Eve, habrían corrido Marine Road arriba en Dunlaoghaire

hasta Lee's o McCulloch's y habrían encontrado algo en dos minutos. Pero la ropa de Benny, le gustara o no, estaba a setenta y cinco kilómetros de distancia, en Knockglen.

¡Knockglen!

Mejor sería que llamara a sus padres y que averiguara dónde habían estado. También tendría que decirles que llegaría en el autobús de la noche, y decirle algo a Patsy.

Cogió monedas y volvió a bajar al teléfono.

Estuvieron encantados al oír su voz y se alegraron de que el baile hubiera ido bien. Querían saber qué les habían servido para cenar. Les sorprendió mucho la dispensa para comer carne. Estaban dando un paseo cuando había telefoneado la noche anterior. Había sido un detalle por su parte. ¿Qué tal la fiesta en casa de los Foley? ¿Les había expresado su gratitud por haber sido invitada?

Benny sintió que se le nublaban los ojos.

—Decidle a Patsy que tengo para ella unas medias de regalo —dijo repentinamente.

—No podrías haber elegido mejor momento para hacerle un regalo —contestó la madre de Benny bajando la voz con tono conspirativo—. Lleva toda la mañana de un humor de perros. De perros llenos de pulgas, añadiría yo.

Eve dijo que Kit resolvería el problema de la ropa. Kit tenía respuesta para todo.

—No para lo de mi ropa. —Benny estaba tristoná.

Pero estaba equivocada. Kit dijo que uno de los estudiantes que tenía alojados tenía un precioso jersey verde esmeralda. Se lo pediría prestado. Le diría que había que darle unas puntadas, o algo así. Los chicos nunca se fijaban en esas cosas. Si había pensado ponérselo hoy, que fuera olvidándose de la idea. Así de simple. Entonces Kit le cosería un bonito cuello de encaje que tenía y le prestaría a Benny su bolso verde. Iría vestida para matar.

Fonsie había querido que Clodagh fuera la primera en ver el nuevo tocador de señoras.

—Dios, es precioso. —Estaba llena de admiración—. Toallas rosa, jabón rosa, cortinas púrpura. Es de fábula.

Él estaba preocupado por la iluminación. ¿No sería demasiado intensa?

Clodagh pensaba que no. Si fuera para gente mayor, que no querría verse las arrugas, entonces sí, tendría que ser más tenue. Pero lo usaría gente joven y era mejor que pudiera verse bien la cara.

Clodagh deseó poder convencer a su tía para que instalara dos probadores. Peggy insistía en que no eran necesarios en un lugar como Knockglen. Sus clientes se llevaban las cosas a prueba. Si no les gustaban, las devolvían.

Aquello resultaba antieconómico y, con el creciente volumen de productos en inventario, difícil de organizar. Había un almacén al que Clodagh había echado el ojo. Sólo necesitaba luces, espejos, alfombrado y cortinas de colores brillantes. Clodagh y

Fonsie suspiraron pensando en la batalla que tenían que librar con sus parientes.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo a Healy's? —preguntó Fonsie de repente.

—No sé. Dije que desembalaría un montón de prendas que han llegado esta misma mañana.

—Así celebramos mis nuevos aseos y planificamos tus nuevos probadores —rogó él.

Caminaron amistosamente calle arriba. Clodagh iba vestida con un blusón de punto blanco sobre un polo malva y unos pantalones holgados del mismo color. Llevaba enormes pendientes de plástico blanco en forma de aro bajo un sombrero de hombre de *tweed* con una cinta malva y blanca.

Los zapatos de suela de goma de Fonsie no hacían ningún ruido al andar. Su chaqueta de terciopelo rojo estaba rematada con un cordoncillo amarillo. Llevaba el cuello de la camisa abierto y, a ambos lados de éste, colgaba una especie de cordón rojo a modo de corbata. Sus pantalones, de color rojo oscuro, le estaban tan justos que daba la impresión de que caminar debía producirle dolores en todo el cuerpo.

Los sábados a mediodía el bar del Hotel Healy era como un pequeño club. Eddie Hogan se dejaba caer para tomar una copa y encontrarse con el doctor Johnson cuando volvía de sus visitas. A veces aparecía el padre Ross, y si Dessie Burns no estaba bebido, solía pedir una naranjada, que sorbía sonoramente, sabiendo que en esas circunstancias era bienvenido.

Últimamente, el señor Flood no aparecía a menudo. Las visiones que tenía le preocupaban. Había sido visto en pie frente a su tienda mirando pensativamente hacia lo alto del árbol. El señor Kennedy, cuando aún vivía, había sido un cliente habitual. A su esposa jamás se le habría ocurrido ocupar su puesto. A veces entraba Peggy con Birdie Mac a tomarse rápidamente un vermú con ginebra.

Clodagh y Fonsie hicieron una pausa a la entrada del bar. No tenían especial interés en sumarse a aquel grupo de personas mayores, pero por otra parte, habría sido una grosería ignorarles.

Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, no tuvieron necesidad de tomar ellos mismos la decisión.

De repente, entre la puerta y el interior del local se interpuso la encorsetada figura de la señora Healy.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —Les miró de hito en hito sin intentar ocultar su desagrado.

—Probablemente sí, pero creo que por el momento nos limitaremos a tomar una copa —rió Fonsie, pasándose la mano por la mata de pelo oscuro y lleno de brillantina que adornaba su cabeza.

Clodagh soltó una risita y bajó la mirada.

—Ya. Tal vez sea mejor que vayáis al bar de Shea o a cualquier otro sitio —dijo la señora Healy.

Se quedaron mirándola con incredulidad. ¿Era posible que les estuviera negando

la entrada al hotel?

Su silencio desconcertó a la señora Healy. Había esperado protestas.

—Quizá pudiéramos veros de nuevo por aquí cuando estéis... bueno... vestidos más apropiadamente —dijo con una sonrisa hipócrita en los labios que no llegaba ni de lejos a sus ojos.

—¿Se niega usted a servirnos una copa, señora Healy? —dijo Fonsie a grandes voces, con el propósito de atraer la atención de todos los presentes.

—Sugiero que no estaría mal que os presentéis a tomar una copa con un atavío más acorde con las exigencias de una ciudad como ésta y de un hotel de este calibre.

—¿Se niega a servirnos porque cree que estamos borrachos? —preguntó Clodagh, mirando hacia un rincón en el que dos granjeros que estaban celebrando la compraventa de un pequeño terreno mostraban todos los síntomas de estar ebrios.

—Creo que por respeto a tu tía, uno de nuestros mejores y más apreciados clientes, deberías medir tus palabras —dijo la señora Healy.

—Está de broma, Clodagh. No le hagas caso —dijo Fonsie, intentando abrirse paso.

Las manchas rojas que aparecieron en las mejillas de la señora Healy eran una clara advertencia para cualquiera que pudiera verlas de que no estaba bromeando en absoluto.

Fonsie dijo que en el bar había cuatro hombres sin corbata, y que no tenía inconveniente en anudarse la suya si a cambio podía obtener media pinta de Guinness.

Clodagh dijo que si alguna de sus prendas ofendía a la señora Healy se las quitaría con mucho gusto una por una hasta quedarse en algo que considerase aceptable. Por ejemplo, en sujetador y bragas.

Finalmente se cansaron del juego. Con exagerados ademanes de indiferencia y expresión perpleja, se alejaron de la puerta del bar. Ambos habían dado media vuelta con una expresión triste en el rostro, como la de un perro pachón o la que se atribuye a los criminales condenados, pero durante el tiempo que tardaron en recorrer el pasillo hasta llegar a la calle, dejaron oír claramente sus risas.

Los integrantes del grupo que estaba sentado en un rincón se miraron los unos a los otros con cierta alarma. El principal problema era Peggy, uno de los ciudadanos más respetados de la ciudad. ¿Cómo se tomaría que a su sobrina le hubieran negado la entrada al local? Todos los miembros del pequeño grupo, al que la señora Healy trataba con especial atención en su hotel, bajaron la vista furtivamente.

—En algún lugar hay que trazar la raya —dijo la señora Healy con voz tranquila.

Lilly Foley opinaba que los terribles padres de Aidan Lynch no sabían dónde trazar la línea.

Jack les preguntó que por qué no habían dejado de servir bebidas. De ese modo, los Lynch se habrían marchado a su casa. Al parecer eso era precisamente lo que habían hecho desde muy temprano. Literalmente, le habían arrebatado las botellas a

Aengus, pero a pesar de todo se habían quedado y habían seguido gritando.

—A tu padre le irritaron mucho —le comentó Lilly a Jack.

—¿Entonces por qué no hizo algo, como decir «Santo Dios, qué tarde se ha hecho»? —Jack no veía problema alguno en desembarazarse de los" remolones Lynch.

—Le corresponde a la mujer organizar estas cosas. Lo dejó en mis manos, como siempre hace con todo. —Lilly Foley parecía apagada.

—Pero aparte de eso fue una gran fiesta. Gracias por todo —Jack le dirigió una sonrisa.

Pareció consolarla un poco. Se había dado cuenta de que su hijo ya había acudido al teléfono para quedar con alguna chica a la hora de comer. No había podido enterarse de cuál era, pero supuso que se trataría de la atractiva Rosemary, que no hacía más que presumir de sus parientes metidos en el mundo de la judicatura. O de aquella chica preciosa, Nan, la que llevaba aquel vestido lleno de perlititas. La muchacha que prácticamente no había dicho palabra, pero aun así había sido el centro de atención de la fiesta.

Lilly miró afectuosamente a su hijo mayor. Tenía el pelo revuelto, olía a jabón *Knights Castille*, había consumido un enorme desayuno y se había leído las páginas de deportes de dos periódicos. Le había dado a Aengus media corona por su ayuda durante la fiesta.

Lilly sabía que su hijo, como lo había sido el padre, era un rompecorazones, y que lo sería hasta el día de su muerte.

Había dicho el nombre del lugar como si todo el mundo lo conociera: Carlo's. Benny había oído hablar de él. Estaba cerca de los Quays, el lugar donde subía y bajaba del autobús de Knockglen. Era un pequeño restaurante italiano, y una vez había oído decir a Nan que había estado allí una noche y que tenían velas puestas en botellas de vino, como en las películas.

Con mucho tiempo por delante, como de costumbre, entró en un gran almacén para mirar los cosméticos. Encontró una sombra de ojos verde y se puso un poco en cada ojo.

Era exactamente del mismo color que el enorme jersey del estudiante de Veterinaria que llevaba puesto. La dependienta la urgió a que se la comprara, insistiendo en que suele ser difícil encontrar el color exacto cuando una lo busca y diciéndole que debía aprovechar la oportunidad.

Benny le explicó que el jersey no era suyo. Se lo había prestado un chico. Se preguntó por qué se sentía impelida a contarle tantas cosas a desconocidos.

—Quizá se lo preste de nuevo —dijo la muchacha de la bata de nailon corta y rosa cuyo trabajo era vender cosméticos.

—Lo dudo. Ni siquiera sé quién es. Su patrona lo tomó prestado para mí.

Benny sabía que lo que decía sonaba raro, pero cualquier tipo de conversación le hacía sentirse menos ansiosa. Llenaba la enorme cámara de eco creada por la

ansiedad que sentía acerca de la cita.

Todo había sido muy fácil cuando olía a *Joy* y podía estrecharla en sus brazos. Sería muy diferente esta vez, con una mesa por medio y vestida con un jersey verde. ¿Cómo podría sonreírle, atraerle, conservarle? Algo en ella debía haberle gustado la noche anterior. No podía haber sido solamente su escote, ¿o sí?

—¿Podría echarme un poco de perfume *Joy* aunque no compre nada? —le rogó a la joven.

—Se supone que no debemos hacerlo.

—Por favor.

Consiguió un pequeño toque. Lo suficiente para recordarle la noche anterior.

Carlo's tenía una puerta pequeña. Era un mal comienzo. Benny esperó que no tuviera esos horribles bancos que ahora eran tan populares, esos parecidos a los bancos de las iglesias. Era difícilísimo sentarse en ellos. Aunque en la calle había mucha luz y el sol frío de invierno resaltaba todo con grandes contrastes, el interior era cálido y estaba en penumbra.

Le entregó su abrigo al camarero.

—He quedado con alguien —dijo.

—Ya ha llegado.

Eso quería decir que Jack debía ser bien conocido en el lugar, pensó con una oleada de desilusión. Quizá viniera cada sábado con una chica diferente.

—¿Cómo sabe que es la persona que espero? —le preguntó al camarero llena de ansiedad. Sería humillante que la condujeran a la mesa equivocada delante de todo el mundo y que tuviera que rescatarla Jack.

—No hay nadie más —replicó el camarero. Se levantó para darle la bienvenida.

—Estás preciosa y descansada considerando la nohcecita que nos corrimos —dijo admirado.

—Es el aire tonificante de Dunlaoghaire —respondió ella.

¿Por qué había dicho eso? Había palabras, como tonificante, que una no empleaba. A la gente le sugería chicas grandotas y alegres yendo de excursión. Era como la palabra apetitoso.

Pero él no había hecho ninguna desafortunada asociación de palabras. Conservaba aún una expresión de admiración.

—Sea lo que sea, funciona. En nuestra casa están todos con esa sensación del día después, con vasos y ceniceros amontonados en la cocina.

—Fue una fiesta encantadora, gracias por invitarme.

—Fue estupenda. Aengus te manda recuerdos. Le caíste muy bien.

—Creo que pensó que estaba loca.

—No. ¿Por qué iba a pensar tal cosa?

Había sido una equivocación decir eso. ¿Por qué lo había dicho? Espíritu autodestructivo. ¿Por qué no había preguntado por Aengus en vez de decir tonterías?

El camarero se acercó y se mostró extremadamente solícito. Era un hombre

bondadoso, como una versión en delgado de Mario. Benny se preguntó si serían parientes. No debía haber muchos italianos trabajando en Irlanda.

Benny decidió preguntárselo.

—¿Tiene usted un pariente que trabaja en Knockglen?

Él pronunció el nombre del pueblo una y otra vez, dándole vueltas, mientras sus ojos se entrecerraban con expresión de sospecha.

—¿Por qué piensa que tengo parientes en Knocka Glenna?

—Hay un italiano llamado Mario.

Benny deseó que la alfombra púrpura y roja se abriera bajo sus pies y se la tragara, y que después volviera a cerrarse sobre su cabeza.

Jack acudió en su rescate.

—Es un poco como, ya sabe, como lo de «¿Conoce a mi tío Mo de Chicago?» —dijo—. Siempre estoy preguntando tonterías así.

No podía imaginárselo haciendo tal cosa, ¿Habría algún modo de recuperar algo de la magia de la noche pasada?

Ni siquiera habían empezado a comer y él debía estar ya arrepintiéndose de haberla invitado. Había hablado del tonificante aire de Dunlaoghaire, sugiriendo la imagen de las orondas damas de las postales. Había enredado al camarero en un largo y confuso diálogo acerca de si conocía a otro italiano que vivía a kilómetros de distancia. Desde luego, se estaba luciendo. Ni siquiera había nadie en el restaurante para distraer su atención, para hacerle sentir que en aquella salida había algo siquiera moderadamente entretenido. Benny deseó estar de nuevo en el Dolphin con medio Dublín, con todas las Rosemarys y Sheilas e incluso con Carmel y Sean manoseándose y dándose mutuamente trocitos de pan.

Cualquier cosa sería mejor que aquel escenario catastrófico.

—¿No te parece estupendo tener el comedor para nosotros solos? —dijo en ese momento Jack—. Me siento como un sultán, o como un millonario. ¿Sabes? Llaman a los restaurantes y contratan todas las mesas para que no les molesten.

—¿Ah, sí? —preguntó Benny muy interesada.

Al menos era conversación y él parecía empeñado en ver el lado bueno de que estuvieran solos en el comedor vacío.

—¡Por supuesto, es lo que he hecho yo hoy! Carlo, necesitamos todo el lugar para nosotros... «¿Desea quizá un pianista? ¿No? De acuerdo». Sólo unos cuantos violinistas que vayan a la mesa más tarde. Pero no dejes pasar chusma a comer, nada de horribles dublineses, ni gente sórdida de ése estilo.

Rieron y rieron como la noche pasada.

—¿Y qué te dijo Carlo?

—Me dijo: «Por usted, *signore* Foley, lo que sea, pero sólo si la *signorina* é *adorabile*».

Ella se mordió la lengua. Había estado a punto de decir: «Pues en eso no hemos cumplido, ¿verdad?».

Iba a hacerse de menos por miedo a creer que era aceptable. Pero algo le dijo que no debía hacerlo. Incluyó la cabeza a un lado y le sonrió.

—Entonces llegaste tú y vio que eras guapísima, así qué ha puesto el cartel de lleno en la puerta —dijo Jack.

—¿Será Carlo el que nos está atendiendo? —preguntó Benny.

—Ni idea —dijo Jack—. En realidad parece un hombre que tiene un primo secreto en Knockglen, pero no quiere que nadie lo sepa.

—Debo recordar hasta el último detalle de este sitio para contárselo a Mario —dijo Benny mirando alegremente a su alrededor.

—Eres preciosa, Benny —dijo Jack poniendo su mano sobre la de ella.

Clodagh le contó a su tía que le habían prohibido la entrada en Healy's. No le importaba demasiado porque no se trataba de un lugar al que pensara ir con frecuencia, pero pensaba que Peggy debía enterarse por ella antes de que se lo dijeran otros.

—¿Qué estabais haciendo los dos? —preguntó Peggy.

—Si hubiéramos estado haciendo algo te lo habría dicho, y lo sabes. Pero da la casualidad de que no hicimos más que intentar entrar. Decidió que no le gustaba cómo íbamos vestidos.

—No puede hacer eso. Va contra la ley.

—Creo que sí puede. Reservado el derecho de admisión y todo eso. Pensamos que debíais saberlo tú y Mario, pero francamente a Fonsie y a mí no nos importa. Te lo digo en serio.

La verdad sea dicha, a Peggy y a Mario sí les importaba. Y mucho. A ninguno de los dos les gustaba el modo en que se vestían los jóvenes. De hecho, era un tema común de queja, pero negarles la entrada al único hotel del pueblo era harina de otro costal. Era la guerra.

La señora Healy no tardó en percibir cómo se iban distribuyendo los frentes. El señor Flood, que estaba en uno de sus períodos de lucidez y no veía ni mencionaba a la monja del árbol que había estado visitándole para transmitirle mensajes, había dicho que ya era hora de que alguien adoptara una postura firme. Aquellos dos jóvenes eran una abominación. Había leído en el periódico que existía un complot internacional para conquistar el mundo civilizado, y que sus miembros se reconocían entre sí por medio de aquellos ropajes. No era ningún accidente que Fonsie y Clodagh hubieran gravitado el uno hacia el otro, decía asintiendo con expresión de sabiduría. La señora Carroll también estaba departe de la señora Healy. Cuanto antes se pusiera fin a tan indeseable influencia en el pueblo, mejor. Ninguno de los dos chicos tenían padres que se hicieran cargo de ellos, y dependían, respectivamente, de una tía y un tío que estaban solteros. No era de extrañar que hubieran salido así de salvajes. Su propia hija Maire, que trabajaba en la tienda y estudiaba contabilidad por correspondencia, se había visto atraída por las luces brillantes del café y por las llamativas ropas expuestas en lo que antes había sido un escaparate respetable. La

señora Healy había tenido razón al mostrarse firme.

Por su parte, la señora Kennedy no era de la misma opinión. Se le había oído decir que la señora Healy tenía una cara muy dura. Ni siquiera había nacido en Knockglen. ¿Quién se había creído que era para imponer reglas y normas a la gente del lugar? La señora Kennedy añadía que siempre había un buen número de personajes impresentables por los rincones del bar del hotel los días de feria y que los viajeros de comercio sabían que, cuando habían bebido demasiado, podían conseguir un último trago allí. La señora Kennedy, a la que nunca le había gustado la joven viuda, y que siempre había opinado que su marido solía pasar demasiadas tardes en aquel establecimiento, estaba escandalizada de que se hubiera atrevido a negarle una bebida a una sobrina de Peggy Pine, por insensatamente que la criatura pudiera ir vestida.

Birdie Mac no estaba segura. Era una mujer timorata que se había pasado la vida cuidando a su anciana madre. No era algo que hubiera escogido hacer. Simplemente, Birdie era incapaz de tomar una decisión. Jamás había llegado a una conclusión sobre nada. Aunque era amiga de Peggy, también había escuchado las palabras de la señora Carroll. Mario era un buen cliente y le compraba galletas todos los días, pero estaba de acuerdo con el pobre señor Flood en que el sobrino de Mario estaba yendo demasiado lejos y en que no habría modo de pararle los pies si alguien no le daba pronto el alto.

Personalmente, no le gustaba la señora Healy, pero admiraba su coraje y su capacidad para sacar adelante el negocio en un mundo de hombres en lugar de retirarse humildemente detrás del mostrador de una confitería, que era todo lo que Birdie había sido capaz de hacer en términos de independizarse vitalmente.

El doctor Johnson decía que la señora Healy era libre de servir o no a quien quisiera. El padre Ross se negó a dejarse sonsacar. Paccy Moore le dijo a su primo Dekko que la señora Healy tenía dos juanetes, uno en cada pie. Ése fue su único comentario. Fue interpretado como una expresión de apoyo a Clodagh y Fonsie.

Eddie y Annabel Hogan discutieron el tema largo y tendido durante la comida del sábado. En ciertos aspectos, sin duda, Clodagh y Fonsie habían juzgado equivocadamente a Knockglen y habían ido demasiado lejos. Los dos parecían ir disfrazados todo el tiempo, pero eran muy trabajadores. Eso no se podía negar y era la virtud que les redimía. Si se hubieran pasado el tiempo en una esquina fumando, nadie habría sentido la menor simpatía por ellos.

Pero nadie podía acusar a ninguno de los dos de ser unos holgazanes. Y en Knockglen eso compensaba muchos pecados, incluido el de vestirse de un modo tan estrafalario.

—¿No atenderías a cualquiera que acudiese a tu establecimiento, fuese como fuese vestido, Eddie?

—Sí, pero si llevasen los zapatos llenos de estiércol les diría que no entraran — respondió él.

—No ocurrió nada parecido —replicó Annabel Hogan. Siempre había creído que la señora Healy dedicaba una sonrisa muy especial a los hombres de la localidad, en absoluto parecida a la que dirigía a sus esposas. Además, después del precioso vestido que Clodagh había confeccionado para Benny era difícil no estar de su parte. Había conseguido resaltar el brocado con aquellos pequeños remates castaños, del mismo color del pelo de Benny. Y qué decir del precioso detalle en blanco que cubría el busto. Había logrado darle un toque de clase a la prenda. Resultaba elegante y femenina, para nada el tipo de cosa que una hubiera esperado de Clodagh.

También la madre Francis se había enterado de lo sucedido en el hotel. Peggy se dirigió esa tarde al convento en busca de consejo y una taza de té.

—Olvídalo, Peggy. Ignora todo el asunto.

—No resulta sencillo hacer algo así cuando se vive en el mundo, Bunty.

—Tampoco las cosas son fáciles si se vive en un convento. Para las Navidades está a punto de caerme encima esa madre Clare. Imagina cómo puede una ignorar algo así...

—Nunca volveré a entrar en ese sitio.

—Piénsalo detenidamente, Peggy. ¿A qué otro lugar irás si te apetece tomar algo? ¿Al local lleno de escupitajos y serrín de Shea? ¿A los pequeños reservados de los otros bares? No te precipites.

—La verdad es que para ser una monja estás muy informada de los bares de la zona —respondió Peggy con admiración.

Charlaron acerca del baile y de lo maravilloso que había estado Aidan. Ninguna otra mesa se había llevado tantos premios como la de ellos. Jack le contó el incidente de una chica que se había desmayado en otra mesa. Cuando empezaron a aflojarle la ropa en un intento de reanimarla, cayeron de su sujetador dos panecillos. Jack se rió con ganas de la anécdota. Benny sólo podía pensar en cómo se encontraría hoy aquella chica, que nunca tendría otro recuerdo de aquel baile que el de la vergüenza que había sufrido.

—Vamos, es gracioso —dijo él. Benny sabía que debía mirar el lado divertido.

—Yo diría además que tiene mucha miga. —Se sentía como Judas respecto a aquella chica a la que ni siquiera conocía, pero como recompensa por su comentario obtuvo una sonrisa.

—Tú no habrías necesitado recurrir a nada semejante. —Jack le sonreía desde el otro lado de la mesa.

—No hay dos personas iguales. —Ella miró hacia el suelo sintiéndose tremendamente avergonzada.

—Tú eres diferente en el buen sentido —dijo él.

Al menos el estudiante de veterinaria, quienquiera que fuese, tenía un jersey grande y holgado. No permitía que se viera el perfil de sus pechos. Miró su delantera aliviada. ¿Qué podía decir ahora para cambiar de tema?

Se abrió la puerta y entró otra pareja. Jack se encogió de hombros.

—Le advertí que únicamente debía permitir la entrada a personas procedentes de Nápoles, y sólo si se comprometían a no alborotar. —Les miró con gesto de advertencia.

Eran un par de irlandeses de mediana edad. Tenían frío y se estremecían.

—Probablemente sean unos funcionarios montándose una aventura —susurró Benny.

—No, son dos inspectores escolares haciendo planes para que todo el mundo suspenda los exámenes finales el año que viene —replicó él.

La mayor parte del tiempo resultaba fácil hablar con él. Era muy normal y tranquilo, y no había nada en su actitud que la hiciera sentirse angustiada. Todo era problema suyo. Benny se dio cuenta de que había pasado años menospreciándose y haciendo el imbécil. Cuando había llegado el momento de desempeñar un papel romántico se había encontrado con que no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Y lo que era aún peor, no estaba nada segura de que fuera ése el papel que le tocaba desempeñar. Deseó ser capaz de leer los signos de él y comprender lo que le estaba diciendo.

Si lo supiera sabría cómo responderle.

Les ofrecieron helados. El camarero les explicó en qué consistía la *cassata*, un delicioso helado napolitano, les dijo, con trozos de frutas y nueces picadas, algo de corteza glaseada, unos barquillos... *Bellissima*.

Algo le dijo a Benny que mejor sería que la aceptara en vez de hablar de regímenes dietéticos, calorías y centímetros.

Vio cómo se iluminaba el rostro de Jack; él también tomaría una.

El camarero vio cómo se sonreían el uno al otro.

—La tarde está muy oscura. Encenderé una vela para que puedan verse la cara mientras hablan —dijo.

La camisa de Jack, abierta sobre el jersey azul, era de color rosa pálido. Resultaba preciosa a la luz de la vela. Sintió de nuevo el deseo de acariciarle. No de besarle en los labios ni de apretarse contra su cuerpo, sino simplemente de extender la mano y acariciarle suavemente desde la mejilla a la barbilla.

Sólo había bebido un vaso de vino. No podía ser un sentimiento inducido por el alcohol.

Benny lo vio todo como si le estuviera ocurriendo a otra persona: se inclinó y le acarició la cara suavemente tres veces.

La tercera vez, él atrapó su mano con la suya y se la llevó a los labios. La besó con la cabeza inclinada, como para que no pudiera verle los ojos.

Después se la devolvió.

No estaba burlándose de ella, bajo ningún concepto, ni haciendo un estúpido gesto extravagante, como podría haber hecho Aidan.

Nadie cogería así su mano y la besaría durante tanto tiempo si no lo desease realmente.

¿O sí lo haría? ¿Lo haría?

Aunque la señora Healy podía ser un poco estirada, y algunas veces se había dirigido a él de una manera impropia, Dessie Burns admitía que, para ser justos, en esas ocasiones había andado la bebida por medio. Quizás algunos tuviesen razón al afirmar que ella había estado en su derecho de tratarle así. No había persona más tediosa y escrupulosamente justa que Dessie Burns cuando estaba sobrio.

Y una vez dicho esto, añadió que a ese Fonsie se le había advertido que no podía andar pavoneándose por el pueblo como si fuese el dueño de todo. ¿Quién era él? No era más que el sobrino de un *macarroni*, y no se tenía la menor noticia ni de su madre italiana ni del inútil de su padre desde el día en que se había instalado en el pueblo. No era más que un mocoso sin pasado y sin historia en Knockglen. Más le valía tomarse las cosas con calma. Y otro tanto se podía decir de la sobrina de Peggy. Constituía un espectáculo lamentable con esas pintas que se gastaba. Quizás aquello le bajase los humos.

Mario decía que iría a plantarse en los escalones del Hotel Healy y escupiría primero en la puerta y después desde la puerta. Luego regresaría a casa y le escupiría a Fonsie.

Fonsie decía que así no había modo de prosperar. Lo que tenían que hacer era ir a Liverpool y comprar una preciosa máquina de discos Wurlitzer de segunda mano que él mismo había visto anunciada.

Mario desarrolló una inesperada lealtad hacia Fonsie. Tras haberle denunciado en público y en privado, ahora sostenía que el hijo de su hermana era la sal de la tierra, el cayado de su vejez y la mayor esperanza para Knockglen.

También afirmaba, ante cualquiera que se pusiera a tiro, que nunca volvería a pedir una copa en el hotel de la viuda Healy. Considerando que jamás en su vida había tomado nada allí, aquello era más una declaración de principios que una amenaza real.

Simon Westward entró en el Hotel Healy aquella tarde para informarse de si daban comidas.

—Las servimos a diario, señor Westward. —La señora Healy estaba encantada de verle al fin en su negocio—. ¿Me permitiría ofrecerle algo de beber a cuenta de la casa para celebrar su primera visita?

—Es usted muy amable... señora...

—Healy. —Al contestarle, ella dirigió la mirada al rótulo del hotel.

—Disculpe, soy un estúpido. Ahora no me es posible quedarme a tomar nada. Así que sirven comidas... magnífico. No estaba seguro.

—Todos los días de doce a dos y media de la tarde.

—Ya.

—¿No le viene bien el horario?

—No es eso, es un horario perfectamente adecuado. Sólo que estaba pensando más bien en cenas, por la noche.

La señora Healy se vanagloriaba de estar preparada para aprovechar las oportunidades cuando éstas se presentaban.

—Hasta el momento, señor Westward, nos hemos limitado a ofrecer té con un muy abundante acompañamiento, pero a partir de Navidades pensamos servir también cenas —dijo.

—¿A partir de cuándo?

—A partir del próximo fin de semana, señor Westward —dijo, mirándole directamente a los ojos.

El camarero opinaba que debían tomar una copita de *sambucca*, un licor italiano. Una cortesía de la casa. Echaría en él un grano de café y le prendería fuego. Era una bebida magnífica para tomar al final de una comida de invierno.

Sentados allí se preguntaron si a la pareja malencarada la invitarían también o si la copa estaba reservada a la gente que parecía feliz.

—¿Les veremos la semana que viene? —preguntó con gran interés el camarero. Benny podría haberle matado. Todo estaba yendo tan bien. ¿Por qué tenía que sacar el tema de otra cita aquel camarero?

—Desde luego esperamos volver —dijo Jack.

Caminaron a lo largo de los muelles, que a Benny le habían parecido antes fríos y húmedos. Pero aquel día había una gloriosa puesta de sol y todo estaba bañado en una luz rosada.

Los vendedores de libros de segunda mano tenían expuestos en el exterior ejemplares a la venta.

—Es como París —dijo Benny feliz.

—¿Has estado alguna vez?

—No, por supuesto que no —rió ella con buen humor—. Sólo estaba presumiendo. Lo he visto en fotos y películas.

—Y, por supuesto, como estás estudiando francés, te manejarías perfectamente allí.

—Lo dudo. Lo mío son más bien largas conversaciones en inglés sobre Racine y Corneille.

—Bobadas, cuento contigo para que seas mi guía cuando vaya a jugar al estadio del Parque de los Príncipes —dijo él.

—Estoy segura de que lo conseguirás —respondió ella.

—No, sólo estaba presumiendo. Jamás jugaré en ningún equipo si sigo comiendo como ayer y hoy. Se supone que estoy entrenando, aunque nadie lo diría.

—Vaya suerte que no tuvierais entrenamiento hoy. Suele ser los sábados, ¿no?

—Teníamos entrenamiento. Me lo he saltado —dijo él.

Ella le miró sorprendida. La vieja Benny habría hecho un chiste; la nueva Benny no lo hizo.

—Me alegro de que lo hicieras. Ha sido una comida deliciosa.

Tenía su maletín en una tienda cerca de la parada del autobús. La dependienta se

lo pasó por encima del mostrador y juntos caminaron hacia el vehículo.

—¿Qué tienes pensado hacer esta noche? —le preguntó él.

—Iré al café de Mario y le contaré a la gente lo del baile. ¿Qué vas a hacer tú?

—Ni idea. Espero que haya invitaciones esperándome cuando llegue a casa. —Se rió perezosamente. Era el tipo de hombre que no tenía que planificar su vida.

Le subió el maletín al autobús. Benny deseó que Mikey no hiciera ninguno de sus agudos comentarios.

—Ah, estás ahí, Benny. Ya sabía yo que no habías venido ayer. El autobús iba mucho más ligero —dijo Mikey.

Jack no le había oído, o si lo había hecho, no había entendido los farfulleos de Mikey. Eso se decía a sí misma mientras miraba desde su asiento cómo iba atardeciendo sobre la ciudad y los primeros kilómetros de campo.

Había bailado pegada a Jack Foley, que a renglón seguido la había invitado a comer. Ella no había dicho nada demasiado estúpido. Él había dicho que la vería en el bar de la universidad el lunes. Había besado su mano y había añadido que era adorable.

Estaba absolutamente exhausta. Se sentía como si hubiera acarreado un gran peso durante kilómetros en algún tipo de concurso. Pero fuera cual fuese éste, y cualesquiera que fueran las reglas, al parecer había ganado.

Capítulo 12

Heather quería saberlo todo sobre el baile. Le interesaba, en especial, lo que habían tomado de postre. Se quedó anonadada de que Eve no lo recordara. Iba más allá de su comprensión que pudieran haber pasado tantas cosas como para olvidar los postres.

Le dio la noticia de que Simon se uniría a ellas en su excursión.

—No sabía nada de eso —dijo Eve irritada.

—No te lo dije porque no habrías venido. —Heather era tan franca que costaba trabajo guardarle rencor.

—Bueno, pues si ya le tienes a él...

—Quiero que estés tú —dijo Heather con sencillez.

Simon llegó en su coche.

—Consideradme simplemente vuestro chófer —dijo—. Señoritas, estoy a sus órdenes.

Casi inmediatamente les explicó el plan que había trazado para pasar la tarde. Un paseo en coche por Wicklow. Después podían tomar el té en un hotel bastante agradable que conocía.

Eve y Heather habían pensado coger el tren hasta Bray, liarse la manta a la cabeza y tomarse unos helados con caramelo caliente por encima. A Eve le agradó que el plan de Simon pareciera tan aburrido y soso comparado con el de ella. Sabía cuál habría preferido Heather.

Pero Heather era una hermana leal y veía a Simon muy pocas veces. Exhibió cierto entusiasmo. Tras una pausa deliberada, Eve hizo lo mismo.

Simon las miró de hito en hito. Sabía que había quedado segundo. Se mostró muy alegre y respondió a todas las preguntas de Heather sobre su pony, los cachorros de *Clara* y sobre *Woffles*, el conejo.

Les contó que la señora Walsh seguía circulando en su bicicleta, silenciosa y majestuosa como siempre. Que Bee Moore estaba muy alterada porque un joven por el que había estado interesada había fijado su atención en otra. Eve tuvo que taparse la cara con las manos cuando las preguntas de Heather revelaron que el hombre en cuestión era Mossy Rooney, y que la otra era Patsy.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Heather.

—Igual, pero estamos aburriendo a Eve.

—También es el abuelo de Eve.

—Desde luego.

El tema había quedado zanjado. Eve sabía que quería algo. No tenía ni idea de qué podía ser. Durante el té él sacó el tema a colación.

—Tienes una amiga increíblemente atractiva.

—¿Qué amiga?

—La de la tienda... el día del baile. Me refiero a la chica rubia.

—¿Ah, sí?

—Me preguntaba quién es.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. —Empezaba a ofenderse.

Eve se congratuló a sí misma por haber conseguido dar a una pregunta tan directa una respuesta que era imposible que le agradara. A pesar de todo, él siguió comportándose muy educadamente. Para una chica que solía hablar de forma imprudente y cuyo mal genio era legendario en St Mary, constituía un triunfo.

—¿Que quién es ella? Una estudiante del University College. Estudia primero de Letras junto con unas seiscientas chicas más.

Su sonrisa le había dicho a Simon Westward que era la única información que obtendría de ella.

El estudiante de Veterinaria era un chico agradable llamado Kevin Hickey. Fue muy cortés y le agradeció a la señora Hegarty que hubiera cogido su jersey verde para coserle una cinta en el cuello por si quería colgarlo. Él siempre había creído que los jerséis se doblaban o se colgaban con una percha, pero había sido muy amable por su parte. Probablemente se lo pusiera esa misma noche; le gustaba mucho el color. Al recogerlo le pareció percibir un ligero aroma a perfume, pero debía haberlo imaginado. O tal vez fuera el perfume de la señora Hegarty. La madre de Kevin Hickey había muerto. Era agradable vivir en una casa en la que había una mujer bondadosa que le cuidaba. Le había pedido a su padre que le mandara un pavo por Navidad. Llegaría en el tren, envuelto en paja y bien atado con bramante.

Olisqueó de nuevo el jersey verde. No cabía duda de que olía a algún producto cosmético. Si lo aireaba junto a la ventana, quizá desapareciera el olor.

Oyó cómo se abría la puerta del jardín y se apartó de la ventana. No quería que la señora Hegarty viera lo que hacía con el jersey. Pero no era la señora Hegarty de vuelta de la compra. Era un hombre de pelo oscuro al que nunca había visto antes.

El timbre no dejaba de sonar, así que Kevin corrió abajo para abrir la puerta. La señora Hegarty ha salido, dijo. El hombre quería esperarla. Parecía una persona respetable. Kevin no sabía bien qué hacer.

—No pasa nada. —El hombre le sonrió—. Soy un viejo amigo suyo.

—¿Y cuál es su nombre? —Curiosamente, también es Hegarty.

Mientras subía de nuevo las escaleras, Kevin se volvió y vio cómo el hombre que estaba sentado en el recibidor cogía la foto del hijo de la señora Hegarty, el que había muerto. Posiblemente fuera algún pariente.

Sheila se había fijado en que últimamente Jack salía corriendo inmediatamente después de las clases. Nada de remolonear y charlar, nada de pequeños chistes, simplemente salía disparado como una flecha. Le había preguntado una o dos veces por qué tenía tanta prisa.

—Parte del entrenamiento. —Le había dirigido aquella sonrisa de niño,

consciente de que todo le sería perdonado.

Sheila decidió que seguramente iría a ver a Rosemary Ryan, que estaba en primero de Letras.

Le preguntó a Carmel si sabía algo. Era fácil hablar con Carmel porque en realidad no participaba en el mismo juego, estaba tan ocupada con Sean que el resto del mundo no era más que un vago ruido de fondo para ella.

—¿Rosemary y Jack? No, no creo —dijo Carmel tras una larga reflexión—. No, no les he visto nunca juntos. He visto a Jack en la cafetería un par de mañanas, pero sólo estaba hablando con Benny Hogan.

—Ah, bueno, entonces no pasa nada —dijo Sheila con cierto alivio.

Benny y Patsy habían vuelto a ser amigas. Además de las medias, había sido necesaria una lata de polvos de talco *French Moss*. Para que terminara de calmarse, tuvo que decirle que tenía los nervios de punta porque le daba miedo asistir al baile. Una vez que había vuelto a estar de su lado, Patsy se convirtió, como de costumbre, en la principal defensora de la causa de Benny.

—¿De qué tenías miedo? ¿Acaso no eres una chica fuerte y bien alimentada?

Era una de las cosas que Benny temía que fueran excesivamente obvias. Pero era difícil explicárselo a la menuda Patsy, que se había criado sin lo suficiente para comer en un orfanato.

—¿Qué tal va tu noviazgo? —preguntó.

—No es un chico muy hablador —se quejó Patsy.

—¿Pero te dice cosas bonitas?

—Es muy difícil saber qué quieren decir los hombres —sentenció Patsy—. Una necesitaría un intérprete al lado diciendo esto significa tal y esto cual.

Benny asintió fervientemente. Cuando Jack Foley decía que la había echado de menos en una fiesta, ¿quería decir que había echado un vistazo a su alrededor y había pensado que habría sido estupendo que Benny hubiera estado presente? ¿Lo había pensado toda la noche o una sola vez? Y si la había echado tanto de menos, ¿por qué había ido? Durante la fiesta en casa de Jack, Aengus había querido saber si Benny era una de las chicas que no hacían más que llamar preguntando por Jack. Ella había decidido que jamás pertenecería a ese grupo. Tal y como iban las cosas, había funcionado muy bien. ¿O tal vez no? Patsy tenía razón. Era imposible saber lo que pensaban los hombres. Nan solía decir que nada, pero resultaba demasiado deprimente como para aceptarlo.

La señora Healy se había sentido defraudada al ver que Sean Walsh no acudía inmediatamente en su apoyo. Sabía que él detestaba a Fonsie y a Clodagh y el estilo de vida que representaban. Por otra parte, Sean no era cliente habitual en Healy's. Supuso que, seguramente, tendría algo que ver con sus deseos de no entrometerse, de avasallar, de no presentarse como si fuera el igual del señor Hogan cuando en realidad era sólo un empleado.

Resultaba agradable ver tal grado de respeto, pero en ocasiones Sean iba

demasiado lejos. Incluso limpiaba los bronce y vivía en un diminuto cuartito encima de la tienda. Parecía estar esperando su momento. Tal vez esperara demasiado.

—Debería usted invitar al joven Sean Walsh a tomar una copa alguna vez —le sugirió a Eddie Hogan. Antes de que hablase, el rostro honrado de Eddie le dijo lo que ya sabía.

—Lo he hecho una docena de veces, pero se niega a venir conmigo. No es bebedor. ¿No cree que fue una bendición el día que llegó a Knockglen?

A Emily Mahon le maravillaba el modo en que su hija guardaba la ropa en su habitación. Después de quitársela, cepillaba y limpiaba hasta la última prenda y luego la colgaba. Sus abrigos y chaquetas siempre parecían recién salidos del tinte.

Los zapatos tenían la puntera rellena de papel de periódico y estaban dispuestos en un pequeño zapatero junto a la ventana. Abrillantaba sus cinturones y bolsos hasta que quedaban resplandecientes. En el lavamanos de su habitación había muestras de jabón que Emily le había conseguido en el hotel. Incluso tenía un libro sobre cómo maquillarse. Nan Mahon no confiaba en las revistas semanales ni en los periódicos del domingo a la hora de buscar su estilo. Era una mujer metódica.

Emily sonrió con afecto al ver los libros de etiqueta que estudiaba Nan junto con los textos universitarios. Su hija le había dicho en una ocasión que era posible hablar con cualquiera si se conocían las reglas. Sólo era cuestión de aprenderlas.

El libro estaba abierto en una sección dedicada a las presentaciones.

«Los marqueses, los condes, los vizcondes, los barones y sus esposas serán presentados como lord o lady X. En el caso de los caballeros, simplemente se empleará el tratamiento de señor». Figúrate si Nan entrara en un mundo en que tales cosas pudieran serle útiles... No había más que ver el aspecto que había tenido el día del baile. La había admirado incluso aquel hombre que no formaba parte del grupo de estudiantes. Era muy posible que acabara elegantemente vestida y con un collar de perlas en los escalones de una gran casa, rodeada de perros y sirvientes encargados de hacer el trabajo por ella.

Ése había sido siempre el sueño de Emily Mahon para su hija. El único problema era saber el papel que le tocaría desempeñar a ella. Por lo que se refería al padre de Nan, era impensable que pudiera desempeñar papel alguno en un estilo de vida como aquél.

Estaba claro que si Nan conseguía alcanzarlo, dejaría de formar parte de Maple Gardens.

Rosemary Ryan iba demasiado maquillada para la hora que era. Benny percibió claramente la línea donde terminaba el maquillaje, en el costado de su mandíbula.

También era más inteligente de lo que la gente pensaba. Cuando estaba en grupo, siempre tonteaba y actuaba como una rubia estúpida, pero en las clases era penetrante como una navaja de afeitar.

—¿Qué piensas hacer cuando acabe todo esto? —le preguntó a Benny.

—Iré a la cafetería. —Benny iba a reunirse con Jack. Esperaba que Rosemary no

se apuntara—. He quedado con un montón de gente —dijo apresuradamente para desanimarla.

—No, me refería a esto. —Rosemary hizo un gesto vago abarcando toda la universidad.

—Creo que obtendré un diploma de posgrado y me haré bibliotecaria —contestó Benny—. ¿Qué piensas hacer tú?

—Creo que seré azafata —respondió Rosemary.

—Para eso no hace falta ningún título.

—No, pero ayuda. —Rosemary lo tenía todo estudiado—. Es un modo estupendo de cazar marido.

Benny no sabía si se refería a que obtener un título era un buen modo de llegar a ser azafata. No le apetecía preguntárselo. Era una extraña coincidencia que Rosemary dijera eso, ya que el día anterior Carmel le había preguntado a Nan si no había pensado ingresar en Aer Lingus. Tenía el estilo y la presencia necesarios, y conocería a muchos hombres.

—Serían sólo hombres de negocios —había respondido Nan, como si fuera explicación suficiente.

Los ojos de Carmel se habían estrechado. Su Sean estaba estudiando Empresariales y tenía la vista puesta en convertirse en un hombre de negocios.

—Carmel me ha dicho que Nan no opina que sea un buen trabajo. —Rosemary intentaba sonsacarla—. ¿Crees que Nan está saliendo con Jack Foley?

—¿Qué te hace pensarlo?

—No se le ve mucho. Me preguntaba si andaría con alguna misteriosa mujer.

—Yo le veo de vez en cuando —dijo Benny.

—Entonces no hay problema. —Rosemary sonrió satisfecha—. Sigue vivo. ¡Qué alivio! Nadie nos lo ha arrebatado delante de nuestras narices.

Kit Hegarty abrió la puerta de su casa y se encontró a su marido sentado en la cocina.

Depositó la compra en el suelo y apoyó la mano en una silla de cocina para no caerse.

—¿Quién te ha dejado entrar? —preguntó.

—Un muchacho con pecas y acento de Kerry. No le regañes. Me sometió a un interrogatorio y me pidió que me sentara en el recibidor.

—Cosa que no hiciste.

—Tenía frío.

—¿Le dijiste quién eras?

—Sólo que mi nombre es Hegarty. Siéntate, Kit. Te prepararé una taza de té.

—Ni se te ocurra prepararme nada en mi propia cocina —dijo ella.

Pero se sentó y se quedó mirándole por encima de la mesa. Era quince años más viejo que el día que había salido de sus vidas a bordo del buque correo.

¿Durante cuánto tiempo había llorado hasta quedarse dormida mientras esperaba

su regreso? ¿Cuántas veces había imaginado la escena en la que él volvía y ella le perdonaba? Pero en esa versión, Francis era joven y corría hacia ellos dos con los brazos abiertos, diciendo que por fin tenía un padre y un verdadero hogar de nuevo.

Seguía siendo guapo. Sólo tenía unas pocas canas, pero su aspecto era más desastrado que el que ella recordaba, como si no le hubiera ido demasiado bien. Sus zapatos, que no estaban particularmente limpios, pedían a gritos un zapatero. Los puños de su camisa no estaban exactamente deshilachados, pero sí algo raídos.

—¿Te has enterado de lo de Francis? —le preguntó.

—Sí.

El silencio entre ellos pareció durar mucho tiempo.

—He venido a decirte cuánto lo he sentido —dijo él.

—No lo suficiente como para venir a verle alguna vez, como para implicarte en su vida cuando aún estaba vivo.

Le miró sin odio, aquel hombre les había abandonado. Le habían dicho que se había marchado con una camarera. En su momento, aquello había hecho que fuera aún más doloroso, más humillante. Resultaba algo tan vulgar. Ahora se preguntaba por qué le había parecido ni siquiera remotamente importante el trabajo de aquella mujer.

Pensó en todos los interrogatorios que había tenido que soportar, y contestar, mientras su hijo crecía preguntándole dónde estaba su padre y por qué no tenía algo que tenían todos sus compañeros del colegio de los Hermanos Cristianos.

Recordó el día en que Francis había acabado los exámenes finales del colegio y había corrido hasta casa con las notas. Aquel día, hacía sólo unos pocos meses, había sentido el impulso de buscar a su marido desaparecido para decirle que el hijo que habían creado juntos iba a ir a la universidad.

Durante las largas noches que había pasado sin poder conciliar el sueño mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza, recordaba con alivio que no había alentado al tenorio de su marido comunicándole que tenía un hijo universitario.

Pensaba en todo aquello mientras le miraba, allí sentado en su cocina.

—Te prepararé un té —dijo.

—Como quieras.

—¿Te ha echado de casa? —preguntó Kit. Lo preguntaba porque no tenía aspecto de ser un hombre cuidado por una mujer, ni siquiera por una mujer que había tenido el descaro de conquistarle aunque debía saber que estaba casado y tenía un hijo en Irlanda.

—Eso acabó hace mucho tiempo.

Había acabado pero él no había vuelto. Una vez se hubo marchado, había salido definitivamente de sus vidas. De algún modo, aquello resultaba más triste aún. Durante años le había imaginado llevando algún tipo de vida doméstica con aquella mujer. Pero, de hecho, quizá hubiera estado viviendo solo en pensiones y cuchitriles de mala muerte.

Aquello era aún peor que abandonarla por un gran amor, por irresponsable que éste fuera. Le miró con profunda tristeza.

—Me preguntaba... —dijo él.

Ella se quedó mirándole, con la tetera en una mano y la pava en la otra.

Iba a preguntarle si podía volver a casa.

Nan quería saber si Eve había ido a ver a Heather durante el fin de semana. Era frecuente que preguntara por Heather, aunque rara vez preguntaba por Kit y la casa en la que vivía Eve, o por el convento y la madre Francis.

Le contestó que habían ido a Wicklow, que el tiempo había sido húmedo y brumoso y que habían estado en un hotel donde el té y los sándwiches costaban el doble de lo que valía algo bueno de verdad, como el helado con salsa de caramelo.

—Para ir a un sitio así necesitaríais un coche —dijo Nan.

—Sí. —Eve la miró.

—¿Os llevó Aidan?

—Por Dios, no dejaría que Aidan se le acercase. Ya es bastante terrible para la gente de nuestra edad. A la niña le habría producido pesadillas.

Nan dejó a un lado a Aidan Lynch.

—¿Quién os llevó entonces?

Eve sabía que era ridículo no decírselo. Acabaría por enterarse. Se sentía como si tuviese ocho años y estuviera guardando secretos de colegio. En cualquier caso, era sacar las cosas de quicio.

—Nos llevó su hermano Simon —dijo.

—¿El que vimos en la tienda de mi madre el día del baile? ¿El que no me presentaste?

—El mismo.

Nan se echó a reír.

—Eres maravillosa, Eve —dijo—. Me alegro de ser tu amiga. Serías una enemiga terrible.

La mayoría de las casitas que había en el camino que subía hasta la cantera por detrás del convento estaban bastante destrozadas. Nunca había sido un lugar en el que a la gente le gustara vivir. Todo había sido diferente cuando la cantera estaba en explotación. En aquellos días había mucha gente deseosa de instalarse cerca, pero ahora se veían pocas ventanas iluminadas. Mossy Rooney vivía allí en una casita con su madre. Corrían rumores de que había sido visto acarreando materiales de construcción, con las consiguientes especulaciones de que iba a construir una habitación más en la parte de atrás de su vivienda. ¿Significaría aquello que tenía intenciones de casarse?

Sin embargo, Mossy no era un hombre que hiciera las cosas apresuradamente. La gente decía que Patsy no debía hacerse ilusiones demasiado pronto.

En ocasiones, Sean Walsh iba a pasear por allí los domingos. La madre Francis le saludaba con una inclinación de cabeza y él siempre devolvía el saludo con gran

formalidad.

Si se había preguntado alguna vez qué hacía aquella monja abriéndose camino entre las hojas verde oscuro de las fucsias silvestres y remangándose para limpiar, jamás mostró signo alguno de curiosidad. Tampoco ella se había parado a pensar por qué paseaba él por allí. Era un hombre solitario, y su conversación no resultaba especialmente atractiva. Sabía que a Eve nunca le había gustado, pero tal vez se tratara de una actitud infantil de lealtad hacia Benny Hogan, que sentía algún tipo de antipatía hacia el ayudante de su padre.

Le sorprendió que se dirigiera a ella. Tras un largo preámbulo de excusas, le preguntó si sabía quiénes eran los propietarios de las casas y si acaso pertenecían al convento. La madre Francis le explicó que habían formado parte de la propiedad de Westlands y que de un modo u otro habían ido a parar a las manos de empleados de la cantera y diversos trabajadores. La religiosa inclinó la cabeza a un lado con un gesto interrogativo y preguntó por la razón de su interés.

Con la misma cortesía, Sean le respondió que era mera curiosidad, pero que, dado como eran las cosas en los pueblos pequeños, quizá fuera una buena idea que su pregunta quedara entre ellos.

La madre Francis suspiró. Supuso que aquel pobre tipo, que tenía pocas esperanzas de prosperar en la sastrería de Hogan, tal vez esperara el día en que estuviera en condiciones de comprarse una casa y crear una familia. La monja también pensó que él era lo suficientemente realista como para empezar a buscar en aquella carretera salvaje y abrupta, donde nadie iría a vivir por gusto.

Benny detestaba ir al Coffee Inn porque tenía unas mesas muy pequeñas. Siempre le daba miedo tirar al suelo el espumoso café de alguien con el vuelo de la falda o el bolso.

La cara de Jack se iluminó cuando la vio. Había conseguido guardarle un asiento con ciertas dificultades.

—Esos pueblerinos cabezotas querían llevarse tu taburete —le dijo en voz baja.

—Deja de meterte con la gente del campo —replicó Benny. Levantó la vista y vio sobresaltada que los tres chicos que habían perdido la batalla por obtener su taburete eran los estudiantes que vivían en casa de Kit Hegarty, donde trabajaba Eve. Uno de ellos, un chico grande y con pecas, llevaba puesto su precioso jersey verde esmeralda.

Aidan Lynch le pidió a Eve que fuera a su casa a conocer a sus padres.

—Ya les conozco —respondió Eve groseramente, tendiéndole otro plato de la cena para que lo secara.

—Bueno, puedes conocerles de nuevo.

Eve no quería hacer tal cosa. No quería ir demasiado deprisa. Era como decir cosas que aún no era el momento de decir. Como que era novia de Aidan, cosa que no era cierta.

—¿Cómo va a progresar esta relación? —preguntó Aidan al techo—. Se niega a conocer a mi familia. No me permite acercarme a su cuarto. Se niega a salir conmigo

a menos que venga primero a Dunlaoghaire y me encargue de fregar los platos. — Parecía sentir una gran lástima por sí mismo.

Eve tenía la cabeza en otras cosas. Aidan era capaz de permanecer entretenido durante horas cuando estaba en una de sus venas retóricas. Le dirigió una sonrisa ausente.

Kit no estaba. Era la primera vez que ocurría desde que Eve estaba en la casa. Ni siquiera había dejado un mensaje.

Kevin, el pecoso y simpático estudiante de Veterinaria cuyo jersey había llevado Benny para su cita, le había dicho que la señora Hegarty había salido con un hombre.

—Todas las mujeres salen con hombres —le había interrumpido Aidan—. Es una ley de la naturaleza. Los canarios hembra salen con canarios macho. Las ovejas salen con carneros. La chicas tortuga salen con chicos tortuga. Sólo Eve parece tener reservas.

Ella no le había hecho el menor caso. Estaba pensando también en Benny, que llevaba casi una semana reuniéndose con Jack Foley, bien en la cafetería de la universidad o en el Coffee Inn o en algún bar. Benny decía que era muy fácil hablar con él. Aún no había metido la pata. A Benny se le iluminaba el gesto cuando hablaba de Jack.

—Eve, por la que desafortunadamente bebo los vientos, ni siquiera piensa quedarse en Dublín para asistir a las celebraciones navideñas. Va a dejarme abandonado para que otras mujeres se aprovechen de mí y hagan cosas pecaminosas con mi cuerpo.

—Tengo que ir a Knockglen, idiota —dijo ella.

—Un lugar donde no habrá ninguna fiesta, donde la gente saldrá a ver crecer la hierba y caer la lluvia, y las vacas recorrerán la calle principal balanceando sus repugnantes y costrosas colas.

—Estás equivocado —replicó Eve con vehemencia—. Vamos a pasarlo estupendamente en Knockglen. Iremos a Mario's todas las tardes y, por supuesto, se celebrarán fiestas.

—Nómbreme alguna.

—Bueno, para empezar, yo misma pienso celebrar una —dijo Eve picada.

Después se quedó inmóvil con un plato en las manos. Dios, pensó, ahora tendré que celebrarla.

Nan telefoneó al *Irish Times* y pidió que la pusieran con la sección de Deportes. Cuando consiguió comunicar preguntó qué carreras iban a celebrarse antes de las Navidades.

No había muchas. La temporada perdía fuerza hasta pasadas las fiestas. Por supuesto, todos los sábados se celebraban carreras en lugares como Navan o Punchestown, pero eran eventos de poca importancia. Pero el día de St Stephen todo empezaría de nuevo. Después de Navidad habría carreras en Leopardstown y en Limerick. Podría elegir cualquiera de ellas. Nan preguntó qué solía hacer la gente que

iba a las carreras cuando la temporada perdía impulso. En los periódicos están acostumbrados a las preguntas extrañas. Tras reflexionar brevemente sobre el tema, le contestaron que dependía de la clase de gente. Algunos se dedicaban a ahorrar y otros iban de caza.

Nan les dio las gracias con su voz agradable y sin afectación, que jamás había intentado imitar el acento de la clase a la que pretendía incorporarse. Una profesora de declamación del colegio les había dicho en una ocasión que no había nada más patético que escuchar a personas que tenían un marcado acento irlandés intentando imitar el modo de hablar de las clases altas. Nada definía tanto a un arribista social como utilizar ese acento.

El señor y la señora Hegarty estaban sentados en un café de Dunlaoghaire. Alrededor la gente hacía cosas normales, como tomar café antes de ir a clase de mecanografía o esperar a que empezara el cine.

Eran personas con vidas corrientes, sin nada más importante que discutir que el gasto que suponía usar estufas eléctricas o si comprarían dos pollos en lugar de un pavo para la comida de Navidad.

Joseph Hegarty jugueteaba con su cucharilla. Ella se había dado cuenta de que había dejado de tomar azúcar con el café. Tal vez aquella mujer le hubiera quitado la costumbre. Quizá sus viajes le hubieran llevado a lugares en los que no había azucareros en las mesas. Él le contó que había abandonado una compañía de seguros para entrar en otra. De ahí había pasado a trabajar con un corredor. Más tarde había tenido su propia cartera de clientes, y finalmente había acabado como empleado de otro agente. Lo de los seguros ya no era como antes, le había dicho.

Ella le dirigió una mirada que no era ni dura ni fría. Le veía objetivamente, como el hombre amable y de voz suave que siempre había sido. En los primeros meses de agonía tras su partida, era lo que ella más había echado de menos.

—Aquí no conoces ya a nadie —le había dicho ella con voz vacilante.

—Ya me encargaría yo de conocer a todo el mundo de nuevo.

—Te resultaría más difícil encontrar trabajo como agente de seguros aquí que allí. Las cosas van muy mal en Irlanda.

—No había pensado volver a trabajar en eso. Había pensado que tal vez podría ayudarte con el negocio.

Ella se quedó pensándolo, inmóvil y con los ojos bajos para no tener que ver la esperanza reflejada en los de él. Le imaginó presidiendo la mesa, haciendo que el lugar pareciera regentado por una familia. Casi podía verle animando a los estudiantes a servirse una segunda ración, haciendo reír a muchachos como Kevin Hickey, interesándose por sus estudios y su vida social.

¿Por qué no había hecho lo mismo por su propio hijo? Francis Hegarty podría estar aún vivo si hubiera tenido un padre firme que no hubiese estado dispuesto a aceptar tonterías sobre una motocicleta.

—No, Joseph —dijo sin levantar la vista—. No funcionaría.

Él permaneció sentado sin decir palabra. Pensó en su hijo, el hijo que tantas veces le había escrito a lo largo de todos aquellos años. El chico que había ido a visitarle durante el verano, durante un fin de semana que tenía libre en la fábrica de enlatado de guisantes. Frank, el muchacho que se había bebido tres pintas con su padre y le había contado todo acerca de la casa de Dunlaoghaire, añadiendo que era posible que el corazón de ella empezara a ablandarse. Pero jamás le había hablado a su madre ni de las visitas ni de las cartas. Joseph Hegarty no traicionaría a su hijo muerto. Frank debía haber tenido sus motivos, y su padre no le traicionaría ni alteraría el recuerdo que su madre tenía de él.

—Está bien, Kit —dijo—. Solamente era una pregunta. La decisión es tuya.

Los Westward figuraban en la guía. Contestó al teléfono una mujer de edad.

—Se trata de una llamada personal para el señor Simon Westward de sir Victor Cavendish. —Nan hablaba con la voz impersonal de una secretaria. Había sacado el nombre de la revista *Social and Personal*.

—Lo siento, el señor Westward no está en casa.

—¿Dónde podría localizarle sir Victor, por favor?

La señora Walsh respondió inmediatamente a la voz de tono decidido que esperaba una respuesta.

—Va a comer en el Hibernian, según tengo entendido. Quizá sir Victor pueda telefonarle allí.

—Muchas gracias —dijo Nan, colgando el teléfono.

—Quiero hacerte tu regalo de Navidad hoy —le dijo Nan a Benny en el vestíbulo principal.

—Por Dios Nan, yo no te he traído nada. —Benny parecía abrumada.

—Tranquila, el mío es una invitación. Voy a llevarte a comer.

No parecía dispuesta a aceptar negativas. Afirmó que todo el mundo merecía comer en el Hibernian al menos una vez en su vida. Nan y Benny no iban a ser la excepción. Benny se preguntó por qué Eve no había sido incluida.

Se encontraron con Bill Dunne y Johnny O'Brien mientras cruzaban el parque de St Stephen.

Los chicos sugirieron tomar una copa para celebrar la Navidad. Cuando su oferta fue rechazada, las invitaron a unas croquetas de pollo con patatas fritas en Bewley's seguidas de pegajosos bollos de almendra. Riéndose, Benny les dijo que iban a ir al Hibernian.

—Entonces debéis tener unos amigos muy ricos —dijo Bill Dunne enfadado intentando ocultar su desilusión.

Benny hubiera querido decirles que era una invitación de Nan, pero no lo hizo. Tal vez Nan no quisiera admitir que iban a ir las dos solas. Miró esperanzada a su amiga en busca de alguna señal, pero el rostro de Nan no le dio la menor pista. Era tan hermosa, pensó Benny con una punzada de envidia. Debía ser asombroso despertarse por las mañanas y saber que una iba a estar igual de guapa todo el día, y

que cualquiera se quedaría prendado de su cara.

Benny lamentó que Bill Dunne pareciera tan desilusionado. En un día normal, habría sido muy agradable ir con él a Bewley's. Jack estaría en el club de rugby toda la tarde y, en muchos aspectos, le hubiera gustado pasar el rato con Bill y Johnny. Eran del grupo de Jack, formaban parte de su vida. Se sintió desleal para con Nan y su generoso regalo. Era maravillosa la idea de entrar en el Hibernian y hacer algo más que cruzar la cafetería hasta el tocador de señoras que había al fondo, que era lo más lejos que había llegado hasta entonces.

Eve no tenía clases por la tarde, pero no fue capaz de localizar ni a Benny ni a Nan. Aidan Lynch la había invitado a quedar con sus padres, a los que les gustaba hacer varias salidas en las semanas que precedían a las fiestas y combinar una hora de compras navideñas con cuatro horas de comida. Ella había rechazado su invitación, diciendo que aquel terreno le parecía un campo de minas.

—Cuando estemos casados no tendremos más remedio que verles, ¿sabes? Tendremos que invitarles a comer cordero asado con salsa de menta —había dicho él.

—Ya nos enfrentaremos a eso cuando llegue el momento, dentro de unos veinte años —le había respondido Eve con voz sombría.

Aidan Lynch era insumergible. Su energía era inagotable y estaba totalmente convencido de que ella le amaba, lo que por supuesto no era cierto. Eve no amaba a nadie, como había intentado explicarle. Sólo sentía un afecto muy fuerte por la madre Francis, por Benny y por Kit. Nadie había sabido explicarle nunca por qué el amor era tan importante. Sólo tenía que recordar lo que le había hecho a su padre y su madre. No había más que ver lo aburridos que resultaban Sean y Carmel. Por no hablar del modo en que había destrozado la vida de Kit Hegarty.

Cuando pensó en Kit decidió que era allí donde debía encaminarse, a su casa en Dunlaoghaire. Kit llevaba un par de días muy rara. Eve esperaba que no estuviera enferma, y que el hombre que había regresado no fuese quien Eve temía que fuera.

Tomó el tren a Dunlaoghaire. Cuando entró en la casa, Kit estaba sentada en la cocina con la cara hundida entre las manos. Nadie había tocado nada desde que Eve había salido por la mañana. Colgó el abrigo.

—La hermana Imelda tiene una buena teoría. Cree que no hay problema en la faz de la tierra al que no se enfrente una más fácilmente después de un plato de pastelillos de patata. Y debo decir que estoy de acuerdo con ella.

Mientras hablaba sacó el puré de patatas frío, abrió una bolsa de harina y dejó caer un pedazo de mantequilla en la sartén.

Kit seguía sin levantar la mirada.

—No es que lo resuelva todo, claro. Por ejemplo, recuerdo cuando nadie quería decirme por qué mi madre y mi padre estaban enterrados en lugares diferentes. Aquel día la madre Francis y yo comimos pasteles de patata. En realidad, hacerlo no me aclaró nada ni me hizo sentir mejor sobre el tema, pero resultó muy agradable comérselos.

Kit levantó la cabeza. El tono casual de Eve y el ritual de la cocina habían aplacado sus sentimientos. Eve no dejó de trabajar mientras Kit Hegarty le contaba la historia del esposo que la había abandonado, había regresado y había sido despedido de nuevo.

Nan vio a Simon Westward en el mismo instante en que Benny y ella eran conducidas al comedor. El camarero había tenido la intención de sentar a aquellas dos jóvenes estudiantes en una esquina retirada, pero Nan le había dicho que preferían una mesa más central. Hablaba como si fuera una cliente habitual. No había razón alguna para no darle una mesa mejor.

Estudiaron el menú y Nan hizo preguntas acerca de los platos que desconocía.

—Tomemos algo que nunca hayamos probado —sugirió. Benny había estado pensado pedir cordero porque parecía una opción segura, pero era Nan quien invitaba.

—¿Por ejemplo? —preguntó con reservas.

—Sesos —respondió Nan—. Nunca los he comido.

—¿No será un desperdicio? ¿Y si resultan asquerosos?

—No pueden resultar asquerosos en un lugar como éste. ¿Por qué no pides mollejas? También puedes tomar pintada o becada.

—¿Becada? ¿Qué es?

—Viene con la caza. Debe de ser un ave.

—Nunca he oído hablar de ella. Tiene que ser la persona que consigue una beca.

—No es eso, idiota —dijo Nan riéndose.

En ese momento, Simon Westward levantó la vista. Nan le vio por el rabillo del ojo. Estaba sentado a la mesa con una pareja formada por un hombre mayor con un traje de *tweed* y una mujer más joven de aspecto caballuno.

Nan sabía que la había descubierto. Se arrellanó en su asiento. Sólo quedaba esperar.

Benny se debatía entre los platos del menú que no conocía.

—Podría pedir *scampi*. Nunca lo he comido.

—Pero sabes que es una gamba grande rebozada.

—Sí, pero nunca lo he probado, así que sería una novedad para mí.

Al menos se había librado de las mollejas y los sesos; y de otras cosas con extraños nombres.

—Come usted en los mejores sitios, señorita Hogan. —Simon Westward estaba en pie junto a ella.

—Rara vez voy a sitios elegantes, pero siempre que lo hago le encuentro a usted allí. —Le dirigió una cálida sonrisa.

Ni siquiera tuvo que mirar hacia el otro extremo de la mesa para que Benny le presentara sencilla y correctamente.

Aunque nunca los había leído, Benny no había violado ninguna norma de los libros de etiqueta de Nan.

—Nan, Simon Westward. Simon, mi amiga Nan Mahon.

—Hola, Nan —dijo Simon, tendiéndole la mano.

—Hola, Simon —replicó Nan con una sonrisa.

—Me han dicho que has salido con un noviete. —Jack la acusó entre risas al día siguiente.

—No es eso en absoluto. Nan me invitó a comer en el Hibernian como regalo de Navidad.

—¿Por qué haría semejante cosa?

—Ya te lo he dicho. Era su regalo de Navidad. Jack agitó la cabeza. Aquello no encajaba.

Benny se mordió el labio. Ahora deseaba no haber ido. Incluso durante la comida, había deseado no haber aceptado. Había pedido patatas con el *scampi*, sin saber que se tomaba con arroz, y había visto la expresión de sorpresa en la cara del camarero. Había probado un poco de todo en la tabla de quesos, en vez de escoger tan sólo un par de ellos, que era lo que se hacía. Había pedido un capuchino muy espumoso y le habían dicho con toda seriedad que el café no se servía en el comedor.

También había habido algo entre Simon y Nan que le había hecho sentirse incómoda. Era como si se trajesen entre manos algún juego que sólo ellos dos comprendían. Todos los demás quedaban fuera de él.

Y ahora Jack sugería que Nan debía haber tenido motivos ocultos para invitarla a comer.

—¿Qué te ocurre? —Él había visto su expresión de preocupación.

—Nada. —Le mostró una gran sonrisa.

Había en ella algo muy vulnerable. Jack podía imaginar cómo debía haber sido a los tres o cuatro años, intentando fingir que todo iba bien incluso cuando no era así.

Le echó el brazo por el hombro mientras atravesaban el semáforo entre St Stephen y Grafton Street.

Todas las tiendas exhibían ya la decoración navideña y había luces colgadas en las calles. Un grupo de gente, que cantaba villancicos estremeciéndose por el frío, empezó a entonar *Away in a Manger*. Las huchas para las colectas tintineaban. El rostro de ella parecía muy inocente y él sintió la necesidad de protegerla de todo tipo de cosas. De Bill Dunne, que decía que una chica con aquel enorme pecho sería un ligue estupendo. De los borrachos, que deambulaban con una botella en la mano, los ojos enloquecidos y el pelo revuelto. Quería mantenerla en la acera para que el bullicioso tráfico navideño no pudiera rozarla. Alejarla de los niños con caras sucias, que sabrían arrancarle hasta el último penique a una persona tan bondadosa como Benny Hogan. No quería que volviera a Knockglen en autobús aquella tarde para pasar casi tres semanas de vacaciones lejos de él.

—¿Benny? —dijo.

Ella se volvió para mirarle y averiguar qué quería. Él le cogió la cara entre sus manos y la besó muy suavemente en los labios. Luego se apartó para ver la sorpresa

que reflejaban sus ojos.

Después, la abrazó en medio de la calle más bulliciosa de Dublín y la estrechó contra su cuerpo. Sintió cómo los brazos de ella le rodeaban y se aferraron el uno al otro como si fuera lo más natural del mundo.

Capítulo 13

Fonsie tenía una chaqueta de terciopelo negro nueva para las Navidades. Clodagh le había hecho un juego de botones en color lila y un enorme pañuelo plisado para el bolsillo del pecho.

En la iglesia sorprendió a la mayor parte de Knockglen al acercarse con toda deliberación así vestido para recibir la comunión.

—Ha añadido la blasfemia a todos sus demás delitos —siseó la señora Healy a los Hogan, que estaban sentados junto a ella.

—Debe de estar en estado de gracia, sino no comulgaría —respondió Annabel. En su opinión, la señora Healy estaba sacando de quicio su *vendetta*. Envidiaba a Peggy y a Mario por tener a gente tan joven y decidida en sus respectivos negocios. Los dos establecimientos prosperaban cada vez más. Si Benny y Sean hubieran encajado, quizá habría desaparecido el aire de fracaso que tenía la tienda de los Hogan. Miró a Eddie, que estaba a su lado. Se preguntó qué estaría pidiendo en sus oraciones. Cuando iban a la iglesia, él siempre parecía genuinamente devoto, como si hablara con Dios, al contrario que Annabel. La misa parecía concentrar sus ansiedades sobre la vida cotidiana en lugar de acercarla al Señor.

Benny no estaba rezando. Eso era seguro. Nadie que estuviera rezando tendría una mirada tan extraña y perdida.

Annabel Hogan estaba razonablemente segura de que su hija se había enamorado.

Clodagh Pine miró a su amigo Fonsie con satisfacción. Estaba realmente elegante; era elegante. Cuando había sido exiliada a Knockglen en un estúpido intento de bajarle los humos, nunca había pensado que pudiera encontrarse con alguien ni remotamente parecido a Fonsie. Y su tía también se había portado muy bien con ella; mucho mejor de lo que se había atrevido a esperar Clodagh. Al tiempo que se resistía a cada nueva propuesta, se había mostrado generosa en sus alabanzas ante las innovaciones que ella había introducido. Una vez que había aceptado una idea, no había nada que detuviese a Peggy Pine. Así, había dado la bienvenida a novedades como las elegantes prendas de punto tejidas a mano, que empezaban a atraer incluso a la gente de Dublín, o las etiquetas de diseñador con la palabra Pine bordada en ellas.

Todo aquello había aumentado enormemente los beneficios de la tienda y el establecimiento presentaba un aspecto distinguido y animado. Había constituido un éxito para las dos.

Clodagh había decidido no escandalizar a los habitantes de Knockglen en Navidad, así que para la misa se puso un abrigo corto de espiguilla con un cinturón de cuero negro. Llevaba botas negras altas y una boina de cuero negro ladeada sobre la cabeza. Le habrían ido muy bien unos pendientes grandes y brillantes con el

conjunto, pero Clodagh decidió mostrarse prudente con ocasión de la celebración religiosa. No se enteró de que su tía, arrodillada y con la cabeza entre las manos, preguntaba a la Virgen por qué una chica tan estupenda y tan colaboradora como Clodagh tenía que vestirse como una prostituta.

Sean Walsh se mantenía muy tieso de rodillas. Tenía el aspecto de alguien que espera que le golpeen en cualquier momento. Tenía la mirada fijamente clavada en el altar para que nadie pudiera pensar que estaba distraído.

Sean había sido invitado a la comida de Navidad en casa de los Hogan. Otros años se había ido a su casa con su gente, había vuelto a un mundo del que no hablaba en absoluto, a un pueblo que nadie conocía porque Sean Walsh jamás había mencionado su nombre. Aquel año había convencido al señor Hogan de que mantuviera abierta la tienda hasta tarde la víspera de Navidad y de que no cerrara a mediodía como habían hecho en años anteriores.

A la mayor parte de la gente le quedaban aún cosas por comprar la víspera de Navidad, razonaba Sean. Y si la sastrería Hogan no estaba abierta siempre podían comprar pañuelos de caballero en la tienda de Peggy Pine, o cajas de puros en la de Birdie Mac o jabones de olor masculino en la de Kennedy. Todos esos establecimientos permanecerían abiertos para sacar el mayor partido posible a la ocasión. Knockglen estaba cambiando muy deprisa.

—No puedes hacer eso —le había rogado el señor Hogan—. Perderás el autobús para ir a tu casa.

—No va a haber grandes celebraciones allí, señor Hogan —había respondido Sean, como excusándose, sabiendo que ahora se verían obligados a invitarle.

Sean estaba impaciente por sentarse a la mesa con los Hogan como si fuera una persona de categoría. Había comprado un centro de flores secas para la señora Hogan. Había pensado en algo que pudiera tener sobre la mesa durante todo el año, le diría. Y unos polvos de talco llamados Tale de Coty para Benny. Le habían costado cuatro chelines y once peniques. Había pensado que le agradarían sin abrumarla por su precio.

Ella se había mostrado amable con él aquella mañana. Le había sonreído afablemente mientras decía que se alegraba de que fuera a comer con ellos y que le verían a eso de la una en Lisbeg.

Le había agradado saber a qué hora le esperaban. Se había estado preguntando si debía acompañarles de vuelta tras la misa. Había estado bien que Benny le hubiera indicado la hora.

Benny había comprendido que, dado que la presencia de Sean era inevitable, lo mejor sería comportarse educadamente con él. Patsy le dijo que a sus padres les había preocupado la posibilidad de que protestara.

—No es más que una comida. No es para toda la vida —había respondido Benny filosóficamente.

—Bien contentos que se pondrían si fuera para toda la vida.

—No, Patsy, no puedes hablar en serio, ya no. Estoy convencida de que ya no, aunque puede que hace tiempo tuvieras razón.

—No sé qué decirte. No hay reglas sobre lo que la gente piensa y espera.

Patsy estaba equivocada. Benny sabía que sus padres no podían tener la menor esperanza de que ella tomara en serio a Sean Walsh. El negocio iba mal y andaban cortos de dinero. Lo sabía. También sabía que no podrían haberse embarcado en la costosa empresa de darle una educación universitaria a menos que tuvieran esperanzas de ofrecerle una vida mejor. Si hubiesen pensado que estaba dispuesta a casarse con Sean Walsh para que él se hiciera cargo de la sastrería Hogan, habrían intentado obligarla a hacer un curso de secretariado y contabilidad y la habrían metido a trabajar en la tienda. Jamás le hubieran permitido acercarse a un mundo que contenía tantas cosas, el mundo en el que había encontrado a Jack Foley.

La misa en el convento era siempre una delicia. Al padre Ross le encantaban las voces claras y puras de las monjas jóvenes del coro. Nunca había toses, ni ruidos de impaciencia cuando decía misa en la capilla de St Mary. Las monjas cantaban las respuestas y tocaban las campanillas en el momento preciso. No tenía que enfrentarse a monaguillos medio dormidos o recalcitrantes. Y, por supuesto, no había nada semejante al asombroso e irrespetuoso pase de modelos que se había producido en la iglesia de la parroquia de Knockglen aquella misma mañana. Con excepción de la joven Eve Malone, que había crecido allí, todo el mundo pertenecía a la vida religiosa. Sus ojos descansaron en la menuda joven cuando se volvió para ofrecer la bendición final. *Ite missa est.*

Vio cómo inclinaba la cabeza con la misma reverencia que cualquiera de las hermanas mientras contestaba. *Deo gratias.*

Le preocupaba que pensase vivir en la casa en la que había muerto su madre, que había perdido la cabeza en el momento del alumbramiento, y donde su pobre padre había perdido la vida. Él opinaba que era demasiado joven para tener una casa propia, con todos los peligros que eso implicaba, pero la madre Francis, que era una mujer admirablemente sensata, estaba a favor de que lo hiciera.

—Está a un paso del jardín, padre —le había tranquilizado—. En cierto modo forma parte del convento. Es como si no se hubiera ido de aquí.

Esperaba con impaciencia el momento de ir a desayunar al refectorio. Las lonchas de beicon bien fritas, acompañadas de triángulos de pastel de patata de la hermana Imelda, eran capaces de hacerle a uno olvidar cualquier cosa obligándole a seguir su aroma donde quiera que le llevara.

La señora Walsh regresaba a Westlands desde Knockglen en su bicicleta. El señorito Simon y la señorita Heather acudirían a la iglesia a las once y media. El anciano caballero no había asistido a ninguna ceremonia desde hacía ya mucho tiempo. Era triste verle tan debilitado en su silla, pero a pesar de todo a veces recordaba las cosas con toda claridad. Normalmente, se trataba de incidentes que habría sido mejor olvidar: acontecimientos tristes, accidentes, desastres. Nunca

momentos felices, nada de bodas, bautizos u otras celebraciones.

La señora Walsh jamás hablaba de su vida en la casa grande, aunque podría haber conseguido abundante público para escuchar historias como la de la niña que hablaba con *Clara* sobre sus cachorros, con *Woffles* acerca de su lechuga, o con el pony, al que decía que de mayor iba a ser fabricante de arneses e inventaría algo más suave que el bocado que llevaba en su delicada boca.

La señora Walsh había advertido a Bee Moore que tampoco quería oír historias propaladas por ella. A la gente le faltaría tiempo para criticar a una familia que era distinta a las del pueblo. Y los Westward pertenecían a una religión diferente, a una clase diferente y también a una nacionalidad diferente. Para dejarle las cosas bien claras a Bee Moore, la señora Walsh afirmaba muy a menudo que los angloirlandeses podían considerarse irlandeses, pero que por supuesto, no lo eran en absoluto. Eran tan ingleses como la gente que vivía al otro lado del mar. El único problema era que no se daban cuenta.

Ahora el señorito Simon le había echado el ojo a una señorita inglesa, de Hampshire. Iba a invitarla a visitarle, pero no la instalaría en Westlands. Iba a alojarla en el Hotel Healy, que era su modo de decir que no estaba aún lo suficientemente seguro como para llevarla a su propia casa.

Mientras regresaba en su bicicleta para preparar el desayuno, la señora Walsh pensaba que el señorito Simon estaba a punto de cometer un error. El Hotel Healy era un lugar astroso y con habitaciones pequeñas. No era un sitio apropiado para una mujer rica procedente de Hampshire. La señorita no obtendría una impresión favorable del señor Westward, de Westlands ni de Knockglen en general. Regresaría a Hampshire con su fortuna.

Sin duda, el objeto de la invitación era incorporarla a la familia mediante el matrimonio, añadiéndole más sangre inglesa. Y, lo más importante, aportando la riqueza que tan desesperadamente necesitaba.

La madre Clare observó a Eve con un disgusto que casi no se molestó en ocultar.

—Me alegra comprobar que has logrado superar tus numerosos problemas, fueran los que fuesen —dijo. Eve le sonrió.

—Gracias, madre Clare. Siempre fue usted muy bondadosa conmigo. Lamento mucho no haber sido capaz de recompensar sus esfuerzos en su día.

—Yo diría que no lo has hecho en absoluto —dijo despectivamente la madre Clare.

—Supongo que hasta cierto punto sí lo hice al alejarme de su camino —dijo Eve con tono tranquilo e inocente—. No tuvo que seguir preocupándose por mí sólo por hacerle un favor a la madre Francis.

La monja la miró con gesto de sospecha, pero fue incapaz de detectar burla alguna ni doble sentido en sus palabras.

—Pareces haber conseguido todo lo que deseabas —dijo.

—No todo, madre. —Eve se preguntó si debía citar a San Agustín y decirle que

nuestros corazones estaban siempre inquietos hasta que descansaban en el Señor. Decidió no hacerlo. Sería sacar los pies del tiesto.

—Puede que todo no, pero desde luego sí muchas cosas —dijo—. ¿Le apetece conocer mi casa? Hay que trepar entre los brezos, pero el camino no está demasiado resbaladizo.

—Más tarde, criatura. Tal vez otro día.

—Sí, claro. Es que como no sé cuánto tiempo piensa quedarse... —De nuevo su voz era toda inocencia.

La noche anterior, como tantas vísperas de Navidad, se había sentado a hablar con la madre Francis. En esa ocasión, incluso le había contado algo acerca de Aidan Lynch y de la divertida y extraña relación que mantenían.

La madre Francis le había dicho que lo peor de la visita de la madre Clare era que no parecía tener fecha límite. No podía preguntarle a la otra monja cuándo pensaba marcharse, así que Eve le había prometido hacerlo en su lugar.

A la madre Clare no le gustaba que la interrogaran sobre sus planes en público.

—Oh... bueno... —tartamudeó.

—¿Qué día piensa marcharse, madre Clare? Quiero estar segura de que tendré tiempo de enseñársela. Usted me acogió en su hogar y lo menos que puedo hacer es enseñarle el mío.

Obligó a la madre Clare a dar una fecha. Por una asombrosa coincidencia, resultó que ese mismo día Peggy había pensado ir a Dublín y su partida quedó acordada.

La madre Francis dirigió una mirada de gratitud a Eve. Una mirada de gratitud y de amor.

Mossy le regaló a Patsy un reloj por Navidad. Eso únicamente podía significar una cosa: el próximo regalo sería un anillo.

—Eve dice que cree que está añadiendo una habitación a su casa —dijo Benny.

—En Mossy es difícil saberlo —dijo Patsy.

Decoraron la mesa con galletas y adornos de papel, como habían hecho todos los años hasta donde Benny recordaba.

Alrededor de la casa habían colgado linternas de papel y el árbol que había junto a la ventana lucía los mismos adornos desde hacía muchas Navidades. Aquel año Benny había comprado algunos nuevos en Dublín, en las tiendas de Henry Street y de Moore Street.

Sintió un nudo en la garganta cuando sus padres los habían examinado con gran placer, como si no fueran los objetos rojos y plateados más vulgares que imaginarse pudiera.

Les emocionaba cualquier cosa que hiciera por ellos, cuando en realidad era Benny la que debía darles las gracias. No era necesario ser Einstein para darse cuenta de que el negocio iba mal, que para sus padres era una lucha seguir adelante y darle lo que le daban. Y aun así no había forma de explicarles que preferiría un millón de veces hacer lo que estaba haciendo Eve, trabajar para pagarse los estudios ayudando

en alguna casa o cuidando niños.

Cualquier cosa, incluyendo limpiar retretes públicos de rodillas, a cambio de no tener que volver a Knockglen todas las noches, a cambio de vivir en la misma ciudad que Jack Foley.

—Pobre Sean, ¿no será un problema? —La madre de Benny habló en tono interrogativo.

—No podía dejarle trabajar todo el día de ayer y no invitarle a comer hoy, dado que ha perdido el autobús para ir a su casa. —El comentario del padre tenía también un tono de interrogación.

—¿Creéis que encontrará algún sitio donde vivir? Me refiero a alguna casa por aquí —preguntó Benny.

—Es gracioso que preguntes eso. Dicen que anda por el camino de la cantera mirando sitios. Quizá sea eso lo que tiene en mente.

—Le va a ser difícil ahorrar lo suficiente con lo que le pagamos en la tienda —se lamentó Eddie Hogan.

No necesitaba decir, porque todos lo sabían, que no se trataba de que Sean estuviera cobrando menos de lo debido. Los ingresos eran tan escasos que no había mucho para nadie.

Todo ocurrió a la vez. Sean Walsh llamó a la puerta delantera, que no se usaba jamás, porque había pensado que las cosas serían diferentes el día de Navidad.

Dessie Burns apareció borracho como una cuba en la puerta trasera diciendo que sólo buscaba un establo para dormir. Si a Nuestro Señor le había bastado, sería suficiente para Dessie Burns, y desde luego agradecería cualquier cosa para cenar. El doctor Johnson llegó hecho una furia para pedirle a Eddie Hogan el coche.

—Con la cantidad de días que tiene el año, ese egoísta bastardo de Westlands va y tiene un ataque el día de Navidad, en el momento en el que estaba a punto de hincarle el diente al maldito pavo —rugió, alejándose en el Morris Cowley de los Hogan.

Birdie Mac apareció muy agitada diciendo que el señor Flood, que hasta entonces había visto una monja en el árbol que había junto a su casa, ahora veía tres. Había salido con un palo intentando atraer su atención para que entraran a tomar una taza de té. Birdie se había acercado a pedir consejo a Peggy Pine y ésta, que al parecer estaba algo piripi, le había dicho que animara al señor Flood a subirse al árbol con ellas.

Y Jack Foley había llamado desde Dublín, enfrentándose a una centralita de teléfonos en la que no se veían con buenos ojos las llamadas durante el día de Navidad a menos que se tratara de una emergencia.

—Se trata de una emergencia —había explicado.

Cuando Benny se había puesto al teléfono le había dicho que era la mayor emergencia de su vida. Quería que supiera cuánto la echaba de menos.

Una vez recogido todo, Patsy salió a dar un paseo con Mossy. Por primera vez, aquel año Benny había sugerido que participaran todos en el fregado de los cacharros. Abrieron las puertas delantera y trasera para que se disipara el olor a comida. Benny

comentó que no era exactamente un gesto de mucho tacto permitir que las pobres gallinas olieran el pavo, pero tal vez las gallinas estuvieran condicionadas para ignorar ese tipo de cosas. Sean no sabía cómo reaccionar ante ese tipo de comentarios. Debatíó consigo mismo distintas reacciones y decidió adoptar una expresión severa.

Se oía con gran claridad el tictac del gran reloj del abuelo que había en el rincón. Primero Eddie Hogan, y después Annabel, se quedaron dormidos frente al calor del fuego. *Skep* también se durmió. Sus grandes ojos se cerraron despacio y a regañadientes, como si no quisiera que Benny y Sean pudieran hablar a solas.

Benny sabía que podía dormirse también, o fingir que lo hacía. Sean no lo consideraría la grosería que era, sino una muestra de que era bienvenido en la intimidad de su casa. En cualquier caso estaba demasiado excitada para dormir.

Jack había telefoneado desde su propia casa. Le había contado que estaban jugando a juegos de mesa y se había escapado un momento para decirle que la amaba.

Benny estaba despierta como nunca lo había estado. Añoraba mejores compañías que la de Sean Walsh, pero aun así sentía lástima por él. Aquella noche volvería a su pequeño cuarto dos pisos por encima de la tienda. Nadie le había telefoneado para decirle que le echaban de menos. Podía permitirse el lujo de ser generosa.

—Toma otro bombón, Sean —dijo ofreciéndole la caja.

—Gracias. —Conseguía parecer incómodo hasta comiendo una cosa tan sencilla. El dulce descendió lentamente por su garganta. Tragó saliva muchas veces y se aclaró la garganta.

—Tienes un aspecto... hum... estupendo hoy, Benny —dijo tras pensárselo un rato. Demasiado para el comentario que había hecho.

—Gracias, Sean. Supongo que todo el mundo se siente bien el día de Navidad.

—En mi caso no ha sido así, al menos hasta ahora —confesó.

—Bueno, la comida de hoy ha resultado agradable, ¿no crees? Él se inclinó hacia ella.

—No sólo la comida. Tú también has estado agradable conmigo, Benny. Eso me da muchas esperanzas.

Le miró sintiendo una oleada de simpatía. Era algo que jamás pensó que pudiera ocurrir. En el plazo de una hora se le habían declarado dos hombres. En el cine las protagonistas eran capaces de hacer frente a situaciones así, e incluso de sacar partido de ellas.

Pero aquello no era una película. Delante de ella estaba el pobre y triste Sean Walsh que creía seriamente que podía casarse con ella para apoderarse del negocio. Debía asegurarse de que comprendiera que no iba a ocurrir tal cosa. En alguna parte debía haber palabras que le permitieran conservar algo de dignidad y a la vez comprender que las cosas no mejorarían porque volviera a insistir. Sean era de la vieja escuela y pensaba que las mujeres decían «No» cuando querían decir «Sí», y

que todo lo que había que hacer era ignorar su rechazo hasta que se convertía en aceptación.

Intentó imaginar de qué modo le gustaría que se lo dijeran a ella. Suponiendo que Jack tuviera que decirle que amaba a otra persona, ¿cuál sería el mejor modo? A ella le gustaría que él fuera honrado y se lo dijera directamente, sin excusas ni lamentaciones, simple y llanamente. Y después querría que se marchara para poder digerirlo sola.

¿Ocurriría igual con Sean Walsh?

Miró hacia el fuego y sus cambiantes formas mientras hablaba, sobre el ruido de fondo de la pesada respiración de sus padres. El reloj seguía su marcha y *Shep* emitió un pequeño gemido.

Le contó a Sean Walsh sus planes y esperanzas. Que pensaba vivir en Dublín y que tenía gran confianza en que todo le saliera bien. Sean escuchó sus palabras con gesto impasible. Cuando le habló de la persona a la que amaba, le dirigió una sonrisa pequeña y torcida.

—¿No crees que puede tratarse de lo que llaman un capricho? —preguntó con aires de superioridad.

Benny negó con la cabeza.

—Pero no está basado en nada. No se sustenta en esperanzas o planes compartidos, como una relación de verdad.

Ella le miró asombrada. Sean Walsh hablaba de una relación real como si tuviera alguna idea de qué era aquello.

Ella le siguió la corriente.

—Tal vez tengas razón. Puede que no funcione, pero espero que sí. La sonrisa de él fue aún más amarga.

—¿Sabe ese hombre afortunado que estás encaprichada de él? ¿Es consciente de tus... esperanzas?

—Por supuesto que sí. Él las comparte —respondió ella. Evidentemente, Sean pensaba que se había enamorado de alguien a distancia, como hubiera podido hacerlo de una estrella de cine.

—En fin, ya veremos —dijo. Y se quedó sentado mirando el fuego con sus ojos tristes y pálidos.

Patsy, que llevaba su nuevo reloj, había pasado la tarde en casa de Mossy sometiéndose a una nueva inspección por parte de la madre de él. La hermana casada y su marido se habían presentado también para dar aún mayor trascendencia al encuentro.

—Creo que les he parecido bien —le dijo a Benny con cierto alivio.

—¿Te han parecido bien ellos a ti?

—Yo no tengo derecho a opinar, ya lo sabes, Benny.

No era la primera vez que Benny deseaba buscar el orfanato en el que Patsy se había criado sin esperanza ni confianza alguna, y estrangular a toda la gente que

trabajaba en él.

Patsy preguntó a qué hora se había marchado Sean Walsh. Le había visto andando por el camino de la cantera. Parecía alterado, la informó, como si tuviera algo dándole vueltas en la cabeza.

Benny no quiso saber más. Cambió de tema y preguntó si había luces en la casita de Eve.

—Sí. Estaba muy bonita y acogedora. Tenía un pequeño belén en la ventana con una luz. Y también un árbol, uno pequeño con muchos adornos colgando.

Eve le había hablado a Benny del nacimiento, un regalo del convento. Le había contado que, además, todas y cada una de las monjas habían hecho algún adorno para el árbol. Ángeles hechos con escobillas para pipa y lana de colores, estrellas de papel de plata, pequeños pompones, figuras recortadas de las tarjetas de Navidad y reforzadas con cartón rígido. Todos aquellos regalos representaban horas de trabajo.

La comunidad se debatía entre el orgullo y la tristeza por el traslado de Eve a su propio hogar. Pero se habían acostumbrado ya a que ella estuviera en Dublín. Durante las primeras semanas habían echado de menos sus carreras a través del convento y sus conversaciones en torno a la mesa de la cocina.

Como había dicho la madre Francis, tan sólo estaba en el otro extremo del jardín.

La madre Francis jamás le dijo esto a Eve. Siempre hacía hincapié en que la joven debía entrar y salir empleando el camino que quisiera. Era su casa y podía acoger en ella a quien deseara.

Cuando Eve le había preguntado si podía celebrar una fiesta, la madre Francis le había respondido que por ella podía invitar a medio país. Eve admitió apesadumbrada que, en efecto, parecía que iba a asistir medio Dublín. Había presumido tanto que todos pensaban que Knockglen era un lugar al que merecía la pena ir.

La madre Francis contestó que aquello no era más que la verdad. Se preguntaba cómo iba a apañárselas Eve. No sabía cómo pensaba conseguir comida para alimentar a medio Dublín.

—He comprado un montón de cosas. Clodagh y Benny van a venir el día de St Stephen a echarme una mano.

—Eso es estupendo. No olvides que a la hermana Imelda seguro que le encantaría prepararte unos hojaldres.

—No sé si debo...

—Tengo entendido que los rollitos de salchicha se comen en todo el mundo, incluido Dublín. La hermana Imelda se sentiría honrada si se lo pidiesen.

Clodagh y Benny llegaron temprano a la casita.

—Una sopa, eso es lo que hay que preparar —dijo Clodagh con firmeza.

—No tengo ninguna olla grande.

—Seguro que en el convento sí la tienen.

—¿Por qué me he metido en esto, Clodagh?

—Es una forma de estrenar la casa, de darle calor. —Clodagh estaba ocupada

contando platos, haciendo listas y decidiendo dónde poner los abrigos. Eve y Benny la miraban admiradas.

—Esta mujer gobernaría el mundo si le dieran ocasión —dijo Eve.

—Desde luego lo haría mejor que esos pelmazos que supuestamente están al mando —dijo alegremente Clodagh.

A los Hogan les sorprendió ver a Sean Walsh aparecer en la puerta del jardín de Lisbeg el día de St Stephen.

—No le hemos invitado otra vez hoy, ¿verdad? —preguntó Annabel alarmada.

—Yo no, desde luego, pero quizá lo haya hecho Benny —respondió Eddie con voz de duda.

Pero nadie había invitado a Sean Walsh. Se había acercado para discutir sobre el negocio con el señor Hogan. Había dado un largo paseo la noche anterior por la cantera y había encontrado la solución a todo. Sean Walsh tenía algo que proponerle al señor Hogan: quería que le nombrara socio de la empresa.

Era consciente de que no se estaban obteniendo suficientes beneficios como para ofrecerle un puesto más atractivo. La única solución era convertirle en socio de pleno derecho del negocio.

Mario observaba cómo Fonsie hacía retroceder la furgoneta hasta la puerta para cargar el tocadiscos en la parte trasera.

—¿Volvemos a la paz y el silencio? —preguntó lleno de esperanza.

Fonsie ni siquiera se molestó en responderle. Sabía que todo lo que decía Mario tenía más de protesta ritual que de auténtica queja.

El café estaba irreconocible. Ya no era el establecimiento triste y apagado con el que Fonsie se había encontrado a su llegada. Ahora estaba recién pintado y su ambiente alegre atraía a un tipo de clientela que jamás habría cruzado la puerta en los viejos tiempos. Fonsie se había dado cuenta de que sería buena idea ofrecer café por las mañanas para el grupo de gente de mayor edad. Había puesto toda la carne en el asador. Era la hora en la que los más jóvenes, los verdaderos clientes, estaban en la escuela o trabajando, por lo que el local se quedaba prácticamente vacío.

Fonsie ponía música anticuada y observaba con satisfacción cómo la mujer del doctor Johnson y la señora Hogan, la señora Kennedy y Birdie Mac acudían a tomar un café más barato que el del hotel Healy en un ambiente menos estirado.

Y por lo que se refería a los más jóvenes, había hecho planes para adquirir una magnífica máquina de discos que estaría amortizada antes de seis meses. Ya habría tiempo para explicárselo a su tío más adelante. Entretanto, se había limitado a decir que le había prestado el tocadiscos a Eve Malone para la fiesta que pensaba celebrar.

—Es mejor sitio para usarlo que aquí dentro —gruñó Mario—. En lo alto de la cantera estará mejor. Sólo ensordecera a las aves salvajes que planean por el aire.

—No te quedarás hasta muy tarde en esa fiesta, ¿verdad? —El padre de Benny la observaba por encima de sus gafas.

Aquel gesto le hacía parecer viejo y quisquilloso. Odiaba que la mirara así. Las

gafas estaban para mirar por ellas o quitárselas, quería gritarle llena de impaciencia.

Se obligó a sonreír con gesto reconfortante.

—Sabes que es la única fiesta que se ha celebrado jamás en Knockglen. No puede pasarme nada. Está justo a espaldas del jardín del convento.

—El camino del convento es muy resbaladizo.

—Entonces volveré por la carretera, a través de la plaza.

—Estará oscuro como boca de lobo —intervino su madre—. Tal vez sea mejor idea que vengas por el convento.

—Hay mucha gente que puede acompañarme. Clodagh, o Fonsie, incluso Maire Carroll.

—Tal vez podría acercarme cuando la fiesta esté por terminar. *Shep*, ¿te gustaría dar un buen paseo por la noche?

El perro levantó las orejas.

Por favor, rogó, que dé con las palabras adecuadas. Las palabras necesarias para que su padre no saliera en plena noche a mirar a través de las ventanas la fiesta de Eve arruinándola para todos, no sólo para Benny.

¿Sería capaz de encontrar las palabras adecuadas para impedir que, con la mejor voluntad del mundo, decidiera escoltarla hasta la seguridad del hogar?

Nan habría sabido cómo hacer frente a la situación. ¿Qué habría hecho Nan? Ella siempre decía que había que mantenerse tan cerca de la verdad como fuera posible.

—Padre, preferiría que no vinieras a buscarme. Compréndelo, me harías parecer una niña delante de toda la gente de Dublín. Es la primera fiesta que se celebra en Knockglen y puede que también la última. ¿No entiendes que no quiero que me lleven y me recojan como si fuera una niña?

Él pareció ligeramente dolido, como si ella hubiera rechazado una oferta hecha de buena voluntad.

—Está bien, cariño —dijo finalmente—. Sólo quería ayudar.

—Lo sé, padre, lo sé —respondió ella.

Aquella Navidad el padre de Nan había estado peor que de costumbre. Las fiestas no parecieron alegrarle en absoluto. Los chicos eran prácticamente inmunes a sus pataletas. Paul y Nasey pasaban muy poco tiempo en Maple Gardens. Emily intentó excusarle ante Nan.

—No habla en serio. Si supieras los remordimientos que le entran después...

—Lo sé —dijo Nan—. No tengo más remedio que escucharle.

—Lamentará mucho habernos molestado. Hoy se comportará como un corderito. —Em estaba rogándole comprensión.

—Por mí puede portarse como quiera, Em. No pienso estar aquí para verlo. Me marcho a las carreras.

Se había probado el conjunto que llevaba puesto una y otra vez. El traje de pelo de camello color crema con remates marrones y el sombrero que encajaba perfectamente sobre su pelo rubio y ondulado parecían perfectos. Añadió un bolso de

mano pequeño y de calidad y unos zapatos que no se hundirían en el barro. Se dirigió hacia las carreras en el autobús, junto con otros dublineses que también iban a pasar el día fuera.

Mientras los demás hablaban de la forma, los récords y los posibles ganadores, Nan Mahon se limitó a quedarse mirando por la ventana.

Tenía muy poco interés en los caballos.

No tardó mucho en encontrarle y en situarse en un lugar donde él pudiera verla. Se puso junto a uno de los muchos braseros de carbón que había en el recinto para calentarse las manos. Fingió concentrarse mucho en la tarea cuando le vio acercarse por el rabillo del ojo.

—¡Qué alegría encontrarte de nuevo, Nan Mahon! —dijo él—. ¿Dónde está tu grupo de apoyo?

—¿Qué quiere decir? —Su sonrisa era cálida y amistosa.

—Siempre llevas a rastras un regimiento de chicas.

—Hoy he venido con mis hermanos. Han ido a las ventanillas de apuestas.

—Estupendo. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Sí, me encantaría, pero solamente una. He quedado en reunirme con ellos después de la tercera carrera.

Entraron en el atestado bar. La mano de él, que rozaba ligeramente el codo de ella, la guiaba.

Aquí y allá se encontraron con sonrisas y saludos. No hubo miradas de conmiseración. Ni una sola de aquellas personas sabría jamás qué clase de casa había dejado atrás esa mañana para llegar hasta allí en autobús. Una casa en la que se habían derramado bebidas, se había roto una lámpara, en la que la mitad del budín de Navidad había acabado estampado contra la pared en un ataque de ira provocado por el alcohol. Aquella gente aceptaba a Nan como a una igual.

Eve miró alrededor suyo, a su pequeña casa, con satisfacción. Las lámparas de petróleo estaban encendidas y desprendían una luz cálida. En la chimenea ardía un fuego.

La madre Francis había dejado en la casa lo que llamaba unas cuantas chucherías antiguas. Eran exactamente el tipo de cosa que quería Eve. Había un jarrón grande y azul, en el que podría poner las flores silvestres que había recogido; un puñado de libros en una rinconera; dos palmatorias de porcelana ligeramente agrietadas encima de la chimenea; una pala para el carbón que había sido pulida y bruñida.

En el viejo fogón de la cocina había cacharros que debían proceder del convento. No había quedado casi nada útil de la época de sus padres.

Sólo el piano de Sarah Westward. Eve deslizó los dedos sobre él y deseó por enésima vez haber prestado más atención y haber aprendido algo cuando la madre Bernard le había dado lecciones. La madre Francis había estado empeñada en que Eve compartiera lo que probablemente era un gran amor por la música. Su madre tenía un taburete para el piano repleto de hojas de música, y partituras completas y

libros en un armario. Habían sido pulcramente ordenados y protegidos de la humedad por la madre Francis a lo largo de los años.

Cuando el afinador visitaba el colegio, siempre le pedían que realizara un afinado más. Le conducían a través del jardín de la cocina, sendero arriba, hasta la casa. Siempre le decía a la madre Francis que era diez veces mejor que el que tenían en el salón de música del convento.

—No es nuestro —solía contestar la madre Francis.

—Entonces ¿qué hago aquí afinándolo? —solía preguntar él todos los años.

Como en tantas otras cosas, la madre Francis había tenido razón. Era muy agradable tener una casa propia.

Los Hogan habían decidido no decirle a Benny nada acerca de la propuesta, más bien del ultimátum, de Sean Walsh.

Lo había planteado muy educadamente, pero sin dejar lugar a dudas. Si no le hacían socio se marcharía, y diría bien claro el porqué. En Knockglen nadie pensaría que había sido tratado con justicia. Todo el mundo sabía cuánto había aportado al negocio y conocía su lealtad.

Sean no había tenido necesidad de entrar en cuál sería el futuro de la tienda si se marchaba. Tal y como estaban las cosas, él era el único que lo mantenía en pie. El señor Hogan carecía de sentido comercial en lo que a la clientela de hoy en día se refería. Y el viejo Mike, el del taller, no iba a serle de gran ayuda en ese aspecto.

Hablarían del tema con Benny, pero no ahora. No en un momento en el que había decidido comportarse educadamente con Sean durante la comida de Navidad. Podría explotar de nuevo y no querían arriesgarse a que tal cosa ocurriera.

—¿Ha sido invitado Sean a la fiesta de Eve? —preguntó Eddie, aunque sabía que no había ni la más remota posibilidad de que así hubiera sido.

—No, padre.

Con alivio, Benny escuchó el teléfono. Resultaba sorprendente que llamara alguien a las nueve de la noche. Esperaba que no fuera Jack para decir que no podía venir.

Benny contestó a la llamada. Era Nan Mahon, pidiéndole por favor, rogándole incluso, que la dejara dormir en su casa la noche de la fiesta, al día siguiente. Nan había dicho que no creía que le fuera posible ir a Knockglen la primera vez que se lo había mencionado. ¿Qué le había hecho cambiar de idea? Al parecer un montón de cosas. Se lo explicaría todo cuando llegara. No, no era necesario que fuera a recogerla a la parada de autobús. Iban a llevarla en coche. También eso se lo explicaría más tarde. No tenía ni idea de a qué hora llegaría. Vería a Benny en la fiesta.

A la mañana siguiente, el día en que iba a celebrarse el gran acontecimiento, Benny se acercó temprano a casa de Eve para ponerla al tanto de las noticias. Eve se puso furiosa.

—¿Quién se piensa que es para anunciar su llegada como si fuera una maldita reina?

—Tú la invitaste a la fiesta —dijo Benny con voz suave.

—Sí. Y dijo que no.

—No sé a qué viene todo esto. Es sólo una persona más. Yo soy la que se ha pasado toda la noche cambiando camas de sitio con Patsy y comprobando que no hubiera polvo en las patas de los muebles por si Nan decide pasar revista a la casa.

Eve no sabía por qué estaba tan enojada. A primera vista resultaba irracional. Nan era su amiga. Nan le había prestado aquella preciosa falda roja para el baile. Nan había dado consejos a Eve sobre todos los temas imaginables, desde cómo hacerse la raya en el párpado hasta cómo poner hormas en los zapatos todas las noches. Los demás estarían encantados de verla. La fiesta adquiriría aún más alicientes. Resultaba extraño que se sintiera tan resentida.

Se sentaron a tomar café en la cocina de la casa de Eve, intentando adivinar quién podría ser el que iba a traerla en coche. Benny dijo que no podía ser Jack porque iba a viajar con Aidan, Carmel y Sean en un coche. Sabían que no sería con Rosemary Ryan y Sheila, que seguían siendo rivales a muerte e iban a viajar a regañadientes con Bill Dunne y Johnny O'Brien.

Benny pensaba en Jack y en que a partir de esa noche Rosemary y Sheila tendrían que abandonar sus pretensiones sobre él, una vez que vieran lo que sentían el uno por el otro. Le había dicho que la echaba de menos. Se lo había dicho por teléfono el día de Navidad. Era lo más maravilloso que podía haberle ocurrido.

Eve tenía el ceño fruncido. Deseaba poder creer que Nan iba únicamente por la fiesta. Estaba convencida de que lo que en realidad pretendía era sacarle una invitación para ir a Westlands. No la obtendría de Eve. De eso podía estar perfectamente segura.

Heather fue a visitarla vestida con chaqueta y sombrero de montar.

—Parece que acabas de bajarte de un caballo —dijo Eve.

—Así es —respondió Heather mostrándole con orgullo el pony que había atado a la verja.

El animal hozaba entre los arbustos que tenía a su alcance. Eve pareció alarmada. Eran la única decoración del jardín y aquel terrible animal se los iba a destrozar. Heather se echó a reír y dijo que aquello era una tontería y que su precioso pony sólo estaba husmeándolos. Ni se le ocurriría comer nada entre horas. Benny y Eve se acercaron a acariciar a *Malcolm*, el pony gris que era la niña de los ojos de Heather. Se mantuvieron alejadas de aquella boca con sus enormes dientes amarillos y se maravillaron ante la intrepidez de la niña.

Había venido a ayudarlas. Pensaba que podría serles útil para organizar los juegos de la fiesta. Se quedó perpleja al enterarse de que al parecer no iba a haber ninguno. Nada de manzanas flotantes como en Halloween. Heather había pensado en el juego de los anuncios recortados de los periódicos. Había que eliminar aquello que se anunciaba, dejando solamente el texto. Se entregaba a todo el mundo un lápiz y papel y el que más productos acertaba era el ganador.

Desesperadas, le sugirieron que hinchara globos. Esto le agradó. Afirmó orgullosa que tenía resuello más que suficiente. Sentada en medio de un montón en constante crecimiento de globos verdes, rojos y amarillos, Heather preguntó distraídamente si Simon había sido invitado a la fiesta.

—No, no es su tipo de fiesta —dijo Eve—. Además, es demasiado mayor para una fiesta así.

Se preguntó por qué se estaba excusando por no haber invitado a un hombre hacia el que no había sentido otra cosa que resentimiento durante toda su vida. ¿Quién podía haber previsto que las cosas iban a salir así, que iba a cogerle tanto cariño a su hermana menor y que acabaría aposentándose en aquella casa en la que había jurado que no viviría jamás? Era perfectamente posible que algún día su primo Simon Westward pudiera cruzar la puerta, pero aún tendría que pasar mucho, mucho tiempo.

Jack Foley era el experto oficial sobre Knockglen. Después de todo, ya había estado allí y conocía la casa de Benny. Le habían dado instrucciones explícitas sobre cómo encontrar el camino de la cantera. No había más que llegar a la plaza donde paraba el autobús y coger un camino que subía por la colina. No había ningún indicador, pero tenía todo el aspecto de conducir a una granja.

Había otro camino que atravesaba los terrenos del convento, pero no se podía pasar con coche y Eve había dicho inflexible que no quería bromas con sus monjas.

Aidan se empeñó en que fueran a echarle un vistazo al convento en primer lugar. Se quedó mirando desde el asiento del pasajero hacia los altos muros y la gran puerta de hierro forjado.

—Imagínate lo que debe ser crecer en un sitio así. ¿No te parece un milagro que sea normal? —dijo.

—¿Crees que es normal? —quiso saber Jack—. Al parecer le gustas, lo que no parece un buen augurio sobre su salud mental.

Avanzaron por el tortuoso camino. En la casa habían retirado las cortinas y desde el exterior se veía la luz del fuego, los quinqués, un árbol de Navidad y globos.

—Es precioso —susurró Carmel, cuyos planes para el futuro cuando Sean fuera un hombre de negocios ya establecido se ampliaron para incluir una pequeña casa de campo para los fines de semana.

A Jack también le gustó.

—Está lejos de todas partes. Sería posible estar aquí y que nadie lo supiera.

—A menos, claro está, que el sonido de *Good Golly Miss Molly* atronara a través de las ventanas —dijo Aidan Lynch alegremente saltando del coche y echando a correr en busca de Eve.

Clodagh había llevado un colgador y perchas de la tienda. Así la cama de Eve no quedaría cubierta de abrigos y habría sitio para que las chicas se sentaran frente a la pequeña cómoda para empolvase la nariz.

Benny estaba dentro examinándose por última vez cuando escuchó la voz de Jack. No debía salir corriendo para arrojarse en sus brazos como hubiera sido su deseo.

Ahora era más importante que nunca que él tomara la iniciativa. A un hombre como Jack, habituado a que las chicas se le echaran encima, no le gustaría que ella hiciera algo así.

Esperaría, aunque la impaciencia la consumiera.

La puerta del cuarto de Eve se abrió. Probablemente fuera Carmel, que quería arreglarse el maquillaje y hacer algún comentario almibarado acerca de Sean.

Miró en el espejo y vio a Jack. Cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a ella, apoyando las manos en sus hombros y mirando su reflejo.

—Feliz Navidad —dijo con una voz suave.

Ella le dirigió una amplia sonrisa, pero no pudo verla en el espejo porque estaba mirando el reflejo de los ojos de él. Esperaba que no fuera demasiado amplia y llena de dientes.

Clodagh había forrado un sostén sin hombreras en terciopelo azul para que pareciera uno de esos elegantes corpiños armados, y después había cosido el mismo material sobre una chaqueta de punto blanco.

Por supuesto, Benny había salido de Lisbeg con una blusa debajo, pero se la había quitado y la había doblado cuidadosamente para ponérsela cuando fuera hora de regresar a casa.

Él se sentó en el borde de la cama de Eve y le cogió las dos manos.

—Dios, cuánto te he echado de menos —dijo.

—¿Qué es lo que echabas de menos? —No lo dijo en tono de coqueteo. Realmente quería saberlo.

—Echaba de menos contarte cosas y que tú me las contases. Echaba de menos tu cara y echaba de menos besarte. —La atrajo hacia él y la besó largamente.

Se abrió la puerta y entró Clodagh. Iba vestida de encaje negro de la cabeza a los pies y llevaba una mantilla y una peineta en el pelo. Parecía una bailarina española. Tenía la cara cubierta de polvos blancos y los labios pintados de escarlata.

—Venía a ver si necesitabas ayuda para vestirte, Benny, pero ya veo que no —dijo Clodagh sin parecer violenta en lo más mínimo por la escena.

—Te presento a Clodagh —farfulló Benny.

El rostro de Jack se iluminó como siempre hacía cuando le presentaban a cualquier mujer. Benny recordó de repente que al padre le ocurría lo mismo. En la gran fiesta que habían celebrado en su casa, el doctor Foley se había mostrado encantado de saludar a todas las chicas que le habían sido presentadas. No había nada más que calidez y satisfacción en sus reacciones. Lo mismo ocurría con Jack. Aquella noche, cuando llegaron todas las demás, haría lo mismo.

Debía de ser maravilloso ser tan popular, pensó, agradar a la gente por el mero hecho de estar presente. Clodagh explicaba a Jack que había encontrado el encaje en un viejo baúl que había en el desván de casa de los Kennedy. La señora Kennedy le había dado permiso para husmear y había encontrado cosas fantásticas. A cambio, le había hecho cuatro faldas rectas con una tabla en la parte de atrás. Era increíble que

con todo el plumaje que había disponible hubiera gente que siguiera empeñada en vestirse como un gorrión.

Jack rodeó con su brazo los hombros de Benny.

—Prácticamente no he visto ningún gorrión en Knockglen. A mí me parecéis todas aves exóticas.

Seguidos por Clodagh con su sorprendente atavío, salieron de la habitación de Eve y se unieron a los demás. Jack llevaba el brazo en torno al hombro de Benny, a plena vista de Sheila y Rosemary, de Fonsie y Maire Carroll, de Bill Dunne y Johnny O'Brien.

Sin necesidad de ninguna maniobra por parte de Benny Hogan, se incorporaron a la fiesta como una pareja.

Nunca se había celebrado una fiesta semejante. Todo el mundo estuvo de acuerdo. Desde las exhibiciones solistas de Fonsie a los bailes en los que habían participado todos, o a Guy Mitchell y *I Felt More Like Singing the Blues*. La sopa había resultado ser una idea magnífica. Desapareció cuenco a cuenco entre sándwiches y rollitos de salchicha. Eve la servía del gran caldero del convento, con el rostro sonrojado por la excitación. Aquella era su casa, aquellos eran sus amigos. No podía haber nada mejor.

Sólo cuando la cena estaba ya en marcha reparó en que Nan no había llegado.

—Quizá no consiguiera que la trajeran después de todo —Benny estaba en una nube.

—¿Le explicamos cómo se llegaba aquí?

—En Knockglen cualquiera puede decirle dónde vives. —Benny le estrujó el brazo a Eve—. Todo está saliendo de maravilla, ¿verdad?

—Sí. No consigues quitarte los ojos de encima.

—No me refiero a eso, me refiero a la fiesta.

Por supuesto que Benny se refería también a eso. Jack se había pasado toda la noche junto a ella. Había bailado con las otras por cumplir, pero la mayor parte de la noche la había pasado tocándola, riéndose, bailando, abrazándola, lisonjeándola, incluyéndola en todas las conversaciones.

Rosemary Ryan les observó desconcertada durante los primeros bailes.

—No sabía nada de lo de Jack y tú —dijo mientras Benny y ella tomaban un vaso de ponche.

—Bueno, ya te dije que nos reuníamos de vez en cuando en la cafetería de la universidad.

—Es cierto, sí que me lo dijiste.

Rosemary era, a su modo, una chica bastante ecuánime. Benny le había dicho que se veía con Jack. Si Rosemary no había sido capaz de intuir nada en sus palabras, la culpa era suya.

—Tienes muy buen aspecto —dijo a regañadientes. Una vez más luchó por ser justa—. Has perdido mucho peso. ¿Te has puesto más maquillaje o qué has hecho?

Benny ni siquiera reaccionó. Sabía que fuera lo que fuese, al parecer a Jack le

gustaba, y no le importaba a quién más pudiera interesarle. Benny pensaba que de algún modo tenía que haber algo secreto acerca de ellos dos.

Aidan le pidió a Eve una libra de azúcar.

—¿Para qué la quieres?

—He leído que si la pones en el carburador de un coche no arranca.

—¿Y por qué no intentas descubrir cómo hacer para que arranque? Me parece una idea mucho más práctica —dijo Eve.

—Te equivocas. Quiero que el coche de Jack no vuelva a arrancar nunca. Así podremos quedarnos en este lugar mágico y no marcharnos nunca.

—Estupendo. Así tendría que alojar también a Sean y a Carmel durante la noche —respondió Eve.

—Si yo me quedara, ¿me llevarías a conocer a las monjas mañana? —preguntó Aidan.

Eve le dijo que no había ni la menor posibilidad de que se quedara en su casa, y menos ahora que la madre Clare estaba abajo, pendiente de todo lo que ocurría. Tal vez estuviera entre los arbustos de fucsia con una linterna. A saber. Pero se alegraba de que le gustara su casa. Y cuando mejorara el tiempo, tal vez pudiera venir a pasar un día completo. Aidan dijo que probablemente pasarían buena parte de su vida adulta allí. Durante las largas vacaciones que se tomaría cuando fuera abogado. Querrían tener un lugar al que escapar con los niños, lejos de los bocinazos de sus padres.

—¿Y qué hay de mi trabajo? —preguntó Eve, divertida muy a su pesar por las fantasías de él.

—Tu trabajo será, por supuesto, cuidarme a mí y a nuestros ocho preciosos hijos empleando tu educación universitaria para que disfruten de un ambiente familiar culto.

—Mucha suerte tendrás que tener, Aidan Lynch —dijo Eve con grandes risas.

—Ya la he tenido. Te he conocido, Eve Malone. —Lo dijo sin el más mínimo rastro de su habitual tono de guasa.

Bill Dunne fue el primero en ver a Nan cuando entró por la puerta. Sus ojos resplandecían y examinó la escena con deleite.

—Es maravilloso —dijo—. Eve no me había contado que esto fuera así.

Vestía un jersey blanco con cuello polo y una falda roja a cuadros bajo un abrigo negro. Llevaba un pequeño maletín de cuero y pidió que le indicaran dónde estaba el dormitorio de Eve.

Benny fue a la cocina para avisar a Eve que había llegado Nan.

—Maldición, se nos ha acabado la sopa —le dijo Eve a Aidan.

—No esperará otra cosa, no a estas horas —la tranquilizó él.

Era una hora muy tardía para llegar a una fiesta. A Eve le había parecido oír alejarse un coche camino abajo hacía un momento, pero creyó haberlo imaginado.

No obstante, alguien tenía que haber traído a Nan hasta la puerta. Fuera estaba

lloviendo y Nan estaba inmaculada. Era imposible que hubiera subido sola por aquel camino con semejante tiempo.

Eve puso algunos rollitos de salchicha y sándwiches en un plato y atravesó el cuarto de estar, esquivando a Fonsie y a Clodagh, que estaban haciendo una interpretación tan apasionada de un baile gitano español que todo el mundo había formado un círculo alrededor de ellos para dar palmas y jalearlos. Llamó a la puerta de su propio dormitorio por si Nan estaba cambiándose, pero estaba sentada ante el tocador exactamente como había llegado. Rosemary Ryan estaba sentada en la cómoda contándole la noticia del año. Jack Foley y Bennie Hogan, nada menos, eran inseparables.

—¿Lo sabías ya? —preguntaba insistentemente Rosemary.

—Sí, en cierto modo. —Nan no parecía darle gran importancia. Tenía la cabeza en otras cosas.

Entonces vio a Eve.

—Eve, es fabulosa, es una joya. No nos habías dicho que fuera así.

—No siempre está así. —Muy a pesar suyo, Eve se sintió halagada. Las alabanzas de Nan eran dignas de tenerse en cuenta.

—Te he traído algo de comer... por si te estabas cambiando de ropa —dijo.

—No, estoy bien así. —Nan no había pensado cambiarse.

Por supuesto, estaba bien llevara lo que llevara. Todos los demás se habían acicalado. Las fiestas no eran algo tan corriente como para asistir a ellas con un jersey y una falda, pero en Nan resultaban hasta elegantes.

Las tres entraron en la habitación. A Nan le encantó. Se dedicó a acariciarlo todo, los brillantes quinqués, la magnífica madera de las estanterías, el piano. Imagínate, tener un piano propio. ¿Podría ver la cocina?

Eve la condujo hasta el escalón de piedra. La cocina estaba cubierta de potes, sartenes y restos. Había cajas vacías, botellas y vasos, pero Nan solo veía cosas dignas de alabanza. El armario era maravilloso. ¿De dónde había salido? Eve nunca lo había preguntado. Y qué precioso aquel cuenco antiguo. Era auténtico, no como los modernos, que eran horribles.

—Estoy segura de que muchas de estas cosas proceden de la casa de tu madre —dijo—. Tienen un toque de calidad inconfundible.

—Sí, o quizá las compraran juntos. —Por algún motivo, Eve se sintió impelida a defender a su padre e irritada ante la idea de que el toque de calidad no pudiera estar relacionado con él.

Nan dijo que estaba demasiado excitada para comer. Era maravilloso estar allí. Sus ojos bailaban. Parecía enfebrecida e inquieta. Todos los que estaban en la habitación se sentían atraídos por ella, pero Nan no parecía consciente de su presencia. Rechazó todas las invitaciones a bailar diciendo que aún tenía que digerir aquello. Vagabundeó por la casa tocando y admirando cada objeto y suspirando.

Se detuvo ante el piano y abrió la tapa para mirar las teclas.

—¿No ha sido una lástima que ninguna de nosotras haya aprendido a tocarlo? —le dijo a Benny. Era la primera ocasión en que Benny percibía un deje de amargura en Nan Mahon.

—¿Piensas bailar alguna vez o vas a continuar tu gira de inspección durante toda la noche? —le preguntó Jack Foley.

De repente, Nan pareció volver a tierra.

—Me estoy comportando como una perfecta maleducada —dijo mirándole directamente a los ojos.

—Ahora, Johnny —le dijo Jack a Johnny O'Brien—. Ya sabía yo que lo único que había que hacer era sacarla del trance. Johnny dice que lleva diez minutos pidiéndote que bailes con él y que ni siquiera le escuchas.

Si Nan se había sentido decepcionada porque Jack no la había invitado a bailar, no dio la menor muestra de ello. Le dirigió a Johnny una sonrisa tal que el pobre estuvo a punto de derretirse hasta formar un charco en el suelo.

—Johnny, eres adorable —dijo ella poniendo sus brazos en torno al cuello de él.

En ese momento sonaba *Unchained Melody*, una preciosa canción lenta, ideal para bailar abrazados. Benny se sintió feliz de que Jack no la hubiera abandonado por Nan en el momento en que Fonsie la puso en el tocadiscos. Era uno de sus temas favoritos. Nunca habría soñado que la bailarían allí en Knockglen, delante de todos sus amigos, con el hombre al que amaba, que la estrechaba en sus brazos y parecía amarla también.

Echaron más turba y leños al fuego, y cuando una de las lámparas de petróleo empezó a apagarse, nadie se tomó la molestia de rellenarla.

Se sentaron en grupo o en parejas mientras la noche tocaba a su fin.

—¿Alguien sabría tocar ese maravilloso piano? —preguntó Nan.

Para asombro de todos, Clodagh dijo que sí. Fonsie la miró lleno de admiración. No había nada que aquella mujer no supiera hacer, les dijo orgulloso.

Clodagh se sentó ante el teclado. Tenía un repertorio que les dejó boquiabiertos. Desde canciones de Frank Sinatra, que conocían todos, hasta solos de *ragtime*. Incluso consiguió hacerles cantar de uno en uno.

Bill Dunne les sorprendió cantando con gran estilo *She Moved Through the Fair*.

—Qué callado te lo tenías —le dijo Jack, mientras le aplaudían con entusiasmo.

—Sólo me atrevo a hacerlo cuando no estoy en Dublín y no podéis meteros conmigo —dijo Bill sonrojándose de placer ante tanta adulación.

Todo el mundo dijo que Knockglen no había sido suficientemente valorado hasta entonces, y que ahora que lo conocían iban a convertirse en visitantes habituales. Fonsie les dijo que la próxima vez fueran antes, a una hora en que estuviera abierto Mario's, que no tardaría en convertirse en el café con más estilo de Irlanda. Las modas tenían que empezar en alguna parte, ¿por qué no en Knockglen?

Eve estaba sentada en el suelo junto a uno de sus desvencijados sillones. Por consejo de Clodagh, habían extendido colchas sobre los muebles más estropeados.

Bajo la parpadeante luz tenían un aspecto exótico.

Pensó que debía levantarse y preparar más café para la despedida de sus huéspedes, pero no deseaba que la fiesta acabara. Y a juzgar por cómo la acariciaba Aidan, que la había rodeado con el brazo, tampoco a él le apetecía marcharse.

Nan estaba sentada en un diminuto taburete de tres patas, abrazada a sus rodillas.

—Hoy he conocido a tu abuelo —le dijo de repente a Eve.

Eve sintió como si la atravesara un cuchillo helado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es un viejo encantador, ¿no crees?

Benny estuvo a punto de alejarse de Jack para acercarse a Eve y ofrecerle físicamente apoyo. Quería actuar como barrera entre ella y las palabras de Nan.

Rogó que Eve no dijera nada ofensivo o cortante. Que se limitara a farfullar durante un rato. Esperó que no se produjera una escena que hiciera que la fiesta acabara con un sabor amargo.

Eve pareció leerle la mente.

—¿Cómo es que le has conocido? —dijo, aunque lo sabía. Lo sabía perfectamente.

—Oh, me encontré con Simon en las carreras ayer y nos pusimos a hablar. Se ofreció a traerme si es que pensaba venir a esta parte del mundo. Llegamos un poco temprano y... bueno, me llevó a Westlands.

Si tan temprano habían llegado, pensó Eve, Nan podía haber hecho un esfuerzo por llegar a tiempo, en vez de aparecer después de la cena.

No se atrevió a decir nada más, pero Nan no había dado por zanjado el asunto.

—Es fácil imaginar cómo debió ser antes. Ya sabes, un hombre muy severo y estirado. Debe de ser terrible para él estar confinado a una silla de ruedas. Estaba tomando el té. Se lo sirven magníficamente, aunque a veces tienen que ayudarle.

Había estado allí desde la hora del té. Desde las cinco de la tarde, y ni siquiera se había molestado en acercarse hasta después de las nueve de la noche. Eve sintió el sabor de la bilis en su garganta.

Nan debió de darse cuenta.

—Yo no hacía más que pedirle a Simon que me trajera, pero insistió en enseñármelo todo. Bueno, supongo que tú ya lo habrás visto docenas de veces.

—Sabes perfectamente que no es así. —La voz de Eve era peligrosamente tranquila.

Sólo Benny y Aidan, que la conocían muy bien, captaron sus vibraciones.

Aidan intercambió una mirada con Benny, pero no había nada que pudiera hacerse.

—Pues debes hacerlo, Eve. Debes dejar que te lo enseñe. Está orgullísimo de la casa y lo explica todo estupendamente, sin presumir ni nada de eso.

—¿Qué lugar es ése? —A Sheila siempre le gustaba oír hablar de sitios espléndidos y de gente importante.

—La casa de la familia de Eve, la casa grande. Está como a un kilómetro y medio... en aquella dirección. ¿No es así? —dijo Nan haciendo un gesto con el brazo.

Eve no dijo nada. Benny confirmó que estaba más o menos en aquella dirección. Preguntó también si alguien quería café, pero nadie se apuntó. Preferían permanecer sentados, escuchando música en el tocadiscos y charlando. Y querían que Nan siguiera ocupando el centro de la reunión. Había algo en el modo en que el fuego iluminaba su cara y en el lugar del que estaba hablando. Deseaban que siguiera.

—Me enseñó los retratos familiares. Tu madre era hermosísima, ¿verdad, Eve? —Nan hablaba con franca admiración. No había el menor atisbo de triunfo por haber estado allí, por haber recorrido la casa y porque le hubieran mostrado el cuadro que Eve no había visto en su única visita.

Nan siempre había dicho que Eve debería enterrar el hacha de guerra. Ella creía que Eve sabía cómo era su madre.

—Debe haber sido toda una gira. —Las palabras estuvieron a punto de ahogarla.

—Ya lo creo. Lo difícil fue marcharse.

—El caso es que lo conseguiste —dijo Aidan Lynch—. Fonsie, si no nos van a ofrecer unas celdas en el convento como nos habían prometido, creo que mejor será que pongamos algo para soltar las articulaciones de cara al viaje de vuelta. ¿Qué sugerirías tú?

Fonsie se había dado cuenta hacía ya mucho que Aidan y él eran almas gemelas. Se puso en pie de un salto y ojeó unos cuantos discos.

—Yo diría que en esta final compiten Lonnie Donegan con *Putting on the Style*, y Elvis con *All Shook Up* —dijo tras pensárselo un rato.

—Amigo, no insultemos a ninguno de esos dos héroes. Pongámoslos a los dos —dijo Aidan. Y recorrió la habitación dando palmadas a la gente para ponerla en movimiento.

Benny había seguido a Eve hasta la cocina.

—Ella no lo comprende —dijo Benny.

Eve estaba aferrada con las dos manos al fregadero.

—Por supuesto que sí. ¿Cuántas veces hemos hablado de ello?

—Con ella no. En serio, con ella no. Con Nan normalmente fingimos que las cosas van estupendamente. Si no, nos obliga a hacer algo para resolverlas, ¿recuerdas?

—Nunca la perdonaré.

—Por supuesto que lo harás. Vas a perdonarla en este mismo instante, porque si no todo lo que ha significado esta fiesta se irá al garete. Y ha sido la fiesta más maravillosa del mundo. De verdad.

—Sí que lo ha sido. —Eve se ablandó. Vio a Aidan que le hacía gestos para que se acercara.

Todo el mundo estaba bailando. Benny regresó al salón. Jack y Nan estaban

bailando, riendo alegremente. Ninguno de los dos había notado que algo fuera mal.

Capítulo 14

Queridos señor y señora Hogan:

Muchas gracias por la maravillosa estancia en Knockglen. Han sido los dos tan hospitalarios que me he sentido muy bienvenida. Como ya les he dicho, creo que su casa es preciosa. No pueden imaginarse lo encantador que resulta alojarse en una verdadera casa georgiana. Benny es una chica muy afortunada.

Me preguntaron muy amablemente si me gustaría volver en alguna ocasión. Nada me agradaría más. Den recuerdos a Patsy y agradézcanle de mi parte el delicioso desayuno.

Sinceramente,

NAN MAHON

Eddie Hogan le dijo a su esposa que en la vida había personas por las cuales era un placer hacer cualquier cosa, y que la amiga de Benny, Nan, era una de ellas.

Annabel estaba totalmente de acuerdo. Nunca habían conocido una chica tan encantadora, y tan exquisitamente educada. Le había dado a Patsy media corona al marcharse. Era una verdadera dama.

Querida Kit:

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que fue una ridiculez por mi parte asumir que podía presentarme ante ti después de tanto tiempo y reemprender nuestra vida como si nada hubiera pasado. Considerando el modo en que te he tratado y lo poco que os di a ti y a Frank a lo largo de los años, habría estado más que justificado que me hubieras echado a patadas.

Te mostraste muy tranquila y razonable, y eso es algo que siempre te agradeceré.

Sólo quería que supieras que he conservado una póliza de seguros a tu nombre para que, en caso de que me pasara algo, tú y nuestro hijo pudierais tener algo bueno por lo que recordarme. Te deseo toda la suerte y la felicidad que yo no he sido capaz de darte.

Te quiere,

JOE

Kit Hegarty plegó la carta del hombre a quien todos los demás habían llamado Joe. Ella siempre le había llamado Joseph. Encontrarse con él había sido muy diferente a lo que había imaginado. Había pensado que si volvía a verle le tiraría a la

cabeza todo lo que tuviese a mano, pero de hecho era más como un amigo lejano que había tenido mala suerte. La carta no llevaba remite, ni siquiera podía comunicarle que la había recibido.

Querida madre Francis:

Le agradezco sinceramente que me haya invitado a pasar las sagradas fiestas navideñas con usted y la comunidad de St Mary. Gracias también por organizar mi vuelta a Dublín con su amiga, la señorita Pine. Es una mujer un tanto osada, pero sin duda una buena cristiana que arrastra una pesada cruz con esa sobrina que tiene.

Me agradó mucho ver que Eve Malone ha sentado la cabeza y ha comenzado a devolver parte del trabajo que nuestra orden ha invertido en su educación. Fue gratificante comprobar lo mucho que estudia.

Su hermana en Cristo,

MADRE MARY CLARE

La madre Francis sonrió sombríamente al leer la carta, especialmente la parte en la que hablaba de la «invitación». Era estupendo que hubiera podido advertir por anticipado a Eve de la visita sorpresa de la madre Clare. Mossy Rooney se había acercado con su carro y había recogido todas las botellas y cajas. Habían abierto las puertas y las ventanas de la casita al viento del invierno para ventilarla y eliminar todos los restos de humo y bebida de la noche anterior.

La madre Clare, muy contrariada, había descubierto a Eve sentada inocentemente estudiando, en vez de encontrarse con las secuelas de una fiesta, cosa que habría ocurrido de no haber sido por la madre Francis.

Querido Sean:

Como me pediste, te confirmo por escrito que tengo intenciones de pedirte que te conviertas en socio de la sastrería para caballeros Hogan. Me pondré en contacto con el señor Gerald Green, del despacho de abogados Green y Mahers para que pase por Knockglen con el fin de formalizar los detalles a comienzos del nuevo año.

Espero que esto sea el comienzo de una feliz asociación a partir de 1958.

Sinceramente,

EDWARD JAMES HOGAN

La señora Healy leyó la carta cuidadosamente, palabra por palabra, y después asintió con aprobación mirando a Sean Walsh. No hacía ningún daño tener estas cosas por escrito. Aun con la mejor voluntad del mundo, la gente podía echarse atrás y no

cumplir con lo prometido. Ella no diría una palabra en contra de Eddie Hogan. Era el hombre más bueno que había en los alrededores. Pero ya era hora de que alguien se diera cuenta del verdadero valor de Sean Walsh y de que lo reconociera.

Eddie Hogan murió un sábado a la hora de comer. Una vez terminada su taza de té y su porción de bizcocho, se levantó para volver a la tienda.

—Si Sean se sale con la suya, dejaremos de cerrar a mediodía... —empezó a decir, pero no llegó a terminar la frase.

Se sentó en el sofá con la mano en el pecho. Estaba pálido, y cuando cerró los ojos respiraba de forma extraña. No fue necesario decirle a Patsy que fuera corriendo a buscar al doctor Johnson.

El doctor Johnson llegó en mangas de camisa. Pidió un vaso pequeño de brandy.

—Nunca bebe licores, Maurice, lo sabes muy bien —Annabel tenía la mano en la garganta y una expresión de temor en el rostro—. ¿Qué tiene? ¿Es algún ataque?

El doctor Johnson sentó a Annabel Hogan en el sillón. Le tendió el brandy.

—Bébetelo a sorbitos, Annabel. Sé buena chica. Vio a Patsy con el abrigo puesto como si fuera a salir en busca del padre Ross.

—Sólo un poquito cada vez. No ha sufrido nada. Ni siquiera se ha enterado.

El doctor le hizo señas a Patsy para que se acercara.

—Antes de que vayas a llamar al sacerdote, Patsy, me gustaría saber dónde está Benny.

—Ha ido a pasar el día a Dublín, señor. Fue a reunirse con Eve Malone. Creo que dijo que iban a una conferencia.

—Haz que Eve Malone la traiga de vuelta —dijo el doctor Johnson. Había cogido una manta para cubrir el cuerpo de Eddie Hogan, que yacía en el sofá como si estuviera echándose una cabezada antes de volver al trabajo.

Annabel estaba sentada balanceándose adelante y atrás, gimiendo de incredulidad.

El doctor Johnson fue con Patsy hasta la puerta.

—No hay razón para decirle nada aún a ese saco de huesos de la tienda.

—No, señor.

Al doctor Johnson siempre le había disgustado Sean Walsh. Casi podía verle escogiendo una de las mejores corbatas negras de la tienda y peinando su pelo lacio y ralo. Podía imaginarle poniendo una estudiada expresión de dolor antes de venir a ofrecer su pésame a la viuda. Y a su hija, cuando la encontraran...

Benny y Jack caminaron cogidos de la mano por la colina de Killiney. La tarde, fría y tonificante, no tardaría en tocar a su fin. Ya se veían las luces de Dunlaoghaire parpadeando a lo lejos, y más allá, la gran curva de la bahía de Dublín.

Se reunirían con Aidan y Eve en casa de Kit Hegarty. Kit había prometido obsequiarles con salchichas y patatas fritas antes de que tomaran el tren para ir al club universitario de la ciudad. Esa noche se iba a hablar de deporte y Jack había amenazado con intervenir. Había dicho que no sabía si prefería contar con el aliento de las masas que le apoyaban o si le resultaría más fácil hablar otra noche cuando no

hubiera amigos presentes para ver cómo se ponía en ridículo.

Desde el gran baile de antes de Navidad, Benny no había podido pasar ni una sola noche en Dublín. Jack se había mostrado cada vez más impaciente.

—¿Qué voy a hacer si mi chica está siempre a kilómetros de distancia? Es como tener una novia por correspondencia —se había quejado.

—Ya nos vemos durante el día. —Ella había sentido un nudo de miedo en la garganta. Él parecía enfadado.

—¿Y de qué me sirve? Es por las noches cuando te necesito para ir a los sitios.

Había conseguido que la dejaran ir ese sábado fingiendo que había una conferencia y preguntando si podía quedarse también por la noche.

Tenía otra preocupación. Él insistía mucho en que fuera a pasar un fin de semana con él a Gales. Su equipo iba a celebrar un partido amistoso. Iría mucha gente y Jack estaba muy interesado en que le acompañara.

—No es normal —había dicho malhumorado—. Cualquiera otra podría ir, Rosemary, Sheila, Nan... Todas tienen padres capaces de comprender que si son lo suficientemente mayores para ir a la universidad lo son también para hacer un simple viaje en barco de dos días de duración.

Le odió por decir que su familia no era normal. Odió a su familia por no considerarla lo suficientemente mayor como para dejarla ir.

Pronto fue más de noche que de día. Recorrieron la blanda hierba juntos y caminaron a lo largo de Vico Road contemplando la bahía de Killiney, que según la gente era tan hermosa como la de Nápoles.

—Me encantaría ir a Nápoles —dijo Benny.

—Tal vez te dejen hacerlo cuando cumplas los noventa —gruñó Jack.

Ella se rió, aunque no tenía la más mínima gana de hacerlo.

—Te echo una carrera hasta la esquina —dijo, y riendo echaron a correr hasta la estación de ferrocarril donde cogieron el tren a Dunlaoghaire.

En cuanto Kevin Hickey les abrió la puerta, Benny supo que algo iba mal.

—Están en la cocina —dijo, negándose a mirar a Benny a los ojos. Detrás de él vio a Kit, Eve y Aidan esperando para darle muy malas noticias.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Todo, el sonido del tráfico, el tictac de los relojes, los gritos de las gaviotas sobre la bahía. Benny se acercó lentamente para oír lo que tenían que decirle.

Shep parecía estar en medio continuamente. Estaba buscando a Eddie y no había rastro de él. Prácticamente todo Knockglen parecía estar entrando y saliendo de Lisbeg, pero no encontraba a su amo por ninguna parte.

Finalmente salió y se tumbó junto al gallinero; sólo las gallinas seguían comportándose con normalidad.

Peggy Pine preparó dos grandes bandejas de sándwiches y le pidió a Fonsie que fuera a buscar bebidas al bar de Shea.

—Creo que el chico ése iba a traerla de Healy's.

—Pues llegará demasiado tarde —dijo Peggy sacando diez monedas de una libra de la caja—. Nosotros ya habremos pagado en efectivo y no habrá nada que pueda hacer.

Se sonrieron el uno al otro. El único rayo de luz en un día tan oscuro era la idea de ganar por la mano a Sean Walsh y a la señora Healy a la vez.

Para la hora del té ya se había enterado todo el pueblo. Todo el mundo estaba conmocionado. Eddie Hogan no era en absoluto un hombre viejo, especulaban tan contentos. Como mucho, cincuenta y dos años, y eso si llegaba.

Quizá ni siquiera tanto. Su esposa era mayor que él. Todos echaban cálculos. Tampoco era un hombre dado a la bebida y no había estado enfermo en su vida. ¿Acaso no habían empezado a dar paseos él y su esposa hacía poco para mantenerse en forma? ¿No demostraba aquello que todo el mundo tenía las horas contadas y que en realidad daba lo mismo lo que uno hiciera? Una vez llegado el momento no había manera de retrasarlo.

Además había sido siempre un caballero. Nunca había dicho una palabra más alta que otra. Había sido poco propenso a ganar dinero rápido y jamás metía prisas a un granjero que se hubiera retrasado en el pago de su factura. Dado que no era un hombre que se adaptara fácilmente a las nuevas modas, los escaparates de su sastrería no habían cambiado gran cosa en todo el tiempo que había residido en Knockglen. Pero no se podía negar que había sido todo un caballero. Se interesaba por cualquier persona que entrase en su tienda, y preguntaba por su familia y si había novedades. Tenía todo el tiempo del mundo para dedicárselo. Y había conservado también al pobre Mike, mucho después de que ya no le necesitara.

Las plegarias que se añadieron al rosario familiar aquella noche por el reposo del alma de Eddie Hogan fueron calurosas y genuinas, aunque eran oraciones innecesarias. Sin duda, un hombre como Eddie Hogan debía estar ya en el cielo a las dos de la tarde.

Eve había logrado impedir que Sean Walsh fuera a Dublín a recoger a Benny.

También había conseguido decir que era imposible encontrar a Benny, ya que estaba ocupada con una especie de estudio de campo. Nadie sabía dónde habían ido. Tendrían que esperar hasta que regresara a las seis.

—¿No pensarán llevar a su padre a la iglesia esta noche? —había dicho Eve.

Era impensable que Benny no estuviera presente cuando el cuerpo de su padre fuera trasladado a la parroquia de Knockglen para pasar allí la noche.

—Lo habrían hecho si hubieran sabido dónde encontrar a Benny. —Sean parecía agraviado.

Jack dijo que le pediría el coche a su padre.

—Tal vez lo necesite. —La cara de Benny estaba pálida e inexpresiva—. Quizá lo necesite para algo importante.

—No hay nada más importante que esto —replicó Jack.

—¿Vamos con ellos? —le preguntó Aidan Lynch a Eve.

—No —respondió Eve—. Iremos mañana en el autobús.

Le resultaba casi insoportable mirar a su amiga a la cara. Benny permanecía sentada con la mirada perdida.

De vez en cuando se le oía decir «muerto» en voz baja mientras agitaba la cabeza.

Había hablado con su madre por teléfono. Les dijo que su madre parecía adormilada. Le resultaba difícil creerlo.

—Le habrán dado un sedante para tranquilizarla. Eso la hará sentirse soñolienta —le explicó Kit.

Nada de todo aquello tenía sentido para Benny, no importaba qué pastilla te dieran. Era imposible sentir sueño, no cuando padre había muerto. Muerto. Por muchas veces que lo repitiera, no podía creerlo.

El señor Hayes, el vecino de al lado, les llevó hasta la casa de los Foley.

La madre de Jack estaba en la puerta. Benny se fijó en que llevaba un precioso traje de punto con una blusa de color crema debajo. Tenía puestos unos pendientes y olía a perfume.

Le dio a Benny un abrazo lleno de simpatía.

—Doreen ha preparado un termo de café y unos sándwiches para el viaje —dijo. A juzgar por sus palabras era como si Knockglen se encontrara en el otro extremo de Europa.

—Los dos lo sentimos mucho —dijo ella—. Si hay algo que podamos hacer...

Jack interrumpió las condolencias.

—Creo que lo mejor es que nos pongamos en marcha.

—¿Pensaban salir a algún sitio esta noche? —le preguntó Benny.

—No, ¿porqué?

Él estaba abriéndose camino en medio del tráfico del sábado por la tarde en Dublín, intentando coger la carretera de Knockglen.

—Tu madre parecía estar arreglada para salir.

—No, en absoluto.

—¿Va siempre vestida así?

—Eso creo —dijo él sorprendido dirigiéndole una mirada.

Ella permaneció en silencio un rato, mirando hacia delante. Se sentía fría e irreal.

Repetía una y otra vez el más fútil de los deseos: que fuera hoy por la mañana, que fueran otra vez las ocho de aquel mismo día.

Su padre había dicho que iba a hacer un día bonito y luminoso.

—Es una lástima que tengas que irte. Podrías haber pasado un día estupendo aquí en Knockglen. *Shep* y tú podríais haberos acercado a recogerme a la tienda para dar un paseo.

Si pudiera volver atrás... No contaría mentiras sobre conferencias inexistentes. No tendría que sentirse avergonzada por haber aceptado sus alabanzas por ser una estudiante tan aplicada.

Lo hubiera cancelado todo por haber estado allí. Por haber estado con él cuando

empezó a abandonar la vida.

No creía que hubiera sido tan instantáneo como para no darse cuenta. Le hubiera gustado haber estado en la habitación.

Y también por su madre, que jamás había tenido que tomar una decisión por sí misma, y ahora estaba sola y tenía que hacerse cargo de todo.

Benny tenía los ojos secos, pero su corazón estaba lleno de vergüenza por no haber estado allí.

Jack no acertaba a encontrar nada que decir. En varias ocasiones estuvo a punto de dar con la frase adecuada, pero siempre se había contenido.

No podía soportarlo por más tiempo. Se apartó de la carretera y se introdujo en el arcén. Dos camiones hicieron sonar iracundos sus bocinas, pero se había detenido ya sobre la hierba.

—Benny, cariño —dijo él rodeándola con sus brazos—. Benny, llora por favor. Por favor, llora. Es terrible verte así. Estoy aquí. Lloro, Benny, llora por tu padre.

Ella se aferró a él y sollozó y sollozó hasta que llegó a pensar que jamás podría dejar de estremecerse de llanto y dolor.

Parecían todos personajes de una obra de teatro, pensó Benny. Gente entrando y saliendo del escenario toda la noche. Levantaba la vista y ahí estaba Dekko Moore hablando emocionado en un rincón. La pequeña taza de té y el plato resultaban ridículos en sus enormes manos. Luego volvía a mirar y en una esquina descubría al padre Ross, enjugándose el sudor de la frente mientras le contaban lo de las visiones del pobre señor Flood y se preguntaba qué podía hacerse.

En las dependencias de la cocina estaba Mossy Rooney, que no buscaba formar parte de la reunión que había ocupado toda la casa, pero quería estar disponible cuando Patsy le pidiera ayuda. En las escaleras estaba sentada Maire Carroll, a la que tanta manía le había tenido Benny cuando iban las dos al colegio. Esa noche, sin embargo, se había mostrado amable y había alabado de corazón al padre de Benny. «Un hombre muy bondadoso que siempre tenía una palabra amable para todo el mundo».

Benny se preguntaba qué palabra amable habría podido encontrar su padre para dirigirle a la poco atractiva Maire Carroll.

Su madre estaba sentada en el centro, aceptando las condolencias. Era el personaje más irreal de todos. Llevaba una blusa negra que Benny no había visto nunca. Dedujo que debía haberla traído Peggy de la tienda. Su madre tenía los ojos rojos, pero estaba más tranquila de lo que a Benny le parecía posible dadas las circunstancias.

Los encargados del servicio funerario le habían dicho que su padre se encontraba arriba. Jack la acompañó a la habitación desocupada, en la que había cirios encendidos y todo parecía haber sido milagrosamente adecentado y cubierto. No parecía un dormitorio desocupado en absoluto. Parecía una iglesia.

Su padre tampoco parecía su padre. Sentada en la habitación estaba una de las

monjas de St Mary. Era algo que siempre hacían, visitar las casas de la gente cuando moría alguien y velar junto al cadáver. Por algún motivo, ver la imagen de una monja montando guardia hacía que la gente se sintiera más tranquila.

Jack le apretó con fuerza la mano cuando se arrodillaron para rezar tres avemarias junto a la cama. Después abandonaron la habitación.

—No sé dónde vas a dormir —dijo Benny.

—¿Qué?

—Esta noche. Había pensado que te quedaras en el dormitorio sobrante. Me había olvidado...

—Cariño, tengo que volver a casa. Lo sabes. Entre otras cosas, tengo que devolver el coche.

—Claro, no había pensado en ello.

Había esperado que se quedara con ella, sirviéndole de apoyo frente a todo.

Había sido tan reconfortante llorar sobre su hombro en el coche que había empezado a dar por supuesto que él estaría siempre presente.

—Volveré para el funeral, por supuesto.

—Para el funeral. Sí, por supuesto.

—Tendré que marcharme pronto.

Ella no tenía ni idea de la hora que era, ni de cuánto tiempo llevaban en su casa. En su interior algo le decía que tenía que hacer de tripas corazón en ese mismo instante, y agradecerle adecuadamente su bondadosa ayuda. No debía convertirse en un lastre.

Le acompañó hasta el coche. La noche era ventosa, y las nubes se desplazaban rápidas ante la faz de la luna.

Knockglen parecía muy pequeño y silencioso en comparación con las brillantes luces de Dublín que había dejado atrás hacía poco tiempo. No sabía cuánto.

Él la mantuvo pegada a su cuerpo en un abrazo más fraternal que cualquier tipo de beso. Tal vez creyera que era lo más adecuado.

—Te veré el lunes —dijo él suavemente.

El lunes.

Parecía tan lejano. Y ella que había pensado que se quedaría todo el fin de semana.

Eve y Aidan aparecieron el domingo.

Descendieron del autobús y recorrieron la calle principal.

—Ése es el Hotel Healy. Donde quería que te quedaras.

—Hasta que te recordé que sólo soy un estudiante pobre como una rata que jamás en su vida ha pasado una noche en un hotel —dijo Aidan.

—Sí, bueno...

Le mostró la tienda de los Hogan con su esquila mortuoria en el escaparate. Le contó lo agradable que era Birdie Mac, la de la confitería, y lo detestable que era Maire Carroll, la de la tienda de ultramarinos. De vez en cuando, Aidan se daba la

vuelta y miraba hacia el convento. Quería que le invitara a visitarlo lo primero de todo, pero Eve se había negado a hacerlo. No habían venido a hacer una visita social, le dijo. Habían venido a ayudar a Benny. Ya habría tiempo más adelante de visitar a la madre Francis, a la hermana Imelda y a las demás.

Pasaron ante el café de Mario, que incluso cerrado por ser domingo irradiaba alegría, vida y excitación.

Doblaron la esquina al final de la calle y se dirigieron a casa de Benny.

—Es terrible visitar la casa de la gente sólo cuando está muerta —dijo Aidan de repente—. Me habría gustado venir cuando él estaba aún vivo. ¿Era buena persona?

—Mucho —dijo Eve. Se detuvo con una mano en la verja—. Era incapaz de ver el mal en nadie, y tampoco fue capaz de hacerse a la idea de que la gente crece. A mí me llamaba la pequeña Eve. Siempre creyó que Benny tenía aún nueve años, y no desconfió nunca de ese Sean Walsh, que seguro que estará haciendo las funciones de señor de la casa ahí dentro.

—¿Quieres que me encargue de él, que le haga picadillo con mi hiriente verbo? —preguntó impaciente Aidan.

—No, Aidan. Gracias, pero no creo que sea lo más apropiado.

Fue un día interminable, incluso a pesar de la presencia de Aidan y Eve. Benny tenía un dolor de cabeza que no conseguía quitarse de encima. Había soportado muchos encuentros agotadores. Por ejemplo, la señora Healy quería saber si había ofendido de algún modo a la familia.

¿No? Desde luego se alegraba de saberlo. Había estado dispuesta a ofrecer las bebidas y le habían dicho que su participación no sería necesaria. Benny había tenido que hacer frente después al viejo Mike, el de la sastrería. Había habido palabras, sí palabras, con las que el señor Eddy no había querido decir lo que había creído entender el señor Walsh.

¿El señor Walsh? Sí, a Mike le habían dicho que no era correcto llamar Sean a un socio, aunque Mike era ya sastre cuando Sean había entrado en la tienda como aprendiz.

Benny había tenido que hacerse cargo de Dessie Burns, que estaba en ese peligroso estado de quien ha dejado de beber pero amenaza con volver a hacerlo en cualquier momento, porque si había algo que un hombre no debía ser era doctrinario. Y luego le había tocado el turno a Mario, que había dicho que en Italia la gente habría llorado sin cesar por la muerte de un hombre bueno como Eddie Hogan, en vez de permanecer en su casa charlando y bebiendo.

Entonces empezaron a repicar las campanas. En Lisbeg se oían las campanas a menudo. Normalmente significaban que era la hora del Ángelus o la de ir a misa, o que alguien iba a ser trasladado a la iglesia. Benny se puso su velo negro de encaje y caminó con su madre tras el féretro calle arriba. La gente salía a las puertas de sus casas y sus comercios para ver pasar a la comitiva aquella fría tarde de invierno.

Al cruzar por delante del establecimiento de su familia sintió como si una mano le

apretara el corazón. A partir de entonces sería la tienda de Sean. O del señor Walsh, como quería que le llamaran.

Deseó poder hablar con su padre acerca del viejo Mike y preguntarle qué iba a pasar con él. La procesión hizo una breve pausa ante la sastrería de Hogan y después siguió su camino. Jamás volvería a hablar con su padre sobre la tienda ni sobre ninguna otra cosa. Y él ya no podría hacer nada acerca de ese negocio que tanto había amado.

A menos, por supuesto, que ella hiciera algo por resolver la situación.

Aidan Lynch había sido presentado a la madre Francis.

—Me he nombrado a mí mismo guardián de la moralidad de Eve durante su estancia en la universidad —dijo solemnemente.

—Muchas gracias. —La madre Francis se mostró formalmente agradecida.

—No he oído más que cosas buenas sobre el modo en que ustedes la criaron. Ojalá me hubieran criado a mí en un convento. —Su sonrisa era contagiosa.

—Probablemente habríamos tenido más problemas contigo —se rió la monja.

La madre Francis pensaba que había sido muy sensato que Aidan Lynch pasara la noche en la casita de Eve mientras ésta la pasaba en el convento. Todas estaban encantadas con la idea de que Eve hubiera vuelto a comparar su techo. Su dormitorio estaría siempre disponible para ella. Se lo habían prometido.

Eve le enseñó a Aidan cómo atizar el fuego de los fogones.

—Creo que cuando estemos casados deberíamos instalar algo más moderno —gruñó.

—Qué va, ya se encargarán los ocho hijos que vamos a tener de atizar el fuego. Incluso harán de deshollinadores.

—No me tomas en serio —dijo él.

—Claro que sí. Se trata simplemente de que soy partidaria de la explotación infantil, eso es todo.

De vuelta en el convento, mientras tomaba cacao con la madre Francis, le resultaba imposible creer que hubiera abandonado nunca la protección de aquellas paredes.

—Un joven muy agradable —dijo la madre Francis.

—Pero básicamente, una bestia, por supuesto, como decía usted que eran todos los hombres, bestias hambrientas.

—Jamás he dicho tal cosa.

—Lo insinuaba.

Aquellos días eran más que madre e hija, eran como hermanas. Se sentaban en la cálida cocina y hablaban de la vida y la muerte, del pueblo y de las visiones del señor Flood, y de lo difícil que era la situación para el padre Ross. Porque si las visiones eran genuinas, como la de Fátima, y todos creían en ellas, ¿por qué no iban a dar el paso siguiente y pensar que todo era posible en Knockglen?

Probablemente porque resultaba altamente inverosímil que el señor Flood, el

carnicero, fuera el elegido para recibir la visita de una monja santa en lo alto de un árbol. Ni siquiera en tierra firme, en opinión de la madre Francis.

La misa de difuntos se celebraba a las diez. Benny, su madre y Patsy fueron a la iglesia en el coche de los deudos que había puesto a su disposición la compañía de pompas fúnebres.

Mientras conducía a su madre a lo largo del pasillo central para sentarse en primera fila, Benny era consciente de la gente que se había acercado a ofrecerles sus respetos. Los granjeros habían llegado el día anterior con sus trajes de domingo. Normalmente habrían estado en sus campos un día laborable por la mañana. Hoy había hombres trajeados, viajeros de comercio, abastecedores, gente que vivía a dos parroquias de distancia. Vio a los primos de su padre. Formando un reconfortante grupo, descubrió a su propio círculo de amigos.

Allí estaba Jack, tan alto que debían haberle visto todos los presentes en la iglesia. Llevaba una corbata negra y se dio la vuelta al verlas venir. Era como estar en una boda, en la que la gente se gira para presenciar la entrada de la novia. El pensamiento se desvaneció en un momento.

También había asistido Bill Dunne, lo que era un detalle por su parte, y Rosemary Ryan. Estaban junto a Eve y Aidan, con expresión de profunda simpatía.

Y Nan también estaba allí, con un chaquetón negro y una falda gris claro. Llevaba guantes y un pequeño bolso negro. Su velo parecía haber sido especialmente hecho por un diseñador de moda para que cayera bien sobre su cabello dorado. Los velos y mantillas que llevaban las demás mujeres parecían trapos o pañuelos para la cabeza. Clodagh, por su parte, llevaba un gran sombrero negro de paja. Era su única concesión a los colores del luto. El resto de su vestuario era un vestido a rayas rojas y blancas, considerablemente más corto de lo que habría sido de esperar en Knockglen.

Pero por otra parte, resultaba muy difícil dar gusto a Knockglen, ya que también era objeto de desaprobación el abrigo de Fonsie, un abrigo largo como el que podría llevar de Valera, salvo que tenía un enorme cuello de terciopelo y pequeños remates de falso leopardo en los bolsillos, el cuello y los puños.

Su madre parecía muy envejecida y triste. Benny miraba en su dirección de vez en cuando. Ocasionalmente, caía una lágrima sobre su misal y una o dos veces, Benny se había inclinado para enjuagarla. Su madre parecía no haberlo notado.

Afortunadamente, Sean Walsh no se había puesto demasiado pesado. Sorprendido por el rechazo de las vituallas que había llevado del hotel de la viuda Healy, se había mostrado más cauteloso en sus aproximaciones de lo que se había atrevido a esperar Benny. No se había sentado en ningún lugar próximo a ellas en la iglesia, asumiendo el papel de uno de los principales afligidos. Debía mantener la cabeza fría para impedirle que se apoderara de todo. Su estilo era muy diferente al de su padre y carecía de su sentido de la humanidad.

Benny deseó tener a alguien con quien hablar del tema a fondo, alguien capaz de comprender la situación. Su mirada se posó en Jack Foley, cuyo rostro parecía

petrificado por la compasión. Pero sabía que no iba a echarle encima aquella carga.

No iba a contarle las tediosas batallitas internas por una pequeña y destartada tienda de pueblo. Nadie molestaría a Jack Foley con una cosa así.

Ni siquiera aunque le amara, y aunque él la amara a ella.

En el exterior de la iglesia las gentes de Knockglen conversaban en voz baja. Comentaban la presencia del grupo de jóvenes venido desde Dublín. Habían deducido que debían ser amigos de Benny.

—El chico alto y la rubia hacen una pareja estupenda, parecen estrellas de cine —dijo Birdie Mac.

Eve estaba cerca.

—No son una pareja —se oyó decir—. El chico alto es Jack Foley, y es el novio de Benny.

No sabía por qué lo había dicho, ni por qué Birdie Mac la había mirado de un modo tan extraño. Quizá hubiera levantado demasiado la voz. O tal vez no pareciera apropiado hablar de que Benny tenía novio en un momento así.

En realidad, pensaba que Birdie no la había creído.

Mientras caminaban hacia la tumba abierta en medio de las lápidas, Eve se detuvo y le señaló una pequeña a Aidan.

La inscripción decía: «En memoria de John Malone». Estaba primorosamente cuidada, sin malas hierbas, y tenía un pequeño rosal plantado.

—¿Te has ocupado tú? —preguntó él.

—Sólo un poco. Es obra de la madre Francis, como podrás suponer.

—¿Y tu madre?

—Al otro lado de la colina, en el cementerio protestante. Es el camposanto elegante.

—Iremos también a visitar la suya —le prometió él.

Ella le apretó la mano. Carecía de palabras, cosa que rara vez le había ocurrido en su vida.

Los amigos de Benny se portaron muy bien con ella. Le prestaron un gran apoyo. Se mostraron corteses con la gente de Knockglen y fueron de gran ayuda en la casa tras el funeral.

Sean Walsh le agradeció a Jack su asistencia, como si de algún modo hubiera sido un acto de respeto hacia la sastrería Hogan. Benny rechinó los dientes con rabia.

—El señor Hogan se habría sentido muy honrado por tu presencia —dijo Sean.

—Me cayó muy bien cuando le conocí. Vine a tomar el té con Benny hace ya meses. —Le dirigió a ella una cálida sonrisa, recordando aquel día.

—Comprendo. —Desilusionada, Benny vio que Sean Walsh, efectivamente, comprendía.

—No te quedarías a pasar la noche, ¿verdad?

—No. Acabo de llegar esta mañana. ¿Por qué?

—He oído decir que uno de los amigos de Benny había pasado la noche en la casa

de la cantera.

—Ha sido Aidan —dijo Jack impertérrito. Si estaba cansado de Sean y de tan estúpida conversación, no hizo nada por demostrarlo, pero consiguió alejarse de él llevándose a Benny consigo.

—Ése es el tipo repugnante, ¿verdad? —susurró.

—El mismo.

—El que tenía aspiraciones sobre ti.

—Más bien sobre el negocio, que más o menos ha obtenido sin necesidad de quedarse también conmigo.

—Entonces se ha perdido lo mejor —dijo Jack.

Ella sonrió lealmente. Jack iba a marcharse en cualquier momento.

Le había oído decirle a Bill Dunne que tenían que estar fuera de Knockglen a las dos como muy tarde. Le había pedido que hiciera el primer movimiento.

Ella se lo puso fácil. Le dijo que había sido una fuente de fortaleza para ella, y que agradecía a todo el mundo que hubiera venido desde tan lejos. Le rogó que se pusieran en camino antes de que se hiciera de noche.

Iban a meterse todos con calzador en el coche de Bill Dunne. A la venida sólo habían sido cuatro, pero ahora tendrían que hacer hueco para Aidan y Eve.

Benny dijo que era una magnífica idea, que así no tendrían que perder el tiempo esperando el autobús.

Sonrió y les dio las gracias a todos sin que le temblara la voz.

Era la forma correcta de comportarse. Vio cómo Jack la miraba con gesto de aprobación.

—Te llamaré esta noche —prometió él—. Antes de salir, a eso de las ocho.

—Estupendo —respondió ella con los ojos claros y brillantes. Iba a salir. Iba a salir a alguna parte la noche del funeral de su padre.

¿Dónde pensaría ir un lunes por la noche en Dublín?

Se despidió del coche agitando la mano cuando dobló la esquina. No tenía importancia, se dijo a sí misma. De todos modos ella no habría estado allí. El lunes anterior, cuando su padre estaba aún con vida, Benny Hogan había estado a salvo en su casa de Knockglen a las ocho de la tarde.

Así había sido siempre, y siempre sería así. Se excusó ante la gente que había en el piso de abajo diciendo que iba a echarse un rato.

En la habitación en penumbra, se dejó caer sobre la cama y lloró sobre las almohadas.

Hubo también lágrimas egoístas por un joven apuesto que había vuelto a Dublín sonriendo y agitando el brazo en señal de despedida con un grupo de amigos. Lloraba por él tanto como por su padre que yacía enterrado bajo montones de flores allá en el cementerio.

No oyó entrar a Clodagh, que acercó una silla a la cama. Clodagh, que llevaba aún puesto su ridículo sombrero negro, que le dio unas palmaditas en la espalda y la

reconfortó exactamente con las palabras que Benny quería escuchar.

—Está bien, no pasa nada. Todo se arreglará. Él está loco por ti, cualquiera puede verlo por cómo te mira. Es mejor que se haya marchado. Tranquilízate. Te ama, por supuesto que sí.

Había un montón de cosas que hacer.

Su madre no era de gran ayuda. Dormía la mayor parte del tiempo, incluso se quedaba traspuesta en cualquier sillón. Benny sabía que se debía a los tranquilizantes que le había recetado el doctor Johnson. El doctor había dicho que era una mujer cuya vida giraba en torno a su marido y que ahora que el centro de su vida había desaparecido, le llevaría algún tiempo hacerse a la idea. Lo mejor era dejar que se fuera acostumbrando gradualmente, les aconsejó, nada de cambios repentinos ni de presionarla para que tomara decisiones.

Y había muchas decisiones que tomar, desde minucias como enviar tarjetas de agradecimiento, sacar a pasear a *Shep* y pagarle a Patsy su salario, hasta cosas importantes, como averiguar si Sean Walsh era ya formalmente socio del negocio y si éste sobreviviría, y qué iban a hacer el resto de sus vidas ahora que su padre ya no estaba.

El señor Green, el abogado, había asistido al funeral, pero había dicho que ya habría tiempo para discutirlo todo los próximos días. Benny no le había preguntado si eso significaba que Sean Walsh estaría presente en las discusiones.

Era algo que deseó haber hecho en su momento. Entonces habría sido una pregunta perfectamente aceptable por parte de una persona transida por el dolor que no sabía exactamente lo que estaba ocurriendo. Ahora parecería más deliberada. Daría la impresión de que había malas intenciones, lo que era falso excepto a nivel personal.

Era extraordinario el número de sentencias de Nan que resultaban perfectamente apropiadas en todo tipo de circunstancias. Nan decía siempre que había que hacer frente a lo más difícil en primer lugar, como escribir el ensayo que una no quería hacer, o presentarse ante un tutor con un trabajo inacabado. Nan siempre tenía razón en todo.

Benny se puso el impermeable la mañana después del funeral y se acercó a la tienda para ver a Sean Walsh.

Lo primero que tuvo que hacer fue rehuir a Mike, que se le había acercado con toda la intención de concluir la conversación iniciada con ella en su casa. Rápidamente, y en voz alta, para que Sean pudiera oírla, dijo que su madre y ella estarían encantadas de hablar con Mike más adelante, pero que por el momento debía excusarla, había una serie de cosas que quería aclarar con Sean.

—Bien, así me gusta, directa al grano —dijo éste frotándose las manos de aquel modo tan irritante, como si tuviera algo entre ellas que intentara reducir a polvo.

—Gracias por todo lo que has hecho este fin de semana. —Su voz carecía de sinceridad. Intentó poner algo de calor en ella. Era verdad que se había pasado horas

de pie saludando y dando las gracias a la gente por su asistencia. No hacía al caso que ella hubiera preferido que no estuviera presente.

—Era lo menos que podía hacer —respondió él.

—En fin, quería decirte que mi madre y yo te lo agradecemos.

—¿Qué tal está la señora Hogan? —Había algo chirriante en su actitud solícita, como si fuera un actor que había olvidado sus líneas.

—Bastante sedada de momento. Pero en unos cuantos días estará bien de nuevo y podrá asumir su parte en el negocio.

Benny se preguntó si Sean tendría el mismo efecto sobre todo el mundo. Normalmente ella nunca usaba palabras como «asumir».

—Estupendo, estupendo. —Asintió él con expresión de sabiduría.

Benny respiró hondo. Era otra cosa que había leído Nan. Al parecer, si uno inhalaba aire hasta los dedos de los pies y después lo exhalaba lentamente, ganaba confianza.

Le dijo que organizarían una reunión con el abogado a finales de la semana. Y hasta entonces, tal vez él tendría la amabilidad de mantener el negocio en marcha como había venido haciéndolo con tan buen tino a lo largo de los años. Y por respeto a su padre, ella sabía que no habría cambios, ninguno en absoluto. Incluyó la cabeza en dirección a la habitación trasera donde se había refugiado el viejo Mike.

Sean la miró asombrado.

—No creo que te des cuenta... —comenzó a decir, pero no llegó muy lejos.

—Tienes razón. No me doy cuenta. —Le sonrió como si estuviera de acuerdo—. Hay muchas cosas en el modo en que se ha llevado este negocio, en los cambios que se habían planeado y los que están en marcha, sobre las que no sé nada. Precisamente es algo que he comentado con el señor Green.

—¿Y qué ha dicho él?

—Nada, evidentemente, en el día del funeral —dijo Benny con tono de desaprobación—. Pero una vez que hayamos hablado con él, deberíamos reunirnos todos.

Se felicitó por haber elegido bien las palabras. Por mucho que le diera vueltas en la cabeza a la conversación, Sean no podría averiguar si iba a ser incluido en la conversación con el abogado o no.

Y no descubriría la enorme laguna existente en la información de la que disponía Benny.

No sabía si él era ya socio de la empresa o si el documento no había sido firmado aún.

Tenía la clara sensación de que su padre había muerto antes de firmar nada, pero también un sentimiento, aún más fuerte, de que tenía la obligación moral de llevar adelante los deseos de su padre.

Benny sabía que si quería sobrevivir en las aguas turbias y extrañas en las que se estaba adentrando, no debía hacer saber a Sean Walsh cuán honorablemente pensaba

comportarse con él. Por mucho que le desagradara y aunque casi le despreciaba, sabía que Sean se había ganado el derecho a ser el sucesor de su padre en la empresa.

Bill Dunne le dijo a Johnny O'Brien que estaba medio decidido a invitar a Nan Mahon al cine.

—¿Y qué te lo impide? —le preguntó Johnny.

El impedimento, por supuesto, era el temor a que Nan rechazara su invitación. ¿Por qué arriesgarse a ser rechazado? Pero no estaba saliendo con nadie. Lo sabían. Era extraño, considerando lo deslumbrante que era. Cualquiera pensaría que la mitad de los chicos de la universidad estarían locos por invitarla a salir. Tal vez ése fuera el problema. Querían hacerlo, pero no se atrevían.

Bill decidió invitarla.

Nan le dijo que no, que en realidad no le gustaba el cine. Pareció lamentarlo y Bill creyó que no le había cerrado todas las puertas.

—¿Hay algo que te apetezca hacer? —preguntó, con la esperanza de no parecer demasiado humilde, demasiado patético.

—Bueno, sí, hay algo... pero no sé. —Nan parecía sumida en un mar de dudas.

—¿Sí? ¿Qué es?

—Hay un cóctel bastante elegante en el Russell. Es una especie de fiesta prenupcial. Me gustaría asistir a ella.

—Pero no hemos sido invitados. —Bill estaba escandalizado.

—Lo sé. —Los ojos de Nan bailaban de excitación.

—Bill Dunne y Nan van a colarse en una fiesta —le dijo Aidan a Eve.

—¿Por qué?

—A mí que me registren.

Pensaron en ello un rato. ¿Por qué asistir a una fiesta donde probablemente no serían bienvenidos? Había un montón de sitios a los que podría ir Nan Mahon con la seguridad de que todos estarían encantados de verla. Se parecía a Grace Kelly, decía la gente, confiada y hermosa sin ser llamativa. Era todo un arte.

—Quizá sea por buscar emociones —sugirió Aidan.

Podría tratarse del miedo a ser capturados, el elemento de peligro, como en el juego.

—¿Por qué si no iba a querer asistir a una fiesta nupcial con un montón de gente rica procedente del campo, todos relinchando y caracoleando? —preguntó Aidan.

En cuanto Eve se enteró de qué tipo de fiesta se trataba, supo inmediatamente por qué Nan Mahon está interesada en asistir a ella. Y por qué necesitaba que alguien muy respetable y sólido como Bill Dunne la acompañara.

A Jack Foley le pareció una idea maravillosa.

—Sólo porque tú no tienes que ir —gruñó Bill.

—Vamos, hombre, si es bien fácil. Limítate a sonreír a todos.

—Eso estaría muy bien si todos tuviéramos tu pinta de ídolo de las multitudes. Será como hacer de anuncio de pasta de dientes.

Jack se limitó a reírse de él.

—Ojalá me hubiera pedido a mí que la acompañara. Creo que es una broma estupenda.

Bill estaba sumido en un mar de dudas. Debía haber supuesto que habría problemas si se atrevía a invitar a salir a alguien tan impresionante como Nan Mahon. Nada era fácil en esta vida.

Y todo resultaba muy misterioso. ¿Por qué demonios querría asistir a una cosa así, donde todo el mundo se conocía, sin conocer a nadie?

Nan se negaba a dar explicaciones. Se limitó a decirle que tenía un conjunto nuevo y que se lo pasarían muy bien.

Bill se ofreció a recogerla en su casa, pero ella le dijo que no, que se reunirían en el vestíbulo del hotel.

El nuevo conjunto era impactante. Un vestido recto rosa pálido con mangas de encaje del mismo color. Nan llevaba un pequeño bolso de mano de plata con una rosa de seda engarzada. Entró sin abrigo.

—Es mejor así, por si tenemos que salir huyendo —le dijo con una risita.

Parecía excitada y en las nubes, como cuando había aparecido en casa de Eve en Knockglen. Como si supiera algo que nadie más sabía.

Bill Dunne se sintió extremadamente incómodo mientras subían las escaleras, y se aflojó el cuello de la camisa con gesto nervioso. Su padre se pondría furioso si había algún problema.

No hubo ningún problema. Los invitados de la novia pensaron que eran invitados del novio y los del novio que lo eran de la novia. Dieron sus verdaderos nombres. Sonrieron y saludaron con la mano y dado que Nan era con mucho la chica más atractiva de la reunión, no tardó en verse rodeada de un grupo de hombres.

No hablaba mucho, se fijó Bill. Reía, sonreía y asentía, y ponía cara de estar interesada. Incluso cuando le hacían una pregunta directa, conseguía devolvérsela al interrogador. Bill Dunne conversó torpemente con una joven aburrida vestida de *tweed* que miraba tristemente a Nan.

—No sabía que había que vestirse de fiesta —dijo.

—Bueno, sí... ya, desde luego. —Bill estaba poniendo a prueba el método de Nan de no decir prácticamente nada.

—Nos habían dicho que nada de formalidades —se quejó la chica—. Por todo, ya sabes.

—Ah, ya, por todo —murmuró Bill desesperado.

—Bueno, es evidente, ¿no? ¿En caso contrario, por qué no iban a esperar hasta la primavera?

—Hasta la primavera, claro.

Echó un vistazo por encima de la cabeza de ella. Un hombre pequeño de pelo oscuro estaba hablando con Nan. Charlaban muy animados, y no parecían ser conscientes de la existencia del resto de la gente que había en la habitación.

Lilly Foley se miró en el espejo. Era difícil creer que las arrugas jamás desaparecerían. Nunca.

Estaba acostumbrada a las pequeñas arrugas cuando estaba cansada o tensa, pero siempre desaparecían cuando descansaba. Así había sido en los viejos tiempos.

En los viejos tiempos tampoco tenía que preocuparse por la parte superior de sus brazos, por si parecían mostrar signos de celulitis o habían perdido firmeza.

Lilly Foley había vigilado lo que comía desde el día en que había visto por primera vez a John Foley. También había tenido cuidado con lo que se ponía e incluso, a fuer de ser sincera, con lo que decía.

No se ganaba el gran premio, y se conservaba, si una no era capaz de estar a la altura del papel.

Era por eso por lo que le rompía el corazón pensar que aquella enorme jovencita con sobrepeso, Benny Hogan, creyera que tenía alguna oportunidad con Jack. Jack era muy agradable con ella. Tenía los modales y el atractivo de su padre. Pero, evidentemente, no podía pensar en serio en una chica como aquella.

La había llevado en coche a Knockglen y había asistido al funeral por mera cortesía y amistad. Sería triste que la chica se hiciera ilusiones.

A Lilly la había sobresaltado escuchar a Aidan Lynch hablar de Benny y Jack como si fueran una pareja.

Al menos Benny tenía el buen sentido de no pasarse el tiempo llamando a Jack por teléfono como hacían otras chicas.

Debía ser consciente de que no podía haber nada entre ellos.

Benny estaba sentada a la mesa de la cocina deseando que sonara el teléfono. Estaba rodeada de papeles y libros.

Había decidido enterarse de todo lo relacionado con el negocio antes de hablar con Sean y el señor Green a finales de la semana. No podía pedirle ayuda y consejo al viejo Mike en la tienda y tampoco creía que su madre le fuera de gran ayuda. Benny había comprado una caja de papel de escribir ribeteado en negro. Había hecho una lista de la gente que había enviado flores, con la esperanza de que su madre escribiera una breve nota personal para cada uno de ellos. Incluso había escrito la dirección en los sobres.

Pero a Annabel le pesaba demasiado la mano, y su corazón estaba turbado. Jamás conseguía escribir más de dos canas al día. Benny acabó por escribirlas ella misma. Encargó los recordatorios con pequeñas imágenes de su padre y oraciones impresas que la gente podía guardar en sus misales para acordarse de rezar por su alma. Fue también Benny quien encargó las tarjetas bordeadas en negro con un mensaje de agradecimiento impreso en ellas por las condolencias recibidas.

Benny pagó a la funeraria y a los enterradores, y al sacerdote, y la factura de Shea. Pagó a todo el mundo en metálico, ya que había sacado una suma considerable de dinero del banco de Ballylee. Fonsie la había llevado en su furgoneta.

—Espera a que consigamos que Knockglen figure en el mapa —le había dicho

Fonsie—. Entonces tendremos banco propio, no habrá que esperar a que venga el furgón del banco los sábados, como si fuéramos un villorrio perdido en el salvaje oeste.

El empleado del banco se había mostrado muy comprensivo, pero también ligeramente incómodo ante la idea de entregarles una suma can elevada.

—Voy a reunirme con el abogado señor Green el viernes —le tranquilizó Benny—. Él se encargará de ponerlo todo en orden.

Nunca habría imaginado el gesto de alivio que apareció en el rostro del banquero.

Era consciente de que no tenía la menor idea de cómo había llevado su padre el negocio todos aquellos años y sólo tenía unos pocos días para averiguarlo.

Hasta donde llegaban sus entendederas todo estaba en dos grandes libros y en la caja que estaba repleta de trozos de papel de color rosa.

Estaba el libro de ingresos. En él se anotaba cada artículo que se vendía. Algunas entradas eran patéticamente pequeñas. Correspondían a la venta de botones para el cuello, ligas para calcetines, calzadores, cepillos para los zapatos...

Y luego estaba un gran libro de contabilidad de color marrón con una especie de ventanilla en la parte de delante. Estaba dividido en tres columnas: cheques, efectivo y otros. Otros podía significar giros postales o, en un caso, dólares de un americano que iba de paso.

Todos los jueves su padre había hecho cola con los demás cuando la camioneta del banco llegaba al pueblo. La firma del banco al final de cada entrega semanal era el recibo y justificante de que el dinero había sido ingresado en la cuenta.

En la caja había boletos rosa arrancados de los cuadernillos empleados para las rifas de las organizaciones misioneras que resultaban ideales para anotar lo que se había sacado de la caja. Siempre figuraba una cantidad y el motivo. «Diez chelines: gasolina».

Era miércoles, día de cerrar temprano. Había cogido los dos libros de la tienda y los había metido en una gran bolsa para transportarlos.

Sean había discutido con ella diciendo que los libros jamás salían de la tienda.

Benny le había respondido que no dijera estupideces. Su padre se había llevado frecuentemente los libros a casa y su madre quería examinarlos. Parecía un pequeño consuelo en un momento como aquel.

Sean no había podido negarse.

Benny ni siquiera sabía qué era lo que estaba buscando. Sólo quería averiguar por qué iba tan mal el negocio. Sabía que había altas y bajas estacionales. Después de la cosecha, cuando a los granjeros les pagaban por el grano recogido, todos ellos se pasaban por la tienda a comprarse trajes nuevos.

No estaba buscando discrepancias ni falsificaciones, por eso se sorprendió tanto cuando se dio cuenta, de que el libro de ingresos y el de depósitos no casaban. Si se obtenía tanto a la semana eso era lo que debía haberse ingresado en el banco descontando las pequeñas notas rosa denominadas salidas de caja cuyos importes

eran insignificantes.

Por lo que podía entender tras leer y sumar todo laboriosamente, todas las semanas había una diferencia entre lo ingresado y lo depositado en el banco, a veces de hasta diez libras.

Se quedó mirando las cifras con sensación de desesperación y escándalo. Por mucho que le desagradara y por mucho que quisiera verle a un millón de kilómetros de Knockglen, no quería pensar siquiera que Sean Walsh hubiera estado robándole dinero a su padre. Por una parte, resultaba inverosímil. Era una persona excesivamente respetable. Y por otra parte, si iban a hacerle socio, ¿por qué iba a robar en su propio negocio? Y lo que era aún más importante, si todo aquello venía ocurriendo hacía meses, tal vez años, ¿por qué vivía Sean Walsh en una pequeña habitación dos pisos por encima de la tienda y vestía trajes raídos? Se quedó sentada, anonadada por su descubrimiento, y casi ni oyó sonar el teléfono.

Patsy contestó y le dijo que un joven preguntaba por Benny.

—¿Cómo te encuentras? —Jack estaba preocupado—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Estamos bien. —Su voz sonaba distante.

—Me alegro. No me has llamado.

—No quería molestarte. —Todo seguía siendo irreal. Tenía los ojos clavados en los libros.

—Me gustaría pasarme por allí. —Su voz parecía indicar que iba a decirle que no podría hacerlo. De todos modos, no quería verle por allí. Lo que tenía entre manos era demasiado importante.

—No, por Dios, no te molestes, por favor. —Sonaba insistente, y lo sabía, pareció alegrarse.

—¿Cuándo piensas volver a mí?

Le dijo que lo tendría todo resuelto de un modo u otro la semana siguiente. Quizá pudieran reunirse a tomar café en la universidad el lunes.

Su negativa a perseguirle dio sus frutos. Él pareció lamentar de verdad no verla antes.

—Eso es mucho tiempo. Te echo de menos, ¿comprendes? —le explicó.

—Y yo a ti. Fuiste un encanto, todos lo fuisteis, por asistir al funeral.

Cuando desapareció del teléfono también se esfumó de su mente. No había nadie a quien pudiera consultar acerca de los libros.

Sabía que Peggy, Clodagh, Fonsie y Mario los entenderían, al igual que otros muchos comerciantes del pueblo.

Pero en honor a la memoria de su padre no quería revelar que había sido un patoso incompetente, y le debía a Sean Walsh no mencionar sus sospechas hasta estar segura de que eran ciertas.

—¿Por qué no me dejas que te lleve a casa? —le preguntó Simon a Nan después de la cena.

Era la segunda vez que se habían visto aquella semana tras la extraordinaria

coincidencia de su encuentro en el cóctel.

Nan le miró a la cara y le dijo la verdad.

—Jamás invito a nadie a venir a mi casa. Nunca lo he hecho. No parecía excusarse ni su actitud era desafiante. Se limitaba a exponer un hecho.

—¿Se puede preguntar por qué?

Ella le sonrió burlonamente.

—Se puede, si uno es más bien entrometido y curioso.

—Lo soy. —Se inclinó sobre la mesa y le dio unas palmaditas en la mano.

—Lo que ves es lo que soy, el modo en que me veo a mí misma. Así me siento y así seré siempre. Si tú, o cualquier otra persona viniera a casa conmigo, todo sería diferente.

Para Nan era todo un discurso sobre sí misma. Él la miró con sorpresa y cierta admiración.

Sabía que procedía de algún lugar al norte de Dublín. Sabía que su padre trabajaba en la construcción. Había pensado que tal vez vivieran en una gran casa propia de nuevos ricos. Debían tener dinero. Sus ropas eran impecables y siempre acudía a los mejores sitios. Decidió respetar su deseo de mantener su vida doméstica al margen y admiró su honradez al manifestarlo.

Le dijo amablemente que era una bobada. Él no se sentía avergonzado de su casa, una mansión que se desmoronaba en Knockglen, un lugar que había visto tiempos mejores, donde vivía con un servicio mal pagado, un abuelo senil y una hermana loca por los ponis. Era un ambiente extraño para introducir a nadie en él. Y no obstante, él la había invitado a visitarlo después de Navidad. Inclinó la cabeza a un lado en un gesto de interrogación.

Nan permaneció inflexible. Para él era un placer llevar a sus amigos a su casa. Si Simon se sentía incómodo por su actitud, tal vez fuera mejor que no volvieran a verse.

Como había sabido que ocurriría, él estuvo de acuerdo en dejar correr el tema y mantenerlo alejado de sus conversaciones y sus mentes.

Hasta cierto punto, él se sintió aliviado. Era mucho mejor que ser exhibido en una comida dominical y levantar falsas expectativas.

A Heather siempre se le había dado muy mal la costura en el colegio, pero tras una conversación con Dekko Moore, el fabricante de arneses de Knockglen, había decidido que debía intentar mejorar. Le había dicho que podría tener futuro confeccionando ropa de caza para señoras. Podría venderla en la tienda de Peggy o en la de Hogan.

Heather tenía como proyecto para el trimestre entrante aprender a coser en condiciones.

—Es terrible. Hay cosas como el punto de cruz que no tienen nada que ver con cosas reales, como la ropa —le dijo refunfuñando a Eve. Era el doce cumpleaños de Heather y en el colegio la habían dejado pasar la tarde con una familiar a condición

de que estuviera de vuelta a las ocho.

Tomaron un pastel de cumpleaños en casa de Kit y todo el mundo la aplaudió cuando apagó las velas. A los estudiantes les había gustado Heather y su abrumador interés por la comida.

Discutieron sobre las clases de costura que daban en los colegios y lo injusto que era que los chicos no tuvieran que aprender a hacer punto de cruz.

—Por lo menos no tienes que hacer grandes pololos de color verde con refuerzos como tuvimos que hacer nosotras en el colegio —comentó alegremente Eve.

—¿Por qué teníais que hacerlos? —A Heather le fascinaban las historias del convento.

Eve no lo recordaba. Creía que tal vez tuviera que ver con que se llevaban sobre las bragas normales, debajo de los uniformes, cuando había que hacer el pino. O quizá se lo estuviera inventando. Realmente no lo sabía. Estaba irritada con Simon por no haber ido a ver a su hermana el día de su cumpleaños y por haberle mandado tan sólo una postal con la imagen de una mujer vestida de crinolina. Había cientos de tarjetas de felicitación con caballos que habrían sido una elección mucho más acertada.

Pero sobre todo, estaba preocupada por Benny. Había algún problema, algo relacionado con el negocio familiar. Benny le había dicho que no quería hablar del tema por teléfono, pero que se lo contaría todo la siguiente semana.

Lo que Eve no conseguía quitarse de la cabeza era algo que había dicho al final de la conversación.

—Si rezas alguna vez, Eve, prepárate para hacerlo ahora.

—¿Y por qué debo rezar? —Porque todo salga bien.

—Pero si llevamos años rezando por eso —había respondido Eve indignada. No estaba dispuesta a ponerse a rezar por cosas tan poco concretas, le había dicho a Benny.

—La Mujer Sabia permitiría que siguieran sin concretar durante un tiempo —había dicho Benny.

Benny no parecía ni muy sabia ni muy satisfecha.

—Simon tiene una novia nueva —dijo Heather a modo de conversación. Sabía que a Eve siempre le interesaban aquel tipo de historias.

—¿De verdad? ¿Y qué ha sido de la señorita de Hampshire?

—Creo que vive demasiado lejos. En cualquier caso, ésta es de Dublín, o eso me ha contado Bee Moore.

Eve pensó que sería un buen golpe para Nan Mahon y sus pretensiones.

Siempre y cuando no se tratara de Nan Mahon, pensó de repente.

Capítulo 15

Benny devolvió los libros de contabilidad a la tienda a primera hora de la mañana siguiente. Se llevó a *Shep* con ella. El perro miró a su alrededor con la esperanza de que Eddie apareciera saliendo de la habitación trasera, sonriente y dando palmadas, encantado de que su viejo y querido perro fuera a visitarle.

Escuchó pasos en la escalera y se dio cuenta de que no había llegado suficientemente temprano. Sean Walsh estaba levantado y vestido.

—Ah, eres tú, Benny —dijo.

—Mejor que sea así, podría haber entrado cualquiera. ¿Dónde quieres que te deje esto, Sean?

¿Estaba dejándose llevar por la imaginación o él la había mirado escrutadoramente? Cogió los dos libros y los dejó en su sitio. Faltaban más de tres cuartos de hora para abrir la tienda.

El lugar olía a humedad y el ambiente estaba cargado. No había nada en él que incitara a gastar dinero. Nada capaz de hacer que un hombre se liara la manta a la cabeza y se comprara una corbata llamativa o una camisa de color si siempre las había llevado blancas. Miró hacia el oscuro interior y se preguntó por qué nunca había tenido tiempo para fijarse en cosas así y hablar de ellas con su padre cuando aún vivía, hacía menos de una semana.

En realidad, sabía el porqué. Respondió a su propia pregunta casi instantáneamente. Su padre se habría alegrado tanto de ver que se tomaba interés que habría vuelto a tener esperanzas. Se habría planteado el tema de su unión con Sean una vez más.

Sean vio cómo miraba a su alrededor.

—¿Buscas algo en particular?

—Sólo estoy mirando, Sean.

—Tendrá que haber grandes cambios.

—Lo sé. —Habló pausada y solemnemente. Era el único lenguaje que él entendía, el de las frases largas y pontificantes. No obstante, le pareció distinguir una expresión de alarma en sus ojos, como si hubiera captado una amenaza en sus palabras.

—«¿Encontraste lo que buscabas en los libros? —Su mirada no abandonaba los ojos de ella.

—No estaba buscando nada. Como te dije, sólo quería familiarizarme con el funcionamiento cotidiano de la tienda antes de reunirme con el señor Green.

—Creía que quería verlos tu madre. —Su labio se torció ligeramente.

—Así es. Entiende mucho más de lo que ninguno habíamos creído.

Benny no sabía por qué había dicho eso. Annabel Hogan no sabía una palabra del negocio que su dote había contribuido a adquirir. Se había mantenido

deliberadamente apartada de él, considerando que era un mundo de hombres en el que la presencia de una mujer sería una intromisión. Los hombres no se compraban trajes ni se dejaban tomar medidas en un lugar en el que hubiera una mujer.

De repente, Benny comprendió que aquella había sido la tragedia de la vida de sus padres. Si su madre hubiera sido capaz de involucrarse en el negocio, las cosas habrían sido muy diferentes. Habrían compartido mucho más y su interés por Benny no habría sido tan obsesivo. Y su madre, que en muchos aspectos era más perspicaz y práctica que Eddie Hogan, podría haber descubierto la discrepancia, si es que existía, largo tiempo atrás. Mucho antes de que fuera tan grave como parecía ahora.

Emily Mahon llamó a la puerta del dormitorio de Nan y entró con una taza de té.

—¿Estás segura de que no quieres que te ponga leche?

Nan se había acostumbrado a tomarlo con una rodaja de limón. Esto desconcertaba al resto de la familia, que se servía enormes cantidades de leche con el té y luego lo bebía ruidosamente en grandes jarras de barro.

—Está muy bueno así, Em. Pruébalo —le urgió Nan.

—Es demasiado tarde para que cambie de hábitos, y además no tiene sentido. No es como en tu caso.

Emily sabía que su hija había encontrado por fin a una persona especial.

Lo sabía por la cantidad de preparativos que tenían lugar en el dormitorio, por la ropa nueva, por el dinero que le sacaba a su padre y, fundamentalmente, por el brillo de sus ojos.

Sobre la cama había un pequeño sombrero de pétalos. Casaba a la perfección con el vestido y el bolero de seda virgen color lila ribeteado de púrpura. Nan iba a las carreras de caballos aquel día. Era una jornada laborable normal para la mayor parte de la gente, y un día de estudio para los estudiantes, pero para Nan era un día en las carreras.

Emily tenía el turno de noche, así que tenían la casa para ellas solas.

—¿Tendrás cuidado, querida?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir. No te pregunto por él porque sé que piensas que da mala suerte, y no queremos que le conozca papá y arruine todos tus planes. Pero prométeme que tendrás cuidado.

—No me he acostado con él, Em. No tengo la menor intención de hacerlo.

—No me refería sólo a eso. —Emily sí se había referido únicamente a eso, pero le resultaba un poco descarnado decirlo abiertamente—. Me refería a que debes tener cuidado de no abandonar tus estudios y a que no debes ir en coches rápidos.

—Hablabas de acostarme con él, Em. —Nan se rió afectuosamente—. Y no lo he hecho, ni pienso hacerlo, así que relájate.

—¿Vamos a seguir provocándonos el uno al otro eternamente o nos dejaremos llevar por nuestros instintos y nos acostaremos juntos? —le preguntó Simon a Nan mientras se dirigían en coche a las carreras.

—¿Estamos provocándonos? No lo había notado.

Él la miró admirado. No había modo de cogerla desprevenida. Jamás quedaba en desventaja.

Aquel día estaba realmente deslumbrante. Era más que probable que su fotografía apareciera en los periódicos. Los fotógrafos siempre buscaban gente con clase, además de las habituales damas con sombreros ridículos. Su acompañante era exactamente el tipo de chica que les atraería.

En cuanto entraron en el recinto se encontraron atascados en medio de un montón de gente. Molly Black les descubrió mientras asistían a la exhibición de los caballos. Era una mujer muy mandona que llevaba un bastón de caza. Miró de hito en hito a Nan con cierta atención. Su hija había aspirado en tiempos a atraer el interés de Simon Westward. Ésta era una chica de un tipo muy diferente, aunque hermosa, sin duda. Era estudiante, según había podido averiguar, vivía en Dublín, y no había forma de sacarle nada acerca de sí misma o su procedencia.

La señora Black se quejó del decreto del palacio de Buckingham aboliendo la presentación ante la corte de las debutantes.

—Lo que quiero decir es ¿cómo va una a saber quién es quién si se suprime algo así? —dijo mirando a Nan con ojos de depredador.

Nan miró a su alrededor en busca de Simon, dolida porque no estuviera a mano. Recurrió a su viejo sistema de responder a una pregunta con otra.

—¿Y por qué motivo cree que van a abolirla?

—Es obvio. Cada joven debe ser presentada por alguien que lo haya sido previamente. Hay quienes atraviesan tiempos difíciles y aceptan dinero de horribles hombres de negocios a cambio de presentar a sus detestables hijas. Ésa es la causa de todo.

—¿Y conoce usted a alguien que desee ser presentada? —La voz de Nan era indiferente y su actitud cortés.

Había puesto el dedo en la llaga.

—No familia directa, por supuesto —dijo la señora Black irritada—. Pero siempre están los amigos, los hijos de los amigos. Era muy agradable para ellos, un sistema espléndido mediante el cual conocían a gente de su clase, hasta que empezó todo esto.

—Pero supongo que es fácil distinguir a la gente que es como uno, reconocerla, ¿no cree?

—Claro que sí. Es muy sencillo. —Molly Black estaba malhumorada.

Simon apareció de nuevo a su lado.

—Estaba manteniendo una conversación de lo más interesante con tu pequeña amiga —le dijo la señora Black.

—Estupendo. —Simon se alejó llevándose a Nan consigo.

—Menuda pelmaza —dijo.

—Entonces, ¿por qué te molestas por ella?

—No tengo más remedio. —Se encogió de hombros—. Ella y Teddy están en todas partes. Protegiendo a sus hijas de los cazadotes como yo.

—¿Eres un cazadotes? —La sonrisa de ella era ligera y alentadora.

—Por supuesto que sí. Ya has visto la casa —dijo él—. Ven, tomemos una buena copa y apostemos un montón de dinero que no podemos permitirnos a un caballo. La vida es eso.

La cogió del brazo y la condujo a través de la hierba y entre la multitud hasta el bar.

La reunión con el señor Green tuvo un tono muy moderado. Se celebró en Lisbeg. Con ayuda de café muy cargado y palabras severas, Benny había conseguido que su madre estuviera lo suficientemente despierta como para estar presente.

No podía ignorar o posponer las cosas para más adelante. No habría más adelante, insistió Benny. Tenían una deuda con padre y, por duro que fuera para todos, debían asegurarse de que las cosas no acabaran convirtiéndose en un caos irredimible.

Benny le había pedido a su madre que hiciera memoria sobre cualquier conversación acerca de la asociación con Sean. La carta que hablaba de la intención de hacerle socio existía. ¿Había algún motivo para pensar que la sociedad se había formalizado?

Con voz cansina, Annabel le había dicho que padre no hacía más que decir que no había necesidad de precipitar los acontecimientos, que esperarían a ver qué pasaba, que con el tiempo se resolvía todo.

¿Había dicho eso acerca de las cosas en general o se había referido a la incorporación de Sean como socio?

No lograba recordarlo. Le resultaba muy difícil recordar, se quejaba su madre. Parecía que hacía nada que Eddie Hogan estaba vivo y a cargo del negocio. Ahora estaba enterrado y tenían que reunirse con un abogado para discutir temas de negocios de los que ella no sabía nada. ¿No podía Benny ser más paciente y comprensiva?

Patsy sirvió café en el cuarto de estar. La habitación se había ventilado y estaba ahora en uso debido a la afluencia de gente, que se acercaba a ofrecer sus simpatías. Estaban las tres solas. Benny dijo que telefonarían a Sean Walsh y le pedirían que se reuniera con ellas tras un margen de tiempo razonable.

El señor Green les explicó lo que ya sabían: que el señor Hogan, a pesar de sus múltiples recordatorios y sugerencias, había muerto sin hacer testamento. También les dijo algo que no sabían: que el documento de asociación había sido redactado y estaba listo para la firma, pero no había sido firmado.

El señor Green había pasado por Knockglen, como tenía por costumbre, cuatro viernes seguidos en el mes de enero, pero en ninguna de aquellas ocasiones había sido abordado por el señor Hogan con el fin de firmar el documento.

La única ocasión en que el señor Green le había recordado la existencia del documento al señor Hogan, él le había respondido que todavía tenía que considerar

algunas cuestiones.

—¿Cree que había descubierto algo que le había hecho cambiar de opinión? Después de todo escribió esa carta a Sean antes de Navidad. —Benny era persistente.

—Lo sé. Tengo una copia de la carta. La recibí por correo.

—¿Se la envió mi padre?

—Más bien creo que debió de ser el señor Walsh.

—¿Y no notó usted nada? ¿No tuvo usted la impresión de que algo iba mal?

—Señorita Hogan, perdóneme si parezco excesivamente formal, pero no me dedico a opinar sobre sentimientos o impresiones. Como abogado sólo trato de aquello sobre lo que existe constancia escrita.

—Y lo que hay por escrito es una declaración de intenciones de convertir en socio a Sean Walsh, ¿es así?

—Correcto.

Benny no tenía pruebas, sólo actuaba por instinto. Posiblemente, en las semanas anteriores a su muerte, su padre hubiera notado también que, al parecer, estaban depositando en el banco menos dinero del que ingresaban. Pero no se había producido ninguna confrontación. Si hubiera habido una acusación cara a cara, se lo habría contado a su esposa, y Mike lo habría oído hasta la última palabra desde el taller.

Quizá su padre había esperado hasta encontrar pruebas, de modo que eso era lo que debía hacer ella también.

Al igual que su padre, pediría que se retrasara el acuerdo de asociación alegando que era difícil saber quiénes debían formar parte de él.

El señor Green, un hombre cauto, dijo que era muy prudente posponer todo cambio radical hasta que hubiera pasado un buen tiempo. Acordaron que aquel sería el momento adecuado para invitar a Sean Walsh a que se sumara a la reunión.

Cuando Sean llegó, se sirvió café recién hecho.

Explicó que había cerrado la tienda. Era imposible dejar a su cargo a Mike. Sin duda, se trataba de un hombre que había prestado servicios inconmensurables en el pasado, pero como solía decir el señor Hogan, el pobre Mike no era de gran utilidad en el mundo de hoy.

Su padre solía decir eso, recordó Benny, pero lo decía con afecto y preocupación, no con el fantasma del despido flotando en el ambiente.

El acuerdo fue que por el momento todo seguiría como estaba. ¿Creía Sean que sería necesario contratar a alguien temporalmente? Él respondió que todo dependía.

Le preguntaron que de qué dependía. De si la señorita Hogan pensaba abandonar sus estudios para trabajar con él en la tienda. Caso de ser así, concluyó, no sería necesario contratar a un empleado eventual.

Benny explicó que nada estaba más lejos de los proyectos de su padre. Sus dos progenitores habían soñado con que su hija fuera graduada universitaria, pero aun así, se tomaría un creciente y continuado interés en el negocio. Casi tuvo que despertar a

su madre dándole patadas bajo la mesa para que dijera que estaba dispuesta a hacer lo mismo.

Como de pasada, y sin insinuar en modo alguno que algo fuera mal, Benny preguntó si era posible que les explicaran el sencillo sistema de contabilidad que empleaban en la tienda. Laboriosamente, Sean procedió a hacerlo.

—De modo que lo que hay en el libro de entradas debe corresponderse todas las semanas, a grandes rasgos, con lo que figura en el libro de depósitos. —Los ojos de Benny estaban muy abiertos con expresión de inocencia.

—Sí, añadiendo o descontando lo retirado —dijo él.

—¿Lo retirado?

—El dinero que tu padre pudiera coger de la caja.

—Ya, lo que anotaba en las tarjetas rosa, ¿no es así?

—Siempre que se acordaba. —La voz de Sean era sepulcral y parecía estar haciendo esfuerzos por no hablar mal del difunto—. Tu padre era un hombre maravilloso, como bien sabes, pero muy olvidadizo.

—¿Y para qué iba él a sacar dinero de la caja? —Benny sentía frío en el corazón. No habría modo de obtener pruebas, no si creían a Sean.

—Veamos. Déjame que lo piense. —Sean miró a Benny. Llevaba puesto su mejor conjunto, la nueva falda y el bolero que había recibido como regalo de Navidad.

—Tal vez en cosas como tus vestidos, Benny. Quizá sacara dinero para pagar uno de tus conjuntos sin acordarse de rellenar una papeleta.

Benny supo que había sido derrotada.

Kevin Hickey dijo que su padre iba a ir a visitarle y se preguntaba si la señora Hegarty podía recomendarle algún buen hotel en Dunlaoghaire.

—Por Dios, Kevin, pasas por delante de una docena de ellos todos los días —le respondió Kit.

—Creo que quería conocer su opinión, más que la mía.

Kit sugirió el Marine, y le reservó una habitación.

Supuso que el padre de Kevin quería ver la casa en la que su hijo pasaba todo el año académico, e instó al muchacho a que invitara a su padre a tomar una taza de té durante su visita.

Paddy Hickey era un hombre grande y agradable. Explicó que se dedicaba a la maquinaria agrícola. Poseía una pequeña extensión de tierra, pero ningún miembro de la familia tenía vocación por la agricultura. Todos sus hermanos se habían marchado a América y todos sus hijos habían obtenido algún título universitario, pero ninguno de ellos en el campo de la agricultura.

Como todos los hombres de Kerry ponía mucho énfasis en la educación.

A Kit y a Eve les gustó. Habló sin embarazo sobre el hijo difunto de la casa, y pidió que le enseñaran una fotografía de él.

—Descanse en paz. Pobre muchacho, nunca tuvo ocasión de saber de qué iba la vida aquí abajo —dijo.

Había resultado embarazoso pero emocionante. Ni Kit ni Eve habían sabido qué responder.

Les agradeció que hubieran ofrecido a su hijo un hogar como el suyo y que le hubieran animado a estudiar.

—¿No habrá esperanza de que esté en relaciones con alguna bonita muchacha como usted? —le preguntó a Eve.

—Ah, no. A mí no me miraría dos veces —dijo Eve riéndose.

—Además, hay un estudiante de leyes que está prendado de ella —añadió Kit.

—Debe quedarse muy sola en ocasiones, señora Hegarty, cuando todos los jóvenes salen a divertirse por la noche —dijo él.

—Me las arreglo —respondió Kit.

Eve se dio cuenta de que aquel hombre estaba haciendo acopio del valor necesario para invitar a salir a Kit Hegarty. Sabía también que Kit no se había dado cuenta.

—Ya lo creo que sí —dijo Eve—. Por supuesto que sí, pero me encantaría que salieras por ahí e hicieras el idiota por una vez.

—Hablando de hacer el idiota —dijo el grandullón Paddy Hickey—, supongo que no hay posibilidad de que acompañe a un viejo viudo de Kerry a dar una vuelta por la ciudad esta noche.

—Vaya, eso es maravilloso —saltó Eve—, porque vamos a salir todos esta noche. Kit pareció sorprendida.

—Venga a buscarla a eso de las siete, señor Hickey. La tendré lista para usted —dijo Eve.

Cuando se hubo marchado, Kit se volvió hacia Eve hecha una furia.

—¿A qué viene esto? ¡Qué forma de comportarse! No es propia de ti.

—No es propia de mí para mí, pero por Dios que para ti no hay otra.

—No puedo salir con él. Soy una mujer casada.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo soy. Hiciera lo que hiciera Joseph en Inglaterra, sigo estando casada.

—No digas tonterías, Kit.

—¡Eve!

—Hablo en serio, de verdad. Nadie te está pidiendo que cometas adulterio con el padre de Kevin, grandísima boba, sólo que salgas con él, que le cuentes tu historia si quieres, que le hables de las cadenas que te atan y que se extienden a través del canal. Personalmente yo no lo haría, aunque tú sí lo harás. Pero no le tires a la cara su invitación a un hombre decente como ése.

Parecía tan enfadada que Kit se echó a reír.

—¿Y qué me pongo?

—Así me gusta. —Eve le dio un gran achuchón y subieron al piso de arriba para examinar el vestuario de ambas.

—Me preguntaba si no considerarías el viaje a Gales como una especie de

vacaciones... —preguntó Jack a Benny esperanzado.

—No, es demasiado pronto.

—Pensé que sería un cambio. Se supone que eso es bueno.

Benny sabía a lo que se refería. Se moría de ganas de ir a Gales con él. Se moría de ganas de ser su chica a bordo de un barco, navegando desde Dunlaoghaire a Holyhead. Se moría de ganas de estar sentada a su lado en un tren, y de conocer a los otros, y de ser Benny Hogan, la novia de Jack Foley, con todo lo que ello implicaba.

Y sabía que un cambio la libraría de los pensamientos y sospechas que zumbaban en su cabeza.

Había intentado que su madre fuera a visitar a sus hermanos y cuñadas, que se habían mostrado muy solícitos durante el funeral. Pero Annabel Hogan le dijo a Benny con tristeza que no habían aprobado su matrimonio con Eddie, un hombre más joven que ella que carecía de oficio y de beneficio. Opinaban que debería haber encontrado un mejor partido. No quería ir a alojarse en sus grandes casas de campo, y tener que contarles historias sobre un matrimonio en el que a ella le había ido bien aunque ellos tuvieran en tan poca estima a su marido.

No, se quedaría en casa e intentaría acostumbrarse al modo en que iba a discurrir su vida a partir de entonces.

Benny no quería explicarle todo eso a Jack. Él no era una persona a la que se debiera cargar con problemas. Lo bueno era que se había mostrado muy contento de verla. No había prestado la menor atención a las miradas de admiración que convergían sobre él desde todos los rincones de la cafetería de la universidad. Sentado en la dura silla de madera, había bebido taza tras taza de café y se había comido dos «cementeros de moscas». Benny le había dicho que había abandonado su hábito por el dulce. De hecho, su cuerpo le pedía uno a voces, pero había decidido no comer pasteles, bollos, patatas fritas o galletas. Si no hubiera sido porque tenía a Jack Foley para iluminar su mundo, su vida habría sido realmente aburrida.

Nan se mostró encantada de ver a Benny de vuelta en clase.

—No tenía a nadie con quien hablar. Me alegro mucho de volver a verte.

A pesar suyo, Benny se sintió halagada.

—Tenías a Eve. Dios, no sabes cómo os envidio a las dos por poder estar aquí todo el tiempo.

—Creo que Eve está enfadada conmigo —le confió Nan—. He estado saliendo con Simon, ¿comprendes? Al parecer no lo aprueba.

Benny sabía que era verdad. Eve no lo aprobaba, pero habría ocurrido lo mismo con cualquier otra persona que saliera con Simon. Eve pensaba que él debía haber hecho algún esfuerzo por proveer de medios a su prima una vez que se había hecho lo suficientemente mayor para comprender la situación.

Y tenía la sensación de que Nan no había actuado abiertamente. Eve aseguraba que había arrastrado a Benny al Hibernian con el exclusivo propósito de ser presentada a él. Benny opinaba que era imposible, pero había ciertos temas sobre los

que Eve se mostraba inflexible.

—¿Adónde te lleva? —A Benny le encantaba oír los distanciados comentarios de Nan sobre la vida de altos vuelos que Simon estaba abriendo ante sus ojos.

Ella le describió el bar que había en la parte de atrás de Jammets, el Red Bank, el Bailey y el Davy Byrne's.

—Es muy mayor, ¿comprendes? —le explicó Nan—. Así que la mayoría de sus amigos se reúnen en bares y hoteles.

A Benny le pareció muy triste. Imagínate no poder ir a los sitios más divertidos, como el Coffee Inn, o el Inca, o el Zanzíbar. Todos los sitios a los que iban ella y Jack.

—¿Y él te gusta?

—Sí, mucho.

—¿Entonces a qué viene esa cara de preocupación? Es evidente que tú también le gustas a él, o no te invitaría a todos esos sitios.

—Sí, pero quiere acostarse conmigo.

A Benny se le pusieron los ojos como platos.

—No pensarás hacerlo, ¿verdad?

—Sí que lo haré, ¿pero cómo? Eso es lo que intento decidir, el cómo y el cuándo.

Tal y como salieron las cosas, resultó que Simon ya había decidido cómo y cuándo. Había previsto que sería en el asiento trasero de un coche aparcado en las montañas de Dublín. Afirmó que era una bobada fingir que no querían hacerlo.

Nan estaba fría como el hielo. Dijo que no tenía la menor intención de hacer nada parecido en un coche.

—Pero me deseas, ¿no? —dijo Simon.

—Sí, por supuesto que sí.

—¿Entonces?

—Tienes una casa en buen estado en la que estaríamos cómodos.

—No, en Westlands no.

—Pues en un coche tampoco, definitivamente —replicó Nan.

Al día siguiente Simon esperaba en la esquina de Earlsford Terrace y Leeson Street mientras los estudiantes salían en tromba a la hora de la comida, empujando sus bicicletas o con los libros a cuestas. Se dirigían a alojamientos, pensiones, pisos y restaurantes distribuidos por toda la ciudad.

Nan había dicho que no cuando Eve y Benny la habían invitado a que las acompañara al Singing Kettle. El menú consistiría en patatas fritas para Eve y café solo para la voluntariosa Benny.

No vieron sus ojos moverse rápidamente como si supiera que habría alguien esperándola.

No vieron a Simon aparecer y tomarla de la mano.

—Anoche fui asombrosamente grosero —dijo.

—No te preocupes, olvídale.

—Lo digo en serio, fue imperdonable. Me preguntaba si querrías venir a cenar a un pequeño hotel que conozco. Podríamos quedarnos a pasar la noche si te apetece.

—Me gustaría, desde luego —respondió Nan—. Por desgracia no estoy libre hasta el próximo martes.

—Lo dices por hacerme esperar.

—No, te lo aseguro.

Pero en efecto, estaba haciéndole esperar. Nan había calculado cuál era su período fértil, y el martes siguiente era lo más pronto que se atrevía a acostarse con Simon Westward.

Clodagh estaba sentada cosiendo en la habitación trasera. Tenía la puerta de cristales y así podía ver si entraba en la tienda algún cliente que mereciera su atención personal. En caso contrario, su tía y Rita, la nueva dependienta que habían contratado, podían arreglárselas perfectamente sin ella.

Benny entró en el cuarto y se sentó junto a ella.

—¿Qué tal os va con Rita?

—Muy bien. Hay que saber elegirlas, tienen que ser lo suficientemente despiertas como para que sirvan de algo. Pero no tanto como para que te roben las ideas y se establezcan por sí mismas. Forma parte de la naturaleza del negocio.

Benny se rió secamente.

—Me gustaría que alguien le hubiera dicho eso a mi padre hace diez años —dijo enojada.

Clodagh siguió cosiendo. Benny jamás había sacado a colación el tema de Sean Walsh anteriormente, a pesar de que había sido muy comentado durante las últimas semanas. Inmediatamente después de las Navidades había habido rumores de que le iban a hacer socio de la firma. Los que acudían a tomar una copa al bar del hotel decían que la señora Healy hablaba del tema con gran autoridad. Desde el día que le había sido vetada la entrada en el hotel, Clodagh había convertido en una cuestión personal enterarse de todo lo que pasaba allí, y de los temas que se discutían.

Esperó a oír lo que tenía que decir Benny.

—Clodagh, ¿qué ocurriría si Rita estuviera cogiendo dinero de la caja?

—Pues para empezar, que me enteraría nada más terminar el día, o como muy tarde al terminar la semana.

—¿De verdad?

—Sí. Luego sugeriría cortarle las manos a la altura de las muñecas, pero mi tía Peggy probablemente diría que bastaba con despedirla.

—Supón que no pudieras probarlo.

—Entonces tendría muchísimo cuidado, Benny. No puedes ni imaginarte cuánto.

—¿Si lo hubiera ingresado en un banco lo sabría alguien? —Oh, claro. Pero no lo habría guardado en un banco, no en un lugar como éste. Lo tendría en efectivo en algún lugar.

—¿Dónde?

—Dios, ni idea, y tendría mucho cuidado de que no me cogieran buscándolo.

—Así que si no pudieras probarlo tendrías que dejarlo correr.

—Es muy probable, por amargo que pudiera resultarme.

Benny percibió el tono de advertencia en su voz. Las dos sabían que no estaban hablando de la inocente Rita, que estaba fuera en la tienda. Las dos comprendían que sería peligroso decir nada más.

Jack Foley dijo a Benny que la llamaría en cuanto llegara a Gales. Iban a alojarse en una casa de huéspedes. Él compartiría la habitación con Bill Dunne, que iba a acompañarles por diversión y para tomar cerveza.

—No me necesitarás para nada —le había dicho ella riéndose para ocultar su desilusión por no poder ir.

—Por simpático que pueda ser Bill Dunne, no creo que haya comparación posible. Me gustaría que pudieras venir conmigo.

—Bueno, llámame cuando estéis en el momento de mayor diversión —dijo Benny.

No la llamó. Ni la primera noche, ni la segunda, ni la tercera. Benny esperó sentada en casa. No llevó a su madre al Hotel Healy a probar sus nuevas cenas, aunque habían sido invitadas por la señora Healy.

En lugar de ello, se había quedado en casa escuchando el tictac del reloj, los ronquidos de *Shep* y los susurros de Patsy, que hablaba con Mossy mientras su madre miraba el fuego. Jack Foley no llamó en el momento de mayor diversión.

Nan llenó su maletín meticulosamente. Un camisón con encajes, ropa para cambiarse al día siguiente, un neceser muy elegante de Brown Thomas, con polvos de talco, un cepillo de dientes nuevo y pasta de dientes. Se despidió de su madre con un beso.

—Me quedaré con Eve en Dunlaoghaire —dijo.

—Muy bien —contestó Emily Mahon, que sabía que, se quedara donde se quedara, Nan no iba a pasar la noche con Eve en Dunlaoghaire.

Bill Dunne se encontró con Benny en el vestíbulo de la universidad.

—Se supone que debo encontrarme casualmente contigo para averiguar cómo está el ambiente —dijo—. ¿Qué demonios quieres decir?

—¿Se la ha cargado nuestro amigo o no?

—Bill, empiezas a resultar peor que Aidan. Habla en cristiano.

—En pocas palabras, tu novio pródigo, el señor Foley, quiere saber si puede atreverse a abordarte, dado que no consiguió llamarte por teléfono.

—Oh, no seas bobo —dijo Benny exasperada—. Jack sabe que no soy esa clase de chica, que no me dan pataletas ni arrebatos. Sabe que no me importaría una cosa así. Si no pudo telefonarme, pues no pudo.

—Ahora entiendo por qué le gustas tanto, Benny. Y por qué estaba tan preocupado por si te habías molestado —dijo Bill Dunne con admiración—. Eres una entre un millón, Benny.

A Heather Westward no le había hecho gracia la idea de que Aidan les acompañara en sus excursiones, pero eso había sido antes de conocerle. Eve no tardó en quejarse de que prefería a Aidan antes que a ella. Su mundo de fantasía era infinitamente más entretenido que el de Eve.

Le contó a Heather que Eve y él iban a tener ocho hijos, separados entre sí ocho meses. Se casarían en 1963 y no pararían de tener hijos hasta finales de 1970.

—¿Se debe eso a que sois católicos?

—No, se debe a que quiero que Eve esté ocupada durante mis primeros y difíciles años en la magistratura. Pasaré el día y la noche trabajando para ganar dinero suficiente para la ropa que exigirán todos esos niños. Tendré que trabajar por las noches en un periódico como editor adjunto, lo tengo todo planeado.

Heather se rió tapándose la boca con su enorme helado. No estaba muy segura de que hablara totalmente en serio. Miró a Eve en busca de confirmación.

—Eso es lo que piensa ahora, pero de hecho, lo que ocurrirá es que conocerá alguna rubia descerebrada que le mirará haciendo aletear las pestañas y riéndose como una idiota y se olvidará de mí y de sus planes a largo plazo.

—¿Te importaría? —Heather habló como si Aidan no estuviera presente.

—No, de hecho me sentiré bastante aliviada. Tener ocho hijos sería agotador. ¿Recuerdas cómo se sentía *Clara* cuando tuvo todos esos cachorros?

—Pero tú no tendrías que tenerlos todos a la vez, ¿no? —Heather se tomaba la cosa en serio.

—Tendría sus ventajas —dijo Aidan en tono reflexivo—. Obtendríamos gratis muchas cosas para los niños, y tú podrías ayudarnos a cuidarlos, Heather. Podrías cambiar los pañales a cuatro de ellos mientras Eve se los cambiaba a los otros cuatro.

Hether se rió encantada.

—No quiero para nada una rubia descerebrada, de verdad —le dijo Aidan a Eve—. Yo no soy ningún Jack Foley. Eve le miró asombrada.

—¿Jack?

—Ya sabes, el del viaje a Gales. No pasa nada. Benny le ha perdonado. O eso dice Bill Dunne.

—Le ha perdonado que no la telefonara. No sabía que tuviera que perdonar nada relacionado con una rubia descerebrada.

—Bueno... no creo que fuera nada serio —dijo Aidan retractándose.

Los ojos de Eve brillaron como el acero.

—Sólo fue un barco que pasó por la noche, o por la tarde. Un barco rubio, estúpido y gales. Yo qué sé, por amor de Dios. No estaba allí. Sólo me lo han contado.

—No me cabe duda de que te lo han contado, y con todos los sórdidos detalles.

—No, hablo en serio. Y Eve, yo no le contaría nada a Benny.

—Soy su amiga.

—¿Eso quiere decir que se lo contarás o que no? —Quiere decir que jamás lo

sabrás.

Nan se acomodó en el coche de Simon.

—Hueles maravillosamente —dijo él—. Siempre usas los perfumes más caros.

—La mayoría de los hombres no saben reconocer un buen perfume —le halagó ella—. Tienes un gran discernimiento.

Salieron de Dublín por el sur, atravesando Dunlaoghaire, pasando por delante de la casa de Kit Hegarty y el colegio de Heather.

—Ahí es donde estudia mi hermana.

Nan ya lo sabía. Sabía que Eve iba allí los domingos, mientras que Simon no lo hacía. Sabía que Heather era infeliz allí y preferiría con mucho un colegio que no fuera un internado, donde pudiera estar cerca de su adorado poni y su perro y de la vida en el campo que tanto amaba. Pero no le dijo a Simon que estuviera al corriente de todo aquello.

Estaba empeñada en actuar fría y distantemente con Simon. Pensaba preguntarle poco y aparentar saber aún menos sobre su vida familiar, para que no se sintiera justificado para intentar sonsacarla sobre la suya. Más adelante, cuando realmente le hubiera cautivado, ya habría tiempo para dar respuesta a sus preguntas.

Para entonces, él ya la conocería suficientemente bien como para comprender que su padre borracho y su terrible familia no tendrían nada que ver con su vida futura.

Estaba convencida de que ya había flirteado suficientemente con él, y que esa noche era el momento apropiado para acompañarle al famoso hotel.

Había buscado el hotel en una guía, y lo sabía todo sobre él. Nan Mahon jamás llegaría a ningún sitio, ni siquiera a un hotel en el que iba a perder su virginidad, sin estar preparada e informada sobre su trasfondo social.

Él le dirigió una sonrisa torcida. Realmente era muy atractivo, pensó Nan, aunque era más bajo de lo que le habría gustado. Nunca se ponía sus zapatos buenos de tacón alto cuando iba a salir con él. Por su parte, él parecía muy seguro de ella, como si hubiera sabido que aquel día llegaría más tarde o más temprano.

De hecho, seguro que era eso lo que estaba pensando.

—Me alegró mucho que aceptaras mi invitación a cenar. Así podremos pasar toda la noche juntos en vez de tener que salir corriendo en busca de una parada de taxis —dijo él.

—Sí, es un lugar precioso, según tengo entendido. Tiene retratos maravillosos y grabados de caza antiguos.

—Así es. ¿Cómo lo sabes?

—No lo recuerdo, alguien debió contármelo.

—¿No has estado nunca en él con algunos de tus anteriores novios?

—Nunca he estado en un hotel con nadie.

—Vamos, no me digas.

—Es verdad.

Él pareció ligeramente alarmado, como si lo que le esperaba se hubiera vuelto

más arduo y complicado de lo que había supuesto. Pero una chica como Nan no se habría metido en una aventura como aquella a menos que fuera en serio.

Y cuando había dicho que jamás había estado en un hotel con un hombre, era posible que estuviera diciendo literalmente la verdad. Aunque una chica como ella tenía que haber tenido algún tipo de experiencia, ya fuera en el dormitorio de un hotel o en una duna de arena. No se enfrentaría a ese problema hasta que se viera obligado a hacerlo.

Había velas en la mesa, y se sentaron en un comedor en penumbra lleno de grandes retratos al óleo de los severos antecesores del hotelero.

El camarero hablaba respetuosamente, como un viejo criado, y todos parecieron reconocer a Simon, al que trataban con respeto.

En la mesa de al lado había una pareja. El camarero se dirigió al hombre llamándole sir Michael. Nan cerró un momento los ojos. En muchos aspectos, estar aquí era mejor que estar en Westlands. Él había tenido razón.

Era como una casa majestuosa, y estaban siendo tratados como aristócratas. No estaba mal para la hija de Brian Mahon, proveedor de materiales de construcción y borracho empedernido.

Nan no le había mentado, como había podido comprobar Simon con sorpresa y cierto sentimiento de culpabilidad. En efecto, era el primer hombre con el que había dormido en un hotel se mirara como se mirara. Yacía a su lado, y la luz de la luna que entraba a través de las cortinas iluminaba la perfección de sus rasgos. Era realmente una chica extraordinariamente guapa y, al parecer, le gustaba mucho. La atrajo de nuevo hacia él.

Benny sabía que no era posible posponer el problema de Sean Walsh indefinidamente. Necesitaba conseguir que su madre pusiera algo de interés en el tema. Annabel se despertaba pesada y torpe del sueño que sólo podía conseguir por medio de las pastillas. Necesitaba varias horas para deshacerse de la sensación de abotargamiento.

Y cuando conseguía hacerlo, volvía a ser consciente de la soledad que la embargaba. Su marido había muerto prematuramente, su hija se pasaba el día en Dublín y su criada estaba a punto de anunciar su compromiso con Mossy Rooney, cosa que no había hecho aún por deferencia al dolor de la familia a la que servía.

El doctor Johnson le dijo a Benny que aquellas cosas llevaban tiempo, a veces mucho, pero que al final, como había ocurrido con la señora Kennedy, la de la botica, si era posible convencer a su madre de que se interesara por el negocio, acabaría recuperándose.

El doctor parecía haber estado a punto de decir algo más, pero se lo había pensado mejor.

Siempre había detestado a Sean Walsh. Benny se preguntó si tendría algo que ver con él.

—Verá, el problema es Sean —dijo tentativamente.

—Siempre lo ha sido —replicó el doctor Johnson.

—Si mi madre se hiciera cargo de la tienda...

—Sí, lo sé.

—¿Cree que será capaz de hacerlo alguna vez? ¿O sólo me estoy dejando llevar por la fantasía?

El doctor miró afectuosamente a la joven del pelo castaño, la niña que había visto crecer desde que era un bebé rechoncho hasta que se había convertido en una colegiala grande y desgarbada. Ahora su cuerpo se había estilizado ligeramente, aunque seguía siendo una mujer grandona se la mirara como se la mirara. Era posible que Benny Hogan hubiera disfrutado de más comodidades que los otros niños de Knockglen a los que había curado las anginas o la varicela, pero jamás había tenido tanta libertad como ellos.

Ahora parecía que las cadenas que la ataban a su hogar estaban haciéndose aún más fuertes.

—Tienes que vivir tu propia vida —dijo enojado.

—Eso no es de gran ayuda, doctor Johnson.

Muy para su sorpresa, él asintió.

—Tienes razón. No es de gran ayuda. Y tampoco sirvió de mucho decirle a tu madre que dejara de lamentarse e intentara vivir. No quiere escucharme. Y no sirvió de nada, hace ya muchos años, decirle a Birdie Mac que debía ingresar a su madre en una residencia, ni decirle a Dessie Burns que visitara al monje de Mellary que se dedica a ayudar a la gente a dejar de beber. Pero no hay más remedio que decir estas cosas, es el único modo de mantener la cordura.

Benny jamás había oído al doctor hacer un discurso así de largo. Se quedó mirándole boquiabierto.

El doctor recobró la compostura.

—Si creyera que así desaparecería de aquí ese estúpido patán de Sean Walsh, le daría a Annabel algún tipo de estimulante para que se pasara doce horas al día trabajando en la tienda.

—Al parecer mi padre había llegado a algún tipo de acuerdo con Sean para hacerle socio del negocio. Tendremos que hacer honor a su palabra.

—Supongo que así es. —El doctor Johnson estaba al corriente.

—A menos que existiera alguna razón para que mi padre no firmara el documento. —Le miró con expresión implorante. La esperanza de que Eddie Hogan pudiera haberle confiado a su viejo amigo Maurice Johnson sus sospechas era remota, pero no había sido así. Con el corazón lleno de congoja oyó decir sombríamente al doctor que no tenía conocimiento de que hubiera razón alguna.

—No es como si fuera el tipo de persona a la que se coge metiendo mano a la caja. No ha gastado ni dos peniques en su persona desde el día en que llegó.

Sean Walsh estaba tomando su café de por las mañanas en Healy's. Desde la ventana podía ver si entraba alguien en la sastrería Hogan.

Mike podía encargarse de las ventas sencillas, o de tomar medidas a un cliente habitual. Cualquier cosa que representase una dificultad mayor requeriría su presencia.

La señora Healy estaba sentada a su lado.

—¿Alguna noticia de la asociación?

—Van a respetar los deseos del difunto. Lo dijeron delante del abogado.

—Así tiene que ser. Ya debería estar todo resuelto. Tu nombre tendría que figurar en la fachada de la tienda para que todos lo vieran.

—Eres muy bondadosa por tener tan alta opinión de mí... Dorothy. —Seguía pensando en ella como la señora Healy.

—Nada de eso, Sean. Mereces que se reconozcan tus capacidades. Y que te vean como lo que eres.

—Todo se andará. Algún día se enterará la gente. Yo me muevo despacio, ése es mi estilo.

—Está bien mientras te muevas. No te quedes parado.

—No me he quedado parado —le aseguró Sean Walsh.

—¿Cuándo te veré de nuevo? —dijo Simon al dejar a Nan junto al University College.

—¿Qué sugieres?

—Bueno, yo sugeriría que esta noche, ¿pero dónde podríamos ir?

—Podríamos ir a tomar algo a alguna parte.

—Sí, ¿pero después?

—Estoy segura de que conoces otros hoteles encantadores —dijo ella sonriéndole.

En efecto, los conocía, pero no podía permitírselos. Y no podía llevarla a casa de Buffy y Frank, donde se alojaba cuando estaba en Dublín. Por su parte, ella se negaba a llevarle a su casa. El coche parecía estar descartado y, por lo que a él se refería, Westlands también lo estaba.

—Ya pensaremos en algo —prometió él.

—Adiós —dijo Nan.

Se quedó mirándola irse lleno de admiración. Hacía mucho tiempo que no había conocido una chica como aquella.

—Benny, tienes una cara espantosa. Ni siquiera te has cepillado el pelo —dijo Nan.

—Muchas gracias por tus ánimos. Es precisamente lo que necesito.

—Desde luego que lo es —dijo Nan—. El hombre más guapo de la universidad bebe los vientos por ti. No puedes aparecer hecha una ruina.

—Está bien, me cepillaré el pelo.

El hombre más guapo de la universidad no bebía los vientos por ella. Más bien parecía un borrego degollado. Cada vez que se encontraban le pedía perdón por lo de Gales. Benny le había dicho que lo olvidara, que esas cosas pasaban. Y si ella no le

daba importancia, ¿por qué tenía que dársela él?

Incluso había hecho todos los preparativos para quedarse en Dublín aquel viernes, y le había sugerido que salieran por la noche. Le había preguntado a Eve si podía quedarse a dormir en Dunlaoghaire. Le había dicho a Patsy que pasaría la noche fuera y a su madre que tenía que quedarse en Dublín, que todo el mundo superaba las pérdidas a su manera y que ella necesitaba pasar tiempo con sus amigos.

Los ojos de su madre, apagados y apáticos, se habían nublado, como si aquello fuera otro golpe más.

Lo peor de todo era que Jack le había dicho que el viernes no era un buen día para él. Tenían una reunión en el club de rugby y después pensaban ir todos a tomar una copa.

—Podemos quedar cualquier otra noche —le había dicho él distraídamente. A Benny le habían dado ganas de abofetearle con todas sus fuerzas. Era tan desconsiderado como un niño.

¿Por qué era incapaz de darse cuenta de lo difícil que era para ella organizar cualquier clase de salida? Ahora tendría que desandar lo andado. Tendría que volver a hablar con Eve, Kit, Patsy y su madre. Por todos los demonios, no pensaba hacerlo. Se quedaría en Dublín a pesar de todo y quizá fuera al cine con Eve y Aidan, que la habían invitado un montón de veces. Después irían a tomar un curry.

Estaban aún silbando el tema de *El puente sobre el río Kwai* cuando llegaron al Golden Orient en Leeson Street. Se encontraron con Bill Dunne, que salía de Hartigan's, y se unió a ellos para la cena.

Aidan les explicó el menú, como si fuera un experto.

Todo el mundo debía pedir algo distinto, así podrían probar cuatro platos y convertirse en locos por el curry.

—Pero a todos nos gusta el kofta —protestó Eve.

—Lástima, la madre de mis hijos no puede ser una mujer de plato único —replicó Aidan.

—¿Dónde está Jack? —preguntó Bill Dunne.

—En una reunión del club de rugby —dijo Benny distraídamente.

Le pareció que los dos chicos intercambiaban una mirada, pero decidió que debía haberlo imaginado. Tanto vigilar a Sean Walsh le estaba haciendo ver miradas y gestos donde no los había.

Jack Foley la llamó, muy enfadado, el sábado.

—Tengo entendido que organizasteis una salida por todo lo alto anoche. La única noche de la semana en la que yo no podía asistir —dijo.

—No me habías dicho nada. Siempre has insistido en que los viernes por la noche en Dublín son maravillosos. —Benny se sintió herida por la injusticia de su actitud.

—Y lo son según para quien, por lo que me ha contado Bill Dunne.

—¿Qué noche tienes libre la semana que viene, Jack? Lo organizaré todo para quedarme en la ciudad.

—Estás resentida —dijo él—. Estás resentida por lo de Gales.

—Ya te he dicho que comprendo perfectamente que no tuvieras tiempo para llamarme. ¿Cómo voy a estar resentida por una cosa así?

—No hablo de lo de la llamada. Hablo de lo otro.

—¿Qué es lo otro? —preguntó Benny.

Nan y Simon se reunieron tres veces sin poder hacer lo que ambos deseaban, acostarse juntos.

—Es una lástima que no tengas un pisito en la ciudad —dijo él.

—Es una lástima que no lo tengas tú —contraatacó ella.

Lo que estaban necesitando era un lugar discreto en el que nadie pudiera verles, algún lugar en el que pudieran entrar y salir a hurtadillas.

No tenía por qué ser en Dublín. Podía estar en cualquier sitio. La gasolina no era problema. Al parecer, Simon se la cargaba a la granja. Era algo complicado, pero así le salía gratis.

Sólo necesitaba ir a Knockglen para llenar el depósito.

Nan recordó la casita de Eve junto a la cantera.

Había visto a Eve guardar la llave bajo una piedra del muro. Nadie iba por allí. Excepto a veces una monja, que se acercaba para echarle un vistazo al lugar. Pero la monja no estaría vigilando la casa por la noche.

Sólo había luces en una de las casas. Nan recordó que era en la que vivía un hombre silencioso llamado Mossy. Había escuchado a Benny y Eve hablar de él en una ocasión.

—Es el hombre al que nuestra Bee Moore había echado el ojo, pero alguna otra se lo arrebató —dijo Simon, sonriendo presuntuoso por sus conocimientos sobre la zona.

Nan había llevado consigo un par de sábanas, fundas de almohada y dos toallas, además de su neceser, esta vez con jabón incluido. No debían dejar el menor rastro de su visita.

Simon no entendía por qué no se habían limitado a pedirle permiso a Eve. Nan le había dicho que era absolutamente imposible, que Eve diría que no.

—¿Por qué? Tú eres su amiga y yo soy su primo.

—Precisamente por eso —le había respondido Nan.

Simon se había encogido de hombros. Estaban allí, de modo que ¿qué importaba? No podían arriesgarse a encender la chimenea ni la cocina. Se llevaron la botella de champán directamente a la cama.

A la mañana siguiente hacía mucho frío.

—Tendré que traer mi estufa de petróleo, si consigo encontrarla —dijo Simon estremeciéndose.

Nan dobló cuidadosamente las sábanas y las toallas y las guardó en su bolsa.

—¿No podemos dejarlas aquí? —preguntó él.

—No seas ridículo.

Tras lavarse rápidamente con agua fría, y sin afeitarse, Simon examinó el interior de la casa por vez primera.

—Tiene aquí algunas cosas muy bonitas —comentó—. Desde luego eso procede de Westlands —dijo indicando el piano—. ¿Sabe tocarlo Eve?

—No, creo que no.

Examinó otras cosas. Esto era definitivamente de la casa, y aquello podría haberlo sido. Parecía saberlo, aunque había sido sólo un niño cuando su tía había consumado su desafortunado matrimonio y había comenzado a vivir en aquella pequeña casa de campo en vez de en una casa grande similar a aquella en la que se había criado.

Se rió al ver una estatua que ocupaba un puesto de honor en la repisa de la chimenea.

—¿Quién es éste? —dijo mirando una figura de porcelana de un hombre con una corona, un globo terráqueo y una cruz.

—El Niño de Praga —replicó Nan.

—¿Y qué hace aquí?

—Probablemente se lo dieran las monjas. Vienen a limpiar la casa. ¿Por qué no dejarlo ahí para tenerlas contentas cuando no tiene que verlo ella? —preguntó Nan.

Él la miró con admiración.

—Además de todo, eres una mujer de negocios, Nan Mahon.

—Vámonos —dijo ella—. Sería terrible que nos cogieran ya la primera vez.

—¿Piensas que habrá otras? —le dijo él en tono provocador.

—Sólo si consigues hacer funcionar tu estufa de petróleo —contestó ella riéndose.

Las habitaciones del primer piso de la sastrería Hogan eran grandes y tenían el techo alto. Allí había vivido la familia propietaria de la tienda. Allí habían vivido Eddie Hogan y su mujer durante el primer año de su matrimonio. Habían comprado Lisbeg inmediatamente antes de nacer Benny.

Las habitaciones del primer piso estaban llenas de objetos de madera. Además de los muebles que había ya amontonados en ellas había viejas balaustradas que no se empleaban en la tienda, embalajes vacíos, cajones. No era una visión atractiva.

Las habitaciones que habían sido el hogar de Sean Walsh desde hacía casi diez años y medio estaban en el piso inmediatamente superior.

Un dormitorio, otra habitación que podía hacer las veces de cuarto de estar, y un antiguo cuarto de baño con un calentador de agua que parecía un misil peligroso.

Benny no había estado allí desde que tenía ocho o nueve años.

Recordaba que su padre había dicho que le había ofrecido a Sean una llave para poder cerrar sus aposentos, pero Sean había insistido en que no era necesario.

Si se había apoderado del dinero no lo habría escondido en sus propias habitaciones, ya que sería el primer lugar en el que buscarían si alguna vez era descubierto. No valía la pena que se pusiera a husmear en ellas. Y además sería peligroso. Benny no había olvidado la advertencia de Clodagh.

Las cosas se pondrían bastante mal si no hacían socio a Sean. Todo Knockglen se escandalizaría si era acusado injustamente de robar a su padre. A Benny no le atraía en absoluto la idea de registrar sus aposentos particulares en busca de pruebas, pero estaba segura de que tenía que haber algo, tal vez una cartilla de alguna sucursal bancaria situada en algún lugar remoto.

Al principio, cuando había examinado los métodos simplistas y no demasiado rigurosos que empleaba su padre para llevar la contabilidad, sólo había sospechado que Sean estaba apropiándose de cierta cantidad de dinero todas las semanas. Ahora estaba segura. Lo sabía por una simple mentira que había contado.

Cuando había intentado que él le explicara el sistema de papeletas de retirada de dinero de la caja delante del señor Green, le había pedido que le pusiera un ejemplo. Sean Walsh había indicado la ropa que ella llevaba puesta y había sugerido que su padre había sacado dinero de la caja para pagarla. La idea había hecho que se le hiciera un nudo en la garganta.

Pero luego había examinado los cheques que habían sido remitidos junto con los movimientos de la cuenta del banco. Su padre había pagado todas y cada una de las prendas que le había comprado. Ropa que le había encantado, ropa que había odiado, toda ella comprada en Pine's y pagada con cheques escritos con su caligrafía oblicua.

Deseó que todo hubiera acabado. Que Sean hubiera sido ya desenmascarado, que hubiera abandonado el pueblo. Que su madre hubiera recobrado sus arrestos y se dedicara a gestionar el negocio. Y, por encima de todo, que alguien le contara qué era exactamente lo que había pasado en Gales.

Simon había llevado su estufa de petróleo y Nan había aportado dos preciosas palmatorias de porcelana y dos velas de color rosa.

Simon había puesto una botella de champán. Nan había aparecido con dos huevos, algunas hierbas aromáticas, pan y mantequilla. También había llevado consigo un poco de café instantáneo. Por la mañana había preparado una soberbia tortilla para los dos.

Simon había dicho que le había excitado tanto que habían tenido que volver directamente a la cama.

—Acabamos de rehacerla con las cosas de ella, bobo —había dicho Nan. Nan jamás se refería a Eve llamándola por su nombre.

Al cabo de un tiempo, Simon dejó también de llamarla Eve.

—¿Dónde pasa las noches esa hija tuya? —preguntó Brian Mahon a su esposa.

—Has estado muy borracho un par de veces, Brian. Creo que la has asustado. Va a casa de su amiga Eve, que vive en Dunlaoghaire. Allí se reúnen todas, Eve y Benny, la chica de Knockglen. Son amigas tuyas. Deberíamos alegrarnos de que las tenga.

—¿De qué sirve tener hijos para que pasen la noche fuera de casa? —dijo él refunfuñando.

—Paul y Nasey no vienen por casa cada tres por cuatro y nunca te preocupas por ellos.

—No puede pasarles nada —respondió él.

—Ni a Nan tampoco —dijo Emily Mahon diciendo una pequeña oración en silencio.

Últimamente Nan pasaba fuera al menos tres noches por semana.

Esperó fervientemente que no le pasara nada a su preciosa hija de cabellos dorados.

Una noche, Mossy Rooney vio luces en la casa. Siguió su camino.

Eve Malone debe haber venido a pasar una noche tranquila, se dijo a sí mismo.

No era asunto suyo.

Precisamente al día siguiente la madre Francis le preguntó si podía arreglar el canalón de la casa. Le acompañó para mostrarle dónde se estaba desprendiendo.

—Eve lleva semanas sin venir —renegó la madre Francis—. Si no fuera por usted y por mí, esta casa se habría venido abajo.

Mossy no dijo nada.

Tal vez Eve Malone hubiera querido volver a la casa sin que se enterasen las monjas.

Sean Walsh paseaba por el camino de la cantera por las noches. Era un lugar en el que uno no se cruzaba con mucha gente. Le permitía pensar en sus planes, sus aspiraciones, su futuro. Era un lugar en el que pensaba en Dorothy Healy y en el interés que ella mostraba por él. Era varios años mayor que él, eso no se podía ignorar. Siempre había pensado en casarse con una mujer mucho más joven. De hecho había planeado casarse con una adolescente.

Pero la unión con una mujer mayor tenía también sus ventajas. Después de todo, era lo que había hecho Eddie Hogan. No había perjudicado para nada sus perspectivas de futuro. Había sido perfectamente feliz toda su vida, por limitada que ésta hubiera sido. Había tenido una hija.

Los pensamientos de Sean eran un torbellino cuando pasó por delante de la casita de Eve. No era realmente consciente de lo que le rodeaba.

Creyó oír música en el interior, pero debía haberlo imaginado. Después de todo, Eve no estaba en casa y ¿quién si no podía estar allí tocando el piano a medianoche?

Sacudió la cabeza e intentó adivinar a cuánto tiempo se refería el señor Green, el abogado, cuando había hablado de la lamentable lentitud de los procesos legales.

El doctor Johnson cogió su talonario de recetas y lo puso delante de él. La señora Carroll siempre había sido una persona difícil. En su opinión, necesitaba más de los servicios del padre Ross que de los de él, pero ¿era justo endosarle al sacerdote local todos los neuróticos del pueblo diciendo que se trataba de una crisis religiosa?

—Sé que no me voy a hacer precisamente popular por decir esto, doctor Johnson, pero tengo que decir la verdad. La casa de la cantera está encantada. Aquella mujer murió aullando y es muy posible que su pobre marido, que Dios le tenga en su gloria, se quitara la vida. No es de extrañar que una casa como ésa esté encantada.

—¿Encantada? —La voz del doctor translucía cansancio.

—Nadie murió en paz allí. No es de extrañar que uno de ellos vuelva por las noches a tocar el piano —dijo ella.

Heather telefoneó a Westlands. Iba a volver a casa la semana siguiente. Bee Moore dijo que era maravilloso, que se lo diría al señor Simon.

—Voy a ir a tomar el té con Eve a su casa de campo —dijo Heather toda orgullosa.

—Pues yo no lo haría, la gente dice que está encantada —respondió Bee Moore, que había oído que era un hecho incontrovertible.

Heather y Eve estaban sentadas junto al fuego haciendo tostadas. Empleaban largos tenedores para sujetarlas que les había conseguido Benny.

Decía que había cosas asombrosas en el primer piso de la tienda, pero que no quería vaciar del todo el lugar en caso de que el maldito Sean acabara siendo socio del negocio. Así que había traído algo por lo que difícilmente podría llevarla a juicio.

—¿Es ya definitivo lo de hacerle socio? —quiso saber Eve.

—En algún momento, cuando dispongas de unas treinta y cinco horas libres...

—Dispongo de ellas.

—Ahora no.

—¿Queréis que me marche? Puedo salir a ver al poni —dijo Heather.

—No, Heather, es una historia muy larga. A mí me deprimiría contárosla y a Eve le deprimiría oírla. Quédate dónde estás.

—De acuerdo. —Heather pinchó otro de los maravillosos bollitos para el té de la hermana Imelda en el tenedor para tostadas.

—¿Hay alguna novedad? —A Eve le parecía que Benny estaba preocupada.

Pero Benny negó con la cabeza. Tenía una especie de gesto de resignación que a Eve no le gustó nada. Era como si Benny quisiera poner fin a una gran pelea por algún motivo y no tuviera la energía suficiente para hacerlo.

—Podría ayudarte, como en los viejos tiempos. La Mujer Sabia permitiría que se enfrentaran al problema dos personas.

—Una aún más sabia podría tomar la decisión de claudicar ante lo inevitable.

—¿Qué dice tu madre? —Muy poca cosa.

—Benny, ¿quieres un bollo tostado? —Era la solución de Heather para casi cualquier crisis.

—No, me estoy engañando a mí misma diciéndome que si no como, a lo mejor le gusto más a cierto tipo y deja de engañarme con furcias galesas.

Eve suspiró profundamente. Así que al final alguien se lo había dicho.

Iban alegremente montadas en sus bicicletas. Eve saludaba a casi todo el mundo con quien se cruzaban. Heather no conocía a nadie, pero sabía dónde había campos con burros en la puerta, y dónde había otro con un hueco en el seto que permitía ver una yegua y dos potrillos. Le habló a Eve de los árboles y sus hojas y le dijo que la historia natural era lo único que se le daba bien. No le importaría el trabajo escolar si consistiera exclusivamente en prensar flores y hojas y en dibujar las diversas fases del

desarrollo del abedul.

Eve pensó en lo extraño que era tener dos primos carnales, con una diferencia de edad de tan sólo siete años, que vivían a sólo dos kilómetros y pico de distancia y no haberles conocido hasta entonces. Y que uno de ellos conociera a toda la gente que recorría el camino y la otra conociera a todos los animales de las granjas.

Era extraño recorrer el mal cuidado camino de acceso a Westlands con la señorita menor de la casa grande.

Aunque no era ninguna extraña que esperara obtener una limosna, Eve se sentía rara y fuera de lugar.

—Entraremos por la cocina. —Heather había apoyado su bicicleta contra la pared.

—No sé... —empezó a decir Eve. Su voz era una copia casi exacta de la que había puesto Heather cuando le había sugerido ir a comer al convento.

—Vamos —dijo Heather.

La señora Walsh y Bee Moore se sorprendieron al verla, y no parecieron del todo contentas.

—Deberías haber entrado por la puerta principal si traías una invitada —le dijo la señora Walsh con desaprobación.

—No es más que Eve. Hemos comido en la cocina del convento.

—¿De verdad? —El rostro de la señora Walsh expresaba muy a las claras que Eve había obrado mal al obsequiar tan pobremente a la hija de la casa grande. Lo mínimo debería haber sido una comida en el salón.

—Le he dicho que haces unas tortas dulces estupendas —dijo Heather con voz esperanzada.

—En algún momento tendremos que hacer una caja llena de ellas. —La señora Wash se mostraba educada, pero fría. Desde luego no quería que Eve Malone se entrometiera en su terreno. Procedente del interior de la casa se oyó el sonido de un piano.

—Estupendo —dijo Heather encantada—. Simon está en casa.

Simon Westward se mostró encantador. Se adelantó con las dos manos extendidas hacia Eve.

—Estoy encantado de verte de nuevo por aquí.

—En realidad no pretendía... —Tenía grandes deseos de decirle que no tenía la menor intención de convertirse en visitante habitual de aquella casa. Tenía que hacerle comprender que sólo había ido por darle gusto a la niña, a aquella niña solitaria que quería compartir el lugar con ella. Pero era difícil encontrar palabras para expresarlo. Simon seguramente no tendría ni idea de lo que ella quería decir.

—¡Es estupendo que estés aquí ahora, ha pasado demasiado tiempo! —dijo.

Ella miró a su alrededor. Aquel no era el salón en el que había estado durante su primera visita. Era una habitación orientada al sur con cortinas descoloridas y muebles viejos. En una esquina había una mesa pequeña llena de papeles y cerca de

la ventana había un gran piano. Intentó imaginarse lo que sería tener tantas habitaciones, suficientes muebles para llenarlas, suficientes cuadros para las paredes.

Sus ojos vagaron por los retratos, esperando encontrar el de su madre. El que no había sabido que existiera.

Simon la había estado observando.

—Está en las escaleras —dijo.

—¿Perdón?

—Sé que te lo contó Nan. Ven, te lo enseñaré. Eve sintió que le ardían las mejillas. —No tiene importancia.

—Claro que la tiene, es un retrato de tu madre. No te lo mostré el primer día porque estaba un poco tenso. Esperaba que volvieras, pero no lo hiciste y apareció Nan, así que se lo enseñé a ella. Espero que no te importe.

—¿Por qué iba a importarme? —Tenía los puños apretados.

—No lo sé, pero Nan parecía pensar que te habías molestado. ¡Cómo se atrevían a hablar de ella! Cómo se atrevían a hablar de si se había molestado o no.

Con el escozor de las lágrimas detrás de los ojos, Eve caminó como un robot hasta la base de las escaleras donde había un cuadro de una mujer pequeña y de tez oscura, con unos ojos y una boca tan parecidos a los de ella que le pareció que se estaba mirando al espejo.

Debía haber salido poco a su padre si tanto había sacado de Sarah Westward.

Sarah tenía la mano apoyada en el respaldo de una silla, pero no parecía relajada ni en paz. Parecía estar impaciente porque acabara todo para poder marcharse. A algún lugar, a cualquier lugar.

Tenía las manos pequeñas y los ojos grandes. Llevaba el pelo oscuro corto, como debía dictar la moda de los años treinta, pero al mirarla tenía una impresión de que probablemente habría preferido llevarlo hasta los hombros y recogido detrás de las orejas. Como Eve.

¿Era hermosa? Imposible saberlo. Nan sólo había dicho que lo era para que Eve se enterara de que había visto el cuadro.

Nan... Nan había recorrido aquella casa como huésped.

—¿Ha vuelto Nan alguna vez desde entonces? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas? —Curiosidad.

—No. Aquel fue el único día que ha estado en Westlands —dijo él.

Había cierta vacilación en el modo en que se había expresado, pero Eve supo que estaba diciendo la verdad.

En la cocina estaban preparando un té a regañadientes. Eve pensó que aquel día no iban a dejar de comer, pero Heather se lo estaba pasando de maravilla y habría sido una pena estropearle la tarde.

Eve admiró el poni y la habilidad con que Heather había limpiado sus arreos. Elogió los cachorros de *Clara* y rechazó la oferta de uno como perro guardián.

—Te sería útil para guardar tu propiedad. —Heather intentó convencerla.

—No voy por allí tan a menudo.

—Con mayor motivo. Díselo, Simon.

—Es Eve quien tiene que decidir.

—Casi nunca voy por allí, sólo algún fin de semana. Un perro se moriría de soledad.

—Pero quienquiera que esté allí podría sacarle a pasear.

Heather levantó un adorable cachorro macho para que lo inspeccionara. Era siete octavas partes labrador, le explicó. Habían seleccionado lo mejor y habían eliminado en parte la estupidez de la raza.

—Allí no va nunca nadie más que yo, y a veces la madre Francis.

—¿Duerme allí? —preguntó Heather.

—Cielos, no. Ya lo ves, no necesito un perro guardián.

No se le ocurrió preguntarle a Heather por qué suponía que la monja podía dormir en la casita. Dio por sentado que se trataba del natural desconocimiento de la niña de la vida conventual. Y no notó ningún cambio de expresión en el rostro de Simon.

La señora Walsh llegó para decirles que el té estaba servido en el cuarto de estar.

Eve entró en la habitación y, por segunda vez en su vida, se encontró frente a su abuelo.

El abuelo que, según había contado Nan Malone a todo el mundo, era un anciano tan encantador y maravilloso. Inconscientemente, enderezó los hombros y respiró hondo como le había dicho Nan que hiciera si se encontraba en una situación difícil. ¡Qué sabría Nan!

Parecía estar más o menos igual, posiblemente algo más alerta que la otra vez. Había oído decir que se había puesto enfermo el día de Navidad y que habían hecho llamar al doctor Johnson, pero que se había repuesto.

Resultaba conmovedor ver cómo Heather, la niña que había crecido a su lado y le quería como parte de la única vida que había conocido, se sentaba a su lado, apoyándose en él y ayudándole con la taza.

—Hoy no será necesario cortarte los sándwiches, abuelo. Son absolutamente diminutos. Debe de ser para impresionar a Eve.

El anciano miró hacia Eve, que estaba incómodamente sentada en una silla de respaldo duro. La miró de hito en hito durante un largo rato.

—Te acuerdas de Eve, ¿verdad? —probó a decir Heather. No hubo respuesta.

—Claro que te acuerdas de ella, abuelo. Te he contado lo buena que ha sido con Heather, que la ha sacado del colegio de excursión...

—Sí, sí, claro. —Su voz era cortante y altanera. Era como si alguien le hubiera dicho que un mendigo de la calle había sido en tiempos un buen trabajador.

Ella podría haberse limitado a sonreír y dejarlo correr, pero había habido algo en su modo de hablar que había ido directo al corazón de Eve. El genio que la madre Francis siempre había dicho que le traería problemas burbujeó hasta la superficie.

—¿Sabe quién soy, abuelo? —dijo con voz clara y alta. Había un elemento de

desafío en su voz que hizo que Heather, Simon y el anciano se quedaran mirándola con sorpresa. Nadie salió en ayuda del último.

—Sí, eres la hija de Sarah y de algún hombre.

—La hija de Sarah y su marido Jack Malone.

—Sí, posiblemente.

Los ojos de Eve relampaguearon.

—Nada de posiblemente, definitivamente. Así era como se llamaba. Puede que ustedes no le recibieran aquí, pero se llamaba Jack Malone. Se casaron en la iglesia parroquial.

Él levantó los ojos. Aunque tenía los mismos ojos almendrados que el resto de la familia, los del mayor Westward eran más pequeños y estrechos.

Miró con dureza a Eve.

—Jamás puse en duda que se casara con el criado Jack Malone. Lo que he dicho es que es posible que fuera tu padre. Posible, pero en absoluto tan seguro como tú crees...

Eve se quedó estupefacta. Aquellas palabras llenas de odio no parecían tener sentido. La cara de él, ligeramente torcida, se agitaba por el esfuerzo de hablar con claridad y hacerse comprender.

—Verás, Sarah era una puta —dijo.

Eve podía escuchar el tictac del reloj.

—Era una puta con calentura, una calentura que muchos otros trabajadores de la zona tuvieron ocasión de aplacar. Perdimos muchos buenos mozos de cuadra, lo recuerdo bien.

Simon se había puesto en pie, horrorizado. Heather se quedó donde estaba, en el pequeño taburete, el que tenía remates con cuentas, a los pies de su abuelo. Tenía la cara demudada.

El viejo no había terminado aún de hablar.

—Pero no pensemos en cosas desagradables. Es posible que seas en verdad hija del criado Jack Malone. Si es eso lo que quieres creer, entonces... eso es lo que debes creer.

Extendió la mano para coger su taza. El esfuerzo de hablar le había agotado. La taza temblaba y golpeaba contra el plato.

La voz de Eve era baja, y por ello, aún más amenazadora.

—En toda mi vida sólo ha habido algo de lo que me haya avergonzado. Me sentía avergonzada de que mi padre hubiera empleado una ceremonia religiosa, el funeral de mi madre, para maldecirles a ustedes. Deseaba que hubiera mostrado más respeto por la gente que había asistido a compartir su dolor. Incluso llegué a pensar que tal vez Dios se hubiera enfadado con él por su forma de comportarse. Pero ahora sé que no les maldijo lo suficiente, y que su petición no fue atendida. Usted ha seguido viviendo lleno de odio y de bilis. Jamás volveré a mirarle a la cara. Y jamás le perdonaré las cosas que ha dicho hoy.

No esperó a ver el efecto que habían producido sus palabras. Salió directamente por la puerta, atravesó el gran recibidor y entró en la cocina. Sin decir palabra a la señora Walsh ni a Bee Moore, salió por la puerta trasera, montó en su bicicleta y sin volver la vista atrás recorrió el destrozado camino que salía de casa de su abuelo.

Heather estaba en la ventana del cuarto de estar con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando Simon se acercó a ella para consolarla, le golpeó con los puños.

—Permitiste que se fuera. Permitiste que se fuera. No la detuviste. Ahora ya no querrá ser más mi amiga.

Querida Benny, queridísima Benny:

¿Recuerdas aquellos ataques de mal genio que me daban en el colegio? Creía que se me habían pasado, como las espinillas, pero no. Me he sentido tan honda y dolorosamente herida por ese demonio en silla de ruedas que hay en Westlands que no estoy en condiciones de hablar con nadie, y voy a volver a Dublín. No le he dicho nada de la trifulca a la madre Francis, y no pienso hablar de ello con Kit ni con Aidan, pero te lo contaré todo a ti cuando esté en condiciones de hacerlo. Por favor, perdóname por salir huyendo y no reunirme contigo esta noche. Le he pedido a Mossy que te acerque esta nota. Honradamente, es lo mejor.

Te veré el lunes. Te quiere una Eve muy trastornada.

Cuando Mossy le tendió la nota, al principio Benny pensó que sería de Sean Walsh, que se trataba de algún tipo de amenaza o de advertencia para que abandonara sus investigaciones.

Se sintió profundamente preocupada al enterarse de que había habido una disputa lo suficientemente grave como para que Eve saliera huyendo con uno de sus ataques de mal humor. Y también sintió lástima de que la pobre niña hubiera estado en medio.

Desde un punto de vista egoísta lo lamentaba, porque habría querido pasar la tarde contándole a Eve todo sobre su creciente convicción de que Sean Walsh había estado robándole dinero a su padre y pedirle consejo sobre dónde buscarlo.

Cuando Eve entró en la casa, Kevin Hickey estaba en la cocina.

—¿Qué pasa, Kevin, cómo es que no has salido a perseguir a las chicas en pleno sábado por la noche? —dijo.

Se había prometido a sí misma que se comportaría como una profesional. Aquella casa era su lugar de trabajo. No pensaba permitir que los huéspedes fueran los paganos de su ira personal.

—Tenía una especie de plan, pero decidí quedarme por aquí.

Kevin hizo un gesto con la cabeza indicando el piso de arriba, donde estaba la habitación de Kit.

—Al parecer ha recibido malas noticias. Su marido ha muerto en Inglaterra. Sé que le odiaba, pero a pesar de todo es una mala noticia.

Eve entró en la habitación a oscuras con dos tazas de té y se sentó junto a la cama. Sabía que Kit no estaría dormida.

Estaba recostada con la cabeza apoyada en almohadas y cojines, fumando. A

través de la ventana parpadeaban y destellaban las luces de la bahía de Dunlaoghaire.

—¿Cómo has sabido que te necesitaba? —Tengo poderes psíquicos. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé con seguridad. Una operación que no salió bien.

—Lo siento mucho —dijo Eve.

—Ella dijo que había sido todo muy inesperado, que no tenía ni idea de que estuviera mal. Que le había dicho que en caso de que muriera debía telefonarme para decirme que él no tenía ni idea de que estuviera enfermo.

—¿Quién te dijo todo eso?

—Una especie de casera. Él le había dado cincuenta libras en un sobre diciéndole que eran para ella.

Eve permaneció en silencio. Era todo muy peculiar, complicado y desagradable. Así había sido, al parecer, todo lo relacionado con la vida de Joseph Hegarty.

—¿Qué te preocupa, Kit?

—Debía saber que se estaba muriendo. Por eso volvió. Quería pasar sus últimas semanas aquí y yo no se lo permití.

—No, él no lo sabía. ¿Acaso no hizo especial hincapié en eso? —Dijo eso por lo del seguro.

—¿El qué?

—La póliza de seguros. Ha hecho lo que nunca hizo en vida, se ha asegurado de que no me falte de nada. A Eve se le hizo un nudo en la garganta.

—Van a enterrarle en Inglaterra el próximo fin de semana. Allí son bastante raros. Los funerales no se celebran al día siguiente, se celebran el fin de semana para que la gente pueda asistir. ¿Quieres acompañarme, Eve? Podríamos ir en el barco.

—Por supuesto que sí.

Querida Heather:

Tengo que ir a un funeral en Inglaterra. El marido de Kit ha muerto. Necesita que la acompañe. Por eso no podré ir el domingo. No tiene nada que ver con otras cosas. Te veré el fin de semana siguiente. Quizá pueda venir Aidan también.

Te escribo sólo para que sepas que se trata de algo urgente, en caso contrario, habría ido a recogerte.

Te quiere,

Eve

Heather leyó la carta en silencio durante el desayuno. La señora Thompson, que en opinión de Heather era la única profesora amable, la miró.

—¿Va todo bien?

—Sí.

La señora Thompson se encogió de hombros y la dejó sola. No se debía presionar a las jóvenes adolescentes para sacarles cosas de las que no querían hablar.

No volverá nunca, se dijo Heather una y otra vez. Se lo repitió a sí misma durante las oraciones de la mañana, durante la clase de matemáticas y la de geografía. No tardó en convertirse en una especie de estribillo que no podía quitarse de la cabeza.

—Jamás volverá.

La señora Thompson no recordaba la carta, pero sí comentó que había notado a Heather muy callada e introvertida durante toda la semana. Recapituló los acontecimientos de la semana, qué tuvieron que hacer todos el viernes por la noche cuando Heather Westward no acudió a la hora de la comida y había resultado imposible encontrarla en todo el colegio. Tampoco había aparecido en su casa. Todos los que no querían creerlo tuvieron que admitir finalmente que Heather había huido del colegio.

Capítulo 16

En cuanto Simon se enteró de que Eve Malone se había ido a Inglaterra, dijo que sería allí donde encontrarían a Heather.

Eve no había contestado a su nota pidiéndole disculpas y explicándole que el abuelo sufría un proceso de endurecimiento de las arterias que le hacía inestable e impredecible y que, por consiguiente, lo mejor era ignorar sus opiniones y sus puntos de vista.

Simon se preguntaba si su nota no habría sido excesivamente formal. Le había hablado a Nan de ella, y muy para su sorpresa, ella le había criticado. Normalmente se comportaba muy fríamente, era imperturbable y ofrecía muy poco de sí misma en sus opiniones.

—¿Qué tiene de horrible la nota? —le preguntó lleno de ansiedad.

—Que es gélida, como tu abuelo.

—No pretendía que lo fuera. Pretendía no ahondar más en la herida, que sirviera para hacer bajar la temperatura.

—Desde luego, eso lo logró —asintió Nan.

El viernes, tras recibir la llamada del colegio, había telefoneado a Nan.

—Recordarás lo que me dijiste sobre la carta... ¿crees que es posible que se llevara a Heather por eso?

—Ella no se ha llevado a Heather. —Nan descartó sin dudar la posibilidad.

—¿Entonces dónde está Heather?

—Ha huido porque todos os habéis comportado como unos asquerosos.

—¿Entonces por qué no has huido tú? —La voz de él sonaba petulante.

—Me gusta la gente asquerosa. ¿No lo sabías?

Las colegialas estaban asustadas. Nunca antes había ocurrido nada como aquello. Les hacían preguntas rarísimas. Que si habían visto entrar a alguna persona en el colegio, que si habían visto a Heather con alguien...

Su abrigo había desaparecido y la boina que tanto detestaba había quedado sobre su cama. También habían desaparecido su pijama y su neceser, su cuaderno de flores prensadas, las fotos del poni y de *Clara* y sus cachorros. Normalmente las tenía dispuestas junto a su cama, donde otras chicas tenían fotos de sus familias.

Preguntaron a las compañeras de clase de Heather si la habían notado alterada por algo. Nadie había notado nada especial.

—Es una chica muy callada —dijo una de ellas.

—No le gusta estar aquí —dijo otra.

—No es nada divertida. No le prestamos demasiada atención —dijo la matona de la clase.

La señora Thompson tenía el corazón en un puño.

No habían encontrado ni rastro de Heather en el autobús. Mikey había dicho que la conocía muy bien. Una niña grande, robusta y cuadrada como un armario. Por supuesto que se habría dado cuenta.

Como mucho podía tener once chelines, posiblemente mucho menos. Heather solía gastar unos cuantos peniques en golosinas.

Para cuando Simon quiso llegar al colegio, habían llamado ya a la policía.

—¿Es realmente necesario que intervenga la policía? —dijo. La directora se quedó sorprendida.

—Dado que no ha ido a su casa y que usted no ha podido darnos ninguna pista sobre dónde puede estar...

La señora Thompson miró a Simon con cierto disgusto.

—Hemos dado por supuesto que no tenía motivos para ir a casa, a excepción de su poni y su perro. En cualquier caso no ha ido allí, de modo que pensamos que usted querría que pusiéramos a la policía sobre aviso. Es lo que cualquier persona habría deseado, la actitud más normal.

Simon la miró abatido. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto la vida de la pobre Heather distaba de ser normal.

Él la compensaría cuando la trajeran de vuelta de Inglaterra, que era sin duda donde se la había llevado Eve.

En la casa de huéspedes de Dunlaoghaire, la policía y Simon se encontraron con tres estudiantes encargados de defender el fuerte. La señora Hegarty se había marchado a Inglaterra para asistir a un funeral. Eve Malone la había acompañado. Sí, por supuesto, habían dejado un teléfono donde era posible localizarlas en caso de emergencia.

La señora Hegarty había dicho que llamaría de todos modos a la mañana siguiente para ver qué tal se las habían arreglado con el desayuno.

Eran ya las once de la noche del viernes. El buque correo no habría llegado aún a Holyhead. La señora Hegarty no estaría en Londres hasta las siete de la mañana. Ella y Eve tomarían el tren correo a Euston.

Hubo una discusión acerca de la conveniencia de telefonar a la policía de Gales para que buscara a Heather.

Los dos guardias que estaban ocupados anotando los detalles se mostraron dubitativos.

—¿Está absolutamente seguro de que su hermana se encuentra allí, señor? —preguntaron de nuevo.

—No puede estar en otro sitio. —Estaba seguro de ello.

—¿Acompañó alguien a la señora Hegarty y a la señorita Malone al barco? —preguntó uno de ellos.

—Yo lo hice. —El muchacho que se había identificado como Kevin Hickey, estudiante de Veterinaria, actuaba como portavoz.

—¿Las acompañaba una niña de doce años?

—¿Se refiere usted a Heather?

Simon y los policías no habían explicado el propósito de sus preguntas.

—¿Estaba con ellas? —preguntó Simon.

—Por supuesto que no. Ése es el problema. Eve estaba preocupada por lo de ir al funeral. Temía que Heather no comprendiera que no tenía más remedio que marcharse.

Eve había dejado una caja de bombones con instrucciones para que la entregaran en el colegio el domingo, junto con una nota suya.

—¿Podría usted entregársela, si es que tiene relación con ella? —le preguntó a Simon.

Pidieron que les enseñara la nota.

Era escueta e iba directamente al grano: «Para que veas que no te he olvidado. La semana que viene te toca a ti decidir dónde quieres que vayamos. Te quiere, Eve».

Simon la leyó y por primera vez desde la desaparición de su hermana, se le llenaron los ojos de lágrimas.

La mañana del sábado no había en Knockglén prácticamente nadie que no estuviera al corriente de lo ocurrido. Bee Moore había contado todo lo que sabía, y el señor Flood, que había sido uno de los primeros en enterarse de la noticia, había salido a consultar a las monjas del árbol, aunque había descubierto, decepcionado, que no tenían ningún mensaje celestial que darle acerca de Heather.

—Tenía la esperanza de que estuviera en el cielo. Bueno, en lo que sea su cielo —añadió, recordando que no debía perder de vista el hecho de que los Westward eran protestantes.

Dessie Burns decía que habría una magnífica recompensa para el que encontrase a la niña, e insistía en que había sido secuestrada, y lo que es más, secuestrada por alguien que la conocía.

Paccy Moore insistía en que las posibilidades de que hubiera sido secuestrada por alguien así eran muy escasas. Todo el que supiera algo acerca de los Westward sabría que difícilmente podían pagar sus facturas. Si la pobre criatura había sido secuestrada, el autor del secuestro tenía que haber sido algún estúpido dublinés que pensara que era rica por su acento y porque procedía de una familia importante.

La señora Healy le dijo a Sean Walsh que ahora les tocaría cantar otra canción a los de Westlands, siempre tan distantes y diferentes, y que las cosas que le pasaban a la gente normal nunca les habían pasado a ellos.

Sean le preguntó por qué se había vuelto contra aquella familia, y la señora Healy le contestó que no se trataba tanto de eso como de que estaba ligeramente irritada. El señor Simon Westward había dado por descontado que en un futuro próximo haría que se alojaran en el hotel personas muy importantes en caso de que sirvieran cenas. La señora Healy había empezado a servir las, pero el señor Westward no había vuelto a aparecer.

—Pero otra gente sí que lo ha hecho —dijo Sean Walsh—. Y usted ha salido

beneficiada, eso es lo único que importa.

La señora Healy estaba de acuerdo, pero no le hacía gracia andar satisfaciendo los caprichos de la aristocracia como si fuera una plebeya.

Eso mismo le dijo a la señora Kennedy, la de la botica, que se quedó mirándola pensativamente y dijo que era penoso tener el corazón tan duro cuando estaba en juego la vida de una niña. La señora Healy había cambiado drásticamente de actitud.

Clodagh le transmitió la noticia a Peggy Pine. Clodagh estaba segura de que un hombre con gabardina le había ofrecido a la pobre Heather una caja llena de bombones en la bahía de Dunlaoghaire.

Mario decía que todos los hombres de Knockglen debían salir al campo y buscar entre los setos con palos hasta encontrarla.

—Ves demasiadas películas malas —se quejó Fonsie.

—¿Y dónde crees tú que está, chico listo? —le preguntó Mario.

—Yo también veo demasiadas películas malas. Creo que fue a buscar su maldito caballo y huyó cabalgando hacia el ocaso.

Ésa era una de las muchas teorías que no se tenían en pie porque el poni seguía estando en Westlands.

Peggy Pine fue al convento para hablar con la madre Francis.

—Eve acaba de llamar desde Londres. Se le oía rechinar los dientes desde aquí. Al parecer pensaban que ella se había llevado a Heather. No quiero ni pensar en lo que hará cuando vuelva.

—Pero Eve jamás habría hecho una cosa así.

—Lo sé, pero al parecer tuvo una trifulca en Westlands la semana pasada. Ni que decir tiene que no me había dicho nada. Dios, Peggy, ¿dónde se habrá metido esa criatura?

—Cuando uno piensa en escapar, piensa en huir a algún lugar donde haya sido feliz. —Peggy Pine estaba pensativa. No consiguieron llegar más lejos.

Heather no había parecido ser especialmente feliz en ningún sitio.

La hermana Imelda había empezado la Oración de los Treinta Días. Decía que nunca había fallado.

—Pobre niña. Jamás conocí otra chiquilla tan capaz de apreciar las cosas. Tendrían que haberla oído decirme lo mucho que había disfrutado tostando mis bollos en casa de Eve.

De repente la madre Francis supo dónde estaba Heather.

Miró en el hueco del muro y, como había esperado, la llave no estaba.

La madre Francis se acercó lentamente a la puerta delantera de la casita de Eve. Estaba cerrada. Miró a través de una ventana y vio una gran caja sobre la mesa. Algo se movía en su interior, un gato pensó al principio, un gato grande y negro. Luego vio que se trataba de un ave.

Un ala de plumas negras salía en una posición extraña por un lado de la caja.

Heather había encontrado un ave herida y había decidido curarla, por lo visto, sin

gran éxito. Había plumas y trozos de papel de periódico esparcidos por todas partes.

Heather, con la cara sonrojada y expresión asustada, estaba intentando encender la chimenea. Al parecer utilizaba tan sólo palos y trozos de cartón. El fuego ardía unos instantes y seguidamente se apagaba.

La madre Francis dio unos golpecitos en el cristal de la ventana.

—No pienso dejarla entrar.

—Está bien —dijo inesperadamente la madre Francis.

—Así que no tiene sentido que se quede. En serio.

—Te he traído comida.

—No es verdad. Es una trampa. Piensa entrar a la fuerza en cuanto le abra la puerta. Y hay gente escondida detrás del muro. —¿Qué clase de gente? ¿Monjas?

—Policías. Bueno, puede que también monjas, y mi hermano, y la gente del colegio.

La madre Francis suspiró.

—No, todos creen que estás en Londres. De hecho es allí donde te están buscando.

Heather se subió a un taburete para mirar por la ventana. No parecía haber nadie más.

—Podría dejarme la comida en el escalón.

—Podría, pero se quedaría fría, y tengo que devolverle el plato a la hermana Imelda. Además me quedaría sin comer yo también.

—No pienso volver a casa ni nada así.

La madre Francis entró en la casa y dejó un plato cubierto con un paño y unas grandes rodajas de pan con mantequilla sobre el aparador.

Antes de nada, examinó al ave.

—Pobre bicho, ¿dónde lo encontraste?

—En el camino.

Con gran suavidad, la madre Francis cogió al pájaro sin dejar de hablar. No era más que un cuervo joven. Era frecuente que los jóvenes se cayeran de lo alto de los árboles. Algunos eran muy torpes. Era un mito que todas las aves estuvieran llenas de gracia y pudieran volar por los aires a voluntad.

No tenía el ala rota, le dijo a Heather. Por eso el pobre animal había luchado tan denodadamente por escapar. Sólo se había quedado atontado por la caída.

Juntas acariciaron al pájaro y sonrieron al sentir los latidos de su corazón. Los ojos del ave, llenos de ansiedad, las miraban sin saber qué destino le esperaba.

La madre Francis le dio unas migas de pan, y después, juntas, le llevaron hasta la puerta.

Tras unos cuantos saltos tambaleantes, echó a volar un tanto desmañadamente, esquivando por los pelos el murete de piedra.

—Bien, ya está resuelto el problema de la fauna silvestre. Tú limpia esas plumas y periódicos y vuelve a guardar la caja bajo el fregadero. Yo me encargaré de la

comida.

—Aun así no pienso volver, aunque me haya ayudado con lo del pájaro.

—¿He dicho yo algo de volver?

—No, pero lo hará.

—No lo haré. Quizá te pida que les hagas saber que estás a salvo, pero eso es todo.

La madre Francis encendió la chimenea. Le explicó a Heather que había que usar la turba seca que había apoyada contra la pared. Le mostró cómo hacer una pequeña base de ramitas para encenderlas y cómo, una vez que ésta estaba ardiendo en condiciones, había que poner encima la turba. Juntas se comieron el estofado de cordero de la hermana Imelda, y unas patatas grandes y harinosas, y mojaron el pan con mantequilla en la sabrosa salsa.

Había una manzana para cada una y un trozo de queso para después. La madre Francis le explicó a Heather que no había podido cargar con mucho más porque el sendero era resbaladizo, y además no quería despertar sospechas sobre dónde se dirigía.

—¿Por qué ha venido a buscarme? —preguntó Heather.

—Verás, soy profesora. Me gusta pensar que lo sé todo sobre las niñas. Es una pequeña debilidad que tenemos todas. —No hay nada que pueda usted hacer.

—Ah, criatura, eso no lo sabremos hasta que hayamos examinado todas las posibilidades.

Eve llamó a Benny desde Inglaterra. Le dijo que había dedicado más tiempo a las llamadas telefónicas a través del canal que a prestarle ayuda a Kit. Estaba tan enfurecida que pensaba arrancarle a Simon Westward su afectado corbatín y apretárselo alrededor del cuello hasta que se le salieran los ojos de las órbitas, la lengua de la boca y se le pusiera la cara morada. Sólo entonces dejaría de apretar.

—Estás perdiendo el tiempo —le dijo Benny.

—Lo sé. Supongo que no hay noticias, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—He tenido una idea sobre dónde puede estar. No es más que una idea —dijo Eve.

—Estupendo. ¿A quién se la comunico, a Simon?

—No, ve tú sola. Pásate por allí como por casualidad, y si la llave no está en su sitio, es que está dentro. Benny, no sabes lo reconfortante que puedes llegar a ser, y ella va a necesitar que la consuelen. Dile que yo me encargaré de arreglarlo todo en cuanto vuelva.

Mientras subía por el pueblo, Benny decidió comprar algunas golosinas. Servirían para romper el hielo si Heather estaba allí y había que convencerla para que saliera. No llevaba dinero encima, pero sabía que Birdie Mac le fiaría lo que pidiera.

Al pasar frente a la puerta de la tienda de su padre, recordó de repente los boletos rosa. Podía firmar uno de ellos y escribir: «1 libra, gastos varios». ¿Por qué iba a

tener que pedir ella crédito si tenía uno de los negocios del pueblo?

Sean la observó atentamente.

—Ya está. Creo que está todo en orden, ¿me equivoco? —dijo.

—Te has tomado mucho interés en el funcionamiento del negocio —dijo él.

Ella sabía que él tenía algo que ocultar. Lo sabía. Pero debía tener cuidado. Siguió empleando el mismo tono desenfadado.

—Bueno, de un modo u otro, tendré que implicarme mucho más en él a partir de ahora —dijo.

—¿De un modo u otro?

No debía haber dicho eso. Implicaba que podía haber dudas sobre su aceptación como socio. Se había dicho a sí misma multitud de veces que debía tener cuidado. Lo mejor sería interpretar el papel de quien no quiere desvelar nada.

—Ya sabes a lo que me refiero, Sean.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto que sí.

Salió de la tienda casi a la carrera. Entró rápidamente en la tienda de Birdie y después siguió hasta la plaza. Mejor sería que no fuera por el camino del convento, aunque era más corto. Las monjas la verían y le preguntarían qué se traía entre manos.

Eve quería que actuara con la máxima discreción.

Heather y la madre Francis habían hablado sobre multitud de temas. El colegio de Dublín, los juegos, las visitas que las otras niñas recibían de sus familiares y las casas a las que podían ir los fines de semana.

Y sobre cuánto amaba Westlands, y lo horrorosamente que se había comportado su abuelo con Eve, y sobre el miedo a que Eve no volviera nunca.

Y sobre lo bonito que sería que existiera un colegio al que pudiera asistir en bicicleta todos los días.

—Existe —dijo la madre Francis.

Había otros aspectos que discutir. La madre Francis dijo que nadie intentaría convertir a Heather al catolicismo, porque el principal problema aquellos días era mantener al nivel necesario a aquellos que pertenecían ya al rebaño.

Y no habría ídolos de la Virgen María a los que hubiera que adorar y rendir pleitesía. Habría, eso sí, imágenes de la Virgen en el colegio, para recordar a todo el que así lo deseara que era la madre de Dios.

Y no habría necesidad de que Heather asistiera a las clases de doctrina religiosa, y no tenía por qué temer que la historia se enseñara haciendo hincapié en que el Papa siempre estaba en lo cierto y los demás equivocados.

—¿Por qué se produjo la ruptura? —preguntó Heather.

—¿Te refieres a la Reforma?

—Sí, ¿se debió a que los de su lado adoraban a ídolos?

—Yo diría que más bien fue por la presencia de Cristo en la misa. Ya sabes, sobre

si la comunión es realmente el cuerpo y la sangre de Jesús o simplemente un símbolo.

—¿Eso es todo? —preguntó Heather perpleja.

—Así empezó, pero luego la cosa fue complicándose, como suele pasar con estas cuestiones.

—Entonces no entiendo a qué viene tanta historia.

Heather parecía muy aliviada de que las diferencias doctrinales de trescientos años fueran tan insignificantes. Estaban sellando su acuerdo con un apretón de manos cuando alguien llamó a la puerta.

—Me dijo que no se lo había dicho a nadie. —Heather, consternada, se puso en pie de un salto.

—Y no lo he hecho. —La madre Francis se acercó a abrir la puerta.

Allí estaba Benny con su discurso preparado. Se quedó boquiabierto al ver a la monja y a la pequeña muy enfadada en la casa.

—Eve me llamó. Se preguntaba si no estaría aquí Heather. Me pidió que viniera y... y, bueno...

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó secamente Heather.

—No, Eve me pidió especialmente que no lo hiciera.

La cara de la niña se relajó.

La madre Francis dijo que debía marcharse antes de que la comunidad supusiera que se había convertido también en una persona desaparecida y empezara a emitir peticiones de ayuda por la radio para encontrarla.

—¿Están haciendo eso por mí?

—Todavía no, pero hay un montón de gente preocupada y asustada ante la posibilidad de que te haya ocurrido algo malo.

—Supongo que será mejor que hable con ellos.

—Podría hacerlo yo si tú deseas que lo haga.

—¿Qué diría?

—Podría decir que volverás esta tarde, que pasarás por el convento a pedir prestada una bicicleta. Dicho esto se marchó.

Benny miró a Heather. Le tendió la caja de bombones.

—Vamos, demos buena cuenta de ellos. Acabemos con todos, con las dos capas.

—¿Qué hay del hombre al que le gustan las mujeres galesas, ése por el que estás adelgazando?

—Creo que es demasiado tarde.

Se comieron los bombones en amor y compañía. Heather preguntó por el colegio, y quiénes eran las profesoras más duras y cuáles las más agradables.

Benny le preguntó por su abuelo y si era consciente de las cosas tan horribles que había dicho.

—¿Es que se lo ha contado a todo el mundo? —Heather parecía avergonzada.

—Sólo a mí. Soy su mejor amiga.

—Yo no tengo grandes amigas.

—Claro que sí, tienes a Eve.

—Ya no.

—Por supuesto que sí. Si piensas que una cosa así le importaría, es que no la conoces. No quería cogerte cariño al principio porque tenía malos recuerdos de lo que ocurrió hace todos esos años. Pero te lo cogió, y ahora siempre te querrá.

Heather parecía dudarlo.

—Sí, y también puedes contar conmigo, si quieres, y con Aidan, el amigo de Eve, como una especie de círculo de amigos. Sé que somos muy viejos para ti, pero al menos puedes contar con nosotros hasta que encuentres amigos propios.

—¿Y qué hay del hombre que sale con chicas galesas y delgadas? ¿Pertenece él también al círculo?

—Está en los márgenes —dijo Benny.

En cierto modo era más cierto de lo que pensaba. Había visto a Jack dos veces aquella semana, y las dos veces tenía mucha prisa. Había muchos entrenamientos y casi no tenía tiempo para hablar a solas.

Se había mostrado muy contrito sobre algún incidente no especificado que había tenido lugar en Gales durante el partido amistoso. Unas chicas habían ido al club, y todo se había reducido a un rato de diversión, unas risas, nada más. Los rumores habían sido exagerados. Benny había intentado en vano explicarle que ella no había oído ninguna historia, así que no había nada que hubiera podido ser exagerado.

Jack le había dicho que todo el mundo tenía derecho a pasárselo bien, y que a él no le importaba que fuera a Mario's aunque él no estuviera. Había sido una conversación muy insatisfactoria.

Había un número impar de bombones, así que se repartieron el último, uno de crema de café.

Recogieron la casa de Eve y apagaron los rescoldos del fuego. Luego se marcharon juntas y dejaron la llave en el hueco del muro.

Mossy las saludó solemnemente con un gesto de la cabeza al pasar.

—¿Quién era? —susurró Heather.

—Mossy Rooney.

—Le ha roto el corazón a Bee Moore —dijo Heather con desaprobación.

—No para siempre. Va a ser la dama de honor de Patsy cuando llegue el momento.

—Supongo que la gente supera ese tipo de cosas —dijo Heather.

La madre Francis le dio a Heather la bicicleta de Eve.

—Vete, tu hermano te estará esperando. Le dije que debía dejarte ir a casa por tus propios medios.

La monja le entregó también su pequeña bolsa de posesiones, su libro de historia natural, su pijama, las fotografías del poni y la perra y su pequeño neceser. Lo había envuelto todo primorosamente en papel marrón atado con un cordel, y lo había sujetado a la parte trasera de la bicicleta.

Benny y la madre Francis la observaron mientras se alejaba.

—¡Usted también lo adivinó! Eve siempre decía que tenía usted poderes psíquicos.

—Si es así, diría que tienes graves problemas que te rondan la cabeza.

Benny permaneció en silencio.

—No pretendo sonsacarte.

—No, claro que no. —El murmullo de Benny fue un gesto automático de buena educación.

—Al estar fuera de lo que la gente llama el mundo real, oigo muchas cosas acerca de la gente que vive en él.

Benny la miró con gesto inquisitivo.

—Además, Peggy y yo fuimos compañeras de colegio hace años, como Eve y tú.

Benny esperó. La madre Francis le dijo que si le servía de ayuda, debía saber que Sean Walsh tenía suficiente dinero, lo hubiera sacado de donde lo hubiera sacado, para comprarse una de las casitas del camino de la cantera. Y había hecho un depósito en efectivo.

La madre de Benny le dijo que había llamado Jack Foley. No, no había dejado ningún mensaje. Benny formuló mentalmente duras críticas contra Heather Westward por haberle hecho estar fuera de casa cuando había llegado la llamada. También deseó no haberse dado tanta prisa en satisfacer los deseos de Eve.

Pero por otra parte, Eve habría hecho lo mismo por ella. Y si él la quería, volvería a llamar.

Si la quería.

La madre de Nan fue a decirle que un tal Simon Westward estaba al teléfono. El tono de Nan era helado.

—¿Acaso te he dado mi número de teléfono? —preguntó.

—No, pero eso es irrelevante. Heather ha vuelto a casa.

—Vaya, me alegro. ¿Dónde estaba? —Nan seguía preguntándose dónde habría conseguido su número de teléfono. Se había mostrado inflexible acerca de no decirle a nadie cómo ponerse en contacto con ella.

—Curiosamente estaba en la casita de Eve. Existía la posibilidad de que Nan y Simon hubieran coincidido con ella. La idea les silenció a ambos por un instante.

—¿Se encuentra bien?

—Estupendamente, pero no puedo salir ahora. Tengo que aclarar todo esto.

Nan llevaba una hora planchando su vestido tableado. Tenía el pelo recién lavado y se había pintado las uñas de los pies con esmalte de color rosa perla.

—Sí, por supuesto que debes quedarte —dijo.

—Menos mal, pensé que ibas a enfadarte.

—Lo importante es que esté a salvo.

No había el menor indicio de la ira que sentía Nan. El tono de él era ausente.

Simon le dijo que por lo visto Heather se sentía muy infeliz en el colegio de

Dublín. Nan suspiró. Eve llevaba meses diciéndolo. Probablemente Heather llevara años haciendo lo mismo, pero Simon no la había escuchado. Sólo existían unos cuantos colegios que fueran apropiados para su hermana y tendría que acostumbrarse por las buenas o por las malas al que habían elegido para ella. Ésa había sido su actitud.

—¿Te parece bien que nos veamos mañana? —Su voz era confiada.

—¿Cómo dices?

—Mañana, el domingo por la noche. Ya estará todo resuelto por aquí.

—¿Y?

—Y esperaba que te acercaras... a pasar la noche.

—Me encantaría.

—Por fin la había invitado. Le había llevado algún tiempo, pero al fin la invitaba a que fuera a Westlands. Le asignarían una habitación de invitados. Iría allí como la joven prometida del señor Simon Westward.

—Maravilloso. —Parecía aliviado—. Coge el último autobús. Yo iré a la casa a prepararlo todo.

—¿A la casa? —dijo ella.

—Bueno, sabemos que Eve está en Inglaterra.

Hubo un silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¿Y si Heather decide pasarse por allí otra vez?

—No, por amor de Dios, va a recibir una severa reprimenda para que se entere de que hay que respetar las propiedades ajenas. No pareció percibir contradicción alguna en sus palabras.

—Creo que no.

—¿Nan?

Nan le había colgado.

Joseph Hegarty había hecho algunos amigos, aunque no muchos, en Inglaterra. Se habían reunido para hablar bien de él tras el funeral.

Estaban sentados en la habitación trasera de un bar, y constituían un grupo muy variopinto. Había una casera que le había cogido afecto. Cuando no tenía dinero para pagar el alquiler hacía tantas reparaciones en la casa que era veinte veces mejor que tener un inquilino normal, confesó. Eve vio el dolor reflejado en el rostro de Kit. Que Joseph Hegarty no hubiera tenido dinero ya era bastante malo, pero que tuviera que hacer tareas de fontanería o carpintería para una mujer desconocida en Inglaterra en vez de haberlas hecho en su propia casa de Dunlaoghaire era aún peor.

Si la camarera formaba parte del grupo, no salió a la palestra. La reunión tenía una atmósfera tan irreal que Eve creyó que estaban participando en algún tipo de obra de teatro. En cualquier momento bajaría el telón y todos volverían a hablar como gente normal.

La única pista sobre por qué Joseph Hegarty podía haberse quedado tanto tiempo

en aquel mundo de penumbras en el que tan poca relación tenía con la gente fue la aportada por Fergus, un hombre de Mayo que decía ser su amigo.

Fergus se había marchado hacía mucho tiempo. No había habido ninguna pelea, nada en especial que le hubiera hecho marcharse de su pequeña propiedad del oeste de Irlanda. Simplemente un día había sentido la necesidad de ser libre y había cogido el tren a Dublín y posteriormente el barco.

Su mujer había muerto, y sus hijos habían crecido. Ninguno de sus miembros quería saber nada de él, y en muchos aspectos era mejor así. Si hubiera regresado, habría tenido que dar explicaciones.

—Al menos Joe vio a su hijo el verano pasado. Fue una gran cosa —dijo. Asombrada, Kit levantó la vista.

—No, no es verdad. Francis no volvió a verle desde que era un niño.

—¿No le escribía cartas y todo eso?

—No. —La voz de Kit era muy seca.

Eve se aproximó a Fergus, más tarde, en el bar.

—¿Así que se mantuvo en contacto con su hijo?

—Sí, me temo que he hablado de más. Su esposa está muy amargada. No debería haber dicho... Yo no lo sabía.

—Con el tiempo ella se alegrará. Con el tiempo se lo contaré todo como Dios manda, y tal vez desee hablar con usted. —Sacó una agenda y una pluma—. ¿Dónde podríamos encontrarle... si es que ella deseara ponerse en contacto con usted?

—Es difícil decirlo. —Los ojos de Fergus adoptaron una expresión cautelosa. No era un hombre al que le gustara planificar el futuro por adelantado.

Tuvieron una discusión con el representante de la compañía de seguros y luego tuvieron que firmar algunos documentos. Eve y Kit fueron a Euston y cogieron el tren a Holyhead.

Kit Hegarty pasó largo rato mirando por la ventana hacia la tierra donde tanto tiempo había vivido su marido.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Eve.

—En ti. Has sido muy buena al venir conmigo. Varias personas pensaron que eras mi hija.

—Me temo que me he pasado al teléfono la mayor parte del tiempo —dijo Eve con tono compungido.

—Gracias a Dios que todo ha salido bien.

—Eso no lo sabemos aún. Son una tribu de lo más extraño. Son capaces de devolverla a ese lugar. Detesto sentirme en deuda con ellos, te lo aseguro.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Kit—. Lo primero que pienso hacer en cuanto reciba el dinero del seguro es darte una cantidad. Podrás subir por esa avenida y tirarles el dinero a la cara.

Patsy decía que a pesar de que no hacían más que hablar de que las preparaban para trabajar en una casa, en el orfanato habían sido unos inútiles a la hora de

enseñarles a coser.

Mossy había dicho que su madre esperaba que Patsy hubiera cosido muchas cosas para su ajuar, como fundas para almohada, y que ella misma hubiera hecho los dobladillos.

Estaba forcejeando con el hilo y la aguja en la cocina. El problema era que se pinchaba tan a menudo con la aguja que la tela se le manchaba de sangre.

—Está loco. ¿Acaso no puedes comprar fundas estupendas por casi nada de dinero en McBimey en Dublín? —dijo indignada Benny.

Pero no se trataba de eso. Al parecer, la señora Rooney esperaba que una novia apropiada para Mossy supiera hacer un dobladillo y bordar. Patsy tenía que esforzarse aún más y tolerar todas aquellas tonterías porque no tenía otra cosa que aportar al matrimonio. Ni familia, ni un trozo de tierra, ni siquiera el nombre de su padre.

—¿Tiene que ser hecho a mano? ¿No puedes hacerlo a máquina? —Benny era más que inútil. Su capacidad como costurera brillaba por su ausencia y sus puntadas eran irregulares e impacientes.

—¿Y qué más da? Nuestra máquina de coser no funciona.

—Le pediremos a Paccy que la arregle. Consideremos esto un desafío —dijo Benny.

Paccy Moore dijo que la máquina debía haberla usado un caballo con unos cascos especialmente pesados, y que ni siquiera un batallón de ingenieros altamente cualificados sería capaz de arreglarla. Su consejo fue que la señora de la casa la tirara a la basura. Y seguro que debía de tener alguna de las viejas, de las de hacía años, una de aquellas que ni siquiera la gente como Benny y Patsy habría sido capaz de destrozar.

Regresaron tristemente a Lisbeg. No valía la pena preguntarle nada a la señora de la casa. Su actitud de abatimiento no había variado. Tenían, en efecto, una vieja máquina de pedal en alguna parte. Benny recordaba haberla visto, incluso haber jugado con ella, pero era inútil hablar con madre. Intentaría hacer memoria y luego se quejaría de que de nuevo empezaba a dolerle la cabeza.

Pero a Benny le ponía enferma ver cómo Patsy, que tan poco había tenido en la vida, seguía esforzándose por agradar.

—Verás, Benny, ni siquiera puedo comprarlas. La vieja buitre me da ella misma la tela para asegurarse.

—Le pediremos a Clodagh que te las haga. A ella también le encantan los desafíos —dijo Benny.

Clodagh dijo que deberían pegarles un tiro a las dos por no saber cómo hacer una simple costura. Los mostró cómo hacerla con su máquina.

—Adelante, hacedla vosotras mismas —les urgió.

—No hay tiempo para eso. Hazlo tú y a cambio nosotras haremos algo por ti. Dinos qué quieres que hagamos.

—Invítad a mi tía a comer y mantenedla entretenida toda la tarde. Quiero

reorganizar toda la tienda. Si alguien se hace cargo de Peg podría traer un equipo para que me ayudara. Cuando vuelva será demasiado tarde para cambiarlo todo de nuevo.

—¿Cuándo?

—El jueves cerramos temprano.

—¿Y tú te encargarás de hacer las fundas de almohada, algunas sábanas y dos cuadrantes?

—Hecho.

Jack Foley dijo que pensaba saltarse las clases el jueves y que irían al cine.

—El jueves no. Cualquiera otro día.

—Maldita sea. ¿No es ése el día que tú no tienes clases?

—Sí, pero tengo que volver a Knockglen. Hay un problema.

—Claro, siempre hay algún problema en Knockglen —dijo él.

—El viernes. Puedo quedarme toda la noche en Dublín.

—Está bien.

Benny sabía que tendría que hacer algo para intentar aplacar los sentimientos heridos de Jack. Mucho se temía que hacerlo requiriera cosas mucho más aventuradas que las que había hecho hasta entonces en el coche.

Como decía Patsy al menos tres veces al día, los hombres eran unos demonios.

Nan había corrido un riesgo al colgarle el teléfono a Simon. También había dejado el teléfono mal colgado por si volvía a llamar. Subió indignada a su habitación y se tumbó en la cama. Su vestido recién planchado estaba cuidadosamente colgado en su percha y las uñas de sus pies brillaban. En realidad, debería salir a algún sitio para sacar partido a tanto acicalamiento.

Pero Nan Mahon no quería concertar una salida con Bill Dunne, ni con Johnny O'Brien, ni con nadie. Ni siquiera con el apuesto Jack Foley, que vagaba desconsoladamente de un lado para otro desde que Benny había desaparecido de la escena.

¡Benny! Simon debía haberle sacado a ella su número de teléfono. Probablemente le habría rogado que se lo diera aduciendo que era urgente. Benny era una estúpida, pensó Nan. No se podía dejar solo en Dublín a un hombre tan guapo como Jack Foley. Estaba muy bien decir todo eso de que las chicas como Rosemary y Sheila sabían que estaba ya comprometido, pero en última instancia, la gente tendía a olvidarse de sus lealtades. En Dublín las cosas eran así.

—Estás muy enfadado —dijo Heather.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Por qué no nos dijiste que era todo tan horrible?

Heather lo había hecho, y muchas veces, pero nadie le había hecho caso. Su abuelo se había limitado a apartar la mirada soñadoramente y Simon a decir que todo el mundo detestaba el colegio. No había más remedio que hacer de tripas corazón. La señora Walsh decía que, dada su posición, Heather tenía que recibir una educación apropiada, que debía conocer a la gente con la que más adelante se relacionaría socialmente, no a las hijas de todos los pelanos, que era a quienes conocería en un

colegio de pueblo.

No había esperado que Simon estuviera tan enfadado. Había hablado por teléfono con alguien y había vuelto hecho una furia.

—Me ha colgado —había dicho varias veces.

Al principio, Heather se había alegrado de la distracción, pero no tardó en darse cuenta de que no facilitaba en nada la conversación acerca de su futuro.

—La madre Francis hablará contigo acerca del colegio —empezó a decir.

—Eso es todo lo que quiere esa maldita mujer. Primero se quedaron con Eve y ahora te quieren a ti.

—Eso no es verdad. Se quedaron con Eve porque nadie más la quería.

—Vaya, te han adoctrinado bien, ¿verdad?

—Bueno, dime tú quién la quería, Simon.

—No se trata de eso. Se trata de que tenemos planeada una educación muy cara para ti.

—Será mucho más barata aquí. Lo he preguntado. No cuesta prácticamente nada.

—No, no lo comprendes. No es posible.

—Tú eres el que no comprende nada —dijo, enfrentándose a él con sus doce años y los puños crispados. Mientras le decía que pensaba escaparse del colegio cada vez que la mandaran de vuelta a él, sus ojos relampagueaban de un modo que le recordó a Eve el día que había ido a Westlands.

Jack parecía haber superado su mal humor. El jueves por la mañana llevó a Benny a tomar café al bar de la facultad. Ella comió un trocito de su «cementerio de moscas» para evitar que sufriera una sobredosis y le declararan incapacitado para participar en el siguiente partido.

El puso su mano sobre la de ella.

—Soy un oso malencarado y picajoso, o un idiota tan grande como un oso, como prefieras —se excusó.

—Ya no falta mucho. Está todo resuelto, te lo juro —dijo ella.

—¿Días, semanas, meses, décadas? —preguntó él, pero estaba sonriéndole. Era el Jack de antes.

—Semanas. Muy pocas semanas.

—¿Y después podrás retozar desvergonzadamente por Dublín conmigo y ceder a todos mis deseos y a mis pasiones más inconfesables?

—Algo así —dijo ella riéndose.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo mirándola directamente a los ojos—. Sabes cuánto te deseo, ¿verdad?

Ella tragó saliva, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Afortunadamente no tuvo que hacerlo. Había llegado Nan.

—¿Estáis imitando a Sean y Carmel, o puedo unirme a vosotros para tomar café?

Benny se sintió aliviada. Jack se acercó al mostrador a buscar una taza.

—No estaré interrumpiendo nada, ¿verdad? —Nan era maravillosa. Era

perfectamente posible pedirle que cogiera su café y se uniera a otro grupo. A Nan no le importaría. Era una gran apóstol de la solidaridad entre las chicas. Pero, de hecho, Benny prefería no seguir adelante con la conversación sobre el sexo.

—Quería que Benny me acompañara a ver *Swamp Women*, pero me ha dejado plantado —dijo Jack con tono fingidamente plañidero.

—¿Por qué no acompañas a este encantador caballero a ver *Swamp Women*, querida? —preguntó Nan—. En tu lugar yo lo haría.

—Por favor, hazlo, Nan. Lleva días hablando de *Swamp Women*.

—Lo haré y así le tendré vigilado —le prometió Nan.

De camino hacia el cine se encontraron con Simon Westward.

—¿Has estado rehuyéndome? —preguntó secamente.

Nan sonrió. Presentó a los dos hombres. Cualquiera que hubiera pasado por allí habría dicho que formaban un trío extraordinariamente atractivo, dos de ellos con bufandas de la universidad y el tercero pequeño y con mucha clase.

—Vamos a ver *Swamp Women*. Va de mujeres fugitivas y caimanes.

—¿Le apetece unirse a nosotros? —sugirió Jack. Simon miró largamente a Jack.

—No, muchas gracias de todos modos.

—¿Por qué le dijiste que se uniera a nosotros? ¿Sabías que no lo haría? —preguntó Nan.

—No, lo hice porque vi lo mucho que le gustabas.

—Sólo un poco, diría yo.

—No, yo creo que va en serio —dijo Jack.

Nan, que sabía que Simon se había vuelto para mirarles, se agarró amigablemente del brazo de Jack.

Benny regresó en el autobús a Knockglen de muy buen humor. Jack había recuperado de nuevo la alegría. Había dicho que la deseaba, no podría haber sido más explícito. Y ahora ni siquiera tenía que preocuparse por haberle dejado colgado. Nan le había acompañado a ver aquella estúpida película.

Todo lo que tenía que hacer ahora era mantener ocupada a Peggy Pine mientras en su tienda ocurrían cosas inenarrables. Sabía que Fonsie, Dekko Moore, Teddy Flood y Rita estaban preparados para entrar en acción. Había que mantener a Peggy alejada del lugar de los hechos hasta al menos las cinco de la tarde.

Cuando llegó a Lisbeg, Benny vio satisfecha que Patsy había preparado una buena sopa, y que había hecho panecillos para acompañarla. El señor Flood había enviado una pequeña pierna de cordero. Oía a salsa de menta, ya servida en una preciosa salsera de porcelana.

Su madre llevaba una chaqueta cruzada gris claro junto con su falda negra, e incluso se había puesto un pequeño broche en el cuello. Parecía más animada. Probablemente necesitara compañía, pensó Benny. Desde luego parecía mucho menos abatida que otros días.

Peggy bebió tres dedalitos de jerez con entusiasmo, y lo mismo hizo su madre.

Benny jamás había visto a la tía de Clodagh en tan buena forma. Le contó a madre que el negocio era la mejor forma de vivir su propia vida, y que si tuviera ocasión de empezar de nuevo, seguiría pensando lo mismo.

Les confió algo que ya sabían, que había sufrido una decepción en un momento anterior de su vida, pero que no guardaba rencor al caballero en cuestión. De hecho le había hecho un favor. La dama que él había elegido no parecía demasiado satisfecha. Peggy Pine la había visto de cuando en cuando a lo largo de los años. Por el contrario, ella estaba más contenta que unas pascuas con su tienda.

Madre la escuchaba con interés. Benny empezó a pensar que había esperanzas de que Peggy pudiera hacer por su madre lo que ella no había podido. Quizá Peggy pudiera hacer que Annabel Hogan redescubriera alguna razón para vivir.

—La esperanza está en la gente joven, ¿sabes? —dijo Peggy.

Benny rogó que la transformación que se estaba produciendo en la tienda en ese mismo momento no fuera de proporciones tan gigantescas como para que Peggy retirara lo dicho.

—Sí, nosotros hemos contado con la bendición de Sean Walsh —dijo Annabel.

—Bueno, puede, siempre y cuando estés tú allí para controlarlo todo —le advirtió Peggy.

—No puedo interferir. Todo iba bien cuando Eddie vivía.

—Eddie estaba allí para mantenerle controlado.

—Poco iba a controlarle yo —dijo Annabel Hogan—. No sé ni una palabra del negocio.

—Ya aprenderás.

Benny vio el peligroso temblor del labio inferior de su madre. Se apresuró a explicarle a Peggy que las cosas estaban un poco en el aire por el momento. Estaba la cuestión de hacer socio a Sean, y su madre no se haría cargo de la tienda hasta que aquello estuviera resuelto.

—Sería mucho más inteligente que lo hicieses antes de que se firmen los documentos —replicó Peggy.

Con gran sorpresa por parte de Benny, su madre asintió con la cabeza. Sí, tenía sentido ir por allí a aprender cómo funcionaba todo. Así no parecería que iba sólo para asegurarse de que obtenían una participación equitativa en los beneficios.

Y después de todo, tal vez necesitaran más manos para trabajar en la tienda, así que si Sean iba a ser socio preferiría una trabajadora sin salario que una a la que hubiera que pagar. Le dijo a Benny y a Patsy, que la miraban atónitas, que probablemente se acercaría por allí el lunes para ver en qué consistía la rutina diaria.

Peggy pareció satisfecha, pero no especialmente sorprendida.

Benny sospechó que tal vez lo hubiera planeado todo. Era una mujer muy lista.

Nan y Jack salieron del cine.

—Qué película tan mala —dijo Nan.

—Sí, pero extraordinariamente mala —se defendió Jack.

—Benny tiene suerte. Está de vuelta en Knockglen.

—Ojalá no pasara tanto tiempo allí.

Tomaron una taza de café en el bar del cine y él le explicó lo duro que resultaba tener una novia a kilómetros de distancia.

¿Qué haría Nan si tuviera un amigo en Knockglen, en el fin del mundo?

—Bueno, lo tengo —respondió Nan.

—Por supuesto, el tipo vestido de caballista y con acento empalagoso.

Pero nada más hacer el comentario, Jack había perdido todo interés. Quería hablar de Benny y de cómo demonios podría persuadir a su madre para que la dejara vivir en Dublín.

Le preguntó a Nan si había alguna posibilidad de que viviera en su casa, y Nan le respondió que ninguna en absoluto.

Se despidieron en la parada del autobús que había junto al cine. Jack corrió para coger uno que iba hacia el sur.

Simon salió de un portal.

—Me preguntaba si estarías libre para cenar —le dijo a Nan.

—¿Has estado esperándome? —Nan se sintió satisfecha.

—Sabía que no te quedarías a ver *Swamp Women* por segunda vez. ¿Qué te parece aquel hotelito al que fuimos en Wicklow? Podríamos pasar allí la noche.

—Encantador —dijo Nan. Su voz era como el ronroneo de un gato.

Fue una noche maravillosa en Knockglen.

A Peggy Pine le habían encantado los cambios en la tienda, la nueva iluminación, los probadores y la música ambiental.

Annabel Hogan había visitado a Sean Walsh y le había dicho que esperaba reunirse con él en la tienda el lunes, y que confiaba que fuera paciente con ella y le explicara las cosas con sencillez. Malinterpretó sus protestas como expresión de cortesía e insistió en que aparecería alrededor de las nueve de la mañana del primer día de la semana.

Mossy Rooney dijo que su madre opinaba que Patsy era una persona estupenda y que estaría muy contenta si los dos iban a ver al padre Ross para fijar una fecha.

Y lo mejor de todo fue que Nan Mahon llamó a Benny para decirle que *Swamp Women* era la peor película que había visto en su vida, pero que era evidente que Jack Foley la adoraba y no quería más que hablar de ella.

Los ojos de Benny se llenaron de lágrimas de gratitud.

—Eres muy buena, Nan. Gracias, gracias de todo corazón.

—¿Para qué están las amigas? —preguntó Nan mientras organizaba su pequeño maletín y se preparaba para su visita a Wicklow con Simon.

Sean Walsh estaba en el Hotel Healy.

—¿Qué voy a hacer?

—Déjala que haga lo que quiera. Se aburrirá antes de una semana.

—¿Y si no es así?

—Tendrás a alguien para ayudarte a hacer recados. Le resultará más difícil negarse a hacerte socio. No podrá evitar tu presencia y rehuir la cuestión si trabaja a tu lado.

—Eres muy inteligente... esto... Dorothy —dijo él.

Rosemary Ryan sabía lo que estaba pasando en todas partes. Eve decía que era como esos militares que durante la guerra tenían un mapa para ver dónde estaban sus tropas y sus submarinos, y no hacían más que moverlos de un lado para otro como fichas en un tablero.

Rosemary sabía que Jack había estado en el cine con Nan. Estaba intentando averiguar si Benny lo sabía.

—¿No te parece que te comportas un poco insensatamente marchándote y dejando a un hombre así sin escolta? —dijo Rosemary.

—No estuvo sin escolta mucho tiempo. Le mandé al cine con Nan.

—Sí que lo hiciste, es verdad. —Rosemary parecía genuinamente aliviada.

—Sí, yo tenía que volver a Knockglen y él había decidido tomarse la tarde libre.

—Pasas demasiado tiempo en ese sitio. —Rosemary intentaba advertirle algo.

—Sí, bueno, esta noche me quedo en la ciudad. Vamos a ir todos a Palmerston. ¿Vas a venir?

—Es posible. Tengo echado el ojo a un estudiante de Medicina.

Haré algunas averiguaciones para enterarme de si piensa ir él o no.

¿Qué querría advertirle Rosemary? No podía tener nada que ver con Nan, eso estaba claro. Todo el mundo sabía que Nan estaba colada por Simon Westward. Sheila había dado a Jack por imposible. No había nadie más. Tal vez fuera tan sólo que él iba acostumbrándose a encontrarse solo en reuniones sociales. Tal vez, al permanecer tanto tiempo en Knockglen, Benny estuviera permitiendo que Jack pensara que era libre para echar una cana al aire. Era probable que hubiera algo de eso, al estilo de lo ocurrido en Gales, de lo que, por cierto, no sabía nada. Benny volvió a centrarse en la política de la Casa Tudor en Irlanda. El profesor decía que a menudo resultaba compleja y difícil de definir porque parecía cambiar con los tiempos. Benny se preguntó qué tenía aquello de nuevo. Jack, que se había mostrado tan enamorado al hablar de ella con Nan, estaba otra vez enfadado.

Al parecer había pensado que ella iba a quedarse en la ciudad todo el fin de semana y había hecho también planes para el sábado y el domingo. Pero Benny tenía que volver a preparar a su madre para el trabajo del lunes. Si no era capaz de comprenderlo, ¿qué clase de amigo era? Eve habría dicho que no se trataba de que fuese un amigo. Se trataba de un hombre alto y apuesto al que le gustaba Benny. Pero tenía que haber algo más.

Eve y Kit discutieron sus planes.

Pondrían un lavamanos en cada habitación y harían un servicio y una ducha nuevos. Así evitarían las aglomeraciones en el descansillo por las mañanas.

Contratarían a una mujer para que viniera a lavar los lunes. Renovarían la

instalación eléctrica. Había partes de la existente en las que era mejor no pensar.

Podrían cobrar un poco más si mejoraban tanto las instalaciones, pero el mayor beneficio sería que no tendrían por qué seguir alojando a los estudiantes que no les gustaran. El chico que jamás abría la ventana de su dormitorio, que tenía botellas de Guinness debajo de la cama y que había dejado tres quemaduras de cigarrillo en los muebles sería apercibido de que si no cambiaba de hábitos tendría que marcharse. Los chicos agradables como Kevin Hickey podían quedarse todo el tiempo que quisieran.

Por primera vez en su vida, Kit Hegarty tendría algo de libertad.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Eve medio en broma—. Ya no me necesitarás más.

Pero sabía que Kit la necesitaba. Hablaba desde una posición segura.

Tras mucho reflexionar, habían decidido que Eve no le tiraría el dinero a la cara a los habitantes de Westlands. Lo ingresarían a nombre de Eve en una cuenta de ahorros, donde estaría accesible para que Eve hiciera lo que quisiera con él en el momento en que lo deseara.

Fueron a bailar al club de rugby y Benny se dio cuenta de que había gente que iba allí todos los viernes y de que todos conocían a Jack.

—Te amo —dijo él de repente mientras estaban sentados bebiendo naranjada con una paja directamente de la botella. Él le apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Dios, no lo sé. Sería mucho más fácil amar a alguien que no desapareciera cada dos por tres.

—Yo también te amo —dijo ella—. Me pareces adorable.

—Eso que has dicho me parece precioso.

—Es la verdad. Lo adoro todo en ti. A menudo pienso en ti y siento que me invade una gran calidez.

—Hablando de sentimientos que nos invaden, tengo el coche de mi padre.

A Benny se le cayó el alma a los pies. Una vez dentro del coche iba a resultar muy difícil decir que no. Todo lo que les habían enseñado en el colegio y en todos aquellos sermones sobre la pureza había hecho que pareciera que se trataba de una elección fácil entre el pecado y la virtud. Les habían dicho que la virtud era recompensada y que el pecado no escapaba sin castigo, no sólo en el más allá, sino en esta vida. Que los chicos no tenían el menor respeto por las chicas que accedían a sus demandas.

Pero nadie le había dicho lo agradable que resultaba y lo fácil que sería ir más allá, y lo despreciable que se sentía una al ponerle fin.

Y cómo sabía una que si no hacía lo que los dos querían hacer, habría mucha gente dispuesta a llegar hasta el fin.

Gente con un temperamento y una falta de escrúpulos hasta ahora sólo

descubiertos en Gales.

—Espero que no os hayamos separado demasiado pronto —dijo Eve mientras se preparaban para dormir en casa de Kit Hegarty.

—No, creo que fue justo a tiempo —respondió Benny.

Hablaban de las oportunas exigencias de Aidan y Eve para que les dejaran entrar en el coche antes de que se congelaran de pura discreción.

—¿Por qué no puedes quedarte todo el fin de semana? —También Eve parecía querer advertirle algo. Era como un mensaje que todos le estaban transmitiendo: debía permanecer por allí.

Pero le era imposible pensar en quedarse, por grande que fuera el peligro. Los acontecimientos habían llegado a una encrucijada en Knockglen.

—¿Tienes un cigarillo? —le preguntó a Eve.

—Pero si tú no fumas.

—No, pero tú sí. Y quiero que me escuches mientras te lo cuento todo sobre Sean Walsh.

Encendieron de nuevo la luz, y Eve se mostró horrorizada mientras se desplegaba ante sus ojos la historia del dinero, las sospechas y la asociación.

La esperanza de que la madre de Benny pudiera encontrar algo de vida propia en la tienda, el apoyo que necesitaría... Eve la escuchó y lo comprendió. Dijo que a pesar del número de tentaciones que pudiera encontrarse Jack Foley en su camino, unas cosas eran más importantes que otras, y Benny tenía que pillar a Sean Walsh costara lo que costara.

Eve dijo que la acompañaría a buscar el dinero.

—No podemos registrar sus habitaciones. Y si le denuncio a la policía lo esconderá.

—Es un zorro —añadió Eve—. Tendrás que tener muchísimo cuidado.

En el establecimiento de Mario se había instaurado la práctica de servir comida los sábados al mediodía: pan con queso gratinado y pastel de crema de chocolate con nata. Cuando Benny pasó ante él, estaba casi lleno.

Entró en la tienda de Peggy para admirar los drásticos cambios que había introducido Clodagh. Había media docena de personas examinando los exhibidores y tal vez otras cuatro en los probadores.

Entre los dos, Clodagh y Fonsie se habían apoderado de toda la clientela del pueblo. Incluso gente que podría haber ido a Dublín estaba allí curioseando tan contenta.

—Tu madre está en muy buena forma. Anda diciendo que va a acortarse las faldas y a arreglarse un poco.

—Madre mía, ¿y quién va a acortarle las faldas? Tú estás demasiado ocupada.

—No me digas que no eres capaz de subir un dobladillo. ¿No decías que tenías una máquina de coser por alguna parte?

—Sí, pero no sé dónde está en medio de toda la morralla que hay en la tienda.

—¿En el territorio del honorable Sean Walsh?

—No, él está en el piso de arriba. Hablo del primer piso.

—Vamos, Benny, búscala. Encuentra a alguien para que te la lleve a casa. Luego me acercaré yo y en diez minutos estarás en marcha.

—Puede que no funcione —dijo Benny esperanzada.

—Entonces tu madre tendrá que parecer anticuada, ¿no te parece?

Benny decidió volver a la tienda y comprobar si efectivamente estaba allí la máquina y si parecía estar en condiciones de funcionar antes de pedirle a Teddy Flood, a Dekko Moore o a algún otro que tuviera una carretilla que le ayudara a llevársela a casa.

Sean no estaba a la vista en la tienda. Sólo el viejo Mike la vio subir las escaleras.

Encontró la máquina de coser detrás de un viejo sofá al que se le habían salido los muelles. Nadie debía haberla usado desde hacía casi veinte años.

Recordaba un poco a una mesa. La máquina se recogía en su interior. Benny tiró de ella y salió reluciente y con aspecto de ser casi nueva, cosa lógica dado el poco uso que se había hecho de ella. Estaba bastante bien hecha, pensó, con sus pequeños cajones a ambos lados, probablemente para guardar bobinas de hilo y botones y todas esas cosas que emplea la gente que cose.

Abrió uno de los pequeños cajones. Estaba repleto de pequeños sobres marrones. Le pareció un modo muy peculiar de guardar botones e hilo. Abrió uno al azar y vio los verdes billetes de una libra y los rosa de diez chelines apretados en su interior. Había docenas y más docenas de sobres viejos con la dirección de la tienda que originalmente habían contenido albaranes, todos ellos con su correspondiente matasellos. Sintiendo que se le helaba la sangre, Benny comprendió que había encontrado el dinero que Sean Walsh le había estado robando a su padre durante años.

No recordaba el camino de vuelta a casa. Debió de pasar por delante de la tienda de Carroll, de la de Dessie Burns, y del cine, además de la tienda de Peggy Pine, la de Paccy y el establecimiento de Mario. Quizá incluso hubiera saludado a alguien. No lo sabía. Patsy estaba regando en la cocina.

—Tu madre pensaba que habías perdido el autobús —dijo. Benny vio que estaba preparándolo todo para servir la comida.

—¿Te importaría esperar unos minutos, Patsy? Tengo que hablar de una cosa con mi madre.

—¿No podéis hablar mientras coméis?

—No.

Patsy se encogió de hombros.

—Está arriba, en el dormitorio, probándose ropa que apesta a naftalina. Echará a todo el mundo de la tienda si se presenta oliendo así. Benny cogió la botella de jerez y dos copas y subió las escaleras. Patsy se quedó mirándola alarmada.

En todos los años que llevaba en la casa jamás había sido excluida de una

conversación de la señora con Benny. Y jamás habría creído que existiera un tema de discusión que requiriera llevar bebidas al dormitorio.

Rezó rápidamente tres avemarías porque Benny no estuviera embarazada. Era exactamente el tipo de cosa que podía ocurrirle a una chica como Benny, tener un hijo con un tipo que luego se negaría a casarse con ella.

Annabel la escuchó con el rostro demudado.

—Eso habría matado a tu padre.

Benny estaba sentada en un lado de la cama. Estaba mordiéndose el labio como hacía siempre que estaba preocupada. Nan le había dicho que debía perder aquella costumbre o acabaría deformándose la boca. Pensó en Nan durante unos segundos.

Nan no se habría parado a pensar en el negocio de su padre, ni aunque le estuvieran robando todos sus empleados. Era a la vez terrible y maravilloso ser tan libre.

—Me pregunto si padre lo sabría —dijo Benny.

Era perfectamente posible que sospechara algo, pero que siendo como era, Eddie Hogan hubiera decidido ignorarlo. No habría abierto la boca a menos que hubiera tenido pruebas concluyentes. Pero era extraño que hubiera retrasado la firma del acuerdo de asociación. El señor Green había dicho que le sorprendía que no estuviera ya firmado. ¿Se habría pensado mejor su padre la idea de asociarse con un hombre que llevaba años metiéndole mano a la caja?

—Tu padre no habría soportado la humillación de llamar a la policía, de meterse en juicios, de aguantar los chismorreos.

—Lo sé —asintió Benny—. Jamás habría hecho una cosa así.

Hablaban de igual a igual, sentadas en el dormitorio que estaba cubierto de la ropa que se había estado probando Annabel para llevarla el primer día de su asistencia a la tienda. Benny no la presionó para que tomara una decisión, pero Annabel no se hizo de rogar.

Gracias a que estaban en plano de igualdad, se infundían fuerzas la una a la otra.

—Podríamos decirle que lo sabemos todo —dijo Annabel.

—Lo negaría.

Podían llamar a la policía, y lo sabían. No había posibilidad de recurrir al señor Green para que acudiera a la tienda, subiera las escaleras e inspeccionara el contenido de la máquina de coser. El señor Green no era el tipo de abogado que salía en las películas, siempre dispuesto a hacer ese tipo de cosas. Era el más tranquilo y respetable de los abogados.

—Podríamos pedirle a alguna otra persona que actuara como testigo. Que viniera a verlo.

—¿Y de qué serviría eso? —preguntó Annabel.

—No lo sé —admitió Benny—. Pero demostraría que el dinero estuvo allí en caso de que Sean decidiera esconderlo en algún otro lugar cuando hablemos con él.

—¿Cuando hablemos con él?

—Tenemos que hacerlo, madre. Cuando vayas a la tienda el lunes por la mañana él no debe seguir allí.

Annabel se quedó mirando a Benny largo rato. No dijo nada, pero a Benny le pareció percibir que su madre tenía un nuevo valor, un nuevo espíritu. Estaba convencida de que su madre sería capaz de enfrentarse a lo que les esperaba. Benny tenía que encontrar las palabras adecuadas para alentarla.

—Si padre pudiera vernos, eso es lo que querría que hiciéramos. No querría escándalos ni juicios, pero tampoco querría que tuvieras como socio a Sean Walsh sabiendo lo que ahora sabemos.

—Le pediremos al doctor Johnson que sea testigo de lo que has encontrado —dijo Annabel Hogan con una firmeza que Benny jamás habría esperado.

Patsy le dijo a Bee Moore aquel atardecer que últimamente, para trabajar en Lisbeg, había que tener más paciencia que un santo. Había un montón de idas y venidas, y puertas cerradas, y botellas de jerez, y nadie comía nada y luego pedían de comer a las horas más intempestivas.

Si las cosas iban a ponerse así cuando la señora fuera a trabajar a la tienda, tal vez fuera una suerte que hubiera decidido casarse con Mossy Rooney y la gruñona de su madre. Así se quedaría al margen.

Patsy recordó que Bee había estado interesada en Mossy y alteró sus comentarios ligeramente. Dijo que sabía que era muy afortunada al haber sido elegida por Mossy y que se sentía honrada por entrar a formar parte de su familia. Bee Moore resopló, preguntándose por enésima vez cómo era posible que él hubiera preferido a Patsy. Comentó que las cosas resultaban igual de confusas en su casa. Parecía que en Westlands todo el mundo se había vuelto loco. Heather había empezado a asistir a St Mary y se estaba dedicando a llevar a la casa a montar en su poni a lo que la señora Walsh llamaba la morralla y la chusma de Knockglen. El viejo se había metido en la cama y el señorito Simon no aparecía por ninguna parte, aunque había informes fiables de que había estado en Knockglen al menos dos noches que no había vuelto a casa. ¿Dónde demonios podía haberse metido en vez de ir a dormir en su propia cama en Westlands? Era un misterio.

Maurice Johnson se preciaba de ser un hombre al que nada podía sorprenderle, pero la visita de Annabel Hogan y su hija, y el motivo de la misma, le dejaron totalmente estupefacto.

Escuchó su solicitud.

—¿Por qué yo? —preguntó.

-Tiene que ser usted o el padre Ross, y no queremos que intervenga la Iglesia. Sería como sacar a colación el pecado y el castigo. Todo lo que necesitamos es alguien digno de confianza.

—No nos retrasemos pues —dijo él—. Vamos ahora mismo.

Cuando entraron había dos clientes en la tienda. Sean levantó la vista de las cajas de jerséis de cuello de pico que había abierto sobre el mostrador.

Había algo en aquel grupo que le alarmó. Sus ojos siguieron sus pasos mientras se dirigían a la parte trasera de la tienda, hacia las escaleras.

—¿Puedo hacer algo por...? —empezó a decir.

Benny se detuvo en las escaleras y se volvió para mirarle. Le había detestado desde la primera vez que le había visto, y a pesar de todo, esta vez sintió una punzada de lástima por él. Se fijó en su pelo ralo y grasiento y en su cara larga y demacrada.

No había disfrutado de su vida, ni la había enriquecido con el dinero que había robado.

Pero no era momento para vacilaciones.

—Sólo vamos al primer piso —dijo—. Madre y yo queremos que el doctor Johnson vea algo.

Vio el miedo en los ojos de él.

—Que sea testigo de algo —añadió, para que supiera que había sido descubierto.

El doctor Johnson bajó las escaleras en silencio. Atravesó la tienda con la mirada clavada en el suelo. No devolvió el saludo de Mike ni pareció percibir la presencia de Sean, inmóvil con una caja en las manos. Le había dicho a las Hogan que confirmaría que, en su presencia, habían retirado más de doscientos sobres con sumas que iban de cinco a diez libras.

No había mostrado la menor satisfacción por la caída ignominiosa de un hombre que nunca le había gustado. Había visto el pequeño botín cuidadosamente guardado en los sobres. Suponía que aquel desgraciado había intentado comprarse algún tipo de vida nueva. ¿Habría pensado en vino, mujeres y música mientras amontonaba el dinero que le iba robando a Eddie Hogan? Era imposible saberlo. No envidiaba a las dos mujeres la confrontación que les esperaba, pero las admiraba por haber decidido enfrentarse a ella de inmediato.

Permanecieron sentadas en la habitación, esperando. Sabían que él subiría. Y las dos se sentían débiles por la conmoción de su descubrimiento y por la vergüenza a la que tendrían que enfrentarse cuando Sean fuera a reunirse con ellas.

Ninguna de las dos temía que intentara acobardarlas o negar que había sido él quien había guardado allí el dinero. La palabra del doctor Johnson tenía mucho peso.

Oyeron sus pasos subiendo las escaleras.

—¿Has cerrado la tienda? —preguntó Annabel Hogan.

—Mike se ha quedado a cargo de todo.

—Tendrá que hacerlo buena parte del tiempo a partir de ahora —dijo ella.

—«¿Tiene algo que decir? ¿Acaso me acusan de algo? —empezó a decir él.

—No compliquemos las cosas —dijo Annabel.

—Puedo explicarlo todo —respondió Sean.

Fuera se oían los ruidos típicos de una tarde de sábado en Knockglen, el ruido de los cláxones de los coches, las risas y carreras de los niños, libres del colegio desde la hora de comer. Había un perro que ladraba muy excitado, y en algún lugar, un caballo que tiraba de un carro se había espantado. Los tres permanecieron sentados,

escuchando sus relinchos hasta que alguien le tranquilizó.

Entonces Sean empezó a ofrecerles explicaciones. Era una forma de ahorrar, y el señor Hogan había estado al corriente. No es que hubiera dado exactamente su aprobación, pero había estado al corriente. Su salario era más bien escaso. Todo el mundo sabía que Sean era el que hacía la mayor parte del trabajo. Siempre se había dado por supuesto que tenía derecho a hacerse con unos ahorrillos.

Annabel estaba sentada en la silla de respaldo alto, la que nunca se les había ocurrido llevarse a Lisbeg. Benny estaba sentada en el viejo sofá destrozado, el que había movido en busca de la máquina de coser. No lo habían preparado así, pero actuaron como un equipo. Ninguna de las dos dijo ni una palabra. No hubo interrupciones ni desmentidos. Ni asentimientos ni gestos de incredulidad. Permanecieron sentadas esperando a que se ahorcara él mismo con la cuerda que se había puesto al cuello. Finalmente, empezó a hablar cada vez más despacio, los movimientos de sus manos fueron haciéndose menos exagerados. Dejó caer los brazos a los costados y no tardó en agachar la cabeza como si su peso fuera insoportable.

Entonces dejó de hablar.

Benny esperó a que hablara su madre.

—Puedes marcharte esta misma noche, Sean.

Su tono era más decidido que el que podría haber empleado la propia Benny. Ella miró a su madre llena de admiración. No había odio, ni deseo de venganza en el tono de sus palabras. Eran tan sólo una simple afirmación que resumía cuál era la situación. Sean Walsh se quedó tan sorprendido como ella.

—De eso nada, señora Hogan —dijo.

Tenía el rostro demudado, pero no pensaba pedir misericordia, ni comprensión, ni otra oportunidad.

Esperaron a oír lo que tuviera que decir.

—No es lo que habría deseado su marido. Él dijo por escrito que quería que fuera socio de la firma. Usted estuvo de acuerdo en que así fuera con el señor Green.

La mirada de Annabel se dirigió a la mesa llena de sobres.

—Y nadie puede confirmar o negar que se tratara de algo acordado.

Entonces le tocó el turno de hablar a Benny.

—Mi padre no habría querido que llamáramos a la policía, Sean. Sé que tú estarás de acuerdo. Mi madre y yo estamos ateniéndonos a lo que, estamos seguras, habrían sido sus deseos. Hemos discutido esto largo y tendido. Pensamos que él habría querido que te marcharas esta misma noche. Y que habría deseado que no le contáramos a nadie lo ocurrido. El doctor Johnson, ni que decir tiene, permanecerá silencioso como una tumba. Sólo le pedimos que viniera para dar más solidez a nuestra solicitud de que te marches sin crear problemas.

—¿Y qué cree que Je ocurrirá a su magnífico negocio cuando me marche? —Su cara tenía un gesto torcido—. ¿Qué pasará con la sastrería Hogan, hazmerreír del

sector? ¿Celebrará la liquidación por cierre del negocio en junio o en octubre? Ése es el único interrogante.

Muy agitado y con una especie de sonrisa clavada en el rostro recorrió la habitación frotándose las manos.

—No tiene ni idea de lo imposible que es sacar a flote este lugar.

Tiene los días contados. ¿Qué creen que van a hacer sin mí? ¿Encargar a Mike, que tiene menos cerebro que un mosquito, que se haga cargo de los clientes y les bendiga, como si fuera Barry Fitzgerald en una película? ¿Se hará cargo usted, señora Hogan, que no sabe distinguir un extremo de un rollo de tela de otro? ¿Contratará a algún pisaverde de algún otro pueblucho insignificante? ¿Es eso lo que desea para su grandioso negocio familiar? ¿Es eso? Dígame, ¿es eso? Su tono empezaba a ser histérico.

—¿Qué te hemos hecho para que te hayas vuelto contra nosotros de ese modo? —preguntó Annabel Hogan con voz tranquila.

—Piensa que se han portado bien conmigo, ¿es eso lo que piensa?

—En pocas palabras, sí.

Sean tenía la cara contraída. Benny se dio cuenta de que jamás había creído ni remotamente que pudiera tener sentimientos tan intensos.

Contó una historia de que había sido condenado a vivir en el piso de arriba, en las habitaciones del servicio, aguantando toda clase de actitudes paternalistas y siendo invitado a compartir el pan de la familia de cuando en cuando. Dijo que había llevado el negocio sin ayuda de nadie a cambio de un salario de miseria y una palmadita en la cabeza. Repitió tantas veces que estarían perdidas sin Sean Walsh que sus palabras perdieron todo sentido. Dijo que su genuino respeto y admiración por Benny, la hija de la casa, había sido motivo de burla y que se le habían reído a la cara. Él se había comportado de forma honorable y se había sentido orgulloso de acompañarla, a pesar de que no fuera precisamente un espécimen físicamente hermoso.

Ni Annabel ni Benny movieron un músculo ante sus insultos.

No se había entrometido, ni había impuesto su presencia ni había intentado sacar partido alguno a su posición. Había sido discreto y leal. Y así le daban las gracias.

Benny sintió que la inundaba una gran tristeza. Había algo de sinceridad en las palabras de Sean. Si era así como él veía su vida, entonces aquella había sido su vida.

—¿Piensas quedarte en Knockglen? —preguntó inesperadamente.

—¿Cómo?

—Cuando te vayas de aquí.

Algo ocurrió en ese momento. Sean se dio cuenta de que hablaban en serio. Se quedó mirándolas como si nunca las hubiera visto antes.

—Es posible. Es el único lugar que he llegado a conocer bien, ¿comprenden? Claro que lo comprendían.

Sabían que habría murmuraciones. Muchas murmuraciones. Pero el lunes, la tienda se abriría con Annabel al frente. Sólo disponían de treinta y seis horas para

aprender los secretos del negocio.

La señora Healy aceptó recibir a Sean en su despacho. Aun teniendo en cuenta su palidez habitual, le pareció que tenía mala cara, como si hubiera sufrido una gran conmoción.

—¿Podría disponer de una habitación aquí durante una semana? —Por supuesto, pero ¿puedo preguntar por qué?

Él le dijo que había decidido despedirse de la tienda de Hogan inmediatamente y que, por lo tanto, tendría que abandonar las habitaciones que ocupaba en ella. Sus palabras fueron extremadamente vagas. Ignoró sus preguntas acerca de su incorporación como socio en la firma, negó que hubiera habido ninguna pelea ni nada parecido. Dijo que le gustaría trasladar sus cosas en un momento en que no estuviera medio pueblo mirando, por ejemplo, cuando estuvieran en casa tomando el té.

Por supuesto, Fonsie le vio. Le vio trasladar una por una las cuatro cajas de cartón que constituían todas sus posesiones.

—Buenas tardes, Sean —dijo Fonsie con voz seria. Sean le ignoró. Fonsie fue inmediatamente a contárselo a Clodagh.

—Sospecho que es el principio de una historia de amor. He visto a Sean Walsh llevando ramitas y hojas al hotel para construirse un nidito en Healy's.

—¿De verdad que estaba mudándose al hotel? —Clodagh no parecía tan sorprendida como debiera haberlo estado.

—Subrepticamente y con la pasión por Dorothy escrita en todo su cuerpo —dijo Fonsie.

—Bien hecho, Benny —dijo Clodagh, cerrando los ojos y sonriendo.

Maire Carroll había subido al convento para pedir referencias. Pensaba pedir un puesto de trabajo en una tienda de Dublín. Mientras la madre Francis se devanaba los sesos pensando en algo bueno que decir de Maire Carroll que fuera a la vez cierto, Maire le reveló que Sean Walsh había sido visto trasladando sus cosas para irse a vivir al hotel.

—Loado sea Dios, Benny —dijo para sí la madre Francis.

El domingo trabajaron como no lo habían hecho en su vida. Todo tenía cierto aire de irrealidad, porque las contraventanas estaban cerradas para que nadie se enterara de que estaban allí.

Cualquiera que las hubiera visto habría pensado que formaban un equipo de lo más extraño. Patsy con su guardapolvo fregando la pequeña habitación que estaba llena de los restos de un millar de tazas de té mal preparado. El viejo Mike les había contado que hacían turnos para preparar el té y abrir las galletas. El lugar tenía todas las trazas de que sus palabras eran ciertas. Habían bajado un hornillo de las habitaciones de Sean. A partir de ese momento tomarían té en condiciones, e incluso sopa o tostadas.

La sastrería Hogan iba a cambiar.

Y para contribuir al cambio, habían acudido Peggy Pine y Clodagh, al igual que

Teddy Flood.

No habían dado ninguna explicación a ninguno de ellos, aparte de contarles que Sean Walsh se había marchado y necesitaban sus consejos. Clodagh había respondido que todos los negocios eran iguales, y que si uno sabía hacerse cargo de uno de ellos, lo mismo podía hacer con cualquier otro, y que siempre había deseado que le encargaran poner en pie una siderurgia o una fábrica de automóviles.

Mike, que nunca había sido el centro de tanta atención, fue objeto de numerosas y respetuosas preguntas. Todos opinaban que había que dirigirse a él hablándole pausadamente, y que sus respuestas debían sopesarse con la misma atención que él les dedicaba.

Meterle prisas a Mike sería contraproducente. Había que dejarle pensar que tenían todo el tiempo del mundo.

No había que permitirle que se dejara llevar por las lamentaciones por la muerte del señor Eddie, ni que se dedicara a farfullar acerca de ese Sean Walsh que quería que le llamaran señor.

Lentamente fueron desentrañando el modo en que funcionaba el negocio. Qué clientes tenían crédito y cuáles no. Cómo se enviaban las facturas, los recordatorios, los proveedores que les visitaban con sus libros de pedidos, las fábricas de hilados y tejidos.

Titubeante, Mike les contó todo. Le escucharon y desentrañaron el sistema, por otra parte un tanto rudimentario.

Annabel Hogan se maldijo mil veces por no haberse tomado interés en el negocio mientras su esposo estaba aún vivo. ¿Le habría gustado que lo hiciera? Lo que la había mantenido en casa había sido su propia testarudez.

Benny hubiera querido que ayudara a su padre. Si hubiera podido empezar de nuevo, habría pasado las tardes del sábado allí con él, aprendiendo cómo era su vida en el trabajo.

¿Se habría sentido él orgulloso de que se tomara tanto interés? ¿O habría pensado que ella era una distracción en el mundo masculino de la sastrería para caballeros? Era imposible saberlo. En cualquier caso, ella había rehuido la tienda en gran medida por Sean Walsh.

Mientras seguían trabajando, averiguando cuáles eran las diferentes partidas de tela, Benny dejó que su mente vagara. ¿En serio habrían esperado sus padres que se casara con Sean simplemente porque les había sido de ayuda en el negocio? Y aún peor, ¿qué habría pasado si ella se hubiera plegado a sus deseos? ¿Si se hubiera prometido con él, hubiera tolerado su repugnante asedio y ahora fuera su novia formal? En cualquier caso habría sido imposible seguir adelante una vez descubierto el robo mezquino y continuado a un patrón bondadoso que sólo le había deseado lo mejor.

Patsy había calentado la sopa y había servido los sándwiches. Se sentaron todos juntos a comérselos.

—¿Creen que hacemos mal en trabajar en domingo? —Mike tenía grandes reservas sobre el asunto.

—*Laborare est orare* —dijo Peggy Pine de repente.

—¿Te importaría traducir para los que no tenemos una educación clásica, tía? —le pidió Clodagh.

—Significa que el Señor cree que el trabajo es una forma de oración —le dijo Peggy recogiendo las migas y sentándose para escribir recibos de venta en condiciones que Annabel pudiera comprender.

Habían abierto la puerta trasera de la tienda a última hora del sábado para poder entrar y salir por el callejón que había detrás del local.

El sol iluminaba el patio trasero abandonado, que estaba lleno de basura y objetos inservibles.

—Podrías hacer aquí un invernadero precioso —dijo Clodagh admirada.

—¿Para qué? —preguntó Benny.

—Para sentarse en él, payasa.

—Pero los clientes no querrán sentarse, ¿no te parece?

—Hablo de ti y de tu madre.

Benny se quedó mirándola con gesto de incompreensión.

—Bueno, vendréis a vivir aquí, ¿no?

—No, por Dios. Seguiremos viviendo en Lisbeg. No podríamos vivir encima de la tienda.

—Algunos lo hacemos y nos va muy bien —dijo Clodagh con voz cortante.

Benny deseó haberse mordido la lengua, pero ya no serviría de nada retirar lo dicho.

Clodagh no parecía en absoluto molesta.

—Sería bueno que pudierais vivir aquí —dijo—. Pensaba que el objetivo de todo esto era poner patas arriba el lugar y cambiarlo por entero. No podréis hacerlo sin meter algo de dinero en él. Había dado por supuesto que pensabais vender la casa.

Benny se enjugó el sudor de la frente. ¿Es que aquello no iba a acabar nunca? ¿Cuándo podría llevar de nuevo una vida normal?

Jack Foley estuvo telefoneando a Benny desde las nueve de la mañana hasta mediodía.

—No puede llevar toda la maldita mañana en misa —refunfuñaba.

Benny telefoneó a Jack a su casa. Su madre cogió el teléfono.

—¿Eres tú, Sheila? —preguntó.

—No, señora Foley, soy Benny Hogan.

La madre le dijo que Jack había salido y que no esperaban que volviera hasta tarde. Había salido bastante temprano.

—En realidad pensaba que estaba contigo —dijo la señora Foley.

Consiguió que sonara como si estuviera en un marjal lleno de caimanes. Como el de la película que Benny no había visto.

Se obligó a que su voz sonara ligera e indiferente. No, no había ningún mensaje, sólo había llamado para charlar con él.

La señora Foley le dijo que tomaría nota inmediatamente. Consiguió transmitir la impresión de que el nombre de Benny Hogan sería añadido a una larga lista de solicitantes.

Habían terminado y estaba deseando celebrarlo. Habían logrado todo lo que ella había deseado para la tienda de su padre desde el día de su muerte. Habían recibido un enorme apoyo de todos sus amigos de Knockglen. Sean había quedado reducido a la insignificancia.

Era una noche triunfal y quería contárselo todo a Jack. Las partes terribles y las divertidas, la expresión de la cara de Sean, la cantidad de té y sándwiches que había preparado Patsy, los esporádicos ataques de energía de Mike, que parecía el monstruo de Frankenstein, Peggy Pine enseñándole a su madre cómo cerrar una venta. Quería decirle que a partir de aquel momento ya no la necesitarían tan desesperadamente en casa. Estaría libre para pasar varias noches a la semana en Dublín.

Tenía el terrible presentimiento de que había dejado pasar demasiado tiempo. Que había estado lejos demasiado tiempo.

Capítulo 17

Brian Mahon comentó irritado que le parecía magnífico tirar tanto dinero pagando los gastos de una estudiante universitaria que ni siquiera era capaz de levantarse para asistir a las malditas clases.

Emily le dijo que sería mejor que se callara. Que estaba siendo injusto. Nan trabajaba mucho y era muy raro que se quedara en la cama.

—Pues sería agradable verla las pocas veces que está en casa, aunque sólo fuera de cuando en cuando —dijo él.

Nan les había dicho que las noches que no volvía a casa se quedaba en Dunlaoghaire con Eve. Su padre decía que era una lástima que la señora de la casa de huéspedes no se encargara también de pagarle los estudios y de comprarle ropa.

Ese día, Brian tenía que reunirse con un tipo que había venido en barco a Horth Wall. Se había presentado en el pub donde se reunían los estibadores y quería llegar a un acuerdo sobre unas mercancías.

Emily suspiró. Quizá llegara a un acuerdo sobre unas mercancías, pero también sería un día de bebida. Cuando se hubo marchado subió las escaleras.

Nan estaba acostada en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—¿No te encuentras bien?

—Estoy estupendamente, Em. De verdad.

Emily se sentó en un taburete que había frente al tocador.

Había una expresión preocupada en el rostro de Nan, una mirada que nunca antes había visto. Una combinación de sorpresa e indecisión.

Tampoco Nan se había sentido nunca así. No desde que era una niña pequeña.

—¿Se trata de... Simon?

Normalmente, Emily nunca mencionaba su nombre, era casi como tentar a la suerte.

Nan negó con la cabeza. Le dijo a su madre que Simon se mostraba de lo más atento y entregado. Estaba en Knockglen, y había quedado con él para cenar la noche siguiente. Emily se quedó convencida. Bajó las escaleras sacudiendo la cabeza, recogió las cosas del desayuno, se puso su blusa buena y salió hacia el trabajo.

Mientras esperaba en la parada del autobús se preguntó qué podía ser lo que le ocurría a su hija.

En su dormitorio, Nan seguía acostada contemplando lo que le deparaba el futuro. Sabía que había sido innecesario enviar las muestras a la maternidad de Holies Street. Llevaba un retraso de diecisiete días. Estaba embarazada.

Eve y Kit se habían levantado temprano. Iban a llegar los obreros y querían demostrarles desde el principio que la suya era una casa en la que existían ciertas reglas, una casa diferente a todas las que pudieran haber conocido.

La noche anterior habían dejado sacos de cemento y arena en el patio trasero. El nombre estampado en los sacos era Mahon.

—Debes decirle a Nan que estamos metiéndole unos cuantos chelines en el bolsillo a su padre —dijo Kit.

—No, a Nan no le gustaría oír eso. No le gusta que le recuerden a su padre y sus negocios.

Kit se sintió sorprendida.

Nan siempre le había parecido una muchacha muy poco pretenciosa a la vista de lo atractiva que era. Nunca la había visto echándose un vistazo de reojo en un espejo, o presumiendo de la gente con la que salía.

A Eve le había gustado mucho al principio, pero estaba resentida porque Nan se hubiera relacionado con los Westward.

—No seguirás guardándole rencor por haber salido con Simon Westward, ¿verdad?

—¿Rencor? ¿Yo? —dijo Eve riéndose. Sabía que se había pasado la mayor parte de su vida guardándole rencor a la familia que la había rechazado.

Y en todo caso, Kit había utilizado el tiempo verbal equivocado. Nan seguía saliendo con Simon Westward. Y tanto que sí.

Heather la había llamado por teléfono, chillando de excitación, para hablarle de su vida en el convento y sobre lo divertidas, lo locas y lo supersticiosas que eran todas.

—Espero que no se te ocurra contarle eso a nadie —le dijo Eve severamente.

—No, sólo a ti. Y tengo otro secreto. Creo que Simon está liado con Nan. Ella llama a veces y sé que él sale a verla porque se lleva un maletín con sus cosas y no vuelve a casa por las noches.

Eve estaba segura de que Simon y Nan estaban «yendo hasta el final». Simon no se interesaría ni remotamente por una chica que no estuviera dispuesta a hacerlo. Al fin y al cabo, para él no era pecado, y no invitaría a salir a Nan, por deslumbrante que fuera, a menos que estuviera obteniendo algo a cambio.

Eve sabía perfectamente que Nan no era una persona que su primo Simon estuviera dispuesto a llevar a vivir con él a Westlands.

Cuando telefoneó, todo ocurrió como lo había previsto. La prueba de embarazo había resultado positiva.

Nan se vistió meticulosamente y abandonó la casa vacía de Maple Gardens. Tomó el autobús de Knockglen.

Caminó frente a las puertas del jardín del convento y miró hacia la larga avenida. Se escuchaba el ruido de las niñas jugando. Qué extraño que Simon permitiera que su hermana estudiara allí, entre las hijas de gente que trabajaba en sus propiedades.

Pero desde el punto de vista de ella era una buena cosa. Significaba que estaría más atado a Knockglen e iría más a menudo a la casita. Y habría menos crisis en torno a la infelicidad de Heather y sus fugas del colegio en el que debiera haber

estado.

No recordaba exactamente a qué distancia de Knockglen estaba Westlands, pero decidió que era demasiado lejos como para ir andando. Knockglen no parecía un pueblo que tuviera taxis. Había oído a Benny, Eve y Simon decir tantas cosas malas sobre el Hotel Healy que no se atrevió a acercarse para pedir que le buscaran algún medio de transporte.

Nan esperaba hasta que pasara un vehículo apropiado. Pronto apareció un hombre de mediana edad con un coche verde. Le hizo señas y, como Nan sabía que ocurriría, se detuvo. El doctor Johnson le preguntó a dónde se dirigía.

—A Westlands —respondió ella con sencillez.

—¿Dónde si no? —dijo el hombre.

Hablaron sobre el automóvil. Él le explicó que era un Morris Cowley, el modelo más barato de la gama Ford. Le encantaría tener un Zodiac, o incluso un Zephyr, pero uno debía ser consciente de sus limitaciones y saber hasta dónde podía llegar.

—No creo que usted lo sepa —dijo la preciosa chica rubia, que el doctor Johnson recordaba haber visto antes en alguna parte.

Ella dijo que mucha gente pecaba de timidez, que no aspiraba a mayores cosas. Él debía aspirar a tener un Zephyr o un Zodiac en vez de dar por supuesto que estaban fuera de su alcance.

Maurice Johnson sonrió y le dijo que discutiría el tema con su mujer y el director de su banco. No creía que ninguno de los dos estuviese de acuerdo con ella, pero desde luego valía la pena intentarlo.

Atravesó la verja de Westlands.

—¿Venía usted aquí? —preguntó Nan alarmada. No quería coincidir con ningún otro visitante.

—En absoluto, pero un caballero, aunque conduzca un Morris Cowley, siempre acompaña a una dama hasta la misma puerta.

Ella le dirigió una sonrisa tan luminosa que se dijo a sí mismo que las personas como Simon Westward, al que los saltamontes le llegaban hasta la rodilla, tenían toda la suerte del mundo cuando de mujeres deslumbrantes se trataba sólo porque tenían el acento adecuado y una casa grande.

Nan miró hacia la casa. No iba a ser nada fácil. Pero después de todo, nada que fuera importante resultaba fácil. Respiró hondo tres veces consecutivas y llamó al timbre.

La señora Walsh sabía perfectamente quién era Nan Mahon. Había oído su nombre por teléfono muchas veces, y aunque reprendía a Bee por su tendencia al chismorreo, sabía que aquella chica, que había estado en la casa un par de días después de Navidad, era amiga de Eve Malone y de Benny Hogan.

No obstante, decidió hacer las cosas como era debido y le preguntó su nombre.

—Mahon —dijo Nan con voz clara y llena de confianza.

De todos modos, Simon acababa de salir de la habitación donde estaba. Había

oído cómo llegaba y se marchaba el coche.

—¿Era ése el doctor Johnson, señora Walsh? Parece que se ha marchado sin pasar a ver al abuelo...

Vio a Nan.

Su voz cambió.

—Vaya, hola —dijo.

—Hola, Simon.

Estaba muy guapa con su traje de color crema y una flor artificial roja prendida en la solapa. Su bolso y sus zapatos eran del mismo color rojo. Parecía vestida para salir.

—Pasa y siéntate —dijo él.

—¿Preparo café, señor Simon? —preguntó la señora Walsh, aunque sabía que no la necesitarían.

—No, gracias, señora Walsh. —La voz de él era ligera y desenvuelta—. No, creo que no necesitaremos nada de momento. Cerró la puerta con firmeza a sus espaldas.

Aidan Lynch se acercó a Jack en el pub y le dijo que Benny le había enseñado a bailar el Charleston.

En realidad era bastante sencillo una vez que uno se acostumbraba a mover las dos piernas por separado.

—Sí —dijo Jack Foley.

Y resultaba espectacular, continuó Aidan. Posiblemente Benny debía abandonar su idea de hacerse bibliotecaria para convertirse en profesora. Después de todo, cualquiera podía registrar la entrada y salida de libros en una biblioteca, pero no todo el mundo era capaz de enseñar, de impartir conocimientos.

—Cierto —asintió Jack Foley.

Y bien, concluyó Aidan, ¿cuánto tiempo más tendría que mantener una conversación tan estúpida antes de ir al grano? Eve y él, que eran por así decirlo la encarnación en aquel momento del joven sueño de amor universitario, muy por delante de Sean y Carmel, querían saber si él y Benny se habían peleado.

—Pregúntaselo a ella —dijo Jack.

—Ya lo ha hecho Eve, y le ha dicho que no, que simplemente no consigue encontrarte nunca.

—Será porque sólo me busca en Knockglen —dijo Jack.

—¿Has conseguido...? Bueno, ya sabes a lo que me refiero. —Ahora Aidan había adoptado el papel de amigo y confidente.

—Ocúpate de tus asuntos —le respondió Jack.

—Eso significa que no. Tampoco yo. Caray, ¿qué les enseñan a las chicas en esos conventos?

—A cuidarse de la gente como nosotros, supongo.

Se olvidaron de las mujeres y hablaron del partido y de que había gente que era incapaz de darle una patada a un balón aunque se diera de bruces con él.

Aidan no había conseguido más información que transmitirle a Eve acerca de

Benny, pero al menos podría decirle que no había ninguna chica nueva a la vista.

—Vaya una sorpresa —dijo Simon. El pequeño fruncimiento de su entrecejo, que no era más que una delgada línea entre sus ojos, mostraba que no estaba gratamente sorprendido.

Nan había ensayado lo que tenía que decir. No tenía sentido andarse por las ramas ni emplear circunloquios.

—He esperado hasta estar segura. Me temo que estoy embarazada —dijo sencillamente.

El rostro de Simon se llenó de preocupación.

—Oh, no —dijo él aproximándose a ella—. Nan, pobrecita mía. Pobre, pobre criatura. —La estrechó entre sus brazos y la mantuvo abrazada.

Ella no dijo nada. Sentía cómo su corazón latía contra el de ella. Luego él la apartó de sí y la miró intentando ver hasta qué punto estaba afectada.

—Qué terrible debe ser para ti —dijo con ternura—. Es injusto, ¿verdad?

—¿Qué es injusto?

—Todo. —Hizo un gesto amplio con las manos. Luego se acercó a la ventana y se pasó las manos por el pelo—. Esto es terrible —dijo. Parecía muy alterado.

Permanecieron apartados, Nan con la cabeza apoyada en el piano, Simon junto a la ventana, los dos mirando a través de ésta el cercado donde estaba el poni de Heather y los prados donde pastaban libre y pacientemente las vacas.

Todo parecía ocurrir a cámara lenta, pensó Nan. Hasta el modo en que hablaba Simon.

—¿Sabes qué tienes que hacer? —le preguntó él—. ¿Sabes dónde ir?

—¿A qué te refieres?

—A todo eso. —Hizo un gesto lento con la mano en dirección al cuerpo de ella.

—He venido a ti —dijo Nan.

—Sí, ya lo sé, y has hecho bien. Muy bien. —Se mostraba ansioso porque lo supiera.

—Jamás pensé que pudiera ocurrir —dijo ella.

—Nadie piensa que le pueda ocurrir. —Simon hablaba en tono irritado, como si aquello ocurriera todos los días, como si afectara a toda la gente que conocía.

Nan deseaba hablar. Tenía la desesperada necesidad de preguntarle qué iban a hacer ahora. Pero no quería darle la menor oportunidad de decir algo hiriente o desconsiderado a lo que tuviera que responder con ira. Debía permitir que se produjeran silencios. La expresión habitual era «silencios preñados», pensó con una pequeña risita que contuvo a duras penas. Simon estaba a punto de hablar.

—Nan, querida, esto no podría ser más terrible, pero todo se arreglará, te lo prometo.

—Lo sé —respondió ella llena de confianza en él.

Y entonces le empezaron a silbar ligeramente los oídos cuando él le contó que tenía un amigo que conocía a una persona, y que todo había resultado

asombrosamente sencillo, y que la chica había dicho después que era mucho más sencillo que ir al dentista.

Y no había habido complicaciones posteriores. Bueno, de hecho Nan había conocido a la chica en cuestión, pero no sería justo dar nombres. Se trataba de una mujer muy vital y centrada.

—¿No querrás decir qué...? —Se quedó mirándole escandalizada.

—Por supuesto que no pienso dejarte en la estacada. —Se aproximó a ella de nuevo y la estrechó entre sus brazos.

Se sintió abrumada de alivio. ¿Por qué le había hablado de aquella estúpida mujer que había ido a abortar? ¿Había cambiado él de opinión al ver la cara de horror de ella?

Simon Westward le acarició el cabello.

—¿No pensarías que iba a dejar que te encargases de todo tú sola, verdad? —dijo. Nan no dijo nada.

—Vamos, los dos nos lo hemos pasado bien. Por supuesto que yo me haré cargo de todo.

Se apartó de ella y sacó un talonario de un cajón.

—No recuerdo lo que me contó el hombre aquel, pero desde luego mencionó una cifra. Con esto debería bastar. Obtendré el nombre y la dirección del lugar y todo lo demás. Es en Inglaterra, por supuesto, pero tanto mejor así, ¿no crees?

Ella le miró con incredulidad.

—¿No comprendes que es tu hijo?

—Nan, ángel mío, no es nada parecido. Aún no es ni una mota.

—¿Eres consciente de que has sido el primero y de que no ha habido nadie más?

—No debemos alterarnos por esto, Nan. Lo nuestro no puede ser. Tú lo sabes, yo lo sé, los dos lo hemos sabido desde que empezó nuestra pequeña aventura.

—¿Y por qué no puede ser? Tú quieres casarte. Quieres un heredero para este lugar. Nos llevamos bien. Encajo en tu mundo. —La voz de ella era deliberadamente despreocupada, pero se lo jugaba todo con aquel ruego. Jamás pensó que tuviera que rogarle así. Cada vez que habían hecho el amor él le había dicho una y otra vez cuánto la amaba. Era impensable que pensara librarse de ella con un talonario de cheques.

Él se mostró amable, incluso la tomó de la mano.

—Sabes que tú y yo no vamos a casarnos, Nan. Tú precisamente, que eres tan imperturbable, tan razonable, tan sensata, tienes que saberlo. Como lo sé yo.

—Sé que dijiste que me amabas.

—Y así es, amo cada centímetro de tu cuerpo. No lo niego.

—¿Y esto entiendes tú por amor? ¿Un cheque y un aborto?

La expresión de él era de preocupación. Parecía sorprendido de que ella hubiera adoptado esa actitud.

—Supongo que no te hubiera importado si mi padre hubiera sido un constructor

rico en vez de uno de mala muerte.

—No tiene nada que ver con eso.

—Pues desde luego tampoco tiene nada que ver con la religión. Estamos en 1958 y ninguno de los dos creemos en Dios. Él le abrió la mano y le puso el cheque doblado en ella. Nan le miró con incredulidad.

—Lo siento —dijo él.

Ella seguía aún en silencio.

—Me marchó —dijo finalmente.

—¿Cómo piensas volver a casa? —preguntó él.

—Fui lo suficientemente estúpida como para pensar que estaba viniendo a casa. —Miró a su alrededor, a los retratos colgados en las paredes, al piano, a todo lo que se veía desde la ventana.

Algo en la cara de ella le emocionó. Estaba siempre tan, tan hermosa.

—Querría... —empezó a decir, pero no pudo concluir la frase.

—¿Conoces a alguien que pueda llevarme de vuelta a Dublín?

—Yo te llevaré, por supuesto.

—No, sería demasiado artificioso. Tendrá que ser otra persona.

—En realidad no conozco a nadie a quien pueda pedírselo.

—No, claro, no se puede decir que te relaciones mucho. Ya sé lo que haremos. Me llevaré tu coche sólo hasta la plaza —dijo—. No tardará en llegar un autobús. Podrás recogerlo en cualquier otro momento del día.

—Deja que por lo menos...

—Hizo ademán de acercarse a ella.

—No, por favor. No te acerques. No me toques.

Él le tendió las llaves del coche.

—Hay que sacar mucho el aire —dijo.

—Lo sé. He viajado en él muchas veces.

Nan bajó los escalones de Westlands. Él observó desde la ventana cómo entraba en su coche para irse.

Sabía que desde la ventana de la cocina Bee Moore y la señora Walsh vigilaban y especulaban.

Él la miró con admiración mientras arrancaba el coche y lo conducía a lo largo de la avenida sin volver la vista atrás.

Dejó las llaves en el coche. Nadie se atrevería a robar el coche del señor Simon Westward en aquel pudridero feudal. Todos tendrían miedo de ponerse a mal con un miembro de la casa grande.

Mickey estaba dando la vuelta con el autobús. Saldría para Dublín en cinco minutos, le dijo. Ella pagó su billete.

—Podría haber cogido un billete de ida y vuelta, habría sido más barato. —Mickey siempre estaba ansioso por ofrecer gangas a la gente.

—No sabía que iba a volver —dijo Nan.

—La vida está llena de sorpresas —dijo Mikey, mirando a aquella chica rubia con su conjunto de color crema y rojo que, en cualquier caso, resultaba demasiado elegante para aquella parte del mundo.

Bill Dunne vio a Benny entrar en la cafetería de la universidad. Miraba a su alrededor en busca de Jack, pero no había rastro de él. Se puso a la cola con los demás estudiantes. Si Jack hubiera estado allí, habría reservado una mesa y podría haberse sentado directamente con él.

Bill la saludó con la mano y le dijo que tenía un café de más. De hecho, no había empezado el suyo, pero parecía un buen modo de conseguir que se acercara. Estaba muy guapa con su jersey de color castaño, el mismo color de su pelo, y la blusa amarillo pálido que llevaba debajo.

A Bill y a Benny les resultaba fácil hablar. Si ella andaba buscando a Jack, no lo mencionó. Y él tampoco mencionó que lo había notado. Era muy sencillo hablar con Benny. Discutieron la lucha por prohibir la bomba y las posibilidades de que tuviera éxito. Benny dijo que se temía que era como pedirle a un boxeador que luchara con una mano atada a la espalda, o como decir que había que regresar al arco y las flechas una vez inventada la pólvora. Se preguntaron si Elvis iba realmente a incorporarse al ejército de EE.UU. o si se trataría tan sólo de un ardid publicitario. Hablaron de Jack Kerouac. ¿Habría sido realmente interesante toda la gente que había conocido *En la carretera*? Sin duda, algunos de ellos debían haber sido unos terribles pelmazos.

El tiempo pasó sin que se dieran cuenta y llegó la hora de volver a clase. Si Benny estaba desilusionada porque no hubiera aparecido Jack Foley no dio la menor muestra de ello. Por otra parte, era bien conocida la capacidad que tenían las mujeres para ocultar sus sentimientos. Los hombres no sabían lo que se traían entre manos la mayor parte del tiempo.

Rosemary lo vio todo y tomó nota. Observó que Bill y Benny conversaban amistosamente. Parecían grandes amigos. Tal vez la estuviera consolando por lo de Jack. Rosemary había pensado a menudo que era un sentimiento indigno, pero tenía la impresión de que Jack era demasiado apuesto para Benny. En su opinión era un caso como el de los matrimonios mixtos entre blancos y negros o entre católicos y protestantes. Sólo se oía hablar de los que funcionaban, pero por regla general fracasaban. No era un punto de vista con el que nadie fuera a estar de acuerdo, de modo que ella nunca lo expresaba. Además, podrían pensar que quería a Jack Foley para ella, lo que curiosamente no era cierto. Había conocido a un estudiante de Medicina encantador llamado Tom. No acabaría la carrera hasta pasado un buen número de años, lo que daría a Rosemary la oportunidad de ser azafata o buscarse algún trabajo atractivo mientras tanto.

Sean Walsh estaba en los Quays esperando el autobús de vuelta a Knockglen. Había pasado cinco días en un albergue para hombres en Dublín para reflexionar sobre su futuro. Durante el día se había dedicado a recorrer las tiendas de ropa para caballero de la ciudad intentando imaginarse como empleado en una de ellas.

La perspectiva empezaba a parecer cada vez menos probable. No podría presentarse armado con las referencias adecuadas. Era muy improbable que le aceptaran en ningún sitio.

Poco a poco empezó a darse cuenta de hasta qué punto su horizonte había quedado limitado. La idea de comprar su propia casa, de renovar una de las que había junto a la cantera, no era ya más que una fantasía. El proyecto de ponerse a la puerta de su propio negocio y ver pasar por delante a todo el pueblo no formaba ya parte de sus sueños. Su nombre no figuraría en ningún establecimiento de Knockglen, el pueblo donde había vivido diez años y que, a fin de cuentas, había llegado a considerar su hogar.

Había decidido regresar con una propuesta.

Vio a una chica muy guapa bajarse del autobús. Una chica rubia con un abrigo color crema con complementos de color rojo. La reconoció como la amiga de Eve y Benny, una de las que habían asistido al funeral del señor Hogan. También había estado en Westlands por Navidad.

Ella no le reconoció. Parecía tener la cabeza en algo totalmente distinto.

Sean subió al autobús y miró con desagrado a Mikey, un hombre excesivamente propenso a familiaridades y con la desagradable costumbre de referirse continuamente a la apariencia física de la gente.

—Vaya, eres tú, Sean. Tienes una cara más larga que un día sin pan. ¿Es esto el regreso del hijo pródigo?

—Me encantaría entender lo que dices, Mikey.

—Es una referencia a una historia que Nuestro Señor nos contó en el Viejo Testamento, Sean. Un hombre como tú, que se come los santos por la peana, debería conocerla.

—Conozco perfectamente la parábola del hijo pródigo, pero dado que se trataba de un hombre que se pasó la vida haciendo el mal, me temo que el parecido se me escapa.

Mikey miró a Sean con gesto astuto. Conocía por su esposa algunos cotilleos disparatados acerca de lo que podía o no haber ocurrido en la tienda de Hogan, pero era evidente que Sean Walsh no había salido huyendo.

—Sólo me preguntaba dónde se iba a matar al ternero engordado para la ocasión, Sean —comentó Mikey—. Puede que lo estén asando ya en el Hotel Healy.

Nan entró en la casa que había abandonado aquella misma mañana. Se quitó su vestido color crema y lo colgó cuidadosamente en una percha almohadillada. Le pasó con cuidado una esponja humedecida con zumo de limón y agua. Puso hormas en sus zapatos rojos y frotó su bolso de cuero rojo con crema para los muebles antes de envolverlo cuidadosamente en papel de seda y guardarlo en un cajón junto a sus otros cuatro bolsos. Se puso sus mejores ropas de universitaria, se peinó y salió por segunda vez para esperar el autobús al otro lado de la calle.

La señora Healy había adecentado su oficina. Había puesto un gran jarrón de

narcisos en la ventana y dos pequeños jacintos en cuencos de plástico sobre el archivador.

Había estado en Ballylee, en la peluquería. Su nuevo corsé le sentaba muy bien. Distribuía sus carnes muy adecuadamente. Tanto, de hecho, que le quedaba estupendamente la falda ajustada. Llevaba su blusa de cuello alto y su broche de camafeo. Todo lo que reservaba para ocasiones especiales.

Después de todo, aquella tarde era una ocasión especial. Sabía que Sean Walsh volvía ese mismo día y que iba a pedirla en matrimonio.

En el colegio era hora de comer y la madre Francis tenía el turno de comedor. Aquello significaba que tenía que caminar arriba y abajo manteniendo el orden mientras las niñas comían. Después de supervisar la limpieza del salón, el plegado del papel parafinado para las mesas del día siguiente y el aireado de la habitación, salió al jardín para vigilar el recreo.

Vio a un grupo explicándole a Heather Westward la naturaleza de las cuentas del rosario.

—¿Por qué se llaman vueltas si no hay más que una? —Heather miró aquel collar de cuentas.

—Es así como se llaman. —Fiona, la menor de las Carroll, las de la tienda de ultramarinos, que eran todas muy maleducadas, contestaba con desprecio.

—¿Qué significa «cuerno irlandés»? —Heather estaba interesada.

—Es de lo que están hechas —Siobhan Flood, la nieta del carnicero, encontró carente de interés la pregunta.

—¿Y qué es lo que hace? —preguntó Heather mirando con reserva las cuentas del rosario.

No estaba nada convencida de que no hiciera algo, que sólo sirviera para rezar y que el espacio entre las cuentas significase que se decían tres avemarías y después un gloriapatri y un padrenuestro.

—¿Es como nuestro *Lord's Prayer*? —preguntó Heather.

—Sí, pero como Dios manda —replicó Fiona Carroll por si quedaba alguna duda.

Le explicaron que de lo que se trataba era de no rezar ni una sola avemaría más de las necesarias. Para eso se hacían los rosarios.

La madre Francis tenía el arte de escuchar las conversaciones ajenas mientras estaba aparentemente enfrascada en otra. Se le cayó el alma a los pies cuando oyó las explicaciones que le estaban dando a la pobre Heather.

Tras todas sus enseñanzas era aquello lo que pensaban. Creían que el único objetivo de aquella hermosa oración a Nuestra Señora era no rezar nunca ni una avemaría más de las necesarias.

Una profesora tenía que ser muy estúpida para pensar que a sus pupilas les entraba algo en la cabeza. Tal vez a la Madre de Dios le emocionara y le agradara la inocencia de los niños, pero en aquel momento en particular, a la madre Francis le hubiera gustado ir llamándolas a todas, una por una, y asesinarlas.

Kit contestó el teléfono a la hora de comer. Era Eve, que quería saber si Benny podía quedarse a pasar la noche. Sabía que la respuesta sería que sí, pero entre ellas siempre habían existido estas pequeñas muestras de cortesía.

Kit se alegró. Quiso saber si había algún baile o algún festejo especial.

—No, no es nada de eso. —Eve parecía preocupada—. Dice que quiere que su madre se habitúe a tenerla fuera de casa.

—¿Y qué hay de Jack Foley?

—Ésa era la pregunta que hubiera debido hacerle y que no le hice —replicó Eve.

La sastrería Hogan había cerrado para comer. Annabel, Patsy y Mike se retiraron a la habitación trasera para dar cuenta de un pastel de pastor y unas judías en lata. Mike dijo que no se había sentido tan bien en años. Aquellos almuerzos a mediodía en la tienda le dejaban a uno dispuesto para el trabajo de la tarde. Patsy aseguró que era un sitio cómodo y estupendo para cocinar, y que debían mudarse allí.

Nan visitó tres establecimientos antes de encontrarles. Estaban a punto de cerrar. Era casi la hora en la que los pubs de la ciudad de Dublín cerraban a mediodía, de dos y media a tres y media.

—Vaya, mira quién está aquí. —Bill Dunne pareció alegrarse.

—Te hemos pillado, Nan. Andas haciendo la ronda de los bares —dijo Aidan.

Como siempre, Jack dijo lo correcto. Dijo que se alegraba mucho de verla y le preguntó qué quería tomar.

Nan explicó que estaba harta de estudiar y que había salido a ver unos cuantos hombres apuestos para quitarse los libros de la cabeza. Todos se sintieron halagados de pensar que había salido a buscarles. Se sentaron a su alrededor como un círculo de admiradores.

Tenía un aspecto muy fresco con su jersey verde pálido, su falda verde oscuro y su chaqueta. Sus ojos brillaban mientras se reía y bromeaba con ellos.

—¿Qué tal el romance con milord? —preguntó Aidan.

—¿Con quién? —Venga ya, con Simon.

—Hace siglos que no le veo —dijo.

Aidan se quedó sorprendido. La noche anterior, Eve había estado echando sapos y culebras sobre el tema.

—¿Acabó todo en lágrimas? —Aidan sabía que Eve exigiría que le contara toda la historia, no sólo fragmentos de conversación captados y comprendidos a medias.

—En absoluto. No llevaba a ninguna parte y los dos lo sabíamos. El pertenece a un mundo y yo a otro —dijo Nan.

—Eso es basura clasista. No es más que un miembro de una clase que se desmorona —dijo Bill Dunne.

—Exacto. Y aunque comprendo que deberíamos ser amables con las clases que se desmoronan, son bastante difíciles de soportar —dijo Nan.

Bill, Jack y Aidan dedujeron inmediatamente que el tal Simon estaba colgado con Nan, pero que ella le había dejado porque no estaba dispuesta a aceptar todo lo que

implicaba aquel juego. Al menos, tal y como se jugaba en la casa grande.

Aidan sabía que a Eve le agradaría mucho la noticia. Jack pensó que Nan no hacía más que corroborar lo que él ya suponía. Hacía tan sólo unas semanas había visto a Simon abordar a Nan rogándole que volviera a acogerle en su seno, mientras que ella se había mostrado educada y distante. Bill Dunne se alegró de poder comunicarle a todo el mundo que Nan Mahon estaba de nuevo en circulación.

El camarero mencionó que la hora de acabar las bebidas había pasado hacía ya rato. Tenía una expresión seria. Unos jóvenes estudiantes de leyes no iban a serle de gran ayuda si le retiraban la licencia.

Bill y Aidan echaron a andar de vuelta a la universidad.

Jack se hizo el remolón para hablar con Nan.

—Supongo que no querrás actuar como una chica mala y acompañarme al cine.

—¡Por Dios, no, otra vez *Swamp Women* no!

—Podríamos mirar la cartelera. Compraron el *Evening Herald*.

—¿Qué hay de Benny? —preguntó Nan.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero decir que dónde está.

—A mí que me registren —contestó Jack.

No conseguían ponerse de acuerdo en ningún programa. Caminaron lentamente por el parque discutiendo esta y aquella película, con las cabezas juntas mientras examinaban las páginas del periódico.

Les llevó mucho tiempo llegar a Grafton Street. Aún no habían decidido nada. La hora de cierre había pasado y los bares estaban abiertos de nuevo.

—Tomemos algo mientras lo discutimos —sugirió Jack.

Él pidió una Guinness y Nan un zumo de piña.

Jack le contó una larga y triste saga acerca de Benny, que nunca estaba allí. Comentó que era consciente de que la situación en Knockglen era difícil. Sabía que Benny estaba intentando que su madre se hiciera cargo de la tienda, pero se preguntaba si no se estaría echando demasiadas responsabilidades a la espalda.

—No debería quedarse allí para cogerla de la mano —asintió Nan. Le explicó que ella nunca se había sentido responsable de su madre, que iba a trabajar todos los días y no necesitaba que nadie cuidara de ella.

Jack se animó. Había temido que pudiera estar comportándose como un egoísta. Nan le dijo que no, que echarla de menos no era más que un signo de lo mucho que le gustaba Benny.

A él le encantó ese enfoque. Aquella noche, por ejemplo, había un baile en el club. Todo el mundo llevaría a su pareja. Y allí estaría él, Jack Foley, una vez más sin acompañante.

De repente la miró.

—A menos, claro está, que...

—Me gustaría. ¿Crees que Benny...?

—Vamos, a Benny no le importará. ¿Acaso no nos dijo que fuéramos juntos al cine? Nan pareció dudar.

—No estarás preocupada por tu viejo amigo el caballista, ¿verdad?

—Ya te he dicho que eso hace tiempo que está olvidado. No forma parte de mi vida.

—Estupendo. —Jack se sentía relajado y hasta cierto punto animado—. ¿Nos vemos entonces en el club?

Carmel pertenecía al comité universitario femenino. El cargo implicaba contribuir a la preparación de la comida para las fiestas. A Sean le gustaba que participara. Por supuesto, él era tesorero, y un miembro muy importante. Ella estaba comprando pan para los sándwiches cuando se encontró con Benny, que estaba haciendo esfuerzos por ignorar el mostrador de golosinas y conformarse con una manzana.

—La *Tiffin Bar* parece estar diciendo cómeme —exclamó Benny—. Gracias a Dios que has aparecido. Estaba a punto de comprarla.

—Sería una vergüenza que volvieras a caer en el vicio a estas alturas —dijo Carmel.

A Benny no le agradó la implicación, no expresada, de que se había pasado años atiborrándose de barritas de chocolate. Pagó la manzana sin el menor entusiasmo.

—Es una pena que no vayas a estar esta noche —dijo Carmel—. Va a ser una fiesta estupenda. Hemos conseguido más dinero de lo habitual y vamos a tener pasteles rellenos de nata y cubiertos de chocolate. Oh, lo siento, Benny, pero como no te quedas, no tendrás tentaciones.

—De hecho, sí que voy a quedarme. Pasaré la noche con Eve —dijo Benny.

—Fantástico —dijo Carmel calurosamente—. Te veré esta noche.

—Llámale —dijo Eve—. Llámale y recuérdale que estás en la ciudad.

—Ya lo sabe, tiene que saberlo. Yo misma se lo dije.

—Los hombres nunca escuchan. Llámale.

Benny dijo que entonces tendría que hablar con esa mujer, la madre de Jack, que siempre parecía pensar que la gente andaba en busca de autógrafos de su hijo. Eve dijo que aquello era una tontería. Benny sólo había telefoneado a casa de Jack una vez. Debía hacerlo ahora. Él estaría encantado.

Finalmente, Benny telefoneó desde la casa de Dunlaoghaire.

—Lo siento, ha salido hacia el club de rugby. Por lo visto celebran una fiesta esta noche. Dijo que volvería tarde.

—Entonces no debía saber que estás en la ciudad —dijo Eve.

—No.

Estaban sentadas en la cocina. Ninguna de las dos sugirió que Benny se vistiera y acudiera a la fiesta.

Ninguna dijo que lo que pasaba era que los hombres eran muy olvidadizos, y que Jack se alegraría mucho de verla.

Se concentraron en Kit Hegarty, que iba a salir con el padre de Kevin Hickey.

—Ya sabes, ahora tienes que hacerte valer —le advirtió Eve.

—Él te perderá el respeto —añadió Benny.

Kit les dijo que era maravilloso ver el alto nivel de moralidad de la juventud. Le aliviaba mucho saber que ésa era la actitud de la joven generación.

—No es nuestra actitud respecto a nosotras mismas. No tenemos el menor escrúpulo —le aseguró Eve—. Es sólo respecto a ti.

—Ojalá careciéramos de escrúpulos —dijo Benny con voz sombría—. Quizá nos fuera mejor.

Annabel Hogan había mejorado considerablemente la tienda retirando algunos de los paneles de madera y biombos de los escaparates. El establecimiento ya no tenía un aspecto tan sepulcral y solemne. Había desplegado en exhibidores varios jerséis de cuello de pico de distintos colores. Por vez primera, el cliente que entrara en la sastrería podría curiosear y elegir en vez de traer decidido de antemano lo que quería comprar.

También ella podría ver lo que ocurría en el exterior mucho más fácilmente, sin necesidad de espiar por las rendijas.

Vio a Sean Walsh entrar en el Hotel Healy sin dirigir una sola mirada hacia el negocio en el que tanto tiempo había trabajado.

Ella sabía que había dejado allí sus cosas mientras viajaba para hacer planes. Tal vez hubiera conseguido un trabajo en alguna parte y volviera a recogerlas. Peggy Pine decía que Sean le había echado el ojo a la señora Healy. Annabel lo dudaba. Dorothy Healy no era ninguna estúpida. Habría deducido antes que nadie que Sean jamás habría abandonado la tienda de Hogan como lo había hecho a menos que hubiera habido algún incidente. Ya no tenía posibilidad alguna de instalarse como comerciante en el pueblo.

—Ya no soy nadie en este pueblo —le dijo Sean Walsh a la señora Healy.

Elia inclinó la cabeza graciosamente. Hubo un tiempo en que había pensado que él tendría algo más que ofrecer, algo que aportar a la petición que iba a hacerle, pero las circunstancias habían cambiado.

Tenía la cabeza ladeada, como un ave, mientras consideraba las opciones. Sean le habló de lo mucho que la admiraba, del respeto que todos sentían por ella. Y de las posibilidades del Hotel Healy, un potencial que aún no había sido totalmente explotado.

Dijo que ella necesitaba un supervisor, alguien que se hiciera cargo de las tareas cotidianas, de los detalles, mientras que la clase, la presencia de la señora Healy, la hacían ideal para el trato con los clientes. Dorothy Healy se quedó esperando.

Él le habló de su admiración por ella, de la gratitud que sentía por el interés que siempre había mostrado por él y su carrera, del afecto que, creía no equivocarse, había nacido entre ellos. Lamentaba más de lo que nadie podría imaginar que las cosas no hubieran salido como él esperaba. Siempre se había visto haciendo aquel discurso como socio de un negocio y propietario de una pequeña propiedad en el

camino de la cantera.

Mientras hablaba, mantuvo la cabeza gacha casi continuamente, dirigiendo muchos de sus comentarios a las rodillas de la señora Healy. Ella miró su pelo mortecino, que mejoraría considerablemente si empleara un buen champú y fuera a un peluquero en condiciones. Cuando él levantó la vista lleno de ansiedad, con el rostro convulso por el temor a ver rechazada su proposición, ella le sonrió alentadoramente.

—¿Sí, Sean?

—¿Querías aceptar mi propuesta de matrimonio? —dijo.

—Estaré encantada de hacerlo —respondió Dorothy Healy.

Vio cómo el color regresaba parcialmente a la cara de él, mezclándose con una expresión de incredulidad.

Él tendió la mano y tocó la de ella.

No se daba cuenta de que ahora era un partido mucho más apropiado que antes.

La señora Healy no quería saber nada de una casita reconstruida en el camino de la cantera.

No quería tener relación alguna con un negocio agonizante al otro lado de la calle. Necesitaba un hombre que pudiera hacerse cargo de los aspectos más tediosos y pesados de la gestión del hotel. Y sabía, dado que Sean Walsh debía haber sido despedido con cajas destempladas por haberle metido mano a la caja, que se andaría con pies de plomo en su nuevo trabajo.

Le tenía bien cogido.

—No sé qué decir —dijo él.

Pero mientras la tarde iba dando paso a la noche, encontraron muchas cosas que decirse. Hicieron grandes planes y planes pequeños. Visitarían a un joyero de Ballylee para comprar un anillo. Hablarían con el padre Ross para fijar una fecha. Sean viajaría a Dublín para comprarse tres trajes confeccionados, dado que su talla era estándar. Sería proclamado gerente del hotel el lunes mismo. Viviría en el ala nueva que había sido recientemente construida en la parte de atrás. Sean desconocía su propósito, había pensado que se trataba de algún tipo de almacén. Fueron a verlo juntos. Tenía todas las hechuras de una magnífica casa familiar.

Era como si la señora Healy hubiera sabido que esto tenía que ocurrir algún día.

Paddy Hickey era un estupendo bailarín. Y dijo que Kit era ligera como una pluma.

—Ha sido la mano de Dios la que ha conducido a mi hijo hasta su casa —dijo.

—Eso y el anuncio que he puesto en la universidad —replicó Kit.

—¿Le gustaría venir a Kerry conmigo? —preguntó él.

Ella miró su cara grande, cuadrada y atractiva. Era un hombre honorable que no huiría de ella.

—Tal vez, algún día, visite el lugar del que proviene —dijo.

Él le había dicho que su familia estaba ya criada, que Kevin era su hijo menor,

que su casa era grande y moderna, que en la cocina tenía los mejores muebles modernos de Formica, y que se podían comer sopas en el suelo de baldosas.

Había añadido que tenía vecinos y parientes encantadores que lo sabían todo acerca de la señora Hegarty, la viuda de Dublín que le había dado un hogar a Kevin.

—Soy viuda desde hace muy poco tiempo —dijo Kit.

—Bueno, yo no lo sabía hasta que usted me lo dijo, y los demás no tienen por qué saberlo. Además, supongo que Joe Hegarty se alegraría de saber que alguien cuida de usted.

—Jamás le llamé Joe en todos esos años. Jamás le llamé así —dijo ella casi con sorpresa.

—Tal vez eso fuera parte del problema —respondió Kevin Hickey, que tenía todas las intenciones de convertir a aquella mujer en su esposa.

El sonido lastimero de la sirena contra la niebla resonaba en la bahía de Dunlaoghaire. Eve estaba tan acostumbrada a él que casi ni lo oía.

Aun así se despertó y miró su reloj, que tenía las manillas fosforescentes. Eran las tres y media.

Se quedó escuchando. Benny no parecía estar respirando como lo hace una persona cuando está dormida. Debía de estar despierta.

—«¿Benny?

—No pasa nada, duérmete.

Eve encendió la lámpara. Benny estaba recostada contra las almohadas en su pequeña cama plegable. Su cara estaba surcada de lágrimas.

Eve sacó las piernas de la cama y alcanzó los cigarrillos.

—Es que le quiero mucho —sollozó Benny.

—Lo sé, lo sé.

—Y seguro que él me ha dejado. Así, por las buenas...

—Es un malentendido. Por amor de Dios, si estuviera saliendo con alguien lo sabríamos.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. Deberías haberle llamado antes, deberías haberte ahorrado todo esto. Ahora estarías en un coche con los cristales empañados intentando conservar la ropa puesta.

—Tal vez la mantuviera puesta demasiado tiempo.

—Deja de echarle la culpa. Siempre piensas que todo es culpa tuya.

—¿Me lo dirías si lo supieras? De verdad, ¿me lo dirías? ¿No me lo ocultarías para que no sufriera?

—Te juro que te lo diría —respondió Eve—. Te juro que jamás permitiría que nadie se burlara de ti.

La fiesta estuvo muy bien. Carmel se había pasado gran parte del tiempo en la cocina, por lo que no había visto el modo en que Jack y Nan Mahon bailaban juntos. Tampoco había observado lo divertido que les resultaba todo, ni que prácticamente no

hablaban con nadie más.

Carmel estaba ocupada fregando platos cuando Jack Foley recogió el abrigo de Nan para llevarla a casa.

—Me siento honrado de que me permitas llevarte a casa. Bill Dunne y los otros chicos me habían dicho que jamás has revelado dónde vives.

—Quizá no quiera que ellos lo sepan —dijo Nan. Permanecieron sentados en el coche a la puerta de Maple Gardens, y conversaron. La luz de la farola sobre la cara de Nan la hacía extraordinariamente hermosa. Jack se inclinó y la besó.

Era muy fácil besar y abrazar a Nan Mahon. Ella no hacía ademán de retirarse en cuanto uno empezaba a sentirse excitado. Acarició su pecho a través del vestido de seda color lila que llevaba bajo el abrigo.

La voz de él era ronca. No había más sensaciones que las del interior del coche.

Cuando ella se separó de él finalmente, le habló de forma fría e imperturbable. Era diferente a la mujer que había tenido en sus brazos, entregada, ansiosa y buscando un mayor contacto con el cuerpo de él.

—Jack, ¿no crees que deberíamos hablar sobre Benny?

—No.

—¿Por qué no?

—Ella no está aquí. —Se dio cuenta de que su respuesta había sonado excesivamente dura, demasiado despreciativa—. Quiero decir que lo que haya entre Benny y yo no tiene nada que ver con esto. —Tendió de nuevo los brazos hacia ella.

Ella se inclinó y le besó en la nariz.

—Buenas noches, Jack —dijo, y desapareció.

Él la vio entrar en la casa y cerrar la puerta a sus espaldas.

Repitió el viejo ritual de colgar la ropa después de pasarle una esponja y un cepillo.

Luego se aplicó en la cara crema limpiadora e hizo sus ejercicios, aunque pensó que tal vez tuviera que cambiarlos. Nan se tumbó en la cama y consideró los acontecimientos del día. Se puso las dos manos sobre el lugar donde, según ella ya sabía y había confirmado un informe de laboratorio, empezaba a desarrollarse una nueva vida. No pensó en Simon Westward. Jamás volvería a pensar en él, pasara lo que pasara.

Yacía en el dormitorio que su madre y ella habían ido decorando a lo largo de los años, aquellos años en los que se decían la una a la otra que Nan era como una princesa, y que abandonaría Maple Gardens y encontraría un príncipe para ella sola.

Su primer intento no había tenido mucho éxito.

Nan se quedó mirando al vacío mientras consideraba las opciones que había a su alcance.

No quería visitar a aquella persona para que le hiciera «algo menos importante que sacarse una muela». No quería verse envuelta en algo tan sórdido, ni que aquello fuera el desastroso final de algo que había sido importante. No creía que se tratara de

una mota, como había dicho Simon, aunque tampoco creía que fuera un bebé.

Si lo hiciera, acabaría todo, podría empezar de nuevo y volver a sus estudios.

Dirigió la mirada a la mesa. No le gustaban. Le robaban demasiado tiempo. Le robaban horas que podría haber dedicado a cuidarse y acicalarse, preparándose para ir a sitios. No le producía especial placer sentarse en aquellas aulas grandes y húmedas que olían a tiza, ni en las diminutas habitaciones de los tutores. Ella no tenía espíritu académico. Su tutor le había dicho más de una vez que jamás pertenecería al grupo de cabeza. ¿Para qué le servía luchar por obtener a duras penas un título cuando toda la gloria se la llevarían los primeros de su promoción?

Podía marcharse a Inglaterra para tener allí a su hijo. Podía darlo en adopción. Representaría menos de un año de su vida. Pero ¿para qué tener un hijo sólo para regalarlo? ¿Por qué atravesar todo un embarazo sólo para hacer realidad el sueño de una pareja anónima?

Si viviera en una aldea remota del oeste de Irlanda, la comunidad podría haberle perdonado que se hubiera enamorado del señor del lugar y que criara a su hijo. Aunque con vergüenza, sería aceptada.

En algunas zonas obreras de Dublín, un hijo inesperado habría sido bien recibido en la familia. La criatura habría crecido pensando que su abuela era su madre.

Pero ése no era el caso en Maple Gardens. El barrio representaba una aproximación a la respetabilidad para los Mahon y sus vecinos. Para Nan y Em sería únicamente el fin de sus sueños.

Al parecer un buen número de las posibles alternativas no eran viables después de todo.

Era demasiado pronto para las náuseas matinales, pero no desayunó nada.

Em la miró llena de ansiedad.

—¿Vas a ver a Simon esta noche? —dijo con la esperanza de que el rostro de Nan se iluminara.

Pero su deseo no se cumplió.

—Llevo semanas sin ver a Simon, Em. —Pero creía que habías dicho que...

—Pues ahora te digo, y quiero que lo recuerdes bien, que llevo sin ver a Simon Westward desde después de las Navidades.

Emily Mahon miró asombrada a su hija.

Algo en la expresión de Nan Mahon decía que se trataba de una cuestión muy importante.

Emily asintió, como aceptando sus instrucciones a pies juntillas. Desde luego no hacían que la situación resultara más fácil de comprender. O Nan había estado mintiendo cuando le había hablado de sus salidas con Simon, o estaba mintiendo ahora.

Jack entró en la cafetería de la facultad. Benny le hizo señas vehementemente con la mano desde una mesa. Había estado reservando una silla poniendo sobre ella su bufanda y todos sus libros.

Ella parecía tan contenta de verle que él se sintió culpable.

Al menos nadie le había contado que se había pasado horas bailando con Nan. Había temido que Carmel considerara que era su deber asegurarse de que Benny estuviera informada.

Pero los ojos de Benny brillaban por la alegría de verle.

—¿Qué tal la fiesta?

—Bueno, ya sabes, estas cosas son siempre lo mismo. Todo el mundo estaba muy contento. —Habían celebrado dos victorias, la música había sido buena y, gracias a Sean, habían tenido fondos suficientes para organizarla. Le contó todos aquellos detalles pero poco acerca de la noche en sí.

—Fue una lástima que no estuvieras en Dublín.

—Claro que estaba. Recuerda que te dije que era el día en que la tienda cierra antes y que mi madre pensaba descansar y acostarse temprano.

—Se me había olvidado —admitió Jack.

Hubo una pausa.

—Y por supuesto, tú no estabas al corriente de lo de la fiesta.

—Bueno, sí que lo estaba. Me encontré con Carmel cuando estaba comprando cosas para ella, y me lo contó.

Ella parecía llena de incertidumbre, y él se sintió como un canalla, no sólo por haber abrazado a Nan como lo había hecho la noche anterior, sino porque Benny pudiera haber pensado que no había querido invitarla.

—Me hubiera encantado que fueras. Estoy tan acostumbrado a que no estés aquí que se me olvidó, te lo juro. ¿Qué hiciste tú?

—Fui al cine con Eve.

—Debías haberme llamado.

—Lo hice, pero ya habías salido.

Jack ni siquiera había mirado el bloc de mensajes aquella mañana. Su madre habría tomado nota de toda la gente que había llamado.

—Benny, lo siento mucho, soy un estúpido. —Se golpeó la cabeza como si fuera de madera.

Parecía muy arrepentido.

—Bueno, no ha pasado nada —dijo ella.

—Me encontré con Nan, y como no pensaba hacer nada, la invité a acompañarme en tu lugar. Creo que se lo pasó muy bien.

Benny le dirigió una amplia sonrisa. Todo iba bien. Era verdad que se le había olvidado. No estaba intentando rehurla. A él le habría encantado que le acompañara la noche anterior.

Gracias a Dios, se había encontrado con Nan y la había invitado a ella.

No tenía nada de qué preocuparse.

Capítulo 18

Jack se despertó bruscamente con el corazón saliéndosele por la boca. Estaba en medio de un sueño extremadamente violento, tan real que era difícil quitárselo de la cabeza. El padre de Benny, el señor Hogan, estaba en lo alto de la cantera empujando el Morris Minor negro propiedad del doctor Foley hacia el borde.

El señor Hogan tenía brasas donde debería haber tenido ojos y reía mientras el coche caía rebotando hasta el fondo de la cantera con un gran estruendo.

Había sido el estruendo lo que había despertado a Jack Foley. Se quedó tumbado, jadeante.

Junto a él estaba Nan, que dormía inocentemente con las manos juntas bajo la cara y una tenue sonrisa en los labios.

Estaban en la casita de Eve, el sitio al que habían ido a celebrar una fiesta inmediatamente después de la Navidad.

Necesitaban un lugar adonde ir, había dicho Nan. Aquel era un sitio perfectamente seguro. Nadie pasaba nunca por allí. La llave estaba en el muro de piedra.

Nan había estado maravillosa, tan inalterable y pragmática, mientras explicaba que debían llevar una lámpara de petróleo y tal vez sus propias sábanas y toallas.

A Jack jamás se le habría ocurrido una cosa así. Ella había dicho que debían mantener las cortinas bien cerradas y dejar el coche oculto en la plaza para que no lo viera nadie. Había un lugar tras la marquesina del autobús en el que a nadie se le ocurriría mirar.

Era una mujer observadora por naturaleza.

Le había dicho que jamás habría creído que pudiera llegar a desear tanto a nadie.

Él se había mostrado muy preocupado, claro, pero ella le había tranquilizado diciéndole que todo iría bien. La alternativa era limitarse a seguir coqueteando. Deseaba amarle por completo y en condiciones. Había sido tan maravilloso comparado con lo de la chica de Gales, que quería hacerlo todo inmediata, incómoda y apresuradamente. El bellissimo cuerpo de Nan había sido mágico entre sus brazos. A ella parecía gustarle todo tanto como a él.

La primera vez debía haber sido horrible para ella, pero no se había quejado. Lo que más le excitaba era su actitud serena cuando se veían en la universidad. La inmutable Nan Mahon, fresca e inmaculada, era la misma chica que le envolvía con su cuerpo y le transportaba a éxtasis que ni siquiera había sospechado que pudieran existir.

Era su tercera visita a la casa.

Él no había hablado aún con Benny. Simplemente, no sabía qué decirle.

En el colegio se iba a celebrar una obra de teatro en Semana Santa. Heather

quería participar.

—Le prometimos a tu hermano que no participarías en la instrucción religiosa — le explicó la madre Francis.

—Pero esto no es religión, es teatro. No es más que una obra —rogó Heather.

Se trataba de un ejercicio de espiritualidad cuyo propósito era que las niñas compartieran en alguna medida el mensaje de la Semana Santa representando la Pasión de Nuestro Señor. La madre Francis suspiró.

—¿Y quién va a explicárselo a tu hermano? ¿Lo harás tú o tendré que hacerlo yo?

—No creo que debamos molestarle con una cosa así. Es como una comadreja. ¿No podría hacer de Hitler, madre? Por favor.

—¿Que si puedes hacer de quién?

—Quería decir Poncio Pilatos, me he confundido.

—Ya veremos. Pero antes tendré que discutirlo con el señor Westward.

—Es demasiado tarde —dijo Heather con voz triunfal—. Se ha marchado hoy a Inglaterra. Ha ido a Hampshire. Va a buscar una esposa.

Mossy Rooney limpió el patio trasero de la sastrería Hogan, e hizo que pareciera que aquel lugar abandonado había estado siempre destinado a ser un jardín. Benny y su madre decidieron que debían plantar flores, e incluso arbustos en él.

Mossy dijo que también podrían poner un banco. El lugar era agradable y recogido.

Patsy le había dicho que si la señora tuviera sentido común, vendería Lisbeg y se mudaría a la tienda de una vez. Había sitio de sobra, ¿para qué quería seguir viviendo en una casa tan grande y vacía, repicando como un guisante en una lata?

Si vivieran en la tienda a Patsy le resultaría más fácil acercarse a trabajar un rato todos los días. No sería una tarea tan pesada y constante como hacerse cargo de una casa enorme en la que no vivía nadie. Annabel Hogan aún no lo había admitido, pero mientras ella y Benny regaban las fucsias que, con permiso de Eve, habían cogido en la casita de la cantera, empezó a pensar que tal vez fuera la mejor solución.

En cierto modo sería agradable subir las escaleras y estar en casa. O poder descansar los pies en el sofá.

Pero ya habría tiempo para pensar en ello más adelante. De momento había trabajo más que suficiente.

Benny se había tomado mucho interés en que el primer piso, la habitación llena de desechos donde habían encontrado el dinero en la máquina de coser, no fuera un lugar cerrado. Poco a poco se había ido librando de todo lo que no servía para nada. Muy gradualmente, empezó a llevarse allí cosas de Lisbeg. Poco a poco, Patsy y ella estaban convirtiendo aquella enorme habitación en un lugar en el que sería perfectamente posible sentarse a pasar la tarde. Habían instalado una radio y algunos sillones a los que no se les habían salido los muelles. Abrillantaron una mesa vieja y desvencijada y la cubrieron con mantelitos individuales. No tardaron en subir a comer allí. *Shep* pasaba más tiempo husmeando la calle trasera y recorriendo el pequeño

jardín que consideraba su patio de ejercicios o sentado con actitud de propietario en la tienda, que vigilando una Lisbeg vacía.

Pronto la tienda empezó a parecer un hogar y Benny comenzó a sentirse cada vez más libre.

Dekko Moore le preguntó al doctor Johnson si creía que la señora Hogan estaría dispuesta a desprenderse de Lisbeg.

A menudo acudían a él clientes, gente importante con dinero a espaldas, para preguntarle si había expectativas de que saliera a la venta alguna casa con estilo.

—Tendrá que concederles aún unos meses —dijo el doctor Johnson—. Supongo que habrán terminado de mudarse a finales del verano, pero no hay que meterles prisa.

Dekko comentó que era extraordinario el giro que habían dado los acontecimientos. El otro día había entrado en la tienda a comprar un par de calcetines y se había *gastado* una fortuna.

Nan y Jack bajaron corriendo por el camino de la cantera hacia la plaza. El Morris Minor estaba escondido detrás de la marquesina del autobús. Por tercera vez tuvieron la suerte de que no hubiera nadie en los alrededores. No eran más que las seis y media de la mañana. El coche arrancó sin problemas y cogieron la carretera hacia Dublín.

—El día menos pensado no arrancará, y entonces sí que la habremos hecho buena —dijo Jack apretando la mano de ella.

—Tendremos mucho cuidado, nadie nos descubrirá —respondió Nan. Miró por la ventanilla mientras pasaban junto a los prados y granjas que había camino de Dublín.

Él suspiró, pensando en las noches y las madrugadas que habían pasado en la pequeña cama de Eve Malone.

Pero parte de su mente se ponía enferma ante los riesgos que estaban corriendo. Eve les mataría si se enteraba de que estaban usando así su casa. Knockglenglen era mucho más que un pueblo pequeño. Era el pueblo de Benny.

Benny... Intentó alejarla de su mente. Había conseguido verla sólo en compañía de otra gente durante las últimas dos semanas. Desde que había empezado aquella historia asombrosa y explosiva con Nan. No creía que Benny se hubiera dado cuenta de nada. Se había asegurado de que siempre estuvieran presentes Bill o Aidan o Johnny, y si no, había llamado a otra gente para que se reuniera con ellos.

Jamás iban solos al cine. En las noches en que, tras arduas batallas, Benny conseguía quedarse en Dublín, él se aseguraba de que salieran en grupo. Intentaba no incluir a Nan, pero a veces la invitaba la propia Benny.

Nan le había dicho que aceptaba exactamente lo que él le había dicho, que pasara lo que pasara entre ellos, no tenía nada que ver con Jack y Benny. Que eran mundos distintos.

Sí, había dicho eso en el acaloramiento del momento, pero cuando veía la cara confiada de Benny y se reía con sus comentarios, cuando aparecía una tarde

desapacible para verle jugar un partido de entrenamiento, cuando se ofrecía a ayudar a Carmel con los sándwiches, cuando había descubierto que de hecho quería estar a solas con ella y tocarla del mismo modo que había tocado a Nan, se sentía confuso.

Era fácil decir que su mundo estaba compartimentado, pero en la vida real las cosas no eran tan sencillas.

Nan debía de ser mucho más madura que todos ellos si era capaz de aceptar que lo que Jack sentía por ella era tan sólo una pasión enorme y abrasadora. Tenía todo que ver con el deseo y poco o nada con compartir una vida. No hablaban gran cosa en el viaje en coche, mientras que con Benny se habrían pasado el tiempo quitándose la palabra el uno al otro.

—¿Cómo consigues que te dejen pasar la noche fuera? —le había preguntado.

—¿Cómo lo consigues tú? —había respondido ella.

La respuesta era sencilla. Él era un hombre. No podría pasarle nada terrible, como quedarse embarazado.

Pero no lo había dicho. No se había atrevido a hacerlo por educación. Y por simple superstición.

Nan vio cómo los campos se convertían en recintos de fábricas y después en bloques de viviendas. Pronto llegarían a casa. Le pediría a él que la dejara en la esquina de Maple Gardens. En cuanto el coche hubiera desaparecido, Nan iría a la parada del autobús. Llegaría temprano a la universidad y se prepararía para asistir a clase.

No es que le interesara especialmente, pero no podía ir a su casa. Su padre creía que estaba con Eve Malone en Dunlaoghaire, y no entrando a hurtadillas en casa de Eve en Knockglen.

Su madre se sentiría confusa y preocupada. Que Jack se fuera a su casa a darse una ducha caliente, a ponerse ropa limpia y a enfrentarse a una madre y una doncella un tanto perplejas que le servirían beicon y huevos. Él no tenía nada de qué preocuparse. Tenía una amante y una novia cariñosa y paciente. A juzgar por los libros, era lo que todo hombre deseaba.

Nan se mordió el labio mientras viajaban en silencio. Tendría que decírselo muy pronto. No veía otra salida.

Esa noche, acostada en su cama, examinó sus opciones. Ésa era la única que podía funcionar.

No estaba dispuesta a pensar en Benny. Jack había dicho que no era asunto suyo, que no tenía nada que ver con lo que había entre ellos. En realidad, Nan no le creía, pero había decidido que era algo que le correspondía resolver a él. Ella ya tenía suficientes problemas.

No podía confiar absolutamente en nadie porque nadie en el mundo estaría dispuesto a ser cómplice de lo que estaba a punto de hacer. Por segunda vez en un mes se iba a ver obligada a decirle a un hombre que estaba embarazada. Y con la característica injusticia de la vida, el segundo, que no era responsable de nada,

probablemente sería el que haría lo correcto.

La madre de Mossy había dicho que mayo sería un buen mes para celebrar la boda. Paccy Moore dijo que podían celebrar la recepción en la habitación que había en la parte trasera de su tienda. Después de todo, su hermana Bee iba a ser la dama de honor, y Patsy no tenía casa propia.

No era lo que Patsy habría deseado, que los invitados tuvieran que atravesar la zapatería, pero era eso o hacer público que iba a vivir en casa de su suegra sin aportar nada al matrimonio y celebrar la reunión allí.

Lo que realmente le habría gustado habría sido celebrarla en Lisbeg, celebrar la recepción en la casa de los Hogan, pero no parecía que fuera a ser posible. El señor sólo llevaba cuatro meses muerto y la señora y Benny pasaban tanto tiempo en la tienda que no tendrían ni tiempo ni energía suficientes para dedicárselas a Patsy. Iba a comprarse un vestido en la tienda de Peggy Pine. Llevaba pagándolo a plazos desde Navidad.

Clodagh le habló a Benny de las esperanzas de Patsy.

—Puede que sea imposible, no pretendo sugerir que lo hagáis, pero sé que preferirás estar al corriente en vez de enterarte después.

Benny le agradeció mucho que se lo hubiera contado. Había sido una torpeza por su parte no haber pensado en ello antes. Habían dado por supuesto que la familia de Mossy sería la que se encargaría de organizado todo y ni siquiera se les había ocurrido pensar en ofrecerle a Patsy la casa.

La alegría de Patsy fue enorme. Era un modo de desquitarse de la madre de Mossy. Encargó que imprimieran las invitaciones de boda.

—¿Y qué tal tu enamorado? —preguntó Clodagh—. Tengo entendido que estuvo por aquí la otra noche.

—Dios, ojalá hubiera sido así. Creo que todo va bien. Siempre anda buscándome y sugiriendo que hagamos esto o aquello, pero siempre vamos acompañados por un millón de extras.

—Bueno, eso está bien. Quiere enseñarte a sus amigos. Y tiene muchos. Ese lunático de enfrente no tiene más amigos que los vendedores de máquinas de juegos y de discos. Habría jurado que le había visto echando gasolina en donde Dessie Burns.

—¿A quién, a Fonsie?

—No, a tu chico. En fin, supongo que habrá docenas de tipos apuestos con bufanda de universitario que le echan gasolina a su Morris Minor.

—El señor Flood no es el único que ve visiones —le dijo Benny a Jack al día siguiente—. Clodagh creyó verte echando gasolina en Knockglen la otra noche.

—¿Crees que habría ido hasta Knockglen y no habría pasado a verte? —preguntó él.

Era una pregunta ridícula, no hacía falta ni contestarla. Sólo había sacado el tema para demostrarle que era todo un personaje allí, que tenía una identidad.

Él respiró lentamente entre dientes y recordó la conmoción que Nan y él habían

sufrido al darse cuenta de que, según el indicador de la gasolina, el tanque estaba vacío. Tenían que repostar allí mismo y en ese preciso momento. Cuando hicieran su escapada la madrugada siguiente no habría nada abierto.

Otra vez se habían librado por los pelos. No le diría nada a Nan del asunto. Esperaba que Benny tampoco lo hiciera.

Sean Walsh estaba dando su paseo matinal. Últimamente lo daba en compañía de los dos terriers, no precisamente atractivos, con los que habría de compartir su hogar. Resultaban menos ruidosos y desagradables si les cansaba por las mañanas con aquel duro ejercicio.

Había dejado de mirar las casas con la añoranza y el resentimiento que había sentido en tiempos.

Las cosas habían salido mucho mejor de lo que se había atrevido a esperar.

Dorothy era una mujer entre un millón.

Vio salir a dos personas de la casa de Eve Malone. El sol del amanecer le daba en los ojos y no pudo distinguir quiénes eran.

Echaron a correr cogidos de la mano por el camino que llevaba a la plaza. Entrecerró los ojos intentando verlos mejor. Le resultaban vagamente familiares. O quizá estuviera imaginándose. Debían de ser gente de Dublín que había alquilado o pedido prestado el lugar.

¿Pero a dónde se dirigían?

Era demasiado temprano para coger el autobús. En la plaza no había visto ningún coche.

Era un misterio, y los misterios no le gustaban nada a Sean Walsh.

Lilly Foley habló con su marido acerca de Jack.

—Tres noches la semana pasada, y ésta otras tres, John. Tienes que decirle algo.

—Ya es un hombre.

—Tiene veinte años, eso no es ser un hombre.

—Pues tampoco es un niño. Déjale estar. Cuando no le elijan para el equipo o suspenda un examen será el momento de hablar con él.

—¿Con quién podrá estar? ¿Será siempre la misma chica o una diferente cada vez?

—Quiquiera que sea, por lo que he podido ver en el cuentakilómetros va bastante lejos. —El padre de Jack rió con picardía.

Había encontrado un recibo de compra de gasolina en Knockglen. Si se trataba, como parecía, de aquella chica grandona, Benny Hogan, la cosa era digna de figurar en los libros. ¿Dónde demonios irían? El padre de ella había muerto, pero su madre era una mujer estricta. Sin duda no le habría permitido recibir a Jack en su propia casa.

Heather llamó a Eve por teléfono.

—¿Cuándo piensas volver a casa? Te echo de menos. Eve se sintió absurdamente halagada.

Contestó que pronto, el siguiente fin de semana o el otro.

—No tiene por qué ser en fin de semana.

Eve se dio cuenta de que era verdad. No tenía por qué serlo.

Era libre para marcharse cualquier tarde. Podía viajar en el autobús con Benny. Tomaría el té con la madre Francis y las monjas y luego llevaría a Heather a la casa de la cantera. Así oiría de primera mano cómo iban los preparativos de la obra de teatro de Semana Santa. Podía ir a ver a la madre de Benny y admirar los cambios introducidos en la tienda. Luego acudiría a Mario's para rematar la tarde. Últimamente Knockglen se había convertido en un lugar muy excitante. Tal vez fuera al día siguiente, pero sería mejor que hablara con Benny para asegurarse de que pensaba ir al pueblo. Sería estúpido ir sin ella.

Benny le dijo que se podían saltar una clase y quedar para coger el autobús de las tres. Así tendrían algo de tiempo. Tomaron sándwiches en el sitio preferido de los chicos, un pub que no se tomaba demasiado en serio las restricciones de la hora de cierre a mediodía.

Estaban allí Aidan, Jack y Bill. Rosemary había hecho acto de presencia para pedir diez chelines prestados. Necesitaba ir a una buena peluquería. Tom, el estudiante de Medicina, estaba resultando más difícil de cazar de lo que había esperado, pero a grandes males grandes remedios, como un peinado nuevo.

A nadie le apetecía trabajar, pero Eve y Benny rechazaron la oferta de ir a jugar a las máquinas a un salón de juegos.

—Tengo que coger el autobús —dijo Benny.

—Adiós, Cenicienta —Jack le lanzó un beso. Su mirada era muy cálida. Tenía que estar loca para haber dudado de él.

Benny y Eve abandonaron el pub.

Aidan comentó que estaba seguro de que aquellas dos se pasarían la noche levantadas, y que eran capaces de estar bailando hasta el alba en Mario's.

—¿Qué? —Jack derramó parte de su bebida.

No se le había ocurrido pensar que Eve también iba de vuelta a casa. Había quedado con Nan en los Quays a las seis en punto. Habían pensado ir al mismo sitio.

Nan Mahon caminó a buen paso hacia el río. Su bolsa de noche contenía las sábanas, fundas de almohada, el desayuno y la cena habituales. Jack sólo llevaba una estufa de petróleo y algo de beber.

Pero esta vez Nan también había incluido una botella de vino. Esa noche pensaba decírselo.

Heather se puso como loca de contenta al ver a Eve. Cuando entró en el vestíbulo del colegio, la llamó muy excitada. Estaba en mitad de un ensayo y llevaba puesta una sábana. Heather Westward hacía de Simón el Cireneo, el hombre que había ayudado a Jesús a llevar la cruz.

Era algo que Knockglen no habría creído posible tan sólo unas semanas atrás.

—¿Vas a venir a aplaudirme cuando lo hagamos de verdad? —quiso saber

Heather.

—No creo que los vítores sean exactamente lo que la madre Francis tiene en mente.

—Pero yo soy uno de los buenos. Le ayudo. Me adelanto y alivio su carga —dijo Heather.

—Sí, desde luego que vendré a darte ánimos.

—Es que, verás, no vendrá ninguno de mis parientes, como hacen los de las otras niñas.

Eve le prometió que estaría presente el día de la representación. Incluso era posible que llevara consigo a Aidan para que Heather tuviera dos seguidores. Eve Malone sabía perfectamente lo que era ser la única niña del colegio que no tenía nadie que le llevara tartas o fuera a aplaudirla en las representaciones teatrales. Ésa había sido su situación durante los años que había pasado en St Mary's.

Dejó que Heather volviera al ensayo y le dijo que la vería después en la casita de la cantera. Era el momento de hablar con la madre Francis.

Eve le dijo que debía pasarse por el Hotel Healy a tomar una taza de café para ver a los nuevos tortolitos, Dorothy y Sean, los grandes amantes del momento. La madre Francis respondió que no pensaba convertirlos en objeto de burla. Todo el mundo se estaba comportando con gran discreción, y Eve debía hacer lo mismo.

¿Acaso no había salido todo mejor de lo que nadie se habría atrevido a esperar? La madre Francis hablaba con severidad, y Eve comprendió que debía saber o sospechar algo del secreto que le había contado Benny sobre el dinero robado y el horror de la confrontación. Pero si era así y dependía de ella, jamás saldría a la luz.

Ya en su casa, mientras esperaba que Heather llegara corriendo por el sendero del jardín, Eve miró a su alrededor.

Había algo distinto. No ya respecto al lugar que ocupaban las cosas. La madre Francis iba por allí a menudo, limpiaba el polvo y sacaba brillo. En ocasiones, cambiaba cosas de sitio, pero esto era algo diferente.

Eve no conseguía dar con ello. Era sólo la sensación de que allí había estado alguien más. Que alguien había pasado tiempo allí, que incluso había cocinado, que había dormido en su cama. Pasó la mano sobre los fogones. Nadie los había usado. Su cama estaba hecha, con los pulcros pliegues en las esquinas que había aprendido a hacer en el colegio.

Eve se estremeció. Se estaba dejando llevar por la imaginación. Todas aquellas historias de que la casa estaba encantada debían haberle hecho más efecto del que creía. A la luz de un atardecer del mes de abril, sus sospechas resultaban ridículas.

Se reprendió a sí misma con firmeza y empezó a preparar el fuego. Heather necesitaría tostadas pocos minutos después de entrar por la puerta.

Más tarde, en el Hotel Healy, Eve vio a Sean. Llevaba puesto su traje oscuro de gerente.

—¿Me permites que sea la primera en felicitarte? —dijo.

—Es desusadamente amable por tu parte, Eve.

Eve le preguntó educadamente cuándo pensaban casarse. Se mostró cortésmente interesada en los planes de expansión del hotel, en la luna de miel que incluiría la visita a la Santa Cruz y los lagos de Italia. Preguntó si andaba por allí la señora Healy para poder transmitirle sus felicitaciones.

—Dorothy está descansando. Le gusta hacerlo al atardecer —dijo Sean, como si estuviera describiendo los hábitos de algún animal de museo extinguido hacía ya mucho tiempo.

Eve se metió la mano en la boca para impedir que de ella saliera sonido alguno.

—Veo que has decidido capitalizar tu propiedad —comentó Sean. Eve se quedó mirándole con gesto de incompreensión.

—Has alquilado tu casa.

—No, no lo he hecho —respondió.

—Oh, lo siento.

Eve pensó que intentaba conducir la conversación hacia un punto en que pudiera pedirle que le alquilara la casa a él o a algún conocido suyo.

Sintió que un sentimiento de repugnancia le subía por la garganta. Decidió que debía cortar por lo sano. Sean Walsh no debía tener la menor esperanza de que estuviera dispuesta a dejar su casa a nadie, ni siquiera a cambio de dinero.

—No. Lamento ser tan brusca, Sean, pero es algo que no pienso hacer jamás. Pienso conservarla para mí y mis amigos.

—Tus amigos, claro —dijo él.

De repente cayó en quiénes eran las personas que había visto salir de la casa de Eve. La chica aquella rubia que había visto varias veces anteriormente, la última en Dublín, bajando del autobús de Knockglen en los Quays.

Y el hombre... Por supuesto que recordaba quién era. Era el novio de Benny, el hijo del médico.

Así que aquel precioso noviazgo no había durado gran cosa. Y, desde luego, nadie había comentado que hubiera acabado.

Sonrió lentamente. Había algo en su sonrisa que hizo que Eve se sintiera inquieta. Era la segunda vez aquella tarde que se le había puesto la piel de gallina. Debía de estar muy nerviosa. Aidan tenía razón. Eve Malone era una mujer profundamente neurótica. Sintió un deseo abrumador de alejarse de Sean Walsh, de rehuir su presencia.

Se puso en pie de un salto y se apresuró a salir del hotel.

—Transmítele mis buenos deseos a la señora Healy. —Había intentado decir Dorothy, pero el nombre se le había atragantado.

El tráfico en los Quays era el caos. Jack vio a Nan pero no consiguió atraer su atención. Estaba apoyada contra la pared, mirando hacia abajo, hacia el Liffey. Parecía estar a muchos kilómetros de distancia.

Finalmente, tras muchos gritos y aullidos, consiguió hacerse oír. Ella se abrió

paso con total confianza entre los coches atrapados en el atasco. Pensó una vez más que era muy hermosa, y en lo difícil que era resistirse a pasar aquellas noches con ella. Con todo, esa vez tendría que aguantarse. Había estado a punto de tener un ataque cardíaco al darse cuenta de lo cerca que habían estado de que les descubrieran. En el futuro tendrían que comprobar fehacientemente que Eve no pensaba ir a su casa a mediados de semana.

Ya había sido bastante terrorífico encontrarse con aquel hombre de los perros, el tipo alto y delgado al que tanto detestaba Benny, el que había provocado todo aquel jaleo hasta que habían conseguido convencerle de que se marchara.

Nan se deslizó con facilidad al interior del coche y puso su bolsa en el asiento trasero.

—Ha habido un cambio de planes —dijo él—. Vayamos a tomar algo y discutámoslo.

Era una frase que siempre hacía sonreír a Benny. Nan no lo sabía.

—¿Por qué?

—Porque no podemos ir allí. Eve se ha ido a su casa.

—¡Maldita sea! —Parecía muy contrariada.

—¿No crees que ha sido una suerte que no nos hayan descubierto? —Quería que le felicitara por el asombroso accidente que había hecho que Aidan le revelara los planes de Eve.

—¿No te parece que ya es mala suerte que haya tenido que elegir precisamente esta noche para volver a casa?

Jack se dio cuenta de que Nan jamás se refería a Eve llamándola por su nombre.

—Bueno, al fin y al cabo es su casa —dijo con una risita. Nan no pareció divertida.

—Tenía verdaderas ganas de ir esta noche —dijo. Hasta cuando fruncía el ceño resultaba bellísima.

Entonces su rostro se despejó. Sugirió que fueran a cierto hotel de Wicklow. Era absolutamente maravilloso. Era un lugar muy tranquilo y nadie te molestaba. Era exactamente el sitio al que podrían ir.

Jack conocía el nombre del hotel. Era un sitio al que sus padres iban a cenar algunas veces. Era demasiado caro. No podía permitírselo y así se lo dijo a ella.

—¿No tienes un talonario?

—Sí, lo que no tengo es dinero en el banco.

—Conseguiremos el dinero mañana. O lo haré yo. Vamos allá.

—¿A pasar la noche? Nan, no estamos casados, no podemos. —Parecía alarmado.

—No piden el certificado de matrimonio.

Él se la quedó mirando. Ella cambió ligeramente el tono de su voz.

—Se lo he oído decir a una gente que estuvo allí y se quedó a pasar la noche. No hubo ningún problema.

Al pasar por Dunlaoghaire en dirección al sur, vieron la casa donde Eve vivía con

Kit Hegarty.

—¿Por qué demonios no estará ahí esta noche? —dijo Nan. Jack pensó que desde luego le habría salido mucho más barato que así hubiera sido.

Le daba pánico la idea de pagar el hotel con un cheque que pudieran devolver, y tener que enfrentarse a su madre y a su padre cuando todo saliera a la luz.

Deseó que Nan se hubiera limitado a aceptar el hecho de que aquella noche no había nada que hacer. Benny se habría mostrado de lo más comprensiva y agradable.

Deseó no acordarse continuamente de Benny en momentos como aquél. Resultaba de una hipocresía repugnante.

A la mañana siguiente Benny y Eve se reunieron en la plaza. Se sentaron al abrigo de la marquesina y esperaron la llegada de Mikey con el autobús.

—¿Por qué llamamos a esto una plaza? —preguntó Eve—. En realidad no es más que un trozo de terreno yermo.

—Lo será hasta que nuestros jóvenes tigres le echen la vista encima. La semana que viene podría ser una pista de patinaje —dijo Benny riéndose.

Era cierto que Clodagh y Fonsie eran incansables en su empeño de cambiar Knockglen. Incluso habían asustado a otros comerciantes, haciéndoles renovar sus establecimientos.

Fonsie había ido a la carnicería de Flood y había dicho que si él tuviera un frente tan estupendo como aquél haría que repintaran las letras en color oro. El señor Flood, aterrorizado ante la idea de que se lo quitaran de algún modo si no estaba a la altura de las expectativas de aquel joven, había hecho venir a los pintores al día siguiente. Clodagh había entrado en la descuidada tienda de ultramarinos de la señora Carroll y se había puesto a hablar de los inspectores de Sanidad que estaban cerrando tiendas por todo el país. Era asombroso hasta qué punto una mano de pintura y una limpieza eran capaces de engañarles. En todo momento había fingido que hablaba en abstracto, pero podría haberle dicho a Mossy Rooney que le llamarían al día siguiente, como de hecho ocurrió.

Clodagh le dijo a Mossy que pusiera los anclajes para un toldo aunque no se lo hubieran pedido. Dessie Burns tenía disponibles ahora lonas de diversos colores. Clodagh y Fonsie habían decidido que la ciudad parecería un arco iris cuando hubieran acabado con ella.

—Supongo que se casarán —dijo Eve.

—Clodagh dice que jamás. Que hay demasiadas nupcias en el horizonte. Dice que acabaremos enfermos de tanta boda. La señora Healy y Sean Walsh, Patsy y Mossy, y Maire Carroll que ha vuelto de Dublín y ya tiene novio, según tengo entendido. No como nosotras, que hemos tardado mucho en arrancar.

Como de costumbre, cuando subieron al autobús iban riéndose. Nada había cambiado desde que eran colegialas.

Rosemary era toda sonrisas. El nuevo peinado había sido un gran éxito. Benny le había prestado tres chelines. Se los devolvió contándolos meticulosamente. Tom se

había quedado muy impresionado.

—Parece un poco aplastado —comentó Benny examinando el peinado.

—Sí, lo sé —dijo Rosemary extasiada—. Le debo un chelín a Jack. ¿Te importaría dárselo de mi parte?

Benny dijo que así lo haría. De todos modos pensaba verle en la cafetería de la facultad.

Sean y Carmel habían cogido una mesa. Benny se les unió con el chelín de Jack en la mano para que no se le olvidara devolvérselo.

—Jack te andaba buscando por todas partes esta mañana —dijo Sean. Benny se alegró de oírlo.

—Se pasó un buen rato esperando fuera de una clase de latín. Creía que era la tuya, pero era la de principiantes.

—Oh, yo no voy a esa clase —dijo Benny con orgullo. Estaba tan sólo un escalón por encima. Todos los alumnos de primero de Letras tenían que estudiar latín de un modo u otro el primer año. La madre Francis la habría matado si se hubiera apuntado a la opción más fácil.

Bill Dunne se les unió.

—Jack me ha dicho que si te veía te dijera que se reuniría contigo a la una en el vestíbulo principal —dijo Bill—. Aunque si quieres que te dé mi opinión personal, yo no le dejaría ni acercarse. No se ha afeitado. No es digno de ti.

Benny se echó a reír. Cuando Bill Dunne decía cosas como aquella delante de todo el mundo, se sentía volar como una cometa. De algún modo confirmaba que era la chica de Jack.

—Entonces no piensa venir por aquí. —Había estado pendiente de la puerta.

—¿Venir él? Le pregunté por lo de los coches y todo eso para la excursión a Knockglen después de Semana Santa. Me dijo que no le hablara ni de coches ni de excursiones ni de Knockglen o me rompería la cabeza.

Benny sabía que Bill estaba dramatizando para poder presentarse en el papel de persona exquisitamente civilizada y asignarle a Jack el papel de villano.

Dado que las cosas no eran así, todos sabían que se trataba de una broma. Sonrió a Bill afectuosamente. Ella sabía que Jack esperaba impaciente el gran fin de semana en Knockglen. Sería mejor que la fiesta que habían celebrado en Navidades.

Todo el mundo llevaba siglos planeándolo. Sean había estado recolectando dinero, un chelín aquí, otro allá. Los fondos iban creciendo.

Celebrarían una reunión en casa de Eve, otra en la de Clodagh y, posiblemente, harían algo en el piso de arriba de la sastrería Hogan. Las habitaciones eran tan grandes y tenían techos tan altos que estaban pidiendo a gritos que se celebrara una fiesta en ellas. Benny había estado sondeando a su madre, y las perspectivas parecían buenas.

Estaba contenta de que Jack estuviera buscándola.

Las últimas semanas no había querido verla a solas en ningún momento.

Benny esperaba que quisiera llevarla a comer, como aquella vez, hacía siglos, que la había llevado a Carlo's.

Quizá debiera invitarle ella a él. Esperaría a ver de qué humor estaba. No quería parecer demasiado lanzada.

Bill tenía razón. Jack tenía muy mala cara. Estaba pálido y cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche. Seguía estando igual de guapo, quizá incluso más. Parecía menos un héroe universitario convencional y más el protagonista de una película o una obra de teatro.

Sí, Jack Foley parecía sacado de una obra de teatro.

Y además hablaba como si estuviera representando una.

—Benny, tengo que hablar contigo. ¿Dónde podemos ir para alejarnos de toda esta gente?

Ella se rió de sus palabras con buen humor.

—Oye, fuiste tú quien dijo que nos veríamos en el vestíbulo a la una. Yo no lo elegí. ¿Acaso pensabas que estaría desierto y a nuestra disposición?

La turbamulta estudiantil entraba y salía a su alrededor, o permanecía en grupos conversando, con las trenzas y abrigos de paño al brazo y las bufandas colgando. El tiempo empezaba a ser demasiado caluroso para llevarlos puestos, pero eran el distintivo de su calidad de estudiantes. La gente no quería desprenderse del todo de ellos.

—Por favor —dijo él.

—Bueno, podríamos ir a Carlo's, ya sabes, a aquel sitio tan encantador en el que estuvimos.

—¡No! —respondió Jack casi gritando.

Cualquier otro lugar estaría lleno de gente conocida. Incluso aunque se sentaran en el parque, media universidad pasaría por allí para ir a Grafton Street a la hora de la comida.

Benny no sabía qué hacer, pero sabía que le correspondía a ella tomar la decisión. Jack parecía hundido.

—¿Y si nos sentamos junto al canal? —sugirió—. Podemos comprarnos unas manzanas para nosotros y un poco de pan duro por si aparecen los cisnes.

Estaba ansiosa por agradarle, y su actitud pareció desconsolarle aún más.

—Oh, Dios mío, Benny —dijo, y la estrechó entre sus brazos. Ella sintió una punzada de miedo. Sentía que algo iba mal, pero por otra parte siempre estaba sintiéndolo y luego no era así.

Había un pequeño promontorio cerca de una de las esclusas donde se sentaban a menudo.

Benny se quitó el abrigo y lo extendió en el suelo para sentarse los dos.

—No, no, lo echaremos a perder.

—No es más que arcilla, sale con un cepillo. Eres peor que Nan —le dijo ella tomándole el pelo.

—Se trata de Nan —dijo él.

—¿Qué?

—Está embarazada. Se enteró ayer.

Benny se sintió conmocionada por su amiga. Al mismo tiempo se sintió sorprendida de que precisamente Nan hubiera llegado hasta el final con Simon Westward. Nan, tan impasible y distante. ¿Había sido capaz de hacer bien el amor? Benny hubiera dicho que era la última mujer de la tierra para encontrarse en una situación así.

—Pobre Nan —dijo—. ¿Está muy alterada?

—Está loca de preocupación —respondió él.

Permanecieron sentados en silencio.

Benny examinó mentalmente el asunto. Una carrera universitaria en ruinas, un hijo a los veinte años, y posiblemente, a juzgar por el gesto de simpatía de Jack, tenía problemas con Simon Westward.

Eve había tenido razón respecto a él.

Jamás se casaría con Nan Mahon, la hija de un constructor de la zona norte de Dublín. Y por hermosa que fuera, el hecho de haberse entregado a él haría que la respetara menos que nunca.

—¿Qué piensa hacer? Supongo que no irá a casarse.

Miró a Jack. Su rostro estaba convulso por las emociones. Parecía tener dificultades para encontrar palabras.

—Va a casarse.

Benny le miró muy alarmada. Enseguida se dio cuenta de que aquella no era una conversación normal.

Él la cogió de la mano y se la llevó a la cara. Tenía lágrimas en los ojos. Jack Foley estaba llorando.

—Va a casarse... conmigo —dijo.

Ella se le quedó mirando con incredulidad.

No dijo absolutamente nada. Sabía que tenía la boca abierta y la cara congestionada por el miedo.

Él seguía apretando la mano de ella contra su cara. Su cuerpo se estremecía con sus sollozos.

—Tenemos que casarnos, Benny. El hijo es mío.

Capítulo 19

Eve estaba en el Singing Kettle cuando vio a Benny en la puerta. Al principio pensó que iba a unirse a ellos y estuvo a punto de acercarse a otra silla.

Entonces le vio la cara.

—Os veré luego —le dijo apresuradamente al grupo.

—No te has terminado las patatas. —Aidan estaba asombrado. Nada podía ser tan urgente, pero Eve estaba ya afuera, en Leeson Street.

Alejó a Benny de la puerta, donde corrían el riesgo de encontrarse con todos sus conocidos.

Después, apoyada en la verja de hierro de una casa, Benny empezó a contarle lo que había pasado. Era casi imposible oír su voz, y a veces repetía las mismas palabras una y otra vez.

Él había dicho que amaba a Benny y que por nada del mundo hubiera querido que pasara esto. Pero no se podía hacer nada. El anuncio de la boda se publicaría el sábado en el *Irish Times*.

Eve miró hacia el otro lado de la calle y vio que un taxi estaba dejando a alguien en la residencia privada para ancianos de St Vincent. Arrastró a Benny a través del tráfico y la metió a empujones en el asiento trasero del vehículo.

—Dunlaoghaire —dijo secamente.

—¿Hay algún problema? —el taxista las miraba por el retrovisor. La chica grande tenía muy mal aspecto, como si estuviera a punto de vomitar en su coche.

—Tenemos dinero —dijo Eve.

—No se trata de eso —empezó a decir el conductor.

—Ya lo creo que sí, al menos en parte. —Los dos sonrieron.

Eve le dijo a Benny que descansara, que ya habría tiempo para hablar cuando llegaran a casa.

Kit había salido. Quería comprarse un conjunto nuevo para Semana Santa. Iba a ir a Kerry como invitada de Kevin Hickey y su padre.

Tenían la cocina para ellas solas. Benny se sentó a la mesa y, a través de una nube, vio cómo Eve preparaba una comida para las dos. Observó cómo sus manos pequeñas y delgadas partían hábilmente las patatas asadas frías y recortaban los bordes de las lonchas de beicon. Vio cómo rebozaba en huevo batido delgadas tiras de pan.

—No quiero nada de eso —dijo Benny.

—Pero yo sí. Me he dejado la comida sin empezar en el Kettle, ¿recuerdas?

Eve sacó una botella de jerez de una caja de cereales.

—Es para esconderla de los estudiantes bebedores —explicó.

—Yo no quiero.

—Uso medicinal —dijo Eve, sirviendo dos vasos enormes mientras ponía dos grandes platos blancos de comida ante ellas—. Ahora empieza por el principio y cuéntamelo todo. Puedes empezar por el momento en que os sentasteis sobre tu abrigo junto al canal, y no me digas que te ama o me levantaré, tiraré todo lo que hay sobre la mesa al suelo y luego te tocará recogerlo a ti.

—Eve, por favor, sé que pretendes ayudarme.

—Oh, ya lo creo que pretendo ayudarte —dijo Eve. Benny nunca la había visto con una expresión tan sombría. Ni siquiera durante la larga batalla que había librado con los Westward, ni durante la lucha con la madre Clare, ni en la cama del hospital la cara de Eve Malone había tenido una expresión tan dura e implacable.

Hablaron hasta que las sombras se alargaron. Benny oyó entrar a Kit. Miró hacia la cocina desordenada y la botella de jerez más que mediada.

—No pasa nada —dijo suavemente Eve—. Ella lo comprenderá. Haré una limpieza rápida.

—Debería ir a coger el autobús.

—Vas a quedarte aquí. Llama a tu madre. Y Benny... ella te preguntará si vas a salir con Jack. Dile que ya no sales con él. Prepárala para que se haga a la idea de que todo ha terminado.

—No tiene por qué ser así. Él no quiere que sea así. Dice que tenemos que hablar.

Kit se acercó a la puerta y se quedó mirando la cocina sorprendida. Antes de que tuviera tiempo de decir nada habló Eve.

—Benny ha sufrido una pequeña conmoción. Estamos haciéndole frente lo mejor que podemos, a base de comernos la mayor parte del desayuno de mañana. Luego me acercaré a la tienda y lo repondré todo.

Kit era capaz de identificar una crisis cuando la veía.

—Tengo que colgar mi ropa de gala. Bajaré dentro de media hora para preparar la cena. Si es que queda algo...

Hizo un gesto de aliento con la cabeza y desapareció.

Annabel Hogan dijo que le parecía estupendo, que tenía mucho trabajo pendiente en la tienda y así no tendrían que preparar la cena. Patsy y ella irían a Mario's a comer algo. Benny pensó amargamente en todas las noches que había dejado libre a Jack Foley en Dublín mientras ella volvía cansinamente a casa para hacerle compañía a su madre. Ahora molestaba menos si se quedaba en Dublín.

—¿Vas a salir con Jack? —preguntó su madre.

A pesar de la advertencia de Eve, Benny fue incapaz de hacerlo. No podía decirle a su madre que todo había acabado. El mero hecho de decirlo podría hacer que fuera verdad.

—Esta noche no —dijo con voz alegre—. No, esta noche voy a salir con Eve.

Benny se acostó en la cama de Eve y se enjugó los ojos con agua fría mientras Eve servía la cena escaleras abajo. Las cortinas estaban echadas y podía oír el ruido de los platos y los cubiertos. Kit se había asomado un momento para traerle una taza

de té. No había hecho el menor intento por animarla o mostrarle su simpatía. Benny comprendió por qué resultaba tan relajante vivir con ella.

Le daba pánico pensar en los cubos de conmiseración que su madre le vertería encima; en la inacabable perplejidad y las especulaciones y las ridículas sugerencias que tendría que soportar. Tal vez si llevaras colores más claros, o más oscuros, tal vez si fueras a su casa a hablar con su madre. A los hombres les gustan las chicas que se llevan bien con sus madres.

No pensaba decirle a su madre que Nan Mahon estaba embarazada. De algún modo los rebajaba a todos; lo ponía todo a un nivel distinto.

Eve y Benny caminaron durante lo que les parecieron horas y kilómetros.

En ocasiones discutían, y a veces Benny se detenía para llorar de nuevo. Para decir que Eve no sería tan dura si hubiera visto la cara de Jack. Eve apretaba los labios y no decía nada. Mientras caminaban por Burma Road hasta el parque Killiney, Benny dijo que todo era culpa suya. No había comprendido la necesidad que tenía el hombre de hacer el amor. Era una cuestión biológica. Y, más tarde, cuando se sentaron junto al obelisco y miraron hacia la bahía dijo que Jack Foley era el hombre más deshonesto y falso del mundo. ¿Por qué demonios le había dicho una y otra vez que la amaba si no era cierto?

—Porque sí que te amaba. O eso creía él —dijo Eve—. Ése es el maldito problema.

A Benny le animó que Eve pudiera encontrar un rayo de esperanza y sinceridad en todo aquello. Creía que Eve se había vuelto definitivamente en contra de él.

—No estoy en contra suya —dijo Eve suavemente—. Sólo contra la idea de que pienses que podrás recuperarle.

—Pero si sigue amándome...

—Te ama en abstracto, y detesta hacerte daño. Es una cosa muy diferente.

Eve puso su pequeña mano sobre la de Benny. Le habría gustado encontrar mejores palabras, palabras menos hirientes, pero sabía que Benny no debía albergar falsas esperanzas ni siquiera una noche más. Señaló que había muy poco que esperar de una situación en la que una de las partes estaba dando explicaciones a una familia incrédula en Donnybrook, mientras la otra hacía lo propio en Maple Gardens.

—¿Por qué no me acostaría con él? Ahora estaríamos los dos dando explicaciones en Knockglen.

Cuando hubo oscurecido y regresaron a Dunlaoghaire, Eve dijo que Benny debería darse un baño.

—No me apetece acostarme.

—¿Quién ha hablado de eso? Vamos a salir a recorrer la ciudad.

Benny miró a su amiga como si estuviera loca. Tras tantas horas de escucharla y, al parecer, de entender lo que le decía, si sugería que salieran era porque no había entendido nada.

—No quiero ver a nadie ahora. No me apetece salir de mí misma.

Eve dijo que no era ése el objeto de la salida. Iban a ir a todas partes y a reunirse con todo el mundo. Iban a hablar de Jack y Nan antes de que se corriera la voz y se convirtiera en un chismorreo, mucho antes de que el anuncio de su boda apareciera en el periódico. Eve dijo que era lo único que se podía hacer ya. Todo el mundo tenía que ser testigo de que Benny conservaba su dignidad, de que no quería vivir rodeada de conmiseración el resto de sus días. No quería que la gente la descartara como una persona que había sido abandonada. Quería que nadie tuviera ocasión de darle a Benny la noticia. Tenía que ser ella quien se la transmitiera a todo el mundo.

—Lo que me pides es ridículo —dijo Benny—. Aunque fuera capaz de hacerlo, todos se darían cuenta de la verdad. Todos sabrán que estoy afectada.

—Pero no pensarán que te han puesto en ridículo —dijo Eve con los ojos como brasas—. Lo único bueno que ha hecho Jack en todo esto ha sido decírtelo a ti primero. Te lo ha contado antes de ir con la historia a sus compañeros para pedirles consejo, antes de contárselo a sus padres o al sacerdote. Tienes que hacer uso de esa ventaja.

—No me gusta hacerlo. Supone que sus padres no le dan su consentimiento.

—Lo harán en cuanto oigan el ruido de las escopetas de la familia de Nan y el clamor de la responsabilidad moral por parte de los curas. Además, él tiene ya veinte años. Dentro de unos meses ni siquiera tendrá que pedirles permiso.

Fue una noche nebulosa. Benny sólo recordaba fragmentos de ella. Bill Dunne preguntando si se trataba de una inocentada, no podía creer que Jack fuera a casarse con Nan Mahon. Si se tenía que casar con alguien debería ser con Benny. Repitió aquello tres veces delante de ella.

Y tres veces ella respondió alegremente que estaba demasiado ocupada convirtiéndose en un pez gordo en Knockglen e intentando graduarse con honores como para casarse.

Carmel le había apretado la mano con demasiada fuerza y conmiseración. Benny hubiera querido retirarla bruscamente, pero sabía que Carmel lo hacía con buena intención.

—Puede que sea lo mejor, y además seguiremos viéndote a menudo, ¿no es así?

Sean dijo que le habían dejado de piedra. ¿Cómo iba a apañárselas Jack como hombre casado cuando tenía tantos años de preparación por delante? Quizá pensara dejar los estudios e ingresar directamente en el despacho de su tío como aprendiz. ¿Y dónde iban a vivir? Todo aquel asunto resultaba de lo más desconcertante. ¿Había dado Jack alguna pista que indicara de qué pensaba vivir? Presumiblemente, iban a tener descendencia de un modo un tanto inminente. Ésa era la explicación para tantas prisas. ¿Le había dicho Jack a Benny cómo pensaba ganarse la vida? Con los dientes apretados, Benny le había dicho que no.

Johnny O'Brien se preguntó dónde lo habrían hecho. Aquello parecía desmentir la teoría de que era imposible quedarse embarazada en un Morris Minor.

Cuando estuvieron de vuelta, agotadas, en sus camas de Dunlaoghaire, Benny

comentó sarcásticamente que esperaba que a Eve la noche le hubiera parecido digna del esfuerzo realizado y que hubiera servido a sus propósitos.

—Desde luego que sí —respondió Eve—. En primer lugar estás tan cansada que podrías quedarte dormida en el palo de un gallinero; y en segundo lugar, no tienes nada que temer de cara al día de mañana. Todos saben que has sobrevivido a la noticia. Te han visto hacerlo.

Aengus Foley tenía dolor de muelas. Le habían dado un trozo de algodón empapado en whisky, pero nada de atención o simpatía. La voz de su madre había sido cortante cuando le había ordenado que se fuera a la cama, cerrara la puerta y reflexionara que el dolor era algo a lo que tendría que enfrentarse continuamente en la vida. No era permanente, desaparecería, probablemente en el mismo instante en que le llevaran a ver al tío Dermot, el dentista.

Al parecer querían mantener una conversación interminable con Jack en el cuarto de estar. Había bajado dos veces para ver de qué se trataba, pero estaban hablando en voz baja y con tono de urgencia. Las pocas frases que había podido distinguir carecían de sentido para él.

John y Lilly Foley tenían el rostro demudado por la furia mientras permanecían en pie en el cuarto de estar escuchando a su hijo, que les explicaba cómo había arruinado su vida.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido? —repetía su padre una y otra vez.

—No puedes ser padre, Jack, sólo eres un niño —decía su madre con el rostro surcado de lágrimas. Le rogaron, le suplicaron, le adularon. Visitarían a los padres de Nan, les explicarían que aún tenía por delante su carrera, que no podían permitir que la arruinara prácticamente antes de haberla empezado.

—¿Y qué hay de la carrera de ella? Ésa sí que ha quedado arruinada pase lo que pase. —La voz de Jack era inexpresiva.

—¿Quieres casarte con ella? —preguntó con exasperación su padre.

—No quiero casarme con ella ahora. No dentro de tres semanas, evidentemente. Pero es una chica maravillosa y hemos hecho el amor. Yo fui el que quiso hacerlo, y ahora no hay otra opción.

De nuevo comenzaron los ruegos. Quizás ella quisiera ir a Inglaterra y entregar al niño en adopción. Mucha gente lo hacía.

—Es mi hijo. No pienso entregárselo a ningún desconocido.

—Perdóname, Jack, pero ¿estamos realmente seguros de que se trata de tu hijo? No tengo más remedio que preguntártelo.

—No, no tienes por qué hacerlo, pero te contestaré. Sí, estoy totalmente seguro de que se trata de mi hijo. La primera noche que dormí con ella era virgen.

La madre de Jack apartó la vista con repugnancia.

—¿Y estás totalmente seguro de que está embarazada, de que no se trata de una falsa alarma de una muchacha asustada? Estas cosas pasan.

—No lo dudo, pero no es el caso. Me mostró el informe de Holles Street y las

pruebas del laboratorio son positivas.

—No creo que debas casarte con ella, de verdad que no. Ni siquiera es una chica con la que lleves mucho tiempo saliendo, alguien a quien conozcas, a quien todos conozcamos, desde hace años.

—La conocí el primer día de universidad. Ha estado en esta casa.

—No estoy diciendo que no sea extraordinariamente hermosa. —El padre de Jack agitó la cabeza—. Ahora está conmocionada y asustada. Déjalo correr durante unas semanas.

—No, no sería justo para con ella. Si le digo que debemos esperar, pensará que me habéis convencido para que cambie de opinión. No pienso permitir que crea tal cosa.

—¿Y qué piensan sus padres de toda esta catástrofe?

—Va a decírselo esta noche.

Brian Mahon estaba sobrio. Permaneció sentado a la mesa de la cocina sin decir palabra mientras Nan les explicaba a él, a su madre y a sus dos hermanos con voz serena que iba a casarse con Jack Foley, un estudiante de Derecho, en el plazo de tres semanas.

Vio cómo su madre se mordía el labio y se retorcía las manos. El sueño de Em se había hecho pedazos.

—No harás nada de eso —rugió Brian Mahon.

—Creo que sería lo mejor para todos.

—Si crees... si crees que voy a permitir... —empezó a decir él, pero se detuvo. En todo caso, no era más que una bravata. El daño estaba hecho.

Nan permaneció sentada, serena e imperturbable. Era como si le hubiera dicho que pensaba ir al cine.

—Supongo que tú estabas al corriente de todo esto. —Miró a su esposa.

—Precisamente no se lo conté a Em para que no pudieras acusarla de encubrirme —dijo Nan.

—Y por Dios que hay muchas cosas que encubrir. Supongo que te ha seducido de mala manera.

—¡Brian! —gritó Emily.

—Pues si lo ha hecho, tendrá que pagar por ello, decidamos lo que decidamos. —Tenía un aspecto ridículo allí sentado, iracundo y con la cara sofocada, intentando comportarse como un gran hombre ante una situación que escapaba a su control.

—No decidirás nada —le dijo Nan con voz helada—. Yo soy quien decide. Y nuestro compromiso saldrá publicado el sábado por la mañana en el *Irish Times*.

—Madre de Dios, en el *Irish Time* —dijo Nasey. Era el más elegante de los tres periódicos, y no se veía a menudo en casa de los Mahon.

—Mientras vivas en mi casa, yo tomaré las decisiones.

—Precisamente de eso se trata. No viviré aquí mucho más tiempo.

—Nan, ¿estás segura de que es esto lo que quieres hacer?

Nan miró a su madre, que estaba demudada y asustada. Siempre había vivido su vida a la sombra de otra persona, un marido borracho y alborotador, un jefe mezquino en el hotel, una hija muy hermosa cuyas fantasías había alentado y potenciado.

Emily no cambiaría jamás.

—Lo estoy, Em. Y es lo que pienso hacer.

—Pero la universidad, tu título...

—Nunca quise obtener uno, y lo sabes. Las dos lo sabemos. Sólo quería conocer gente.

La madre y la hija hablaban como si los hombres de la casa no existieran. Se hablaban de un extremo a otro de la cocina, por encima de los restos del sueño destrozado, sin los reproches y excusas que habrían formado parte de la conversación en el caso de la mayor parte de las muchachas en una situación así.

—Pero a quien querías conocer no era a un estudiante, no así.

—Lo otro no funcionó, Em. El abismo era demasiado ancho.

—¿Y qué esperas que hagamos si te plantas en casa y nos sueltas una noticia así?

—Brian quería poner fin a aquella conversación que ni siquiera comprendía.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Estás dispuesto a ponerte un buen traje y a comportarte como Dios manda durante cuatro horas el día de la boda? ¿Podrás estar sin beber una sola gota, o no?

—¿Y si te digo que no?

—Si tengo la menor sospecha de que no vas a hacerlo, iremos a Roma y nos casaremos allí. Le diré a todo el mundo que mi padre se negó a correr con los gastos de la boda.

—Muy bien, adelante —dijo él con tono provocador.

—Lo haré si me obligas. Pero te conozco, y sé que te encantará fanfarronear ante tus amigos y clientes de que tu hija va a celebrar una gran boda de alta sociedad. Te encantará alquilar la ropa porque sigues siendo un hombre apuesto y lo sabes.

Emily Mahon miró asombrada a su hija. Había acertado en todos los blancos sin fallar un milímetro. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para doblegar a su padre.

Brian no sabría pensar en otra cosa. No se escatimarían gastos.

—Ve a pasar el fin de semana con ella —le urgió Kit a Eve.

—No, tiene que hacerlo sola.

Knockglen emitía sus juicios con rapidez, y era importante quién empezaba a propalar las noticias. Si Benny era la primera en decir que su noviazgo con Jack Foley pertenecía al pasado, no habría rumores graves. Benny iba a tener que soportar bastante ese verano como para tener que aguantar también la conmiseración de la gente del pueblo. Eve era experta en rehuir la compasión de Knockglen.

Su madre seguía en la tienda aunque eran más de las siete. Benny había mirado automáticamente hacia el interior y la había visto allí. Abrió la puerta con su propia llave.

—Válgame Dios, qué susto me has dado.

Annabel Hogan estaba subida en una silla intentando alcanzar algo que se había deslizado hasta la parte trasera de un armario. Esperaba que se tratara de unos bonitos rollos de papel con el nombre Hogan's impreso. Eddie lo había comprado hacía años, pero había resultado poco práctico de cortar. No lo había tirado, así que quizá estuviera aún allí, cubierto de polvo.

Benny observó su rostro animado. Tal vez cuando la gente se iba haciendo mayor se recobraba de las cosas. Resultaba imposible creer que se tratara de la misma persona abatida que se había pasado las horas muertas ante la chimenea con un libro cayéndosele de las manos. Ahora se mostraba vivaracha y activa, tenía los ojos brillantes y había recuperado el color.

Benny le dijo que ella era más alta y que probablemente llegaría mejor. Y efectivamente, allí estaba lo que buscaba. Rollos y más rollos de papel que tiraron al suelo. Al día siguiente les quitarían el polvo y comprobarían si seguía siendo utilizable.

—Pareces cansada. ¿Has tenido un día duro? —le preguntó su madre. En realidad, había sido un día muy doloroso. Había tenido que recorrer los pasillos y asistir a las clases mientras el rumor sobre Jack y Nan se extendía como fuego de paja. Sheila incluso le había ofrecido sus condolencias como si se tratara de un pésame. Varios grupos habían dejado de hablar al aproximarse ella.

Sin embargo, Eve había tenido razón. Era mejor que corriera también la otra historia, que Benny no estaba de luto, que era capaz de hablar del tema sin mayor problema. Ni Jack ni Nan habían dado señales de vida. Benny no hacía más que pensar que Jack iba a aparecer como por arte de magia, todo sonrisas, que iba a cogerla del brazo y que todo resultaría haber sido una pesadilla.

La madre no sabía nada de eso, por supuesto, pero sí se había dado cuenta de que Benny parecía agotada.

Pensó que sabía exactamente qué hacer para animar a Benny.

—Sube a ver lo que hemos estado haciendo Patsy y yo todo el día. Hemos cambiado de sitio buena parte de los muebles del primer piso. Pensamos que sería un sitio estupendo para tu fiesta antes de pintarlo. Así, por mucho que se ensucie no tendréis que preocuparos. Incluso pueden quedarse aquí algunos de los chicos y las chicas podrían ir a dormir a Lisbeg.

La cara de Benny parecía tallada en piedra. Se le había olvidado por completo todo lo de la fiesta. La gran reunión que habían planeado para el fin de semana posterior a Semana Santa. Jack y ella casi no habían hablado de otra cosa con sus amigos a lo largo de las últimas semanas. Y todo ese tiempo, probablemente todas las noches, se despedía de ella y hacía el amor con Nan.

Se estremeció ligeramente al recordar cómo había sido engañada, y cómo él le había dicho, con los ojos llenos de lágrimas, que no había podido evitarlo, y que lo lamentaba más de lo que podía expresar. Subió en silencio las escaleras tras su madre

y escuchó su animada cháchara acerca de la fiesta que jamás se celebraría.

Gradualmente, al darse cuenta de su falta de respuesta, su madre fue dejando de hablar.

—La fiesta sigue en pie, ¿verdad? —preguntó.

—No estoy segura. De aquí a entonces habrán cambiado muchas cosas. —Benny tragó saliva—. Jack y Nan van a casarse.

Su madre se quedó mirándola boquiabierta.

—¿Cómo has dicho?

—Jack va a casarse con Nan, ¿comprendes? Así que a lo mejor no se celebra la fiesta.

—¿Jack Foley? ¿Tu Jack?

—Ya no es mi Jack. Hace algún tiempo que no lo es.

—¿Pero cuándo ha ocurrido todo esto? No habías dicho ni una palabra. No pueden casarse.

—Van a hacerlo, madre. Su compromiso aparecerá publicado en el *Irish Times* de mañana.

La expresión de la cara de su madre era casi imposible de soportar. Su simpatía al desnudo, la total incomprensión.

Benny comprendió que probablemente Eve tuviera razón al decirle que aquel duro ejercicio de preservación de la autoestima era necesario. Por malo que fuera ahora, habría sido peor si no hubiera dicho nada y su madre se hubiera enterado por terceras personas. Como había ocurrido esa mañana en la universidad; lo peor había pasado, la conmoción, la lástima por ella y los murmullos. No podrían continuar indefinidamente si Benny no parecía especialmente afectada. Lo que más difícil le resultaba era fingir que Jack no había sido más que un amorío pasajero, sin consecuencias desgarradoras al final.

—Benny, lo siento mucho. No puedo decirte cuánto.

—No pasa nada, madre. Tú siempre has dicho que los amoríos entre estudiantes vienen y se van. —Sus palabras eran las correctas, pero su voz era temblorosa.

—Supongo que ella...

—Está muy emocionada, desde luego... y... bueno, todo eso.

Si su madre decía las palabras equivocadas en ese momento, perdería el poco control que aún conservaba. Por favor, que su madre no la abrazara ni dijera nada sobre lo veletas que eran los hombres.

Unas cuantas semanas a cargo de un negocio parecían haberle enseñado a Annabel muchas cosas sobre la vida.

Se limitó a sacudir unas cuantas veces la cabeza mencionando algo sobre las nuevas generaciones y después sugirió que se fueran a casa a tomar el té antes de que Patsy enviara un equipo de rescate a buscarlas.

Después de la cena fue a visitar a Clodagh. Mientras hablaban no paraba de moverse inquieta de un lado para otro, cogiendo cosas y dejándolas de nuevo en su

sitio. Clodagh siguió cosiendo, observándola con atención.

—¿Estás embarazada? —preguntó finalmente.

—Desafortunadamente no soy yo quien lo está —dijo Benny, y le contó la historia. Clodagh no dejó de coser en ningún momento. Asintió, estuvo de acuerdo, estuvo en desacuerdo, e hizo preguntas. En ningún momento dijo que Jack Foley fuera un canalla y que Nan Mahon era aún peor por traicionar a una amiga. Aceptó la situación como una de esas cosas que pasan en la vida.

Benny fue cobrando fuerzas mientras hablaba. El cosquilleo en sus ojos, el deseo de sollozar, se habían ido desvaneciendo.

—Sigo pensando que es a mí a quien ama —dijo tímidamente cuando concluyó la saga.

—Podría ser —dijo Clodagh desapasionadamente—, pero eso no tiene importancia ahora. Lo importante es lo que la gente hace, no lo que siente o dice.

Parecía que estaba hablando Eve. Era tan decidida, estaba tan segura de sí misma... Del modo más objetivo que imaginarse pueda dijo que a Jack y Nan probablemente no les iría peor casándose y teniendo un hijo que a la mayor parte de la gente, pero que eso era en lo que se convertirían, en una simple pareja con un hijo. Y después vendría otro, y otro más.

Que Jack amara aún o no a Benny era irrelevante. Había tomado una decisión. Había hecho lo que la gente llamaba lo decente.

—Ha hecho lo que tenía que hacer —dijo Benny en contra de su voluntad.

Clodagh se encogió de hombros. Tal vez sí, o tal vez no, pero en cualquier caso, era lo que había hecho.

—Sobrevivirás, Benny —dijo reconfortándola—. Y para ser justas, cosa que no me apetece en absoluto en este momento, él quiere que lo hagas. Quiere lo mejor para ti. Cree que el amor es eso.

Esa misma noche, ya tarde, mientras estaban sentadas a la mesa de la cocina, Patsy dijo que todos los hombres eran unos cerdos, y los apuestos más aún. Añadió que ese chico había sido bien acogido y se le había dado la bienvenida en aquella casa, y que era un cerdo de tal calibre que sería incapaz de reconocer a una dama aunque se la pusieran delante de las narices. Que Nan no era una dama por muy bien que supiera hablar. Ya lo descubriría cuando fuera demasiado tarde.

—No creo que buscara una dama —le explicó Benny—. Creo que más bien buscaba una amante. Y en ese aspecto yo no le servía de nada.

—Como debe ser —replicó Patsy—. ¿Acaso no es suficientemente malo tener que hacerlo continuamente una vez casados y con un techo sobre la cabeza? ¿Qué sentido tiene dárselo gratis antes del matrimonio?

Sus palabras parecieron extender un manto sombrío sobre su futuro con Mossy. Resultaba casi imposible imaginarse a otras personas en pleno acto sexual, pero era deprimente que Patsy tuviera tanto pánico al sexo.

Patsy sirvió más chocolate para las dos y dijo que esperaba que Nan no tuviera un

solo día de suerte en toda su vida. Esperaba que su niño naciera deforme y con un ojo nublado.

Se anuncia el compromiso matrimonial entre Ann Elizabeth (Nan), única hija del señor y la señora Mahon, residentes en Maple Gardens, Dublín, y John Anthony (Jack), primogénito del doctor y la señora Foley, residentes en Donnybrook, Dublín.

—He visto el *Irish Times* esta mañana. —Sean Walsh se había dedicado a pasear los perros calle arriba y calle abajo hasta encontrarse con Benny.

—¿Ah, sí?

—Toda una sorpresa, ¿no te parece?

—¿Lo de la princesa Soraya? —preguntó ella inocentemente. El Sha de Persia estaba a punto de divorciarse de su mujer. La noticia había acaparado mucho espacio en la prensa. Sean se sintió decepcionado. Había esperado una reacción más adecuada, algún gesto compungido, incluso una situación embarazosa.

—Me refería al futuro matrimonio de tu amiga.

—¿Nan Mahon? Es verdad, iban a anunciarlo en el periódico. No sabía cuándo pensaban hacerlo oficial.

—Pero el hombre... va a casarse con tu amigo. —Sean estaba ya totalmente confundido.

—¿Con Jack? Por supuesto. —Benny permaneció impasible y con gesto de inocencia.

—Pensaba que tú y él... —Sean no encontraba palabras.

Benny le ayudó. Efectivamente, habían sido amigos, incluso habían salido juntos como solía decirse. Pero la vida universitaria era particularmente propensa a las amistades pasajeras, la gente iba de flor en flor como si se tratara del juego de las sillas. Sean le dirigió una larga y dura mirada. No quería verse privado de su momento de victoria.

—Bien, bien, me alegra que te lo tomes así, Benny. Debo decir que cuando les vi aquí, en Knockglen, me pareció un detalle... cómo diría yo, poco delicado, ¿comprendes? Pero no te dije nada, porque no quería trastornar a nadie.

—Estoy segura de que no, Sean, pero ellos no estuvieron en Knockglen, así que debes haberte confundido.

—No lo creo —dijo Sean Walsh.

Benny se quedó pensando en el modo en que lo había dicho. Recordó que Clodagh había visto a Jack en la gasolinera de Dessie Burns. Recordó que Johnny O'Brien se había preguntado dónde lo habrían hecho. Resultaba increíble. ¿Dónde podían haber ido? Y si Jack la amaba, ¿cómo iba a haber venido a su pueblo a hacerle el amor a otra persona?

De un modo u otro pasó el fin de semana. Era difícil recordar cuando sonaba el teléfono que no sería Jack. Era duro oír a Fonsie hablar de la fiesta y caer en la cuenta de que nadie asistiría a ella. Era difícil creer que él no estaría esperándola en la cafetería de la universidad con los ojos resplandecientes, haciéndole señas con la

mano, encantado de verla.

Lo más duro de todo era olvidar que él le había dicho a orillas del canal que todavía la amaba.

Para Eve y Clodagh era fácil ignorarlo, pero Benny sabía que Jack no lo habría dicho si no lo hubiera sentido. Y si aún la amaba, todo lo demás no tenía ni pies ni cabeza.

Ni siquiera se permitió pensar en la posibilidad de ir a ver a Nan. Ya llegaría el día, probablemente la semana siguiente, en que se vería obligada a verla.

Había escuchado historias contradictorias. Que Nan iba a terminar sus estudios y su madre se haría cargo del niño. Y también que iba a abandonar inmediatamente la universidad y ya andaba buscando piso. Benny había conservado el recorte de periódico. Lo leía una y otra vez intentando encontrarle algún sentido.

John Anthony... Eso sí que lo había sabido. E incluso más, como que el nombre que había adoptado en su confirmación había sido Michael, por lo que sus iniciales eran J. A. M. Foley. No sabía que a Nan la hubieran bautizado con el nombre de Ann Elizabeth. Probablemente Nan fuera un mote cariñoso de cuando era una preciosa niña. Una cría capaz de obtener todo lo que deseaba en todo momento.

Quizá no hubiera podido cazar a Simon Westward y en su lugar había decidido quedarse con Jack. Era una injusticia por parte de Simon haber rechazado a Nan. Eso era lo que debía haber pasado. Benny sintió una ira incontenible hacia él. Nan era exactamente el tipo de persona que habría devuelto la vida a Westlands. Si aquel romance hubiera seguido su curso, nada de esto habría pasado.

Benny estaba en la tienda, detrás del mostrador, para dejar libres a su madre y a Mike para que discutieran sobre la adquisición de nuevas telas. Entró Heather Westward con el uniforme de St Mary.

Se había acercado a comprar un pañuelo para su abuelo. Era un regalo sorpresa porque estaba muy enfermo y le alegraría. ¿Habría alguno que no pasara de un chelín y seis peniques? Benny encontró uno y le preguntó si quería que se lo envolviera. Heather decidió que no era necesario. No sería capaz de abrir el paquete. Mejor meterlo en una bolsa de papel.

—Puede que ni siquiera se entere de lo que es, pero está malo y querría hacer algo por él. —Miró a Benny en busca de aprobación.

Benny le dijo que tenía razón. Le tendió el pañuelo que iba a regalar al anciano que le había gritado a Eve y había llamado puta a su madre.

Quizá hubiera hecho lo mismo si Simon se hubiera casado con Nan.

De repente, con un sobresalto, Benny se preguntó si Nan se habría acostado con Simon.

Supongamos que sí... En ese caso, el niño podía ser de él, y no de Jack.

¿Por qué no había pensado en ello antes?

Algo que parecía no tener solución quizá la tuviera después de todo.

Su rostro adquirió una expresión enloquecida al pensar en ello. Vio que Heather

la miraba alarmada.

Tenía que decírselo a Jack. Tenía que hacerlo. No podían obligarle a casarse con alguien a quien no amaba si el hijo podía no ser suyo. No importaba que se hubiera acostado con Nan. Benny le perdonaría, igual que le había perdonado aquel asunto de Gales. Nada importaba si él la quería.

Pero la excitación, el rayo de esperanza, se desvanecieron poco a poco. Benny comprendió que estaba agarrándose a un clavo ardiendo. Que Jack y Nan ya debían haber discutido el tema. Deseó ser capaz de recordar cuánto tiempo hacía que Nan había dejado de hablar con entusiasmo de Simon. De aquello hacía siglos, de modo que no había esperanza alguna.

Y en cualquier caso, Jack no sería tan estúpido como para...

Él debía saberlo, ¿o no? Los hombres siempre se daban cuenta. Por eso había que mantenerse virgen hasta el matrimonio, para que supieran que era la primera vez.

No, no era más que una esperanza descabellada, una quimera.

Suponiendo que creyera que era verdad, sólo conduciría a una colosal confrontación, y a una explosión de indignación en caso de que sugiriera a Jack que Nan le estaba cargando con un hijo que no era suyo.

Era mejor olvidar aquella idea, devolverla al lugar de donde había salido.

Heather seguía aún en la tienda. Parecía estar remoloneando, como si estuviera a punto de pedirle un favor.

—¿Quieres algo más, Heather?

—¿Sabes lo de la representación de Pascua? Eve y Aidan van a venir. Es el Jueves Santo. Me preguntaba si querrías venir tú también, como parte de mi grupo de invitados.

—Sí, claro que sí. Gracias. —Sus pensamientos seguían a kilómetros de distancia.

—Habría obligado a Simon a venir, pero está en Inglaterra. A lo mejor ni siquiera ha vuelto para Semana Santa.

—¿Qué está haciendo allí?

—Bueno, parece que va a pedirle a una mujer que se case con él. Ella tiene dinero a espuestas. —Eso estaría muy bien.

—Podríamos hacer el drenaje y el vallado por fin.

—¿Te importaría tener a alguien extraño en casa?

—No, casi ni lo notaría. —Heather era una niña muy pragmática.

—Y la relación con esa mujer inglesa... —preguntó Benny—. ¿Es una cosa nueva o hace ya tiempo que empezó?

—Hace siglos —respondió Heather—. Ya va siendo hora de que hagan algo de una vez.

Se acabó. La secreta y descabellada esperanza de que Simon pudiera ser arrastrado al centro del conflicto se había desvanecido.

Benny tenía una expresión distante y abstraída. Heather había estado a punto de decirle que había habido una trifulca terrible con Nan. Que Nan había aparecido en

Westlands hacía cuatro semanas, toda de punta en blanco, y que había habido más que palabras en el salón, y que se había llevado el coche de Simon a la parada del autobús y no le había permitido que la acompañara.

Heather recordaba la fecha porque había ocurrido cuando se estaban repartiendo los papeles para la obra de teatro y había estado muy nerviosa. Si se lo hubiera dicho en ese momento, Benny se habría dado cuenta de que había ocurrido el mismo día que se había celebrado la fiesta en el club de rugby. La fiesta a la que ella no había asistido, pero Nan sí. La noche que había empezado todo.

Nan fue a comer el domingo a casa de los Foley para conocer a la familia. Iba inmaculadamente vestida, y Lilly decidió que en lo que se refería a su apariencia, no había nada que reprocharle. Su abdomen todavía estaba liso y su actitud no reflejaba la más mínima contrición.

Había subido las escaleras de la gran casa de Donnybrook como si tuviera todo el derecho del mundo, no como una chica de clase trabajadora de la que se había aprovechado su hijo. Hablaba con soltura y sin dobleces. No hizo el menor esfuerzo por congraciarse con ellos.

Prestó más atención al doctor Foley que a su esposa, lo que habría sido la actitud apropiada para cualquier chica inteligente que entrara en esa casa.

Se mostró agradable, pero no efusiva, con Kevin, Gerry, Ronan y Aengus. No olvidó sus nombres ni los confundió, pero tampoco buscó su aprobación.

Lilly Foley la observó con desagrado. Aquella chica astuta, pérfida y carente de moral había atrapado en sus redes a su hijo mayor. No podía reprocharle gran cosa a su presentación ante la familia. Sus modales a la mesa eran perfectos.

Más tarde, mientras tomaban el café los cuatro solos, Nan se dirigió a ellos con una actitud tan clara y carente de afectación que los padres de Jack se quedaron impresionados.

—Me doy cuenta de la decepción que esto debe representar para ustedes, y de lo bien que lo están ocultando. Deseo darles las gracias por ello.

Los Foley respondieron con murmullos, negando que sintieran ningún tipo de decepción.

—También estoy segura de que Jack debe haberles explicado que mi familia está compuesta por gente mucho más sencilla que ustedes, menos educada, y que, en muchos aspectos, las esperanzas que tenían de cara a mi futuro se verán realizadas más que destruidas si paso a formar parte de una familia como la suya.

Continuó explicándoles el tipo de ceremonia que le gustaría y que pagaría su padre. Tal vez una comida para veinte o treinta invitados en uno de los mejores hoteles. Posiblemente en el que estaba la tienda en la que trabajaba su madre.

Sólo habría un mínimo de discursos porque su padre no era orador por naturaleza. Pensaba llevar un vestido y un abrigo de satén color nácar en vez de un vestido de cola blanco. Esperaba que asistieran algunos amigos de Jack y suyos. Por su parte, asistirían sus padres, sus dos hermanos, dos asociados comerciales de su padre y una

tía.

Cuando Jack la acompañó por la tarde a tomar el té a Maple Gardens, John y Lilly Foley intercambiaron miradas.

—¿Y bien? —dijo ella.

—¿Y bien? —respondió él.

Él ocupó el silencio sirviendo un pequeño brandy para cada uno de ellos. No tenían por costumbre beber nada parecido por la tarde, pero las circunstancias parecían justificarlo.

—Es muy presentable —dijo la madre de Jack a regañadientes.

—Y muy pragmática. Tenía el informe con los resultados de la prueba de embarazo en el bolso. Lo había dejado abierto para que lo viéramos, por si teníamos alguna duda.

—Y muy sincera acerca de su propia familia.

—Pero en ningún momento ha dicho que amara a Jack —dijo el doctor Foley frunciendo el ceño.

En Maple Gardens la mesa estaba preparada para servir el té. Había una fuente de galletitas saladas con sardinas, otra con mayonesa de huevo, un rollo suizo comprado especialmente para la ocasión, y una fuente de pastas variadas. Nasey y Paul se habían puesto camisa y trajes azul marino. Brian Mahon llevaba su traje marrón nuevo. No le había costado tan caro como debiera porque había conseguido endosarle al hombre de la tienda unas cuantas latas de pintura para su casa. Unas latas de pintura que a él no le habían costado nada.

—No hay necesidad de contarle todo eso a Jack Foley cuando llegue —había advertido Emily.

—¡Dios bendito! ¿Quieres dejar de chincharme? He aceptado mantenerme alejado de la bebida hasta que todo haya acabado, lo que no deja de ser una curiosa imposición para un hombre que va a tener que desembolsar el precio de una boda elegante. Pero es que a vosotras se os da una mano y os cogéis la pierna también...

Jack Foley era un joven apuesto. Estuvo sentado al lado de Nan durante el té e intentó de todo un poco. Le agradeció al señor Mahon la generosidad de los planes para la boda y a la señora Mahon su respaldo. Dijo que esperaba que Paul y Nasey se brindasen a acomodar a los invitados en la iglesia.

—No creo que hagan falta acomodadores con una asistencia como ésa —dijo Nasey, al que veinte personas le parecían una verdadera miseria.

—¿Quién será tu padrino? —preguntó Paul.

Jack respondió con vaguedad. No lo había pensado aún, pero posiblemente alguno de sus hermanos.

La idea de pedírselo a Aidan le resultaba incómoda. Después de todo estaba por medio la amistad entre Eve y Benny. Y en el caso de Bill Dunne o de Johnny... resultaba todo un poco embarazoso, para ser sinceros.

Se volvió hacia Nan.

—¿Quién será la dama de honor? —preguntó.

—Es un secreto —respondió Nan.

Hablaron sobre lugares donde vivir, y sobre pisos. Brian Mahon les dijo que podía darles el nombre de constructores que hacían buenos trabajos de reconstrucción si encontraban alguna casa vieja y querían reformarla.

Jack dijo que trabajaría en el despacho de su tío, inicialmente como empleado, y posteriormente como pasante. Empezaría a dar clases de contabilidad casi inmediatamente con el fin de ser de alguna utilidad.

En varias ocasiones sintió que la madre de Nan le miraba con expresión de lástima.

Era evidente que estaba alterada por el embarazo de su hija, pero tenía la impresión de que había algo más.

Mientras Nan hablaba alegremente de sótanos en South Circular Road, o de áticos en Rathmines, los ojos de Emily Mahon se llenaron de lágrimas. Intentó ocultarlas, pero Jack tuvo la impresión de que había en ella una terrible tristeza, como si hubiera deseado algo totalmente distinto para su bellísima hija.

Cuando se hubieron marchado, Brian Mahon se aflojó el cuello de la camisa.

—No hay mucho que pueda decirse en su contra.

—Yo nunca he dicho nada en su contra —dijo Emily.

—Se ha corrido una juerga y ahora está dispuesto a pagar por ella. Eso hay que reconocérselo —dijo Brian a regañadientes.

Emily Mahon se quitó su blusa buena y se puso la vieja mecánicamente. Se ató un delantal a la cintura y empezó a limpiar la casa. Aunque se pasara mil años dándole vueltas, jamás comprendería por qué Nan había decidido conformarse con aquello.

Ella y su hija jamás se habían parado a pensar siquiera en apartamentos, pisos para estudiantes, ni casas viejas reformadas. Durante años habían hojeado revistas mirando los lugares donde podía llegar a vivir Nan. En ningún momento habían planeado un matrimonio a punta de escopeta con un estudiante.

Por otra parte, Nan se mostraba inflexible cuando decía que su relación con Simon Westward había terminado hacía mucho, y que nunca había sido nada serio. Había estado incluso excesivamente tajante a la hora de aclararle a su madre cuánto tiempo hacía que había terminado todo.

Brian se puso su ropa habitual para ir al pub.

—Vamos, muchachos —dijo a sus hijos—. Tomemos unas pintas y charlemos como personas normales durante un rato.

Emily llenó la pila con agua caliente y fregó los cacharros. Estaba muy, pero que muy preocupada.

Nan y Jack estaban sentados en el coche del padre de él.

—Bueno, lo peor ha pasado —dijo ella.

—Todo irá bien —le aseguró él.

Ella no creía que hubiera pasado lo peor, ni él que todo fuera a ir bien, pero

ninguno de los dos podía admitirlo.

Después de todo, la notificación ya había aparecido en el periódico y el cura les daría una fecha en breve.

Aidan Lynch comentó que los domingos no eran lo mismo sin Heather.

Eve dijo que estaba invitado a ver a Heather envuelta en una sábana ayudando a Nuestro Señor a llevar su carga. Sería a la semana siguiente, el Jueves Santo. ¿Podía soportarlo? Aidan dijo que le encantaría, que aquello contaría como su sacrificio pascual. Preguntó si llevarían un regalo a la niña para celebrar el estreno.

Eve le contestó que era peor que Heather. Se suponía que se trataba de una especie de acto religioso, no de una obra musical. Aun así, se alegraba de que pudiera asistir, e incluso podría pasar la noche en la casa de la cantera.

—Será una especie de compensación por la fiesta que no vamos a celebrar —dijo Eve.

—¿Y por qué no vamos a celebrarla? —preguntó Aidan.

Rosemary estaba sentada en la cafetería de la universidad con Bill y Johnny. Les estaba contando que Tom, su novio y futuro médico, tenía manos sanadoras. Se negó a escuchar bromas subidas de tono sobre el tema. Comentaba que había tenido un dolor de cabeza horroroso y que él se lo había quitado con un simple masaje.

—Siento mucho que no vaya a celebrarse la fiesta en Knockglen —añadió—. Estaba impaciente porque asistiera Tom para presentároslo en condiciones.

—¿Y por qué no va a celebrarse? —preguntó Bill Dunne.

—Que yo sepa nadie ha dicho que haya sido suspendida —dijo Johnny O'Brien.

Jack no asistía a clase últimamente. Oficialmente no había abandonado los estudios, pero se pasaba el día en la oficina de su tío aprendiendo a desempeñarse en su futuro trabajo. Aidan había quedado en verse con él a las seis.

—Así que tiene tiempo para salir a tomarse unas pintas, ¿eh? —dijo Eve con desaprobación.

—Escucha, no está exiliado, no ha caído en desgracia, sólo va a casarse —replicó Aidan.

Eve se encogió de hombros.

—Y lo que es más, voy a ser su padrino, si me lo pide.

—¡No lo dirás en serio! —Eve estaba escandalizada.

—Es mi amigo y puede contar conmigo. Todo el mundo debería poder contar con sus amigos.

Nan hizo su aparición en la universidad. Asistió a una clase a las diez y media y después se unió a la multitud que bajaba las escaleras en dirección a la cafetería.

Hubo un murmullo cuando la vieron acercarse para unirse a la cola.

—Bueno, me marchó —dijo Rosemary en un susurro a Carmel—. Sí hay algo que no soporto, es el derramamiento de sangre.

—Benny no dirá nada —le respondió Carmel también en susurros.

—Benny no, pero ¿te has fijado en la cara de Eve?

Benny estaba intentando tranquilizar a Eve. Era ridículo decir que Nan no tenía derecho a aparecer por la universidad. Benny le rogó que no montara un escándalo. ¿De qué había servido que la incitara a hacer público el asunto si Eve lo arruinaba todo ahora?

—Tienes mucha razón —dijo Eve de repente—. No ha sido más que un arrebato de mal genio.

—Entonces, ¿por qué no te marchas? No vaya a ser que tengas otro ataque.

—No puedo, Benny. Me da miedo que te pongas agradable con ella, que le preguntes por su traje de novia y te ofrezcas a tejerle patucos para el niño.

Benny apretó la mano de su amiga.

—Será mejor que te marches, Eve, por favor. Estaré mejor sola. No haré nada de eso. En cualquier caso, dudo que se una a nosotros.

Nan se sentó en otra mesa. Tomó café con un grupo al que conocía de otra clase.

Dirigió una mirada a Benny, que se la devolvió. Ninguna de las dos hizo el menor gesto ni articuló palabra alguna, pero Nan fue la primera en bajar los ojos.

Nan estaba acostada en su cama. Jack iba a salir con Aidan, cosa que la sorprendía. Pensaba que iba a haber un decidido boicot por parte de los amigos de Eve, pero los hombres se lo tomaban todo de otra manera. Eran más generosos y perdonaban con facilidad. Los hombres eran más desprendidos en todos los aspectos. Estaba tumbada con los pies en alto apoyados en dos cojines.

Si Em hubiera sido un tipo diferente de madre, habría intentado dilucidar la pregunta que había estado eludiendo. Emily Mahon sabía que su hija estaba embarazada de Simon Westward. Lo que no sabía era por qué ella, su princesa, iba a permitir que aquel error arruinara toda una vida de planificación. Emily le sugeriría que fuera a Inglaterra, que diera a su hijo en adopción y que emprendiera de nuevo la búsqueda, el camino hacia una vida mejor.

Pero Em no sabía que Nan estaba cansada y harta de fingir. Por una vez había conocido a una persona buena y honrada que no tenía planificada su vida, que no tenía un sistema para convertir lo negro en blanco. Eso era lo que ella había venido haciendo, del mismo modo que Simon se había estado haciendo pasar por un hombre rico.

Jack Foley no era más que Jack Foley.

Cuando le había dicho que el hijo era suyo había aceptado su palabra, y cuando naciera sería de los dos. Podría abandonar la universidad. Había producido una buena impresión a los Foley, eso estaba claro. Había un pequeño establo en el extremo de su jardín. Dentro de un tiempo lo reformarían y, más tarde, acabarían viviendo en una casa similar a la de los padres de él. Recibirían visitas, celebrarían cenas, ella permanecería en contacto con su madre.

Resultaría todo muy sosegado en comparación con la inacabable competencia, con el juego en el que las porterías no dejaban de moverse, ni las reglas de cambiar.

Nan Mahon iba a casarse con Jack Foley no sólo porque estaba embarazada, sino

porque antes de cumplir los veinte años estaba ya cansada.

Kit Hegarty se había puesto un traje de color limón y una blusa blanca para su viaje a Kerry.

—Necesitas algo de color para acompañarlo. No hago más que olvidar que ya no podemos pedírselo a Nan.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Kit.

—No.

—Dios, qué chica más dura. Espero no tenerte nunca como enemiga.

Los Hayes, los vecinos de la casa de al lado, habían venido a expresarles sus buenos deseos a Kit. Ann Hayes dijo que lo que le faltaba era un broche grande de color cobre. Casualmente, ella tenía uno así en casa.

El señor Hayes miró a Kit con admiración.

—Dios bendito, Kit. Pareces una novia —dijo.

—Dejad de darle tanta importancia a esto. No es más que una excursión.

—Tu Joseph habría estado encantado de que conocieras a otro hombre. Lo decía a menudo.

Kit le miró sorprendida. Joseph Hegarty difícilmente podía haberles contado nada; casi no les conocía.

Le dio las gracias pero expresó sus dudas.

—Te equivocas, Kit. Sí que nos conocía. Nos enviaba cartas para su hijo.

A Eve se le heló el corazón. ¿Por qué tenía que decirle eso a Kit en un momento semejante?

—Quería mantenerse en contacto con él. Escribía todos los meses indicando su dirección cada vez que se mudaba.

—¿Francis leía sus cartas?

—Frank las leyó todas. Fue a verle el verano pasado, cuando estaba trabajando en la fábrica de enlatado de guisantes en Inglaterra.

—¿Por qué no me dijo nunca nada? ¿Por qué ninguno de los dos me lo dijo?

—No querían herirte. No era el momento adecuado para decírtelo.

—¿Y por qué ahora sí es el momento adecuado?

—Porque Joe Hegarty me escribió antes de morir. Me escribió para decirme que si conocías a un buen hombre debía explicarte que no debías reprocharte el haber privado a tu hijo de su padre porque no lo habías hecho.

—¿Sabía que iba a morir?

—Por supuesto, todos sabemos que vamos a morir —dijo el señor Hayes mientras su esposa volvía a entrar y prendía el broche en la solapa de Kit Hegarty.

Kit sonrió, incapaz de hablar. Era algo que había estado preocupándola mucho últimamente. Cuando había visto el apego que Paddy Hickey sentía por sus hijos, se empezó a preguntar si había hecho mal dejando que Francis creciera sin conocer a su padre.

Se alegraba de que todo hubiera salido a la luz en presencia de Eve. Demostraba

hasta qué punto formaba parte de la familia.

Los Hayes iban a hacerse cargo de la casa durante dos semanas. La excursión sería mucho más larga de lo que Kit había pensado al principio, cuando habían hablado de una salida de fin de semana. Eve estaría en Knockglen. Kit se alegraba mucho de que hubiesen decidido finalmente celebrar la fiesta en su casa. Sería una traición más admitir que ya no podía celebrarse, que se habían apagado las estrellas.

Sean, el novio de Carmel, estaba a cargo de las finanzas y le había prestado a Jack algo de dinero como adelanto. Jack era el que tenía más fácil acceso a un automóvil. Además podía obtener una rebaja en un comercio de licores, así que iba a haber sido el encargado de llevar las bebidas. Evidentemente, todo había cambiado, y a nadie le apetecía recordarle a Jack que tenía en su poder once libras del dinero del grupo.

Sean sugirió que lo olvidaran. Los otros chicos estuvieron de acuerdo. Jack ya tenía bastante de qué preocuparse sin necesidad de recordarle que debía al fondo once libras.

Heather estuvo maravillosa en la obra.

Aidan, Eve y Benny se sintieron muy orgullosos de ella. Era un Simón Cirineo más robusto y sólido de lo que habría sido de esperar en medios artísticos, pero por otra parte no cabía duda de que entre la multitud habrían elegido a alguien fuerte para echarle una mano al Señor en el camino del calvario.

La madre Francis siempre había instado a las niñas a que crearan su propio diálogo. Heather se había mostrado particularmente hábil en ese terreno.

—Déjame que te ayude a llevar esa cruz, Jesús querido —le había dicho a Fiona Carroll, que interpretaba a Nuestro Señor con cierta mojigatería—. Resulta muy difícil llevar una cosa así cuesta arriba —había añadido Heather—. Habría sido mucho más fácil hacerlo en terreno llano, pero entonces no habrían podido ver tan bien la crucifixión, ¿comprendes?

Después de la función se sirvió un té con pastas en el salón del colegio y la interpretación de Heather fue muy elogiada.

—Es la mejor Semana Santa de mi vida —dijo con los ojos brillantes—. Eve dice que puedo hacer de camarera en su fiesta la semana que viene, siempre y cuando me vaya a casa antes de que empiece el morreo.

Eve miró con tristeza a la madre Francis. Fue una mirada de complicidad entre adultos, con la que reconocían el hecho de que los niños eran capaces de poner a cualquiera en un compromiso.

Heather no fue consciente de haber dicho nada fuera de lugar.

—¿Estará allí tu amigo otra vez? —le preguntó a Benny.

—¿Cuál?

—Ese al que le gustaron las chicas galesas durante un tiempo, él que luego regresó.

—Volvió a marcharse —dijo Benny.

—Entonces será mejor dejar que se vaya —le aconsejó Heather—. Parece poco

de fiar.

Allí en pie, envuelta en su sábana, Heather no conseguía comprender por qué a Eve, Aidan y Benny les había dado semejante ataque de risa histérica, que les había obligado a secarse las lágrimas de los ojos. Deseó saber qué había dicho que fuera tan gracioso, pero de todos modos se alegró de que les hubiera divertido tanto.

Todo el mundo estaba encantado con la excursión a Knockglen. En realidad no era sólo una fiesta, sino una serie de acontecimientos.

Llegarían el viernes a partir de las seis de la tarde, y tomarían una copa en la sastrería Hogan. Luego irían a Mario's a continuar la fiesta. En la tienda habían preparado catres, sofás y sacos de dormir para los chicos; las chicas se quedarían en las casas de Eve y Benny. El sábado harían una excursión a Ballylee para comer y dar un paseo por los bosques, y a continuación volverían a Knockglen para el acontecimiento principal, el gran festejo, que se celebraría en casa de Eve.

Todos comentaron que sería difícil superar la fiesta que habían celebrado durante las Navidades. Eve dijo que aquella sería mejor, con la luna de abril, los setos florecidos y los campos llenos de hierba en vez de barro. Habría flores silvestres por toda la cantera abandonada y se parecería menos al cráter de una bomba que en invierno. Esta vez nadie se escurriría en los senderos enfangados, ni tendrían necesidad de acurrucarse junto al fuego.

Como de costumbre, la hermana Imelda esperaba impaciente que le pidieran ayuda con la cocina.

—Para usted no resultará divertido hermana, no podrá verles disfrutar de ella —dijo Eve intentando disuadirla.

—Probablemente sea mejor que no vea lo que ocurre allá arriba. Bastará con que alguien me diga que os ha gustado.

—Si Simon y la mujer de Hampshire vienen a pasar el fin de semana, ¿piensas invitarles? —preguntó Heather.

—No —respondió Eve.

—Creía que solamente odiabas al abuelo. Pensaba que te llevabas bastante bien con Simon.

—Así es —dijo Eve secamente.

—Si se hubiera casado con Nan, ¿habrías asistido a la boda? —Haces muchas preguntas.

—La madre Francis dice que debemos tener mentes inquisitivas —replicó Heather con gazmoñería.

Eve se rió. Era verdad, la madre Francis siempre lo había dicho.

—Quizá lo hubiera hecho si me hubieran invitado, pero no creo que tu hermano se hubiera casado con Nan bajo ninguna circunstancia.

Heather dijo que todo habría dependido de que tuviera o no dinero. Simon no podía casarse con nadie que fuera pobre. Era por culpa del drenaje y el vallado.

Al principio habían pensado que el padre de Nan era un constructor adinerado. Se

lo había contado Bee Moore, pero Bee tenía que callarse en cuanto aparecía la señora Walsh porque a ésta no le gustaban los cotilleos.

Heather estaba ayudando a Eve a adecentar el jardín de la casa de la cantera. Tenían un gran saco que iban llenando de malas hierbas. Mossy se encargaría de llevárselo más tarde.

Aquellas dos improbables amigas y primas trabajaban cómodamente codo con codo.

Eve dijo que tal vez no debieran hablar demasiado de Nan durante el fin de semana. Iba a casarse con Jack Foley en breve. Ninguno de los dos iba a asistir. No se trataba de un secreto ni nada parecido, simplemente sería mejor no sacar el tema.

—¿Por qué? —preguntó Heather.

Eve siempre había respetado las mentes inquisitivas. Mientras arrancaban los dientes de león y cortaban las ortigas, le contó una versión censurada de la historia. Heather escuchó con gravedad.

—Te lo estás tomando más a pecho que Benny —dijo finalmente.

—Creo que tienes razón —reconoció Eve—. Benny libró todas mis batallas cuando íbamos al colegio, y ahora no puedo hacer nada por ella. Si de mí dependiera, mataría a Nan Mahon con mis propias manos.

La noche antes de la llegada de los invitados, Benny estaba acostada en la cama sin poder dormir.

Cerraba los ojos y pensaba que había pasado mucho tiempo, pero cuando veía las manecillas luminosas del pequeño reloj de color rosa, comprobaba que tan sólo habían pasado diez minutos.

Se levantó y se sentó junto a la ventana. A la luz de la luna, al otro lado de la calle, vio el perfil de la casa del doctor Johnson, y la esquina de la de Dekko Moore, donde Heather decía que iba a trabajar como guarnicionera.

¿Qué había deseado Benny cuando tenía la edad de Heather, a los doce años? Ya se le habían pasado las ganas de tener vestidos de terciopelo rosa y zapatillas puntiagudas con pompones. ¿Qué más había deseado? Tal vez un grupo de amigos, gente con la que ella y Eve pudieran jugar sin tener que volver a casa a una hora determinada. No era mucho pedir.

¿Y acaso no lo habían obtenido? Iba a venir toda una multitud desde Dublín sólo por ella y por Eve. Qué poco sabía una a los doce años... Heather Westward no querría fabricar arneses cuando tuviese veinte años. Se le olvidaría que había querido hacerlo cuando era pequeña.

Esa noche no podía quitarse a Jack de la cabeza. Las semanas habían pasado sin sentir. Su rostro seguía resultándole tan querido como siempre, y nunca más que cuando había llorado a orillas del canal y le había dicho que aún la amaba, y que no habría querido que ocurriera aquello por nada del mundo.

Se preguntó de qué hablarían él y Nan. ¿Le habría contado ella cómo había ayudado a Benny a maquillarse y cómo la había enseñado a usar un buen perfume?

¿Cómo le había recomendado que metiera tripa y sacara pecho?

Era una locura suponer que hablaran de ella en absoluto. O creer que ninguno de los dos recordara siquiera que habían pensado pasar aquel fin de semana en Knockglen.

—¿Qué piensas ponerte? —le preguntó Clodagh la mañana siguiente.

—No lo sé. Se me había olvidado. No consigo interesarme por el tema. Por favor, Clodagh, no me des la lata con eso.

—Jamás se me ocurriría hacerlo. Nos veremos esta noche en Mario's.

—¿No piensas ir antes a la tienda? Vamos a empezar la fiesta allí.

—Si tú no eres capaz de molestarte en vestirme como Dios manda, ¿por qué iba a molestarte yo en ir?

—¡Que se te lleve el demonio, Clodagh! ¿Qué debo ponerme?

—Pasa a la tienda y lo veremos —dijo Clodagh sonriendo de oreja a oreja.

A las seis estaban ya subiendo todos por las escaleras, lanzando exclamaciones y deshaciéndose en alabanzas. Estaban fascinados por las enormes habitaciones, los techos altos, las preciosas ventanas antiguas, el maravilloso sofá, los increíbles marcos de los viejos cuadros. Aquello era como la cueva de Aladino.

—Si yo fuera usted viviría aquí —le dijo Bill Dunne a la madre de Benny—. No es que su casa no esté estupendamente...

—Me lo estoy pensando —le respondió Annabel Hogan.

Benny sintió que el corazón se le salía del pecho. Su trabajo de zapa empezaba a dar resultados. Tenía miedo de sonreír demasiado. Clodagh la había embutido en un corpiño estilo *country Se western* muy ajustado. Parecía a punto de coger una guitarra y ponerse a entonar una canción vaquera. Johnny O'Brien le había dicho que estaba absolutamente fantástica. Había añadido que tenía una figura fabulosa, curvilínea, mientras mostraba a lo que se refería gesticulando con las manos en el aire. Jack debía de estar loco, había concluido con más buena voluntad que acierto.

Estaban todos de muy buen ánimo para cruzar la calle y pasarse la noche bailando rock en Mario's.

Eve le dio un codazo a Benny cuando vio a Sean Walsh, la señora Healy y los dos perros, que salían a dar un paseo por el pueblo.

Mario se había mostrado sorprendentemente contento de verles, pensó Fonsie, hasta que se enteró de que el señor Flood había hecho acto de presencia con un mensaje de la monja del árbol que decía que su establecimiento era un antro de iniquidad y que no sólo era necesario cerrarlo, sino que también habría que exorcizarlo. En aquel momento, cualquier compañía que no fuera la del señor Flood le habría parecido bien a Mario.

La nueva máquina de discos, que Mario pensaba en secreto que parecía el producto de una mente enferma, escupía música. Retiraron las mesas y los que no cabían en el café miraban y jaleaban desde fuera a los que estaban dentro.

Con una mezcla de desconsuelo y asombro, Mario recordó los días que habían

transcurrido antes de que el hijo de su hermana llegara a trabajar con él, los pacíficos días de pobreza en los que la campanilla de su caja sonaba en contadas ocasiones y la mayor parte de la gente no sabía que existiera un establecimiento que servía pescado con patatas fritas y café en Knockglen.

El sábado, Benny y Patsy prepararon el desayuno para Sheila, Rosemary y Carmel. Después se pasaron por la tienda e hicieron lo mismo para Aidan, Bill, Johnny y el chico al que siempre llamaban «el Sean de Carmel».

—Tengo una identidad propia, ¿sabes? —refunfuñó cuando Benny gritó preguntando si «el Sean de Carmel» quería uno o dos huevos.

—En este pueblo, si te llamas Sean, más te vale buscarte otro apelativo —dijo Benny. A Patsy le dio un ataque de risa. Era casi mágico poderse burlar de Sean Walsh en aquel lugar.

Lentamente, el día empezó a tomar forma. Emprendieron la excursión a Ballylee. El campo jamás había estado tan hermoso y Benny se dio la vuelta dos veces en el coche para señalarle cosas a Jack. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que no estaba allí, de que nunca volvería a estarlo.

Bill Dunne y Eve se quedaron rezagados cuando subieron a pie una colina para ver una vieja casa de verano, orientada al revés, que había sido construida por una familia aún menos familiarizada con aquellas tierras que los Westward.

—Parece que Benny lleva muy bien el asunto de Jack, ¿no es así? —preguntó Bill como pidiendo confirmación.

—¿Acaso no hay un montón de chicos que demandan su atención? Pues claro que está bien. —Eve se mostraba leal hasta la muerte.

—¿En serio? —Bill pareció decepcionado.

Le contó a Eve que nunca nada le había sorprendido tanto. Jack tenía tendencia a hablar, como hacen los chicos y como suponía que hacían también las chicas entre ellas, pero jamás había dicho ni una palabra sobre Nan. Desde luego solía quejarse de que Benny era como una monja, lo que presumiblemente debía querer decir que no quería acostarse con él, a pesar de todas sus zalemas. También protestaba porque no pasaba en Dublín suficiente tiempo, pero hasta la noche de la fiesta en el club de rugby, Jack no había salido nunca con Nan, de eso estaba totalmente seguro.

—Pero eso fue hace tan sólo unas pocas semanas —dijo Eve sorprendida.

—Sí, fueron muy deprisa, ¿no crees? —Bill se estremeció, preguntándose si hablar del tema podría convertirle en padre putativo del hijo de alguien.

—Bueno, sólo hace falta una vez, o eso es lo que dicen siempre —comentó Eve con ligereza.

—No debieron tener oportunidad de más. —Bill mostró cierta comprensión.

Eve cambió de tema. Los pensamientos de Bill se aproximaban demasiado a los de ella. El embarazo se había producido demasiado repentinamente.

Hasta ese momento no había sido capaz de fijar el momento del primer encuentro entre Jack y Nan. Ahora sabía que éste se había producido hacía tan sólo unas pocas

semanas, la noche que ella y Benny habían ido al cine en Dunlaoghaire. Incluso alguien con el escaso dominio de las matemáticas de Benny podría deducir que era poco tiempo para que hubiera pasado nada que hubiera podido ser confirmado oficialmente. Sin duda debían saberlo. El padre de Jack, que era médico, tenía que saberlo. ¿O no?

Y eso quería decir algo que resultaba casi imposible de creer. Significaba que Nan Mahon estaba embarazada de otra persona y había escogido a Jack, el novio de Benny, como padre.

Su mente era un torbellino, pero interrumpió bruscamente sus pensamientos. El compromiso ya había sido hecho público. Se había fijado la fecha de matrimonio. Nan y Jack iban a casarse. Aquello no era un melodrama con pruebas sanguíneas y confrontaciones. El asunto seguiría adelante pasara lo que pasara. Introducir ahora sospechas únicamente serviría para despertar falsas esperanzas en Benny y romperle aún más el corazón.

Además, existía la posibilidad de que estuviera equivocada. Eve nunca había conseguido imaginar dónde podían haber hecho el amor Simon y Nan. Se había visto obligada a desechar la posibilidad de que lo hubieran hecho en absoluto. Westlands estaba descartada y también Maple Gardens. Lo mismo se aplicaba a hacerlo en el coche, y Simon no tenía dinero para ir a hoteles. Nan no tenía amigos, ninguno en absoluto, a excepción de Benny y Eve. Estaba teniendo grandes dificultades para encontrar a alguien que estuviera dispuesta a ser su dama de honor.

Eve se había visto obligada a aceptar a regañadientes que tal vez no hubieran sido amantes. Aquello resultaba decepcionante, ya que significaba que no habría oportunidad alguna de echarle la culpa del embarazo a Simon.

Pero, por otra parte, si hubiera habido oportunidad de hacerlo, Nan sin duda lo habría hecho. No hubiera dejado pasar una ocasión así.

No había habido rumores de ninguna trifulca con Simon. Según todas las versiones, o al menos con arreglo a la versión de Nan, todo había terminado amistosamente largo tiempo atrás.

—Estás murmurando entre dientes —le criticó Bill Dunne.

—Es mi único hábito desagradable. Aidan dice que es un fallo insignificante en un carácter por lo demás perfecto. Vamos, te echo una carrera hasta aquella casa.

No quería más zumbidos en su cabeza.

La casa estaba preciosa. Había valido la pena decirle a Mossy que le diera una mano de pintura a la puerta. Y el jardín era todo un tributo al duro trabajo de Eve y Heather. Ésta les recibió dentro con un gorro blanco de cocinero que le había hecho Clodagh y un mandil de carnicero. Parecía algo excesivo para pasar unas bandejas con aperitivos, pero el uniforme la hacía sentirse importante. Estaba empezando a oscurecer y en el cielo sin una nube comenzaban a aparecer las estrellas.

Por el camino empezaban a subir invitados a la fiesta. Teddy Flood, Clodagh Pine, Maire Carroll y su nuevo novio, y el estudiante de Medicina, Tom, que

Rosemary se había tan ferozmente adjudicado. Y unos pocos compañeros de la universidad que habían ido simplemente a pasar la noche y no todo el fin de semana.

Aidan estaba explicando que al día siguiente, el primer domingo tras la Pascua de Resurrección, se le llamaba Domingo de Cuasimodo, y que probablemente el apelativo resultara profético. Con lo que habían comido, bebido y bailado, así era exactamente como se iban a sentir.

—Ocúpate de pasar las bebidas, ¿quieres? —le respondió Eve—. Yo tengo que trinchar esta bestia.

Tenían un gran asado de cerdo que Teddy Flood había deshuesado y limpiado para ellos. Había dicho que saldría blando como la mantequilla, que sería como llevarse a la boca un rollo suizo. Eve quería hacer las cosas bien, así que cerró la puerta a sus espaldas para quedarse sola en la cocina.

Preparó el lugar para trabajar en él y lo dispuso todo, desde la enorme fuente para trinchar que Benny había encontrado en la tienda a los platos, que puso a calentar en la parte inferior del fogón. Estaba tan concentrada que no oyó cómo se abría la puerta para dar paso a dos nuevos huéspedes.

Cargados con botellas de vino y latas de cerveza, entraron Jack y Nan.

Rosemary era la que más cerca estaba de la puerta y por consiguiente fue la primera en verles. Dejó que su brazo cayera del hombro de Tom, donde había estado reposando toda la noche para delimitar claramente sus posesiones.

—Santo Dios —exclamó.

Jack le dirigió su sonrisa desenfadada.

—No exactamente. Sólo soy su delegado —dijo.

Carmel estaba haciéndole arrumacos a Sean en un banco cercano.

—No me habías dicho que fueran a venir —le acusó en un susurro.

—Maldita sea, no lo sabía —siseó Sean en respuesta.

Johnny O'Brien estaba ejecutando un complicado paso de tango con Sheila.

—Vaya, es la oveja negra —gritó alegremente.

Sheila se dio la vuelta con rapidez para mirar hacia Benny. Tuvo el tiempo justo de ver cómo levantaba la vista desde donde ella y Bill Dunne ordenaban los discos, y de observar cómo el color abandonaba el rostro de Benny mientras dejaba caer tres elepés al suelo.

—Gracias a Dios que ya no hay placas de fonógrafo —comentó Fonsie, cuya colección de discos podría haber sufrido un serio quebranto.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Bill.

Aunque la música de *Hernando's Hideaway* atronaba a su alrededor, Jack y Nan debieron percibir el silencio y la frialdad de la acogida.

La legendaria sonrisa de Jack vino en su auxilio.

—No pensaríais que me iba a olvidar de que me había comprometido a traer las bebidas —dijo riéndose. Las había puesto en el suelo, y tenía las manos abiertas, extendidas en el gesto de indefensión que tan bien conocía y amaba Benny.

Todo aquello tenía que haber sido un sueño. Y ahora que había vuelto, la pesadilla había terminado. Se dio cuenta de que estaba sonriéndole.

Desde el otro extremo de la habitación, él vio la sonrisa.

—Hola, Benny —dijo.

Todo el mundo pudo sentir el silencio. Todo el mundo excepto los Johnson Brothers que seguían cantando *Hernando's Hideaway*. Clodagh había vestido a Benny de blanco y negro para la fiesta. Una gran falda de pana negra y una blusa blanca con remates de terciopelo negro. Cuando Jack la vio tenía las mejillas sonrojadas y parecía feliz.

Él se acercó a ella.

—¿Cómo le va a tu madre en la tienda?

—Estupendamente, le va muy bien. Celebramos una fiesta allí anoche. —Estaba hablando demasiado deprisa. Miró por encima del hombro. Aidan Lynch había recogido las botellas de vino que llevaba Nan y las había puesto sobre la mesa. Clodagh intentaba explicarle la situación a Fonsie por un costado de la boca.

Johnny O'Brien, con quien siempre se podía contar para que dijese algo, aunque no siempre fuera lo adecuado, se acercó y le dio a Jack un cordial puñetazo en el brazo.

—Me alegro mucho de verte. Pensaba que estabas vetado —dijo.

Aidan le sirvió a Jack una copa.

—¡El amigo Jack! ¡Como en los viejos tiempos! —dijo.

—Pensé que sería estúpido actuar como si hubiera mala sangre entre nosotros, o algo así. —Jack parecía sólo moderadamente preocupado por la posibilidad de no haber hecho lo correcto.

—¿Qué mala sangre iba a haber? —preguntó Aidan mirando con nerviosismo hacia donde estaba Nan, que prácticamente no se había movido desde que había entrado.

—Bueno, eso es lo que me dije yo. En todo caso, no podía escaparme con el dinero para el combustible.

Los dos sabían que su presencia no tenía nada que ver con la bebida.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó Aidan.

—Estupendamente, aunque todo resulta un poco irreal.

—Ya me figuro —dijo Aidan, que no se figuraba nada y no podía ni imaginarse cuál era la situación de Jack. Decidió que era más prudente cambiar de tema.

—¿Qué tal el despacho de tu tío?

—Una demencia. Son todos de una mezquindad que resulta difícil de creer. — Jack había apoyado el brazo sobre una cómoda alta y hablaba con desenvoltura. Benny se había alejado ligeramente de él. De pronto se sentía muy caliente, y después muy fría. Esperaba no desmayarse. Tal vez le convendría tomar un poco el aire.

Entonces se dio cuenta de que Eve no sabía que estaban allí. Debía ir a la cocina a decírselo.

Aidan se había dado cuenta al mismo tiempo que ella. Había empujado a Fonsie para que hablara con Jack y detuvo a Benny junto a la puerta de la cocina.

—Ya lo haré yo —dijo—. Ven a rescatarme si no he salido antes de una hora y no hay señales de la cena.

Ella le dirigió una sonrisa desvaída.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él preocupado.

—Estoy bien. —Para Benny aquello era como decir que estaba hecha una pena. Aidan miró a su alrededor y atrajo la atención de Clodagh, que se levantó para unirse a ellos.

—Por mí puede quedarse en la maldita puerta toda la noche. Hace falta tener cara para venir aquí. Desde luego, le he dado un buen corte —dijo Clodagh cuando Aidan entró en la cocina.

—¿Cómo?

—Me dijo, «Hola, Clodagh», como si tal cosa. Yo hice como si no existiera. Ella repitió el saludo y yo le contesté: «¿Nos conocemos?». Eso es lo que le dije... — Clodagh estaba satisfecha de su agudeza.

—Habrá que hablar con ella.

—Pues que hablen los demás. Yo no pienso hacerlo.

En efecto, Nan parecía curiosamente aislada, mientras que Jack se había convertido en el centro de atención de sus compañeros.

Benny dirigió la mirada al otro lado de la habitación. El rostro de Nan, sereno y hermoso como siempre, miraba a su alrededor con aquella expresión interesada y ligeramente inquisitiva que la caracterizaba. No mostraba señal alguna de que pudiera sentirse mal acogida o rechazada. Parecía perfectamente cómoda donde estaba, en el mismo sitio en el que se había quedado después de entrar, cuando Aidan le había quitado de entre los brazos las botellas de vino.

Benny miró a Nan como tan a menudo lo había hecho, con admiración. Nan sabía qué decir, cómo comportarse, qué ponerse. Esa noche llevaba otro conjunto nuevo, un estampado con muchas flores en malva y blanco. Tenía un aspecto tan fresco que parecía haber salido de la tienda hacía cinco minutos. No mostraba el menor indicio de haber soportado un largo viaje en coche.

Benny tragó saliva. Durante el resto de su vida Nan viajaría en coche con Jack y se sentaría a su lado compartiendo todas las cosas que ella había compartido. Sus ojos se inundaron de lágrimas de decepción. ¿Por qué no había hecho ella lo que él le había pedido? ¿Por qué no se había quitado la ropa y se había acostado a su lado? ¿Por qué no le había amado generosa y cálidamente, respondiendo a él, en vez de abotonarse la ropa y apartarse diciendo que debían volver a casa?

Si Benny hubiera sido la que estuviera embarazada, sin duda él se habría sentido encantado y orgulloso. Él se lo habría explicado a sus padres y a la madre de ella, como había hecho por Nan. Grandes lágrimas afloraron a sus ojos al pensar en su propia necesidad.

Nan lo vio y se acercó a ella.

—No he estado rehuyéndote —dijo.

—No.

—Pensaba escribirte, pero como nunca nos hemos escrito cartas, habría sido algo artificioso.

—Sí.

—Es difícil saber qué decir.

—Tú siempre sabes qué decir —Benny la miró—. Tú siempre sabes qué hacer.

—Nunca pretendí que las cosas salieran así, te lo aseguro.

Algo en la voz de Nan sonaba a falso. Benny se dio cuenta, con un sobresalto, de que Nan estaba mintiendo. Tal vez sí había querido que las cosas salieran así. Puede que eso fuera exactamente lo que Nan había planeado.

En la cocina, Eve estaba demudada.

—No te creo —le dijo a Aidan.

—Suelta esos chismes —dijo él mirando el tenedor y el cuchillo de trinchar que ella tenía en las manos.

—Pues van a marcharse. Van a salir inmediatamente de mi casa, para que te enteres.

—No, no van a hacerlo, Eve. —Aidan se mostró inesperadamente firme—. Jack es mi amigo y no voy a permitir que le echés. Desde el principio habíamos planeado que viniera. Se ha encargado de traer las bebidas.

—No seas idiota —explotó Eve—. Nadie contaba con la maldita bebida. Si estaba tan preocupado por eso, que la hubiera mandado. No son bienvenidos aquí.

—Son nuestros amigos, Eve.

—Ya no lo son.

—Estas cosas no pueden mantenerse para siempre. Tenemos que volver a la normalidad. Creo que han hecho bien en venir.

—¿Y qué están haciendo ahora? Comportándose como si fueran los amos de la casa, supongo.

—Eve, por favor. Son tus huéspedes, en cierto sentido nuestros huéspedes, ya que tú y yo somos una pareja. Por favor, no montes un escándalo. Arruinaría la fiesta para los demás. Todo el mundo se está comportando estupendamente.

Eve se acercó a él y le rodeó con los brazos.

—Eres muy generoso, y mucho mejor persona que yo. No creo que podamos funcionar como pareja.

—No, probablemente tengas razón. ¿No opinas que podríamos resolver eso más adelante, y no ahora que todo el mundo está esperando la cena?

Bill Dunne atravesó la cocina para ir al cuarto de baño.

—Lo siento —dijo al ver a Aidan y Eve abrazados—. No sabe uno dónde meterse estos días.

—De acuerdo —concedió Eve—, siempre y cuando no tenga que hablar con ella.

Benny estaba bailando con Teddy Flood cuando Eve entró en la habitación. Jack hablaba con Johnny y Sean. Estaba tan guapo y se mostraba tan seguro de sí mismo como siempre. Pareció encantado de ver a Eve.

—¡Eve!

—Hola, Jack. —Su respuesta carecía de entusiasmo, pero no resultó grosera. Se lo había prometido a Aidan. Jamás había que renegar de la hospitalidad.

—Te hemos traído un florero, una especie de jarra de cristal. Quedará bien para tus narcisos y cosas así —dijo él.

Era un bonito jarrón. ¿Cómo se las arreglaría una persona como Jack Foley para hacer lo adecuado tan a menudo? ¿Cómo sabía que tenía narcisos? No había estado allí desde las Navidades, cuando lo único que había estado florecido era el acebo.

—Gracias, es muy bonito —dijo. Recorrió la habitación vaciando ceniceros y haciendo espacio para poner los platos.

Nan permanecía sola junto a un pequeño grupo.

Eve no fue capaz de dirigirle ni una palabra de saludo. Abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir. Volvió a la cocina y se quedó de pie junto a la mesa, apoyándose en ella con las dos manos. La ira que sentía era algo tangible, casi podía verla, como si fuera una especie de bruma rojiza.

Recordó que la madre Francis, y Kit Hegarty, y muchas veces Benny, le habían advertido que su temperamento no era natural, que al final aquel carácter acabaría perjudicándola.

Se abrió la puerta y entró Nan. Allí estaba con su estampado floral, mientras la brisa procedente de la ventana agitaba suavemente sus rubios cabellos.

—Escucha, Eve...

—No me da la gana escucharte, si no te importa. Tengo que preparar la cena.

—No quiero que me odies.

—No te hagas ilusiones. Nadie te odia. Todos te despreciamos, que es algo muy distinto.

Los ojos de Nan relampaguearon. No había esperado una cosa así.

—Es un poco mezquino por tu parte, ¿no crees? Resulta un tanto provinciano. La vida sigue, y Jack y Aidan son amigos.

Tenía un aspecto orgulloso y confiado. Sabía que tenía todos los triunfos en la mano. Había roto todas las reglas y a pesar de ello había ganado. No sólo había sido capaz de arrebatar el novio a su mejor amiga y encontrar el modo, Dios sabía dónde, de acostarse con él, e incluso de conseguir que se casase con ella; también esperaba que todo continuase igual en su vida social. Eve no dijo nada. Se quedó mirándola estupefacta.

—Bueno, di algo, Eve —dijo Nan con impaciencia—. Tienes que estar pensando en algo, así que dilo.

—Estaba pensando que Benny era probablemente tu única amiga. De todos nosotros, probablemente fuera la única a la que le gustabas por ser tú, no

simplemente por ser atractiva.

Eve sabía que aquello no tenía objeto. Nan se encogería de hombros. Si no lo hacía físicamente, lo haría mentalmente. Diría que eran cosas de la vida.

Nan sólo era capaz de tomar, de tomar todo lo que veía. Era como un bebé gateando hacia un objeto brillante. Tomaba las cosas por mero instinto.

—Benny ha salido bien librada. Habría tenido que pasarse la vida vigilándole, haciéndose preguntas.

—¿Y tú no?

—Ya me las arreglaré.

—Estoy convencida de ello, te las has arreglado con todo.

Eve se dio cuenta de que estaba temblando. Sus manos temblaban mientras llenaba el jarrón de agua y metía en él un ramo de flores que alguien había traído.

—Lo elegí para ti.

—¿Qué?

—El florero, no tienes ninguno.

De repente Eve supo dónde habían pasado las noches juntos Jack y Nan: allí, en su casa, en su cama. Habían ido en coche hasta Knockglen, habían subido por el sendero, habían cogido su llave y habían entrado sin más. Habían hecho el amor en su cama.

Miró a Nan horrorizada. Por eso había tenido la sensación de que alguien había estado en su casa. Por eso había sentido aquella extraña e indefinida presencia.

—Fue aquí, ¿verdad?

Nan se encogió de hombros con aquel gesto suyo, terrible y despectivo.

—Sí, a veces. ¿Qué importa ya?

—Me importa a mí.

—Lo dejamos todo impecable. Nadie lo hubiera sabido.

—Viniste a mi casa, a mi cama, para acostarte con el novio de Benny en el pueblo de Benny. Cristo bendito, Nan... Nan perdió finalmente los estribos.

—¡Por Dios, ya estoy enferma de todo esto! Y esa actitud de superioridad moral... Todas vosotras desesperadas por hacerlo, pero sin atreveros; sin los redaños o el coraje necesarios, confesándolo mientras excitáis a todo el mundo cada vez más...

Estaba sofocada y llena de ira.

—Y no me hables de esta casa... No hables como si fuera el Palacio de Versalles. No es más que un chamizo húmedo y ruinoso. Eso es todo lo que es. No dispone de electricidad, tiene una cocina económica que no podíamos encender por miedo a que lo descubrieses, tiene goteras y corrientes... No es de extrañar que digan que está encantada. Parece encantada, huele como si estuviera encantada.

—Nadie ha dicho que mi casa esté encantada. —Los ojos de Eve estaban anegados en lágrimas de ira.

Entonces se quedó muda. Había gente que decía que había oído a alguien tocar el

piano en la casita por la noches. Pero de eso hacía siglos y Jack no sabía tocar el piano. Tenía que haber sido antes de Jack.

—También trajiste aquí a Simon, ¿verdad? —dijo.

El recuerdo de Simon tocando el piano en Westlands acudió a su memoria. Había sido aquel día que había subido con Heather, el día en que el anciano la había maldecido y había llamado prostituta a su madre. Nan no dijo nada.

—Has traído a Simon Westward a mi casa, a mi cama. Sabías que jamás le hubiera dejado entrar por la puerta, y le trajiste. Y después, cuando se negó a casarse contigo, engañaste a Jack Foley...

Nan se puso repentinamente pálida. Miró a su alrededor, hacia la puerta que daba a la habitación donde los demás estaban bailando.

La música de Tab Hunter sonaba en el tocadiscos.

«Amor de juventud, primer amor...».

—Tómalo con calma... —empezó a decir Nan.

Eve había cogido el cuchillo de trinchar. Empezó a moverse hacia ella. Las palabras salían incontenibles de su boca; no habría podido controlarlas aunque lo hubiera intentado.

—No pienso tomármelo con calma. ¡Jesús bendito, lo que has hecho! No puedo tomármelo con calma.

Nan no estaba lo suficientemente cerca como para llegar al picaporte de la puerta que daba al cuarto de estar. Retrocedió, pero Eve seguía moviéndose hacia ella con los ojos como brasas y el cuchillo en la mano.

—¡Eve, detente! —gritó, poniéndose fuera de su alcance tan deprisa como pudo. Chocó con la puerta del cuarto de baño con tal fuerza que el cristal se rompió.

Nan cayó al suelo deslizándose, y el cristal roto le desgarró el brazo. La sangre lo salpicó todo, incluso su cara.

El vestido con el estampado malva y blanco se volvió rojo en un instante. Eve dejó caer el cuchillo. Sus gritos eran tan fuertes como los de Nan mientras permanecía allí de pie, en su cocina, rodeada de cristales rotos y sangre, con la comida aún por servir y el sonido de las voces que cantaban a coro en la habitación contigua.

«Amor de juventud, primer amor, lleno de profundas emociones».

Finalmente alguien las oyó y se abrió la puerta. Los primeros en entrar fueron Aidan y Fonsie.

—¿Quién tiene el coche más cerca? —preguntó Fonsie.

—Jack. Está justo en la puerta.

—Yo conduciré. Conozco mejor la carretera.

—¿Crees que debemos moverla? —preguntó Aidan.

—Si no lo hacemos, se desangrará ante nuestros ojos.

Bill Dunne estuvo magnífico. Consiguió mantener a todos fuera de la cocina. Sólo se le permitió la entrada a Jack, a Fonsie y por supuesto a Tom, el estudiante de

Medicina, por si sabía algo que los demás no supieran. El resto debía quedarse donde estaba. La cocina estaba ya demasiado concurrida.

Habían abierto la puerta trasera. El coche estaba a pocos metros de distancia. Clodagh había cogido una manta y toallas limpias del dormitorio de Eve. Envolvieron el brazo que tenía la enorme herida abierta con una de las toallas.

—¿No estaremos metiéndole aún más el cristal? —preguntó Fonsie.

—Por lo menos, impedimos que se le salga la sangre —contestó Aidan.

Se miraron con admiración. Serían unos bromistas, pero a la hora de la verdad, eran los que habían tomado la iniciativa.

Benny estaba sentada inmóvil en el cuarto de estar, con el brazo rodeando a Heather.

—Todo irá bien —repetía una y otra vez—. Todo irá bien.

Antes de entrar en el coche, Aidan se acercó a Eve.

—Que no se vaya nadie —advirtió—. Volveré muy pronto.

—¿Qué quieres decir?

—No dejes que se marchen creyendo que es lo que se espera de ellos. Dales algo de comer. —No puedo...

—Entonces que lo haga algún otro. De todos modos necesitan comer algo.

—¡Aidan!

—Hablo en serio. Todo el mundo ha bebido demasiado. Por amor de Dios, dales de comer. No tenemos ni idea de lo que se nos viene encima.

—¿A qué te refieres?

—Si ella muere, vendrá la policía.

—¡Morir! ¡No puede morirse! —Dales de comer, Eve.

—Yo no... se cayó sola.

—Lo sé, estúpida.

Acto seguido, partió el coche en el que iban Jack, Fonsie, Aidan y Nan, que seguía presa de la histeria.

Eve enderezó los hombros y se dirigió a los demás.

—Personalmente opino que es ridículo, pero Aidan Lynch insiste en que debemos comer algo, así que por favor haced un poco de sitio y traeré la cena —dijo.

Anonadados, la obedecieron. Aunque a ninguno se le habría ocurrido sugerirlo, era exactamente lo que había que hacer.

El doctor Johnson examinó el brazo de Nan y telefoneó al hospital.

—Vamos a llevar a una accidentada. Tiene varias arterias cortadas —dijo tajantemente. Las pálidas caras de los tres jóvenes le observaban mientras colgaba el teléfono.

—Yo la llevaré —dijo—. Sólo puede venir uno. ¿Cuál de vosotros?

Fonsie y Aidan dieron un paso atrás y Jack un paso adelante. Maurice Johnson le miró. Su cara le resultaba familiar. Era un jugador del equipo juvenil de rugby que había estado en Knockglen anteriormente. De hecho, el doctor Johnson suponía que

era el novio de Benny Hogan. Había escuchado comentarios de que estaba saliendo con un joven muy apuesto.

No perdió el tiempo en especulaciones. Hizo un gesto con la cabeza a Fonsie y a Aidan y salió por la puerta.

Fue un domingo inacabable. Todo Knockglen se había enterado de que había habido un terrible accidente. Una desafortunada joven de Dublín había resbalado y se había cortado con una puerta de cristales.

El doctor Johnson se había apresurado a afirmar que fío había habido nada raro en el asunto y que todo el mundo le había parecido perfectamente sobrio. De hecho, no tenía la menor idea de si era o no cierto, pero no soportaba los chismorreos y no quería que Eve Malone fuera aún más criticada por cosas que escapaban a su control.

El doctor Johnson también le dijo a todo el que quiso escucharle que la joven se recuperaría.

Y efectivamente se recuperó. Nan Mahon quedó fuera de peligro el domingo por la noche. Había recibido varias transfusiones de sangre y durante un momento su ritmo cardíaco se había ralentizado, produciendo la consiguiente alarma. Pero era joven y fuerte y la capacidad de recuperación de los jóvenes era maravillosa.

En algún momento de la noche del lunes abortó. El hospital fue un modelo de discreción. Después de todo no era una mujer casada.

Capítulo 20

El verano llegó antes de que Jack Foley y Nan Mahon tuvieran la conversación que ambos sabían que debían tener. Tras su estancia en el hospital de Ballylee, Nan había regresado a Dublín.

Ella había insistido tanto y se había mostrado tan agitada que el doctor Johnson finalmente había accedido.

Jack seguía trabajando en el despacho de su tío, pero también estaba estudiando para sus exámenes de primer curso. Mantenía, aunque no explícitamente, el proyecto de regresar a la universidad para obtener su título en Derecho. Aidan le pasaba los apuntes de las clases.

Aidan y Jack se reunían a menudo, pero jamás hablaban de lo que ocupaba sus pensamientos. De algún modo les resultaba más sencillo charlar y ser simplemente amigos si no mencionaban el tema.

Brian Mahon quería llevar el asunto ante los tribunales. Decía que al fin y al cabo si la gente no hacía más que poner pleitos a sus clientes por estúpidos y triviales incidentes, ¿por qué no iban a sacar ellos unas cuantas libras? La chica debía tener algún tipo de seguro, ¿no?

Nan estaba muy débil, pero su herida estaba cicatrizando y la llamativa cicatriz acabaría desapareciendo.

Dado que jamás había dicho expresamente a su familia que estuviera embarazada, no se vio obligada a comunicarles que ya no era así. Se pasaba largas horas en la misma cama en la que había yacido con la cabeza llena de sueños.

Se negaba a permitir que Jack Foley la visitara.

—Más adelante —le había dicho—. Más adelante, cuando podamos hablar.

Él se había sentido aliviado. Ella había podido verlo en sus ojos.

También había visto que deseaba que todo hubiera acabado para poder seguir adelante con su vida.

Pero ella aún no estaba lista y había sufrido heridas terribles. Él le debía todo el tiempo que pudiera necesitar para pensar las cosas.

—No hay rastro de tu prometido —le había dicho Nasey.

—No pasa nada.

—Papá dice que si te abandona ahora por culpa de tus heridas, podemos llevarle a juicio por ruptura de compromiso —había añadido.

Ella había cerrado los ojos llena de cansancio.

Heather contó una y otra vez la historia de la caída y la sangre. Sabía que jamás volvería a tener un público semejante. Todas estaban pendientes de sus palabras. Heather, con doce años de edad, había asistido a una fiesta de adultos con un gorro de cocinero y había visto toda aquella sangre. Nadie la había llevado a casa ni le había

dicho que no debía mirar. No contó que se había mareado y que había estado la mayor parte del tiempo llorando contra el pecho de Benny. No contó que Eve se había pasado horas sentada, con la cara demudada y sin decir palabra.

Eve tardó mucho tiempo en superar la impresión de aquella noche. Sólo le había contado a tres personas que había tenido el cuchillo de trinchar en la mano.

Se lo había contado a Benny, a Kit y a Aidan. Todos habían dicho lo mismo: no había tocado a Nan con él, sólo lo tenía en la mano. Le habían dicho que habría sido incapaz de hacerlo, que se habría detenido antes de llegar a hacer nada.

Benny decía que era imposible ser la mejor amiga de alguien durante diez años y no saber de lo que era capaz.

Kit dijo que no permitiría que en su casa viviera nadie a menos que supiera cómo era. Eve era capaz de gritar y ponerse hecha una furia, pero no de acuchillar a nadie.

Aidan había dicho que todo aquello era una tontería. Llevaba toda la noche con el cuchillo en las manos. ¿Acaso no le había pedido él mismo que lo soltara? Había añadido que la futura madre de sus hijos tenía muchas cualidades irritantes, pero no era una asesina en potencia.

Gradualmente, ella empezó a creerlo también.

Poco a poco empezó a ser capaz de entrar en la cocina y no ver en su imaginación toda aquella sangre y cristales rotos. Pronto la expresión tensa empezó a desaparecer de su cara.

Annabel Hogan le dijo a Peggy Pine que jamás conocerían toda la historia de lo que había pasado aquella noche en la casa de la cantera, por muchas preguntas que hicieran. Peggy dijo que probablemente sería mejor dejar de hacerlas y pensar en cosas más positivas como la boda de Patsy, o si Annabel debía o no vender Lisbeg y mudarse a vivir al piso de arriba de la tienda. Una vez que la gente se había enterado de que estaba en venta, habían aparecido varios interesados, y se habían barajado cifras que habrían hecho que el pobre Eddie Hogan se revolviera en su tumba.

—Lo habría hecho de satisfacción —dijo Peggy Pine—. Siempre quiso lo mejor para vosotras dos.

Eran las palabras adecuadas. Annabel Hogan empezó a examinar seriamente las ofertas.

A Benny le pareció que el trimestre estival en el University College era como pasarse seis semanas en otra ciudad. Era totalmente diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces. Los días eran largos y cálidos. Solían llevarse los libros a los jardines de la parte trasera de Newman House, en St Stephen's Green, para estudiar.

Siempre había querido preguntar por aquellos jardines y quién los cuidaba. Pertenecían a la universidad, evidentemente. Eran un lugar pacífico y poco frecuentado. Era diferente al resto de Dublín, que tenía asociado con Jack hasta el último centímetro cuadrado.

Algunas noches se quedaba con Eve en Dunlaoghaire; otras volvían las dos juntas

a casa en el autobús. Había un diván en casa de Eve; a veces pasaba la noche con ella. Su madre, absorta en los planes y el cambio de decoración, parecía contenta de que Benny contara con Eve para poder hablar. Ellas lo llamaban estudiar, pero de hecho lo único que hacían era hablar. Mientras brotaban los primeros capullos de las fucsias y empezaban a florecer los viejos rosales, las dos amigas se sentaban y hablaban. Hablaban muy poco sobre Nan y Jack y sobre lo que había pasado. Era demasiado pronto, la herida estaba aún abierta.

—Me pregunto adonde irían —dijo en una ocasión Benny sin venir a cuento—. Hay un par de personas que dicen haberles visto en Knockglen, pero ¿dónde podrían haber ido?

—Vinieron aquí —respondió Eve simplemente.

No había tenido que decirle a Benny cómo le había afectado aquello. Vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

Se produjo un largo silencio.

—Debe de haber perdido el niño —dijo Benny.

—Supongo que sí —contestó Eve.

De repente le vino a la cabeza la maldición que su padre había proferido contra los Westward.

Y recordó que muchos de ellos habían tenido, efectivamente, muy mala suerte.

¿Habría sido esto un caso más? ¿Un Westward que no había sobrevivido ni siquiera hasta el día de su nacimiento?

El señor Flood fue enviado a un joven psiquiatra que, al parecer, era un hombre muy bondadoso. Escuchó las palabras del señor Flood incansablemente y después le recetó una medicación. Las monjas del árbol desaparecieron. De hecho, el señor Flood se sentía avergonzado de haber pensado que estaban allí. Se decidió que el fenómeno podía ser atribuible a un efecto óptico, algo que podría haberle pasado a cualquiera.

Dessie Burns decía que lo que iba mal en el país era que todo el mundo estaba obsesionado con la bebida. Todo el mundo le pegaba a la botella o se había retirado de ella. Lo pertinente era una actitud de moderación. Por su parte había decidido ser un bebedor mesurado. A partir de ese momento, ni iba a seguir pegándole duro a la botella ni iba a abandonarla totalmente. La dirección de Shea's decía que todo dependía de lo que uno entendiera por moderación, pero al menos el señor Burns había suprimido la bebida a la hora de comer, y eso sólo podía beneficiarles a todos.

Knockglen se vio privado de la boda de la señora Dorothy Healy y el señor Sean Walsh. Habían decidido, según le contaron a la gente, que dado que serían las segundas nupcias para la señora Healy y que Sean Walsh no tenía familia directa digna de mención, se casarían en Roma. Sería algo muy especial, y aunque no fuera a casarles el Santo Padre, compartirían su bendición con varios centenares de parejas de recién casados.

—Entre los dos no habrían conseguido que asistieran a la boda más de diez

personas —le dijo Patsy a la señora Hogan.

Patsy se mostró entusiasmada con la decisión. Aquello quería decir que su propia boda no tendría competencia.

A Eve le sorprendió recibir una invitación a la boda de Patsy. Lo único que había previsto era ir a la iglesia a dar vivas a la novia. Era consciente, por supuesto, de que Patsy y ella iban a ser vecinas en el camino de la cantera, pero había asumido que la madre de Mossy habría oído todo tipo de cosas horribles sobre el incidente ocurrido durante la fiesta y debía considerarla una furcia desvergonzada. Eve no había comprendido que Mossy le había contado a su madre tan poco como al resto de la gente. Estaba cada vez más sorda, y dado que lo único que sabía del mundo era lo que él le contaba, sabía considerablemente poco.

La madre Francis vio al doctor Johnson pasar por delante del colegio en su coche. Estaba mirando por la ventana, como hacía a menudo cuando las niñas estaban haciendo un examen, y pensaba en el pueblo. Detestaría tener que abandonar Knockglen para ir a otro convento de la orden. Todos los años se anunciaban los cambios durante el verano. Era siempre un alivio saber que disponía de un año más para permanecer allí. El voto de santa obediencia significaba que una tenía que ir sin protestar a donde la madre superiora decidiera.

Todos los años esperaba, indignamente, que no enviaran a la madre Clare a unirse a ellas. No llegaba exactamente a rezar por que permaneciera en Dublín, pero Dios conocía perfectamente sus puntos de vista sobre el tema. El día menos pensado tendrían noticias. La espera representaba siempre un par de semanas de inquietud.

Se preguntó a dónde se dirigiría el doctor Johnson. Qué vida tan extraña y exigente, siempre de acá para allá para ver nacer o morir a alguien, o para experimentar momentos dramáticos entre lo uno y lo otro.

El mayor Westward estaba muerto cuando llegó el doctor. Le cerró los ojos, le tapó la cara con las sábanas y se sentó con la señora Walsh. Telefonaría a la funeraria y al vicario, sólo para ponerles al corriente, pero antes sería mejor que alguien localizara a Simon.

—Le he llamado esta mañana. Viene de camino desde Inglaterra.

—Muy bien. Entonces ya no puedo hacer gran cosa. —Se levantó y extendió el brazo para recoger su abrigo.

—No ha sido una gran pérdida —dijo.

—¿Cómo dice usted, doctor Johnson?

Él la había mirado directamente a los ojos. Era una mujer extraña. Le gustaba la sensación de estar en la casa grande, aunque sólo fuera grande de nombre, y no precisamente grandiosa. Probablemente permanecería en ella si Simon traía de vuelta una novia. Envejecería allí, sintiendo que su propia categoría había sido enaltecida por su contacto con aquella gente.

No era justo por su parte ser sarcástico acerca del anciano muerto. Jamás le había gustado el viejo Westward, siempre le había parecido arrogante y mezquino para con

el pueblo que tenía a las puertas de su casa. La actitud que había adoptado hacia Eve Malone siempre había escapado a su comprensión. Pero no debía herir la sensibilidad de terceras personas. Su esposa se lo había dicho miles de veces.

Decidió cambiar su epitafio.

—Lo siento, señora Walsh, lo que he dicho es «Qué pérdida, qué gran pérdida». Transmítale mis condolencias a Simon, si es tan amable.

—Estoy segura de que el señor Simon le telefonará en cuanto llegue, doctor.

La señora Walsh tenía los labios muy apretados. Había oído perfectamente lo que había dicho el doctor la primera vez.

Los padres de Jack Foley decían que se estaba comportando de un modo muy poco razonable. ¿Qué debían pensar y, de hecho, decir? ¿Se había suspendido la boda o no? Evidentemente, dado que la urgencia había desaparecido y que el plazo de tres semanas había transcurrido, podían asumir que ella ya no estaba embarazada. Jack había reaccionado muy violentamente diciendo que no esperarían que discutiera el tema con ellos en aquel momento, mientras Nan seguía aún convaleciente.

—Creo que tenemos derecho a saber si tienes o no razones para suspender este apresurado matrimonio. —Su padre habló con voz cortante.

—Ha tenido un aborto —dijo él—. Pero lo demás no está nada claro.

Parecía tan desgraciado que le dejaron tranquilo. Después de todo había respondido a la pregunta fundamental, y la respuesta era la que habían esperado que fuera.

Paddy Hickey se declaró a Kit Hegarty mientras estaban sentados a una mesa junto a la ventana de un gran hotel de Dunlaoghaire. Sus manos temblaban cuando le pidió que se casara con él. Usó fórmulas convencionales, como si una proposición de matrimonio fuera algún tipo de ritual mágico y no pudiera funcionar a menos que le pidiera que le hiciera el honor de convertirse en su esposa.

Dijo que todos sus hijos sabían que iba a pedírselo, que estarían esperando, y que deseaban que le dijera que sí, como lo deseaba él. Habló tan largamente y con un lenguaje tan florido que a Kit le costó encontrar un hueco para aceptar.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que me encantaría y que creo que nos haremos muy felices el uno al otro.

Él se levantó de la mesa, se acercó a ella y, delante de todos los presentes en el comedor del restaurante, la estrechó entre sus brazos y la besó.

Mientras estaba aún abrazándola, él percibió que la gente había soltado sus cubiertos y estaba mirándoles.

—Vamos a casarnos —gritó con el rostro enrojecido de placer.

—Gracias a Dios que voy a mudarme a las salvajes tierras de Kerry. Jamás me atrevería a volver por aquí —dijo Kit mientras agradecía las sonrisas, los apretones de mano e incluso los gritos de aprobación de los comensales sentados a las mesas que les rodeaban.

Simon Westward se preguntó si su abuelo habría sabido de algún modo lo inconveniente que resultaba el día que había elegido para morir. Los preparativos con Olivia atravesaban una fase crucial. Lo último que necesitaba era verse obligado a acudir a la cabecera de la cama de un enfermo. Pero, por otra parte, estaría en mejor posición para hablar con ella una vez que fuera oficialmente el amo de Westlands. Intentó sentir alguna simpatía por aquel anciano solitario, pero sospechaba que era el responsable de buena parte de los sinsabores que había padecido.

En efecto, tal vez le resultara difícil dar la bienvenida a la casa al marido de Sarah, un simple criado, pero debería haber hecho algún gesto de amistad hacia su hija.

Eve habría sido una buena compañía todos aquellos años. Si en la casa grande le hubieran dedicado más mimos y atenciones no habría desarrollado aquel dolorido resentimiento que era la impronta de su carácter y el resultado de aquel rechazo.

No le gustaba pensar en Eve. Le producía una sensación incómoda recordar aquel terrible día en Westlands en que el viejo la había atacado sin piedad.

Y también le recordaba a Nan.

Alguien le había enviado un recorte del *Irish Times* con la noticia de su compromiso. La dirección del sobre había sido escrita a máquina. Al principio había pensado que se lo había enviado Nan, y después había decidido que no era su estilo hacer una cosa así. Se había marchado sin volver la vista atrás, y a juzgar por el movimiento de su cuenta, no había cobrado el cheque. No sabía quién podría haber enviado aquel recorte de periódico. Quizá hubiera sido Eve.

Heather le preguntó a la madre Francis si Eve asistiría al funeral de su abuelo.

La madre Francis le respondió que francamente pensaba que no.

—Solía ser muy agradable. Fue cambiando al hacerse viejo —dijo ella.

—Lo sé —respondió la madre Francis. Tenía el corazón dolorido. La madre Clare iba a ser trasladada a Knockglen. Era muy fácil para Peggy Pine decir que la madre Francis tenía que sacar el látigo y demostrarle quién mandaba allí, junto con gran número de recomendaciones más, altamente contraindicadas en la vida religiosa. Iba a alterar mucho la vida de la comunidad. Si tan sólo pudiera encontrar algún tipo de interés, algún área a la que asignar a la madre Clare para quitarla de en medio.

—¿Está de mal humor, madre? —preguntó Heather.

—Por Dios, criatura, en verdad eres prima de Eve. Tienes la misma habilidad para darte cuenta de cuando algo va mal. El resto de las niñas del colegio jamás se habrían dado cuenta de nada.

Heather se quedó mirándola pensativamente.

—Creo que debería tener más fe en la oración de los treinta días. La hermana Imelda dice que jamás ha fallado. La rezó por mí cuando estaba perdida y ya ve usted los resultados.

A la madre Francis le preocupaba a veces el modo en que Heather había conseguido captar algunos de los aspectos más complejos de la fe católica.

Nan le pidió a Jack que se reuniera con ella.

—¿Dónde quieres que quedemos? —preguntó él.

—¿Conoces Herbert Park? Está cerca de tu casa.

—¿No queda muy lejos de donde estás tú? —hablaban con una curiosa formalidad.

Si alguien hubiera visto a la apuesta pareja caminando por el parque habría asumido que se trataba de otro amor de verano y les habría sonreído.

No había anillo que devolver. Había muy pocos preparativos que deshacer.

Ella le dijo que pensaba marcharse a Londres. Esperaba hacer un curso de diseño de modas. Quería permanecer lejos durante un tiempo. No sabía exactamente lo que quería, pero sí lo que no quería.

Hablaba inexpresivamente, sin luces ni sombras en la voz. Jack luchó por suprimir el abrumador sentimiento de alivio culpable que sentía por no tener que casarse y pasar el resto de su vida con aquella preciosa mujer muerta.

Cuando abandonaron el pequeño parque con sus parterres de flores llenos de colorido y el sonido de la pelota de la gente que jugaba al tenis, ambos sabían que lo más probable era que jamás volvieran a verse.

El día de la boda de Patsy amaneció brillante y soleado. Eve y Benny se habían acercado para ayudarla a vestirse. Clodagh había prometido pasarse después para asegurarse de que aquellas dos payasas no hubieran hecho nada mal.

Paccy Moore iba a ser el encargado de entregársela al novio. Había dicho que si prefería que fuera alguien con una pierna en condiciones no se sentiría ofendido en absoluto. Comprendía que probablemente el hierro produciría un ruido bastante escandaloso cuando subiera los escalones de la iglesia. Pero Patsy no estaba dispuesta a aceptar a ningún otro.

Su primo Dekko iba a ser el padrino, y su hermana Bee la dama de honor. Daba la impresión de que eran una familia.

Habían sacado la plata, aunque Patsy les había prevenido de que un par de primos de Mossy podían tener la mano muy larga. Había pollo y jamón, ensalada de patata, una docena de pasteles diferentes y bizcocho borracho con nata.

Sería todo un banquete. Clodagh le había depilado las cejas a Patsy y había insistido en maquillarla.

—Me pregunto si mi madre podrá verme desde el cielo —dijo Patsy.

Por un instante, ninguna de las tres chicas fue capaz de darle una respuesta. Les parecía demasiado emocionante que Patsy necesitara el apoyo de una madre que jamás había conocido, y su sencilla confianza en que estaría en el cielo.

Benny se sonó ruidosamente la nariz.

—Estoy convencida de que puede verte, y seguro que está pensando que estás preciosa.

—Por Dios, Benny, no se te ocurra sonarte así la nariz en la iglesia. Harás que la mitad de la congregación salte del asiento —le advirtió Patsy.

El doctor Johnson era el encargado de llevar a la novia hasta la iglesia.

—Buena chica, Patsy —dijo mientras acomodaba a Paccy y a la novia en el asiento trasero de su Morris Cowley—. Vas a dejar sin aliento a esa vieja gruñona.

Fue un comentario totalmente apropiado, el más adecuado para mostrar a Patsy que pertenecía al equipo ganador, que la madre de Mossy ni siquiera estaría en la carrera.

Dessie Burns había dejado la moderación de lado aquella mañana. Intentó hacer un alegre gesto de saludo desde su puerta delantera, pero no era tarea fácil con una botella en una mano y un vaso en la otra. Sin saber cómo, giró sobre sí mismo y cayó al suelo. El doctor Johnson le miró con expresión sombría. Ésa sería la siguiente llamada. Tendría que darle puntos en la cabeza a aquel estúpido.

Fue una gran boda. Hubo que retener a Patsy en varias ocasiones para impedir que se pusiera a recoger cosas o entrara en la cocina para sacar el siguiente plato.

Se despidieron a las cuatro de la tarde.

Dekko iba a llevarles hasta el autobús, pero Fonsie dijo que de todos modos él tenía que ir a Dublín, así que los acercaría hasta Bray.

—Habría que canonizar a Fonsie —le dijo Benny a Clodagh.

—Sí, ya estoy viendo su estatua en todas las iglesias. Incluso es posible que crearan un lugar especial de peregrinaje para su culto. Seguro que dejaríamos a Lourdes a la altura del betún.

—Hablo en serio —dijo Benny.

—¿Crees que no lo sé? —una expresión extrañamente tierna apareció en la cara de Clodagh.

Aquella noche su madre le preguntó a Benny si le importaría que vendieran Lisbeg.

Sabía que no debía mostrarse demasiado entusiasmada, y dijo pensativamente que le parecía una buena idea. Podrían utilizar el dinero para reformar la tienda. Era lo que su padre habría deseado.

—Siempre quisimos que salieras de allí para tu boda, ése es el único obstáculo.

Los restos de la boda de Patsy seguían estando por todas partes, los ornamentos de plata del pastel, las servilletas de papel, el confeti, los vasos, estaban dispersos por toda la casa.

—No quiero casarme hasta dentro de mucho, mucho tiempo, madre. Lo digo en serio. —Y curiosamente, era verdad.

Todo el dolor que había sentido por causa de Jack se había desvanecido ya en gran medida.

Recordaba cómo le había dolido todo el cuerpo al pensar en él, y cómo había deseado ser ella quien subiera los escalones de la iglesia para reunirse con un sonriente Jack Foley.

Aquella sensación era ya mucho menos dolorosa.

Rosemary decía que debían celebrar una fiesta en Dublín aunque sólo fuera para

demostrar que no sólo la alta sociedad de Knockglen era capaz de organizárselas. Tal vez una barbacoa por la noche, después de los exámenes, junto a White Rock, en la playa, entre Killiney y Dalkey.

Harían un gran fuego y prepararían salchichas y chuletas de cordero, y llevarían grandes cantidades de cerveza.

Esta vez Carmel y Sean no iban a estar a cargo de todo. Rosemary se encargaría de la comida y su amigo Tom de recolectar dinero. Los chicos empezaron a hacer sus aportaciones.

—¿Creéis que debemos invitar a Jack? —preguntó Bill Dunne.

—Creo que esta vez no —respondió Rosemary.

Eve y Benny iban a compartir un piso al año siguiente. El alojamiento de Dunlaoghaire iba a cerrarse. Estaban muy excitadas y no hacían más que mirar sitios antes de las vacaciones para tomarle la delantera al resto de la jauría en septiembre.

Estaban llenas de planes. La madre de Benny iría a visitarlas; tal vez también lo hiciera la madre Francis. Habían recibido magníficas noticias del convento. La madre Clare se había roto una cadera. No se trataba de que la madre Francis hubiera dicho que eran buenas noticias, pero aquello significaba que la madre Clare tendría que vivir cerca de un hospital para la fisioterapia y que las escaleras y las caminatas de St Mary estarían contraindicadas. La madre Francis estaba inmersa en plena Oración de los Treinta Días cuando había ocurrido el accidente. Le había dicho a Eve que aquello había sido la causa de su mayor crisis de fe hasta el momento. ¿Sería demasiado poderosa la oración?

Al salir de un piso que habían estado viendo, se encontraron con Jack.

Él miró a Benny.

—Hola, Jack.

Eve dijo que tenía que marcharse y que vería a Benny más tarde en Dunlaoghaire. Antes de que pudieran decir nada, había desaparecido.

—¿Querías salir conmigo esta noche? —le preguntó él.

Benny le miró. Sus ojos escrutaron aquel rostro que tanto había amado, hasta la última línea, hasta el último pliegue de la piel.

—No, Jack. Gracias. —Su voz era amable y cortés. No estaba jugando a nada—. Ya he quedado.

—Con Eve, pero a ella no le importará.

—No, es imposible. Gracias de todos modos.

—¿Entonces mañana, o el fin de semana? —Tenía la cabeza inclinada hacia un lado.

Benny recordó repentinamente cómo habían permanecido la madre y el padre de él en los escalones de su casa aquella noche. Su madre alerta y haciéndose preguntas.

Pequeñas cosas que había descubierto acerca de los Foley en los últimos días le habían hecho pensar que así eran siempre las cosas.

Benny no quería pasarse la vida haciéndose preguntas y vigilando a Jack. Si salía

con él ahora, sería todo muy fácil. Se encontrarían de nuevo donde ya habían estado antes. Con el tiempo Nan quedaría olvidada, como hasta cierto punto había quedado olvidado aquel incidente de Gales. Pero siempre estaría preocupada por cuál sería el siguiente.

La próxima vez que ella, siempre sonriente y disponible, no estuviera cerca. Era demasiado pedir.

—No. —Su sonrisa era cálida.

La cara de él reflejó sorpresa y tristeza. Más tristeza que sorpresa. Empezó a decir algo.

—Sólo hice lo que... —Entonces se interrumpió—. No pretendía que... —Volvió a quedar en silencio.

—No pasa nada, Jack —dijo Benny—. De verdad, no pasa nada.

Creyó ver lágrimas en los ojos de él y retiró rápidamente la mirada. No quería recordar aquel día junto al canal.

La luz del fuego bailaba y le echaron más y más leños. Aidan había comentado que se preguntaba si Eve y él no estarían dejando para demasiado tarde la concepción de sus ocho hijos. Ella le había asegurado que sería un error hacer una cosa así apresuradamente. Él suspiró con resignación; sabía que iba a decir eso.

Rosemary estaba muy guapa, y se ruborizaba mientras Tom le dirigía los más extravagantes halagos. Johnny O'Brien cayó en desgracia porque se había dedicado a dar vueltas en el aire a un tronco ardiendo y le había pegado fuego a una ponchera. El fuego fue espectacular, pero la bebida había quedado muy mermada.

Fonsie y Clodagh habían venido desde Knockglen. Su exhibición de baile sobre la gran roca plana tardaría mucho en ser olvidada.

Sean y Carmel se hacían arrumacos, como venían haciendo desde el alba de los tiempos. Sheila, la de la facultad de Derecho, tenía un peinado nuevo y una sonrisa más alegre. Benny se preguntó por qué no le habría tenido demasiada simpatía en los viejos tiempos. Probablemente a causa de Jack. Como había ocurrido con todo.

Las nubes que habían ocultado la luna habían pasado de largo. Ahora todo estaba tan iluminado como si fuera de día.

Se rieron todos juntos, encantados de la vida. Era como si alguien les hubiera enfocado con un gigantesco foco. Luego llegaron más nubes y el ambiente volvió a ser más íntimo.

Estaban ya cansados de tanto cantar y bailar al son del pequeño tocadiscos que había llevado Rosemary. Sólo les apetecía tararear algo suave. Nada que hiciera que Fonsie se pusiera a bailar de nuevo. Alguien empezó la canción *Sailing Alone on Moonlight Bay*. Todo el mundo gimió y protestó. Era terrible y estaba pasada de moda, pero la cantaron porque se sabían la letra.

Benny estaba medio recostada contra una roca, medio apoyada en Bill Dunne, que estaba sentado a su lado. Bill estaba disfrutando enormemente aquella noche, y estaba pendiente de ella, trayéndole pequeños trozos de salchicha chamuscada

pinchados en un palo y salsa de tomate para aderezarlos. Bill era un gran amigo. Una no tenía que pasarse la noche preguntándose si se lo estaba pasando bien o demasiado bien.

Estaba pensando en lo comfortable que resultaba cuando vio a Jack descender por los escalones.

Estaba muy oscuro, y a los otros probablemente les pareciera tan sólo una figura en la distancia. Pero ella sabía que se trataba de Jack, que había venido a unirse a la fiesta de verano, pidiendo que se le admitiera de nuevo.

No movió ni un músculo. Se quedó mirándole largo rato. A veces se detenía entre las sombras, como si no estuviera seguro de ser bienvenido.

Pero Jack Foley jamás dudaría demasiado tiempo. Sabía que aquellos eran sus amigos. La larga y tortuosa escalinata estaba a bastante distancia de las rocas en las que estaban sentados en torno al fuego. Probablemente no fuera una gran distancia, pero pareció llevarle mucho tiempo cruzar la extensión de arena.

El tiempo suficiente para que ella se diera cuenta de cuántas veces había visto su cara en los sitios más inverosímiles. Solía ver su rostro sonriente y ceñudo, solía verlo como veía visiones el señor Flood, en los árboles y las nubes. Solía verlo en los dibujos que trazaban las hojas en el suelo. Despierta o dormida, no había otra imagen en primer plano en su mente, y no porque ella la hubiera evocado, simplemente se negaba a desaparecer.

Así habían sido las cosas durante mucho tiempo, cuando todo iba bien y cuando todo iba mal.

Aquella noche tenía dificultades para ver su cara. Tendría que esperar hasta que le iluminara la luz del fuego para recordar cómo era. Resultaba extrañamente reconfortante.

Estaban aún cantando a pleno pulmón cuando alguien vio a Jack. La canción no se interrumpió. En cualquier caso todos estaban exagerando la letra y riéndose. Unos cuantos le saludaron con la mano.

Jack Foley permaneció en la periferia del grupo. Nadie le hizo señas de que se acercara. Sonrió a todos, encantado de estar de vuelta. Sus pesadillas habían terminado; sus pecados, esperaba, habían sido perdonados. Parecía feliz de formar parte de la corte una vez más. Ni siquiera su peor enemigo podía acusarle de haber querido ser el rey. Así era como habían salido las cosas.

Desde el otro lado del fuego sus ojos buscaron los de Benny. Era difícil saber qué era lo que le estaba pidiendo. ¿Permiso para estar allí? ¿Perdón por todo lo que había ocurrido? ¿O el derecho de acercarse y estrecharla entre sus brazos?

Benny le dirigió la sonrisa amplia y cálida que había hecho que se enamorara de ella. Su bienvenida era genuina. Estaba muy guapa a la luz de las llamas, e hizo lo que ninguno de los otros había hecho. Le indicó dónde estaban las bebidas, dónde estaban los palillos que se usaban para asar la comida. Él abrió una lata de cerveza y se acercó ligeramente a Benny. Ella le había animado, ¿no?

Casi no había espacio en la manta que ella ocupaba, apoyada en Bill Dunne y la roca desnuda.

Nadie se apartó para hacerle sitio. Todos daban por supuesto que se sentaría donde estaba.

Al cabo de unos instantes, Jack Foley lo hizo. Se sentó sobre una roca. En la periferia.

Bill Dunne, que tenía el brazo apoyado sobre el hombro de Benny, no lo retiró porque ella no se había movido como había creído que haría.

La canción había terminado y alguien empezó a cantar *Now is the Hour*. Cantaban con poses y gestos exagerados, poniendo acentos graciosos y fingiendo ardientes pasiones. Benny miró hacia el fuego.

Había una gran paz allí. Habría más noches como aquella, más parecidas a navegar que al vértigo de una carrera. Cuando vio moverse los leños y el chorro de chispas ascendió hacia el cielo sobre las oscuras colinas, no vio en ellas el rostro de Jack.

Sólo veía llamas y chispas, y las largas sombras que se extendían sobre la arena, y la orilla del mar y pequeñas manchas blancas que lamían las piedras y la playa.

Y a sus amigos, a todos sus amigos sentados en un gran círculo, como si fueran a quedarse allí cantando para siempre.

Ya que estaban dejándose llevar por el sentimentalismo, dijo Fonsie, no debían olvidar *For Ever, and Ever, my Heart will be True*.

Sus voces se elevaron hacia el cielo junto con el humo y las chispas, y en ningún lugar vio Benny Hogan el rostro de Jack Foley.

Y cantó con los demás, sabiendo que la cara de Jack Foley estaba en algún lugar entre los que rodeaban el fuego, pero no ocupaba todo el cielo de la noche.

* * *



MAEVE BINCHY (28 de mayo de 1940, Dalkey, Condado de Dublín) es una novelista, columnista y oradora irlandesa. Graduada de la University College Dublin, Binchy trabajó como maestra y luego como periodista para el *The Irish Times* hasta que decidió ser escritora de novelas y relatos cortos.

Su primera novela, *Light a Penny Candle*, fue publicada en 1982, y a partir de entonces ha escrito más de doce novelas y narraciones breves, todas ellas grandes éxitos de ventas. Varias de sus novelas están ambientadas en Irlanda, y tratan sobre la tensión existente entre la vida urbana y rural, los contrastes entre Inglaterra e Irlanda y los dramáticos cambios en la nación desde la Segunda Guerra Mundial hasta el presente.

En 1978, Binchy ganó un Premio Jacob por su obra de teatro *Deeply Regretted By*. En 1999, Binchy fue galardonada con el premio Lifetime Achievement de los British Book Awards. Además, varias obras suyas han sido adaptadas al cine y la televisión, y una de ellas, *Circulo de amigos* fue la inspiración para una película en 1995 de Hollywood, protagonizada por Chris O'Donnell y Minnie Driver, con un cambio radical en el final.

La National Portrait Gallery de Londres posee una fotografía de la escritora junto a Richard Whitehead, de 1993, y se ha presentado una pintura de ella junto a Maeve McCarthy, comisionada en 2005, en la National Gallery of Ireland.

Binchy anunció en el 2000 que no haría más giras para promocionar sus novelas, sino que dedicaría su tiempo a otras actividades, y a su esposo, el escritor de literatura

infantil Gordon Snell.

Para saber más: <http://www.maevebinchy.com>